RECURSOS PARA PREPARAR LA HOMILÍA DOMINICAL

Tiempo de Navidad

Liturgia de la Misa, Padres de la Iglesia, Santos, Romano Pontífice, Directorio Homilético, Autores espirituales.

La Compañía de María
Madre de los Sacerdotes

ÍNDICE GENERAL

- Natividad de Nuestro Señor Jesucristo
- Sagrada Familia de Jesús, María y José (Ciclo A)
- Sagrada Familia de Jesús, María y José (Ciclo B)
- Sagrada Familia de Jesús, María y José (Ciclo C)
- Santa María, Madre de Dios
- La Epifanía del Señor
- Bautismo del Señor (Ciclo A)
- Bautismo del Señor (Ciclo B)
- Bautismo del Señor (Ciclo C)

Este subsidio ha sido preparado por ***La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes***, para ponerlo al servicio de los sacerdotes, como una ayuda para preparar la homilía dominical.

Si desea recibirlo directamente a su correo, puede pedir suscripción a **doctos.de.interes@gmail.com.**

Para recibirlo por **WhatsApp:** **https://chat.whatsapp.com/BfPOpiv1Tp02zK168vOLMd.**

TODAS LAS HOMILÍAS DEL AÑO EN LA APP "COR ARDENS"

Google Play App Store

App de Espiritualidad Sacerdotal

(Nuestras redes sociales)

Natividad de Nuestro Señor Jesucristo

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Homilías y Catequesis de Navidad**
- **BENEDICTO XVI – todas sus homilías de Navidad en archivo aparte**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Mons. Jaume PUJOL i Balcells Arzobispo de Tarragona y Primado de Cataluña (Tarragona, España) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DE NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Esta misa se celebra en la tarde del 24 de diciembre, antes o después de las primeras vísperas de Navidad.

GLORIA A DIOS EN EL CIELO

Is 62, 1-5; Hech 13, 16-17.22-25; Mt 1, 18-25

El nacimiento de Jesús toma por sorpresa a José y a María, que están en trance de cumplir con el empadronamiento en Belén. Sin sitio en la posada, acogen a su pequeño en un pesebre. Detalle que no haría faltar inventar porque en nada engrandecería la figura de

Jesús. Un nacimiento en un pueblo modesto, en una familia más que ordinaria, provenientes de un pueblo tan insignificante que es poco referido en el Antiguo Testamento. Los invitados a celebrar dicho acontecimiento son unos pastores, tenidos entonces por gente menuda de reputación escasa. Sin embargo, toda esa modestia contrasta con lo que el ángel refiere a los pastores. En Belén, en la ciudad de David, Dios ha suscitado al Mesías que salvará a Israel. Quien se disponga a recibirlo sabrá que la paz duradera comienza en el interior de las personas, y que luego, estas la reflejan en su convivencia ordinaria. Gloria a Dios que nos ha llenado de paz, con el nacimiento de Jesús.

ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Ex 16, 6-7

Esta noche sabrán que el Señor vendrá a salvarnos y por la mañana contemplarán su gloria.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, que cada año nos alegras con la esperanza de nuestra redención, concédenos que a tu mismo Hijo Unigénito, a quien acogemos llenos de gozo como Redentor, merezcamos también acogerlo llenos de confianza, cuando venga como Juez. Él, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo yes Dios por los siglos de los siglos.

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

El Señor se ha complacido en ti.

Del libro del profeta Isaías: 62, 1-5

Por amor a Sión no me callaré y por amor a Jerusalén no me daré reposo, hasta que surja en ella esplendoroso el justo y brille su salvación como una antorcha.

Entonces las naciones verán tu justicia, y tu gloria todos los reyes. Te llamarán con un nombre nuevo, pronunciado por la boca del Señor. Serás corona de gloria en la mano del Señor y diadema real en la palma de su mano.

Ya no te llamarán “Abandonada”, ni a tu tierra, “Desolada”; a ti te llamarán “Mi complacencia” y a tu tierra, “Desposada”, porque el Señor se ha complacido en ti y se ha desposado con tu tierra.

Como un joven se desposa con una doncella, se desposará contigo tu hacedor; como el esposo se alegra con la esposa, así se alegrará tu Dios contigo.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 88, 4-1 16-17. 27.29.

R/. Proclamaré sin cesar la misericordia del Señor.

"Un juramento hice a David mi servidor, una alianza pacté con mi elegido: 'Consolidaré tu dinastía para siempre y afianzaré tu trono eternamente'. ***R/.***

El me podrá decir: 'Tú eres mi padre, el Dios que me protege y que me salva'. Yo jamás le retiraré mi amor ni violaré el juramento que le hice". ***R/.***

Señor, feliz el pueblo que te alaba y que a tu luz camina, que en tu nombre se alegra a todas horas y al que llena de orgullo tu justicia. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Testimonio de Pablo acerca de Cristo, hijo de David

Del libro de los Hechos de los Apóstoles: 13, 16-17.22-25

Al llegar Pablo a Antioquía de Pisidia, se puso de pie en la sinagoga y haciendo una señal para que se callaran, dijo:

"Israelitas y cuantos temen a Dios, escuchen: El Dios del pueblo de Israel eligió a nuestros padres, engrandeció al pueblo, cuando éste vivía como forastero en Egipto. Después los sacó de allí con todo poder. Les dio por rey a David, de quien hizo esta alabanza: *He hallado a David, hijo de Jesé, hombre según mi corazón, quien realizará todos mis designios.*

Del linaje de David, conforme a la promesa, Dios hizo nacer para Israel un Salvador: Jesús. Juan preparó su venida, predicando a todo el pueblo de Israel un bautismo de penitencia, y hacia el final de su vida, Juan decía: 'Yo no soy el que ustedes piensan. Después de mi viene uno a quien no merezco desatarle las sandalias' ".

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO

R/. Aleluya, aleluya.

Mañana será destruida la maldad en la tierra y reinará sobre nosotros el Salvador del mundo. ***R/.***

EVANGELIO

Dará a luz un hijo y tú le pondrás el nombre de Jesús.

+ Del santo Evangelio según san Mateo: 1, 18-25 (Forma breve)

Cristo vino al mundo de la siguiente manera: Estando María, su madre, desposada con José, y antes de que vivieran juntos, sucedió que ella, por obra del Espíritu Santo, estaba esperando un hijo. José, su esposo, que era hombre justo, no queriendo ponerla en evidencia, pensó dejarla en secreto.

Mientras pensaba en estas cosas, un ángel del Señor le dijo en sueños: "José, hijo de David, no dudes en recibir en tu casa a María, tu esposa, porque ella ha concebido por obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás el nombre de Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados".

Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que había dicho el Señor por boca del profeta Isaías: He aquí que la virgen concebirá y dará g luz un hijo, a quien pondrán el nombre de Emmanuel, que quiere decir Dios-con-nosotros.

Cuando José despertó de aquel sueño, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y recibió a su esposa.

Y sin que él hubiera tenido relaciones con ella, María dio a luz un hijo y él le puso por nombre Jesús.

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Concédenos, Señor, iniciar la celebración de esta solemnidad con una voluntad tan grande de servirte, coma merece la manifestación del comienzo de nuestra redención. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Cfr. Is 40, 5

Se manifestará la gloria del Señor y todos verán la salvación que viene de Dios.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Concede, Señor, que nos reanime la conmemoración del nacimiento de tu Hijo unigénito, de cuyo misterio celestial hemos comido y bebido. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

MISA DE LA NOCHE

En este día de Navidad todos los sacerdotes pueden celebrar o concelebrar tres Misas, con tal que sean celebradas a su debido tiempo.

ANTÍFONA DE ENTRADA Sal 2, 7

El Señor me dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, que hiciste resplandecer esta noche santísima con la claridad de Cristo, luz verdadera, concede a quienes hemos conocido los misterios de esa luz en la tierra, que podamos disfrutar también de su gloria en el cielo. Por nuestro Señor Jesucristo.

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Un hijo se nos ha dado.

Del libro del profeta Isaías: 9, 1-3. 5-6

El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz; sobre los que vivían en tierra de sombras, una luz resplandeció.

Engrandeciste a tu pueblo e hiciste grande su alegría. Se gozan en tu presencia como gozan al cosechar, como se alegran al repartirse el botín. Porque tú quebrantaste su pesado yugo, la barra que oprimía sus hombros y el cetro de su tirano, como en el día de Madián.

Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado; lleva sobre sus hombros el signo del imperio y su nombre será: "Consejero admirable", "Dios poderoso", "Padre sempiterno", "Príncipe de la paz"; para extender el principado con una paz sin límites sobre el trono de David y sobre su reino; para establecerlo y consolidarlo con la justicia y el derecho, desde ahora y para siempre. El celo del Señor lo realizará.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 95,1-2a. 2b-3.11-12.13.

R/. Hoy nos ha nacido el Salvador.

Cantemos al Señor un canto nuevo, que le cante al Señor toda la tierra; cantemos al Señor y bendigámoslo. ***R/.***

Proclamemos su amor día tras día, su grandeza anunciemos a los pueblos; de nación en nación, sus maravillas. ***R/.***

Alégrense los cielos y la tierra, retumbe el mar y el mundo submarino. Salten de gozo el campo y cuanto encierra, manifiesten los bosques regocijo. ***R/.***

Regocíjese todo ante el Señor, porque ya viene a gobernar el orbe. Justicia y rectitud serán las normas con las que rija a todas las naciones. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

La gracia de Dios se ha manifestado a todos los hombres.

De la carta del apóstol san Pablo a Tito: 2, 11-14

Querido hermano: La gracia de Dios se ha manifestado para salvar a todos los hombres y nos ha enseñado a renunciar a la vida sin religión y a los deseos mundanos, para que vivamos, ya desde ahora, de una manera sobria, justa y fiel a Dios, en espera de la gloriosa venida del gran Dios y Salvador, Cristo Jesús, nuestra esperanza. Él se entregó por nosotros para redimirnos de todo pecado y purificarnos, a fin de convertirnos en pueblo suyo, fervorosamente entregado a practicar el bien.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Cfr. Lc 2, 10-11

R/. Aleluya, aleluya.

Les anuncio una gran alegría: Hoy nos ha nacido el Salvador, que es Cristo, el Señor. ***R/.***

EVANGELIO

Hoy nos ha nacido el Salvador.

+ Del santo Evangelio según san Lucas: 2, 1-14

Por aquellos días, se promulgó un edicto de César Augusto, que ordenaba un censo de todo el imperio. Este primer censo se hizo cuando Quirino era gobernador de Siria. Todos iban a empadronarse, cada uno en su propia ciudad; así es que también José, perteneciente a la casa y familia de David, se dirigió desde la ciudad de Nazaret en Galilea, a la ciudad de David, llamada Belén, para empadronarse, juntamente con María, su esposa, que estaba encinta.

Mientras estaban ahí, le llegó a María el tiempo de dar a luz y tuvo a su hijo primogénito; lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, porque no hubo lugar para ellos en la posada.

En aquella región había unos pastores que pasaban la noche en el campo, vigilando por turno sus rebaños. Un ángel del Señor se les apareció y la gloria de Dios los envolvió con su luz y se llenaron de temor. El ángel les dijo: "No teman. Les traigo una buena noticia, que causará gran alegría a todo el pueblo: hoy les ha nacido, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Mesías, el Señor. Esto les servirá de señal: encontrarán al niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre".

De pronto se le unió al ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo: "¡Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad!".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Te rogamos, Señor, que la ofrenda de esta festividad sea de tu agrado, para que, mediante este sagrado intercambio, lleguemos a ser semejantes a aquel por quien nuestra naturaleza quedó unida a la tuya. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Jn 1, 14

El Verbo se hizo hombre y hemos visto su gloria.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, Dios nuestro, que nos has concedido el gozo de celebrar el nacimiento de nuestro Redentor, haz que después de una vida santa, merezcamos alcanzar la perfecta comunión con él. Que vive y reina por los siglos de los siglos.

MISA DE LA AURORA

ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Is 9, 2. 6; Lc 1, 33

Hoy brillará una luz sobre nosotros porque nos ha nacido el Señor; se le llamará Admirable, Dios, Príncipe de la paz, Padre del mundo futuro, y su Reino no tendrá fin.

ORACIÓN COLECTA

Concede, Dios todopoderoso, que, al vernos envueltos en la luz nueva de tu Palabra hecha carne, resplandezca por nuestras buenas obras, lo que por la fe brilla en nuestras almas. Por nuestro Señor Jesucristo…

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Mira a tu salvador que llega.

Del libro del profeta Isaías: 62, 11-12

Escuchen lo que el Señor hace oír hasta el último rincón de la tierra:

"Digan a la hija de Sión: Mira que ya llega tu salvador. El premio de su victoria lo acompaña y su recompensa lo precede. Tus hijos serán llamados 'Pueblo santo', 'Redimidos del Señor', y a ti te llamarán 'Ciudad deseada, Ciudad no abandonada'".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 96, 1. 6. 11-12.

R/. Reina el Señor, alégrese la tierra.

Reina el Señor, alégrese la tierra; cante de regocijo el mundo entero. Los cielos pregonan su justicia, su inmensa gloria ven todos los pueblos. ***R/.***

Amanece la luz para el justo y la alegría para los rectos de corazón. Alégrense, justos, con el Señor y bendigan su santo nombre. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Nos ha salvado por su misericordia.

De la carta del apóstol san Pablo a Tito: 3, 4-7

Hermano: Al manifestarse la bondad de Dios, nuestro Salvador, y su amor a los hombres, él nos salvó, no porque nosotros hubiéramos hecho algo digno de merecerlo, sino por su misericordia. Lo hizo mediante el bautismo, que nos regenera y nos renueva, por la acción del Espíritu Santo, a quien Dios derramó abundantemente sobre nosotros, por Cristo, nuestro Salvador. Así, justificados por su gracia, nos convertiremos en herederos, cuando se realice la esperanza de la vida eterna.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Lc 2, 14

R/. Aleluya, aleluya.

Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad. ***R/.***

EVANGELIO

Los pastores encontraron a María, a José y al niño.

+ Del santo Evangelio según san Lucas: 2, 15-20

Cuando los ángeles los dejaron para volver al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: "Vayamos hasta Belén, para ver eso que el Señor nos ha anunciado".

Se fueron, pues, a toda prisa y encontraron a María, a José y al niño, recostado en el pesebre. Después de verlo, contaron lo que se les había dicho de aquel niño, y cuantos los oían quedaban maravillados.

María, por su parte, guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón. Los pastores se volvieron a sus campos, alabando y glorificando a Dios por todo cuanto habían visto y oído, según lo que se les había anunciado.

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Te pedimos, Señor, que nuestras ofrendas sean dignas del misterio de la Navidad que hoy celebramos, para que, así como el que nació como hombre resplandeció él mismo como Dios, así también estas realidades terrenas nos conduzcan a la vida divina. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Cfr. Za 9, 9

"¡Salta de alegría, hija de Sión! ¡Canta, hija de Jerusalén! Mira que ya viene tu Rey, el Santo, el Salvador del mundo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Concédenos, Señor, que al celebrar con fervorosa alegría el nacimiento de tu Hijo, lleguemos a conocer, llenos de fe, la profundidad de este misterio y amarlo con nuestra más ardiente caridad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

MISA DE DIA

ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Is 9, 5

Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado; lleva sobre sus hombros el imperio y su nombre será Ángel del gran consejo.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, que de manera admirable creaste la naturaleza humana y, de modo aún más admirable, la restauraste, concédenos compartir la divinidad de aquel que se dignó compartir nuestra humanidad. Él, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

La tierra entera verá la salvación que viene de nuestro Dios.

Del libro del profeta Isaías: 52, 7-10

¡Qué hermoso es ver correr sobre los montes al mensajero que anuncia la paz, al mensajero que trae la buena nueva, que pregona la salvación, que dice a Sión: "Tu Dios es rey"!

Escucha: Tus centinelas alzan la voz y todos a una gritan alborozados, porque ven con sus propios ojos al Señor, que retorna a Sión.

Prorrumpan en gritos de alegría, ruinas de Jerusalén, porque el Señor rescata a su pueblo, consuela a Jerusalén. Descubre el Señor su santo brazo a la vista de todas las naciones. Verá la tierra entera la salvación que viene de nuestro Dios.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 97, 1. 2-3ab. 3a1-4. 5-6.

R/. Toda la tierra ha visto al Salvador.

Cantemos al Señor un canto nuevo, pues ha hecho maravillas. Su diestra y su santo brazo le han dado la victoria. ***R/.***

El Señor ha dado a conocer su victoria y ha revelado a las naciones su justicia. Una vez más ha demostrado Dios su amor y su lealtad hacia Israel. ***R/.***

La tierra entera ha contemplado la victoria de nuestro Dios. Que todos los pueblos y naciones aclamen con júbilo al Señor. ***R/.***

Cantemos al Señor al son del arpa, suenen los instrumentos. Aclamemos al son de los clarines al Señor, nuestro rey. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Dios nos ha hablado por medio de su Hijo.

De la carta a los hebreos: 1, 1-6

En distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros padres, por boca de los profetas. Ahora, en estos tiempos, nos ha hablado por medio de su Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas y por medio del cual hizo el universo.

El Hijo es el resplandor de la gloria de Dios, la imagen fiel de su ser y el sostén de todas las cosas con su palabra poderosa. Él mismo, después de efectuar la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la majestad de Dios, en las alturas, tanto más encumbrado sobre los ángeles, cuanto más excelso es el nombre que, como herencia, le corresponde.

Porque ¿a cuál de los ángeles le dijo Dios: *Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy*? ¿O de qué ángel dijo Dios: *Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo*? Además, en otro pasaje, cuando introduce en el mundo a su primogénito, dice: *Adórenlo todos los ángeles de Dios.*

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO

R/. Aleluya, aleluya.

Un día sagrado ha brillado para nosotros. Vengan, naciones, y adoren al Señor, porque hoy ha descendido una gran luz sobre la tierra. ***R/.***

EVANGELIO

Aquel que es la Palabra se hizo hombre y habitó entre nosotros.

+ Del santo Evangelio según san Juan: 1, 1-18

En el principio ya existía aquel que es la Palabra, y aquel que es la Palabra estaba con Dios y era Dios. Ya en el principio él estaba con Dios. Todas las cosas vinieron a la existencia por él y sin él nada empezó de cuanto existe. Él era la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la recibieron.

Hubo un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan. Éste vino como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. Él no era la luz, sino testigo de la luz. Aquel que es la Palabra era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. En el mundo estaba; el mundo había sido hecho por él y, sin embargo, el mundo no lo conoció.

Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron; pero a todos los que lo recibieron les concedió poder llegar a ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre, los cuales no nacieron de la sangre, ni del deseo de la carne, ni por voluntad del hombre, sino que nacieron de Dios.

Y aquel que es la Palabra se hizo hombre y habitó entre nosotros. Hemos visto su gloria, gloria que le corresponde como a Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

Juan el Bautista dio testimonio de él, clamando: "A éste me refería cuando dije: 'El que viene después de mí, tiene precedencia sobre mí, porque ya existía antes que yo' ".

De su plenitud hemos recibido todos gracia sobre gracia. Porque la ley fue dada por medio de Moisés, mientras que la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás. El Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha revelado.

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que sea aceptable ante ti, Señor, la oblación de la presente solemnidad, por la que llegó a nosotros tu benevolencia para nuestra perfecta reconciliación y nos fue concedido participar en plenitud del culto divino. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Cfr. Sal 97, 3

Los confines de la tierra han contemplado la salvación que nos viene de Dios.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Concédenos, Dios misericordioso, que el Salvador del mundo, que hoy nos ha nacido, puesto que es el autor de nuestro nacimiento a la vida, también nos haga partícipes de su inmortalidad. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DE NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Un hijo se nos ha dado (Is 9,1-3.5-6)

Navidad. Misa de Medianoche. 1ª lectura

A partir de Is 8,23 comienza a hacerse presente, aún entre sombras, la figura del rey Ezequías, que a diferencia de su padre Ajaz, fue un rey piadoso que confió totalmente en el Señor. Después de que Galilea fuera devastada por Teglatpalasar III de Asiria, con la consiguiente deportación del pueblo que vivía allí (cfr 8,21-22), el rey Ezequías de Judá reconquistaría esa zona, que recobraría su proverbial esplendor durante un cierto tiempo. Estos sucesos abrieron de nuevo paso a la esperanza.

Es posible que este oráculo tenga relación con la profecía del Enmanuel (7,1-17), y que el niño con prerrogativas mesiánicas que ha nacido (cfr 9,5-6) sea aquel niño del que profetizó Isaías que habría de nacer (cfr 7,14). En este sentido este es considerado el segundo oráculo del ciclo del Enmanuel. Ese «niño» que ha nacido, el hijo que se nos ha dado, es un don de Dios (9,5), porque significa la presencia de Dios entre los suyos. El texto hebreo le atribuye cuatro cualidades que parecen sumar las de los más grandes hombres que forjaron la historia de Israel: la sabiduría de Salomón (cfr 1 R 3) («Consejero maravilloso»), el valor de David (cfr 1 S 17) («Dios fuerte»), las dotes de gobierno de Moisés en cuanto libertador, guía y padre del pueblo (cfr Dt 34,10-12) («Padre sempiterno») y las virtudes de los antiguos patriarcas, que llevaron a cabo alianzas de paz (cfr Gn 21,22-24; 26,15-6; 23,6) («Príncipe de la paz»). En la antigua Vulgata latina se traducían por seis («*Admirabilis, Consiliarius, Deus, Fortis, Pater futuri saeculi, Princeps pacis*»), que son las que pasaron al uso litúrgico. La Neovulgata ha vuelto al texto hebreo. En todo caso se trata de títulos que los pueblos semitas aplicaban al monarca reinante, pero que, en su conjunto, trascienden a Ezequías y a cualquier otro rey de Judá. Por eso, la tradición cristiana ha visto que tales cualidades se cumplen sólo en Jesús. San Bernardo, por ejemplo, comenta así la razón de ser de cada uno de esos nombres: «Es *Admirable* en su nacimiento, *Consejero* en su predicación, *Dios* en sus obras, *Fuerte* en la Pasión, *Padre perpetuo* en la resurrección, y *Príncipe de la paz* en la bienaventuranza eterna» (*Sermones de diversis* 53,1).

Así como esos nombres se han aplicado a Jesús, la reconquista efímera de Galilea por Ezequías ha sido vista sólo como anuncio de la definitiva salvación realizada por Jesucristo. En los Evangelios resuenan expresiones de este oráculo en diversos pasajes en los que se habla de Jesús. Cuando Lucas narra la Anunciación a María (Lc 1,31-33) alude

a que el hijo que concebirá y dará a luz recibirá «el trono de David, su padre, reinará eternamente sobre la casa de Jacob y su Reino no tendrá fin» (Lc 1,32b-33; cfr 9,6). Y en el relato de la manifestación del nacimiento a los pastores de Belén se les anuncia que «os ha nacido, en la ciudad de David, el Salvador, que es el Mesías, el Señor…» (Lc 2,11-12; cfr 9,5). San Mateo ve en el comienzo del ministerio de Jesús en Galilea (Mt 4,12-17) el cumplimiento de este oráculo de Isaías (cfr 8,23-9,1): las tierras que en tiempo del profeta se encontraban devastadas y a las que los asirios habían llevado gentes extranjeras para colonizarlas, han sido las primeras en recibir la luz de la salvación del Mesías.

Ha aparecido la gracia de Dios a todos los hombres (Tt 2,11-14)

Navidad. Misa de Medianoche. 2ª lectura

La acción de la gracia divina manifestada en la Encarnación tiene eficacia redentora: es portadora de salvación, además de fuente de santificación, al educar para un comportamiento moral recto. Las obligaciones descritas manifiestan un estilo de vida cristiana (v. 12) fundado en la esperanza (v. 13). Es Cristo quien con su obra redentora ha logrado que podamos tener tal vida y esperanza.

En la Eucaristía, alimento del alma, recibimos la gracia para vivir así y la celebramos «*expectantes beatam spem et adventum Salvatoris nostri Jesu Christi* ("mientras esperamos la gloriosa venida de Nuestro Salvador Jesucristo": MR, *Embolismo después del Padre Nuestro*; cfr Tt 2, 13), pidiendo entrar "en tu reino, donde esperamos gozar todos juntos de la plenitud eterna de tu gloria; allí enjugarás las lágrimas de nuestros ojos, porque, al contemplarte como tú eres, Dios nuestro, seremos para siempre semejantes a ti y cantaremos eternamente tus alabanzas, por Cristo, Señor Nuestro" (MR, *Plegaria Eucarística* 3,128: *oración por los difuntos*)» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1404).

El v. 14 es bello resumen de la doctrina de la Redención. Se señalan cuatro elementos esenciales: donación que Cristo hizo de Sí mismo; redención de toda iniquidad; purificación; y apropiación del pueblo. La entrega de Cristo es una alusión al sacrificio voluntario de la cruz (cfr Ga 1,9; 2,20; Ef 5,2; 1 Tm 2,6), mediante el cual nos ha librado de la esclavitud del pecado; el sacrificio de Cristo es la causa de la libertad de los hijos de Dios, de modo análogo a como la acción de Dios operó la liberación del pueblo de Israel en el éxodo, constituyéndolo en pueblo de su propiedad (cfr Ex 19,4-6). Con la nueva Alianza de su sangre, Jesucristo hace de la Iglesia su pueblo elegido, llamado a incorporar a todas las naciones: «Así como al pueblo de Israel, según la carne, peregrinando por el desierto, se le designa ya como Iglesia, así el nuevo Israel, que caminando en el tiempo presente busca la ciudad futura y perenne, también es designado como Iglesia de Cristo, porque fue Él quien la adquirió con su sangre, la llenó de su Espíritu y la dotó de los medios apropiados de unión visible y social» (Conc. Vaticano II, *Lumen gentium*, n. 9).

Hoy nos ha nacido un salvador (Lc 2, 1-14)

Navidad. Misa de Medianoche. Evangelio

El evangelio narra escuetamente el nacimiento de Jesús. No obstante, no deja de subrayar dos detalles: el lugar del nacimiento, Belén, y la pobreza y desamparo materiales que lo acompañaron. Ambos son también lección de Dios que se sirve de los sucesos de la historia humana para que se cumplan sus designios, y que hace de sus gestos enseñanza: «¿Hay algo que pueda declarar más inequívocamente su misericordia, que el hecho de haber aceptado la misma miseria? ¿Puede haber algo más rebosante de piedad que el que la Palabra de Dios se haya hecho tan poca cosa por nosotros? (…) Que deduzcan de aquí los hombres lo grande que es el cuidado que Dios tiene de ellos; que se enteren de lo que Dios piensa y siente por ellos» (S. Bernardo, *In Epiphania Domini, Sermo* 1,2).

«Se promulgó un edicto de César» (v. 1). Por los documentos extrabíblicos sólo conocemos un empadronamiento general en la época de Quirino (v. 2) el año 6 d.C., es decir, unos diez o doce años después del nacimiento del Señor (cfr *Cronología de la vida de Jesús*, pp. 45-46). Pero es posible que hubiera otros censos generales y hubo ciertamente censos locales. Tal vez la familia de Jesús fue a Belén con motivo de uno de estos censos y Lucas no dispuso de datos para ser más preciso (cfr nota a Hch 5,34-42). En todo caso, el propósito del evangelista es claro: quiso situar en la historia universal el nacimiento de Jesús, y, al no disponer de una era común como nosotros, habla de Quirino (v. 2), gobernador de Siria, de la cual dependía Judá, y del edicto de César Augusto (v. 1), que reinó desde el 27 a.C. al 14 d.C. En esta alusión se sugiere también una paradoja: César se presentó en su tiempo como el salvador de la humanidad y, con el propósito de perpetuar su memoria, favoreció de tal manera las artes, que su época ha llegado a llamarse «el siglo de Augusto». Sin embargo, el verdadero salvador, como dice el ángel enseguida (2,11), es Jesús, y su nacimiento es el que instaura la nueva era en la que contamos los años y los siglos. Éste es el sentido que ya supo ver la primitiva exégesis cristiana: «Registrado con todos, podía santificar a todos; inscrito en el censo con toda la tierra, a la tierra ofrecía la comunión consigo; y después de esta declaración inscribía a todos los hombres de la tierra en el libro de los vivos, de modo que cuantos hubieran creído en Él, fueran luego registrados en el cielo con los Santos de Aquel a quien se debe la gloria y el poder por los siglos de los siglos» (Orígenes, *Homilia X in Lucam* 6).

«Dio a luz a su hijo primogénito» (v. 7). La Biblia —como otros documentos del antiguo Oriente— suele llamar «primogénito» al primer varón que nace, sea o no seguido de otros hermanos: «Puesto que la ley sobre los primogénitos incluye también al que no siguen otros hermanos, resulta que el nombre de primogénito se refiere a cualquiera que abre el seno materno y antes del cual no ha nacido ninguno, no sólo a aquél al que le sigue un hermano después» (S. Jerónimo, *Adversus Helvidium* 19). La Iglesia enseñó la verdad de fe de la virginidad perpetua de María (cfr *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 499) y algunos Padres la ampliaron también a San José: «Tú dices que María no permanecía virgen, yo digo más: que también el mismo José fue virgen por María para que el hijo virginal fuera engendrado en un matrimonio virginal. (…) Si él era para María, considerada por la gente como su esposa, más un protector que un cónyuge, entonces no

queda sino concluir que quien fue considerado digno de ser llamado padre del Señor, haya vivido virginalmente con María (S. Jerónimo, *Adversus Helvidium* 19).

«Porque no había lugar para ellos en el aposento» (v. 7). La palabra griega que utiliza San Lucas —*katályma*— designa la habitación espaciosa de las casas, que podía servir de salón o cuarto de huéspedes: en el Nuevo Testamento se usa sólo otras dos veces para nombrar la sala donde el Señor celebró la Última Cena (22,11; Mc 14,14). Es posible, por tanto, que el evangelista quiera señalar con sus palabras que el lugar no era oportuno y que la Sagrada Familia quería preservar la intimidad del acontecimiento. Pero, además, en la pobreza del establo conocemos «la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que, siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para que vosotros seáis ricos por su pobreza» (2 Co 8,9): «Atiende (...) a la pobreza de aquel que fue puesto en un pesebre y envuelto en pañales. ¡Oh admirable humildad, oh pasmosa pobreza! El Rey de los ángeles, el Señor del cielo y de la tierra es reclinado en un pesebre. (...) Considera la humildad, al menos la dichosa pobreza, los innumerables trabajos y penalidades que sufrió por la redención del género humano» (Sta. Clara de Asís, *Carta a Inés de Praga*). Esta humildad no sólo es ejemplo para los hombres, sino don de Dios que se abaja haciéndose cercano a nosotros. *Dios se humilla para que podamos acercarnos a Él, para que podamos corresponder a su amor con nuestro amor, para que nuestra libertad se rinda no sólo ante el espectáculo de su poder, sino ante la maravilla de su humildad. Grandeza de un Niño que es Dios: su Padre es el Dios que ha hecho los cielos y la tierra, y Él está ahí, en un pesebre,* quia non erat eis locus in diversorio *(*Lc *2,7), porque no había otro sitio en la tierra para el dueño de todo lo creado* (S. Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 18).

Las palabras de los ángeles a los pastores indican el significado del nacimiento de Jesús. Él no es un niño cualquiera, sino el Salvador, el Mesías, el Señor (v. 11). La divinidad de Jesús Niño no es manifiesta. Por eso, debía ser enseñada por medio de ángeles: «Necesita ser manifestado lo que de suyo es oculto, no lo que es patente. El cuerpo del recién nacido era manifiesto; pero su divinidad estaba oculta, y por tanto era conveniente que se manifestara aquel nacimiento por medio de los ángeles, que son ministros de Dios; por eso apareció el ángel rodeado de claridad, para que quedase patente que el recién nacido era "el esplendor de la gloria del Padre" (Hb 1,3)» (Sto. Tomás de Aquino, *Summa theologiae* 3,36,5 ad 1). Las palabras de los ángeles indican también que la llegada del Salvador al mundo trae consigo los dones más excelentes: el reconocimiento de la gloria de Dios y la paz para los hombres (v. 14). De ahí el sentido profundo de la adoración de los pastores: la salvación que Cristo traía estaba destinada a hombres de toda raza y situación, y por eso eligió manifestarse a personas de distinta condición. «Los pastores eran israelitas; los magos, gentiles; aquéllos vinieron de cerca; éstos, de lejos, pero unos y otros coincidieron en la piedra angular» (S. Agustín, *Sermones* 202,1).

SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DE NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Y el Verbo se hizo carne

Un favor os voy a pedir antes de comenzar la explicación de las palabras del evangelio; y os suplico que no me neguéis lo que os pido. No pido cosa que gravosa sea ni pesada; y en cambio será útil, si la consigo, no tan sólo para mí, sino también para vosotros, si la concedéis; y aun quizá sea más útil para vosotros que para mí. ¿Qué es lo que pido? Que el primer día de la semana o el sábado mismo, tomando cada uno la parte del evangelio que luego se leerá en la reunión, sentados allá en vuestro hogar repetidamente la leáis y muchas veces la exploréis y examinéis y cuidadosamente peséis su valor y anotéis lo que es claro y las partes que son oscuras; y también lo que en las expresiones parezca contradictorio, aunque no lo sea; y así, tras de examinarlo todo, luego vengáis a la reunión. De empeño semejante nos vendrá no pequeña ganancia a vosotros y a mí.

En efecto: a nosotros no nos será necesario mucho trabajo para explicar las sentencias y su fuerza, estando ya vuestra mente acostumbrada al conocimiento de las expresiones; y vosotros, por este camino, os tornaréis más perspicaces y más agudos para penetrar, no sólo oír, y entender y enseñar a otros. Tal como ahora procedéis, muchos de vosotros os veis obligados juntamente a conocer el texto de las Sagradas Escrituras y a escuchar nuestra explicación; pero así, ni aun cuando gastemos el año íntegro, sacarán grande provecho. Porque no les será posible, así a la ligera y brevemente, atender a lo que se dice. Y si algunos pretextan sus negocios y preocupaciones del mundo y el mucho trabajo en los asuntos públicos y privados, desde luego no es pequeña culpa eso de sobrecargarse de tan gran multitud de negocios y de tal modo empeñarse y esclavizarse en los negocios seculares, que ni siquiera ocupen un poco de tiempo en las cosas que sobre todo les son necesarias.

Por otra parte, que sólo se trate de pretextos simulados, lo demuestran las conversaciones con los amigos, la frecuencia en acudir al teatro, los interminables tiempos dedicados a las carreras de caballos, en que a veces se consumen los días íntegros; y sin embargo, para todo eso no ponen obstáculo ni pretextan la cantidad de negocios. De manera que para esas cosas de nonada no hay ocupación que estorbe; pero si se ha de poner empeño en las cosas divinas, entonces éstas os parecen superfluas y de tan poca monta que juzgáis no deberse poner en ellas ni el menor empeño. Quienes así piensan ¿merecerán acaso respirar o ver este sol?

Hay otra excusa ineptísima de parte de tales hombres notablemente desidiosos: la falta de ejemplares de la Escritura. Sería cosa ridícula tratar de esto ante los ricos. Pero puesto que muchos pobres usan de tal pretexto, quisiera yo así pacíficamente preguntarles si acaso tienen íntegros y en buen estado los instrumentos de sus oficios respectivos, aun cuando ellos se encuentren en suma pobreza. Pero ¿cómo ha de ser

absurdo no excusarse para eso con la pobreza y andar poniendo todos los medios para remover los impedimentos, y en cambio acá, en donde se ha de obtener crecida utilidad, quejarse de la pobreza y las ocupaciones?

Por lo demás, aun cuando hubiera algunos tan extremadamente pobres, podrán llegar a no ignorar nada de las Sagradas Escrituras, por sola la lectura aquí acostumbrada. Y si esto también os parece imposible, con razón os lo parece, puesto que muchos no ponen gran cuidado a la dicha lectura: sino que, una vez que a la ligera oyen lo que se lee, inmediatamente se marchan a sus hogares. Y si algunos permanecen en la reunión, no proceden mejor que los otros que se alejan, pues están presentes únicamente con el cuerpo.

Más, para no sobrecargaros el ánimo con mis quejas, ni consumir todo el tiempo en reprensiones, empecemos la explicación de las sentencias evangélicas, porque ya es tiempo de entrar en la materia propuesta. Atended para que no se os escape cosa alguna de las que se digan.

Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Habiendo el evangelista afirmado que quienes lo recibieron fueron nacidos de Dios y se hicieron hijos de Dios, pone el otro motivo de tan inefable honor, que no es otro sino haberse hecho carne el Verbo, y haber tomado el Señor la forma de siervo. Porque el Hijo se hizo hombre, siendo verdadero Hijo de Dios, para hacer a los hombres hijos de Dios. Al mezclarse lo que es altísimo con lo que es bajísimo, nada pierde de su gloria, y en cambio eleva lo otro desde lo profundo de su bajeza. Así sucedió con Cristo.

Con su abajamiento, su naturaleza no se disminuyó; y en cambio a nosotros, que prácticamente vivíamos en vergüenza y en tinieblas, nos levantó a una gloria indecible. Cuando el rey le habla con benevolencia y cariño a un pobre mendigo, no hace cosa alguna vergonzosa; y en cambio al pobre lo torna ilustre y esclarecido delante de todos. Pues si en esa pasajera y totalmente adventicia dignidad humana, la conversación y compañía con un hombre de baja clase social para nada perjudica al que es más honorable, con mucha mayor razón no perjudicará a la substancia aquella incorpórea y bienaventurada, que nada tiene de adventicio, nada que ahora tenga y ahora no tenga, sino que posee todos los bienes sin mutaciones y que eternamente permanecen. De modo que cuando oyes: *El Verbo se hizo carne,* no te perturbes ni decaigas de ánimo. Esa substancia divina no se derribó ni cayó en la carne (sería impiedad aun el solo pensarlo), sino que permaneciendo lo que era, tomó la forma de siervo.

Pero entonces ¿por qué el evangelista usó de esa expresión: *Se hizo*. Para cerrar la boca de los herejes. Como los hay que afirman ser toda esa economía de la Encarnación una simple ficción y pura fantasmagoría, para adelantarse a quitar de en medio semejante blasfemia, usó de esa expresión: *Se hizo;* declarando así no un cambio de substancia ¡lejos tal cosa! sino que verdaderamente se encarnó. Así como cuando dice Pablo: *Cristo nos libró de la maldición de la Ley, haciéndose por nosotros maldición*[1]*,* no significa que la

substancia divina se apartara y dejara la gloria y se convirtiera en maldición —pues tal cosa no la pensarían ni los demonios, ni los hombres más necios y locos: ¡tan grande sabor de impiedad y de necedad juntamente contiene!—; de modo que Pablo no dice eso, sino que Cristo, habiendo tomado la maldición que había en contra nuestra, no permitió que en adelante fuéramos malditos; del mismo modo acá Juan dice que el Verbo se hizo carne, no porque cambiara en carne su substancia, sino permaneciendo ésta intacta después de haberse encarnado.

Y si alegan que siendo Dios que todo lo puede, también pudo convertirse en carne, responderemos que ciertamente todo lo puede, pero permaneciendo Dios. Pues si fuera capaz de cambio, y de cambio en peor, ¿cómo fuera Dios? Sufrir cambio es cosa lejanísima de esa substancia inmortal. Por esto decía el profeta: *Todos ellos como la ropa se desgastan, como* un *vestido tú los mudas* y *se mudan*. *Pero tú eres siempre el mismo y tus años no tienen* fin[2]. La substancia divina es superior a todo cambio; porque nada hay mejor que ella de manera que pueda esforzándose llegar a eso otro. Pero ¿qué digo mejor? Nada hay igual a ella ni que siquiera un poquito se le acerque. De donde se sigue que si se ha cambiado será en algo peor. Pero en ese caso no puede ser Dios. ¡Caiga semejante blasfemia sobre la cabeza de quienes la profieren!

Ahora bien, que esa expresión: *Se hizo,* haya sido dicha para que no sospeches una fantasmagoría, adviértelo por lo que sigue: verás cómo esclarece lo dicho y juntamente deshace esa malvada opinión. Porque continúa: Y *habitó entre nosotros*. Como si dijera: no vayas a sospechar nada erróneo por esa expresión: *Se hizo,* pues no he significado cambio alguno en la substancia inmutable, sino únicamente he señalado el acampar y la habitación. Y no es lo mismo el habitar que la tienda de campaña en que se habita, sino cosa diferente. Un alguien habita en la otra, pues nadie habita en sí mismo y así la tienda de campaña no sería propiamente habitación. Al decir alguien me refiero a la substancia, pues por la unidad y conjunción del Verbo, Dios y la carne son una misma cosa, sin que se confundan, sin que se pierda la substancia, sino que se hacen una cosa mediante una juntura inefable e inexplicable.

No investigues cómo sea ella: se hizo en una forma que Dios conoce. Mas ¿cuál fue la tienda de campaña en que habitó? Oye al profeta que dice: *Yo levantaré la cabaña ruinosa de David*[3]. Porque verdaderamente cayó nuestra naturaleza, cayó con ruina irreparable y estaba necesitada de aquella mano, la única poderosa. No podía por otro medio levantarse, si no le tendía la mano Aquel mismo que allá al principio la creó, si no la reformaba celestialmente mediante el bautismo de regeneración y la gracia del Espíritu Santo.

Observa este secretísimo y tremendo misterio. Para siempre habita en nuestra carne; porque no la revistió para después abandonarla, sino para tenerla eternamente consigo. Si no fuera así, no le habría concedido aquel regio solio, ni lo adoraría en ella el ejército entero de los Cielos, los Ángeles, los Arcángeles, los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades. ¿Qué discurso, qué entendimiento podrá explicar este honor

sobrenatural y escalofriante, tan excelso, conferido a nuestro linaje? ¿Qué ángel o qué arcángel será capaz de hacerlo? ¡Nadie ni en el Cielo ni en la tierra! Así son las obras de Dios. Tan grandes y sobrenaturales son sus beneficios que superan a lo que puede decir con exactitud no sólo la humana lengua, sino la misma angélica facultad.

Por tal motivo, cerraremos nuestro discurso con el silencio, únicamente amonestándoos a que correspondáis a tan excelente y altísimo Bienhechor; cosa de la cual más tarde nos vendrá toda ganancia. Corresponderemos si tenemos sumo cuidado de nuestra alma. Porque también esta obra es de su bondad: que, no necesitando de nada nuestro, tenga por correspondencia el que no descuidemos nuestras almas. Sería el colmo de la locura que, siendo dignos de infinitos suplicios y habiendo alcanzado, por el contrario, tan altísimos honores, no hiciéramos lo que está de nuestra parte; sobre todo cuando toda la utilidad recae en nosotros, y nos están preparados bienes sin cuento como recompensa de que así procedamos.

Por todo ello glorifiquemos al benignísimo Dios, no únicamente con palabras, sino sobre todo con las obras, para que así consigamos los bienes futuros. Ojalá todos los alcancemos, por gracia y benignidad del Señor nuestro Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria al Padre juntamente con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

(Explicación del Evangelio de San Juan, homilía XI (X), Tradición México 1981, pp. 89-93)

SAN LEÓN MAGNO

Reconoce, cristiano, tu dignidad

Hoy, queridos hermanos, ha nacido nuestro Salvador; alegrémonos. No puede haber lugar para la tristeza, cuando acaba de nacer la vida; la misma que acaba con el temor de la mortalidad, y nos infunde la alegría de la eternidad prometida.

Nadie tiene por qué sentirse alejado de la participación de semejante gozo, a todos es común la razón para el júbilo porque nuestro Señor, destructor del pecado y de la muerte, como no ha encontrado a nadie libre de culpa, ha venido para liberarnos a todos. Alégrese el santo, puesto que se acerca a la victoria; regocíjese el pecador, puesto que se le invita al perdón; anímese el gentil, ya que se le llama a la vida.

Pues el Hijo de Dios, al cumplirse la plenitud de los tiempos, establecidos por los inescrutables y supremos designios divinos, asumió la naturaleza del género humano para reconciliarla con su Creador, de modo que el demonio, autor de la muerte, se viera vencido por la misma naturaleza gracias a la cual había vencido.

Por eso, cuando nace el Señor, los ángeles cantan jubilosos: Gloria a Dios en el cielo, y anuncian: y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Pues están viendo cómo la Jerusalén celestial se construye con gentes de todo el mundo; ¿cómo, pues, no habrá de

alegrarse la humildad de los hombres con tan sublime acción de la piedad divina, cuando tanto se entusiasma la sublimidad de los ángeles?

Demos, por tanto, queridos hermanos, gracias a Dios Padre por medio de su Hijo, en el Espíritu Santo, puesto que se apiadó de nosotros a causa de la inmensa misericordia con que nos amó; estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho vivir con Cristo, para que gracias a él fuésemos una nueva creatura, una nueva creación.

Despojémonos, por tanto, del hombre viejo con todas sus obras y, ya que hemos recibido la participación de la generación de Cristo, renunciemos a las obras de la carne.

Reconoce, cristiano, tu dignidad y, puesto que has sido hecho partícipe de la naturaleza divina, no pienses en volver con un comportamiento indigno a las antiguas vilezas. Piensa de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro. No olvides que fuiste liberado del poder de las tinieblas y trasladado a la luz y al reino de Dios.

Gracias al sacramento del bautismo te has convertido en templo del Espíritu Santo; no se te ocurra ahuyentar con tus malas acciones a tan noble huésped, ni volver a someterte a la servidumbre del demonio: porque tu precio es la sangre de Cristo.

(*Sermón 1 en la Natividad del Señor, 1-3: PI, 54, 190-193*)

FRANCISCO – Homilías y Catequesis de Navidad

IR A ÍNDICE DE NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Homilía de Nochebuena 2013

1. «*El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande*» (*Is* 9,1).

Esta profecía de Isaías no deja de conmovernos, especialmente cuando la escuchamos en la Liturgia de la Noche de Navidad. No se trata sólo de algo emotivo, sentimental; nos conmueve porque dice la realidad de lo que somos: somos un pueblo en camino, y a nuestro alrededor –y también dentro de nosotros– hay tinieblas y luces. Y en esta noche, cuando el espíritu de las tinieblas cubre el mundo, se renueva el acontecimiento que siempre nos asombra y sorprende: el pueblo en camino ve una gran luz. Una luz que nos invita a reflexionar en este misterio: misterio de *caminar* y de *ver*.

Caminar. Este verbo nos hace pensar en el curso de la historia, en el largo camino de la historia de la salvación, comenzando por Abrahán, nuestro padre en la fe, a quien el Señor llamó un día a salir de su pueblo para ir a la tierra que Él le indicaría. Desde entonces, nuestra identidad como creyentes es la de peregrinos hacia la tierra prometida. El Señor acompaña siempre esta historia. Él permanece siempre fiel a su alianza y a sus promesas. Porque es fiel, «Dios es luz sin tiniebla alguna» (*1 Jn* 1,5). Por parte del pueblo, en cambio, se alternan momentos de luz y de tiniebla, de fidelidad y de infidelidad, de obediencia y de rebelión, momentos de pueblo peregrino y momentos de pueblo errante.

También en nuestra historia personal se alternan momentos luminosos y oscuros, luces y sombras. Si amamos a Dios y a los hermanos, caminamos en la luz, pero si nuestro corazón se cierra, si prevalecen el orgullo, la mentira, la búsqueda del propio interés, entonces las tinieblas nos rodean por dentro y por fuera. «Quien aborrece a su hermano –escribe el apóstol San Juan– está en las tinieblas, camina en las tinieblas, no sabe adónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos» (*1 Jn* 2,11). Pueblo en camino, sobre todo pueblo peregrino que no quiere ser un pueblo errante.

2. En esta noche, como un haz de luz clarísima, resuena el anuncio del Apóstol: «*Ha aparecido la gracia de Dios, que trae la salvación para todos los hombres*» (*Tt* 2,11).

La gracia que ha aparecido en el mundo es Jesús, nacido de María Virgen, Dios y hombre verdadero. Ha venido a nuestra historia, ha compartido nuestro camino. Ha venido para librarnos de las tinieblas y darnos la luz. En Él ha aparecido la gracia, la misericordia, la ternura del Padre: Jesús es el Amor hecho carne. No es solamente un maestro de sabiduría, no es un ideal al que tendemos y del que nos sabemos por fuerza distantes, es el sentido de la vida y de la historia que ha puesto su tienda entre nosotros.

3. Los pastores fueron los primeros que vieron esta "tienda", que recibieron el anuncio del nacimiento de Jesús. Fueron los primeros porque eran de los últimos, de los marginados. Y fueron los primeros porque estaban en vela aquella noche, guardando su rebaño. Es condición del peregrino velar, y ellos estaban en vela. Con ellos nos quedamos ante el Niño, nos quedamos en silencio. Con ellos damos gracias al Señor por habernos dado a Jesús, y con ellos, desde dentro de nuestro corazón, alabamos su fidelidad: Te bendecimos, Señor, Dios Altísimo, que te has despojado de tu rango por nosotros. Tú eres inmenso, y te has hecho pequeño; eres rico, y te has hecho pobre; eres omnipotente, y te has hecho débil.

Que en esta Noche compartamos *la alegría del Evangelio*: Dios nos ama, nos ama tanto que nos ha dado a su Hijo como nuestro hermano, como luz para nuestras tinieblas. El Señor nos dice una vez más: "No teman" (*Lc* 2,10). Como dijeron los ángeles a los pastores: "No teman". Y también yo les repito a todos: "No teman". Nuestro Padre tiene paciencia con nosotros, nos ama, nos da a Jesús como guía en el camino a la tierra prometida. Él es la luz que disipa las tinieblas. Él es la misericordia. Nuestro Padre nos perdona siempre. Y Él es nuestra paz. Amén.

***

Homilía de Nochebuena 2014

«El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaban tierras de sombras y una luz les brilló» (*Is* 9,1). «Un ángel del Señor se les presentó [a los pastores]: la gloria del Señor los envolvió de claridad» (*Lc* 2,9). De este modo, la liturgia de la santa noche de Navidad nos presenta el nacimiento del Salvador como luz que irrumpe y disipa la más densa oscuridad. La presencia del Señor en medio de su pueblo libera del peso de la derrota y de la tristeza de la esclavitud, e instaura el gozo y la alegría.

También nosotros, en esta noche bendita, hemos venido a la casa de Dios atravesando las tinieblas que envuelven la tierra, guiados por la llama de la fe que ilumina nuestros pasos y animados por la esperanza de encontrar la «luz grande». Abriendo nuestro corazón, tenemos también nosotros la posibilidad de contemplar el milagro de ese niño-sol que, viniendo de lo alto, ilumina el horizonte.

El origen de las tinieblas que envuelven al mundo se pierde en la noche de los tiempos. Pensemos en aquel oscuro momento en que fue cometido el primer crimen de la humanidad, cuando la mano de Caín, cegado por la envidia, hirió de muerte a su hermano Abel (cf. *Gn* 4,8). También el curso de los siglos ha estado marcado por la violencia, las guerras, el odio, la opresión. Pero Dios, que había puesto sus esperanzas en el hombre hecho a su imagen y semejanza, aguardaba pacientemente. Dios esperaba. Esperó durante tanto tiempo, que quizás en un cierto momento hubiera tenido que renunciar. En cambio, no podía renunciar, no podía negarse a sí mismo (cf. *2 Tm* 2,13). Por eso ha seguido esperando con paciencia frente a la corrupción de los hombres y de los pueblos. La paciencia de Dios. Qué difícil es entender esto: la paciencia de Dios con nosotros.

A lo largo del camino de la historia, la luz que disipa la oscuridad nos revela que Dios es Padre y que su paciente fidelidad es más fuerte que las tinieblas y que la corrupción. En esto consiste el anuncio de la noche de Navidad. Dios no conoce los arrebatos de ira y la impaciencia; está siempre ahí, como el padre de la parábola del hijo pródigo, esperando atisbar a lo lejos el retorno del hijo perdido; y todos los días, pacientemente. La paciencia de Dios.

La profecía de Isaías anuncia la aparición de una gran luz que disipa la oscuridad. Esa luz nació en Belén y fue recibida por las manos tiernas de María, por el cariño de José, por el asombro de los pastores. Cuando los ángeles anunciaron a los pastores el nacimiento del Redentor, lo hicieron con estas palabras: «Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre» (*Lc* 2,12). La «señal» es precisamente la humildad de Dios, la humildad de Dios llevada hasta el extremo; es el amor con el que, aquella noche, asumió nuestra fragilidad, nuestros sufrimientos, nuestras angustias, nuestros anhelos y nuestras limitaciones. El mensaje que todos esperaban, que buscaban en lo más profundo de su alma, no era otro que la ternura de Dios: Dios que nos mira con ojos llenos de afecto, que acepta nuestra miseria, Dios enamorado de nuestra pequeñez.

Esta noche santa, en la que contemplamos al Niño Jesús apenas nacido y acostado en un pesebre, nos invita a reflexionar. ¿Cómo acogemos la ternura de Dios? ¿Me dejo alcanzar por él, me dejo abrazar por él, o le impido que se acerque? «Pero si yo busco al Señor» –podríamos responder–. Sin embargo, lo más importante no es buscarlo, sino dejar que sea él quien me busque, quien me encuentre y me acaricie con cariño. Ésta es la pregunta que el Niño nos hace con su sola presencia: ¿permito a Dios que me quiera?

Y más aún: ¿tenemos el coraje de acoger con ternura las situaciones difíciles y los problemas de quien está a nuestro lado, o bien preferimos soluciones impersonales, quizás eficaces pero sin el calor del Evangelio? ¡Cuánta necesidad de ternura tiene el mundo de hoy! Paciencia de Dios, cercanía de Dios, ternura de Dios.

La respuesta del cristiano no puede ser más que aquella que Dios da a nuestra pequeñez. La vida tiene que ser vivida con bondad, con mansedumbre. Cuando nos damos cuenta de que Dios está enamorado de nuestra pequeñez, que él mismo se hace pequeño para propiciar el encuentro con nosotros, no podemos no abrirle nuestro corazón y suplicarle: «Señor, ayúdame a ser como tú, dame la gracia de la ternura en las circunstancias más duras de la vida, concédeme la gracia de la cercanía en las necesidades de los demás, de la humildad en cualquier conflicto».

Queridos hermanos y hermanas, en esta noche santa contemplemos el misterio: allí «el pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande» (*Is* 9,1). La vio la gente sencilla, dispuesta a acoger el don de Dios. En cambio, no la vieron los arrogantes, los soberbios, los que establecen las leyes según sus propios criterios personales, los que adoptan actitudes de cerrazón. Miremos al misterio y recemos, pidiendo a la Virgen Madre: «María, muéstranos a Jesús».

***

Homilía de Nochebuena 2015

En esta noche brilla una «luz grande» (*Is* 9,1); sobre nosotros resplandece la luz del nacimiento de Jesús. Qué actuales y ciertas son las palabras del profeta Isaías, que acabamos de escuchar: «Acreciste la alegría, aumentaste el gozo» (*Is* 9,2). Nuestro corazón estaba ya lleno de alegría mientras esperaba este momento; ahora, ese sentimiento se ha incrementado hasta rebosar, porque la promesa se ha cumplido, por fin se ha realizado. El gozo y la alegría nos aseguran que el mensaje contenido en el misterio de esta noche viene verdaderamente de Dios. No hay lugar para la duda; dejémosla a los escépticos que, interrogando sólo a la razón, no encuentran nunca la verdad. No hay sitio para la indiferencia, que se apodera del corazón de quien no sabe querer, porque tiene miedo de perder algo. La tristeza es arrojada fuera, porque el Niño Jesús es el verdadero consolador del corazón.

Hoy ha nacido el Hijo de Dios: todo cambia. El Salvador del mundo viene a compartir nuestra naturaleza humana, no estamos ya solos ni abandonados. La Virgen nos ofrece a su Hijo como principio de vida nueva. La luz verdadera viene a iluminar nuestra existencia, recluida con frecuencia bajo la sombra del pecado. Hoy descubrimos nuevamente quiénes somos. En esta noche se nos muestra claro el camino a seguir para alcanzar la meta. Ahora tiene que cesar el miedo y el temor, porque la luz nos señala el camino hacia Belén. No podemos quedarnos inermes. No es justo que estemos parados. Tenemos que ir y ver a nuestro Salvador recostado en el pesebre. Este es el motivo del gozo y la alegría: este Niño «ha nacido *para nosotros*», «*se nos ha dado*», como anuncia

Isaías (cf. 9,5). Al pueblo que desde hace dos mil años recorre todos los caminos del mundo, para que todos los hombres compartan esta alegría, se le confía la misión de dar a conocer al «Príncipe de la paz» y ser entre las naciones su instrumento eficaz.

Cuando oigamos hablar del nacimiento de Cristo, guardemos silencio y dejemos que ese Niño nos hable; grabemos en nuestro corazón sus palabras sin apartar la mirada de su rostro. Si lo tomamos en brazos y dejamos que nos abrace, nos dará la paz del corazón que no conoce ocaso. Este Niño nos enseña lo que es verdaderamente importante en nuestra vida. Nace en la pobreza del mundo, porque no hay un puesto en la posada para Él y su familia. Encuentra cobijo y amparo en un establo y viene recostado en un pesebre de animales. Y, sin embargo, de esta nada brota la luz de la gloria de Dios. Desde aquí, comienza para los hombres de corazón sencillo el camino de la verdadera liberación y del rescate perpetuo. De este Niño, que lleva grabados en su rostro los rasgos de la bondad, de la misericordia y del amor de Dios Padre, brota para todos nosotros sus discípulos, como enseña el apóstol Pablo, el compromiso de «renunciar a la impiedad» y a las riquezas del mundo, para vivir una vida «sobria, justa y piadosa» (*Tt* 2,12).

En una sociedad frecuentemente ebria de consumo y de placeres, de abundancia y de lujo, de apariencia y de narcisismo, Él nos llama a tener un comportamiento *sobrio*, es decir, sencillo, equilibrado, lineal, capaz de entender y vivir lo que es importante. En un mundo, a menudo duro con el pecador e indulgente con el pecado, es necesario cultivar un fuerte sentido de la justicia, de la búsqueda y el poner en práctica la voluntad de Dios. Ante una cultura de la indiferencia, que con frecuencia termina por ser despiadada, nuestro estilo de vida ha de estar lleno de *piedad*, de empatía, de compasión, de misericordia, que extraemos cada día del pozo de la oración.

Que, al igual que el de los pastores de Belén, nuestros ojos se llenen de asombro y maravilla al contemplar en el Niño Jesús al Hijo de Dios. Y que, ante Él, brote de nuestros corazones la invocación: «Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación» (*Sal* 85,8).

***

Audiencia general (18.XII.13)

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy desearía reflexionar con vosotros sobre el Nacimiento de Jesús, fiesta de la confianza y de la esperanza, que supera la incertidumbre y el pesimismo. Y la razón de nuestra esperanza es ésta: Dios está con nosotros y Dios se fía aún de nosotros. Pero pensad bien en esto: Dios está con nosotros y Dios se fía aún de nosotros. Es generoso este Dios Padre. Él viene a habitar con los hombres, elige la tierra como morada suya para estar junto al hombre y hacerse encontrar allí donde el hombre pasa sus días en la alegría y en el dolor. Por lo tanto, la tierra ya no es sólo un «valle de lágrimas», sino el lugar donde Dios mismo puso su tienda, es el lugar del encuentro de Dios con el hombre, de la solidaridad de Dios con los hombres.

Dios quiso compartir nuestra condición humana hasta el punto de hacerse una cosa sola con nosotros en la persona de Jesús, que es verdadero hombre y verdadero Dios. Pero hay algo aún más sorprendente. La presencia de Dios en medio de la humanidad no se realiza en un mundo ideal, idílico, sino en este mundo real, marcado por muchas cosas buenas y malas, marcado por divisiones, maldad, pobreza, prepotencias y guerras. Él eligió habitar nuestra historia, así como es, con todo el peso de sus límites y de sus dramas. Actuando así demostró de modo insuperable su inclinación misericordiosa y llena de amor hacia las creaturas humanas. Él es el Dios-con-nosotros; Jesús es Dios-con-nosotros. ¿Creéis vosotros esto? Hagamos juntos esta profesión: Jesús es Dios-con-nosotros. Jesús es Dios-con-nosotros desde siempre y para siempre con nosotros en los sufrimientos y en los dolores de la historia. El nacimiento de Jesús es la manifestación de que Dios «tomó partido» de una vez para siempre de la parte del hombre, para salvarnos, para levantarnos del polvo de nuestras miserias, de nuestras dificultades, de nuestros pecados.

De aquí viene el gran «regalo» del Niño de Belén: Él nos trae una energía espiritual, una energía que nos ayuda a no hundirnos en nuestras fatigas, en nuestras desesperaciones, en nuestras tristezas, porque es una energía que caldea y transforma el corazón. El nacimiento de Jesús, en efecto, nos trae la buena noticia de que somos amados inmensamente y singularmente por Dios, y este amor no sólo nos lo da a conocer, sino que nos lo dona, nos lo comunica.

De la contemplación gozosa del misterio del Hijo de Dios nacido por nosotros, podemos sacar dos consideraciones.

La primera es que si en Navidad Dios se revela no como uno que está en lo alto y que domina el universo, sino como Aquél que se abaja, desciende sobre la tierra pequeño y pobre, significa que para ser semejantes a Él no debemos ponernos sobre los demás, sino, es más, abajarnos, ponernos al servicio, hacernos pequeños con los pequeños y pobres con los pobres. Pero es algo feo cuando se ve a un cristiano que no quiere abajarse, que no quiere servir. Un cristiano que se da de importante por todos lados, es feo: ese no es cristiano, ese es pagano. El cristiano sirve, se abaja. Obremos de manera que estos hermanos y hermanas nuestros no se sientan nunca solos.

La segunda consecuencia: si Dios, por medio de Jesús, se implicó con el hombre hasta el punto de hacerse como uno de nosotros, quiere decir que cualquier cosa que hagamos a un hermano o a una hermana la habremos hecho a Él. Nos lo recordó Jesús mismo: quien haya alimentado, acogido, visitado, amado a uno de los más pequeños y de los más pobres entre los hombres, lo habrá hecho al Hijo de Dios.

Encomendémonos a la maternal intercesión de María, Madre de Jesús y nuestra, para que nos ayude en esta Santa Navidad, ya cercana, a reconocer en el rostro de nuestro prójimo, especialmente de las personas más débiles y marginadas, la imagen del Hijo de Dios hecho hombre.

***

Audiencia general (17.XII.14)

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Sínodo de los obispos sobre la familia, que se acaba de celebrar, ha sido la primera etapa de un camino, que se concluirá el próximo mes de octubre con la celebración de otra asamblea sobre el tema «Vocación y misión de la familia en la Iglesia y en el mundo». La oración y la reflexión que deben acompañar este camino implican a todo el pueblo de Dios. Quisiera que también las habituales meditaciones de las audiencias del miércoles se introduzcan en este camino común. He decidido, por ello, reflexionar con vosotros, durante este año, precisamente sobre la familia, sobre este gran don que el Señor entregó al mundo desde el inicio, cuando confirió a Adán y Eva la misión de multiplicarse y llenar la tierra (cf. *Gn* 1, 28). Ese don que Jesús confirmó y selló en su Evangelio.

La cercanía de la Navidad enciende una gran luz sobre este misterio. La Encarnación del Hijo de Dios abre un nuevo inicio en la historia universal del hombre y la mujer. Y este nuevo inicio tiene lugar en el seno de una familia, en Nazaret. Jesús nació en una familia. Él podía llegar de manera espectacular, o como un guerrero, un emperador... No, no: viene como un hijo de familia. Esto importante: contemplar en el belén esta escena tan hermosa.

Dios eligió nacer en una familia humana, que Él mismo formó. La formó en un poblado perdido de la periferia del Imperio Romano. No en Roma, que era la capital del Imperio, no en una gran ciudad, sino en una periferia casi invisible, sino más bien con mala fama. Lo recuerdan también los Evangelios, casi como un modo de decir: «¿De Nazaret puede salir algo bueno?» (*Jn* 1, 46). Tal vez, en muchas partes del mundo, nosotros mismos aún hablamos así, cuando oímos el nombre de algún sitio periférico de una gran ciudad. Sin embargo, precisamente allí, en esa periferia del gran Imperio, inició la historia más santa y más buena, la de Jesús entre los hombres. Y allí se encontraba esta familia.

Jesús permaneció en esa periferia durante treinta años. El evangelista Lucas resume este período así: Jesús «estaba sujeto a ellos [es decir a María y a José]. Y uno podría decir: «Pero este Dios que viene a salvarnos, ¿perdió treinta años allí, en esa periferia de mala fama?». ¡Perdió treinta años! Él quiso esto. El camino de Jesús estaba en esa familia. «Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres» (2, 51-52). No se habla de milagros o curaciones, de predicaciones —no hizo nada de ello en ese período—, de multitudes que acudían a Él. En Nazaret todo parece suceder «normalmente», según las costumbres de una piadosa y trabajadora familia israelita: se trabajaba, la mamá cocinaba, hacía todas las cosas de la casa, planchaba las camisas... todas las cosas de mamá. El papá, carpintero, trabajaba, enseñaba al hijo a trabajar. Treinta años. «¡Pero que desperdicio, padre!». Los caminos de Dios son misteriosos. Lo que allí era importante era la familia. Y eso no era

un desperdicio. Eran grandes santos: María, la mujer más santa, inmaculada, y José, el hombre más justo... La familia.

Ciertamente que nos enterneceríamos con el relato acerca del modo en que Jesús adolescente afrontaba las citas de la comunidad religiosa y los deberes de la vida social; al conocer cómo, siendo joven obrero, trabajaba con José; y luego su modo de participar en la escucha de las Escrituras, en la oración de los salmos y en muchas otras costumbres de la vida cotidiana. Los Evangelios, en su sobriedad, no relatan nada acerca de la adolescencia de Jesús y dejan esta tarea a nuestra afectuosa meditación. El arte, la literatura, la música recorrieron esta senda de la imaginación. Ciertamente, no se nos hace difícil imaginar cuánto podrían aprender las madres de las atenciones de María hacia ese Hijo. Y cuánto los padres podrían obtener del ejemplo de José, hombre justo, que dedicó su vida en sostener y defender al niño y a su esposa —su familia— en los momentos difíciles. Por no decir cuánto podrían ser alentados los jóvenes por Jesús adolescente en comprender la necesidad y la belleza de cultivar su vocación más profunda, y de soñar a lo grande. Jesús cultivó en esos treinta años su vocación para la cual lo envió el Padre. Y Jesús jamás, en ese tiempo, se desalentó, sino que creció en valentía para seguir adelante con su misión.

Cada familia cristiana —como hicieron María y José—, ante todo, puede acoger a Jesús, escucharlo, hablar con Él, custodiarlo, protegerlo, crecer con Él; y así mejorar el mundo. Hagamos espacio al Señor en nuestro corazón y en nuestras jornadas. Así hicieron también María y José, y no fue fácil: ¡cuántas dificultades tuvieron que superar! No era una familia artificial, no era una familia irreal. La familia de Nazaret nos compromete a redescubrir la vocación y la misión de la familia, de cada familia. Y, como sucedió en esos treinta años en Nazaret, así puede suceder también para nosotros: convertir en algo normal el amor y no el odio, convertir en algo común la ayuda mutua, no la indiferencia o la enemistad. No es una casualidad, entonces, que «Nazaret» signifique «Aquella que custodia», como María, que —dice el Evangelio— «conservaba todas estas cosas en su corazón» (cf. *Lc* 2, 19.51). Desde entonces, cada vez que hay una familia que custodia este misterio, incluso en la periferia del mundo, se realiza el misterio del Hijo de Dios, el misterio de Jesús que viene a salvarnos, que viene para salvar al mundo. Y esta es la gran misión de la familia: dejar sitio a Jesús que viene, acoger a Jesús en la familia, en la persona de los hijos, del marido, de la esposa, de los abuelos... Jesús está allí. Acogerlo allí, para que crezca espiritualmente en esa familia. Que el Señor nos dé esta gracia en estos últimos días antes de la Navidad. Gracias.

BENEDICTO XVI – todas sus homilías de Navidad en archivo aparte

BENEDICTO XVI – todas sus homilías de Navidad en archivo aparte

---

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DE NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

I. POR QUE EL VERBO SE HIZO CARNE

456. Con el Credo Niceno-Constantinopolitano respondemos confesando: "Por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen y se hizo hombre".

457. El Verbo se encarnó para salvarnos reconciliándonos con Dios: "Dios nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados" (1 Jn 4, 10). "El Padre envió a su Hijo para ser salvador del mundo" (1 Jn 4, 14). "Él se manifestó para quitar los pecados" (1 Jn 3, 5):

Nuestra naturaleza enferma exigía ser sanada; desgarrada, ser restablecida; muerta, ser resucitada. Habíamos perdida la posesión del bien, era necesario que se nos devolviera. Encerrados en las tinieblas, hacía falta que nos llegara la luz; estando cautivos, esperábamos un salvador; prisioneros, un socorro; esclavos, un libertador. ¿No tenían importancia estos razonamientos? ¿No merecían conmover a Dios hasta el punto de hacerle bajar hasta nuestra naturaleza humana para visitarla ya que la humanidad se encontraba en un estado tan miserable y tan desgraciado? (San Gregorio de Nisa, or. catech. 15).

458. El Verbo se encarnó para que nosotros conociésemos así el amor de Dios: "En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él" (1 Jn 4, 9). "Porque tanto amó Dio s al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna" (Jn 3, 16).

459. El Verbo se encarnó para ser nuestro modelo de santidad: "Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí ... "(Mt 11, 29). "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí" (Jn 14, 6). Y el Padre, en el monte de la transfiguración, ordena: "Escuchadle" (Mc 9, 7; cf. Dt 6, 4-5). Él es, en efecto, el modelo de las bienaventuranzas y la norma de la ley nueva: "Amaos los unos a los otros como yo os he amado" (Jn 15, 12). Este amor tiene como consecuencia la ofrenda efectiva de sí mismo (cf. Mc 8, 34).

460. El Verbo se encarnó para hacernos "partícipes de la naturaleza divina" (2 P 1, 4): "Porque tal es la razón por la que el Verbo se hizo hombre, y el Hijo de Dios, Hijo del hombre: Para que el hombre al entrar en comunión con el Verbo y al recibir así la filiación divina, se convirtiera en hijo de Dios" (S. Ireneo, haer., 3, 19, 1). "Porque el Hijo de Dios se hizo hombre para hacernos Dios" (S. Atanasio, Inc., 54, 3). "Unigenitus Dei Filius, suae divinitatis volens nos esse participes, naturam nostram assumpsit, ut homines deos faceret factus homo" ("El Hijo Unigénito de Dios, queriendo hacernos participantes de su

divinidad, asumió nuestra naturaleza, para que, habiéndose hecho hombre, hiciera dioses a los hombres") (Santo Tomás de A., opusc 57 in festo Corp. Chr., 1).

566. La tentación en el desierto muestra a Jesús, humilde Mesías que triunfa de Satanás mediante su total adhesión al designio de salvación querido por el Padre.

II. LA ENCARNACION

461. Volviendo a tomar la frase de San Juan ("El Verbo se encarnó": Jn 1, 14), la Iglesia llama "Encarnación" al hecho de que el Hijo de Dios haya asumido una naturaleza humana para llevar a cabo por ella nuestra salvación. En un himno citado por S. Pablo, la Iglesia canta el misterio de la Encarnación:

Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo: el cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz. (Flp 2, 5-8; cf. LH, cántico de vísperas del sábado).

462. La carta a los Hebreos habla del mismo misterio:

Por eso, al entrar en este mundo, [Cristo] dice: No quisiste sacrificio y oblación; pero me has formado un cuerpo. Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: ¡He aquí que vengo ... a hacer, oh Dios, tu voluntad! (Hb 10, 5-7, citando Sal 40, 7-9 LXX).

463. La fe en la verdadera encarnación del Hijo de Dios es el signo distintivo de la fe cristiana: "Podréis conocer en esto el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo, venido en carne, es de Dios" (1 Jn 4, 2). Esa es la alegre convicción de la Iglesia desde sus comienzos cuando canta "el gran misterio de la piedad": "Él ha sido manifestado en la carne" (1 Tm 3, 16).

IV. COMO ES HOMBRE EL HIJO DE DIOS

470. Puesto que en la unión misteriosa de la Encarnación "la naturaleza humana ha sido asumida, no absorbida" (GS 22, 2), la Iglesia ha llegado a confesar con el correr de los siglos, la plena realidad del alma humana, con sus operaciones de inteligencia y de voluntad, y del cuerpo humano de Cristo. Pero paralelamente, ha tenido que recordar en cada ocasión que la naturaleza humana de Cristo pertenece propiamente a la persona divina del Hijo de Dios que la ha asumido. Todo lo que es y hace en ella pertenece a "uno de la Trinidad". El Hijo de Dios comunica, pues, a su humanidad su propio modo personal de existir en la Trinidad. Así, en su alma como en su cuerpo, Cristo expresa humanamente las costumbres divinas de la Trinidad (cf. Jn 14, 9-10):

El Hijo de Dios... trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de nosotros, en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado (GS 22, 2).

El alma y el conocimiento humano de Cristo

471. Apolinar de Laodicea afirmaba que en Cristo el Verbo había sustituido al alma o al espíritu. Contra este error la Iglesia confesó que el Hijo eterno asumió también un alma racional humana (cf. DS 149).

472. Este alma humana que el Hijo de Dios asumió está dotada de un verdadero conocimiento humano. Como tal, éste no podía ser de por sí ilimitado: se desenvolvía en las condiciones históricas de su existencia en el espacio y en el tiempo. Por eso el Hijo de Dios, al hacerse hombre, quiso progresar "en sabiduría, en estatura y en gracia" (Lc 2, 52) e igualmente adquirir aquello que en la condición humana se adquiere de manera experimental (cf. Mc 6, 38; 8, 27; Jn 11, 34; etc.). Eso ... correspondía a la realidad de su anonadamiento voluntario en "la condición de esclavo" (Flp 2, 7).

473. Pero, al mismo tiempo, este conocimiento verdaderamente humano del Hijo de Dios expresaba la vida divina de su persona (cf. S. Gregorio Magno, ep 10,39: DS 475). "La naturaleza humana del Hijo de Dios, no por ella misma sino por su unión con el Verbo, conocía y manifestaba en ella todo lo que conviene a Dios" (S. Máximo el Confesor, qu. dub. 66). Esto sucede ante todo en lo que se refiere al conocimiento íntimo e inmediato que el Hijo de Dios hecho hombre tiene de su Padre (cf. Mc 14, 36; Mt 11, 27; Jn 1, 18; 8, 55; etc.). El Hijo, en su conocimiento humano, demostraba también la penetración divina que tenía de los pensamientos secretos del corazón de los hombres (cf Mc 2, 8; Jn 2, 25; 6, 61; etc.).

474. Debido a su unión con la Sabiduría divina en la persona del Verbo encarnado, el conocimiento humano de Cristo gozaba en plenitud de la ciencia de los designios eternos que había venido a revelar (cf. Mc 8,31; 9,31; 10, 33-34; 14,18-20. 26-30). Lo que reconoce ignorar en este campo (cf. Mc 13,32), declara en otro lugar no tener misión de revelarlo (cf. Hch 1, 7).

La voluntad humana de Cristo

475. De manera paralela, la Iglesia confesó en el sexto concilio ecuménico (Cc. de Constantinopla III en el año 681) que Cristo posee dos voluntades y dos operaciones naturales, divinas y humanas, no opuestas, sino cooperantes, de forma que el Verbo hecho carne, en su obediencia al Padre, ha querido humanamente todo lo que ha decidido divinamente con el Padre y el Espíritu Santo para nuestra salvación (cf. DS 556-559). La voluntad humana de Cristo "sigue a su voluntad divina sin hacerle resistencia ni oposición, sino todo lo contrario estando subordinada a esta voluntad omnipotente" (DS 556).

El verdadero cuerpo de Cristo

476. Como el Verbo se hizo carne asumiendo una verdadera humanidad, el cuerpo de Cristo era limitado (cf. Cc. de Letrán en el año 649: DS 504). Por eso se puede "pintar la faz humana de Jesús (Ga 3,2). El séptimo Concilio ecuménico (Cc. de Nicea II, en el año

787: DS 600-603) la Iglesia reconoció que es legítima su representación en imágenes sagradas.

477. Al mismo tiempo, la Iglesia siempre ha admitido que, en el cuerpo de Jesús, Dios "que era invisible en su naturaleza se hace visible" (Prefacio de Navidad). En efecto, las particularidades individuales del cuerpo de Cristo expresan la persona divina del Hijo de Dios. Él ha hecho suyos los rasgos de su propio cuerpo humano hasta el punto de que, pintados en una imagen sagrada, pueden ser venerados porque el creyente que venera su imagen, "venera a la persona representada en ella" (Cc. Nicea II: DS 601).

El Corazón del Verbo encarnado

478. Jesús, durante su vida, su agonía y su pasión nos ha conocido y amado a todos y a cada uno de nosotros y se ha entregado por cada uno de nosotros: "El Hijo de Dios me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Ga 2, 20). Nos ha amado a todos con un corazón humano. Por esta razón, el sagrado Corazón de Jesús, traspasado por nuestros pecados y para nuestra salvación (cf. Jn 19, 34), "es considerado como el principal indicador y símbolo…del amor con que el divino Redentor ama continuamente al eterno Padre y a todos los hombres" (Pio XII, Enc. "Haurietis aquas": DS 3924; cf. DS 3812).

El misterio de la Navidad

437. El ángel anunció a los pastores el nacimiento de Jesús como el del Mesías prometido a Israel: "Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor" (Lc 2, 11). Desde el principio él es "a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo" (Jn 10, 36), concebido como "santo" (Lc 1, 35) en el seno virginal de María. José fue llamado por Dios para "tomar consigo a María su esposa" encinta "del que fue engendrado en ella por el Espíritu Santo" (Mt 1, 20) para que Jesús "llamado Cristo" nazca de la esposa de José en la descendencia mesiánica de David (Mt 1, 16; cf. Rm 1, 3; 2 Tm 2, 8; Ap 22, 16).

525. Jesús nació en la humildad de un establo, de una familia pobre (cf. Lc 2, 6-7); unos sencillos pastores son los primeros testigos del acontecimiento. En esta pobreza se manifiesta la gloria del cielo (cf. Lc 2, 8-20). La Iglesia no se cansa de cantar la gloria de esta noche:

La Virgen da hoy a luz al Eterno
Y la tierra ofrece una gruta al Inaccesible.
Los ángeles y los pastores le alaban
Y los magos avanzan con la estrella.
Porque Tú has nacido para nosotros,
Niño pequeño, ¡Dios eterno!

(Kontakion, de Romanos el Melódico)

526. "Hacerse niño" con relación a Dios es la condición para entrar en el Reino (cf. Mt 18, 3-4); para eso es necesario abajarse (cf. Mt 23, 12), hacerse pequeño; más todavía: es necesario "nacer de lo alto" (Jn 3,7), "nacer de Dios" (Jn 1, 13) para "hacerse hijos de Dios"

(Jn 1, 12). El Misterio de Navidad se realiza en nosotros cuando Cristo "toma forma" en nosotros (Ga 4, 19). Navidad es el Misterio de este "admirable intercambio":

O admirabile commercium! El Creador del género humano, tomando cuerpo y alma, nace de una virgen y, hecho hombre sin concurso de varón, nos da parte en su divinidad (LH, antífona de la octava de Navidad).

Jesús es el Hijo de David

439. Numerosos judíos e incluso ciertos paganos que compartían su esperanza reconocieron en Jesús los rasgos fundamentales del mesiánico "hijo de David" prometido por Dios a Israel (cf. Mt 2, 2; 9, 27; 12, 23; 15, 22; 20, 30; 21, 9. 15). Jesús aceptó el título de Mesías al cual tenía derecho (cf. Jn 4, 25-26;11, 27), pero no sin reservas porque una parte de sus contemporáneos lo comprendían según una concepción demasiado humana (cf. Mt 22, 41-46), esencialmente política (cf. Jn 6, 15; Lc 24, 21).

La virginidad de María

496. Desde las primeras formulaciones de la fe (cf. DS 10-64), la Iglesia ha confesado que Jesús fue concebido en el seno de la Virgen María únicamente por el poder del Espíritu Santo, afirmando también el aspecto corporal de este suceso: Jesús fue concebido "absque semine ex Spiritu Sancto" (Cc Letrán, año 649; DS 503), esto es, sin elemento humano, por obra del Espíritu Santo. Los Padres ven en la concepción virginal el signo de que es verdaderamente el Hijo de Dios el que ha venido en una humanidad como la nuestra:

Así, S. Ignacio de Antioquía (comienzos del siglo II): *"Estáis firmemente convencidos acerca de que nuestro Señor es verdaderamente de la raza de David según la carne (cf. Rm 1, 3), Hijo de Dios según la voluntad y el poder de Dios (cf. Jn 1, 13), nacido verdaderamente de una virgen, ...Fue verdaderamente clavado por nosotros en su carne bajo Poncio Pilato ... padeció verdaderamente, como también resucitó verdaderamente*" (Smyrn. 1-2).

La entrada mesiánica de Jesús en Jerusalén

559. ¿Cómo va a acoger Jerusalén a su Mesías? Jesús rehuyó siempre las tentativas populares de hacerle rey (cf. Jn 6, 15), pero elige el momento y prepara los detalles de su entrada mesiánica en la ciudad de "David, su Padre" (Lc 1,32; cf. Mt 21, 1-11). Es aclamado como hijo de David, el que trae la salvación ("Hosanna" quiere decir "¡sálvanos!", "Danos la salvación!"). Pues bien, el "Rey de la Gloria" (Sal 24, 7-10) entra en su ciudad "montado en un asno" (Za 9, 9): no conquista a la hija de Sión, figura de su Iglesia, ni por la astucia ni por la violencia, sino por la humildad que da testimonio de la Verdad (cf. Jn 18, 37). Por eso los súbditos de su Reino, aquel día fueron los niños (cf. Mt 21, 15-16; Sal 8, 3) y los "pobres de Dios", que le aclamaban como los ángeles lo anunciaron a los pastores (cf. Lc 19, 38; 2, 14). Su aclamación "Bendito el que viene en el nombre del Señor" (Sal 118, 26), ha sido recogida por la Iglesia en el "Sanctus" de la liturgia eucarística para introducir al memorial de la Pascua del Señor.

Jesús escucha la oración

2616. La oración a Jesús ya ha sido escuchada por él durante su ministerio, a través de los signos que anticipan el poder de su muerte y de su resurrección: Jesús escucha la oración de fe expresada en palabras (el leproso: cf Mc 1, 40-41; Jairo: cf Mc 5, 36; la cananea: cf Mc 7, 29; el buen ladrón: cf Lc 23, 39-43), o en silencio (los portadores del paralítico: cf Mc 2, 5; la hemorroísa que toca su vestido: cf Mc 5, 28; las lágrimas y el perfume de la pecadora: cf Lc 7, 37-38). La petición apremiante de los ciegos: "¡Ten piedad de nosotros, Hijo de David!" (Mt 9, 27) o "¡Hijo de David, ten compasión de mí!" (Mc 10, 48) ha sido recogida en la tradición de la Oración a Jesús: "¡Jesús, Cristo, Hijo de Dios, Señor, ten piedad de mí, pecador!" Curando enfermedades o perdonando pecados, Jesús siempre responde a la plegaria que le suplica con fe: "Ve en paz, ¡tu fe te ha salvado!".

San Agustín resume admirablemente las tres dimensiones de la oración de Jesús*: "Orat pro nobis ut sacerdos noster, orat in nobis ut caput nostrum, oratur a nobis ut Deus noster. Agnoscamus ergo et in illo voces nostras et voces eius in nobis"* ("Ora por nosotros como sacerdote nuestro; ora en nosotros como cabeza nuestra; a Él dirige nuestra oración como a Dios nuestro. Reconozcamos, por tanto, en Él nuestras voces; y la voz de Él, en nosotros", Sal 85, 1; cf IGLH 7).

Dios ha dicho todo en su Verbo

III. CRISTO JESUS – "MEDIADOR Y PLENITUD DE TODA LA REVELACION" (DV 2)

65. "De una manera fragmentaria y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por su Hijo" (Hb 1,1-2). Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, es la Palabra única, perfecta e insuperable del Padre. En Él lo dice todo, no habrá otra palabra más que ésta. S. Juan de la Cruz, después de otros muchos, lo expresa de manera luminosa, comentando Hb 1,1-2:

Porque en darnos, como nos dio a su Hijo, que es una Palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra, y no tiene más que hablar; porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado en el todo, dándonos al Todo, que es su Hijo. Por lo cual, el que ahora quisiese preguntar a Dios, o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necedad, sino haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer otra alguna cosa o novedad (San Juan de la Cruz, *Subida al monte Carmelo* 2,22,3-5: *Biblioteca Mística Carmelitana*, v. 11 (Burgos 1929), p. 184.).

102. A través de todas las palabras de la Sagrada Escritura, Dios dice sólo una palabra, su Verbo único, en quien él se dice en plenitud (cf. Hb 1,1-3):

Recordad que es una misma Palabra de Dios la que se extiende en todas las escrituras, que es un mismo Verbo que resuena en la boca de todos los escritores sagrados, el que,

siendo al comienzo Dios junto a Dios, no necesita sílabas porque no está sometido al tiempo (S. Agustín, Psal. 103,4,1).

Cristo encarnado es adorado por los ángeles

333 De la Encarnación a la Ascensión, la vida del Verbo encarnado está rodeada de la adoración y del servicio de los ángeles. Cuando Dios introduce "a su Primogénito en el mundo, dice: 'adórenle todos los ángeles de Dios'" (Hb 1, 6). Su cántico de alabanza en el nacimiento de Cristo no ha cesado de resonar en la alabanza de la Iglesia: "Gloria a Dios..." (Lc 2, 14). Protegen la infancia de Jesús (cf Mt 1, 20; 2, 13.19), sirven a Jesús en el desierto (cf Mc 1, 12; Mt 4, 11), lo reconfortan en la agonía (cf Lc 22, 43), cuando E1 habría podido ser salvado por ellos de la mano de sus enemigos (cf Mt 26, 53) como en otro tiempo Israel (cf 2 M 10, 2930; 11,8). Son también los ángeles quienes "evangelizan" (Lc 2, 10) anunciando la Buena Nueva de la Encarnación (cf Lc 2, 814), y de la Resurrección (cf Mc 16, 57) de Cristo. Con ocasión de la segunda venida de Cristo, anunciada por los ángeles (cf Hb 1, 1011), éstos estarán presentes al servicio del juicio del Señor (cf Mt 13, 41; 25, 31 ; Lc 12, 89).

La Encarnación y las imágenes de Cristo

Imágenes sagradas

1159. La imagen sagrada, el icono litúrgico, representa principalmente a Cristo. No puede representar a Dios invisible e incomprensible; la Encarnación del Hijo de Dios inauguró una nueva "economía" de las imágenes:

En otro tiempo, Dios, que no tenía cuerpo ni figura no podía de ningún modo ser representado con una imagen. Pero ahora que se ha hecho ver en la carne y que ha vivido con los hombres, puedo hacer una imagen de lo que he visto de Dios...con el rostro descubierto contemplamos la gloria del Señor (S. Juan Damasceno, imag. 1,16).

1160. La iconografía cristiana transcribe mediante la imagen el mensaje evangélico que la Sagrada Escritura transmite mediante la palabra. Imagen y Palabra se esclarecen mutuamente:

Para expresar brevemente nuestra profesión de fe, conservamos todas las tradiciones de la Iglesia, escritas o no escritas, que nos han sido transmitidas sin alteración. Una de ellas es la representación pictórica de las imágenes, que está de acuerdo con la predicación de la historia evangélica, creyendo que, verdaderamente y no en apariencia, el Dios Verbo se hizo carne, lo cual es tan útil y provechoso, porque las cosas que se esclarecen mutuamente tienen sin duda una significación recíproca (Cc. de Nicea II, año 787: COD 111).

1161. Todos los signos de la celebración litúrgica hacen referencia a Cristo: también las imágenes sagradas de la Santísima Madre de Dios y de los santos. Significan, en efecto, a Cristo que es glorificado en ellos. Manifiestan "la nube de testigos" (Hb 12,1) que continúan participando en la salvación del mundo y a los que estamos unidos, sobre todo

en la celebración sacramental. A través de sus iconos, es el hombre "a imagen de Dios", finalmente transfigurado "a su semejanza" (cf Rm 8,29; 1 Jn 3,2), quien se revela a nuestra fe, e incluso los ángeles, recapitulados también en Cristo:

Siguiendo la enseñanza divinamente inspirada de nuestros santos Padres y la tradición de la Iglesia católica (pues reconocemos ser del Espíritu Santo que habita en ella), definimos con toda exactitud y cuidado que las venerables y santas imágenes, como también la imagen de la preciosa y vivificante cruz, tanto las pintadas como las de mosaico u otra materia conveniente, se expongan en las santas iglesias de Dios, en los vasos sagrados y ornamentos, en las paredes y en cuadros, en las casas y en los caminos: tanto las imágenes de nuestro Señor Dios y Salvador Jesucristo, como las de nuestra Señora inmaculada la santa Madre de Dios, de los santos ángeles y de todos los santos y justos (Cc. de Nicea II: DS 600).

1162. "La belleza y el color de las imágenes estimulan mi oración. Es una fiesta para mis ojos, del mismo modo que el espectáculo del campo estimula mi corazón para dar gloria a Dios" (S. Juan Damasceno, imag. 127). La contemplación de las sagradas imágenes, unida a la meditación de la Palabra de Dios y al canto de los himnos litúrgicos, forma parte de la armonía de los signos de la celebración para que el misterio celebrado se grabe en la memoria del corazón y se exprese luego en la vida nueva de los fieles.

2131. Fundándose en el misterio del Verbo encarnado, el séptimo Concilio ecuménico (celebrado en Nicea en 787), justificó contra los iconoclastas el culto de las imágenes: las de Cristo, pero también las de la Madre de Dios, de los ángeles y de todos los santos. Encarnándose, el Hijo de Dios inauguró una nueva "economía" de las imágenes.

2502. El arte sacro es verdadero y bello cuando corresponde por su forma a su vocación propia: evocar y glorificar, en la fe y la adoración, el Misterio trascendente de Dios, Belleza Sobreeminente Invisible de Verdad y de Amor, manifestado en Cristo, "Resplandor de su gloria e Impronta de su esencia" (Hb 1,3), en quien "reside toda la Plenitud de la Divinidad corporalmente" (Col 2,9), belleza espiritual reflejada en la Santísima Virgen Madre de Dios, los Ángeles y los Santos. El arte sacro verdadero lleva al hombre a la adoración, a la oración y al amor de Dios Creador y Salvador, Santo y Santificador.

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DE NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Gloria a Dios y paz a los hombres

Misa de medianoche

Isaías 9, 1-3.5-6; Tito 2,11-14; Lucas 2, 1-14

Una antigua costumbre prevé tres misas para la fiesta de Navidad, llamadas respectivamente «de la medianoche», «de la aurora» y «del día».

En cada una, a través de las lecturas, que varían, viene presentado un aspecto diferente del misterio, de tal manera de tener de él una visión por así decido tridimensional. La Misa de la medianoche nos describe el hecho del nacimiento de Cristo y las circunstancias, en que acontece. La Misa de la aurora, con los pastores que van a Belén, nos indica cuál debe ser nuestra respuesta al anuncio del misterio: andar sin retardo igualmente nosotros a adorar al Niño. La Misa del día, teniendo en el centro el prólogo de Juan, nos revela quién es en realidad aquel que ha nacido: el Verbo eterno de Dios existente antes de la creación del mundo.

La Misa de la medianoche, decía yo, se concentra en el acontecimiento, en el hecho histórico. Éste está descrito con desconcertante simplicidad, sin aparato alguno. Tres o cuatro líneas dispuestas de palabras humildes y acostumbradas para describir, en absoluto, el acontecimiento más importante de la historia del mundo, esto es, la venida de Dios sobre la tierra:

«Y mientras estaba allí le llegó el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada».

El deber de esclarecer el significado y el alcance de este acontecimiento es confiado por el evangelista al canto, que los ángeles entonan después de haber facilitado el anuncio a los pastores:

«Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor».

A este breve canto angelical, desde el siglo II, le fueron añadidas algunas aclamaciones a Dios («Te alabamos, te bendecimos…»), seguidas, un poco más tarde, por una serie de invocaciones a Cristo («Señor Dios, cordero de Dios…»). Así, ampliado, el texto fue introducido primero en la misa de Navidad y después en todas las misas de los días festivos, como acontece también hoy. El Gloria, cantado o recitado al inicio de la misa, constituye por ello un anuncio de la Navidad, presente en toda Eucaristía, casi para significar la continuidad vital, que hay entre el nacimiento y la muerte de Cristo, su encarnación y su misterio pascual.

La aclamación angélica está compuesta por dos tramos, en los que cada uno de los elementos se corresponden entre sí en perfecto paralelismo. Tenemos tres parejas de términos en contraste entre sí: gloria-paz; a Dios-a los hombres; en los cielos-en la tierra.

Se trata de una proclamación gramaticalmente en indicativo, no en optativo; los ángeles proclaman una noticia, no expresan sólo un deseo y un voto. El verbo sobreentendido no es sea, sino es; no «haya paz», sino «es paz». En otras palabras, con su canto los ángeles expresan el sentido de lo que ha acontecido, declaran que el nacimiento del Niño realiza la gloria de Dios y la paz a los hombres. Así interpreta las palabras de los ángeles la liturgia, que en el Canto de introducción de esta misa repite: «Hoy, desde el cielo, ha descendido la paz sobre nosotros».

Intentemos ahora recoger el significado de cada uno de los términos del cántico. «Gloria» (doxa) no indica aquí sólo el esplendor divino, que forma parte de su misma naturaleza, sino también y más aún la gloria, que se manifiesta en el actuar personal de Dios y que suscita glorificación por parte de sus criaturas. No se trata de la gloria objetiva de Dios, que existe siempre e independientemente de todo reconocimiento, sino del conocimiento o de la alabanza, de la gloria de Dios por parte de los hombres. San Pablo habla, en este mismo sentido, de «la gloria de Dios, que está en la faz de Cristo» (2 Corintios 4, 6).

«Paz» (eirene) indica, según el sentido pleno de la Biblia, el conjunto de bienes mesiánicos esperados para la era escatológica; en particular, el perdón de los pecados y el don del Espíritu de Dios. El término es muy cercano al de «gracia», al que está casi siempre unido en el saludo, que se lee al inicio de las cartas de los apóstoles: «A vosotros gracia y paz, de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo» (cfr. Romanos 1,7). Indica mucho más que la ausencia o eliminación de guerras y de confrontaciones humanas; indica la restablecida, pacífica y filial relación con Dios, esto es, en una palabra, la salvación. «Habiendo, pues, recibido de la fe la justificación, estamos en paz con Dios» (Romanos 5, 1). En esta línea, la paz vendrá identificada con la misma persona de Cristo: «porque él es nuestra paz» (Efesios 2,14).

En fin, el término «beneplácito» (Eudokia) indica la fuente de todos estos bienes y el motivo del actuar de Dios, que es su amor. El término, en pasado, venía traducido como «buena voluntad» (pax hominibus bonae voluntatis esto es, paz a los hombres de buena voluntad) entendiendo con ello la buena voluntad de los hombres o los hombres de buena voluntad. Con este significado la expresión ha entrado en el cántico del Gloria y ha llegado a ser corriente en el lenguaje cristiano. Después del concilio Vaticano II se suele indicar con esta expresión a todos los hombres honestos, que buscan lo verdadero y el bien común, sean o no creyentes.

Pero, es una interpretación inexacta, reconocida hoy como tal por todos. En el texto bíblico original se trata de los hombres, que son queridos por Dios, que son objeto de la buena voluntad divina, no que ellos mismos estén dotados de buena voluntad. De este modo el anuncio resulta aún más consolador. Si la paz fuese concedida a los hombres por su buena voluntad, entonces sería limitada a pocos, a los que la merecen; mas, como es concedida por la buena voluntad de Dios, por gracia, se ofrece a todos. La Navidad no es una llamada a la buena voluntad de los hombres, sino un anuncio radiante de la buena voluntad de Dios para con los hombres.

La palabra-clave para entender el sentido de la proclamación angélica es, por 10 tanto, la última, la que habla del «querer bien» de Dios hacia los hombres, como fuente y origen de todo 10 que Dios ha comenzado a realizar en la Navidad. Nos ha predestinado a ser sus hijos adoptivos «según el beneplácito de su voluntad», escribe el apóstol (Efesios 1,5); nos ha hecho conocer el misterio de su querer, según cuanto había preestablecido

«según el benévolo designio (Eudokia)» (Efesios 1,5.9). Navidad es la suprema epifanía, de 10 que la Escritura llama la filantropía de Dios, esto es, su amor por los hombres:

«Se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres» (Tito 3, 4).

Hay dos modos de manifestar el propio amor a otro. El primero consiste en hacerle regalos a la persona amada. Dios nos ha amado así en la creación. La creación es toda ella una dádiva: don es el ser que poseemos, don las flores, el aire, el sol, la luna, las estrellas, el cosmos, en el que la mente humana se pierde. Pero, hay un segundo modo de manifestar a otro el propio amor, mucho más difícil que el primero, y es olvidarse de sí mismo y sufrir por la persona amada. Y éste es el amor con el que Dios nos ha amado en su encarnación. San Pablo habla de la encarnación como de una *kenosis*, de un despojarse de sí mismo, que el Hijo ha realizado al tomar la forma de siervo (cfr. Filipenses 2, 7). Dios no se ha contentado con amamos mediante un amor de munificencia, sino que nos ha amado también con amor de sufrimiento.

Para comprender el misterio de la Navidad es necesario tener el corazón de los santos. Ellos no se paraban en la superficie de la Navidad, sino que penetraban lo íntimo del misterio. «La encarnación, escribía la beata Ángela de Foligno, realiza en nosotros dos cosas: la primera es que nos llena de amor; la segunda, que nos hace seguros de nuestra salvación. ¡Oh caridad que nadie puede comprender! ¡Oh amor sobre el que no hay amor mayor: mi Dios se ha hecho carne para hacerme Dios! ¡Oh amor apasionado: te has deshecho para hacerme a mí! El abismo de tu hacerte hombre arranca a mis labios palabras tan apasionadas. Cuando tú, Jesús, me haces entender que has nacido para mí, ¡cómo está lleno de gloria para mí entender un hecho tal!» Durante las fiestas de la Navidad, en que tuvo lugar su tránsito de este mundo, esta insuperable escrutadora de los abismos de Dios, una vez, dirigiéndose a los hijos espirituales, que la rodeaban, exclamó: «¡El Verbo se ha hecho carne!» Y después de una hora, en que había permanecido absorta en este pensamiento, como volviendo desde muy lejos, añadió: «Cada criatura viene a menos. ¡Toda la inteligencia de los ángeles no basta!» Y a los presentes, que le preguntaban en qué cosa cada criatura viene a menos y en qué cosa la inteligencia de los ángeles no basta, respondió: «¡En comprenderlo!»

Sólo después de haber contemplado la «buena voluntad» de Dios hacia nosotros, podemos ocupamos también de la «buena voluntad» de los hombres, esto es, de nuestra respuesta al misterio de la Navidad. Esta buena voluntad se debe expresar mediante la imitación del misterio del actuar de Dios. Y la imitación es ésta: Dios ha hecho consistir su gloria en amarnos, en renunciar a su gloria por amor: también nosotros debemos hacer lo mismo. Escribe el apóstol:

«Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor» (Efesios 5,1-2).

Imitar el misterio, que celebramos, significa abandonar todo pensamiento de hacemos justicia por sí solos, cada recuerdo de ofensa recibida, cancelar del corazón cualquier resentimiento, incluso justo, hacia todos. No admitir voluntariamente ningún pensamiento hostil contra nadie: ni contra los cercanos, ni contra los lejanos, ni contra los débiles, ni contra los fuertes, ni contra los pequeños, ni contra los grandes de la tierra, ni contra criatura alguna, que exista en el mundo. Y esto para honrar la Navidad del Señor; porque Dios no ha guardado rencor, no ha mirado la ofensa recibida, no ha esperado que los demás dieran el primer paso hacia él. Si esto no es siempre posible, durante todo el año, hagámoslo al menos en el tiempo navideño. No hay modo mejor de expresar la propia gratitud a Dios que imitándole.

Hemos visto al inicio que el Gloria a Dios no expresa un deseo, un voto, sino una realidad; no supone un haya, sino un hay. Sin embargo, nosotros podemos y debemos hacer de él igualmente un deseo, una plegaria. Se trata, en efecto, de una de las más bellas y completas plegarias que existen: «Gloria a Dios en lo alto del cielo» acumula la mejor plegaria de alabanza y «paz en la tierra a los hombres que ama el Señor» recoge la mejor plegaria de intercesión.

En el cántico de los ángeles el acontecimiento se hace presente, la historia se hace liturgia. Ahora y aquí, por ello, viene proclamado y es para nosotros para lo que viene proclamado por parte de Dios: ¡Paz a los hombres que él ama! Que de lo más íntimo de la Iglesia este anuncio dulcísimo llegue hoy al mundo entero al que está destinado: ¡Paz en la tierra a los hombres que ama el Señor!

***

Noche de silencio

Misa de la aurora

Isaías 62,11-12; Tito 3, 4-7; Lucas 2,15-20

Las lecturas de la misa llamada «de la aurora» aún están todas ellas concentradas en el acontecimiento concreto del nacimiento de Cristo. No nos transportan a una reflexión altamente teológica, como hará el prólogo de Juan, que se lee en la misa «del día», sino que nos señalan en los pastores y en María (los dos protagonistas del pasaje evangélico) lo que debe ser nuestra respuesta y nuestro planteamiento ante el pesebre de Cristo.

Los pastores personifican la respuesta de fe ante el anuncio del misterio. Ellos abandonan su rebaño, interrumpen su reposo, lo dejan todo; todo pasa a un segundo término frente a la invitación dirigida por Dios a ellos:

«Los pastores se decían unos a otros: “Vamos derechos a Belén, a ver eso que ha pasado y que nos ha comunicado el Señor”. Fueron corriendo y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, contaron lo que les habían dicho de aquel niño».

María personifica el planteamiento contemplativo y profundo de quien, en silencio, contempla y adora el misterio:

«María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón».

Busquemos recoger la tácita invitación, que nos viene de estos modelos y acerquémonos también nosotros al misterio por los dos caminos de la fe y de la adoración.

Hay verdades y acontecimientos que se pueden entender mejor con el canto que con las palabras y una de ésas es precisamente la Navidad. Nos pueden ayudar a entender algo del misterio de esta fiesta algunos de los cantos navideños más populares del mundo cristiano. Ellos han inspirado a generaciones antes que a nosotros, han encantado nuestra infancia y para muchos permanecen el único reclamo al significado religioso de la fiesta.

El primero es *Tu scendi dalle stelle* esto es «Tú desciendes de las estrellas», compuesto por san Alfonso María de Ligorio. ¿Cómo se ve la Navidad en este canto navideño, el más popular en Italia? ¿Cuál es el mensaje, que nos quiere transmitir? La Navidad nos aparece en él como la fiesta del Amor, que se hace pobre por nosotros. El rey del cielo nace «en una gruta con frío y hielo»; al creador del mundo le «faltan panes y fuego». Esta pobreza nos conmueve sabiendo que «te has hecho amor pobre aún», que fue el amor quien te hizo pobre. Con palabras sencillísimas, casi infantiles (y ¡es un doctor de la Iglesia quien las escribe!), viene expresado el mismo significado profundo de la Navidad que el apóstol Pablo incluía en las palabras:

«Nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de enriqueceros con su pobreza» (2 Corintios 8, 9).

Navidad es, por lo tanto, la fiesta de los pobres, de todos los pobres, no sólo de los materiales. Hay infinitas formas de pobreza que, al menos una vez al año, vale la pena recordar, para no permanecer siempre fijos en la sola pobreza de los bienes materiales. Hay la pobreza de afectos, la pobreza de instrucción, la pobreza de quien ha sido privado de lo que tenía como más querido en el mundo, de la mujer rechazada por el marido o del marido rechazado por la mujer. La pobreza de quien no ha tenido hijos, de quien debe depender físicamente de los demás. La pobreza de esperanza, de alegría. En fin, la pobreza peor de todas, que es la pobreza de Dios.

Junto a todas estas pobrezas negativas, hay asimismo sin embargo una pobreza hermosa, que el Evangelio llama pobreza de espíritu. Es la pobreza de quien siente no tener méritos para establecerse delante de Dios y por ello no se apoya orgullosamente sobre sí mismo, no se siente superior a los demás, y está más preparado para poner toda su confianza en Dios.

¿Cuál es, por lo tanto, el mensaje que nos viene a nosotros del misterio de Navidad? Hay pobrezas, nuestras y de otros, contra las cuales es necesario luchar con todas las fuerzas, porque son pobrezas malas, deshumanizadoras, no queridas por Dios, fruto de la injusticia de los hombres; pero, ¡existen tantas formas de pobreza que no dependen de

nosotros! Con estas últimas debemos reconciliamos, no dejarlas tirar fuera, sino llevarlas con dignidad. Jesucristo ha escogido la pobreza; hay en ella un valor y una esperanza. Quien ya cree tenerlo todo está satisfecho, no desea y no espera nada, y no esperando nada está triste y aburrido, porque la alegría más pura es la que viene precisamente de la espera y de la esperanza.

Tu scendi dalle stelle, sin embargo, nos recuerda igualmente alguna otra cosa: que hoy hay también niños, a los que «faltan panes y fuego», que están junto «al frío y al hielo», enfermos y abandonados. Ellos son el Niño Jesús de hoy. En Navidad debemos hacer algún gesto de solidaridad hacia los pobres. ¿Para qué nos serviría si construyésemos espléndidos pesebres, encendiésemos luces por todas partes, hiciésemos recogida de niñitos artísticos, si después dejamos junto al frío y al hielo a los «niños Jesús» en carne y huesos, que están junto a nosotros? «En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a tú me lo hicisteis» (Mateo 25,40). A este respecto hay en la actualidad tantas iniciativas de solidaridad y sería necesario darlas a conocer más, para no hacer siempre y sólo propaganda del mal y de igual forma para estimularnos a sostenerlas.

Pasemos, ahora, a otro canto navideño, quizás el más estimado en todo el mundo. Se trata del conocidísimo Noche de paz (*Stille Nacht*, en su lengua original), compuesto una noche de Navidad por un alemán de nombre *Gruber*. El mensaje fundamental de este canto no está ni en las ideas, que comunica (casi ausentes), sino en la atmósfera que crea. Una atmósfera de asombro, de calma y, sobre todo, de fe. El texto original, traducido, dice:

«¡Noche de silencio, noche santa! Todo calla, sólo vigilan los dos esposos santos y píos. Dulce y querido Niño, duerme en esta paz celestial».

Este canto me parece cargado de un mensaje importante para la Navidad. Habla de silencio, de calma; y nosotros tenemos una necesidad vital de silencio. Quizás sea la condición para reencontrar algo sobre la verdadera atmósfera de fiesta, que hemos siempre soñado. «La humanidad, decía Kierkegaard, está enferma de ruidos».

La Navidad podría ser para alguno la ocasión para descubrir la belleza de momentos de silencio, de calma, de diálogo consigo mismo y con las personas, los ojos con los ojos, no cada uno con la oreja colgada del propio teléfono. Cuando pienso en la Navidad de mi infancia, el recuerdo más bello que aflora es el del breve viaje a medianoche hacia la iglesia o el despertar de la mañana, bajo una capa de nieve, que lo cubría todo en un extraordinario y dulcísimo silencio.

Un texto de la liturgia navideña, sacado del libro de la Sabiduría (18, 14-15), dice: «Cuando un silencio apacible lo envolvía todo y la noche llegaba a la mitad de su carrera, tu palabra omnipotente, oh Señor, se lanzó desde los cielos, desde el trono real»; y san Ignacio de Antioquía llama Jesucristo a «la Palabra salida del silencio» (Ad Magnesios 8,2). También hoy, la palabra de Dios desciende allá donde encuentra un poco de silencio.

María es el modelo insuperable de este silencio adorador. Se nota una clara diferencia entre su planteamiento y el de los pastores. Los pastores se ponen en camino diciendo: «Vamos derechos a Belén, a ver eso que ha pasado» (Lucas 2, 15); Y vuelven glorificando a Dios y contando a todos lo que habían visto y oído. María calla. Ella «no tiene palabras». Su silencio no es un simple callar; es maravilla, asombro, adoración, es un «religioso silencio», un estar abrumada por la grandeza de la realidad.

La interpretación más verdadera del silencio de María es la de ciertos iconos orientales, en donde ella está representada frontalmente, inmóvil, con la mirada fija, los ojos desencajados, como quien ha visto cosas que no se pueden volver a expresar. También, algunas célebres representaciones de la Navidad del arte occidental (Della Robbia, Lippi) nos muestran a María así: de rodillas delante del Niño, en un planteamiento de asombro y vencida adoración. Es una invitación a quien mira para hacer lo mismo. Un canto navideño, no menos conocido que los precedentes, el *Adeste fideles*, repite continuamente: «Venid, fieles, adoremos al Señor».

Termino con una bella leyenda navideña que resume todo el mensaje que hemos recogido de los dos cantos navideños: pobreza y silencio. Entre los pastores, que acudieron la noche de Navidad para adorar al Niño, había uno tan pobre que no tenía absolutamente nada para ofrecer y se avergonzaba mucho. Llegados a la gruta, todos hacían pugna por ofrecer sus dones. María no sabía cómo hacer para recibirlos a todos, debiendo sostener al Niño. Entonces, viendo al pastorcillo con las manos libres, coge y le confía, por un momento, a Jesús a él. Tener las manos vacías fue su suerte.

Es la suerte más bella que nos podría suceder a nosotros. Hacernos encontrar en esta Navidad con el corazón tan pobre, tan vacío y silencioso que María, viéndonos, pueda confiarnos también a nosotros al Niño suyo. «Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mateo 5,3). De ellos es la Navidad.

***

¿Por qué Dios se ha hecho hombre?

Misa del día

Isaías 52,7-10; Hebreos 1,1-6; Juan 1,1-18

De las tres misas de Navidad, la última, llamada «del día», está reservada a una reflexión más profunda sobre el misterio. Un deber de este género no podía ser confiado más que a Juan, del cual está sacado en efecto el Evangelio de la misa. Lucas (misa de la medianoche y de la aurora) narra el nacimiento de Cristo desde María, Juan su nacimiento desde Dios.

Esta revelación está introducida, en la segunda lectura, por las palabras de la carta a los Hebreos. La venida de Cristo al mundo ha señalado el gran cambio en las relaciones entre Dios y el hombre. Dios, que antes de ahora, hablaba con los hombres sólo mediante

una persona interpuesta por medio de los profetas ahora nos habla «en persona», porque el Hijo no es más que «el reflejo de su gloria, impronta de su sustancia».

Vayamos directos al vértice del prólogo de Juan: «y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros» y, de inmediato, planteémonos la pregunta, que debe ayudarnos a penetrar en el corazón del misterio de la Navidad: ¿Por qué la Palabra o Verbo se ha hecho carne? ¿Por qué Dios se ha hecho hombre? En el Credo hay una frase que en este día de Navidad se recita poniéndose de rodillas:

«Por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre».

Es la respuesta fundamental y perennemente válida a nuestra pregunta: «¿Por qué la Palabra se ha hecho carne?» Pero, tiene necesidad ella misma de ser comprendida a fondo. La pregunta, en efecto, se puede plantear bajo otra forma: ¿Y por qué se ha hecho hombre «para nuestra salvación»? ¿Sólo porque nosotros teníamos pecado y teníamos necesidad de ser salvados? No somos los primeros en plantearnos esta pregunta. Ella ha apasionado a generaciones de creyentes y de teólogos en los pasados siglos y es bonito, ahora que hemos entrado desde hace poco en el tercer milenio de la encarnación, ver el camino por ellos recorrido y las soluciones a las que han llegado. No son conceptos imposibles de entender, con un poco de esfuerzo, asimismo para un simple creyente y en compensación abren horizontes nuevos a la fe y a la alabanza.

En el Medioevo se hace camino una explicación de la encarnación, que traslada el acento del hombre y de su pecado a Dios y a su gloria. Se comenzó a preguntarse: ¿puede la venida de Cristo, que es llamado «el primogénito de toda creación» (Colosenses 1, 15), depender totalmente del pecado del hombre, realizado a continuación de la creación? San Anselmo parte de la idea del honor de Dios, ofendido por el pecado, que debe ser reparado y del concepto de la «justicia» de Dios, que debe ser «satisfecha». Escribe un tratado con el título ¿Por qué Dios se ha hecho hombre? (*Cur Deus homo?*), en donde dice entre otras cosas: «La restauración de la naturaleza humana no hubiera podido suceder, si el hombre no hubiese pagado a Dios lo que le debía por el pecado. Pero, la deuda era tan grande que, para satisfacerlo, era necesario que aquel hombre fuese Dios. Por lo tanto, era necesario que Dios asumiese al hombre en la unidad de su persona, para hacer, sí, que aquel que debía pagar y no podía según su naturaleza, fuese personalmente idéntico con aquel que lo podía».

La situación, de la que se hace eco un autor oriental, era ésta. Según la justicia, el hombre debiera haber asumido la deuda y traer la victoria, pero era siervo de aquellos a quienes debía haber vencido en la guerra; Dios, por el contrario, que podía vencer, no era deudor de nada a nadie. Por lo tanto, uno debía traer la victoria sobre Satanás; pero, sólo el otro podía hacerlo. He aquí, pues, el prodigio de la sabiduría divina que se realiza en la encarnación: los dos, el que debía combatir y el que podía vencer, se encuentran unidos en la misma persona, Cristo, Dios y hombre, y alcanza la salvación (N. Cabasilas).

Sobre esta nueva línea, un teólogo franciscano, Duns Scoto, da el paso decisivo, liquidando la encarnación de su ligamen esencial con el pecado del hombre y asignándole, como motivo primario, la gloria de Dios. Escribe: «En primer lugar, Dios se ama a sí mismo; en segundo lugar, se ama a través de otros distintos a sí con un puro amor; en tercer lugar, quiere ser amado por otro que lo pueda amar en un grado sumo, hablando, se entiende, del amor de alguno fuera de él». El motivo de la encarnación es, por lo tanto, que Dios quiere tener, fuera de sí, a alguno que lo ame en un modo sumo y digno de él. Y éste no puede ser otro que el hombre-Dios, Jesucristo. Cristo se hubiera encarnado incluso si Adán no hubiese pecado, porque él es la coronación misma de la creación, la obra suprema de Dios.

El problema del porqué Dios se ha hecho hombre llega a ser rápidamente el objeto de una de las más encendidas disputas de la historia de la teología. Por una parte, los tomistas sostenían el motivo de la redención por el pecado; por otra, los escotistas sostenían el motivo que podríamos llamar por la gloria de Dios. Hoy no nos apasionamos más en estas disputas antiguas. Pero, la pregunta: «¿Por qué Dios se ha hecho hombre?» es demasiado vital para que pueda pasarnos en silencio. Permanecemos siempre en la superficie de la Navidad, sin comprender el sentido profundo, el único capaz de rellenar de veras el corazón de gratitud y de alegría.

El descubrimiento del verdadero rostro de Dios en la Biblia, en acto en la teología moderna, junto con el abandono de ciertos trazos hereditarios del «dios de los filósofos», nos ayuda a descubrir el alma de la verdad encerrada en la intuición de los pensadores medievales; pero, para completarla y superarla. En su respuesta a la pregunta: «¿Por qué Dios se ha hecho hombre?», san Anselmo parte del concepto de la justicia de Dios, que hay que satisfacer. Ahora bien, es cierto que nos encontramos delante de un residuo de la concepción griega de Dios, en la cual Dios viene experimentado «como justicia y como sumo principio de compensación». La justicia es la esencia de este Dios, al que, en sentido estricto, no es posible dirigir la plegaria. Para Aristóteles, Dios es esencialmente la condición última y suficiente para la existencia del orden cósmico.

También, la Biblia conoce el concepto de la «justicia de Dios» e insiste frecuentemente. Pero, hay una diferencia fundamental: la justicia de Dios, especialmente en el Nuevo Testamento y en Pablo, no indica tanto el acto mediante el cual Dios restablece el orden moral trastornado por el pecado, castigando al trasgresor, cuanto más bien el acto mediante el cual Dios comunica al hombre su justicia, lo hace justo. La reparación o expiación de la culpa no es la condición para el perdón de Dios, sino su consecuencia.

También, en la solución de Duns Scoto el punto débil está en el hecho de que se parte de una idea de Dios más aristotélica que bíblica. Scoto dice que Dios decreta la encarnación del Hijo para tener a alguno, fuera de sí, que lo ame en un modo sumo. Más que Dios «sea amado» esto es lo más importante y, más bien, lo solo posible para Aristóteles y la filosofía griega, no para la Biblia. Para la Biblia lo más importante es que

Dios «ama» y ama primero (cfr. Juan 4, 10.19). Por lo tanto, en teología, hasta que, en el puesto de «un Dios que ama», dominaba la idea de «un Dios que tiene que ser amado», no se podía dar una respuesta satisfactoria a la pregunta por qué Dios se ha hecho hombre. La revelación del Dios-amor cambia todo lo que el mundo hasta entonces había pensado sobre la divinidad.

Estas premisas allanan el camino a una nueva solución del problema del porqué de la encarnación. Dios ha querido la encarnación del Hijo no tanto por tener a alguno fuera de la Trinidad, que lo amase en un modo digno de sí, cuanto más bien para tener fuera de sí a alguno para amar en un modo digno de sí, esto es, sin medida; a alguno, que fuese capaz de acoger la medida de su amor, que es ¡ser sin medida! He aquí el porqué de la encarnación. En Navidad, cuando nace en Belén el Niño Jesús, Dios Padre tiene a alguno a quien amar fuera de la Trinidad en un modo sumo e infinito, porque Jesús es hombre y Dios a la vez. Pero, no sólo a Jesús, también a nosotros junto con él. Nosotros estamos incluidos en este amor, habiendo llegado a ser miembros del cuerpo de Cristo, «hijos en el Hijo». Nos lo recuerda el mismo prólogo de Juan: «A cuantos la recibieron [la Palabra], les da poder para ser hijos de Dios» (Juan 1,12).

Esta respuesta al porqué de la encarnación estaba escrita en letras claras en la Escritura, por el mismo evangelista, que ha escrito el prólogo; pero, ha sido necesario todo este tiempo (y no estamos todavía en el final) para comprenderla a fondo:

«Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Juan 3, 16).

Sí. Cristo ha bajado del cielo «para nuestra salvación»; pero, lo que le ha empujado a descender del cielo para nuestra salvación ha sido el amor, nada más que el amor. Navidad es la prueba suprema de la «filantropía» de Dios, como la llama la Escritura (Tito 3,4), esto es, a la letra, de su amor para con los hombres.

¿Cuál debe ser entonces nuestra respuesta última a la Navidad? «Amor sólo con amor se paga»: al amor no se puede responder de otro modo que volviendo a amar. En el canto navideño *Adeste fideles* hay una expresión profunda: «¿Cómo no volver a amar a uno que tanto nos ha amado?» (*Sic nos amantem quis non redamaret?*). Se pueden hacer tantas cosas para solemnizar la Navidad; pero, ciertamente, lo más verdadero y más profundo está sugerido por estas palabras. Ésta es la Navidad a la que el Espíritu Santo desea conducir a los verdaderos creyentes. Un pensamiento sincero de gratitud, de conmoción y de amor para aquel que ha venido a habitar en medio de nosotros, es ciertamente el don más exquisito que podemos dar al Niño Jesús, el adorno más bello en torno a su pesebre. y no es difícil; basta meditar un poco sobre su amor para con nosotros, sentir cuánto nos ha amado. El amor, ha dicho Dante, «a ningún amado amar perdona»: hace, sí, que quien se siente amado no pueda menos que volver a amar.

El amor tiene necesidad de traducirse en gestos concretos. El más sencillo y universal (cuando es limpio e inocente) es el beso. ¿Queremos dar un beso a Jesús, como

se desea hacer con todos los niños apenas nacidos? No nos contentemos de darlo sólo a su figurilla de yeso o de porcelana, démoslo a un Jesús-niño en carne y huesos. ¡Démoslo a un pobre, a uno que sufre y se lo habremos dado a él! Un beso, en este sentido, es una ayuda concreta; pero, también, una palabra buena, un desear ánimo, una visita, una sonrisa. Son las luces más bellas que podemos encender en nuestro pesebre.

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DE NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Adorar al Niño

«¡Gloria a Dios en el cielo y paz a los hombres de buena voluntad!, ¡Hossana en el cielo!,

Hoy nos ha nacido un niño, nos ha nacido el Salvador, el Mesías, el Redentor, la luz que disipa todas las tinieblas y brilla para el mundo, el Hijo único de Dios que ha sido enviado para limpiar y purificar a todos los hombres de sus pecados, para destruir la esclavitud y la muerte, y traerles libertad y vida. Y esta es la señal: un niño envuelto en pañales recostado en un pesebre, abrigados por el calor y el amor de sus padres, María y José, porque no hubo lugar para ellos en el albergue.

Dios Todopoderoso, que amó tanto al mundo que le dio a su único Hijo, para que todo el que crea en Él no muera, sino que tenga vida eterna, eligió el lugar más pobre y humilde para revelarse a los hombres a través de su Hijo encarnado en vientre puro y virgen de mujer, para que, adquiriendo la naturaleza humana, naciera en medio del mundo como Hombre y Dios.

Y eligió como testigos del nacimiento del niño Jesús, *Emmanuel,* que significa Dios con nosotros, a unos pobres pastores que estaban cumpliendo con su deber, porque Él se revela a los humildes y sencillos. Los pastores, habiendo recibido de parte de los ángeles de Dios el anuncio de la Buena Nueva, acuden presurosos a adorar, porque han creído y se han alegrado de ser elegidos para conocer la verdad. Ellos son imagen de los apóstoles, los sacerdotes, que ese niño llamará para seguirlo y servirlo. Ellos guardan con discreción esta revelación, mientras adoran y custodian el tesoro de Dios.

Acude tú a adorar al niño que nos ha nacido, llénate de su luz, de su gracia, de su bondad, para que seas testigo de la verdad y le anuncies al mundo la Buena Nueva: el Salvador ha nacido ya. Y agradece por haber sido elegido para conocer la verdad. Adora y consagra tu vida al niño Jesús con el alma agradecida, porque Dios se revela a los humildes, pero nadie conoce al Padre si no el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.

Une tu alabanza al canto de los ángeles diciendo: ¡Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz!

Recibe a Jesús en tu corazón, para que reine en ti el Espíritu de Dios».

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DE NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

La Providencia divina

Ya hemos ponderado en diversas ocasiones, haciendo nuestra meditación con el Señor, la figura inigualable de José, el esposo de María, que hoy se nos presenta. Él es para siempre modelo de completa disponibilidad a los planes de Dios impulsado por su fe. Se puede afirmar que Dios, Señor nuestro, eligió también a un hombre ideal, así como eligió a la Santísima Virgen. La Providencia de Dios está siempre a favor de su criatura humana. Creador nuestro y Señor del mundo, dispone de modo amoroso todo a favor de nuestra salvación. Así, en efecto, del mismo modo que pensó en una familia para que naciera Jesús, de la que sería cabeza el Santo Patriarca, ya desde el inicio de la existencia de los hombres, quiso sanar nuestros pecados, y que podamos merecer su gloria.

En estos días aguardamos la celebración del acontecimiento más relevante jamás ocurrido: el nacimiento del Hijo de Dios. La venida al mundo del Verbo encarnado hizo posible nuestra Bienaventuranza eterna, aunque nos habíamos apartado de Dios por el pecado. El nacimiento de Cristo es condición para que podamos ser hijos de Dios. La Navidad, pues, constituye el único centro de la historia humana –en palabras de San Pablo–, **la plenitud de los tiempos:** cuando **envió Dios a su Hijo, nacido de mujer.**

Jesucristo nacería, según la divina promesa, de la descendencia de David, rey del Pueblo que Dios había escogido a partir de la descendencia de Abrahán. Así se nos recuerda también hoy en la liturgia, a partir de las palabras que Dios dirigió al rey David por boca del profeta Natán: **Yo seré para Él un Padre, y Él será para mí un Hijo, y no apartaré de Él mi amor, como lo aparté de aquel que fue antes de ti. Yo le estableceré en mi Casa y en mi reino para siempre, y su trono estará firme eternamente**. Todo israelita sabía que el Mesías sería un descendente de David. José, el esposo de Santa María, lo era, y así lo llamó el ángel del Señor durante el sueño, haciéndole saber el misterio de la concepción virginal de su esposa: **José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, porque lo que en ella ha sido concebido es obra del Espíritu Santo.**

Dios, en su Providencia ordinaria –extraordinaria cuando es preciso– se manifiesta siempre como Padre amoroso de sus hijos los hombres. Nadie como Él pudo prever de modo tan favorable para la humanidad la Redención del pecado. Inmediatamente después de la primera ofensa, promete ya la oportuna reparación, el aplastamiento definitivo de la **serpiente**, el diablo tentador. A partir de ese momento, como relata la Biblia, Dios fue preparando a los hombres para la insólita y admirable venida de su Hijo

al mundo. El plan amoroso de Dios para con los hombres, se convertía así –con el paso de las generaciones– en una anhelante espera cada vez más inminente. Por eso los judíos contemporáneos de Nuestro Señor estaban en lo cierto pensando que el Mesías estaba a punto de hacerse presente en la historia. No habían entendido, sin embargo, que su reinado sería un reinado de Gracia, de Amor, de Paz. Esperaban –en vano– un rey humano.

La contemplación de la venida del Redentor al mundo, no ya como acontecimiento grandioso y único, cuyo valor somos incapaces de ponderar y agradecer adecuadamente, sino como consumación de un plan primorosamente previsto por el Amor de nuestro Dios hacia el hombre, alienta nuestra confianza en sus cuidados paternales. Desde el principio quería Dios hacernos hijos suyos por la Gracia. *Ahora ha pasado todo* –indica san Josemaría comentando la sepultura de Jesús muerto, consumación de la misión de Cristo–. *Se ha cumplido la obra de nuestra Redención. Ya somos hijos de Dios, porque Jesús ha muerto por nosotros y su muerte nos ha rescatado*.

No debe decaer la confianza nuestra, que Dios Nuestro Padre tiene un empeño pertinaz de por colmarnos de sus dones. Así ha sido y es y será siempre, hasta el fin del mundo, aunque demasiado menudo algunos parecen pensar lo contrario. Renovemos nuestra fe, acudiendo al auxilio divino, y no queramos engañarnos: **mi Reino no es de este mundo**, declaró Jesús en el momento supremo. No debemos buscar ante todo el remedio de los males humanos en la solución de unos problemas materiales, como si todo consistiera para el hombre en la organización de un reinado temporal. Por lo demás, flaco servicio nos haría Dios sí resolviera ante todo nuestros problemas materiales, económicos, de salud, etc. Nos ha creado para una vida eterna de amor filial: la que nos ganó Jesucristo con su venida.

A su Madre y Madre nuestra nos encomendamos, para que sepamos esperar con recta ilusión su venida en esta nueva Navidad.

***

Amor a Dios y a los hombres

Recordamos ahora el mayor acontecimiento jamás sucedido en el mundo: Dios, que no es del mundo viene al mundo, se hace uno de los nuestros. Hoy recordamos con toda la solemnidad posible, que no estamos solos en esta vida, que Dios está con nosotros; que los afanes e inquietudes de los hombres no son ya algo solamente humano, porque Dios se ha hecho hombre y permanece en el mundo precisamente por esos afanes.

Resalta enseguida ante nuestros ojos, como ante los de aquellos pastores de Belén, que el Mesías, Dios encarnado, se confía a unas manos humanas, al calor y al cuidado de unas criaturas: a su cariño, a su prudencia, a sus posibilidades... Lo vemos, Niño de verdad, con la debilidad propia de los niños, necesitado de todo como ellos, dejándose cuidar, alimentar, proteger: confiando. Dios confía en el hombre.

Es Dios y hombre perfecto. Porque es Dios que se nos entrega, que se pone al alcance de nuestro cuidado, de nuestra protección, de nuestro amor como los demás hombres. Y, siendo hombre, su indigencia de niño reclama nuestro desvelo, porque es indigencia humana de Dios. Posiblemente nacieron otros niños en aquellos días en la comarca de Belén. Sólo por Jesús, sin embargo, se movilizaron los pastores hasta el Portal y los ángeles prorrumpieron en alabanzas a Dios. ¿Qué haremos tú y yo por ese Dios que se nos ha hecho tan Niño? No queramos consentir que pueda sentirse defraudado de confiar en nosotros. Tendremos que mimarlo, querremos que sea el centro exclusivo de nuestra atención, la razón de nuestra vida. Haremos lo que sea preciso por no perderlo. Organizaremos las cosas para que cada día esté más a gusto entre nosotros, en cada uno de nosotros.

Y si Él confía..., ¿no confiaremos tú y yo? Es buena ocasión el día de Navidad para preguntarnos, al contemplar a Jesús, quizá dormido en los brazos de su Madre, si procuramos confiar así en las personas, particularmente en los que nos quieren: en los que nos ayudan, en los que cuidan de nuestras cosas o nos prestan algún servicio. No vaya a ser que, demasiado a menudo, estemos como prevenidos, pensando que tal vez lo harán mal, y nos salga la crítica, el reproche..., casi antes de que haya materialmente tiempo para dar motivo.

No dejemos pasar este día de gracia, sin elevar el corazón a Dios en favor de aquellos con quienes convivimos en casa, en el trabajo, en el descanso... Es con ellos precisamente con quienes en ocasiones tenemos diferencias. Nos ayudará a valorarlos, considerar que, de entrada, no hay razón para pensar que harán lo que les corresponde y nos afecta con poco interés o peor de lo que deben. Nuestro concepto positivo de los demás, alentado en la oración por ellos, nos llevará a tener en mucho y alegrarnos por tanto bien como recibimos de ellos; y a estimular o corregir, en su caso, con sentido optimista, lo que deba ser mejor en la conducta de otros. Es razonable que, al igual que nosotros, también ellos deban superar sus imperfecciones. Esos defectos, sin embargo, en ningún caso podrán justificar rencor por nuestra parte. Serán, más bien, ocasión de comprensión, oración y ayuda leal.

Estamos contemplando al Señor, Niño recién nacido. Dentro de unos meses... sus primeras risas y, con el tiempo, los primeros pasos, las primeras palabras... Lo normal en cualquier niño. San Lucas nos dirá que **Jesús crecía (...) delante de Dios y de los hombres**. Como para que nos admiremos de hasta qué punto ha querido Dios hacerse como nosotros. Le veremos también ya crecido en Jerusalén, y junto a sus padres, y, en plena madurez humana, como Maestro del pueblo. Pero quiso mostrársenos antes –por la docilidad de los evangelistas– infante totalmente necesitado, sin lugar dónde nacer, acogiendo, a través de su Madre y del Santo Patriarca, el cariño, el calor, los regalos, de unos pastores y de los Magos; de los que, como nosotros ahora, recibieron la noticia de su venida.

Es necesario alegrarse y fomentar el deseo de volcarse en cariño con Jesús. Consideremos serenamente su sencilla venida y su permanente presencia entre nosotros:

Navidad. —Cantan: "venite, venite…" —Vayamos, que Él ya ha nacido.

Y, después de contemplar cómo María y José cuidan del Niño, me atrevo a sugerirte: mírale de nuevo, mírale sin descanso. Así se expresaba san Josemaría.

Bastará con mirarle, porque el Espíritu Santo y su Madre, que es también la nuestra, nos sugerirán e impulsarán a amarle también con obras.

***

La dimensión humana

Nos convendrá leer de cuando en cuando este prólogo del Evangelio de san Juan, para intentar, con la Gracia de Dios, calar más y más en su sentido, de modo que alcancemos un conocimiento progresivamente más completo de cómo han sido las cosas en el mundo –las verdaderamente fundamentales–, y de lo que somos y podemos llegar a ser por la voluntad de Dios.

Muy frecuentemente nos invita a la Iglesia a meditar la Sagrada Escritura, para que incorporemos más en nuestra vida la incuestionable verdad de que todo procede de Dios: **Todo fue hecho por él, y sin él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho**, nos dice san Juan. Pues, si agradecemos a un amigo un regalo, un favor, una ayuda… y, de algún modo, nos sentimos obligados con él, cuánto más nos sentiremos agradecidos y querremos corresponder a Dios, por quien existimos y es el principio de todo enriquecimiento ulterior.

Advierte el evangelista san Juan enseguida, que no todos aceptan esta verdad ni reconocen a Dios, a pesar de ser **la luz verdadera, que ilumina a todo hombre, que viene a este mundo**. Para reconocer a Dios en Jesucristo necesita el hombre una regeneración peculiar, que equivale a un nuevo nacimiento. Esta es una enseñanza repetidamente presente en este cuarto evangelio. De diversos modos y en distintos momentos, recoge el Evangelista palabras de Jesús con las que afirma que la dimensión vital propia del hombre no es sólo humana. El Evangelio, la buena noticia que Jesucristo comunica a la humanidad, es precisamente que, por Él, el hombre puede vivir un vida superior, sobrenatural: más excelsa que la meramente humana: **Yo vine para que tengan vida y la tengan en abundancia**, declarará Jesucristo.

No ha venido el Señor a traernos una vida humana más confortable, ni tampoco para librarnos de los dolores de nuestro caminar cotidiano, como si su misión fuera construir para los hombres un paraíso en la tierra. La "salvación" que Cristo ha traído al mundo, a la que alude el significado de su nombre –Jesús es salvador–, es **la libertad de la gloria de los hijos de Dios**, como dice san Pablo en su Carta a los Romanos. Ser hijos de Dios, aunque por adopción, no en igualdad de naturaleza como Jesucristo, puesto que somos criaturas, es la consecuencia de acoger personalmente el Evangelio: **a cuantos**

le recibieron les dio poder para ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre, que no han nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni del querer del hombre, sino de Dios.

El Señor vino a la Tierra, se hizo carne en María y nació en Belén, y trajo su misma vida para los hombres. La vida cristiana es la vida de los hijos de Dios, que supone mucho más que unos comportamientos correctos. No nos basta a los cristianos con cumplir unas leyes, con ser ciudadanos ejemplares, ni tampoco con sentirnos a gusto y en paz con todos. Todo esto y más, ¡claro que es necesario para el cristiano!, pero no basta. Si queremos agradar a Dios, no es suficiente con ser lo que solemos llamar "una buena persona": honrado a carta cabal, buen cumplidor en casa y en el trabajo, muy amigo de sus amigos... porque Dios es verdaderamente Padre nuestro. Nosotros, por consiguiente, hemos de fomentar un afecto singular del corazón que debe mover hacia Él toda nuestra entera existencia. Es el afecto que se afianza y acrecienta en la intimidad de la oración y en la comunión: **En verdad, en verdad os digo que, si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros.**

No queramos "andarnos por las ramas", ocupados en proyectos cortos, porque no culminan en Dios como objeto definitivo. Busquemos directamente agradarle, amarle, haciendo rendir en su honor las cualidades, los talentos, que hemos recibido de su bondad. Para esto alentaremos muy a menudo los deseos de amarle con obras, en unos minutos de silencioso coloquio con Él junto al sagrario, o donde mejor podamos recogernos en oración.

Nuestra Madre, como nos quiere, será siempre, si se lo pedimos, la gran aliada de nuestros deseos por actualizar el sentido sobrenatural de nuestra vida.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DE NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Navidad del Señor (Misa de la aurora)

"Vayamos a Belén"

Is. 62,1-12 Tit. 3,4- 7 Lc. 2,15-20

La palabra de Dios nos ha conducido durante el Adviento a descubrir quién es "aquél que debía venir": es Jesucristo, el Hijo de Dios (2º domingo); es el Salvador (3º domingo), aquél que en la Encarnación llegó a ser "Dios con nosotros" (4º domingo). El misterio de la Navidad ya ha sido explicado a nuestra mente. Hoy, en el día luminoso de la fiesta, no debemos entretenemos en las explicaciones sino sólo abandonamos a una contemplación gozosa y agradecida del misterio de Dios hecho hombre.

A ello nos exhorta la liturgia con las lecturas de esta misa. Son más cortas y más sencillas que de costumbre, como para decimos que el misterio es demasiado grande para

poder encerrarlo en palabras. La palabra parece casi apagarse frente al acontecimiento: Hoy ha nacido para nosotros el Señor (Ant. de entrada). Isaías exclama: Digan a la bija de Sión: ¡tu Salvador está aquí!

Nosotros decimos: digan a la Iglesia y a todo el mundo: ¡tu Salvador está aquí! Aquél que esperabas ha venido. No hay que esperar otro: él lleva consigo la recompensa que es la vida nueva, la luz, la paz, él mismo.

¿Qué novedad ha traído el Señor al mundo?, se oía preguntar a los primeros cristianos y respondían: "Ha traído toda la novedad trayéndonos a sí mismo" (san Ireneo). El mismo es la gran novedad del mundo. Pablo, en la segunda lectura, nos enseña a mirar la Navidad como el comienzo de un baño de regeneración y de renovación en el Espíritu Santo. Comienza una era nueva para el mundo. También el tiempo se renueva y comienza a ser contado a partir de esta fecha. Ya no desde la fundación de Roma, sino del nacimiento de Cristo. La cabeza de esta humanidad es Jesús mismo, el nuevo Adán, el primogénito entre muchos hermanos (Rom. 8,29). Gracias a su palabra y a su Espíritu que nos han purificado, también nosotros podemos ser ahora hombres nuevos regenerados para una esperanza viva (1 Fe. 1,3), como niños recién nacidos que tienen delante de sí todas las posibilidades para hacer de su propia vida algo grande y hermoso.

Nuestro primer encuentro con la Navidad, en la liturgia, de be ser, por tanto, abrimos a la alegría: "No hay lugar para la tristeza -escribe san León Magno- en el día en el cual nace la vida, una vida que destruye el temor de la muerte y trae la alegría de las promesas eternas. Nadie está excluido de esta felicidad: la causa de la alegría es común a todos. Que exulte el santo, porque se acerca el premio; que se alegre el pecador porque se le ofrece el perdón; que recobre el valor el pagano porque está llamado a la vida".

El pasaje evangélico nos pone delante dos modos de acoger la Navidad: el de los pastores y el de María. María creyó (Lc 1,45), vive ya en la dimensión de la fe; por esto, ella acoge las palabras en su corazón, se interna en profundidad en las cosas de Dios y está disponible para la adoración. En todo cuadro de Navidad y en todo pesebre, María está siempre en adoración delante del Niño.

Los pastores, en cambio, sirven al evangelista Lucas para trazar el itinerario hacia la fe. Ellos oyeron el anuncio y responden con decisión: Vayamos a Belén, veamos este acontecimiento que el Señor nos ha hecho conocer. La decisión interior se traduce enseguida en gestos concretos de vida (Fueron sin demora) y éstos llevan al descubrimiento: Encontraron al Niño. Lo encontraron no sólo material, sino también espiritualmente; con los ojos de la mente además de los ojos de la carne: en una palabra, creyeron. Comprendieron o al menos intuyeron quién era aquel niño y del descubrimiento nació el impulso irresistible hacia el testimonio: Después de haberlo visto, relataron lo que se les había dicho acerca del niño. Así la fe comienza a propagarse; de creyentes nacen creyentes: Todos los que oyeron se admira ron de las cosas que decían los pastores. ¡Quién sabe con cuánto entusiasmo supieron hablar de su descubrimiento!

En este ejemplar itinerario de fe hay un punto que debemos subrayar con fuerza y hacerla nuestro en este día: la decisión de ir a Belén. Vayamos a Belén, se dijeron unos a otros los pastores. También nosotros, en esta Navidad, digámonos unos a otros: ¡vayamos -o mejor- volvamos a Belén! Volvamos a la simplicidad y a la pureza de los orígenes. Redescubramos la cuna en la que nacimos. Demasiado nos hemos alejado de Belén. Nuestra fe se ha recargado de razonamientos complicados y a veces abstrusos que desentonan con el espectáculo de aquel "niño en el pesebre". Nuestra Iglesia se ha hecho pesada como una viejita cargada de años y de cosas. No es más la "esposa joven" de los primeros días (la esposa "buscada" como la llama Isaías en la primera lectura). Profundas arrugas han aparecido sobre su cara, arrugas que, como las de la mujer, son signo de cansancio, de pruebas, de numerosos y dolorosos partos, de dolores a causa de los hijos, pero sobre todo de los pecados.

Pero la Iglesia no es, por fortuna, una esposa cualquiera para cuyas arrugas no hay remedio; ella es el Cuerpo de Cristo y la esposa del Espíritu Santo. Por eso, no es un pensamiento de tristeza y de desilusión el que estamos expresando en este día de Navidad, sino un pensamiento de esperanza: aquél que puede hacer nuevas todas las cosas (Apoc 21,5) puede hacer nueva, antes que todo, a su Iglesia y lo hará. Más aún, ¡lo está haciendo! El Espíritu está realizando, sin que nosotros seamos capaces de medir su profundidad, el deseo profético del papa Juan al anunciar el Concilio Vaticano TI de una "renovación de la Iglesia". "Proponer de nuevo al mundo de hoy una Iglesia viviente y siempre joven -decía- que siente el ritmo del tiempo, que en toda época se adorna con nuevo esplendor... si bien permaneciendo siempre idéntica a sí misma, fiel a la imagen divina impresa en su rostro por el Es poso que la ama y la protege" (Const. del anuncio del Conc. Vaticano II).

El desarrollo de los trabajos del Concilio debía demostrar con claridad cuál era el "nuevo esplendor" que Cristo reservaba para su Iglesia en este siglo: el redescubrimiento de ser Iglesia de los pobres e Iglesia pobre: "Como Cristo, de rico que era, se hizo pobre (2 Cor. 8,9), así también la Iglesia, si bien necesita de los medios humanos para poder cumplir su misión, no está constituida para buscar la gloria de la tierra, sino para difundir también con su ejemplo la humildad Y la abnegación. Ella reconoce en los pobres la imagen de su fundador" (Lumen Gentium, 8).

Esto significa concretamente ir a Belén. No podemos pretender que la Iglesia vuelva a ser lo que era en los primeros días: una cabaña, y dentro María, José y el niño, pero sí debemos hacer que la Iglesia con todo lo que es y tiene sirva para llevar a los hombres, y en particular a los pobres, el gozoso anuncio.

Los pastores volvieron glorificando a Dios por todo lo que habían visto y oído. Nosotros estamos llamados ahora a hacer lo mismo: a glorificar a Dios por la palabra que hemos oído, por el pan que él ahora nos parte, por la alegría que nos ha multiplicado en el corazón. Estamos llamados, al volver a casa, a decir a los otros lo que hemos aprendida del Niño.

***

Misa de la noche

Natividad del Señor

"Y esto les servirá de señal: encontrarán a un niño recién nacido envuelto en pañales y acostado en un pesebre"

***Is* 9, 2-4.6-7; *Tit* 2, 11-14; *Lc* 2, 1-14**

En esta liturgia nocturna de la Navidad, una cosa se nos hace imprescindible: una gran simplicidad. Sólo quien tiene ojos de niño, es capaz de asombrarse siempre de nuevo ante lo que escucha esta noche. El asombro es la puerta para entrar en la adoración y en la alegría de la Navidad. Quien quiere hacerse el grande, el adulto, el razonador, incluso delante de su Dios que se convierte en niño, no entenderá nada. Está aquí con nosotros, en el banquete eucarístico, pero como aquel invitado que no tenía la vestimenta nupcial.

Regocijarse en presencia de Dios *como se goza en la cosecha,* nos sugirió Isaías en la primera lectura. ¿Por qué regocijarse? *Porque un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado*. Pero, ¿acaso no nacen niños todos los días y a toda hora? Cierto: y, en realidad, cada nacimiento es un motivo de alegría y de esperanza. Lo es antes que nada para la mamá que lo ha esperado, como dirá un día Jesús; lo es para el mundo; lo es para Dios. Cada niño que nace en esta tierra es un signo de que Dios todavía no perdió la confianza en los hombres. Pero el niño cuyo nacimiento conmemoramos esta noche, trae motivos bien distintos de esperanza y de alegría. *La soberanía reposa sobre sus hombros… Su soberanía será grande y habrá una paz sin fin para el reino de David… él lo establecerá y lo sostendrá por el derecho y la justicia*. Con él, prosiguió Pablo en la segunda lectura, *la gracia de Dios, que es fuente de salvación para todos los hombres, se ha manifestado*. Todos estos temas los escuchamos después resumidos en el primer anuncio de la Natividad, hecho a los pastores: *No teman, porque les traigo una buena noticia, una gran alegría para todo el pueblo: Hoy… les ha nacido un Salvador… Y esto les servirá de señal encontrarán a un niño recién nacido envuelto en pañales y acostado en un pesebre*.

Podemos detenemos aquí. La paradoja de la Natividad (y de todo el Evangelio), está contenida en forma completa en estas palabras. De este nacimiento se esperaban grandes cosas, lo hemos escuchado: alegría, paz, justicia, salvación. Y luego, henos aquí, conducidos ante un niño en un establo, ante el espectáculo más concentrado de debilidad, de impotencia y de pobreza que se haya imaginado la humanidad. Completan este cuadro María y José, dos de aquellas criaturas para quienes nunca hay lugar en un albergue. La paz y la justicia para todo el mundo vienen de uno que no tuvo ni siquiera una casa para *nacer*.

En aquel tiempo, otro hablaba de paz y de justicia en el mundo. Era aquel César Augusto que hemos escuchado nombrar al inicio del pasaje evangélico. El evangelista lo nombró aquí, evocando el poder y el esplendor de la Roma imperial, para crear el

contraste más fuerte con el niño que nace en el oscuro pueblo de Judea. También César Augusto se hacía llamar salvador y príncipe de la paz. Después de él, cada emperador que subía al trono era saludado con inscripciones en las monedas, que lo llamaban "restaurador del mundo", "esperado por las gentes", "restituidor de la luz". Y, en verdad, hasta ese día los hombres siempre habían pensado así: que sólo quien es fuerte, quien tiene ejércitos, quien tiene el poder, puede imponer a los otros la paz y llevar la salvación. Con la Natividad de Cristo. Dios echó por tierra todas estas falsas certezas de los hombres. —Dios escribió Pablo— eligió lo que el mundo tiene por *necio para confundir a los sabios; lo que el mundo tiene por débil para confundir a los fuertes* (1 Cor 1,27). ¿Y qué hay más necio para el mundo que la pobreza; qué más débil que un niño? Por eso, él eligió damos esta señal: un niño en un pesebre.

Sólo Dios podía pensar en algo tan totalmente contrario a la lógica humana; sólo él podía pronunciar un "no" tan vigoroso ante lo que los hombres siempre pusieron en la cima de su escala de valores: ante la riqueza, el poder, los honores, la autoridad. Nosotros, sin ayuda, nunca lo hubiéramos pensado: pero ahora que lo sabemos nos alegramos y decimos con alegría nuestro "sí" a Dios. Tú escondiste estas cosas a los grandes y las revelaste a los pequeños: si, Padre, porque así lo has querido (cfr. Mt 11,26). Los grandes, los poderosos, los fuertes, de ahora en más no nos darán más miedo, como lo hacían en una época. Tú confundiste a los sabios y a los fuertes y, de ahora en más, ésta es la señal: un niño en un pesebre. Podrías haber nacido en Roma, en el palacio imperial, como hijo del más poderoso de la tierra. Allí había imaginado tu nacimiento el poeta pagano en la célebre *Égloga IV*. Ésa también habría sido una encarnación teológicamente perfecta; habrías sido "verdadero Dios y verdadero hombre" también así. Pero ahora sabemos qué distinto habría sido. Habrías dicho "sí" a lo que los hombres habían pensado siempre. No habría empezado nada verdaderamente nuevo, ningún curso nuevo en el mundo. Por el contrario, para ti, más que hacerte hombre era importante hacerte pobre y humilde. Así les has dado de veras una esperanza a los pobres de la tierra, a los abandonados, a aquellos que no cuentan. Has dado una esperanza "a todo el pueblo", porque no todos pueden ser ricos, sabios y fuertes en este mundo, pero todos pueden llegar a ser humildes.

Como conclusión de todo esto, todavía nos queda por comprender una cosa: que la esperanza de paz y de justicia que tú llevas a los pobres no es un tranquilizante para nadie, no es un "opio del pueblo", es decir, no es un sucedáneo de aquella otra paz y de aquella otra justicia que tanto atormentan a los hombres de hoy, pero es la premisa y el fundamento de ello.

Ahora, nuestro pensamiento se dirige a la Eucaristía que estamos por celebrar. La señal del niño en el pesebre se hace presente en la señal, no menos humilde, del pan sobre el altar. ¿Qué diremos a Jesús esta noche nosotros, comunidad reunida en su nombre? Una sola palabra: ¡Gracias, Señor!

***

Misa del día

¡Tú eres mi Hijo!

***Is.* 52, *7-10; Heb.* 1, 1-6; *Jn.* 1, 1-18**

Esta tercera Misa, que la liturgia llama Misa "del día", después de la de la noche y la de la aurora, nos presenta el mensaje más profundo de la fiesta. Las lecturas bíblicas se apartan del tono narrativo; no cuentan el hecho o detalles del hecho; se plantean en cambio una pregunta: ¿Quién es el que nació? Somos invitados a trasladar ahora toda la atención de los personajes al protagonista; nos vienen a la mente las representaciones de la Navidad de la escuela barroca (como la de Gherardo delle Notti), en la cual se ve una serie de personajes -María, José, los pastores, los ángeles- en círculo, alrededor de la cuna con los rostros ilumina dos por una luz fuerte y cálida que proviene del niño que está en el centro. Entonces, en ese momento debemos pasar de los reflejos a la fuente de esa luz, apartamos de los pastores e incluso de María que hasta aquí nos sirvió de guía amorosa y contemplarlo sólo a Él, a Jesús.

¿Quién es ese niño? En el Credo de la Misa, proclamaremos en unos instantes que es "el Hijo Primogénito de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, luz de luz, Dios ver dadero de Dios verdadero, engendrado no creado, de la misma naturaleza que el Padre, a través del cual fueron creadas todas las cosas". Ésa es la fe que la Iglesia proclama desde el Concilio de Nicea en adelante. ¿En qué se funda esa fe? En la revelación, en la palabra de Dios y, especialmente, en la que acabamos de oír: *Al principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios*. Estas palabras abren una especie de telón y revelan detrás de ese Niño en la cuna un horizonte ilimitado, hasta donde abarca la mente; él es la Palabra misma del Padre, pronunciada antes de todos los siglos. *Al principio Dios creó el cielo y la tierra:* así empieza la historia del mundo en la Biblia; pues bien, ahora sabemos que ése no era el principio absoluto o del ser; era sólo el principio del tiempo. En ese momento, cuando empezaba a existir el cielo y la tierra, la Palabra ya estaba junto a Dios.

No era sin embargo una palabra simple, una fuerza oscura que se agitaba en la mente de Dios. Era, en cambio, el *Hijo Primogénito, a quien constituyó heredero de todas las cosas y por quien hizo el mundo* (TI lectura). Por lo tanto, una persona. Aquí tocamos el fondo más sublime y misterioso de nuestra fe: la Trinidad. Juan, que escribe después de todos los otros evangelistas, llevó así a su fin un proceso de ahondar y remontarse a las fuentes de la experiencia de Jesús, iniciado inmediatamente después de la resurrección. En el intento de responder a la pregunta: ¿Quién es Jesús de Nazaret? primero se contentó con partir de la resurrección (Rom. 1,4: *Y constituido Hijo de Dios con poder … por su resurrección de entre los muertos);* luego se remontó hasta el Bautismo (¡Marcos comienza desde allí su Evangelio!), luego al nacimiento del Espíritu Santo y desde María (así empiezan sus Evangelios Mateo y Lucas), Juan comprende que cada respuesta es insuficiente en la medida que se queda dentro del horizonte del tiempo y da un gran salto

hacia atrás hasta la preexistencia, encontrando la última explicación de Jesús y, por así decirlo, la raíz de su existencia, en el seno del Padre. Esta es la plenitud de nuestra fe y la Navidad es su proclamación.

No obstante, la liturgia no se detiene ni un solo instante en esta contemplación de Jesús en sí, como era antes y fuera del tiempo, sino que continuamente nos impulsa a contemplar quién es Jesús "para nosotros": *Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros*. Es el segundo movimiento del Credo, el que en realidad domina nuestra asamblea y que hoy diremos de rodillas: "Por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendió del cielo y por obra del Espíritu Santo se encarnó en el seno de la Virgen María y se hizo hombre".

"Por nosotros los hombres, por nuestra salvación": Jesús es el "Dios con nosotros", pero también el Dios para nosotros; un Dios de hombres, pero también un Dios para los hombres. Dios en persona vino a consolamos y a salvamos, no ya un ángel o un profeta (d. Is. 63,9); he ahí el verdadero sentido del misterio de la Navidad: *Después* de *haber hablado antiguamente a nuestros padres por medio* de *los Profetas, en muchas ocasiones y* de *diver*sas *maneras, ahora, en este tiempo final, Dios nos habló por medio de su Hijo, a quien constituyó heredero* de *todas las cosas y por quien hizo el mundo* (2ª lectura).

Pero con el nacimiento de Jesucristo, Dios no nos dio sola mente su Palabra, nos dio su Vida, o sea nos hizo hijos suyos: *A todos los que la recibieron, les dio el poder* de *llegar a ser hijos* de *Dios* (1 Jn.1,2): La *vida* se *hizo visible, nosotros la vimos)*. Por lo tanto, no celebramos solamente la Navidad de Jesús sino también nuestra Navidad porque el nacimiento de Jesús marca nuestro renacimiento. En la segunda lectura, escuchamos esas palabras solemnísimas: *¡Tú eres mi Hijo, yo te* he *engendrado hoy!* Es Dios el que habla; ¿pero a quién le habla y de quién habla? De su Hijo Jesucristo, no hay duda; así lo entendió toda la tradición cris tina. Pero Jesucristo no está solo; es "el primogénito entre muchos hermanos" (Rom. 8,29); en él, también nosotros fuimos "elegidos para ser hijos adoptivos" (Ef.1,5). O sea que hoy, el Padre dirige esas palabras a cada uno de nosotros: ¡Tú eres mi hijo: yo té he engendrado hoy! Es un reconocimiento de paternidad; ¡es una adopción! Juan exclama, asombrado: *¡Qué gran amor nos* ha da *do el Padre para ser llamados hijos* de *Dios, y lo somos realmente!* (1 Jn. 3,1).

A algunos este renacimiento puede parecerles lejano, imposible, de tan fríos, incrédulos, indignos que se sienten; de tan es clavos y no hijos que se sienten. Alguno vive experiencias de separación y alejamiento de Dios como el hijo pródigo y todavía tiene en la boca el sabor de las bellotas arrojadas a los puercos; en su corazón, apenas se atreve a esperar volver a ser admitido en la casa como "uno de los servidores" (cf. Lc 15,19). Pero resulta que Dios sale a su encuentro y le dice con gran fuerza: ¡Tú eres mi hijo! Y a nosotros, ministros de su palabra, nos ordena que hablemos al corazón de este hermano y le gritemos fuerte: "Escucha, es Dios quien te habla y te dice: "Se acabó tu esclavitud" (cf. Is. 40,2); Dios Padre ya te liberó del poder de las tinieblas y te trasladó al reino de su

Hijo dilecto; en él tuviste la redención y el perdón de los pecados (cf. Col. 1,13 ssq); el pecado ya no tiene poder sobre ti. Solamente debes aceptar todo esto, decir sí a Dios y darle gracias con alegría. Después, si todavía no lo has hecho, sentirás tú mismo la necesidad de poner tu carga de rescatado del pecado en las manos de un ministro de la Iglesia para que puedas escuchar también con tus oídos de carne la palabra de Cristo que perdona y vuelve a sanar: *Ten confianza, hijo, tus pecados te son perdonados* (Mt. 9,2).

Nadie está excluido de la alegría de este día; no lo está el pecador y no lo está el anciano cargado de años y de amargura; a todo aquel que lo recibe, Jesús le da el poder de ser hijo de Dios, o sea de renacer a la nueva vida, independientemente de la edad y los méritos y con la única dependencia de la fe. La objeción de Nicodemo: ¿cómo puede un hombre renacer cuando es viejo?, ya no es válida, porque Jesús explicó que no se trata de un nacimiento de la carne, sino del Espíritu (cf. Jn. 3,5 s.) En Navidad, tenemos derecho a abandonar la carga de nuestros años y nuestros remordimientos y a sentir nos "como niños recién nacidos" (1 Pedo 2,2), capaces por lo tanto de dejamos llevar todavía por la alegría y la esperanza, como en Navidades lejanas, cuando aún teníamos el alma y la fantasía frescas.

Todo lo que oímos es regocijante, pero nos impone un deber preciso: no arruinar nuestra filiación: "Reconoce, cristiano -exclama san León Magno- tu dignidad y, partícipe de la naturaleza divina, no quieras volver a la abyección de un tiempo con una conducta indigna. Recuerda quién es tu Cabeza, de qué cuerpo eres miembro". Recuerda -agregamos nosotros- de qué Padre eres hijo. Recuerda, cuando te sientas tentado o envilecido o solo, aquellas palabras que hoy escuchaste y recibiste en la fe: *¡Tú eres mi Hijo; te* he *engendrado hoy!*

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DE NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Mensaje de Navidad "Urbi et Orbi" (25-XII-1981)

– El misterio de la Encarnación

Os ruego hermanos y hermanas, habitantes de la urbe y orbe, que meditéis hoy sobre el nacimiento, en el establo de Belén, del Hijo eternamente nacido.

¿Por qué nace de la Virgen el que es eternamente nacido del Padre, Dios de Dios, Luz de luz?

¿Por qué en la noche en que nació de María Virgen, no había sitio para ellos en el mesón?

¿Por qué los suyos no le recibieron?

¿Por qué el mundo no le ha reconocido?

El misterio de la noche de Belén dura sin interrupción. Llena la historia del mundo y se detiene en el umbral de todo corazón humano. Cada hombre, ciudadano de Belén, ha podido mirar, ayer noche, a José y a María y decir: no hay sitio, no puedo acogeros.

Y el hombre de cada época puede decir al Verbo que se ha hecho carne: no te acojo, no hay sitio.

El mundo ha sido hecho por Él, pero el mundo no lo ha recibido.

¿Por qué el día del nacimiento de Dios es día de la no acogida de Dios por parte del hombre?

Dejemos descender el misterio del nacimiento de Cristo a nivel de corazones humanos: Vino a los suyos y…

Nosotros los hombres, inclinados una vez más ante el misterio de Belén, podemos únicamente pensar con dolor cuánto hemos perdido los moradores de la ciudad de David, por no haber abierto la puerta. ¡Cuánto pierde el hombre que no deja nacer en el interior de su corazón a Cristo: "la luz verdadera que ilumina a todo hombre" (Jn 1,9).

¡Cuánto pierde el hombre cuando lo encuentra y no ve en Él al Padre! En efecto Dios se ha manifestado en Cristo al hombre como el Padre.

¡Y cuánto pierde el hombre cuando no ve en Él la propia humanidad! Pues Cristo ha venido al mundo para manifestar el hombre al propio hombre y hacerle ver su altísima vocación.

"A cuantos le recibieron dioles poder de venir a ser hijos de Dios" (Jn 1,12).

En la solemnidad de la Navidad nace también un sentido deseo y una humilde plegaria: que los hombres de nuestra época acojan a Cristo; lo encuentren de nuevo y se les dé el poder, que proviene sólo de Él, porque el poder está únicamente en Él.

– El mundo contra el hombre

No había lugar para ellos en el mesón.

El mundo que no acepta a Dios deja de ser hospitalario con el hombre.

¿No os conmueve la imagen de un mundo así: un mundo que está contra el hombre incluso antes de que éste consiga nacer; un mundo que, en nombre de diversos intereses económicos, imperialistas, estratégicos, arroja del lugar de su trabajo a inmensas muchedumbres de hombres, les encierra en campos de concentración forzada, les priva del derecho a la patria, les condena a perecer de hambre y les hace esclavos?

Dios que se ha hecho hombre ¿podría venir al mundo de forma diversa a la que ha venido? ¿Podía haber sitio para ellos en la posada? ¿No tenía que estar Él desde el comienzo con aquellos para los que no había sitio?

– Dios está con nosotros

Descubramos la auténtica alegría de la Navidad.

Emmanuel: está con nosotros. Dios está con nosotros.

Aunque el mundo no le conozca, Él está con nosotros.

Aunque los suyos no le reciban, Él viene.

Aunque no haya sitio en el mesón, Él nace.

Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado: lleva al hombro el principado (Is 9,5).

¿Qué poder descansa sobre sus hombros en la noche de su nacimiento? ¿Y qué poder tendrá también en las horas del Gólgota?

Un poder único. El poder que sólo Él posee. Solamente Él tiene el poder de penetrar en el alma de cada hombre con la paz de la divina complacencia. Solamente Él tiene el poder de hacer que los hombres lleguen a ser hijos de Dios.

"Vino a los suyos y los suyos no le recibieron" (Jn 1,11).

Y sin embargo Él nos recibió a todos nosotros ya desde su mismo nacimiento, y abrazó a cada uno de nosotros con el amor eterno del Padre, con el amor que salva al hombre, que rescata del pecado la conciencia humana: en Él tenemos la reconciliación y la remisión de los pecados.

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Es Navidad. La Palabra de Dios está en el mundo. Innumerables sentimientos y afectos atravesados de un gozo inmenso se agolpan en los creyentes. Dios se presenta en la atractiva forma de un Niño y en el seno de una familia. Aleluya. Os traigo la buena noticia: os ha nacido el Salvador. Canta la Iglesia en la Solemnidad de hoy.

Por la Encarnación del Hijo de Dios se produjo la unión entre lo divino y lo humano, lo temporal y eterno, la Santidad absoluta y la imperfección humana, proporcionando a toda criatura, desde ese momento, una dignidad de escalofrío. La Omnipotencia de Dios unida a la debilidad humana: Emmanuel, Dios con nosotros y para nosotros, porque para nuestra salvación bajó del Cielo. Sí, "Dios amó tanto al mundo que la ha dado su propio Hijo Unigénito" (Jn 3,16).

Nadie ha hecho tanto por la Humanidad, ni ha elevado la dignidad de toda criatura, ni dado un valor al trabajo, al sufrimiento y a los mil sinsabores y alegrías de esta vida, como la Encarnación del Hijo de Dios. También el cuerpo ha sido santificado. Al ser asumido por el Verbo, ese cuerpo nuestro resucitará un día para que vea la gloria del Creador del Universo.

El Verbo se hizo carne y puso su tienda, su tabernáculo, entre nosotros. Dios está en los sagrarios de nuestras iglesias. La alegría por esta llegada de Dios a la tierra ha de traducirse en una acogida a ese Dios distinta a la que tuvo el año 15 del reinado de Tiberio y que Lucas describe así: "No hubo sitio en el mesón". Cristo debe tener un lugar de privilegio en el mesón de nuestra alma, eliminando los huéspedes que le dificultan el alojamiento: la indiferencia, la ignorancia, la comodidad egoísta…

Hagamos el propósito de mostrar al Señor nuestra gratitud acudiendo con la frecuencia que nos sea posible a la Santa Misa, recibiéndole en la Eucaristía y acogiéndole también en quienes nos rodean, porque Él está en cada uno, en los más necesitados.

Hay que hacer un sitio de honor a Dios en nuestra vida. Él no es un huésped extraño, molesto, inoportuno… Es nuestro Padre, nuestro Liberador. Él no llega rodeado del aparato de poder que acompaña a los poderosos, llega como un niño inerme al que es fácil querer, pero también no hacer caso. Llega en la predicación de su Iglesia, en los Sacramentos… Yo, ¿salgo al encuentro del Señor con alegría, abriéndole las puertas de mi corazón o el mesón del alma está abarrotado de preocupaciones, excusas o de una helada indiferencia? ¡Recibamos al Señor que llega con la apertura y el calor que merece Aquel de quien lo hemos recibido todo!

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«La Palabra se ha hecho carne, y ha puesto su casa entre nosotros»

I. LA PALABRA DE DIOS

Is 52,7-10: «Los confines de la tierra verán la victoria de nuestro Dios»

Sal 97,1.2-6: «Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios»

Hb 1,1-6: «Dios nos ha hablado por su Hijo»

Jn 1,1-18: «La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

La alegría que se anunciaba al pueblo cuando era proclamado un nuevo rey en Sión, la usa ahora el Profeta para anunciar la inauguración de un nuevo reinado de Dios. La inminencia del retorno de los exiliados, y el anuncio de paz subsiguiente, serán los signos perceptibles de la acción divina.

La Palabra de Dios, que había hecho surgir el mundo y el hombre, acampa en el mundo y se hace hombre para dar a los hombres el poder ser y llamarse «hijos de Dios». Percibida «en otro tiempo» (2.ª Lect.) como una revelación del proyecto de Dios sobre el mundo y el hombre, acontece ahora entre nosotros como salvación.

La Palabra se ha hecho carne precisamente en este mundo. Que este mundo sea aceptado como es y no desdeñado como morada del Hijo, es un modo de convencer al hombre de que Dios, a pesar de todo, le sigue amando.

III. SITUACIÓN HUMANA

La celebración meramente costumbrista de la Navidad la reduce. Cristianos y no cristianos, los que celebran de corazón y «los que se apuntan», todos necesitamos abandonar cualquier vestigio de frivolidad en estos días.

La búsqueda de la paz y de la convivencia no son de ahora; han sido siempre señal de la permanente e incansable búsqueda de Dios y de sus signos. En el corazón del hombre y del mundo estaban escritas esas señales, que no le dejarán tranquilo hasta que no halle a Dios en medio de este mundo que, por ser casa de Dios, cuenta con que el Padre en su Hijo ha venido a compartir la historia.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– El Verbo se hizo carne: «Por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen y se hizo hombre» (456).

"... para salvarnos reconciliándonos con Dios: «Dios nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados» (1 Jn 4,10)" (457).

"... para que nosotros conociésemos así el amor de Dios: «En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él» (1 Jn 4,9)" (458).

"... para ser nuestro modelo de santidad: «Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí...» (Mt 11,29)" (459).

"... para hacernos «partícipes de la naturaleza divina» (2 P 1,4)" (460).

La respuesta

– Creer es acoger y anunciar a Cristo: "«Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida – pues la Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la vida eterna, que estaba con el Padre y se nos manifestó– lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo. Os escribimos esto para que vuestro gozo sea completo» (1 Jn 1,1-4)" (425).

– En el centro de la catequesis: Jesucristo: 426. 427. 428. 429.

El testimonio cristiano

– «Nuestra naturaleza enferma exigía ser sanada; desgarrada, ser restablecida; muerta, ser resucitada. Habíamos perdido la posesión del bien, era necesario que se nos devolviera. Encerrados en las tinieblas, hacía falta que nos llegara la luz; estando cautivos, esperábamos un salvador; prisioneros, un socorro; esclavos, un libertador... ¿No merecía conmover a Dios hasta el punto de hacerle bajar hasta nuestra naturaleza humana para visitarla, ya que la humanidad se encontraba en un estado tan miserable y tan desgraciado? (San Gregorio de Nisa, or. catech, 15)» (457). Si el amor del Padre se ha manifestado en que ha entregado a su Hijo al mundo, más patente queda cuando lo contemplamos viviendo entre quienes ha venido a salvar.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DE NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Meditación de Navidad

— En Belén no quisieron recibir a Cristo. También hoy muchos hombres no quieren recibirlo

I. *En aquellos días se promulgó un edicto de César Augusto, para que se empadronase todo el mundo*

Ahora nosotros podemos ver con claridad que fue una providencia de Dios aquel decreto del emperador romano. Por esta razón María y José fueron a Belén y allí nació Jesús, según había sido profetizado muchos siglos antes.

La Virgen sabía que estaba ya próximo el nacimiento de Jesús, y emprendió aquel viaje con el pensamiento puesto en el Hijo que le iba a nacer en el pueblo de David

Llegaron a Belén, con la alegría de estar ya en el lugar de sus antepasados, y también con el cansancio de un viaje por caminos en malas condiciones, durante cuatro o cinco jornadas. La Virgen, en su estado, debió llegar muy cansada. Y en Belén no encontraron dónde instalarse. *No hubo para ellos lugar en la posada*, dice San Lucas, con frase escueta. Quizá José juzgara que la posada repleta de gente no era sitio adecuado para Nuestra Señora, especialmente en aquellas circunstancias. San José debió de llamar a muchas puertas antes de llevar a María a un establo, en las afueras. Nos imaginamos bien la escena: José explicando una y otra vez, con angustia creciente, la misma historia, «que venían de...» , y María a pocos metros, viendo a José y oyendo las negativas. No dejaron entrar a Cristo. Le cerraron las puertas. María siente pena por José, y por aquellas gentes. - Qué frío es el mundo para con su Dios!

Quizá fue la Virgen quien propuso a José instalarse provisionalmente en alguna de aquellas cuevas, que hacían de establo a las afueras del pueblo. Probablemente le animó, diciéndole que no se preocupara, que ya se arreglarían... José se sintió confortado por las palabras y la sonrisa de María. De modo que allí se aposentaron con los enseres que

habían podido traer desde Nazaret: los pañales, alguna ropa que ella misma había preparado con la ilusión que sólo saben poner las madres en su primer hijo…

Y en aquel lugar sucedió el acontecimiento más grande de la humanidad, con la más absoluta sencillez: *Y sucedió* –nos dice San Lucas– *que estando allí se le cumplió la hora del parto*. María envolvió a Jesús con inmenso amor *en unos pañales y lo recostó en el pesebre*.

La Virgen tenía la fe más perfecta que cualquier otra persona antes o después de Ella. Y todos sus gestos eran expresión de su fe y de su ternura. Le besaría los pies porque era su Señor, le besaría la cara porque era su hijo. Se quedaría mucho tiempo quieta contemplándolo

Después, María puso al Niño en brazos de José, que sabe bien que es el Hijo del Altísimo, al que debe cuidar, proteger, enseñarle un oficio. Toda su vida está centrada en este Niño indefenso

Jesús, recién nacido, no habla; pero es la Palabra eterna del Padre. Se ha dicho que el pesebre es una cátedra. Nosotros deberíamos hoy *entender las lecciones que nos da Jesús ya desde Niño, desde que está recién nacido, desde que sus ojos se abrieron a esta bendita tierra de los hombres*.

Nace pobre, y nos enseña que la felicidad no se encuentra en la abundancia de bienes. Viene al mundo sin ostentación alguna, y nos anima a ser humildes y a no estar pendientes del aplauso de los hombres. «Dios se humilla para que podamos acercarnos a Él, para que podamos corresponder a su amor con nuestro amor, para que nuestra libertad se rinda no sólo ante el espectáculo de su poder, sino ante la maravilla de su humildad».

Hacemos un propósito de desprendimiento y de humildad. Miramos a María y la vemos llena de alegría. Ella sabe que ha comenzado para la humanidad una nueva era: la del Mesías, su Hijo. Le pedimos no perder jamás la alegría de estar junto a Jesús

— Nacimiento del Mesías. La «cátedra» de Belén

II. Jesús, María y José estaban solos. Pero Dios buscó para acompañarles a gente sencilla, unos pastores, quizá porque, como eran humildes, no se asustarían al encontrar al Mesías en una cueva, envuelto en pañales

Son los pastores de aquellos contornos a quienes se refería el profeta Isaías: *el pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz*.

En esta primera noche sólo en ellos se cumple la profecía. *Ven una gran luz: la gloria del Señor los envolvió de claridad*. *No temáis*, les dice un ángel, *pues vengo a anunciaros una gran alegría, que lo será para todo el pueblo; hoy, en la ciudad de David, os ha nacido el Salvador, que es el Cristo, el Señor*.

Esa noche son los primeros y los únicos en saberlo. «En cambio, hoy lo saben millones de hombres en todo el mundo. La luz de la noche de Belén ha llegado a muchos

corazones, y, sin embargo, al mismo tiempo, permanece la oscuridad. A veces, incluso parece que más intensa (…). Los que aquella noche lo acogieron, encontraron *una gran alegría*. La alegría que brota de la luz. La oscuridad del mundo superada por la luz del nacimiento de Dios (…)

»No importa que, en esa primera noche, la noche del nacimiento de Dios, la alegría de este acontecimiento llegue sólo a estos pocos corazones. No importa. Está *destinada a todos los corazones humanos*. ¡Es la alegría del género humano, alegría sobrehumana! ¿Acaso puede haber una alegría mayor que ésta, puede haber una Nueva mejor que ésta: el hombre *ha sido aceptado por Dios para convertirse en hijo* suyo en este Hijo de Dios, que se ha hecho hombre?».

Dios quiso que estos pastores fueran también los primeros mensajeros; ellos irán contando *lo que han visto y oído. Y todos los que les escucharon se maravillaron de cuanto los pastores les habían dicho*. Igualmente, a nosotros se nos revela Jesús en medio de la normalidad de nuestros días; y también son necesarias las mismas disposiciones de sencillez y de humildad para llegar hasta Él. Es posible que a lo largo de nuestra vida nos dé señales que, vistas con ojos humanos, nada digan. Hemos de estar atentos para descubrir a Jesús en la sencillez de lo ordinario, envuelto en pañales y reclinado en un pesebre, sin manifestaciones aparatosas. Y todo el que ve a Cristo se siente conmovido a darlo a conocer enseguida. No puede esperar

Naturalmente que los pastores no se pondrían en camino sin regalos para el recién nacido. En el mundo oriental de entonces era inconcebible que alguien se presentase a una persona elevada sin algún regalo. Llevarían lo que tenían a su alcance: algún cordero, queso, manteca, leche, requesón…. Sin duda que no es demasiado desacierto figurarse la escena tal como la representan los innumerables «*belenes*» de estos días y la pregonan los «*villancicos*» cantados con sencillez por el pueblo cristiano y con los que muchos de nosotros, quizá, hemos hecho nuestra oración

María y José, sorprendidos y alegres, invitan a los tímidos pastores a que entren y vean al Niño, y lo besen y le canten, y le dejen cerca del pesebre sus presentes

Nosotros tampoco podemos ir a la gruta de Belén sin nuestro regalo

Quizá lo que nos agradecería la Virgen es un alma más entregada, más limpia, más alegre porque es consciente de su filiación divina, mejor dispuesta a través de una Confesión más contrita, para que el Señor habite con más plenitud en nosotros. Esa Confesión que tal vez Dios lleva esperando hace tiempo…

María y José nos están invitando a entrar. Y, una vez dentro, le decimos a Jesús con la Iglesia: *Rey del universo a quien los pastores encontraron envuelto en pañales, ayúdanos a imitar siempre tu pobreza y tu sencillez*.

— Adoración de los pastores. Humildad y sencillez para reconocer a Cristo en nuestras vidas

III. *Alegrémonos todos en el Señor, porque nuestro Salvador ha nacido en el mundo. Hoy, desde el Cielo, ha descendido la paz sobre nosotros*. «Acabamos de oír un mensaje rebosante de alegría y digno de todo aprecio: Cristo Jesús, el Hijo de Dios, ha nacido en Belén de Judá. El anuncio me estremece, mi espíritu se enciende en mi interior y se apresura, como siempre, a comunicaros esta alegría y este júbilo» , anuncia San Bernardo. Y todos nos ponemos en camino para contemplar y adorar a Jesús, pues todos tenemos necesidad de Él; es de Él de lo único que tenemos verdadera necesidad. *No hay tal andar como buscar a Cristo. / /No hay tal andar como a Cristo buscar / /. Que no hay tal andar*, canta un villancico popular, diciéndonos que ningún camino que emprendamos vale la pena si no termina en el Niño Dios

«Hoy ha nacido nuestro Salvador. No puede haber lugar para la tristeza, cuando acaba de nacer la vida; la misma que acaba con el temor de la mortalidad, y nos infunde la alegría de la eternidad prometida

» Nadie tiene por qué sentirse alejado de la participación de semejante gozo, a todos es común el motivo para el júbilo: porque nuestro Señor, destructor del pecado y de la muerte, como no ha encontrado a nadie libre de culpa, ha venido a liberarnos a todos. Que se alegre el santo, puesto que se acerca a la victoria. Alégrese el gentil, ya que se le llama a la vida

» Pues el Hijo, al cumplirse la plenitud de los tiempos (...) asumió la naturaleza del género humano para conciliarla con su Creador». De aquí nace para todos, como un río incontenible, la alegría de estas fiestas

Cantamos con júbilo en estos días de Navidad porque el amor está entre nosotros hasta el fin de los tiempos. La presencia del Niño es el amor en medio de los hombres; y el mundo no es ya un lugar oscuro: quienes buscan amor saben dónde encontrarlo. Y es de amor de lo que esencialmente anda necesitado cada hombre; también aquellos que pretenden estar satisfechos de todo

Cuando en el día de hoy nos acerquemos a besar al Niño o contemplemos un Nacimiento, o meditemos en este gran misterio, que agradezcamos a Dios su deseo de abajarse hasta nosotros para hacerse entender y querer, y que nos decidamos a hacernos también como niños, para poder así entrar un día en el reino de los cielos. Terminamos nuestra oración diciéndole a Dios Nuestro Padre: *concédenos compartir la vida divina de aquel que hoy se ha dignado compartir con el hombre la condición humana*.

Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros.

Mons. Jaume PUJOL i Balcells Arzobispo de Tarragona y Primado de Cataluña (Tarragona, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DE NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

«La Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros»

Hoy, con la sencillez de niños, consideramos el gran misterio de nuestra fe. El nacimiento de Jesús señala la llegada de la "plenitud de los tiempos". Desde el pecado de nuestros primeros padres, el linaje humano se había apartado del Creador. Pero Dios, compadecido de nuestra triste situación, envió a su Hijo eterno, nacido de la Virgen María, para rescatarnos de la esclavitud del pecado.

El apóstol Juan lo explica usando expresiones de gran profundidad teológica: «En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios» (Jn 1,1). Juan llama "Palabra" al Hijo de Dios, la segunda persona de la Santísima Trinidad. Y añade: «Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros» (Jn 1,14).

Esto es lo que celebramos hoy, por eso hacemos fiesta. Maravillados, contemplamos a Jesús acabado de nacer. Es un recién nacido… y, a la vez, Dios omnipotente; sin dejar de ser Dios, ahora es también uno de nosotros.

Ha venido a la tierra para devolvernos la condición de hijos de Dios. Pero es necesario que cada uno acoja en su interior la salvación que Él nos ofrece. Tal como explica san Juan, «a todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios» (Jn 1,12). ¡Hijos de Dios! Quedamos admirados ante este misterio inefable: «El Hijo de Dios se ha hecho hijo del hombre para hacer a los hombres hijos de Dios» (San Juan Crisóstomo).

Acojamos a Jesús, busquémosle: solamente en Él encontraremos la salvación, la verdadera solución para nuestros problemas; sólo Él da el sentido último de la vida y de las contrariedades y del dolor. Por esto, hoy os propongo: leamos el Evangelio, meditémoslo; procuremos vivir verdaderamente de acuerdo con la enseñanza de Jesús, el Hijo de Dios que ha venido a nosotros. Y entonces veremos cómo será verdad que, entre todos, haremos un mundo mejor.

***

Rev. D. Ramon Octavi SÁNCHEZ i Valero (Viladecans, Barcelona, España)

MISA DE LA NOCHE (Evangelio: Lc 2,1-14)

«Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor»

Hoy, nos ha nacido el Salvador. Ésta es la buena noticia de esta noche de Navidad. Como en cada Navidad, Jesús vuelve a nacer en el mundo, en cada casa, en nuestro corazón.

Pero, a diferencia de lo que celebra nuestra sociedad consumista, Jesús no nace en un ambiente de derroche, de compras, de comodidades, de caprichos y de grandes comidas. Jesús nace con la humildad de un portal y de un pesebre.

Y lo hace de esta manera porque es rechazado por los hombres: nadie había querido darles hospedaje, ni en las casas ni en las posadas. María y José, y el mismo Jesús recién nacido, sintieron lo que significa el rechazo, la falta de generosidad y de solidaridad.

Después, las cosas cambiarán y, con el anuncio del Ángel —«No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo» (Lc 2,10)— todos correrán hacia el portal para adorar al Hijo de Dios. Un poco como nuestra sociedad que margina y rechaza a muchas personas porque son pobres, extranjeros o sencillamente distintos a nosotros, y después celebra la Navidad hablando de paz, solidaridad y amor.

Hoy los cristianos estamos llenos de alegría, y con razón. Como afirma san León Magno: «Hoy no sienta bien que haya lugar para la tristeza en el momento en que ha nacido la vida». Pero no podemos olvidar que este nacimiento nos pide un compromiso: vivir la Navidad del modo más parecido posible a como lo vivió la Sagrada Familia. Es decir, sin ostentaciones, sin gastos innecesarios, sin lanzar la casa por la ventana. Celebrar y hacer fiesta es compatible con austeridad e, incluso, con la pobreza.

Por otro lado, si nosotros durante estos días no tenemos verdaderos sentimientos de solidaridad hacia los rechazados, forasteros, sin techo, es que en el fondo somos como los habitantes de Belén: no acogemos a nuestro Niño Jesús.

***

Rev. D. Bernat GIMENO i Capín (Barcelona, España)

MISA DE LA AURORA (Evangelio: Lc 2,15-20)

«Encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre»

Hoy resplandece una luz para nosotros: ¡nos ha nacido el Señor! Del mismo modo que el sol sale cada mañana para iluminar y dar vida a nuestro mundo, esta misa de la aurora, celebrada todavía con cierta oscuridad, evoca la figura del pequeño Infante nacido en Belén como el sol naciente, que viene para iluminar a toda la familia humana.

Después de María y José, fueron estos pastores del Evangelio los primeros que fueron iluminados por la presencia de Jesús Niño. Los pastores, que eran tenidos como los últimos en la sociedad. Hemos de ser pastores para acoger al Niño, y ser conscientes de nuestra nada.

Que Jesús sea luz no nos puede dejar indiferentes. Miremos a los pastores: era tan grande el gozo que sentían por lo que habían visto que no paraban de hablar acerca de ello: «Todos los que lo oyeron se maravillaban de lo que los pastores les decían» (Lc 2,19).

«Tu Salvador ya está aquí», nos dice también el profeta, y eso nos llena de alegría y de paz. Amados hermanos, esto nos falta a muchos cristianos de hoy día: hablar de Él con alegría, paz y convencimiento; cada uno desde su vocación, es decir, desde el designio eterno que Dios tiene "para mí". Y esto será posible si previamente estamos convencidos

de nuestra identidad: los laicos, religiosos y sacerdotes. Todos formamos "el pueblo santo" del que nos habla el profeta Isaías.

Fue designio de Dios que acudieran pastores a adorar al Niño Jesús. Todos somos pastores. Todos hemos de ser pobres y humildes, los últimos… Contemplando el pesebre de nuestra casa, con sus pastores de plástico o de cerámica, vemos una imagen de la Iglesia, que el profeta en la primera lectura describe como una "ciudad-no-abandonada" y como "la-que-tiene-un-enamorado" (cf. Is 62,12). En esta Navidad hagamos el propósito de amar más a nuestra Iglesia… que no es nuestra, sino de Él, y nosotros la recibimos y entramos a participar en ella como indignos siervos, y la recibimos como un don, como un regalo inmerecido. De ahí que nuestro estallido de alegría en esta Navidad ha de ser una profunda y sincera acción de gracias.

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DE NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

El llanto de Dios

«Escuchen mi voz y acudan a mi llamado» (cfr Jr 7, 23).

Eso dice el Hijo de Dios.

¡Gloria a Dios en el cielo y paz a los hombres de buena voluntad! ¡Hosanna en el cielo!

El llanto de Dios, ése es el llamado.

Soplo de vida, elixir de Dios, canto del cielo, dulce melodía, respiración divina por vez primera, que aspira en el oxígeno del mundo la miseria de los hombres, transformándola en vida.

El llanto de Dios, ése es el llamado, a través del ser que ha sido engendrado en vientre puro de mujer, Palabra divina, el Verbo hecho carne, que ha nacido al mundo por voluntad Divina para habitar entre los hombres.

El llanto de Dios, ése es el llamado, la primera expresión del Dios humano.

El llanto de Dios, ése es el llamado, para que todo ser viviente se disponga a adorarlo.

El llanto de Dios, es la voz que clama la atención de los hombres, para que acudan a su llamado, para que lo escuchen y crean en Él, porque todo el que crea en Él y haga su voluntad, será salvado.

El llanto de Dios es el llamado para que los hombres vean, en ese pequeño y frágil cuerpo humano, la belleza contenida de la grandeza de Dios en esa pequeña criatura, que Él mismo confía a los cuidados y la protección de una Sagrada Familia, a través de sus brazos maternales y la seguridad del abrazo y sus cuidados paternales.

El llanto de Dios, es el llamado que anuncia la Buena Nueva: el mismo Dios se ha humillado, se ha abajado, se ha hecho hombre, siendo Dios, para ser, como hombre y Dios, en todo igual a los hombres, menos en el pecado, porque Dios aun siendo hombre y aun expuesto a ser tentado, no puede negarse a sí mismo.

Pero que viene a llamar a los hombres para que acudan, al escuchar su llanto, al auxilio, al refugio y a la salvación, a través de la misericordia, que en ese llanto de Dios se anuncia, se expresa, se manifiesta, se entrega, se abre a la vida en medio del mundo, anunciando en ese llanto su necesidad del hombre, para que el hombre conserve esa vida que Dios le confía, para ser entregada, por su propia voluntad, a la muerte en manos de los hombres, para morir al mundo y resucitar en Él a los hombres que quieran con Él compartir el llanto de Dios, para abrirse a la vida.

El llanto de Dios, ése es el llamado, para que el que escuche su voz renuncie a sí mismo, tome su cruz, para seguir al Hijo único de Dios que ha venido al mundo, para salvar al mundo, haciéndose dependiente de la voluntad de los hombres que Él mismo eligió, para que escuchen su llamado a través de su voz y le abran la puerta.

El llanto de Dios, es la voz que clama en el desierto: *"arrepiéntanse y crean en el Evangelio"*.

Es el llanto de aquellos que llamó y eligió, y los hizo como Él, sagrados y divinos, en un cuerpo frágil, con toda la miseria de su humanidad para confiar a ellos la salvación del mundo, que con su llanto anuncia como un canto del cielo que es elixir divino, melodía celestial, esperanza, alegría, misericordia, por la que ha llegado al pueblo elegido su liberación.

El Mesías ha nacido.

El Verbo se ha hecho carne.

El Amor de Dios ha sido derramado en los corazones a través del llanto de Dios, que es la voz de sus sacerdotes.

Y tú, sacerdote, en ese llanto ¿qué anunciarás? ¿Tu propia muerte, en un llanto desesperado?, ¿o la alegría de ser y dar vida, con un llanto de alegría que se abre a la vida para llevar al mundo la salvación?

Que sea tu llanto, sacerdote, aliento de vida, que exprese el nacimiento, la alegría y la paz de Dios, que tanto amó al mundo, que le dio a su único Hijo para que todo el que crea en Él tenga vida eterna, y sea su llanto un canto de esperanza, de paz y de vida, motivo de eterna alegría.

(*Espada de Dos Filos* I, n. 30)

Sagrada Familia de Jesús, María y José (Ciclo A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.homiletica.com.ar)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2013 y 2019**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO - Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Rev. D. Joan Ant. MATEO i García (La Fuliola, Lleida, España) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL (www.laverdadcatolica.org)

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO A)

EL QUE RESPETA AL SEÑOR

Sir 3, 3-7. 14-17; Col 3, 12-21; Mt 2,13-15. 19-23

Honra a sus padres, sentencia el fragmento del Sirácide. El marco de la fiesta de la Sagrada Familia es más que oportuno para reafirmar la importancia de la familia. Para Jesús Ben Sirá, autor de este libro, no existen dudas. Quien respeta a Dios traduce ese respeto en cuidado y honra hacia sus padres. Jesús aprendió en la infancia a subordinarse a la voluntad de sus padres, el honor debido a su padre lo manifestó ejerciendo el mismo oficio de carpintero. El respeto hacia su madre lo mostró acatando su autoridad mientras

permaneció en Nazaret. Cuando entendió que era oportuno atender a la vocación que su padre celestial le confiaba, se dispuso a vivir en libertad, predicando el reinado de Dios. Una familia es una comunidad de vida y de amor, que forma personas maduras. Si consideramos a Jesús como fruto de su educación familiar, hemos de inferir que provenía de una madre y un padre ejemplares.

ANTÍFONA DE ENTRADA Lc 2, 16

Llegaron los pastores a toda prisa y encontraron a María y a José, y al niño recostado en un pesebre.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, que te dignaste dejarnos el más perfecto ejemplo en la Sagrada Familia de tu Hijo, concédenos benignamente que, imitando sus virtudes domésticas y los lazos de caridad que la unió, podamos gozar de la eterna recompensa en la alegría de tu casa. Por nuestro Señor Jesucristo….

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

El que teme al Señor; honra a sus padres

Del libro del Sirácide (Eclesiástico): 3, 3-7.14-17

El Señor honra al padre en los hijos y respalda la autoridad de la madre sobre ellos. El que honra a su padre queda limpio de pecado; y acumula tesoros, el que respeta a su madre.

Quien honra a su padre, encontrará alegría en sus hijos y su oración será escuchada; el que enaltece a su padre, tendrá larga vida y el que obedece al Señor, es consuelo de su madre.

Hijo, cuida de tu padre en la vejez y en su vida no le causes tristeza; aunque se debilite su razón, ten paciencia con él y no lo menosprecies por estar tú en pleno vigor. El bien hecho al padre no quedará en el olvido y se tomará a cuenta de tus pecados.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 127, 1-2. 3. 4-5.

R/. Dichoso el que teme al Señor.

Dichoso el que teme al Señor y sigue sus caminos. comerá del fruto de su trabajo, será dichoso, le irá bien. ***R/.***

Su mujer, como vid fecunda, en medio de su casa; sus hijos, como renuevos de olivo, alrededor de su mesa. ***R/.***

Esta es la bendición del hombre que teme al Señor: “Que el Señor te bendiga desde Sión, que veas la prosperidad de Jerusalén todos los días de tu vida”. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

La vida en familia, de acuerdo con el Señor

De la carta del apóstol san Pablo a los colosenses: 3,12-21

Hermanos: Puesto que Dios los ha elegido a ustedes, los ha consagrado a él y les ha dado su amor, sean compasivos, magnánimos, humildes, afables y pacientes. Sopórtense mutuamente y perdónense cuando tengan quejas contra otro, como el Señor los ha perdonado a ustedes. Y sobre todas estas virtudes, tengan amor, que es el vínculo de la perfecta unión.

Que en sus corazones reine la paz de Cristo, esa paz a la que han sido llamados, como miembros de un solo cuerpo. Finalmente, sean agradecidos.

Que la palabra de Cristo habite en ustedes con toda su riqueza. Enséñense y aconséjense unos a otros lo mejor que sepan. Con el corazón lleno de gratitud, alaben a Dios con salmos, himnos y cánticos espirituales; y todo lo que digan y todo lo que hagan, háganlo en el nombre del Señor Jesús, dándole gracias a Dios Padre, por medio de Cristo.

Mujeres, respeten la autoridad de sus maridos, como lo quiere el Señor. Maridos, amen a sus esposas y no sean rudos con ellas. Hijos, obedezcan en todo a sus padres, porque eso es agradable al Señor. Padres, no exijan demasiado a sus hijos, para que no se depriman.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Col 3, 15. 16

R/. Aleluya, aleluya.

Que en sus corazones reine la paz de Cristo; que la palabra de Cristo habite en ustedes con toda su riqueza. ***R/.***

EVANGELIO

Toma al niño y a su madre y huye a Egipto.

+ Del santo Evangelio según san Mateo: 2, 13-15. 19-23

Después de que los magos partieron de Belén, el ángel del Señor se le apareció en sueños a José y le dijo: “Levántate, toma al niño ya su madre, y huye a Egipto. Quédate allá hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo”.

José se levantó y esa misma noche tomó al niño y a su madre y partió para Egipto, donde permaneció hasta la muerte de Herodes. Así se cumplió lo que dijo el Señor por medio del profeta: *De Egipto llamé a mi hijo*.

Después de muerto Herodes, el ángel del Señor se le apareció en sueños a José y le dijo: “Levántate, toma al niño y a su madre y regresa a la tierra de Israel, porque ya murieron los que intentaban quitarle la vida al niño”. Se levantó José, tomó al niño y a su madre y regresó reinaba en Judea en lugar de su padre, Herodes, tuvo miedo de ir allá, y advertido

en sueños, se retiró a Galilea y se fue a vivir en una población llamada Nazaret. Así se cumplió lo que habían dicho los profetas: *Se le llamará nazareno*.

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Te ofrecemos, Señor, este sacrificio de reconciliación, y te pedimos humildemente que, por la intercesión de la Virgen Madre de Dios y de san José, fortalezcas nuestras familias en tu gracia y en tu paz. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Bar 3, 38

Nuestro Dios apareció en el mundo y convivió con los hombres.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Padre misericordioso, haz que, reanimados con este sacramento celestial, imitemos constantemente los ejemplos de la Sagrada Familia, para que, superadas las aflicciones de esta vida, consigamos gozar eternamente de su compañía. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO A)

El que teme al Señor honra a sus padres (Si 3,3-7.14-16)

1ª lectura

La sabiduría tradicional invita a observar atentamente lo que sucede, para encontrar los modos más eficaces de alcanzar la felicidad. Desde esa perspectiva se contemplan ahora las relaciones de los hijos con sus padres: honrar a los padres trae beneficios.

Sin embargo, la perspectiva de Ben Sirac es, por encima de todo, religiosa. El Decálogo así lo establecía claramente: «Honra a tu padre y a tu madre, como te mandó el Señor, tu Dios, para que se alarguen tus días y te vaya bien en la tierra» (Dt 5,16; cfr Ex 20,12), y estos versículos son una preciosa glosa, en la que no se ahorran elogios para quien cumple delicadamente este mandamiento. Con todo, el v. 3 señala también un hondo motivo para vivir la piedad filial: los buenos hijos son, sobre todo, honra gloriosa para los padres. Con razón la liturgia de la Iglesia recoge estos versículos como primera lectura en la fiesta de la Sagrada Familia, pues Dios honró a Santa María y a San José con Jesús.

Finalmente (cfr vv. 14-16), el texto se detiene en los deberes de piedad filial cuando los padres no pueden valerse por sí mismos: «El cuarto mandamiento recuerda a los hijos mayores de edad sus responsabilidades para con los padres. En la medida en que ellos pueden, deben prestarles ayuda material y moral en los años de vejez y durante sus

enfermedades, y en momentos de soledad o de abatimiento. Jesús recuerda este deber de gratitud (cfr Mc 7,10-12)» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2218).

La vida de familia (Col 3,12-21)

2ª lectura

Las virtudes que enumera el Apóstol como características del hombre nuevo son diversas manifestaciones de la caridad que es el «vínculo de la perfección» (v. 14). «Si el amor no va por delante, no se cumplirá ninguno de los preceptos. Pues sólo dejamos de hacer el mal a los demás y nos preocupamos de hacer el bien, cuando amamos a los demás» (Severiano de Gábala, *Fragmenta in Colossenses*).

Haciendo las cosas bien, por amor, todas las realidades auténticamente humanas son santificables y deben ser santificadas (v. 17). *Os aseguro (...) que cuando un cristiano desempeña con amor lo más intranscendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios. Por eso os he repetido, con un repetido martilleo, que la vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día. En la línea del horizonte (...) parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria* (S. Josemaría Escrivá, *Conversaciones*, n. 116).

La aplicación de la doctrina precedente a la vida familiar (3,18-21) tiene su fundamento en la caridad y en la necesidad de comportarse cara a Dios. Las funciones del padre, la madre y los hijos adquieren también así un sentido nuevo. En toda familia debe haber un «intercambio educativo entre padres e hijos (cfr Ef 6,1-4; Col 3,20 s.), en que cada uno da y recibe. Mediante el amor, el respeto y la obediencia a los padres, los hijos aportan su específica e insustituible contribución a la edificación de una familia auténticamente humana y cristiana (cfr *Gaudium et spes*, n. 48). Cumplirán más fácilmente esta función si los padres ejercen su autoridad irrenunciable como un verdadero y propio "ministerio", esto es, como un servicio ordenado al bien humano y cristiano de los hijos, y ordenado en particular a hacerles adquirir una libertad verdaderamente responsable» (Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, n. 21).

La huida a Egipto (Mt 2, 13-15. 19-23)

Evangelio

S. Juan Crisóstomo, a propósito de este pasaje, subraya la fidelidad y obediencia de José: «Al oír esto, José no se escandalizó ni dijo: esto parece un enigma. Tú mismo me decías no ha mucho que El salvaría a su pueblo, y ahora no es capaz ni de salvarse a sí mismo, sino que tenemos necesidad de huir, de emprender un viaje, un largo desplazamiento... Pero nada de esto dice, porque José es un varón fiel. Tampoco pregunta por el tiempo de la vuelta, a pesar de que el ángel lo había dejado indeterminado, pues le había dicho: Y estate allí hasta que yo te diga. Sin embargo, no por eso quedó paralizado,

sino que obedece y cree y soporta todas las pruebas con alegría» (*Hom. sobre S. Mateo*, 8).

Es de notar también el claroscuro de la acción de Dios respecto a los elegidos: junto a las mayores alegrías han de sobrellevar sufrimientos intensos. «Bien es verdad que Dios, amador de los hombres, mezclaba trabajos y dulzuras, estilo que Él sigue con todos los santos. Ni los peligros ni los consuelos nos los da continuos, sino que de unos y otros va Él entretejiendo la vida de los justos. Tal hizo con José» (*Ibidem*).

El texto de Oseas 11,1 habla de un niño que sale de Egipto y que es hijo de Dios. Se refiere en primer lugar al pueblo de Israel, a quien Dios sacó de Egipto por medio de Moisés. Pero ese acontecimiento era una figura de Jesús, cabeza del nuevo Pueblo de Dios, que es la Iglesia. En Él se cumple principalmente esta profecía. El texto sagrado presenta una cita del Antiguo Testamento a la luz de su plenitud, Jesucristo. El Antiguo Testamento tiene su sentido pleno en Cristo y, según S. Pablo, leerlo sin tener en cuenta a Jesús es tener los ojos cubiertos con un velo (cfr 2 Cor 3,12-18).

Sobre la figura de Herodes cfr nota a Mt 2,1. Dios permite la maldad y crueldad de Herodes que intenta dar muerte al Niño, al mismo tiempo que en su conducta cruel se cumple la profecía de Ier 31,15. La Iglesia ha visto en estos niños los primeros mártires que dan su vida por Cristo. El martirio les justificó y obró en ellos la misma gracia que confiere el Bautismo: es el Bautismo de sangre.

Santo Tomás comenta el pasaje de este modo: «Puesto que no podían hacer uso de su libertad, ¿cómo se puede decir que murieron por Cristo? (...) Dios no hubiese permitido esa matanza si no hubiese sido útil a aquellos niños. S. Agustín dice que dudar de que tal matanza fue útil a esos niños es lo mismo que dudar de que el Bautismo sea útil a los niños. Pues los inocentes sufrieron como mártires y confesaron a Cristo —*non loquendo, sed moriendo*— no hablando, sino muriendo» (*Comentario sobre S. Mateo*, 2,16).

Ramá fue la ciudad en que Nabucodonosor, rey de Babilonia, reunió a los prisioneros israelitas. Por estar situada en la tribu de Benjamín, Jeremías pone en boca de Raquel, madre de Benjamín y José, las lamentaciones por los hijos de Israel.

La magnitud de la desgracia de los desterrados a Babilonia era tal que Jeremías expresa poéticamente que el dolor de Raquel es demasiado grande para aceptar consuelo.

«Cuando murió Raquel la enterraron en el hipódromo próximo a Belén. Como el sepulcro estaba cercano y la heredad pertenecía a su hijo Benjamín —Ramá era de la tribu de Benjamín—, por el cabeza de la tribu y por el lugar del sepulcro, pudo razonablemente llamar hijos de Raquel a los niños degollados en Belén» (*Hom. sobre S. Mateo*, 9).

Jesús era conocido por todos como procedente de Nazaret, el «Nazareno». Para las autoridades judías este nombre tuvo sentido despectivo (cfr Jn 1,46; 19,19). Aún en tiempos de San Pablo, los judíos que no creían intentaban humillar a los cristianos

dándoles el nombre de nazarenos (cfr Hch 24,5). San Mateo, en cambio, ve en el nombre «nazareno» el cumplimiento de las profecías y el carácter mesiánico de Jesús.

SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.homiletica.com.ar)

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO A)

POR QUÉ NO SE SALVAN JUNTOS EL NIÑO Y LOS MAGOS

Cuando los magos se hubieron retirado, he aquí que el ángel del Señor se aparece a José en sueños y le dice: Levántate y toma al niño y a su madre y huye a Egipto. Aquí hemos de resolver una dificultad acerca de los magos y acerca del niño. Porque, si es cierto que aquéllos no se alborotaron y todo lo aceptaron con obediencia, no por ello hemos nosotros de dejar de preguntarnos por qué no se salvan, aun quedándose allí, los magos y el niño, sino que aquéllos son enviados a Persia y éste tiene que huir con su madre a Egipto. ¿Pues qué? ¿Queréis que hubiera caído en manos de Herodes, y aun entre sus manos no recibir el golpe mortal? En este caso, se hubiera pensado que no había tomado carne, y no se hubiera creído el gran misterio de la encarnación. Y, en efecto, si, aun sucediendo así las cosas y dispuestas tantas otras de la vida del Señor humanamente, se han atrevido algunos a decir que es un mito eso de que Dios tomara carne, ¿en qué impiedades no hubiera caído de haberlo Él hecho todo divinamente y según su poder infinito? En cuanto a los magos, despáchalos aprisa, primero porque quiere enviar maestros a su patria de Persia y luego porque quiere cortar la locura del tirano Herodes: Que se dé cuenta que emprende una cosa imposible, que apague su furor, que desista de su vano intento. El mismo poder supone vencer tranquilamente a los enemigos que burlarlos con la mayor facilidad. Por lo menos así engañó a los egipcios en favor de los judíos. Podía Dios muy bien haber hecho pasar la riqueza de aquéllos a manos de los hebreos. Sin embargo, manda que eso se haga a escondidas y con engaño (Ez 12, 35s). Lo cual no le hizo menos temible a sus enemigos que cualquiera otro de los milagros.

Así los escalonitas y demás habitantes de aquellas ciudades que, por haber capturado el arca de la alianza, fueron heridos por Dios con plaga de ratones, cuando exhortaron a los suyos a no proseguir la guerra ni ponerse frente a Él, entre los otros milagros, alegaron también éste, diciendo: ¿Por qué endurecéis vuestros corazones como los endurecieron Egipto y Faraón? ¿No es así que sólo cuando se burló de ellos despacharon al pueblo y salió éste de Egipto?" (1 Re 6, 6). Cuando así hablaban, prueba es que para ellos este milagro no era menor que los públicamente realizados, para poner de manifiesto el poder y la grandeza de Dios, Pues también lo sucedido con los magos era bastante para impresionar al tirano. Considerad, en efecto, lo que tuvo que sufrir Herodes y cómo se ahogaría al verse así engañado y puesto en ridículo por los magos. ¿Y qué, si no se hizo mejor? —Eso ya no es culpa de quien todo lo ordenó para que se mejorara. La culpa fui de su extrema locura, que no se rindió a lo que podía haberla calmado y apartado de su

maldad. Más bien que rendirse siguió aún más adelante, con lo que recibiría mayor castigo de su insensatez.

POR QUÉ HUYE JESÚS A EGIPTO

¿Y por qué—me diréis—es enviado el niño a Egipto? La razón la da particularmente el evangelista: Porque se cumpliera —dice—lo que fue dicho por el Señor por boca del profeta, diciendo: "De Egipto he llamado a mi hijo" (Os 11, 1). Pero juntamente el Señor anunciaba a toda la tierra un como preludio de buenas esperanzas. Como en Babilonia y Egipto ardía más que en parte alguna el incendio de la impiedad, al mostrar el Señor desde el principio que las ha de corregir y mejorar, persuade a la tierra entera a que tenga buena esperanza. De ahí que a los magos los manda a tierras de Babilonia y Él mismo con su madre marcha a Egipto.

Aparte lo dicho, otra enseñanza sacamos de aquí, que no es pequeña parte para nuestra filosofía ¿Qué enseñanza es ésa? Que desde el principio hay que aguardar tentaciones y asechanzas. Mira, si no, cómo tal le sucede a Él desde los pañales. En efecto, apenas nacido, el tirano se enfurece, Él tiene que huir y trasladarse más allá de las fronteras, y su madre, que en nada había faltado, es desterrada a tierra de extranjeros. Tú que esto oyes, cuando hayas merecido desempeñar un asunto espiritual y luego te veas entre sufrimientos intolerables y metido entre peligros sin cuento, no te turbes ni digas: ¿Qué es esto? ¿No merecía yo que se me coronara y proclamara, no merecía ser ilustre y glorioso, puesto que estoy cumpliendo un mandato del Señor?" No, ahí tienes el ejemplo. Súfrelo todo generosamente, sabiendo que eso acompaña particularmente a los espirituales; que ésa es su herencia: tentaciones y pruebas por todas partes. Mira, si no, cómo así sucede con la madre del niño y con los magos. Estos tienen que retirarse como fugitivos, y a aquélla, que no había jamás traspasado los umbrales de su casa, se le manda emprender tan largo y molesto viaje sólo por haber tenido aquel maravilloso parto, aquel espiritual alumbramiento. Y mirad otra paradoja: Palestina acecha a la vida del niño, y Egipto le libra de las asechanzas. Y es que no sólo en los hijos del patriarca se daban las figuras, sino también en el Señor mismo. Muchas cosas, en efecto, que habían de suceder más tarde, eran ya de antemano anunciadas por lo que entonces Él hacía. Tal, por ejemplo, lo del asna y su pollino.

PANEGÍRICO DE SAN JOSÉ

Aparecido, pues, el ángel, habla no con María, sino con José, y le dice: Levántate y toma al niño y a su madre. Aquí ya no le dice: "Toma a tu mujer". Había tenido lugar el parto, se había disipado la sospecha, José estaba asegurado en su fe; el ángel, por ende, puede hablar ya con libertad, y no llama suyos ni a la mujer ni al niño. Toma—le dice—al niño y a su madre y huye a Egipto. Y ahora la causa de la huida: Porque Herodes —le dice— ha de atentar a la vida del niño.

Al oír esto, José no se escandalizó ni dijo: Esto parece un enigma. Tú mismo me decías no ha mucho que Él salvaría a su pueblo, y ahora no es capaz ni de salvarse a sí

mismo, sino que tenemos necesidad de huir, de emprender un viaje y largo desplazamiento. Esto es contrario a tu promesa. Pero nada de esto dice, porque José es un varón fiel. Tampoco pregunta por el tiempo de la vuelta, a pesar de que el ángel lo había dejado indeterminado, pues le había dicho: Y estate allí hasta que yo te diga. Sin embargo, no por eso se entorpece, sino que obedece y cree y soporta todas las pruebas alegremente. Bien es verdad que Dios, amador de los hombres, mezclaba trabajos y dulzuras, estilo que Él sigue con todos los santos. Ni los peligros ni los consuelos nos los da continuos, sino que de unos y otros va Él entretejiendo la vida de los justos. Tal hizo con José. Si no, mirad. Vió preñada a la Virgen, y esto le llenó de turbación y angustia suma, pues pudo sospechar que su esposa hubiera cometido un adulterio; pero inmediatamente se presentó el ángel, que le disipó la sospecha y quitó todo temor. Ve al niño recién nacido, y ello le procura la más grande alegría; pero bien pronto a esta alegría le sucede un peligro no pequeño: la ciudad se alborota, el rey se enfurece y busca matar al recién nacido. A este alboroto síguele pronto otra alegría: la aparición de la estrella y la adoración de los magos. Tras este placer, otra vez el miedo y el peligro: Porque busca—le dice el ángel—Herodes el alma o vida del niño. Y nuevamente el ángel da orden de huir y cambiar de sitio a lo humano, pues no era aún tiempo de hacer maravillas. Si el Señor hubiera empezado a hacer milagros desde su primera edad, no se le hubiera tenido por hombre. De ahí que tampoco se construye de golpe el templo de su cuerpo, sino que primero viene la concepción, luego la gestación por nueve meses, luego el parto, luego la leche de los pechos, el silencio por todo aquel tiempo; en fin, el Señor espera la edad conveniente de varón a fin de que por todos estos medios sea fácilmente aceptado el misterio de la encarnación. ¿Por qué, pues—me diréis—, se hicieron estos milagros desde el principio? Se hicieron en gracia a la madre, a José, a Simeón, que estaba ya para salir de este mundo; por los pastores, por los magos, por los judíos. Porque, si éstos hubieran querido atender con cuidado a lo que sucedió al principio, no hubieran sacado poco fruto para lo por venir.

POR QUÉ NO HABLAN LOS PROFETAS SOBRE LOS MAGOS. INTERPRETACIÓN DE OSEAS

Que los profetas no hablen acerca de los magos, cosa es que no debe turbarte, pues ni todo lo dijeron ni todo lo callaron. Si Alada hubiéramos oído de ellos, ver de pronto suceder las cosas, nos hubiera producido gran espanto y perturbación; pero saberlo de antemano todo, nos hubiera hecho dormitar y nada hubieran tenido ya que hacer los evangelistas.

En cuanto al texto de Oseas: De Egipto he llamado a mi hijo, los judíos pretenden haber sido dicho por ellos. A esto les podemos responder que es ley de la profecía decir con frecuencia una cosa sobre unos y cumplirse sobre otros. Tal lo que se dice de Simeón y Leví: Yo los dividiré en Jacob y los esparciré en Israel (Gn 49, 7). Lo cual no se cumplió en ellos, sino en sus descendientes. Y lo que Noé dijo sobre Canaán vino a verificarse en los gabaonitas, que eran descendientes de Canaán. Lo mismo pudiera decirse de Jacob.

Aquellas bendiciones de su padre Isaac: Sé señor de tu hermano y adórente los hijos de tu padre (Gn 27, 29), no tuvieron en él su cumplimiento— ¿cómo lo iban a tener, cuando él temblaba ante su hermano y mil veces se postraba para adorarle?—, sino en sus descendientes. Lo mismo, en fin, en el texto de Oseas. Porque ¿quién con más verdad puede llamarse hijo de Dios: el que adora al becerro y se inicia en los misterios de Belfegor (Nm 25, 5) y sacrifica sus hijos a los demonios, o el que es Hijo por naturaleza y honra siempre a su Padre? (Jn 8, 49). De suerte que, de no haber venido este Hijo, la profecía no hubiera tenido cumplimiento conveniente.

LA ESTANCIA EN EGIPTO DEL PUEBLO HEBREO, FIGURA DE LA DEL SEÑOR

Mira, si no, cómo el evangelista da a entender esto mismo al decir: Porque se cumpliera, mostrando que, de no haber venido Cristo, no se hubiera cumplido. Esto hace—y no como quiera—ilustre y gloriosa a la Virgen. Lo que el pueblo judío entero tenía por timbre de gloria—haber salido de Egipto—, eso mismo podía tenerlo ella en adelante. Mucho se enorgullecían, mucho blasonaban ellos de haber salido de Egipto—y el profeta mismo lo da a entender cuando dice: ¿Acaso saqué a los extranjeros de Capadocia, y a los asirios del pozo? (Am 9, 7)—. Pues lo mismo es ahora prerrogativa de la Virgen. Es más, la entrada y salida del pueblo y los patriarcas en Egipto era figura de esta huida y vuelta de la Virgen y el niño. Aquéllos bajaron allí huyendo la muerte por hambre; el niño, huyendo la muerte por insidias de Herodes. Ellos, llegados allí, se vieron libres del hambre; el niño con su venida santificó, toda aquella tierra.

Pero considerad también cómo, entre tantas humillaciones, se descubre también la divinidad del niño. En efecto, al decirle el ángel a José: Huye a Egipto, no le prometió acompañarlos él en el camino, ni a la ida ni a la vuelta, dándole a entender que su mejor compañía era el mismo niño recién nacido. Este niño, apenas aparecido, lo transformó todo, y a sus mismos enemigos los hizo entrar en el servicio de sus designios. En efecto, los magos—unos extranjeros—dejan su superstición patria y vienen a adorarle; César Augusto, por su decreto de empadronamiento, contribuye a su nacimiento en Belén; Egipto le recibe en su huida y le salva de las maquinaciones de Herodes, con lo que se adquiere un título para pertenecerle luego. Así, cuando más adelante oye que se lo predican los apóstoles, él se ufana de haber sido el primero en recibirlo. A la verdad, éste fue privilegio de sola Palestina; sin embargo, Egipto le ganó en fervor.

Homilías sobre el Evangelio de San Mateo (I), Homilía 8, 1-4, **BAC Madrid 1955, 147-54**

FRANCISCO – Ángelus 2013 y 2019

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO A)

2013

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En este primer domingo después de Navidad, la Liturgia nos invita a celebrar la fiesta de la Sagrada Familia de Nazaret. En efecto, cada belén nos muestra a Jesús junto a la Virgen y a san José, en la cueva de Belén. Dios quiso nacer en una familia humana, quiso tener una madre y un padre, como nosotros.

Y hoy el Evangelio nos presenta a la Sagrada Familia por el camino doloroso del destierro, en busca de refugio en Egipto. José, María y Jesús experimentan la condición dramática de los refugiados, marcada por miedo, incertidumbre, incomodidades (cf. *Mt* 2, 13-15.19-23). Lamentablemente, en nuestros días, millones de familias pueden reconocerse en esta triste realidad. Casi cada día la televisión y los periódicos dan noticias de refugiados que huyen del hambre, de la guerra, de otros peligros graves, en busca de seguridad y de una vida digna para sí mismos y para sus familias.

En tierras lejanas, incluso cuando encuentran trabajo, no siempre los refugiados y los inmigrantes encuentran auténtica acogida, respeto, aprecio por los valores que llevan consigo. Sus legítimas expectativas chocan con situaciones complejas y dificultades que a veces parecen insuperables. Por ello, mientras fijamos la mirada en la Sagrada Familia de Nazaret en el momento en que se ve obligada a huir, pensemos en el drama de los inmigrantes y refugiados que son víctimas del rechazo y de la explotación, que son víctimas de la trata de personas y del trabajo esclavo. Pero pensemos también en los demás «exiliados»: yo les llamaría «exiliados ocultos», esos exiliados que pueden encontrarse en el seno de las familias mismas: los ancianos, por ejemplo, que a veces son tratados como presencias que estorban. Muchas veces pienso que un signo para saber cómo va una familia es ver cómo se tratan en ella a los niños y a los ancianos.

Jesús quiso pertenecer a una familia que experimentó estas dificultades, para que nadie se sienta excluido de la cercanía amorosa de Dios. La huida a Egipto causada por las amenazas de Herodes nos muestra que Dios está allí donde el hombre está en peligro, allí donde el hombre sufre, allí donde huye, donde experimenta el rechazo y el abandono; pero Dios está también allí donde el hombre sueña, espera volver a su patria en libertad, proyecta y elige en favor de la vida y la dignidad suya y de sus familiares.

Hoy, nuestra mirada a la Sagrada Familia se deja atraer también por la sencillez de la vida que ella lleva en Nazaret. Es un ejemplo que hace mucho bien a nuestras familias, les ayuda a convertirse cada vez más en una comunidad de amor y de reconciliación, donde se experimenta la ternura, la ayuda mutua y el perdón recíproco. Recordemos las tres palabras clave para vivir en paz y alegría en la familia: permiso, gracias, perdón. Cuando en una familia no se es entrometido y se pide «permiso», cuando en una familia no se es egoísta y se aprende a decir «gracias», y cuando en una familia uno se da cuenta que hizo algo malo y sabe pedir «perdón», en esa familia hay paz y hay alegría. Recordemos estas tres palabras. Pero las podemos repetir todos juntos: permiso, gracias, perdón. (Todos: *permiso, gracias, perdón*) Desearía alentar también a las familias a

tomar conciencia de la importancia que tienen en la Iglesia y en la sociedad. El anuncio del Evangelio, en efecto, pasa ante todo a través de las familias, para llegar luego a los diversos ámbitos de la vida cotidiana.

Invoquemos con fervor a María santísima, la Madre de Jesús y Madre nuestra, y a san José, su esposo. Pidámosle a ellos que iluminen, conforten y guíen a cada familia del mundo, para que puedan realizar con dignidad y serenidad la misión que Dios les ha confiado.

***

2019

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Y, realmente, hoy es un día hermoso... Hoy celebramos la fiesta de la Sagrada Familia de Nazaret. El término "sagrada" coloca a esta familia en el ámbito de la santidad, que es un don de Dios pero, al mismo tiempo, es una adhesión libre y responsable al plan de Dios. Éste fue el caso de la familia de Nazaret: estaba totalmente a disposición de la voluntad de Dios.

¿Cómo no asombrarse, por ejemplo, de la docilidad de María a la acción del Espíritu Santo que le pide que se convierta en la madre del Mesías? Porque María, como toda joven de su tiempo, estaba a punto de realizar su proyecto de vida, es decir, casarse con José. Pero cuando se dio cuenta de que Dios la llamaba a una misión particular, no dudó en proclamarse su "esclava" (cf. *Lucas* 1, 38). Jesús exaltará su grandeza no tanto por su papel de madre, sino por su obediencia a Dios. Jesús dijo: «Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan» (*Lucas* 11, 28), como María. Y cuando no comprende plenamente los acontecimientos que la involucran, María medita en silencio, reflexiona y adora la iniciativa divina. Su presencia al pie de la Cruz consagra esta disponibilidad total.

Luego, en lo que respecta a José, el Evangelio no nos refiere ni una sola palabra: no habla, sino que actúa por obediencia. Es el hombre del silencio, el hombre de la obediencia. La página del Evangelio de hoy (cf. *Mateo* 2, 13-15, 19-23) nos recuerda tres veces esta obediencia del justo José, refiriéndose a su huida a Egipto y a su retorno a la tierra de Israel. Bajo la guía de Dios, representada por el Ángel, José aleja a su familia de la amenaza de Herodes y los salva. De esta manera, la Sagrada Familia se solidariza con todas las familias del mundo que se ven obligadas a exiliarse, se solidariza con todos aquellos que se ven obligados a abandonar su tierra a causa de la represión, la violencia, la guerra.

Finalmente, la tercera persona de la Sagrada Familia: Jesús. Él es la voluntad del Padre: sobre Él, dice san Pablo, no hubo "sí" y "no", sino sólo "sí" (cf. *2 Corintios* 1, 19). Y esto se manifestó en muchos momentos de su vida terrenal. Por ejemplo, el episodio en el templo en el que, a los padres angustiados que lo buscaban, les respondió: «¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre? (*Lucas* 2, 49); o su constante repetición: «Mi

alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado» (*Juan* 4, 34); su oración en el Huerto de los Olivos: «Padre mío, si esto no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad» (*Mateo* 26, 42). Todos estos acontecimientos son la perfecta realización de las mismas palabras de Cristo que dice: «Sacrificio y oblación no quisiste [...]. Entonces dije: "¡He aquí que vengo [...] a hacer, oh Dios, tu voluntad!"» (*Hebreos* 10, 5-7; *Salmos* 40, 7-9).

María, José, Jesús: la Sagrada Familia de Nazaret que representa una respuesta coral a la voluntad del Padre: los tres miembros de esta familia se ayudan mutuamente a descubrir el plan de Dios. Rezaban, trabajaban, se comunicaban. Y yo me pregunto: ¿tú, en tu familia, sabes cómo comunicarte o eres como esos chicos que en la mesa, cada uno con un teléfono móvil, están chateando? En esa mesa parece que hay un silencio como si estuvieran en misa... Pero no se comunican entre ellos. Debemos reanudar el diálogo en la familia: padres, madres, hijos, abuelos y hermanos deben comunicarse entre sí... Es una tarea que hay que hacer hoy, precisamente en el Día de la Sagrada Familia. Que la Sagrada Familia sea un modelo para nuestras familias, para que padres e hijos se apoyen mutuamente en la fidelidad al Evangelio, fundamento de la santidad de la familia.

Confiemos a María "Reina de la Familia" todas las familias del mundo, especialmente las que sufren o están en peligro, e invoquemos sobre ellas su protección materna.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO A)

B. Fiesta de la Sagrada Familia

120. "El domingo dentro de la Octava de Navidad, Fiesta de la Sagrada Familia, el Evangelio es el de la infancia de Jesús, las demás lecturas hablan de las virtudes de la vida doméstica" (OLM 95). Los Evangelistas, en esencia, no contaron nada sobre la vida de Jesús desde su Nacimiento hasta el comienzo de su ministerio público; lo poco que nos ha sido transmitido lo escuchamos en los pasajes evangélicos propuestos para esta Fiesta. Los portentos que rodean el Nacimiento del Salvador se debilitan y la Sagrada Familia vive una vida doméstica muy común, que viene ofrecida a las familias como modelo a imitar, tal como sugieren las oraciones de esta celebración.

121. Cada día, en diversos lugares del mundo, la institución familiar soporta grandes retos y, por ello, sería apropiado que el homileta hablara de ello. No obstante, más que ofrecer una simple exhortación moral sobre los valores de la familia, el homileta debería inspirarse en las lecturas del día para hablar de la familia cristiana como escuela de ***discipulado***. Cristo, del que celebramos su Nacimiento, ha venido al mundo para hacer la voluntad del Padre: tal obediencia, dócil a la inspiración del Espíritu Santo, tiene que

encontrar un lugar en cada familia cristiana. José obedece al ángel y conduce al Hijo y a su Madre a Egipto (Año A); María y José obedecen la Ley presentando al Niño en el Templo (Año B) y yendo hacia Jerusalén para la fiesta de la Pascua judía (Año C). Jesús, por su parte, obedece a sus padres terrenales pero el deseo de estar en la casa del Padre es todavía más grande (Año C). Como cristianos, somos miembros también de otra familia, que se reúne en torno a la mesa familiar del altar para alimentarnos del Sacrificio que se ha cumplido, ya que Cristo ha obedecido hasta la muerte. Tenemos que ver a las familias como Iglesia doméstica en la que poner en práctica aquel modelo de amor oblativo de sí mismo que asimilamos en la Eucaristía. De este modo, todas las familias cristianas se abre también hacia afuera para formar parte de la nueva familia y más amplia de Jesús: «El que cumple la voluntad de Dios, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre» (Mc 3,35).

122. La comprensión del sentido cristiano de la vida familiar ayuda al homileta a explicar la lectura tomada de la Carta de san Pablo a los Colosenses. El precepto apostólico, según el cual la mujer debe estar sometida al marido, puede chocar a nuestros contemporáneos; si el homileta piensa no comentar esto, sería más prudente recurrir a la versión breve de la lectura. No obstante, los pasajes complicados de la Escritura, en la mayor parte de los casos, tienen mucho que enseñarnos y este caso específico ofrece al homileta la ocasión de afrontar un argumento con el que podría no estar de acuerdo el oyente moderno, pero que de suyo representa una fortaleza si se comprende correctamente. La referencia a un texto similar, tomado de la Carta de san Pablo a los Efesios (5,21-6,4), nos permite profundizar en su significado. Pablo, en este texto, discute las recíprocas responsabilidades de la vida familiar. La frase clave es la siguiente: «Sed sumisos unos a otros con respeto cristiano» (Ef 5,21). La originalidad de la enseñanza del Apóstol no reside en el hecho de que la mujer deba estar sometida a su marido, condición ya asumida en la cultura de su tiempo. Lo que es novedoso y, además, propiamente cristiano, es, sobre todo, que esta sumisión debe ser recíproca: si la mujer debe obedecer al marido, él, a su vez, como Cristo, debe sacrificar su propia vida por su esposa. En segundo lugar, la razón de la mutua sumisión no está dirigida simplemente a la armonía de la familia o al bien de la sociedad, sino que se realiza por ***temor de Cristo***. En otras palabras, la sumisión recíproca en la familia es una expresión del discipulado cristiano; la casa familiar es, o tendría que llegar a ser, un lugar donde manifestamos nuestro amor a Dios sacrificando nuestras vidas el uno por el otro. El homileta puede lanzar el reto a los oyentes para que lleven a cabo en sus relaciones este amor de auto-oblación, que es el corazón de la vida y de la misión de Cristo, celebrado en la "comida familiar" de la Eucaristía.

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La Sagrada Familia

Los misterios de la vida oculta de Jesús

531. Jesús compartió, durante la mayor parte de su vida, la condición de la inmensa mayoría de los hombres: una vida cotidiana sin aparente importancia, vida de trabajo manual, vida religiosa judía sometida a la ley de Dios (cf. Ga 4, 4), vida en la comunidad. De todo este período se nos dice que Jesús estaba "sometido" a sus padres y que "progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres" (Lc 2, 51-52).

532. Con la sumisión a su madre, y a su padre legal, Jesús cumple con perfección el cuarto mandamiento. Es la imagen temporal de su obediencia filial a su Padre celestial. La sumisión cotidiana de Jesús a José y a María anunciaba y anticipaba la sumisión del Jueves Santo: "No se haga mi voluntad..." (Lc 22, 42). La obediencia de Cristo en lo cotidiano de la vida oculta inaugurada ya la obra de restauración de lo que la desobediencia de Adán había destruido (cf. Rm 5, 19).

533. La vida oculta de Nazaret permite a todos entrar en comunión con Jesús a través de los caminos más ordinarios de la vida humana:

Nazaret es la escuela donde se comienza a entender la vida de Jesús: la escuela del Evangelio...Una lección de silencio ante todo. Que nazca en nosotros la estima del silencio, esta condición del espíritu admirable e inestimable... Una lección de vida familiar. Que Nazaret nos enseñe lo que es la familia, su comunión de amor, su austera y sencilla belleza, su carácter sagrado e inviolable... Una lección de trabajo. Nazaret, oh casa del "Hijo del Carpintero", aquí es donde querríamos comprender y celebrar la ley severa y redentora del trabajo humano ...; cómo querríamos, en fin, saludar aquí a todos los trabajadores del mundo entero y enseñarles su gran modelo, su hermano divino (Pablo VI, discurso 5 enero 1964 en Nazaret).

534. El hallazgo de Jesús en el Templo (cf. Lc 2, 41-52) es el único suceso que rompe el silencio de los Evangelios sobre los años ocultos de Jesús. Jesús deja entrever en ello el misterio de su consagración total a una misión derivada de su filiación divina: "¿No sabíais que me debo a los asuntos de mi Padre?" María y José "no comprendieron" esta palabra, pero la acogieron en la fe, y María "conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón", a lo largo de todos los años en que Jesús permaneció oculto en el silencio de una vida ordinaria.

La familia cristiana, una Iglesia doméstica

1655. Cristo quiso nacer y crecer en el seno de la Sagrada Familia de José y de María. La Iglesia no es otra cosa que la "familia de Dios". Desde sus orígenes, el núcleo de la Iglesia estaba a menudo constituido por los que, "con toda su casa", habían llegado a ser creyentes (cf Hch 18,8). Cuando se convertían deseaban también que se salvase "toda su casa" (cf Hch 16,31 y 11,14). Estas familias convertidas eran islotes de vida cristiana en un mundo no creyente.

1656. En nuestros días, en un mundo frecuentemente extraño e incluso hostil a la fe, las familias creyentes tienen una importancia primordial en cuanto faros de una fe viva e irradiadora. Por eso el Concilio Vaticano II llama a la familia, con una antigua expresión,

"Ecclesia domestica" (LG 11; cf. FC 21). En el seno de la familia, "los padres han de ser para sus hijos los primeros anunciadores de la fe con su palabra y con su ejemplo, y han de fomentar la vocación personal de cada uno y, con especial cuidado, la vocación a la vida consagrada" (LG 11).

1657. Aquí es donde se ejercita de manera privilegiada el sacerdocio bautismal del padre de familia, de la madre, de los hijos, de todos los miembros de la familia, "en la recepción de los sacramentos, en la oración y en la acción de gracias, con el testimonio de una vida santa, con la renuncia y el amor que se traduce en obras" (LG 10). El hogar es así la primera escuela de vida cristiana y "escuela del más rico humanismo" (GS 52,1). Aquí se aprende la paciencia y el gozo del trabajo, el amor fraterno, el perdón generoso, incluso reiterado, y sobre todo el culto divino por medio de la oración y la ofrenda de su vida.

1658. Es preciso recordar asimismo a un gran número de personas que permanecen solteras a causa de las concretas condiciones en que deben vivir, a menudo sin haberlo querido ellas mismas. Estas personas se encuentran particularmente cercanas al corazón de Jesús; y, por ello, merecen afecto y solicitud diligentes de la Iglesia, particularmente de sus pastores. Muchas de ellas viven sin familia humana, con frecuencia a causa de condiciones de pobreza. Hay quienes viven su situación según el espíritu de las bienaventuranzas sirviendo a Dios y al prójimo de manera ejemplar. A todas ellas es preciso abrirles las puertas de los hogares, "iglesias domésticas" y las puertas de la gran familia que es la Iglesia. "Nadie se sienta sin familia en este mundo: la Iglesia es casa y familia de todos, especialmente para cuantos están 'fatigados y agobiados' (Mt 11,28)" (FC 85).

La familia cristiana

2204. "La familia cristiana constituye una revelación y una actuación específicas de la comunión eclesial; por eso…puede y debe decirse iglesia doméstica" (FC 21, cf LG 11). Es una comunidad de fe, esperanza y caridad, posee en la Iglesia una importancia singular como aparece en el Nuevo Testamento (cf Ef 5,21-6,4; Col 3,18-21; 1 P 3, 1-7).

2205. La familia cristiana es una comunión de personas, reflejo e imagen de la comunión del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo. Su actividad procreadora y educativa es reflejo de la obra creadora de Dios. Es llamada a participar en la oración y el sacrificio de Cristo. La oración cotidiana y la lectura de la Palabra de Dios fortalecen en ella la caridad. La familia cristiana es evangelizadora y misionera.

2206. Las relaciones en el seno de la familia entrañan una afinidad de sentimientos, afectos e intereses que provienen sobre todo del mutuo respeto de las personas. La familia es una "comunidad privilegiada" llamada a realizar un "propósito común de los esposos y una cooperación diligente de los padres en la educación de los hijos" (GS 52,1).

Los deberes de los miembros de la familia

Deberes de los hijos

2214. La paternidad divina es la fuente de la paternidad humana (cf. Ef 3,14); es el fundamento del honor de los padres. El respeto de los hijos, menores o mayores de edad, hacia su padre y hacia su madre (cf Pr 1,8; Tb 4,3-4), se nutre del afecto natural nacido del vínculo que los une. Es exigido por el precepto divino (cf Ex 20,12).

2215. El respeto a los padres (piedad filial) está hecho de gratitud para quienes, mediante el don de la vida, su amor y su trabajo, han traído sus hijos al mundo y les han ayudado a crecer en estatura, en sabiduría y en gracia. "Con todo tu corazón honra a tu padre, y no olvides los dolores de tu madre. Recuerda que por ellos has nacido, ¿cómo les pagarás lo que contigo han hecho?" (Si 7,27-28).

2216. El respeto filial se revela en la docilidad y la obediencia verdaderas. "Guarda, hijo mío, el mandato de tu padre y no desprecies la lección de tu madre...en tus pasos ellos serán tu guía; cuando te acuestes, velarán por ti; conversarán contigo al despertar" (Pr 6,20-22). "El hijo sabio ama la instrucción, el arrogante no escucha la reprensión" (Pr 13,1).

2217. Mientras vive en el domicilio de sus padres, el hijo debe obedecer a todo lo que estos dispongan para su bien o el de la familia. "Hijos, obedeced en todo a vuestros padres, porque esto es grato a Dios en el Señor" (Col 3,20; cf Ef 6,1). Los hijos deben obedecer también las prescripciones razonables de sus educadores y de todos aquellos a quienes sus padres los han confiado. Pero si el hijo está persuadido en conciencia de que es moralmente malo obedecer esa orden, no debe seguirla.

Cuando sean mayores, los hijos deben seguir respetando a sus padres. Deben prever sus deseos, solicitar dócilmente sus consejos y aceptar sus amonestaciones justificadas. La obediencia a los padres cesa con la emancipación de los hijos, pero no el respeto que permanece para siempre. Este, en efecto, tiene su raíz en el temor de Dios, uno de los dones del Espíritu Santo.

2218. El cuarto mandamiento recuerda a los hijos mayores de edad sus responsabilidades para con los padres. En cuanto puedan deben prestarles ayuda material y moral en los años de vejez y durante los tiempos de enfermedad, de soledad o de abatimiento. Jesús recuerda este deber de gratitud (cf Mc 7,10-12).

El Señor glorifica al padre en los hijos, y afirma el derecho de la madre sobre su prole. Quien honra a su padre expía sus pecados; como el que atesora es quien da gloria a su madre. Quien honra a su padre recibirá contento de sus hijos, y en el día de su oración será escuchado. Quien da gloria al padre vivirá largos días, obedece al Señor quien da sosiego a su madre (Si 3,12-13.16).

Hijo, cuida de tu padre en su vejez, y en su vida no le causes tristeza. Aunque haya perdido la cabeza, se indulgente, no le desprecies en la plenitud de tu vigor...Como blasfemo es el que abandona a su padre, maldito del Señor quien irrita a su madre (Si 3,12.16).

2219. El respeto filial favorece la armonía de toda la vida familiar; atañe también a las relaciones entre hermanos y hermanas. El respeto a los padres irradia en todo el ambiente familiar. "Corona de los ancianos son los hijos de los hijos" (Pr 17,6). "Soportaos unos a otros en la caridad, en toda humildad, dulzura y paciencia" (Ef 4,2).

2220. Los cristianos están obligados a una especial gratitud para con aquellos de quienes recibieron el don de la fe, la gracia del bautismo y la vida en la Iglesia. Puede tratarse de los padres, de otros miembros de la familia, de los abuelos, de los pastores, de los catequistas, de otros maestros o amigos. "Evoco el recuerdo de la fe sincera que tú tienes, fe que arraigó primero en tu abuela Loida y en tu madre Eunice, y sé que también ha arraigado en ti" (2 Tm 1,5).

Deberes de los padres

2221. La fecundidad del amor conyugal no se reduce a la sola procreación de los hijos, sino que debe extenderse también a su educación moral y a su formación espiritual. El papel de los padres en la educación "tiene tanto peso que, cuando falta, difícilmente puede suplirse" (GE 3). El derecho y el deber de la educación son para los padres primordiales e inalienables (cf FC 36).

2222. Los padres deben mirar a sus hijos como a hijos de Dios y respetarlos como a personas humanas. Han de educar a sus hijos en el cumplimiento de la ley de Dios, mostrándose ellos mismos obedientes a la voluntad del Padre del cielo.

2223. Los padres son los primeros responsables de la educación de sus hijos. Testimonian esta responsabilidad ante todo por la creación de un hogar, donde la ternura, el perdón, el respeto, la fidelidad y el servicio desinteresado son norma. El hogar es un lugar apropiado para la educación de las virtudes. Esta requiere el aprendizaje de la abnegación, de un sano juicio, del dominio de sí, condiciones de toda libertad verdadera. Los padres han de enseñar a los hijos a subordinar las dimensiones "materiales e instintivas a las interiores y espirituales" (CA 36). Es una grave responsabilidad para los padres dar buenos ejemplos a sus hijos. Sabiendo reconocer ante sus hijos sus propios defectos, se hacen más aptos para guiarlos y corregirlos:

El que ama a su hijo, le azota sin cesar…el que enseña a su hijo, sacará provecho de él (Si 30, 1-2).

Padres, no exasperéis a vuestros hijos, sino formadlos más bien mediante la instrucción y la corrección según el Señor (Ef 6,4).

2224. El hogar constituye un medio natural para la iniciación del ser humano en la solidaridad y en las responsabilidades comunitarias. Los padres deben enseñar a los hijos a guardarse de los riesgos y las degradaciones que amenazan a las sociedades humanas.

2225. Por la gracia del sacramento del matrimonio, los padres han recibido la responsabilidad y el privilegio de evangelizar a sus hijos. Desde su primera edad, deberán iniciarlos en los misterios de la fe de los que ellos son para sus hijos los "primeros

anunciadores de la fe" (LG 11). Desde su más tierna infancia, deben asociarlos a la vida de la Iglesia. La forma de vida en la familia puede alimentar las disposiciones afectivas que, durante la vida entera, serán auténticos preámbulos y apoyos de una fe viva.

2226. La educación en la fe por los padres debe comenzar desde la más tierna infancia. Esta educación se hace ya cuando los miembros de la familia se ayudan a crecer en la fe mediante el testimonio de una vida cristiana de acuerdo con el evangelio. La catequesis familiar precede, acompaña y enriquece las otras formas de enseñanza de la fe. Los padres tienen la misión de enseñar a sus hijos a orar y a descubrir su vocación de hijos de Dios (cf LG 11). La parroquia es la comunidad eucarística y el corazón de la vida litúrgica de las familias cristianas; es un lugar privilegiado para la catequesis de los niños y de los padres.

2227. Los hijos, a su vez, contribuyen al crecimiento de sus padres en la santidad (cf GS 48,4). Todos y cada uno se concederán generosamente y sin cansarse los perdones mutuos exigidos por las ofensas, las querellas, las injusticias, y las omisiones. El afecto mutuo lo sugiere. La caridad de Cristo lo exige (cf Mt 18,21-22; Lc 17,4).

2228. Durante la infancia, el respeto y el afecto de los padres se traducen ante todo por el cuidado y la atención que consagran en educar a sus hijos, en proveer a sus necesidades físicas y espirituales. En el transcurso del crecimiento, el mismo respeto y la misma dedicación llevan a los padres a enseñar a sus hijos a usar rectamente de su razón y de su libertad.

2229. Los padres, como primeros responsables de la educación de sus hijos, tienen el derecho de elegir para ellos una escuela que corresponda a sus propias convicciones. Este derecho es fundamental. En cuanto sea posible, los padres tienen el deber de elegir las escuelas que mejor les ayuden en su tarea de educadores cristianos (cf GE 6). Los poderes públicos tienen el deber de garantizar este derecho de los padres y de asegurar las condiciones reales de su ejercicio.

2230. Cuando llegan a la edad correspondiente, los hijos tienen el deber y el derecho de elegir su profesión y su estado de vida. Estas nuevas responsabilidades deberán asumirlas en una relación confiada con sus padres, cuyo parecer y consejo pedirán y recibirán dócilmente. Los padres deben cuidar no violentar a sus hijos ni en la elección de una profesión ni en la de su futuro cónyuge. Este deber de no inmiscuirse no les impide, sino al contrario, ayudarles con consejos juiciosos, particularmente cuando se proponen fundar un hogar.

2231. Hay quienes no se casan para poder cuidar a sus padres, o sus hermanos y hermanas, para dedicarse más exclusivamente a una profesión o por otros motivos dignos. Estas personas pueden contribuir grandemente al bien de la familia humana.

IV. LA FAMILIA Y EL REINO DE DIOS

2232. Los vínculos familiares, aunque son muy importantes, no son absolutos. A la par el hijo crece, hacia una madurez y autonomía humanas y espirituales, la vocación singular

que viene de Dios se afirma con más claridad y fuerza. Los padres deben respetar esta llamada y favorecer la respuesta de sus hijos para seguirla. Es preciso convencerse de que la vocación primera del cristiano es seguir a Jesús (cf Mt 16,25): "El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mi" (Mt 10,37).

2233. Hacerse discípulo de Jesús es aceptar la invitación a pertenecer a la familia de Dios, a vivir en conformidad con su manera de vivir: "El que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, éste es mi hermano, mi hermana y mi madre" (Mt 12,49).

Los padres deben acoger y respetar con alegría y acción de gracias el llamamiento del Señor a uno de sus hijos para que le siga en la virginidad por el Reino, en la vida consagrada o en el ministerio sacerdotal.

La huida a Egipto

333. De la Encarnación a la Ascensión, la vida del Verbo encarnado está rodeada de la adoración y del servicio de los ángeles. Cuando Dios introduce "a su Primogénito en el mundo, dice: 'adórenle todos los ángeles de Dios"' (Hb 1, 6). Su cántico de alabanza en el nacimiento de Cristo no ha cesado de resonar en la alabanza de la Iglesia: "Gloria a Dios..." (Lc 2, 14). Protegen la infancia de Jesús (cf Mt 1, 20; 2, 13.19), sirven a Jesús en el desierto (cf Mc 1, 12; Mt 4, 11), lo reconfortan en la agonía (cf Lc 22, 43), cuando E1 habría podido ser salvado por ellos de la mano de sus enemigos (cf Mt 26, 53) como en otro tiempo Israel (cf 2 M 10, 2930; 11,8). Son también los ángeles quienes "evangelizan" (Lc 2, 10) anunciando la Buena Nueva de la Encarnación (cf Lc 2, 814), y de la Resurrección (cf Mc 16, 57) de Cristo. Con ocasión de la segunda venida de Cristo, anunciada por los ángeles (cf Hb 1, 1011), éstos estarán presentes al servicio del juicio del Señor (cf Mt 13, 41; 25, 31; Lc 12, 89).

530. La Huida a Egipto y la matanza de los inocentes (cf. Mt 2, 13-18) manifiestan la oposición de las tinieblas a la luz: "Vino a su Casa, y los suyos no lo recibieron" (Jn 1, 11). Toda la vida de Cristo estará bajo el signo de la persecución. Los suyos la comparten con él (cf. Jn 15, 20). Su vuelta de Egipto (cf. Mt 2, 15) recuerda el Exodo (cf. Os 11, 1) y presenta a Jesús como el liberador definitivo.

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO A)

Macho y hembra los creó

En el Domingo después de Navidad, se celebra la fiesta de la Sagrada Familia de Jesús, María y José. En la segunda lectura san Pablo dice:

«Mujeres, sed sumisas a vuestros maridos, como conviene en el Señor. Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas. Hijos, obedeced en todo a vuestros

padres, porque esto es grato a Dios en el Señor. Padres, no exasperéis a vuestros hijos, no sea que se vuelvan apocados».

En este texto son presentadas las dos relaciones fundamentales, que, en conjunto, constituyen la familia: la relación mujer-marido y la relación padres-hijos. Son igualmente indicados los contenidos y las características de las dos relaciones: amor por una parte y sumisión por otra entre marido y mujer; obediencia por una parte y paciencia por la otra entre padres e hijos.

De las dos relaciones la más importante es la primera, la relación de pareja, porque de ella depende en gran parte asimismo la segunda, la de los hijos. Dos padres pueden amar hasta lo que quieran a sus hijos; pero, si no se aman también entre sí, nada podrá impedir también al niño crecer inseguro en la vida. Sucede frecuentemente que cuando dos esposos ya no se aman más entre sí, cada uno de ellos vuelca sobre el hijo todo el propio afecto, buscando inconscientemente ligarlo a sí. Pero, no es esto lo que secretamente desea el niño. Él no quiere ser amado con un amor distinto y aparte; desea, por el contrario, que su papá y su mamá se amen entre sí y que lo admitan en este su amor. Los hijos saben qué es de aquel amor, en el que han nacido, y si se interrumpe es como si a ellos les viniese a faltar el terreno bajo los pies.

Leyendo con mirada moderna aquellas palabras de Pablo de inmediato salta ante los ojos una dificultad. Pablo recomienda al marido «amar» a la propia mujer (y esto está bien); pero, después, recomienda a la mujer estar «sometida» al marido; y esto, en una sociedad pujante (justamente) y consciente de la igualdad de sexos parece inaceptable.

En efecto, es verdad. En este punto san Pablo está, al menos, en parte condicionado por la mentalidad de su tiempo. No obstante, la solución no está en eliminar la palabra «sumisión» de las relaciones entre marido y mujer sino más bien en hacerla recíproca como recíproco debe ser también el amor. En otras palabras, no sólo el marido debe amar a la mujer sino también la mujer al marido; no sólo la mujer debe estar sometida al marido sino también el marido a la mujer. Amor recíproco y sumisión recíproca.

La sumisión, entonces, no es más que un aspecto y una exigencia del amor. Para quien ama, someterse al objeto del propio amor no humilla, sino que, por el contrario, hace felices. Someterse significa, en este caso, tener en cuenta la voluntad del cónyuge, su parecer y su sensibilidad; dialogar, no decidir por sí solo; saber renunciar a veces al propio punto de vista. En suma, acordarse de que se ha llegado a ser «cónyuges», esto es, a la letra, personas que están bajo «el mismo yugo» libremente admitido.

La comparación puede parecer irrespetuosa; pero, probad a imaginar qué sucedería si dos bueyes, que están bajo el mismo yugo, no coordinasen sus movimientos, sino que cada uno procediese por cuenta propia, acelerando o parándose, andando a la derecha o a la izquierda, sin tener en cuenta al otro. Sería un cansancio extenuante para los dos.

Para comprender la belleza y la dignidad de la relación de pareja, debemos remontarnos a la Biblia. Está escrito:

«Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó» (*Génesis* 1,27).

La Biblia, como se ve, pone una estrecha relación entre el ser creados «a imagen de Dios» y el hecho de ser «macho y hembra». Pero, ¿qué relación puede haber entre las dos cosas? ¿En qué sentido el ser macho y hembra, la pareja humana, es una imagen de Dios? ¡Dios no es ni macho ni hembra!

La semejanza consiste en esto. Dios es único y solo; pero, no es solitario. El amor exige comunión, intercambio personal; exige que hayan un «yo» y un «tú». Por esto, el Dios cristiano es uno y trino. El él coexisten unidad y distinción: unidad de naturaleza, de querer, de intenciones, y distinción de características y de personas.

La pareja humana es imagen de Dios precisamente en esto. La familia humana es un reflejo de la Trinidad. Marido y mujer son, en efecto, una sola carne, un solo corazón, una sola alma, incluso en la diversidad de sexo y de personalidad. En la pareja se acercan entre sí unidad y diversidad. Los esposos están enfrente, el uno al otro, como un «yo» y un «tú», y están de cara a todo el resto del mundo, comenzando por los propios hijos, como un «nosotros», como si se tratase de una sola persona, ya no más en singular sino en plural. «Nosotros», esto es, «tu madre y yo», «tu padre y yo» (cfr. Lucas 2,48).

Sabemos bien que éste es el *ideal* y que como en todas las cosas la *realidad* es normalmente bastante distinta, más humilde y más compleja, a veces hasta trágica. Pero, estamos de tal manera bombardeados por casos negativos de fallos que quizás, por una vez, no sea malo volver a proponer el ideal de la pareja en primer lugar en el plano simplemente natural y humano y, después, en el cristiano. ¡Ay si se llegase a avergonzarse de los ideales en nombre de un malentendido realismo! En este caso, sería señalada el fin de una sociedad. Los jóvenes tienen derecho a ver transmitírse1es los ideales por los mayores y no sólo escepticismo y cinismo. No hay nada que tenga la fuerza de atracción como la que posee un ideal.

He aquí una descripción de la felicidad conyugal expresada por el gran escritor Dostoevskij: «Si una vez ha habido amor, si por amor nos hemos casado, ¿por qué debiera pasar el amor? ¿Es quizás imposible alimentarlo? El primer amor conyugal pasa, es verdad; pero, después, viene un amor todavía mejor. Entonces, se nos adhiere en el ánimo y todos los negocios se deciden en común; no se tienen secretos de uno para con el otro. Y cuando llegan los hijos, cada momento, incluso el más difícil, parece una felicidad... ¿Cómo no podrían entonces el padre y la madre unirse todavía más estrechamente? Dicen que tener hijos sea pesado. ¿Quién lo dice? Es una felicidad celestial. Sabes que un pequeñito todo rosáceo te chupa el pecho; y ¿quién será el marido que toma ojeriza a la mujer, al veda así con el propio niño? (F. Dostoevskij, *Memorias del subsuelo*).

A este ideal humano ¿qué aporta de nuevo la fe cristiana? Simplemente: la posibilidad de que se traduzca en práctica; de que llegue a ser de un ideal vago a una

experiencia vivida. Se entiende, no automática y mágicamente sino con la propia colaboración a través de un camino de aprendizaje y de crecimiento.

La gracia añade a la *naturaleza*. Éste es el fruto del «sacramento» del matrimonio: que confiere a los esposos la «gracia de estado». La gracia es una palabra olvidada y reducida frecuentemente a su único significado profano, ¡que aún está por descubrir! Ella es aquel «de más», que proviene de la cruz de Cristo, que no destruye o suplanta a la naturaleza, sino que la realza, la eleva, la vuelve a sanar y la fortifica, le da una nueva razón para superar las dificultades. Rescata de todo fallo.

La gracia se identifica con el Espíritu Santo, que es el «don» o, mejor, el «donarse» mismo de Dios. Cuando una pareja de esposos se abre a la acción del Espíritu Santo, él les comunica a ellos loo que él mismo es; les contagia, por así decido, renovando en ellos la capacidad y la alegría de donarse el uno al otro. La señal de que algo está cambiando en la relación entre los dos esposos, que la *gracia* está tomando la delantera sobre la *naturaleza,* el *ágape* sobre el *eros,* es cuando cada uno deja de preguntarse: «¿Qué sucede que mi marido o respectivamente mi mujer podría hacer más por mí que aún no hace?», y comienza a preguntarse por el contrario: «¿Qué podría hacer yo más por mi marido o mi mujer que todavía no hago?».

Así, el matrimonio viene santificado no por algo que le viene del exterior, por el rito celebrado o el agua santa rociada sobre los anillos, sino en sí mismo, en su gesto más íntimo. Ya no se está más obligados a vivir el momento de intimidad como distanciado, casi como a escondidas de Dios, sino al contrario como un momento fuerte de la presencia de Dios entre ellos y del amor de Dios para con ellos. En el acto de donarse uno al otro, los esposos en verdad son «a imagen de Dios», porque reflejan el amor fecundo, que hay en la Trinidad.

Esto a nivel profundo de fe. A nivel práctico, ¿qué les puede dar la palabra de Dios a una pareja de esposos? No sólo una *ética,* esto es, indicaciones morales sobre los numerosos problemas ligados a la vida de la pareja ya la procreación de los hijos, sino también una *espiritualidad*. San Pablo, en la misma carta recordada al comienzo, nos ofrece algunos apuntes preciosos para una espiritualidad de la pareja. Recomienda a todos; pero, en particular, a los esposos:

«Como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de la misericordia entrañable, bondad, humildad, dulzura, comprensión. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos, cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo. Y por encima de todo esto, el amor, que es el ceñidor de la unidad consumada. Que la paz de Cristo actúe de árbitro en vuestro corazón; a ella habéis sido convocados, en un solo cuerpo. Y sed agradecidos. La palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza; enseñaos unos a otros con toda sabiduría; corregíos mutuamente. Cantad a Dios, dadle gracias de corazón, con salmos, himnos y cánticos inspirados».

De todos estos maravillosos consejos yo quisiera subrayar uno en particular: el perdón recíproco. He conocido a una pareja con hijos ya mayores, pero muy unida. Me han confiado cuál ha sido el secreto de su buen éxito: «El día del matrimonio hemos tomado como programa la palabra de san Pablo: «Que no se ponga el sol mientras estéis airados» (*Efesios* 4, 26), y, así, hemos decidido no ponemos nunca en la cama sin reconciliamos después de una trifulca o una discrepancia. Hasta con fatiga y refunfuñando, pero, siempre hemos extendido nuestra mano para estrechar la del otro».

Podría ser una idea para otras parejas…

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO A)

Miembros de la gran familia de Dios

La Sagrada Familia de Jesús, María y José, es imagen del amor trinitario de Dios, quien se revela al mundo a través del Hijo, para iluminar a todas las naciones y glorificar a su pueblo: la gran familia de Dios: la Iglesia, que es Una, Santa, Católica y Apostólica, en la que reúne a todos los hijos de Dios y que tiene como Madre a María, la Madre de Dios, y como padre y patrono a José, esposo de María, padre adoptivo de Jesús y de todos los hijos de Dios.

La santidad de toda familia está en reconocer y aceptar a María como Madre, a José como padre y custodio, y a Jesús como centro de todo, que es quien los une en el amor.

Quien pone a Cristo en el centro de su vida y agradece a Dios, crece en estatura, en sabiduría y en gracia ante Dios y ante los hombres, y habla del Hijo de Dios, manifestando su amor al Evangelio y a la Santa Iglesia reconociéndola como Madre y Esposa de Cristo, y acude a presentarle sus ofrendas, llevando a sus hijos para entregarlos a Dios, y rechazando el pecado y el mal, reciban el bautismo de fuego del Espíritu Santo, para que, muriendo al mundo, nazcan a la verdadera vida como hijos de Dios, y sean contados entre los miembros de la Sagrada Familia de Dios. Y es a través de la Santa Iglesia que se derrama la gracia de la Cruz, de la cual brotan los sacramentos como herencia de Jesús para que puedan llegar a ser santos como Él.

Confía tú en las promesas de tu Señor, y déjate acoger en el seno de la Sagrada Familia.

Reconócete miembro de la gran familia de Dios a la que perteneces, en la que creces cuidado y protegido por María y José, tanto igual al niño Jesús, porque quien pertenece a la Santa Iglesia, es verdadero miembro del cuerpo de Cristo, del cual Él es cabeza.

Lucha por conservar la tradición y los valores en la familia defendiendo la vida, respetando la voluntad de Dios, que hombre y mujer los creó, a imagen y semejanza de la Sagrada Familia.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO A)

El valor de la docilidad a Dios

Queremos fijarnos hoy en José, el hombre que fue padre de Jesucristo, aunque no según la carne. A través de las palabras del Santo Evangelio, lo vemos servir a los planes de Dios con toda docilidad. Y sirve como persona inteligente, poniendo en ese quehacer su capacidad humana, con el deseo de llevar a cabo lo que se le pide en cada instante, de modo que no se interrumpa por él el proyecto divino. Se considera ante todo un servidor que debe hacer siempre lo posible para que las cosas de la vida discurran como Otro –el Señor del mundo– ha decidido; no según su criterio particular. Lo realmente importante para él es el cumplimiento de la divina Voluntad; y, por consiguiente, hacer de su parte cuanto sea posible por secundarla.

José no se considera una marioneta, caprichosamente movido por el querer de un extraño; se siente amado por Dios. Sin embargo, con sensatez humilde, pensando que no es el Señor del mundo, concluye que no le corresponde a él plasmar sus decisiones en el acontecer de la historia. Confiando, en cambio, en su Creador, que se le manifestaba omnipotente a través de los ángeles, somete tranquilo su inteligencia y su voluntad a Dios. Acepta José el querer divino con paz gozosa, porque no se sentiría como forzado o abrumado ante una voluntad inapelable, a la que se sometía sin remedio. Los planes de Dios eran para José un ideal, con el que buscaba ante todo identificarse. Por la fe descubría la divina Voluntad en el acontecer cotidiano y decidía cumplirla, esperando siempre lo mejor, a impulsos de la caridad.

Más de una vez se ha tachado a los cristianos de ser gente sin personalidad, abolida ésta por la fe en Dios. Los que así piensan ven en Dios un enemigo; o, al menos, un extraño, indiferente a las ilusiones humanas. No es así, desde luego, Nuestro Padre Dios, **el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo**, según la expresión paulina. Para el esposo de María y para cada cristiano que sabe lo que ese nombre significa, las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, son motivo de santo orgullo; de seguridad y paz humildemente vividas, aunque a veces tenga que ser frente a los que, temerariamente, han decidido guiarse de modo exclusivo por la inteligencia propia y nada quieren saber de si así agradan a Dios.

Pidamos al Señor cada uno, en nuestra oración personal, la valentía necesaria para ser sinceros: para reconocer comodidad y orgullo, liberación falsa en el fondo, tras esas tentaciones de librarnos de Dios, Nuestro Padre, como guía de la propia conducta, que cualquiera podemos sentir. Porque si dóciles al Señor vivimos más dignamente, aunque sea perdiendo comodidad y amor propio, así será como debemos comportarnos; y pediremos, entonces, fortaleza a la hora del examen de conciencia, para descubrir las

faltas ocultas que Dios nos muestra cuando somos sinceros, tras esa secreta complicidad entre el orgullo y la pereza, que suele ser la causa de la falta de lucha contra los defectos: de ese pretendido afán cómodo y sin medida de libertad.

Y pediremos también a Dios, Nuestro Padre, por intercesión de san José, constancia en esta vida a impulsos de la fe. Así imitaremos al Santo Patriarca, que ya en su juventud era tenido por hombre justo, según nos dice san Mateo; es decir, honrado y fiel a Dios en todo. Por eso atiende dócilmente a las indicaciones del Ángel: acoge a María creyendo que ha concebido por obra del Espíritu Santo, pone nombre a Jesús según se le indica, marcha a Egipto… Más tarde, como padre del Hijo de Dios según la ley, le acompañará, al cumplir doce años, con Santa María a Jerusalén, en aquel viaje en el que Jesús se retrasa y manifiesta tener una misión encomendada por el Padre Eterno.

José, guiado por la fe, contribuía eficazmente a la misión de Jesucristo antes de que se manifestara al mundo. No destacó, sin embargo, ante la gente como padre del Maestro, autor de tantos prodigios. Por el contrario, su vida discurrió entre el trabajo ordinario, en una de tantas aldeas de Israel, inadvertido en su heroísmo por vivir, como Dios esperaba, sus relaciones de esposo de la Virgen y padre de Jesús. Su fidelidad a Dios, desde que conoció por el ángel la concepción virginal de su Esposa, se apoya en la fe, y ha quedado como nítido modelo para nosotros por siempre.

Encomendémonos a la intercesión del Santo Patriarca, para que sepamos cada uno descubrir lo que espera Dios de nuestra vida cotidiana.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO A)

“Herodes va a buscar al niño para matarlo”

El primer domingo después de Navidad está dedicado a la Sagrada Familia. En primer plano está hoy el recuerdo y la veneración por la Familia de Nazaret. Ésta nos es presentada en el canto inicial de la Misa: “Los pastores fueron corriendo y encontraron a María y a José y al niño acostado en el pesebre”. El pasaje evangélico nos hace seguir a esta familia en sus peripecias: la fuga a Egipto, luego el regreso y su establecimiento en Nazaret.

Pero ya la primera y la segunda lectura nos muestran claramente que la intención de la liturgia no se agota aquí. La historia de la Sagrada Familia da pie para un discurso sobre la familia en general, realizado a la luz de la palabra de Dios.

La primera lectura llama la atención sobre el respeto y el honor que deben caracterizar las relaciones entre los miembros de la misma familia, sobre todo entre padres e hijos. Se trata, en la práctica, de un comentario al cuarto mandamiento: “Honrarás al padre y a la madre”. Además, está esa exhortación urgente referente al

anciano, que es sin duda una de las cosas para repetir con más insistencia en la sociedad actual: *Hijo mío, socorre a tu padre en su vejez… Aunque pierda su lucidez, sé indulgente con él, no lo desprecies, tú que estás en pleno vigor*. Cuántas reflexiones deberíamos hacer sobre este pedido, si no fuera que el Evangelio atrae nuestra atención hacia un problema todavía más urgente y apremiante.

En el pasaje evangélico de hoy, leemos frases como éstas: *Herodes va a buscar al niño para matarlo,* y aún más (en la parte omitida por la liturgia): *Herodes se enfureció y mandó matar, en Belén y sus alrededores, a todos los niños menores de dos años.* Y luego, aquella especie de elegía fúnebre acerca de los niños asesinados:

En Ramá se oyó una voz,
hubo lágrimas y gemidos:
es Raquel, que llora a sus hijos
y no quiere que la consuelen,
porque ya no existen (Mt. 2.16-17).

Finalmente, el anuncio liberador: *Han muerto los que atentaban contra la vida del niño*.

No tengo intenciones de interpretar en forma distinta el significado de estas frases evangélicas. Describen un hecho bien conocido. Pero escuchadas hoy, en el marco de una reflexión sobre la familia, inducen en forma casi irresistible a pensar en otros Herodes, en otros niños asesinados…

El Evangelio nos presenta hoy a Jesús como el prototipo de la vida amenazada por la política y la razón de Estado y nosotros, al comentarlo, no podemos dejar de hablar de aquella forma específica y generalizada de sacrificar la vida humana a la razón de Estado (o de partido) que se llama aborto. No tengo por costumbre lanzarme a hacer discursos unilaterales y simplificaciones injustas; tampoco lo haré esta vez. Por eso, comencemos por reconocer nuestras responsabilidades antes de denunciar las de los otros, como nos enseña nuestro Maestro. Si todos los que luchan contra el flagelo del aborto "libre y gratuito", y en primerísimo lugar nosotros los cristianos, hubiéramos siempre demostrado con los hechos que defendíamos la vida —toda forma de vida humana contra toda forma de violencia realizada contra la vida humana—, hoy resultaríamos más creíbles y tal vez podríamos hacernos escuchar mejor, al exhortar a nuestros hermanos a no mancharse con esta culpa. "Mea culpa", entonces, por los abortos clandestinos no denunciados y no impedidos; "mea culpa" por la vida de niños que hemos permitido destruir o entristecer a causa de las guerras, del hambre y de la especulación, sin tratar de impedirlo con todas las fuerzas.

Sin embargo, ojalá que las omisiones del pasado y del presente no nos induzcan a una omisión todavía más aterradora debido a ser hecha en forma deliberada: la de callar ante la legalización y la liberación del aborto.

Porque hoy ya nadie puede, de buena fe, sostener que el aborto no es real y plenamente un homicidio. "Es un hombre incluso el que está en camino de serlo" (Tertuliano). Nadie, en toda la larga polémica de estos años, ha podido negar los datos de la ciencia: el embrión, desde la concepción, tiene todo lo necesario, si no es obstaculizado por agentes externos, para llevar a término su desarrollo; el niño de mañana está allí completamente programado hasta en los mínimos detalles, incluido el color de su cabello. Por eso, no se suprime una puñada sin forma de células, como a veces se escucha decir con cinismo, sino una vida humana apenas esbozada, un destino y, por lo tanto, una persona. Todavía no tiene conciencia, pero, si es por eso, ¡tampoco la tiene un niño de un año!

Resulta extraña e impresionante a la vez la mala fe de la cual se dan pruebas en nuestra actual sociedad: estamos dispuestos a conmovernos y a reaccionar indignados por un niño recién nacido abandonado en medio de la basura, por niños enfermos, por bebés vendidos; estamos dispuestos a pagar rescates millonarios por una niña raptada. Pero antes de aquel fatídico momento, nada, como si existiera la nada absoluta, como si antes de entonces la vida humana no valiera ni un centavo. ¡Y sólo porque no lo vemos con nuestros ojos! Sin embargo, no es un agresor contra quien se pueda invocar legítima defensa; ningún niño viene al mundo sin que nadie lo sepa, por decisión propia; lo llaman el acto y la voluntad precisa de dos criaturas y un acto, además, que se define como "de amor". Shakespeare narró en un drama inmortal la historia de Macbeth y de su esposa que reciben festivamente en su castillo, en calidad de huésped, a su rey; a la noche siguiente lo matan mientras duerme y luego ambos terminan por enloquecer a causa del remordimiento.

Hay algo que no deja de sorprenderme en la legislación sobre el aborto (¡hecha, en general, por hombres!): es el negarse a reconocer cualquier derecho, no digo al sacerdote o al médico, sino al propio padre, incluso cuando se trata de parejas debidamente casadas que por eso han querido y generado la vida y son responsables de ella. Se establece así un principio del cual puede derivar —y no en abstracto— que un hombre se vea privado de uno de sus derechos fundamentales: el de ser padre. La mujer, se dice, debe ser la única en tomar la decisión. Pilatos —el hombre— se lava las manos, creyendo tal vez reparar de esa forma un milenario abuso suyo, sin darse cuenta de que, al contrario, está perpetrando el peor de todos: el de dejar a su compañera todo el peso de una decisión (y de un remordimiento) terrible. Como Pilatos, él dice: Tómalo y mátalo tú; yo no quiero tener nada que ver con la sangre de este justo.

Para quien cree, hay algo más; están los derechos de otro "Padre", que son pisoteados. Los padres no infunden el alma en su niño, sino que es Dios quien renueva el prodigio de la creación para cada criatura humana. ¿Acaso puede prescindirse de esta idea al hablar del aborto y evaluar su gravedad?

¡Es una suerte que la teología haya superado la idea del Limbo, donde habrían terminado los niños muertos sin bautismo! Ellos, podemos estar seguros, van a estar con

Dios. Él, en su omnipotencia, sabrá asegurarles aquella maduración de criaturas humanas terminadas que les fue negada por los hombres. En el Apocalipsis, Juan nos ayuda a representárnoslos alrededor del trono de Dios (Apoc. 14), mientras —como dice el poeta cristiano Prudencia de los Santos Inocentes— juegan con sus pequeñas coronas de mártires. En efecto, ellos también son mártires, y de una causa santísima: la de la vida.

Lo que nos debe preocupar más bien es la suerte de quien los ha matado y de quien ha sancionado con tanta desenvoltura la ley que permitirá matarlos. Por lo tanto, no es por ellos por quienes debemos llorar, sino por nuestros pecados. Si Dios existe, como creemos nosotros, hay un más allá, y si hay un más allá, un día alguien deberá sostener la mirada triste de estos corderitos conducidos antes de tiempo al matadero. Que Dios tenga entonces misericordia de quien deberá sostener esa mirada. Ellos sabrán bien ese día quién tiene la culpa de su muerte y quién no; quién actuó por desesperación y quién con fría lucidez, secundando el espíritu del mal, o poniendo la causa del partido por encima de aquella de Dios o de la conciencia.

¿Cómo se ha podido llegar a esta enloquecida moral por parte de los pueblos que siempre fundaron sus códigos sobre el principio: "Quinto, no matar"? Tal vez, detrás haya una larga cadena de rendiciones acerca del respeto por la vida: guerras sin fin, abusos del hombre contra el hombre, violencias, no última de las cuales la del hombre contra la mujer. Además, está ese singular equívoco que se verificó también entre nosotros. En el interior de fuerzas declaradamente ateas y materialistas, se elaboran argumentos y justificaciones en favor del aborto que suponen el rechazo neto de Dios, autor y vengador de la vida humana. Sin embargo, cuando tales razones llegan a oídos de los creyentes, éstos, como narcotizados por la propaganda, no tienen en cuenta si tales argumentos vienen de gente que comparte la propia visión de la vida, sino sólo si vienen de gente que comparte la propia ideología política. Así, la política es tranquilamente puesta antes que la fe y la conciencia y, sin reparar en ello, se abraza la causa del ateísmo y del materialismo. Una causa que se tiene la audacia de definir *como* "causa del hombre" o "de la liberación humana", mientras que no es sino la enésima demostración del hecho de que, allí donde se niega a Dios, bien pronto se termina por negar y aplastar al hombre.

El Evangelio de hoy no nos habló sólo de aquellos que *atentaban contra la vida del niño,* sino también de aquellos que la defendían. María y José que enfrentan las penurias del exilio para salvar a su niño, en su sufrido silencio son el modelo de todos aquellos que sienten el deber de proteger y defender la vida de los inermes: todas las vidas, la de la madre y la del niño: *Levántate, toma al niño y a su madre y regresa a la tierra de Israel.*

Comienza aquí el razonamiento acerca de qué debe hacer positivamente el cristiano en este campo, porque resulta claro que, frente a la complejidad del problema, no basta con limitarse al "no" o a las denuncias. Los cristianos sí tienen propuestas positivas para hacer, comenzando por la primera y más urgente de todas, que es educar con el fin de lograr un mejor conocimiento y una mejor valoración de la propia sexualidad. Quien recurre al aborto es, en general. alguien que no ha sabido hacer un uso correcto de esta

facultad suya; alguien que creyó poder jugar con ella fuera de todo marco de responsabilidad, separándola implícitamente de un amor verdadero, o alguien que nunca se tomó en serio el deber de la paternidad y de la maternidad responsables.

El cristiano sabe que esta última carencia no siempre depende de los individuos y por eso se siente comprometido, con la Iglesia y con la ciencia, a resolver el problema moral de la limitación de los nacimientos de manera honesta y eficaz. Si hay menos vidas no esperadas y no queridas, habrá menos abortos.

Muchos, especialmente en las clases altas de la sociedad, recurren al aborto por puro egoísmo, porque son prisioneros de una concepción hedonista y absolutamente atea de la vida. Pero muchos son empujados a recurrir a él por graves situaciones sociales. Debemos empezar a comprender a estos últimos, considerando con seriedad el problema de la casa, de la desocupación, de las niñas madres. Comprender para ayudarlas a no tener que recurrir a la solución extrema del aborto, que es una condena infligida a sí mismos antes que a la propia criatura. ¿Se considerará inocente de un aborto a aquel constructor o a aquel locador que, al alquilar un departamento, pone como condición que no haya niños, o que no haya más de uno? Si la política de la casa tiene que ver sobre todo con los gobernantes, cualquiera, incluso entre ustedes, puede tener que enfrentarse en la propia familia con el tema de una niña madre; es allí donde debe verse si los padres son de veras cristianos, si consideran más importante la vida que la llamada buena reputación. Ya se hace mucho gracias a los cristianos, y sería injusto negar este reconocimiento a tantas personas e instituciones. Debemos hacer más y, tal vez, hacerla de un modo nuevo, en calidad de creyentes o de ciudadanos.

La palabra de Dios nos condujo hoy a reflexionar sobre un problema por demás amenazador. La plegaria debe ser el signo de que no tratamos de prevalecer sobre los otros, sino sólo sobre el mal. Por eso no pediremos que mueran quienes “atentan contra la vida del niño”, sino que se conviertan y vivan. Que vivan también ellos y todas las vidas escondidas todavía en el seno materno. Que en la tierra se oiga cada vez menos el llanto de Raquel, que llora a sus hijos que ya no existen.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO A)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la parroquia romana de San Marcos (29-XII-1985)

– Familia de Belén y familia cristiana

“Christus natus est nobis, venite adoremus”

La Iglesia entera está aún todavía invadida por la alegría de la Navidad. La alegría de la que participan los corazones de los hombres, reanima las comunidades humanas, se manifiesta en las tradiciones, en las costumbres, en el canto y en la cultura entera.

Un día, en los campos de Belén, los pastores que guardaban sus rebaños fueron atraídos por este anuncio, que hoy repite la Iglesia entera. Todos lo transmiten, por así decir, de boca en boca, de corazón a corazón. *"Christus natus est nobis, venite adoremus"*.

La Iglesia vive hoy la alegría de la Navidad del Señor, del Hijo de Dios, en Belén: como misterio de la Familia, de la Santa Familia.

Es una verdad profundamente humana: por el nacimiento de un niño la comunidad conyugal del hombre y de la mujer, del marido y de la esposa, se hace más perfectamente familia. Al mismo tiempo, éste es un gran misterio de Dios, que se revela a los hombres: el misterio escondido en la fe y en el corazón de aquellos Esposos, de aquellos Cónyuges: María y José, de Nazaret. Al comienzo sólo ellos fueron testigos de que el Niño que nació en Belén es "Hijo del Altísimo", venido al mundo por obra del Espíritu Santo.

A ellos dos, a María y José, les fue dado a conocer el misterio de aquella Familia que el Padre celestial, con el nacimiento de Jesús, formó con ellos y entre ellos.

– Santidad de la familia

En la medida en que este misterio se revela a los ojos de la fe de los otros hombres, la Iglesia entera ve en la Santa Familia una particular expresión de la cercanía de Dios y al mismo tiempo un signo particular de elevación de toda familia humana, de su dignidad, según el proyecto del Creador.

Esta dignidad se confirma de nuevo con el sacramento del matrimonio, con ese sacramento que es grande –como dice San Pablo– "en Cristo y en la Iglesia" (cfr. Ef 5,32).

Orientando los ojos de nuestra fe hacia la Santa Familia, la liturgia de este domingo trata de poner de relieve lo que es decisivo para la santidad y la dignidad de la familia. Hablan de ello todas las lecturas: tanto el libro del Sirácida como la Carta de San Pablo a los Colosenses, como, finalmente, el Evangelio según Lucas.

En el Salmo responsorial se pone de relieve la singular presencia de Dios en la familia, en la comunión matrimonial del marido y de la mujer, en la comunión que lleva al amor y a la vida. Dios está presente en esta comunión como Creador y Padre, dador de la vida humana y de la vida sobrenatural, de la vida divina. De su bendición participan los cónyuges, los hijos, su trabajo, sus alegrías, sus preocupaciones.

"Dichoso el que teme al Señor…serás dichoso, te irá bien…tu mujer, como parra fecunda…tus hijos, como renuevos de olivo…que veas la prosperidad de Jerusalén, todos los días de tu vida" (Sal 127/128).

– Comunidad de vida y de amor

San Pablo, en la Carta a los Colosenses, trata de poner de relieve el clima de la familia cristiana: el clima espiritual, el clima afectivo, el clima moral.

Escribe: "Como pueblo elegido de Dios, pueblo sacro y amado, sea vuestro uniforme: la misericordia entrañable, la bondad, la humildad, la dulzura, la comprensión. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo. Y por encima de todo esto, el amor, que es el ceñidor de la unidad consumada" (Col 3,12-14).

Hay que leer con atención y meditar todo el pasaje de la Carta a los Colosenses, en el que el Apóstol formula los buenos deseos para los cónyuges y las familias cristianas sobre todo aquello que determina el verdadero bien de la comunidad humana, especialmente de aquella que en síntesis se puede llamar *"communio personarum"*, "íntima comunidad de vida y de amor" (cfr. *Gaudium et spes*, 49).

No existe otra comunidad interhumana tan unificante, tan profunda y universal como la familia. Y al mismo tiempo, tan capaz de hacer felices, y tan exigente, porque es muy vulnerable, dado que está expuesta a diversas "heridas".

Por ello los buenos deseos del Apóstol se refieren a los problemas más esenciales de la familia cuando escribe:

– revestíos de "amor, que es el ceñidor de la unidad consumada…";

– "la paz de Cristo actúe de árbitro en vuestro corazón…";

– "la palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza".

Así se forma la familia humana en toda su dignidad y nobleza, en su entera belleza espiritual (que es incomparablemente más importante que todas las riquezas "reales" y materiales), ¡por la Palabra de Dios!, ¡por la palabra de Cristo!

En esta Palabra se encierran las indicaciones y los mandamientos que determinan la solidez moral de aquella fundamental comunidad humana, de aquella *"communio personarum"*.

Por ello se puede decir que toda la primera lectura de la liturgia de hoy es un amplio comentario al IV mandamiento del Decálogo:

¡"Honra a tu padre y a tu madre"!

Hay que leer con atención este texto y meditarlo, teniendo siempre ante los ojos aquel "amor, que es el ceñidor de la unidad consumada".

Efectivamente, el amor crea el honor, la estima recíproca, la solicitud premurosa, tanto en la relación de los hijos hacia los padres, como en la de los padres hacia los hijos, y sobre todo en la relación recíproca entre los cónyuges.

De este modo el matrimonio y la familia se convierten en aquel ambiente educativo que es absolutamente insustituible: el primero y fundamental y más consistente ambiente

humano, que se convierte luego la "iglesia doméstica". Se puede decir que en la familia también la educación se hace, a menudo inadvertidamente, una autoeducación, porque una sana comunidad familiar permite de por sí el desarrollo normal de toda persona que la compone.

Una especial confirmación de esta realidad son las palabras del Evangelio de San Lucas sobre Jesús cuando tenía doce años:

"Él bajó con ellos (es decir, con María y José)… y siguió bajo su autoridad. Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres" (Lc 2,51-52).

El testimonio sobre la vida de la Santa Familia de Nazaret, como oís, es muy conciso, y al mismo tiempo rico de contenido.

En esta perspectiva y en este contexto fueron pronunciadas las palabras de Jesús cuando tenía doce años, palabras que se proyectan en su futuro:

"¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?" (Lc 2,49).

Precisamente estas palabras que se proyectan en el futuro –las palabras que María y José en aquel momento todavía no comprendían– constituyen una especial comprobación de la santidad de la Familia de Nazaret.

Palabras como éstas, que miran al futuro de los hijos, son fruto de la intensa madurez espiritual de toda familia cristiana.

En efecto, junto a los padres deben madurar los jóvenes, hijos e hijas, para una específica vocación que cada uno de ellos recibe de Dios.

Hagamos siempre nuestras las palabras de esta oración: "Dios, Padre nuestro, que has propuesto la Sagrada Familia como maravilloso ejemplo a los ojos de tu pueblo: concédenos, te rogamos, que, imitando sus virtudes domésticas y su unión en el amor, lleguemos a gozar de los premios eternos en el hogar del cielo".

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Cristo llega a la tierra en el seno de una familia y vivió las 9/10 partes de su vida en el hogar de sus padres. Con esta dilatada estancia ha llamado la atención sobre la importancia de esta institución natural, santuario de la vida y escuela donde, de modo espontáneo, los integrantes de ella, aprenden un sinfín de cualidades indispensables para desenvolverse en la vida.

Ninguna ideología, ninguna escuela, ningún sermón, logra lo que la familia consigue casi sin proponérselo: transmitir unos valores, un modo de ser, que será como la matriz de todas las decisiones que los hijos tomen mañana en la vida. También los padres

aprenden en ella porque han de vivir una dedicación y una entrega que, por costosa, no asumirían por nada ni por nadie. Se puede asegurar que, a pesar de las crisis que pueda sufrir un hogar, el 90 % de lo que una persona es lo debe a su familia.

Debemos valorar y proteger ese ámbito en que somos queridos, escuchados, comprendidos, ayudados… lo que representa casi un lujo en la sociedad dura y competitiva en que vivimos. Nadie nos hace tanto caso, ríe nuestros chistes, está a nuestro lado en la enfermedad o en un apuro serio, como los de mi familia. Hay que proteger todo esto contra los estragos del tiempo y la rutina procurando que la unidad y el cariño se revelen más fuertes que cualquier discrepancia o disgusto.

Eliminemos del vocabulario familiar expresiones como: ¡Es que esto pasa ya de castaño oscuro! ¡Estoy saturado, harto, de hacer el papel del hombre/mujer complaciente! ¿Por qué he de ser yo siempre el que ceda? ¡Caramba, que le vea un detalle al otro/a!… Si hay una forma de hacer imposible o desagradable la convivencia es ésta. Empeñémonos en dar importancia a los pequeños sacrificios que el hogar reclama, que el amor convierte en grandes y que hacen, también grande al amor. Entonces, la alegría se impondrá siempre a los pequeños disgustos y se hará extensiva a otros hogares ligados al nuestro por algún motivo, y daremos, así también, a conocer a Cristo.

¿Nos imaginamos a María y José olvidando que el Niño que alegraba la casa era el Hijo del Altísimo? “Padre clementísimo –pedimos con la Iglesia en la Poscomunión– concédenos imitar fielmente los ejemplos de la Sagrada Familia, para que después de las pruebas de esta vida, gocemos de su eterna compañía”.

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«El Hijo de Dios vive en una familia; la familia, idea y obra de Dios»

I. LA PALABRA DE DIOS

Eclo 3,3-7.14-l7a: «El que teme al Señor honra a sus padres»

Sal 127,1-5: «¡Dichoso el que teme al Señor, y sigue sus caminos!».

Col 3,12-21: «La vida de familia vivida en el Señor»

Mt 2,13-15;19-23: «Coge al Niño y a su Madre y huye a Egipto»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

Entre los muchos deberes que lleva consigo la fidelidad a Yavé, el Sirácida propone como de vital importancia el amor a los padres.

Las recomendaciones que San Pablo hace a los Colosenses acerca de la familia no pueden ser más sencillas ni más «corrientes». Aquí la originalidad está en la motivación: «en el Señor» o «el gusto del Señor». No cabe duda que quiere el Apóstol algo más que un comportamiento meramente moralista.

Otra vez nos encontramos en San Mateo con el género midrásico. Los exegetas piensan que Cristo aparece aquí como nuevo Moisés y nuevo Jacob. La vida de familia que Cristo experimenta desde el principio, lejos de la comodidad, conoce el destierro, el exilio, la amenaza... Pero en todo esto estaba ya el proyecto del Padre.

III. SITUACIÓN HUMANA

Se nota en muchos ambientes el creciente aumento del interés por la familia y el afán de muchos por revitalizar valores que se creían para siempre olvidados o relegados. Ya sabemos que todo esto obedece a muchos factores. Pero es un hecho que se nota en multitud de estadísticas y estudios sociológicos. Sin embargo, por otro lado, no deja de estar seriamente amenazada, y sigue siendo tenida por determinados sectores como algo meramente ocasional, de simple experiencia temporal o provisional. No obstante, la mirada hacia lo que indicamos al principio nos hace creer que hay cierta recuperación por este inmenso valor humano y por la realización individual y social del hombre.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– La familia en el plan de Dios: "La sumisión cotidiana de Jesús a José y a María anunciaba y anticipaba la sumisión del Jueves Santo: «No se haga mi voluntad...»(Lc 22,42). La obediencia de Cristo en lo cotidiano de la vida oculta inauguraba ya la obra de restauración de lo que la desobediencia de Adán había destruido" (532). «Al crear al hombre y a la mujer, Dios instituyó la familia humana y la dotó de su constitución fundamental. Sus miembros son personas iguales en dignidad... La familia implica una diversidad de responsabilidades, de derechos y de deberes» (2203; cf 2201-2206).

La respuesta

– Responsabilidades de la familia: «La familia debe vivir de manera que sus miembros aprendan el cuidado y la atención de los jóvenes y ancianos, de los enfermos o disminuidos, y de los pobres. Numerosas son las familias que en ciertos momentos no se hallan en condiciones de prestar esta ayuda» (2208; cf 2207-2211. 2214-2233).

– Familia, célula original de la vida social: 2207.

– Ayuda mutua entre los miembros de la familia: 2208.

– La familia y la sociedad: 2209. 2210. 2211.

El testimonio cristiano

– «Al afirmar que los esposos en cuanto padres son colaboradores de Dios Creador en la concepción y generación de un nuevo ser humano, no nos referimos sólo al aspecto biológico; queremos subrayar más bien que en la paternidad y maternidad humanas Dios mismo está presente de un modo diverso de como lo está en cualquier otra generación sobre la tierra» (Juan Pablo II, EV, 43).

La opción de Cristo por la vida de familia es ante todo una opción por la vida. Nadie tiene derecho a destruir lo que Dios ha querido que fuera uno de los motivos de la Encarnación de su Hijo.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO A)

LA FAMILIA DE NAZARET

— Jesús quiso comenzar la Redención del mundo enraizado en una familia

I. *Cuando cumplieron todas las cosas mandadas en la Ley del Señor regresaron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y fortaleciéndose lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él.*

El Mesías quiso comenzar su tarea redentora en el seno de una familia sencilla, normal. Lo primero que santificó Jesús con su presencia fue un hogar. Nada ocurre de extraordinario en estos años de Nazaret, donde Jesús pasa la mayor parte de su vida.

José era el cabeza de familia; como padre legal, él era quien sostenía a Jesús y a María con su trabajo. Es él quien recibe el mensaje del nombre que ha de poner al Niño: *Le pondrás por nombre Jesús*; y los que tienen como fin la protección del Hijo: *Levántate, toma al Niño y huye a Egipto*. Levántate, toma al Niño y vuelve a la patria. No vayas a Belén, sino a Nazaret. De él aprendió Jesús su propio oficio, el medio de ganarse la vida. Jesús le manifestaría muchas veces su admiración y su cariño.

De María, Jesús aprendió formas de hablar, dichos populares llenos de sabiduría, que más tarde empleará en su predicación. Vio cómo Ella guardaba un poco de masa de un día para otro, para que se hiciera levadura; le echaba agua y la mezclaba con la nueva masa, dejándola fermentar bien arropada con un paño limpio. Cuando la Madre remendaba la ropa, el Niño la observaba. Si un vestido tenía una rasgadura buscaba Ella un pedazo de paño que se acomodase al remiendo. Jesús, con la curiosidad propia de los niños, le preguntaba por qué no empleaba una tela nueva; la Virgen le explicaba que los retazos nuevos cuando se mojan tiran del paño anterior y lo rasgan; por eso había que hacer el remiendo con un paño viejo... Los vestidos mejores, los de fiesta, solían guardarse en un arca. María ponía gran cuidado en meter también determinadas plantas olorosas para evitar que la polilla los destrozara. Años más tarde, esos sucesos aparecerán en la predicación de Jesús. No podemos olvidar esta enseñanza fundamental para nuestra vida corriente: *la casi totalidad de los días que Nuestra Señora pasó en la tierra transcurrieron de una manera muy parecida a las jornadas de otros millones de mujeres, ocupadas en cuidar de su familia, en educar a sus hijos, en sacar adelante las tareas del hogar. María santifica lo más menudo, lo que muchos consideran erróneamente como intrascendente y sin valor: el trabajo de cada día, los detalles de atención hacia las personas queridas, las conversaciones y las visitas con motivo de*

parentesco o de amistad. ¡Bendita normalidad, que puede estar llena de tanto amor a Dios!.

Entre José y María había cariño santo, espíritu de servicio, comprensión y deseos de hacerse la vida feliz mutuamente. Así es la familia de Jesús: sagrada, santa, ejemplar, modelo de virtudes humanas, dispuesta a cumplir con exactitud la voluntad de Dios. El hogar cristiano debe ser imitación del de Nazaret: un lugar donde quepa Dios y pueda estar en el centro del amor que todos se tienen ¿Es así nuestro hogar? ¿Le dedicamos el tiempo y la atención que merece? ¿Es Jesús el centro? ¿Nos desvivimos por los demás? Son preguntas que pueden ser oportunas en nuestra oración de hoy, mientras contemplamos a Jesús, a María y a José en la fiesta que les dedica la Iglesia.

— La misión de los padres. Ejemplo de María y de José

En la familia, «los padres deben ser para sus hijos los primeros educadores de la fe, mediante la Palabra y el ejemplo». Esto se cumplió de manera singularísima en el caso de la Sagrada Familia. Jesús aprendió de sus padres el significado de las cosas que le rodeaban.

La Sagrada Familia recitaría con devoción las oraciones tradicionales que se rezaban en todos los hogares israelitas, pero en aquella casa todo lo que se refería a Dios particularmente tenía un sentido y un contenido nuevo. ¡Con qué prontitud, fervor y recogimiento repetiría Jesús los versículos de la Sagrada Escritura que los niños hebreos tenían que aprender!. Recitaría muchas veces estas oraciones aprendidas de labios de sus padres.

Al meditar estas escenas, los padres han de considerar con frecuencia las palabras del Papa Pablo VI recordadas por Juan Pablo II: «¿Enseñáis a vuestros niños las oraciones del cristiano? ¿Preparáis, de acuerdo con los sacerdotes, a vuestros hijos para los sacramentos de la primera edad: confesión, comunión, confirmación? ¿Los acostumbráis, si están enfermos, a pensar en Cristo que sufre? ¿A invocar la ayuda de la Virgen y de los santos? ¿Rezáis el Rosario en familia? (...) ¿Sabéis rezar con vuestros hijos, con toda la comunidad doméstica, al menos alguna vez? Vuestro ejemplo en la rectitud del pensamiento y de la acción, apoyado por alguna oración común, vale una lección de vida, vale un acto de culto de mérito singular; lleváis de este modo la paz al interior de los muros domésticos: *Pax huic domui*. Recordad: así edificáis la Iglesia».

Los hogares cristianos, si imitan el que formó la Sagrada Familia de Nazaret, serán «hogares luminosos y alegres», porque cada miembro de la familia se esforzará en primer lugar en su trato con el Señor, y con espíritu de sacrificio procurará una convivencia cada día más amable.

La familia es escuela de virtudes y el lugar ordinario donde hemos de encontrar a Dios. *La fe y la esperanza se han de manifestar en el sosiego con que se enfocan los problemas, pequeños o grandes, que en todos los hogares ocurren, en la ilusión con que se persevera en el cumplimiento del propio deber. La caridad lo llenará así todo, y*

llevará a compartir las alegrías y los posibles sinsabores; a saber sonreír, olvidándose de las propias preocupaciones para atender a los demás; a escuchar al otro cónyuge o a los hijos, mostrándoles que de verdad se les quiere y comprende; a pasar por alto menudos roces sin importancia que el egoísmo podría convertir en montañas; a poner un gran amor en los pequeños servicios de que está compuesta la convivencia diaria.

Santificar el hogar día a día, crear, con el cariño, un auténtico ambiente de familia: de eso se trata. Para santificar cada jornada se han de ejercitar muchas virtudes cristianas; las teologales en primer lugar y, luego, todas las otras: la prudencia, la lealtad, la sinceridad, la humildad, el trabajo, la alegría….

Estas virtudes fortalecerán la unidad que la Iglesia nos enseña a pedir: *Tú, que al nacer en una familia fortaleciste los vínculos familiares, haz que las familias vean crecer la unidad.*

Una familia unida a Cristo es un miembro de su Cuerpo místico, y ha sido llamada «iglesia doméstica». Esa comunidad de fe y de amor se ha de manifestar en cada circunstancia, como la Iglesia misma, como testimonio vivo de Cristo. «La familia cristiana proclama en voz muy alta tanto las presentes virtudes del reino, como la esperanza de la vida bienaventurada». La fidelidad de los esposos a su vocación matrimonial les llevará incluso a pedir la vocación de sus hijos para dedicarse con abnegación al servicio del Señor.

— La Sagrada Familia, ejemplo para todas las familias

En la Sagrada Familia cada hogar cristiano tiene su ejemplo más acabado; en ella, la familia cristiana puede descubrir lo que debe hacer y el modo de comportarse, para la santificación y la plenitud humana de cada uno de sus miembros. «Nazaret es la escuela donde empieza a entenderse la vida de Jesús, es la escuela donde se inicia el conocimiento de su Evangelio. Aquí aprendemos a observar, a escuchar, a meditar, a penetrar en el sentido profundo y misterioso de esta sencilla, humilde y encantadora manifestación del Hijo de Dios entre los hombres. Aquí se aprende incluso quizá de una manera casi insensible, a imitar esta vida».

La familia es la forma básica y más sencilla de la sociedad. Es la principal «escuela de todas las virtudes sociales». Es el semillero de la vida social, pues es en la familia donde se ejercita la obediencia, la preocupación por los demás, el sentido de responsabilidad, la comprensión y ayuda, la coordinación amorosa entre las diversas maneras de ser. Esto se realiza especialmente en las familias numerosas, siempre alabadas por la Iglesia. De hecho, se ha comprobado que la salud de una sociedad se mide por la salud de las familias. De aquí que los ataques directos a la familia (como es el caso de la introducción del divorcio en la legislación) sean ataques directos a la sociedad misma, cuyos resultados no se hacen esperar.

«Que la Virgen María, Madre de la Iglesia, sea también Madre de la "Iglesia doméstica", y, gracias a su ayuda materna, cada familia cristiana pueda llegar a ser

verdaderamente una pequeña Iglesia de Cristo. Sea ella, Esclava del Señor, ejemplo de acogida humilde y generosa de la voluntad de Dios; sea ella, Madre Dolorosa a los pies de la Cruz, la que alivie los sufrimientos y enjugue las lágrimas de cuantos sufren por las dificultades de sus familias.

»Que Cristo Señor, Rey del universo, Rey de las familias, esté presente, como en Caná, en cada hogar cristiano para dar luz, alegría, serenidad y fortaleza».

De modo muy especial le pedimos hoy a la Sagrada Familia por cada uno de los miembros de nuestra familia, por el más necesitado.

Rev. D. Joan Ant. MATEO i García (La Fuliola, Lleida, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO A)

Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y ponte en camino de la tierra de Israel

Hoy contemplamos el misterio de la Sagrada Familia. El Hijo de Dios inicia su andadura entre los hombres en el seno de una familia. Es el designio del Padre. La familia será siempre el hábitat humano insustituible. Jesús tiene un padre legal que le "lleva" y una Madre que no se separa de Él. Dios se sirvió en todo momento de san José, hombre justo, esposo fiel y padre responsable para defender a la Familia de Nazaret: «El Ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: 'Levántate, toma contigo al niño y a su madre y huye a Egipto'» (Mt 2,13).

Hoy, más que nunca, la Iglesia está llamada a proclamar la buena noticia del Evangelio de la Familia y la vida. Hoy más que nunca, una cultura profundamente inhumana intenta imponer un anti-evangelio de confusión y de muerte. Juan Pablo II nos lo recordaba en su exhortación *Ecclesia in Europa*: «La Iglesia ha de proponer con fidelidad la verdad sobre el matrimonio y la familia. Es una necesidad que siente de manera apremiante, porque sabe que dicha tarea le compete por la misión evangelizadora que su Esposo y Señor le ha confiado y que hoy se plantea con especial urgencia. El valor de la indisolubilidad matrimonial se tergiversa cada vez más; se reclaman formas de reconocimiento legal de las convivencias de hecho, equiparándolas al matrimonio legítimo…».

«Herodes va a buscar al niño para matarle» (Mt 2,13). Herodes ataca de nuevo, pero no temamos, porque la ayuda de Dios no nos faltará. ¡Vayamos a Nazareth! Redescubramos la verdad de la familia y de la vida. Vivámosla gozosamente y anunciémosla a nuestros hermanos sedientos de luz y esperanza. El Papa nos convoca a ello: «Es preciso reafirmar dichas instituciones [el matrimonio y la familia] como provenientes de la voluntad de Dios. Además es necesario servir al Evangelio de la vida».

De nuevo, «el Ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto y le dijo: 'Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y ponte en camino de la tierra de Israel'» (Mt 2,19-20). ¡El retorno de Egipto es inminente!

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO A)

Una sola familia

«Yo voy a reunir de todas las naciones a mi pueblo, en una sola familia, un solo pueblo santo. Y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios» (Ez 36, 24.28).

Eso dice el Señor.

Una sola familia: la Santa Iglesia Católica, que reúne de entre las naciones a todos los hijos de Dios.

Tú, sacerdote, eres medio de unión, porque tú eres padre, porque tú eres Cristo, y por Él, con Él y en Él eres cabeza, eres centro, haces familia, santificas, alimentas, sanas, reúnes, eres proveedor, eres pastor, eres esposo de la Santa Iglesia Católica, en la que haces de todo el pueblo de Dios, un solo pueblo santo, una sola familia.

Familia, esa es la obra de Dios. Desde un principio hombre y mujer los creó, y procrear y multiplicarse les mandó.

Familia, a través de la que Dios se manifiesta generando vida.

Familia, de la cual hay un solo modelo: la Sagrada Familia.

Unidad en Cristo, unidad en la fe, unidad en la esperanza, unidad en el amor.

Unidad, sacerdote: esa es tu responsabilidad.

Unidad, sacerdote, entre las familias y sus miembros, para establecer en cada familia el Reino de los Cielos, y así cada familia es un solo miembro que forma un solo cuerpo de Cristo, con un mismo espíritu, una sola fe, un solo Dios, una sola Iglesia, de la cual Cristo es cabeza.

Familia que acoge, que perdona, que olvida, que vive en armonía, en la que todos se ayudan, pero que también todos se afectan.

Tú eres, sacerdote, modelo y ejemplo de la segunda persona de la Santísima Trinidad, un solo Dios verdadero, que en tres Personas distintas manifiestan tu heredad.

Familia que adquiere la responsabilidad de educar, de hacer crecer y alimentar, de cuidar, de proteger, de aconsejar, de guiar, de reunir a sus miembros en un solo rebaño y con un solo pastor.

Eres tú, sacerdote, pastor del rebaño de Dios, unión de su pueblo para ser reunido en un solo pueblo santo de Dios.

Familia conformada a la perfección, siguiendo el modelo de la Santísima Trinidad, para ser a imagen y semejanza de Dios, porque Dios es padre y es madre, y Dios es amor.

Eres tú, sacerdote, quien bendice y une a las familias por el sacramento del santo matrimonio entre un hombre y una mujer en plena libertad, por su propia voluntad, que profesan uno a otro su amor, y les mandas: vayan a procrear y multiplíquense para que formen una sola familia, un solo miembro del cuerpo de Cristo. Y unes a las familias en torno a la Santa Iglesia, para ser Una, Santa, Católica y Apostólica.

Eres tú, sacerdote, el responsable de dar ejemplo, de ser un buen padre, de reunir a tus hijos en torno a la Madre.

Lo que une, sacerdote, es el amor.

No hay más definición de familia que Jesús, María y José, la Sagrada Familia de Nazaret.

(*Espada de Dos Filos* I, n. 31)

Sagrada Familia de Jesús, María y José (Ciclo B)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN AMBROSIO (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2013, 2014 y 2017 - Catequesis del 17.XII.14**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2008**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Rev. D. Joan Ant. MATEO i García (La Fuliola, Lleida, España) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO B)

ABRAHÁN CREYÓ AL SEÑOR

Gén 15, 1-6.21, 1-3; Heb 11, 8.11-12.17-19; Lc 2, 22-40

Dos parejas de ancianos son los protagonistas fundamentales tanto del relato del Génesis como de la narración evangélica que nos conserva san Lucas: en el primer texto encontramos a Abrahán y Sara mientras que en el más reciente aparecen Simeón y Ana. Los cuatro eran israelitas fieles a Dios que habían aquilatado con hechos y decisiones congruentes su vida de creyentes, unos y otras habían aprendido a sobreponerse a la

adversidad cotidiana. De esa manera su fe robustecida, se había convertido en esperanza perseverante. Abrahán era un anciano sin descendencia, la promesa parecía haber quedado incumplida, sin embargo, un día recibió una increíble promesa de parte del Señor, la acogió con apertura y se convirtió en nuestro primer padre en la fe. Ana era una viuda desamparada que mantuvo un corazón alegre y Dios le permitió contemplar la salvación en el rostro de Jesús niño.

ANTÍFONA DE ENTRADA Lc 2, 16

Llegaron los pastores a toda prisa y encontraron a María y a José, y al niño recostado en un pesebre.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, que te dignaste dejarnos el más perfecto ejemplo en la Sagrada Familia de tu Hijo, concédenos benignamente que, imitando sus virtudes domésticas y los lazos de caridad que la unió, podamos gozar de la eterna recompensa en la alegría de tu casa. Por nuestro Señor Jesucristo ….

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Tu heredero saldrá de tus entrañas.

Del libro del Génesis: 15, 1-6; 21, 1-3

En aquel tiempo, el Señor se le apareció a Abram y le dijo: "No temas, Abram. Yo soy tu protector y tu recompensa será muy grande". Abram le respondió: "Señor, Señor mío, ¿qué me vas a poder dar, puesto que voy a morir sin hijos? Ya que no me has dado descendientes, un criado de mi casa será mi heredero".

Pero el Señor le dijo: "Ése no será tu heredero, sino uno que saldrá de tus entrañas". Y haciéndolo salir de la casa, le dijo: "Mira el cielo y cuenta las estrellas, si puedes". Luego añadió: "Así será tu descendencia". Abram creyó lo que el Señor le decía y, por esa fe, el Señor lo tuvo por justo.

Poco tiempo después, el Señor tuvo compasión de Sara, como lo había dicho, y le cumplió lo que le había prometido. Ella concibió y le dio a Abraham un hijo en su vejez, en el tiempo que Dios había predicho. Abraham le puso por nombre Isaac al hijo que le había nacido de Sara.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 104, 1b-2. 3-4. 5-6. 8-9.

R/. El Señor nunca olvida sus promesas.

Aclamen al Señor y denle gracias, relaten sus prodigios a los pueblos. Entonen en su honor himnos y cantos, celebren sus portentos. ***R/.***

Del nombre del Señor enorgullézcanse y siéntase feliz el que lo busca. Recurran al Señor y a su poder y a su presencia acudan. ***R/.***

Recuerden los prodigios que él ha hecho, sus portentos y oráculos, descendientes de Abraham, su servidor, estirpe de Jacob, su predilecto. ***R/.***

Ni aunque transcurran mil generaciones, se olvidará el Señor de sus promesas, de la alianza pactada con Abraham, del juramento a Isaac, que un día le hiciera. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

La fe de Abraham, de Sara y de Isaac.

De la carta a los hebreos: 11, 8.11-12.17-19

Hermanos: Por su fe, Abraham, obediente al llamado de Dios, y sin saber a dónde iba, partió hacia la tierra que habría de recibir como herencia.

Por su fe, Sara, aun siendo estéril y a pesar de su avanzada edad, pudo concebir un hijo, porque creyó que Dios habría de ser fiel a la promesa; y así, de un solo hombre, ya anciano, nació una descendencia, numerosa como las estrellas del cielo e incontable como las arenas del mar.

Por su fe, Abraham, cuando Dios le puso una prueba, se dispuso a sacrificar a Isaac, su hijo único, garantía de la promesa, porque Dios le había dicho: De Isaac nacerá la descendencia que ha de llevar tu nombre. Abraham pensaba, en efecto, que Dios tiene poder hasta para resucitar a los muertos; por eso le fue devuelto Isaac, que se convirtió así en un símbolo profético.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Heb 1, 1-2

R/. Aleluya, aleluya.

En distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros padres, por boca de los profetas. Ahora, en estos tiempos, que son los últimos, nos ha hablado por medio de su Hijo. ***R/.***

EVANGELIO

El niño iba creciendo y se llenaba de sabiduría.

+ Del santo Evangelio según san Lucas: 2, 22-40

Transcurrido el tiempo de la purificación de María, según la ley de Moisés, ella y José llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley: Todo primogénito varón será consagrado al Señor, y también para ofrecer, como dice la ley, un par de tórtolas o dos pichones.

Vivía en Jerusalén un hombre llamado Simeón, varón justo y temeroso de Dios, que aguardaba el consuelo de Israel; en él moraba el Espíritu Santo, el cual le había revelado que no moriría sin haber visto antes al Mesías del Señor. Movido por el Espíritu, fue al

templo, y cuando José y María entraban con el niño Jesús para cumplir con lo prescrito por la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios, diciendo:

"Señor, ya puedes dejar morir en paz a tu siervo, según lo que me habías prometido, porque mis ojos han visto a tu Salvador, al que has preparado para bien de todos los pueblos; luz que alumbra a las naciones y gloria de tu pueblo, Israel".

El padre y la madre del niño estaban admirados de semejantes palabras. Simeón los bendijo, y a María, la madre de Jesús, le anunció: "Este niño ha sido puesto para ruina y resurgimiento de muchos en Israel, como signo que provocará contradicción, para que queden al descubierto los pensamientos de todos los corazones. Y a ti, una espada te atravesará el alma".

Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era una mujer muy anciana. De joven, había vivido siete años casada y tenía ya ochenta y cuatro años de edad. No se apartaba del templo ni de día ni de noche, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones. Ana se acercó en aquel momento, dando gracias a Dios y hablando del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén.

Una vez que José y María cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y fortaleciéndose, se llenaba de sabiduría y la gracia de Dios estaba con él.

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Te ofrecemos, Señor, este sacrificio de reconciliación, y te pedimos humildemente que, por la intercesión de la Virgen Madre de Dios y de san José, fortalezcas nuestras familias en tu gracia y en tu paz. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Bar 3, 38

Nuestro Dios apareció en el mundo y convivió con los hombres.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Padre misericordioso, haz que, reanimados con este sacramento celestial, imitemos constantemente los ejemplos de la Sagrada Familia, para que, superadas las aflicciones de esta vida, consigamos gozar eternamente de su compañía. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO B)

Abrahán padre de todos los creyentes (Gn 15, 1-6; 21, 1-3)

1ª lectura

Se le pidió a Abrahán un acto de fe en la palabra de Dios, y Abrahán creyó lo que Dios le decía. Por eso agradó a Dios y fue considerado justo. De ahí que Abrahán quede constituido como el padre de todos aquellos que creen en Dios y en su palabra de salvación.

A la luz de este pasaje, San Pablo verá en la figura de Abrahán el modelo de cómo el hombre llega a ser justo ante Dios: por la fe en su palabra, siendo la palabra definitiva el anuncio de que Dios nos salva mediante la muerte y la resurrección de Jesucristo. De este modo, Abrahán no sólo llega a ser el padre del pueblo hebreo según la carne, sino también el padre de quienes sin ser hebreos han venido a formar parte del nuevo pueblo de Dios mediante la fe en Jesucristo: «Pues decimos: a Abrahán la fe se le contó como justicia. ¿Cuándo, pues, le fue tenida en cuenta?, ¿cuando era circunciso o cuando era incircunciso? No cuando era circunciso, sino cuando era incircunciso. Y recibió la señal de la circuncisión como sello de justicia de aquella fe que había recibido cuando era incircunciso, a fin de que él fuera padre de todos los creyentes incircuncisos, para que también a éstos la fe se les cuente como justicia; y padre de la circuncisión, para aquellos que no sólo están circuncisos, sino que también siguen las huellas de la fe de nuestro padre Abrahán, cuando aún era incircunciso» (Rm 4,9-12).

La fe de Abrahán se manifiesta en su obediencia a Dios: cuando salió de su tierra (cfr 12,4) y cuando más tarde estuvo dispuesto a sacrificar a su hijo (cfr 22,1-4). Este aspecto de la obediencia de Abrahán es el que pondrá especialmente de relieve la Epístola de Santiago, invitando a los cristianos a dar pruebas de la autenticidad de la fe mediante la obediencia a Dios y las buenas obras: «Abrahán, nuestro padre, ¿acaso no fue justificado por las obras, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿Ves cómo la fe cooperaba con sus obras y cómo la fe alcanzó su perfección por las obras? Y así se cumplió la Escritura que dice: "Creyó Abrahán a Dios y le fue contado como justicia", y fue llamado amigo de Dios» (St 2,21-23).

La fe de Abrahán, de Sara y de Isaac (Hb 11, 8. 11-12. 17-19)

2ª lectura

La exhortación a la fe mencionada al final del capítulo anterior (Hb 10,39) da paso a un encendido elogio de la fe de los antepasados, por la que recibieron un «testimonio» (v. 2), es decir, reconocimiento divino. En primer lugar (v. 1) define la esencia de esta virtud: por medio de la fe el creyente adquiere una certeza firme respecto a las promesas divinas y una posesión anticipada de los bienes celestiales.

Entre todos los ejemplos de fe destaca el de Abrahán (vv. 8-19), el modelo por antonomasia, en el Antiguo Testamento, de fe en Dios (cfr 6,13ss.; Gn 12,1-4; Rm 4,1ss.; Ga 3,6-9). «Obedecer ("ob-audire") en la fe, es someterse libremente a la palabra escuchada, porque su verdad está garantizada por Dios, la Verdad misma. De esta obediencia, Abrahán es el modelo que nos propone la Sagrada Escritura. La Virgen María es la realización más perfecta de la misma» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 144).

La Presentación del Señor (Lc 2, 22-40)

Evangelio

La Sagrada Familia sube a Jerusalén con el fin de dar cumplimiento a dos prescripciones de la Ley de Moisés: purificación de la madre, y presentación y rescate del primogénito. Según Lev 12,2-8, la mujer al dar a luz quedaba impura. La madre de hijo varón a los cuarenta días del nacimiento terminaba el tiempo de impureza legal con el rito de la purificación. María Santísima, siempre virgen, de hecho no estaba comprendida en estos preceptos de la Ley porque ni había concebido por obra de varón, ni Cristo al nacer rompió la integridad virginal de su Madre. Sin embargo, Santa María quiso someterse a la Ley, aunque no estaba obligada.

¿Aprenderás con este ejemplo, niño tonto, a cumplir, a pesar de todos los sacrificios personales, la Santa Ley de Dios?

¡Purificarse! ¡Tú y yo sí que necesitamos purificación! —Expiar, y, por encima de la expiación, el Amor. —Un amor que sea cauterio, que abrase la roña de nuestra alma, y fuego, que encienda con llamas divinas la miseria de nuestro corazón» (San Josemaría Escrivá, Santo Rosario, cuarto misterio gozoso).

Asimismo, en Ex 13,2.12-13 se indica que todo primogénito pertenece a Dios y debe serle consagrado, esto es, dedicado al culto divino. Sin embargo, desde que éste fue reservado a la tribu de Leví, aquellos primogénitos que no pertenecían a esta tribu no se dedicaban al culto y para mostrar que seguían siendo propiedad especial de Dios, se realizaba el rito del rescate.

La Ley mandaba también que los israelitas ofrecieran para los sacrificios una res menor, por ejemplo un cordero, o si eran pobres un par de tórtolas o dos pichones. El Señor que «siendo rico se hizo pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza» (2 Cor 8,9), quiso que se ofreciera por Él la ofrenda de los pobres.

Simeón, calificado de hombre justo y temeroso de Dios, atento a la voluntad divina, se dirige al Señor en su oración como un vasallo o servidor leal que después de haber estado vigilante durante toda su vida, en espera de la venida de su Señor, ve ahora por fin llegado ese momento, que ha dado sentido a su existencia. Al tener al Niño en sus brazos, conoce, no por razón humana sino por gracia especial de Dios, que ese Niño es el Mesías prometido, la Consolación de Israel, la Luz de los pueblos.

El cántico de Simeón (v. 29-32) es además una verdadera profecía. Tiene este cántico dos estrofas: la primera (vv. 29-30) es una acción de gracias a Dios, traspasada de profundo gozo, por haber visto al Mesías. La segunda (vv. 31-32) acentúa el carácter profético y canta los beneficios divinos que el Mesías trae a Israel y a todos los hombres. El cántico destaca el carácter universal de la Redención de Cristo, anunciada por muchas profecías del Antiguo Testamento (cfr Gen 22,18; Is 2,6; Is 42,6; Is 60,3; Ps 97,2).

Podemos entender el gozo singular de Simeón al considerar que muchos patriarcas, profetas y reyes de Israel anhelaron ver al Mesías y no lo vieron, y él, en cambio, lo tiene en sus brazos (cfr Lc 10,24; 1 Pet 1,10).

La Virgen y San José se admiraban no porque desconocieran el misterio de Cristo, sino por el modo como Dios iba revelándolo. Una vez más nos enseñan a saber contemplar los misterios divinos en el nacimiento de Cristo.

Después de bendecirlos, Simeón, movido por el Espíritu Santo, profetiza de nuevo sobre el futuro del Niño y de su Madre. Las palabras de Simeón se han hecho más claras para nosotros al cumplirse en la Vida y Muerte del Señor.

Jesús, que ha venido para la salvación de todos los hombres, será sin embargo signo de contradicción, porque algunos se obstinarán en rechazarlo, y para éstos Jesús será su ruina. Para otros, en cambio, al aceptarlo con fe, Jesús será su salvación, librándolos del pecado en esta vida y resucitándolos para la vida eterna.

Las palabras dirigidas a la Virgen anuncian que María habría de estar íntimamente unida a la obra redentora de su Hijo. La espada de que habla Simeón expresa la participación de María en los sufrimientos del Hijo; es un dolor inenarrable, que traspasa el alma. El Señor sufrió en la Cruz por nuestros pecados; también son los pecados de cada uno de nosotros los que han forjado la espada de dolor de nuestra Madre. En consecuencia, tenemos un deber de desagravio no sólo con Dios, sino también con su Madre y Madre nuestra.

Las últimas palabras de la profecía «a fin de que se descubran los pensamientos de muchos corazones», enlazan con el versículo 34: en la aceptación o repulsa de Cristo se manifiesta la rectitud o perversión de la intimidad de los corazones.

El testimonio de Ana es muy parecido al de Simeón: como éste, también ella había estado esperando la venida del Mesías durante su larga vida, en un fiel servicio a Dios; y también es premiada con el gozo de verlo. «Hablaba de él», es decir, del Niño: alababa a Dios en oración personal, y exhortaba a los demás a que creyeran que aquel Niño era el Mesías.

Así, pues, el nacimiento de Cristo se manifiesta por tres clases de testigos y de tres modos distintos: primero por los pastores, tras el anuncio del ángel; segundo por los Magos, guiándoles la estrella; tercero por Simeón y Ana, movidos por el Espíritu Santo.

Quien, como Simeón y Ana, persevera en la piedad y en el servicio a Dios, por muy poca valía que parezca tener su vida a los ojos de los hombres, se convierte en instrumento apto del Espíritu Santo para dar a conocer a Cristo a los demás. En sus planes redentores, Dios se vale de estas almas sencillas para conceder muchos bienes a la humanidad.

«Nuestro Señor Jesucristo en cuanto niño, es decir, revestido de la fragilidad de la naturaleza humana, debía crecer y fortalecerse; pero en cuanto Verbo eterno de Dios no

necesitaba fortalecerse ni crecer. De donde muy bien se le describe lleno de sabiduría y de gracia» *(In Lucae Evangelium expositio, in loc.*)

SAN AMBROSIO (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO B)

La presentación en el templo

56. Qué es ser presentado en Jerusalén al Señor, yo lo diría si no lo hubiera dicho ya en mis comentarios sobre Isaías. Circuncidado de los vicios, ha sido juzgado digno de la mirada del Señor; pues los ojos del Señor reposan sobre los justos (Ps 33,16). Observa que todo el conjunto de la ley antigua ha sido figura del porvenir —pues la misma circuncisión es figura de la purificación de los pecados—; mas como, inclinada por la apetencia al pecado, la debilidad humana, cuerpo y alma, está enlazada por lazos inextricables de vicios, el día octavo, asignado para la circuncisión, figuraba que la purificación de todas las faltas debía cumplirse en el tiempo de la resurrección. Este es el sentido del texto: Todo varón que abre el seno materno será llamado santo para el Señor (Ex 13,12): estas palabras de la Ley prometían el fruto de la Virgen, verdaderamente santo, porque era sin tacha. Por lo demás, que Él es el que la Ley designa, lo manifiestan las mismas palabras repetidas por el ángel: El niño que nacerá de ti será llamado santo, Hijo de Dios (Lc 1,35). Pues ningún comercio humano ha podido penetrar el misterio del seno virginal, sino que una semilla sin tacha ha sido depositada en sus entrañas inmaculadas por el Espíritu Santo; efectivamente, el único de entre los nacidos de mujer que es perfectamente santo es el Señor Jesús, que no padeció los contagios de la corrupción terrena por la novedad de su parto inmaculado y fue apartado por su majestad celeste.

57. Pues, si nos atenemos a la letra, ¿cómo es santo todo varón, cuando no se nos oculta que muchos fueron grandes pecadores? ¿Acaso es santo Acab? ¿Acaso santos los falsos profetas a los que por la oración de Elías los consumió un fuego devorador que descendió del cielo? (1 Reg 18). Más he aquí al Santo en quien se va a cumplir el misterio del que las santas prescripciones de la Ley habían indicado la figura, ya que sólo Él debía conceder a la Iglesia, santa y virgen, el dar a luz de su seno entreabierto, por una fecundidad sin mancha, al pueblo de Dios. Sólo El abre, pues, el seno maternal, ¿y qué hay de extraño en ello? El que había dicho al profeta: Antes de que te formare en las entrañas de tu madre, yo te conocí, y en su seno mismo yo te santifiqué (Ier 1,5). El que santifica otro seno para que nazca el profeta, El mismo es el que abre el seno de su Madre para salir inmaculado.

58. Y he aquí que había un hombre en Jerusalén por nombre Simeón, Y era este hombre justo y temeroso de Dios, que aguardaba la consolación de Israel. No sólo los ángeles y los profetas, los pastores y los parientes, sino también los ancianos y los justos aportan su testimonio en el nacimiento del Señor. Toda edad, uno y otro sexo, los

acontecimientos milagrosos dan fe: una Virgen engendra, una estéril da a luz, un mudo habla, Isabel profetiza, el mago adora, el niño encerrado en el seno materno salta de gozo, una viuda da gracias y un justo espera. Con razón se le llama justo, pues no aguardaba su propia gracia, sino la del pueblo, deseando por su parte ser librado de los lazos de este cuerpo frágil, pero esperando ver al Mesías prometido; pues él sabía que eran dichosos los ojos que lo verían (Lc 10,23).

59. Ahora, dice, dejad partir a vuestro siervo. Considera a este justo, encerrado, por así decirlo, en la prisión de este cuerpo pesado y que desea librarse de él para comenzar a estar con Cristo: pues es mucho mejor ser librado de él y estar con Cristo (Phil 1,23). Mas el que quiere ser librado ha de venir al templo, ha de venir a Jerusalén, esperar al Ungido del Señor, recibir en sus manos la Palabra de Dios y como estrecharla en los brazos de su fe. Entonces él será liberado y no verá la muerte, habiendo visto la vida.

60. Considera qué abundancia de gracias ha derramado sobre todos el nacimiento del Señor y cómo la profecía ha sido negada a los incrédulos (cf. 1 Cor 14,22), pero no a los justos. He aquí que Simeón profetiza que nuestro Señor Jesucristo ha venido para la ruina y resurrección de muchos, para hacer entre los justos e injustos el discernimiento de los méritos y, según el valor de nuestros actos, como juez verdadero y justo decretar suplicios y premios.

61. Y tu alma, dice, será atravesada por una espada. Ni la escritura ni la historia nos enseñan que María haya emigrado de esta vida padeciendo el martirio en su cuerpo; pues no el alma, sino el cuerpo es el que puede ser transverberado por una espada material. Esto nos muestra, pues, la sabiduría de María, que no ignora el misterio celeste; ya que la palabra de Dios es viva, eficaz y tajante más que una espada de dos filos, y penetra hasta la división del alma y el espíritu, hasta las coyunturas y la médula, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón (Hebr 4,12); pues todo en las almas está desnudo y descubierto para el Hijo, al cual no escapan los secretos de la conciencia.

62. De este modo, Simeón ha profetizado, y habían profetizado también una mujer casada y una virgen; debía de hacerlo también una viuda, para que no faltase ni el sexo ni el estado de vida. Por esto nos es presentada Ana: los méritos de su viudez y su conducta nos inducen a creer que fue considerada digna de anunciar que había venido el Redentor de todos. Habiendo descrito sus méritos en otro lugar, cuando tratamos acerca de las viudas, no juzgamos oportuno repetirlo aquí, porque queremos exponer otras cosas. No sin razón se han mencionado los ochenta y cuatro años de su viudez; pues estas siete decenas y dos cuarentenas parecen indicar un número sagrados.

Lc 2, 41-52. Jesús en medio de los doctores

63. Y cuando llegó a la edad de doce años. A los doce años, según leemos, es cuando comenzó la enseñanza del Señor; pues un mismo número de mensajeros se había reservado a la predicación de la fe. No sin motivo, olvidándose de sus padres según la carne, el que, aun en su carne mortal, estaba lleno de la sabiduría de Dios y de su gracia,

al cabo de tres días fue encontrado en el templo, como signo de que a los tres días de su pasión triunfante, resucitado, debía presentarse a nuestra fe sobre el trono del cielo y entre los honores divinos el que era creído muerto.

64. ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debía dedicarme en los asuntos de mi Padre? Existen en Cristo dos filiaciones: una es de su Padre, y otra de su Madre. La primera, por su Padre, es toda divina, mientras que por su Madre ha descendido a nuestros trabajos y costumbres. Por lo mismo, lo que sobrepasa la naturaleza, la edad, la costumbre, no ha de ser atribuido a las facultades humanas, sino referido a las energías divinas. En otro lugar, la madre le impulsa a hacer un acto misterioso (milagroso) (Io 2,3); aquí la madre es reprendida por exigir todavía algo humano. Mas, como aquí se le muestra en la edad de doce años, allí se nos dice que tenía discípulos, observa que la Madre aprendió del Hijo a exigir el misterio en su mayor edad, la que se admiraba del milagro en el más joven.

65. Y vino a Nazaret y les estaba sometido. Maestro de la virtud, ¿podría no cumplir sus deberes de piedad filial? ¿Y nos extrañan a nosotros sus deferencias para con el Padre si se somete a la Madre? No es su debilidad, sino su piedad la que hace esta dependencia, aunque, saliendo de su antro tortuoso, la serpiente del error levante la cabeza y, de sus entrañas viperinas, vomitase el veneno. Cuando el Hijo se llama "enviado", el hereje llama mayor al Padre, para declarar imperfecto a este Hijo que puede tener a Alguien más grande que El, para afirmar que tiene necesidad de socorros extraños, puesto que ha sido "enviado" ¿Necesitaba acaso un auxilio humano para servir al mandato materno? Era deferente con el hombre, era deferente con la esclava — pues ella dijo de sí: He aquí la esclava del Señor—, era deferente con su padre putativo; ¿por qué te extraña su deferencia para con Dios? ¿Sería, pues, ser deferente para con el hombre piedad, y para con Dios debilidad? Que al menos lo humano te haga apreciar lo divino y reconocer qué amor es debido a un padre. El Padre honra al Hijo (Io 8,54), ¿no quieres que el hijo honre al Padre? El Padre, hablando desde el cielo, declara que se complace en su Hijo, ¿no quieres tú que el Hijo, cubierto con el vestido de una carne humana, expresando en el lenguaje del hombre un sentimiento humano, declare a su Padre mayor que Él? Pues si el Señor es grande, y digno de toda alabanza, y su grandeza no tiene fin (Ps 144,3), es cierto que una grandeza que no tiene fin no puede recibir aumento. Pero ¿por qué no entender y admitir con espíritu religioso la obediencia del Hijo para con el Padreen el cuerpo que ha tomado, cuando admito religiosamente el homenaje del Padre para con el Hijo?

66. Aprende mejor los preceptos que te serán útiles y reconoce los ejemplos de piedad filial. Aprende lo que tú debes hacer con tus padres al leer que el Hijo no se separa del Padre ni por la voluntad, ni por la actividad, ni en el tiempo. Aunque son dos personas, por el poder no son más que Uno. Y este Padre celestial no ha experimentado los trabajos de la generación; tú, en cambio, debes a tu madre la pérdida de su integridad, el sacrificio de su virginidad, los peligros del parto; a tu madre las fatigas prolongadas, pues la pobre, en estos frutos tan deseados, peligra mucho más, y el nacimiento que ha deseado la libra

de su trabajo, no de sus temores. ¿Qué decir del cuidado de los padres por la educación de sus hijos, de sus cargas multiplicadas por las necesidades de otros, de las semillas lanzadas por el trabajo y que aprovecharán a las generaciones siguientes? ¿No debe exigir todo esto al menos alguna sumisión? ¿Cómo encuentra el ingrato que su padre vive demasiado tiempo y le incomoda la comunidad de patrimonio, cuando Cristo no ha desechado a los herederos?

***Tratado sobre el Evangelio de San Lucas (I)*, L.7, 207221, BAC Madrid 1966, 118124**

FRANCISCO – Ángelus 2013, 2014 y 2017 - Catequesis del 17.XII.14

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO B)

Ángelus 2013

Tomar conciencia de la importancia de la familia en la Iglesia y en la sociedad

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En este primer domingo después de Navidad, la Liturgia nos invita a celebrar la fiesta de la Sagrada Familia de Nazaret. En efecto, cada belén nos muestra a Jesús junto a la Virgen y a san José, en la cueva de Belén. Dios quiso nacer en una familia humana, quiso tener una madre y un padre, como nosotros.

Y hoy el Evangelio nos presenta a la Sagrada Familia por el camino doloroso del destierro, en busca de refugio en Egipto. José, María y Jesús experimentan la condición dramática de los refugiados, marcada por miedo, incertidumbre, incomodidades (cf. *Mt* 2, 13-15.19-23). Lamentablemente, en nuestros días, millones de familias pueden reconocerse en esta triste realidad. Casi cada día la televisión y los periódicos dan noticias de refugiados que huyen del hambre, de la guerra, de otros peligros graves, en busca de seguridad y de una vida digna para sí mismos y para sus familias.

En tierras lejanas, incluso cuando encuentran trabajo, no siempre los refugiados y los inmigrantes encuentran auténtica acogida, respeto, aprecio por los valores que llevan consigo. Sus legítimas expectativas chocan con situaciones complejas y dificultades que a veces parecen insuperables. Por ello, mientras fijamos la mirada en la Sagrada Familia de Nazaret en el momento en que se ve obligada a huir, pensemos en el drama de los inmigrantes y refugiados que son víctimas del rechazo y de la explotación, que son víctimas de la trata de personas y del trabajo esclavo. Pero pensemos también en los demás «exiliados»: yo les llamaría «exiliados ocultos», esos exiliados que pueden encontrarse en el seno de las familias mismas: los ancianos, por ejemplo, que a veces son tratados como presencias que estorban. Muchas veces pienso que un signo para saber cómo va una familia es ver cómo se tratan en ella a los niños y a los ancianos.

Jesús quiso pertenecer a una familia que experimentó estas dificultades, para que nadie se sienta excluido de la cercanía amorosa de Dios. La huida a Egipto causada por las amenazas de Herodes nos muestra que Dios está allí donde el hombre está en peligro, allí donde el hombre sufre, allí donde huye, donde experimenta el rechazo y el abandono; pero Dios está también allí donde el hombre sueña, espera volver a su patria en libertad, proyecta y elige en favor de la vida y la dignidad suya y de sus familiares.

Hoy, nuestra mirada a la Sagrada Familia se deja atraer también por la sencillez de la vida que ella lleva en Nazaret. Es un ejemplo que hace mucho bien a nuestras familias, les ayuda a convertirse cada vez más en una comunidad de amor y de reconciliación, donde se experimenta la ternura, la ayuda mutua y el perdón recíproco. Recordemos las tres palabras clave para vivir en paz y alegría en la familia: permiso, gracias, perdón. Cuando en una familia no se es entrometido y se pide «permiso», cuando en una familia no se es egoísta y se aprende a decir «gracias», y cuando en una familia uno se da cuenta que hizo algo malo y sabe pedir «perdón», en esa familia hay paz y hay alegría. Recordemos estas tres palabras. Pero las podemos repetir todos juntos: permiso, gracias, perdón. (Todos: *permiso, gracias, perdón*) Desearía alentar también a las familias a tomar conciencia de la importancia que tienen en la Iglesia y en la sociedad. El anuncio del Evangelio, en efecto, pasa ante todo a través de las familias, para llegar luego a los diversos ámbitos de la vida cotidiana.

Invoquemos con fervor a María santísima, la Madre de Jesús y Madre nuestra, y a san José, su esposo. Pidámosle a ellos que iluminen, conforten y guíen a cada familia del mundo, para que puedan realizar con dignidad y serenidad la misión que Dios les ha confiado.

***

Ángelus 2014

La Familia de Nazaret es santa porque está centrada en Jesús.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En este primer domingo después de Navidad, mientras estamos aún inmersos en el clima gozoso de la fiesta, la Iglesia nos invita a contemplar a la Sagrada Familia de Nazaret. El Evangelio de hoy nos presenta a la Virgen y a san José en el momento en que, cuarenta días después del nacimiento de Jesús, van al templo de Jerusalén. Lo hacen en religiosa obediencia a la Ley de Moisés, que prescribe ofrecer el primogénito al Señor (cf. *Lc*2, 22-24).

Podemos imaginar a esta pequeña familia, en medio de tanta gente, en los grandes atrios del templo. No sobresale a la vista, no se distingue... Sin embargo, no pasa desapercibida. Dos ancianos, Simeón y Ana, movidos por el Espíritu Santo, se acercan y comienzan a alabar a Dios por ese Niño, en quien reconocen al Mesías, luz de las gentes y salvación de Israel (cf. *Lc*2, 22-38). Es un momento sencillo pero rico de profecía: el

encuentro entre dos jóvenes esposos llenos de alegría y de fe por las gracias del Señor; y dos ancianos también ellos llenos de alegría y de fe por la acción del Espíritu. ¿Quién hace que se encuentren? Jesús. Jesús hace que se encuentren: los jóvenes y los ancianos. Jesús es quien acerca a las generaciones. Es la fuente de ese amor que une a las familias y a las personas, venciendo toda desconfianza, todo aislamiento, toda distancia. Esto nos hace pensar también en los abuelos: ¡cuán importante es su presencia, la presencia de los abuelos! ¡Cuán precioso es su papel en las familias y en la sociedad! La buena relación entre los jóvenes y los ancianos es decisivo para el camino de la comunidad civil y eclesial. Y mirando a estos dos ancianos, a estos dos abuelos —Simeón y Ana— saludamos desde aquí, con un aplauso, a todos los abuelos del mundo.

El mensaje que proviene de la Sagrada Familia es ante todo un mensaje de *fe*. En la vida familiar de María y José Dios está verdaderamente en el centro, y lo está en la Persona de Jesús. Por eso la Familia de Nazaret es santa. ¿Por qué? Porque está centrada en Jesús.

Cuando padres e hijos respiran juntos este clima de fe, poseen una energía que les permite afrontar pruebas incluso difíciles, como muestra la experiencia de la Sagrada Familia, por ejemplo, en el hecho dramático de la huida a Egipto: una dura prueba.

El Niño Jesús con su Madre María y con san José son una imagen familiar sencilla pero muy luminosa. La luz que ella irradia es luz de misericordia y de salvación para todo el mundo, luz de verdad para todo hombre, para la familia humana y para cada familia. Esta luz que viene de la Sagrada Familia nos alienta a ofrecer calor humano en esas situaciones familiares en las que, por diversos motivos, falta la paz, falta la armonía y falta el perdón. Que no disminuya nuestra solidaridad concreta especialmente en relación con las familias que están viviendo situaciones más difíciles por las enfermedades, la falta de trabajo, las discriminaciones, la necesidad de emigrar... Y aquí nos detenemos un poco y en silencio rezamos por todas esas familias en dificultad, tanto dificultades de enfermedad, falta de trabajo, discriminación, necesidad de emigrar, como dificultades para comprenderse e incluso de desunión. En silencio rezamos por todas esas familias... (Dios te salve María...).

Encomendamos a María, Reina y madre de la familia, a todas las familias del mundo, a fin de que puedan vivir en la fe, en la concordia, en la ayuda mutua, y por esto invoco sobre ellas la maternal protección de quien fue madre e hija de su Hijo.

***

Ángelus 2017

El crecimiento armónico y pleno de los hijos

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En este primer domingo después de Navidad, celebramos la Santa Familia de Nazaret y el Evangelio nos invita a reflexionar sobre la experiencia vivida por María, José

y Jesús mientras crecen juntos como familia en el amor recíproco y en la confianza en Dios. De esta confianza es expresión el rito cumplido por María y José con el ofrecimiento del hijo Jesús a Dios. El Evangelio dice: «Llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarle al Señor» (*Lucas* 2, 22), como requería la ley de Moisés. Los padres de Jesús van al templo para confirmar que el hijo pertenece a Dios y que ellos son los custodios de su vida pero no son los propietarios. Y esto nos hace reflexionar. Todos los padres son custodios de la vida de los hijos, pero no propietarios y deben ayudarlos a crecer, a madurar.

Este gesto subraya que solo Dios es el Señor de la historia individual y familiar; todo nos viene por Él. Cada familia está llamada a reconocer tal primado, custodiando y educando a los hijos para abrirse a Dios que es la fuente de la misma vida. Pasa por aquí el secreto de la juventud interior, testimoniado paradójicamente en el Evangelio por una pareja de ancianos, Simeón y Ana. El viejo Simeón, en particular, inspirado por el Espíritu Santo dice a propósito del niño Jesús: «Éste está puesto para caída y elevación de muchos en Israel y para dar señal de contradicción [...] a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones» (vv. 34-35).

Estas palabras proféticas revelan que Jesús ha venido para hacer caer las falsas imágenes que nos hacemos de Dios y también de nosotros mismos; para «rebatir» las seguridades mundanas sobre las que pretendemos apoyarnos; para hacernos «resurgir» hacia un camino humano y cristiano verdadero, sobre los valores del Evangelio. No hay situación familiar que esté excluida de este camino nuevo de renacimiento y de resurrección. Y cada vez que las familias, también las heridas y marcadas por la fragilidad, fracasos y dificultades vuelven a la fuente de la experiencia cristiana, se abren caminos nuevos y posibilidades inimaginables.

El relato evangélico de hoy refiere que María y José, «cumplieron todas las cosas según la Ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño crecía —dice el Evangelio— y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él» (vv. 39-40). Una gran alegría de la familia es el crecimiento de los hijos, todos lo sabemos. Estos están destinados a desarrollarse y fortalecerse, a adquirir sabiduría y a acoger la gracia de Dios, precisamente como sucedió a Jesús. Él es realmente uno de nosotros: el Hijo de Dios se hace niño, acepta crecer, fortalecerse, está lleno de sabiduría y la gracia de Dios está sobre Él. María y José tienen la alegría de ver todo esto en su hijo; y esta es la misión a la que está orientada la familia: crear las condiciones favorables para el crecimiento armónico y pleno de los hijos, con el fin de que puedan vivir una vida buena, digna de Dios y constructiva para el mundo.

Es este el deseo que dirijo a todas las familias hoy, acompañándolo con la invocación a María, Reina de la Familia.

***

Catequesis del 17 de diciembre de 2014

Dios eligió nacer en una familia humana

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Sínodo de los obispos sobre la familia, que se acaba de celebrar, ha sido la primera etapa de un camino, que se concluirá el próximo mes de octubre con la celebración de otra asamblea sobre el tema «Vocación y misión de la familia en la Iglesia y en el mundo». La oración y la reflexión que deben acompañar este camino implican a todo el pueblo de Dios. Quisiera que también las habituales meditaciones de las audiencias del miércoles se introduzcan en este camino común. He decidido, por ello, reflexionar con vosotros, durante este año, precisamente sobre la familia, sobre este gran don que el Señor entregó al mundo desde el inicio, cuando confirió a Adán y Eva la misión de multiplicarse y llenar la tierra (cf. *Gn* 1, 28). Ese don que Jesús confirmó y selló en su Evangelio.

La cercanía de la Navidad enciende una gran luz sobre este misterio. La Encarnación del Hijo de Dios abre un nuevo inicio en la historia universal del hombre y la mujer. Y este nuevo inicio tiene lugar en el seno de una familia, en Nazaret. Jesús nació en una familia. Él podía llegar de manera espectacular, o como un guerrero, un emperador... No, no: viene como un hijo de familia. Esto importante: contemplar en el belén esta escena tan hermosa.

Dios eligió nacer en una familia humana, que Él mismo formó. La formó en un poblado perdido de la periferia del Imperio Romano. No en Roma, que era la capital del Imperio, no en una gran ciudad, sino en una periferia casi invisible, sino más bien con mala fama. Lo recuerdan también los Evangelios, casi como un modo de decir: «¿De Nazaret puede salir algo bueno?» (*Jn* 1, 46). Tal vez, en muchas partes del mundo, nosotros mismos aún hablamos así, cuando oímos el nombre de algún sitio periférico de una gran ciudad. Sin embargo, precisamente allí, en esa periferia del gran Imperio, inició la historia más santa y más buena, la de Jesús entre los hombres. Y allí se encontraba esta familia.

Jesús permaneció en esa periferia durante treinta años. El evangelista Lucas resume este período así: Jesús «estaba sujeto a ellos [es decir a María y a José]. Y uno podría decir: «Pero este Dios que viene a salvarnos, ¿perdió treinta años allí, en esa periferia de mala fama?». ¡Perdió treinta años! Él quiso esto. El camino de Jesús estaba en esa familia. «Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres» (2, 51-52). No se habla de milagros o curaciones, de predicaciones —no hizo nada de ello en ese período—, de multitudes que acudían a Él. En Nazaret todo parece suceder «normalmente», según las costumbres de una piadosa y trabajadora familia israelita: se trabajaba, la mamá cocinaba, hacía todas las cosas de la casa, planchaba las camisas... todas las cosas de mamá. El papá, carpintero, trabajaba, enseñaba al hijo a trabajar. Treinta años. «¡Pero que desperdicio, padre!». Los caminos de Dios son misteriosos. Lo que allí era importante era la familia. Y eso no era un desperdicio. Eran grandes santos: María, la mujer más santa, inmaculada, y José, el hombre más justo... La familia.

Ciertamente que nos enterneceríamos con el relato acerca del modo en que Jesús adolescente afrontaba las citas de la comunidad religiosa y los deberes de la vida social; al conocer cómo, siendo joven obrero, trabajaba con José; y luego su modo de participar en la escucha de las Escrituras, en la oración de los salmos y en muchas otras costumbres de la vida cotidiana. Los Evangelios, en su sobriedad, no relatan nada acerca de la adolescencia de Jesús y dejan esta tarea a nuestra afectuosa meditación. El arte, la literatura, la música recorrieron esta senda de la imaginación. Ciertamente, no se nos hace difícil imaginar cuánto podrían aprender las madres de las atenciones de María hacia ese Hijo. Y cuánto los padres podrían obtener del ejemplo de José, hombre justo, que dedicó su vida en sostener y defender al niño y a su esposa —su familia— en los momentos difíciles. Por no decir cuánto podrían ser alentados los jóvenes por Jesús adolescente en comprender la necesidad y la belleza de cultivar su vocación más profunda, y de soñar a lo grande. Jesús cultivó en esos treinta años su vocación para la cual lo envió el Padre. Y Jesús jamás, en ese tiempo, se desalentó, sino que creció en valentía para seguir adelante con su misión.

Cada familia cristiana —como hicieron María y José—, ante todo, puede acoger a Jesús, escucharlo, hablar con Él, custodiarlo, protegerlo, crecer con Él; y así mejorar el mundo. Hagamos espacio al Señor en nuestro corazón y en nuestras jornadas. Así hicieron también María y José, y no fue fácil: ¡cuántas dificultades tuvieron que superar! No era una familia artificial, no era una familia irreal. La familia de Nazaret nos compromete a redescubrir la vocación y la misión de la familia, de cada familia. Y, como sucedió en esos treinta años en Nazaret, así puede suceder también para nosotros: convertir en algo normal el amor y no el odio, convertir en algo común la ayuda mutua, no la indiferencia o la enemistad. No es una casualidad, entonces, que «Nazaret» signifique «Aquella que custodia», como María, que —dice el Evangelio— «conservaba todas estas cosas en su corazón» (cf. *Lc* 2, 19.51). Desde entonces, cada vez que hay una familia que custodia este misterio, incluso en la periferia del mundo, se realiza el misterio del Hijo de Dios, el misterio de Jesús que viene a salvarnos, que viene para salvar al mundo. Y esta es la gran misión de la familia: dejar sitio a Jesús que viene, acoger a Jesús en la familia, en la persona de los hijos, del marido, de la esposa, de los abuelos... Jesús está allí. Acogerlo allí, para que crezca espiritualmente en esa familia. Que el Señor nos dé esta gracia en estos últimos días antes de la Navidad. Gracias.

BENEDICTO XVI - Ángelus 2008

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO B)

La Sagrada Familia es modelo de todos los valores que la familia conserva y promueve

Queridos hermanos y hermanas:

En este domingo, que sigue al Nacimiento del Señor, celebramos con alegría a la Sagrada Familia de Nazaret. El contexto es el más adecuado, porque la Navidad es por excelencia la fiesta de la familia. Lo demuestran numerosas tradiciones y costumbres sociales, especialmente la de reunirse todos, precisamente en familia, para las comidas festivas y para intercambiarse felicitaciones y regalos. Y ¡cómo no notar que en estas circunstancias, el malestar y el dolor causados por ciertas heridas familiares se amplifican!

Jesús quiso nacer y crecer en una familia humana; tuvo a la Virgen María como madre; y san José le hizo de padre. Ellos lo criaron y educaron con inmenso amor. La familia de Jesús merece de verdad el título de "santa", porque su mayor anhelo era cumplir la voluntad de Dios, encarnada en la adorable presencia de Jesús.

Por una parte, es una familia como todas las demás y, en cuanto tal, es modelo de amor conyugal, de colaboración, de sacrificio, de ponerse en manos de la divina Providencia, de laboriosidad y de solidaridad; es decir, de todos los valores que la familia conserva y promueve, contribuyendo de modo primario a formar el entramado de toda sociedad.

Sin embargo, al mismo tiempo, la Familia de Nazaret es única, diversa de todas las demás, por su singular vocación vinculada a la misión del Hijo de Dios. Precisamente con esta unicidad señala a toda familia, y en primer lugar a las familias cristianas, el horizonte de Dios, el primado dulce y exigente de su voluntad y la perspectiva del cielo al que estamos destinados. Por todo esto hoy damos gracias a Dios, pero también a la Virgen María y a san José, que con tanta fe y disponibilidad cooperaron al plan de salvación del Señor.

Para expresar la belleza y el valor de la familia, hoy se han dado cita en Madrid miles de personas. A ellas quiero dirigirme ahora en lengua española.

Dirijo ahora un cordial saludo a los participantes que se encuentran reunidos en Madrid en esta entrañable fiesta para orar por la familia y comprometerse a trabajar en favor de ella con fortaleza y esperanza. La familia es ciertamente una gracia de Dios, que deja traslucir lo que él mismo es: Amor. Un amor enteramente gratuito, que sustenta la fidelidad sin límites, aun en los momentos de dificultad o abatimiento. Estas cualidades se encarnan de manera eminente en la Sagrada Familia, en la que Jesús vino al mundo y fue creciendo y llenándose de sabiduría, con los cuidados primorosos de María y la tutela fiel de san José.

Queridas familias, no dejéis que el amor, la apertura a la vida y los lazos incomparables que unen vuestro hogar se desvirtúen. Pedídselo constantemente al Señor, orad juntos, para que vuestros propósitos sean iluminados por la fe y ensalzados por la gracia divina en el camino hacia la santidad. De este modo, con el gozo de vuestro compartir todo en el amor, daréis al mundo un hermoso testimonio de lo importante que es la familia para el ser humano y la sociedad. El Papa está a vuestro lado, pidiendo

especialmente al Señor por quienes en cada familia tienen mayor necesidad de salud, trabajo, consuelo y compañía. En esta oración del Ángelus, os encomiendo a todos a nuestra Madre del cielo, la Santísima Virgen María.

Queridos hermanos y hermanas, hablando de la familia, no puedo menos de recordar que, del 14 al 18 de enero de 2009, tendrá lugar en la ciudad de México el VI Encuentro mundial de las familias. Oremos ya desde ahora por este importante acontecimiento eclesial y encomendemos al Señor a cada familia, especialmente a las más probadas por las dificultades de la vida y por las plagas de la incomprensión y la división. El Redentor, nacido en Belén, conceda a todas la serenidad y la fuerza para avanzar unidas por el camino del bien.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO B)

B. Fiesta de la Sagrada Familia

120. "El domingo dentro de la Octava de Navidad, Fiesta de la Sagrada Familia, el Evangelio es el de la infancia de Jesús, las demás lecturas hablan de las virtudes de la vida doméstica" (OLM 95). Los Evangelistas, en esencia, no contaron nada sobre la vida de Jesús desde su Nacimiento hasta el comienzo de su ministerio público; lo poco que nos ha sido transmitido lo escuchamos en los pasajes evangélicos propuestos para esta Fiesta. Los portentos que rodean el Nacimiento del Salvador se debilitan y la Sagrada Familia vive una vida doméstica muy común, que viene ofrecida a las familias como modelo a imitar, tal como sugieren las oraciones de esta celebración.

121. Cada día, en diversos lugares del mundo, la institución familiar soporta grandes retos y, por ello, sería apropiado que el homileta hablara de ello. No obstante, más que ofrecer una simple exhortación moral sobre los valores de la familia, el homileta debería inspirarse en las lecturas del día para hablar de la familia cristiana como escuela de ***discipulado***. Cristo, del que celebramos su Nacimiento, ha venido al mundo para hacer la voluntad del Padre: tal obediencia, dócil a la inspiración del Espíritu Santo, tiene que encontrar un lugar en cada familia cristiana. José obedece al ángel y conduce al Hijo y a su Madre a Egipto (Año A); María y José obedecen la Ley presentando al Niño en el Templo (Año B) y yendo hacia Jerusalén para la fiesta de la Pascua judía (Año C). Jesús, por su parte, obedece a sus padres terrenales pero el deseo de estar en la casa del Padre es todavía más grande (Año C). Como cristianos, somos miembros también de otra familia, que se reúne en torno a la mesa familiar del altar para alimentarnos del Sacrificio que se ha cumplido, ya que Cristo ha obedecido hasta la muerte. Tenemos que ver a las familias como Iglesia doméstica en la que poner en práctica aquel modelo de amor oblativo de sí mismo que asimilamos en la Eucaristía. De este modo, todas las familias

cristianas se abre también hacia afuera para formar parte de la nueva familia y más amplia de Jesús: «El que cumple la voluntad de Dios, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre» (Mc 3,35).

122. La comprensión del sentido cristiano de la vida familiar ayuda al homileta a explicar la lectura tomada de la Carta de san Pablo a los Colosenses. El precepto apostólico, según el cual la mujer debe estar sometida al marido, puede chocar a nuestros contemporáneos; si el homileta piensa no comentar esto, sería más prudente recurrir a la versión breve de la lectura. No obstante, los pasajes complicados de la Escritura, en la mayor parte de los casos, tienen mucho que enseñarnos y este caso específico ofrece al homileta la ocasión de afrontar un argumento con el que podría no estar de acuerdo el oyente moderno, pero que de suyo representa una fortaleza si se comprende correctamente. La referencia a un texto similar, tomado de la Carta de san Pablo a los Efesios (5,21-6,4), nos permite profundizar en su significado. Pablo, en este texto, discute las recíprocas responsabilidades de la vida familiar. La frase clave es la siguiente: «Sed sumisos unos a otros con respeto cristiano» (Ef 5,21). La originalidad de la enseñanza del Apóstol no reside en el hecho de que la mujer deba estar sometida a su marido, condición ya asumida en la cultura de su tiempo. Lo que es novedoso y, además, propiamente cristiano, es, sobre todo, que esta sumisión debe ser recíproca: si la mujer debe obedecer al marido, él, a su vez, como Cristo, debe sacrificar su propia vida por su esposa. En segundo lugar, la razón de la mutua sumisión no está dirigida simplemente a la armonía de la familia o al bien de la sociedad, sino que se realiza por ***temor de Cristo***. En otras palabras, la sumisión recíproca en la familia es una expresión del discipulado cristiano; la casa familiar es, o tendría que llegar a ser, un lugar donde manifestamos nuestro amor a Dios sacrificando nuestras vidas el uno por el otro. El homileta puede lanzar el reto a los oyentes para que lleven a cabo en sus relaciones este amor de auto-oblación, que es el corazón de la vida y de la misión de Cristo, celebrado en la "comida familiar" de la Eucaristía.

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La Sagrada Familia

Los misterios de la vida oculta de Jesús

531. Jesús compartió, durante la mayor parte de su vida, la condición de la inmensa mayoría de los hombres: una vida cotidiana sin aparente importancia, vida de trabajo manual, vida religiosa judía sometida a la ley de Dios (cf. Ga 4, 4), vida en la comunidad. De todo este período se nos dice que Jesús estaba "sometido" a sus padres y que "progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres" (Lc 2, 51-52).

532. Con la sumisión a su madre, y a su padre legal, Jesús cumple con perfección el cuarto mandamiento. Es la imagen temporal de su obediencia filial a su Padre celestial. La sumisión cotidiana de Jesús a José y a María anunciaba y anticipaba la sumisión del Jueves Santo: "No se haga mi voluntad..." (Lc 22, 42). La obediencia de Cristo en lo

cotidiano de la vida oculta inaugurada ya la obra de restauración de lo que la desobediencia de Adán había destruido (cf. Rm 5, 19).

533. La vida oculta de Nazaret permite a todos entrar en comunión con Jesús a través de los caminos más ordinarios de la vida humana:

Nazaret es la escuela donde se comienza a entender la vida de Jesús: la escuela del Evangelio…Una lección de silencio ante todo. Que nazca en nosotros la estima del silencio, esta condición del espíritu admirable e inestimable… Una lección de vida familiar. Que Nazaret nos enseñe lo que es la familia, su comunión de amor, su austera y sencilla belleza, su carácter sagrado e inviolable… Una lección de trabajo. Nazaret, oh casa del "Hijo del Carpintero", aquí es donde querríamos comprender y celebrar la ley severa y redentora del trabajo humano …; cómo querríamos, en fin, saludar aquí a todos los trabajadores del mundo entero y enseñarles su gran modelo, su hermano divino (Pablo VI, discurso 5 enero 1964 en Nazaret).

534. El hallazgo de Jesús en el Templo (cf. Lc 2, 41-52) es el único suceso que rompe el silencio de los Evangelios sobre los años ocultos de Jesús. Jesús deja entrever en ello el misterio de su consagración total a una misión derivada de su filiación divina: "¿No sabíais que me debo a los asuntos de mi Padre?" María y José "no comprendieron" esta palabra, pero la acogieron en la fe, y María "conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón", a lo largo de todos los años en que Jesús permaneció oculto en el silencio de una vida ordinaria.

La familia cristiana, una Iglesia doméstica

1655. Cristo quiso nacer y crecer en el seno de la Sagrada Familia de José y de María. La Iglesia no es otra cosa que la "familia de Dios". Desde sus orígenes, el núcleo de la Iglesia estaba a menudo constituido por los que, "con toda su casa", habían llegado a ser creyentes (cf Hch 18,8). Cuando se convertían deseaban también que se salvase "toda su casa" (cf Hch 16,31 y 11,14). Estas familias convertidas eran islotes de vida cristiana en un mundo no creyente.

1656. En nuestros días, en un mundo frecuentemente extraño e incluso hostil a la fe, las familias creyentes tienen una importancia primordial en cuanto faros de una fe viva e irradiadora. Por eso el Concilio Vaticano II llama a la familia, con una antigua expresión, "Ecclesia domestica" (LG 11; cf. FC 21). En el seno de la familia, "los padres han de ser para sus hijos los primeros anunciadores de la fe con su palabra y con su ejemplo, y han de fomentar la vocación personal de cada uno y, con especial cuidado, la vocación a la vida consagrada" (LG 11).

1657. Aquí es donde se ejercita de manera privilegiada el sacerdocio bautismal del padre de familia, de la madre, de los hijos, de todos los miembros de la familia, "en la recepción de los sacramentos, en la oración y en la acción de gracias, con el testimonio de una vida santa, con la renuncia y el amor que se traduce en obras" (LG 10). El hogar es así la primera escuela de vida cristiana y "escuela del más rico humanismo" (GS 52,1). Aquí se

aprende la paciencia y el gozo del trabajo, el amor fraterno, el perdón generoso, incluso reiterado, y sobre todo el culto divino por medio de la oración y la ofrenda de su vida.

1658. Es preciso recordar asimismo a un gran número de personas que permanecen solteras a causa de las concretas condiciones en que deben vivir, a menudo sin haberlo querido ellas mismas. Estas personas se encuentran particularmente cercanas al corazón de Jesús; y, por ello, merecen afecto y solicitud diligentes de la Iglesia, particularmente de sus pastores. Muchas de ellas viven sin familia humana, con frecuencia a causa de condiciones de pobreza. Hay quienes viven su situación según el espíritu de las bienaventuranzas sirviendo a Dios y al prójimo de manera ejemplar. A todas ellas es preciso abrirles las puertas de los hogares, "iglesias domésticas" y las puertas de la gran familia que es la Iglesia. "Nadie se sienta sin familia en este mundo: la Iglesia es casa y familia de todos, especialmente para cuantos están 'fatigados y agobiados' (Mt 11,28)" (FC 85).

La familia cristiana

2204. "La familia cristiana constituye una revelación y una actuación específicas de la comunión eclesial; por eso…puede y debe decirse iglesia doméstica" (FC 21, cf LG 11). Es una comunidad de fe, esperanza y caridad, posee en la Iglesia una importancia singular como aparece en el Nuevo Testamento (cf Ef 5,21-6,4; Col 3,18-21; 1 P 3, 1-7).

2205. La familia cristiana es una comunión de personas, reflejo e imagen de la comunión del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo. Su actividad procreadora y educativa es reflejo de la obra creadora de Dios. Es llamada a participar en la oración y el sacrificio de Cristo. La oración cotidiana y la lectura de la Palabra de Dios fortalecen en ella la caridad. La familia cristiana es evangelizadora y misionera.

2206. Las relaciones en el seno de la familia entrañan una afinidad de sentimientos, afectos e intereses que provienen sobre todo del mutuo respeto de las personas. La familia es una "comunidad privilegiada" llamada a realizar un "propósito común de los esposos y una cooperación diligente de los padres en la educación de los hijos" (GS 52,1).

Los deberes de los miembros de la familia

Deberes de los hijos

2214. La paternidad divina es la fuente de la paternidad humana (cf. Ef 3,14); es el fundamento del honor de los padres. El respeto de los hijos, menores o mayores de edad, hacia su padre y hacia su madre (cf Pr 1,8; Tb 4,3-4), se nutre del afecto natural nacido del vínculo que los une. Es exigido por el precepto divino (cf Ex 20,12).

2215. El respeto a los padres (piedad filial) está hecho de gratitud para quienes, mediante el don de la vida, su amor y su trabajo, han traído sus hijos al mundo y les han ayudado a crecer en estatura, en sabiduría y en gracia. "Con todo tu corazón honra a tu padre, y no olvides los dolores de tu madre. Recuerda que por ellos has nacido, ¿cómo les pagarás lo que contigo han hecho?" (Si 7,27-28).

2216. El respeto filial se revela en la docilidad y la obediencia verdaderas. "Guarda, hijo mío, el mandato de tu padre y no desprecies la lección de tu madre...en tus pasos ellos serán tu guía; cuando te acuestes, velarán por ti; conversarán contigo al despertar" (Pr 6,20-22). "El hijo sabio ama la instrucción, el arrogante no escucha la reprensión" (Pr 13,1).

2217. Mientras vive en el domicilio de sus padres, el hijo debe obedecer a todo lo que estos dispongan para su bien o el de la familia. "Hijos, obedeced en todo a vuestros padres, porque esto es grato a Dios en el Señor" (Col 3,20; cf Ef 6,1). Los hijos deben obedecer también las prescripciones razonables de sus educadores y de todos aquellos a quienes sus padres los han confiado. Pero si el hijo está persuadido en conciencia de que es moralmente malo obedecer esa orden, no debe seguirla.

Cuando sean mayores, los hijos deben seguir respetando a sus padres. Deben prever sus deseos, solicitar dócilmente sus consejos y aceptar sus amonestaciones justificadas. La obediencia a los padres cesa con la emancipación de los hijos, pero no el respeto que permanece para siempre. Este, en efecto, tiene su raíz en el temor de Dios, uno de los dones del Espíritu Santo.

2218. El cuarto mandamiento recuerda a los hijos mayores de edad sus responsabilidades para con los padres. En cuanto puedan deben prestarles ayuda material y moral en los años de vejez y durante los tiempos de enfermedad, de soledad o de abatimiento. Jesús recuerda este deber de gratitud (cf Mc 7,10-12).

El Señor glorifica al padre en los hijos, y afirma el derecho de la madre sobre su prole. Quien honra a su padre expía sus pecados; como el que atesora es quien da gloria a su madre. Quien honra a su padre recibirá contento de sus hijos, y en el día de su oración será escuchado. Quien da gloria al padre vivirá largos días, obedece al Señor quien da sosiego a su madre (Si 3,12-13.16).

Hijo, cuida de tu padre en su vejez, y en su vida no le causes tristeza. Aunque haya perdido la cabeza, se indulgente, no le desprecies en la plenitud de tu vigor...Como blasfemo es el que abandona a su padre, maldito del Señor quien irrita a su madre (Si 3,12.16).

2219. El respeto filial favorece la armonía de toda la vida familiar; atañe también a las relaciones entre hermanos y hermanas. El respeto a los padres irradia en todo el ambiente familiar. "Corona de los ancianos son los hijos de los hijos" (Pr 17,6). "Soportaos unos a otros en la caridad, en toda humildad, dulzura y paciencia" (Ef 4,2).

2220. Los cristianos están obligados a una especial gratitud para con aquellos de quienes recibieron el don de la fe, la gracia del bautismo y la vida en la Iglesia. Puede tratarse de los padres, de otros miembros de la familia, de los abuelos, de los pastores, de los catequistas, de otros maestros o amigos. "Evoco el recuerdo de la fe sincera que tú tienes, fe que arraigó primero en tu abuela Loida y en tu madre Eunice, y sé que también ha arraigado en ti" (2 Tm 1,5).

Deberes de los padres

2221. La fecundidad del amor conyugal no se reduce a la sola procreación de los hijos, sino que debe extenderse también a su educación moral y a su formación espiritual. El papel de los padres en la educación "tiene tanto peso que, cuando falta, difícilmente puede suplirse" (GE 3). El derecho y el deber de la educación son para los padres primordiales e inalienables (cf FC 36).

2222. Los padres deben mirar a sus hijos como a hijos de Dios y respetarlos como a personas humanas. Han de educar a sus hijos en el cumplimiento de la ley de Dios, mostrándose ellos mismos obedientes a la voluntad del Padre del cielo.

2223. Los padres son los primeros responsables de la educación de sus hijos. Testimonian esta responsabilidad ante todo por la creación de un hogar, donde la ternura, el perdón, el respeto, la fidelidad y el servicio desinteresado son norma. El hogar es un lugar apropiado para la educación de las virtudes. Esta requiere el aprendizaje de la abnegación, de un sano juicio, del dominio de sí, condiciones de toda libertad verdadera. Los padres han de enseñar a los hijos a subordinar las dimensiones "materiales e instintivas a las interiores y espirituales" (CA 36). Es una grave responsabilidad para los padres dar buenos ejemplos a sus hijos. Sabiendo reconocer ante sus hijos sus propios defectos, se hacen más aptos para guiarlos y corregirlos:

El que ama a su hijo, le azota sin cesar...el que enseña a su hijo, sacará provecho de él (Si 30, 1-2).

Padres, no exasperéis a vuestros hijos, sino formadlos más bien mediante la instrucción y la corrección según el Señor (Ef 6,4).

2224. El hogar constituye un medio natural para la iniciación del ser humano en la solidaridad y en las responsabilidades comunitarias. Los padres deben enseñar a los hijos a guardarse de los riesgos y las degradaciones que amenazan a las sociedades humanas.

2225. Por la gracia del sacramento del matrimonio, los padres han recibido la responsabilidad y el privilegio de evangelizar a sus hijos. Desde su primera edad, deberán iniciarlos en los misterios de la fe de los que ellos son para sus hijos los "primeros anunciadores de la fe" (LG 11). Desde su más tierna infancia, deben asociarlos a la vida de la Iglesia. La forma de vida en la familia puede alimentar las disposiciones afectivas que, durante la vida entera, serán auténticos preámbulos y apoyos de una fe viva.

2226. La educación en la fe por los padres debe comenzar desde la más tierna infancia. Esta educación se hace ya cuando los miembros de la familia se ayudan a crecer en la fe mediante el testimonio de una vida cristiana de acuerdo con el evangelio. La catequesis familiar precede, acompaña y enriquece las otras formas de enseñanza de la fe. Los padres tienen la misión de enseñar a sus hijos a orar y a descubrir su vocación de hijos de Dios (cf LG 11). La parroquia es la comunidad eucarística y el corazón de la vida litúrgica de las familias cristianas; es un lugar privilegiado para la catequesis de los niños y de los padres.

2227. Los hijos, a su vez, contribuyen al crecimiento de sus padres en la santidad (cf GS 48,4). Todos y cada uno se concederán generosamente y sin cansarse los perdones mutuos exigidos por las ofensas, las querellas, las injusticias, y las omisiones. El afecto mutuo lo sugiere. La caridad de Cristo lo exige (cf Mt 18,21-22; Lc 17,4).

2228. Durante la infancia, el respeto y el afecto de los padres se traducen ante todo por el cuidado y la atención que consagran en educar a sus hijos, en proveer a sus necesidades físicas y espirituales. En el transcurso del crecimiento, el mismo respeto y la misma dedicación llevan a los padres a enseñar a sus hijos a usar rectamente de su razón y de su libertad.

2229. Los padres, como primeros responsables de la educación de sus hijos, tienen el derecho de elegir para ellos una escuela que corresponda a sus propias convicciones. Este derecho es fundamental. En cuanto sea posible, los padres tienen el deber de elegir las escuelas que mejor les ayuden en su tarea de educadores cristianos (cf GE 6). Los poderes públicos tienen el deber de garantizar este derecho de los padres y de asegurar las condiciones reales de su ejercicio.

2230. Cuando llegan a la edad correspondiente, los hijos tienen el deber y el derecho de elegir su profesión y su estado de vida. Estas nuevas responsabilidades deberán asumirlas en una relación confiada con sus padres, cuyo parecer y consejo pedirán y recibirán dócilmente. Los padres deben cuidar no violentar a sus hijos ni en la elección de una profesión ni en la de su futuro cónyuge. Este deber de no inmiscuirse no les impide, sino al contrario, ayudarles con consejos juiciosos, particularmente cuando se proponen fundar un hogar.

2231. Hay quienes no se casan para poder cuidar a sus padres, o sus hermanos y hermanas, para dedicarse más exclusivamente a una profesión o por otros motivos dignos. Estas personas pueden contribuir grandemente al bien de la familia humana.

IV. LA FAMILIA Y EL REINO DE DIOS

2232. Los vínculos familiares, aunque son muy importantes, no son absolutos. A la par el hijo crece, hacia una madurez y autonomía humanas y espirituales, la vocación singular que viene de Dios se afirma con más claridad y fuerza. Los padres deben respetar esta llamada y favorecer la respuesta de sus hijos para seguirla. Es preciso convencerse de que la vocación primera del cristiano es seguir a Jesús (cf Mt 16,25): "El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mi" (Mt 10,37).

2233. Hacerse discípulo de Jesús es aceptar la invitación a pertenecer a la familia de Dios, a vivir en conformidad con su manera de vivir: "El que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, éste es mi hermano, mi hermana y mi madre" (Mt 12,49).

Los padres deben acoger y respetar con alegría y acción de gracias el llamamiento del Señor a uno de sus hijos para que le siga en la virginidad por el Reino, en la vida consagrada o en el ministerio sacerdotal.

La Presentación en el Templo

529. La Presentación de Jesús en el templo (cf. Lc 2, 22-39) lo muestra como el Primogénito que pertenece al Señor (cf. Ex 13,2.12-13). Con Simeón y Ana toda la expectación de Israel es la que viene al Encuentro de su Salvador (la tradición bizantina llama así a este acontecimiento). Jesús es reconocido como el Mesías tan esperado, "luz de las naciones" y "gloria de Israel", pero también "signo de contradicción". La espada de dolor predicha a María anuncia otra oblación, perfecta y única, la de la Cruz que dará la salvación que Dios ha preparado "ante todos los pueblos".

583. Como los profetas anteriores a él, Jesús profesó el más profundo respeto al Templo de Jerusalén. Fue presentado en él por José y María cuarenta días después de su nacimiento (Lc. 2, 22-39). A la edad de doce años, decidió quedarse en el Templo para recordar a sus padres que se debía a los asuntos de su Padre (cf. Lc 2, 46-49). Durante su vida oculta, subió allí todos los años al menos con ocasión de la Pascua (cf. Lc 2, 41); su ministerio público estuvo jalonado por sus peregrinaciones a Jerusalén con motivo de las grandes fiestas judías (cf. Jn 2, 13-14; 5, 1. 14; 7, 1. 10. 14; 8, 2; 10, 22-23).

695. La unción. El simbolismo de la unción con el óleo es también significativo del Espíritu Santo, hasta el punto de que se ha convertido en sinónimo suyo (cf. 1 Jn 2, 20. 27; 2 Co 1, 21). En la iniciación cristiana es el signo sacramental de la Confirmación, llamada justamente en las Iglesias de Oriente "Crismación". Pero para captar toda la fuerza que tiene, es necesario volver a la Unción primera realizada por el Espíritu Santo: la de Jesús. Cristo ["Mesías" en hebreo] significa "Ungido" del Espíritu de Dios. En la Antigua Alianza hubo "ungidos" del Señor (cf. Ex 30, 22-32), de forma eminente el rey David (cf. 1 S 16, 13). Pero Jesús es el Ungido de Dios de una manera única: La humanidad que el Hijo asume está totalmente "ungida por el Espíritu Santo". Jesús es constituido "Cristo" por el Espíritu Santo (cf. Lc 4, 18-19; Is 61, 1). La Virgen María concibe a Cristo del Espíritu Santo quien por medio del ángel lo anuncia como Cristo en su nacimiento (cf. Lc 2,11) e impulsa a Simeón a ir al Templo a ver al Cristo del Señor (cf. Lc 2, 26-27); es de quien Cristo está lleno (cf. Lc 4, 1) y cuyo poder emana de Cristo en sus curaciones y en sus acciones salvíficas (cf. Lc 6, 19; 8, 46). Es él en fin quien resucita a Jesús de entre los muertos (cf. Rm 1, 4; 8, 11). Por tanto, constituido plenamente "Cristo" en su Humanidad victoriosa de la muerte (cf. Hch 2, 36), Jesús distribuye profusamente el Espíritu Santo hasta que "los santos" constituyan, en su unión con la Humanidad del Hijo de Dios, "ese Hombre perfecto ... que realiza la plenitud de Cristo" (Ef 4, 13): "el Cristo total" según la expresión de San Agustín.

Abrahán y Sara, modelos de fe

I. LA OBEDIENCIA DE LA FE

144. Obedecer ("ob-audire") en la fe, es someterse libremente a la palabra escuchada, porque su verdad está garantizada por Dios, la Verdad misma. De esta obediencia, Abraham es el modelo que nos propone la Sagrada Escritura. La Virgen María es la realización más perfecta de la misma.

Abraham, "el padre de todos los creyentes"

145. La carta a los Hebreos, en el gran elogio de la fe de los antepasados insiste particularmente en la fe de Abraham: "Por la fe, Abraham obedeció y salió para el lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber a dónde iba" (Hb 11,8; cf. Gn 12,1-4). Por la fe, vivió como extranjero y peregrino en la Tierra prometida (cf. Gn 23,4). Por la fe, a Sara se otorgó el concebir al hijo de la promesa. Por la fe, finalmente, Abraham ofreció a su hijo único en sacrificio (cf. Hb 11,17).

146. Abraham realiza así la definición de la fe dada por la carta a los Hebreos: "La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven" (Hb 11,1). "Creyó Abraham en Dios y le fue reputado como justicia" (Rom 4,3; cf. Gn 15,6). Gracias a esta "fe poderosa" (Rom 4,20), Abraham vino a ser "el padre de todos los creyentes" (Rom 4,11.18; cf. Gn 15,15).

165. Entonces es cuando debemos volvernos hacia los *testigos de la fe*: Abraham, que creyó, "esperando contra toda esperanza" (Rom 4,18); la Virgen María que, en "la peregrinación de la fe" (LG 58), llegó hasta la "noche de la fe" (Juan Pablo II, R Mat 18) participando en el sufrimiento de su Hijo y en la noche de su sepulcro; y tantos otros testigos de la fe: "También nosotros, teniendo en torno nuestro tan gran nube de testigos, sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, y corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma la fe" (Hb 12,1-2).

489. A lo largo de toda la Antigua Alianza, la misión de María fue preparada por la misión de algunas santas mujeres. Al principio de todo está Eva: a pesar de su desobediencia, recibe la promesa de una descendencia que será vencedora del Maligno (cf. Gn 3, 15) y la de ser la Madre de todos los vivientes (cf. Gn 3, 20). En virtud de esta promesa, Sara concibe un hijo a pesar de su edad avanzada (cf. Gn 18, 10-14; 21,1-2). Contra toda expectativa humana, Dios escoge lo que era tenido por impotente y débil (cf. 1 Co 1, 27) para mostrar la fidelidad a su promesa: Ana, la madre de Samuel (cf. 1 S 1), Débora, Rut, Judit, y Ester, y muchas otras mujeres. María "sobresale entre los humildes y los pobres del Señor, que esperan de él con confianza la salvación y la acogen. Finalmente, con ella, excelsa Hija de Sión, después de la larga espera de la promesa, se cumple el plazo y se inaugura el nuevo plan de salvación" (LG 55).

2572. Como última purificación de su fe, se le pide al "que había recibido las promesas" (Hb 11, 17) que sacrifique al hijo que Dios le ha dado. Su fe no vacila: "Dios proveerá el cordero para el holocausto" (Gn 22, 8), "pensaba que poderoso era Dios aun para resucitar de entre los muertos" (Hb 11, 19). Así, el padre de los creyentes se hace semejante al Padre que no perdonará a su propio Hijo sino que lo entregará por todos nosotros (cf Rm 8, 32).

La oración restablece al hombre en la semejanza con Dios y le hace participar en la potencia del amor de Dios que salva a la multitud (cf Rm 4, 16-21).

2676. Este doble movimiento de la oración a María ha encontrado una expresión privilegiada en la oración del Ave María:

"Dios te salve, María [Alégrate, María]". La salutación del Ángel Gabriel abre la oración del Ave María. Es Dios mismo quien por mediación de su ángel, saluda a María. Nuestra oración se atreve a recoger el saludo a María con la mirada que Dios ha puesto sobre su humilde esclava (cf Lc 1, 48) y a alegrarnos con el gozo que El encuentra en ella (cf So 3, 17b)

"Llena de gracia, el Señor es contigo": Las dos palabras del saludo del ángel se aclaran mutuamente. María es la llena de gracia porque el Señor está con ella. La gracia de la que está colmada es la presencia de Aquél que es la fuente de toda gracia. "Alégrate... Hija de Jerusalén... el Señor está en medio de ti" (So 3, 14, 17a). María, en quien va a habitar el Señor, es en persona la hija de Sión, el arca de la Alianza, el lugar donde reside la Gloria del Señor: ella es "la morada de Dios entre los hombres" (Ap 21, 3). "Llena de gracia", se ha dado toda al que viene a habitar en ella y al que entregará al mundo.

"Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús". Después del saludo del ángel, hacemos nuestro el de Isabel. "Llena del Espíritu Santo" (Lc 1, 41), Isabel es la primera en la larga serie de las generaciones que llaman bienaventurada a María (cf. Lc 1, 48): "Bienaventurada la que ha creído..." (Lc 1, 45): María es "bendita entre todas las mujeres" porque ha creído en el cumplimiento de la palabra del Señor. Abraham, por su fe, se convirtió en bendición para todas las "naciones de la tierra" (Gn 12, 3). Por su fe, María vino a ser la madre de los creyentes, gracias a la cual todas las naciones de la tierra reciben a Aquél que es la bendición misma de Dios: Jesús, el fruto bendito de su vientre.

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO B)

En la vejez darán todavía frutos

En el Domingo después de Navidad la liturgia celebra la fiesta de la Sagrada Familia. Jesús ha querido nacer en el seno de una familia humana, si bien por obra del Espíritu Santo y de una madre Virgen.

Toda familia está constituida por un conjunto de relaciones. Está, ante todo, la relación entre marido y mujer; después, entre los padres y los hijos. Hoy tendemos a cerrar aquí el cerco familiar. Pero, no es justo: hay otra relación más amplia: la de entre los abuelos y los nietos, o entre los ancianos y los jóvenes, que es hasta parte integrante de toda familia humana normal.

Este año las lecturas nos ofrecen la ocasión de reflexionar precisamente sobre este último componente de la familia: los ancianos. En la liturgia de este Domingo ellos prevalecen de forma incontrastable. Cada una de las tres lecturas nos presenta a una pareja de ancianos: la primera y la segunda lectura, a Abrahán y Sara; el Evangelio, a Simeón y Ana.

Los ancianos viven una nueva situación en el mundo de hoy; son los que más se han resentido de los vertiginosos cambios sociales de la era moderna. Dos factores han contribuido a cambiar radicalmente el papel de los ancianos. El primero es la moderna organización del trabajo. Ésta favorece la puesta al día y el conocimiento de las últimas técnicas, más que la experiencia, y por lo tanto favorece a los jóvenes; fija, además, un umbral o un paso detrás del que la persona debe dejar su profesión e ir a la jubilación. En algunas lenguas, como el inglés, el término con el que se designa a los pensionistas es aún más crudo: *retirement*, retiro.

El otro factor es el atestiguarse un tipo de familia así llamada monocelular, esto es, formada sólo por el marido, la mujer y los hijos, con los ancianos que sólo de tiempo en tiempo ven a los hijos y a los nietos. Todo esto ha creado los problemas que ya conocemos: soledad, marginación, enorme empobrecimiento de la vida de familia, especialmente para los niños, para los cuales los abuelos son figuras importantes y equilibradoras.

No ha sido siempre así. En la Biblia y, en general, en las sociedades antiguas, los ancianos, más que ser marginados y constituir una «edad inútil», eran los verdaderos pilares en torno a los que giraba la familia y la sociedad. Hoy decirle a una persona «¡viejo!» suena como un insulto; pero, en un tiempo era un título honorífico. Del latín señor (que es el comparativo de senex), viejo, ha provenido nuestro «señor». ¡Pensad un poco en qué cambio! Cuando de una persona decimos: «Se comporta como un verdadero señor» venimos a decir que se comporta como un verdadero anciano. También, la palabra presbíteros, sacerdotes, tiene el mismo origen, esta vez del griego, y significa sencillamente ancianos. Recuerdo estas cosas no por curiosidad, sino para ayudar a los ancianos a volver a encontrar una más justa idea de sí ya descubrir el don que existe en el hecho de ser ancianos.

Partimos del famoso, y por muchos temido, tiempo de ser pensionistas. Pero, ¿es en verdad, el ser pensionistas, un «retirarse», un llegar a estar separados de la vida verdadera? Yo conozco a distintas personas para las que tal momento no ha sido el inicio del declive, sino el principio de una nueva laboriosidad. Una vez libres de un trabajo frecuentemente no escogido, no sentido como gratificante y creativo, han descubierto que tenían finalmente tiempo para dedicarse a una actividad nueva, con la que congenian más. Sobre todo, han descubierto que, después de haber trabajado toda la vida para necesidades del cuerpo y para deberes terrenos, podían finalmente dedicarse con más entusiasmo a cultivar su espíritu. Algunos profesionales han pedido anticipar su situación de pensionistas para poder dedicar el resto de sus años y de sus energías a una empresa mejor: ¡el reino de Dios! Con competencia y entusiasmo prestan su labor a la

evangelización, en actualizar y realizar proyectos caritativos, en el voluntariado o sencillamente para ayudar al párroco en pequeños servicios exigidos por la comunidad. Para todos éstos se realiza aquella palabra del salmo que dice:

«En la vejez producen fruto, siguen llenos de frescura y lozanía» (Salmo 92, 15).

Cuánta confianza da a este propósito la parábola de Jesús, en donde se habla del operario de la undécima hora, que recibe la misma paga que los primeros. Quiere decir que nunca es demasiado tarde. Supongamos que uno, asaltado por la necesidad, o también movido por la sed de ganancias, haya abandonado durante toda la vida el cultivar su fe, que haya permanecido lejos de los sacramentos y de todo. Pues bien, Dios le ofrece una nueva posibilidad. Como uno que nunca ha pagado los subsidios y el dueño le concede ir también como pensionista con el máximo de puntos. ¡Cuántas personas, en el paraíso, deben su salvación a los años de su ancianidad!

La Escritura traza también las líneas para una espiritualidad del anciano, esto es, un perfil de las virtudes, que más deben resplandecer en su conducta:

«Di a los ancianos que sean sobrios, serios y que piensen bien; que estén robustos en la fe, en el amor y en la paciencia. A las ancianas, lo mismo: que sean decentes en el porte, que no sean chismosas ni se envicien con el vino, sino maestras en lo bueno, de modo que inspiren buenas ideas a las jóvenes, enseñándoles a amar a los maridos y a sus hijos» (Tito 2, 2-4).

No es difícil deducir de este conjunto de recomendaciones los rasgos fundamentales que hacen a un buen anciano. En el anciano, hombre o mujer, ante todo debe sobresalir una cierta calma, dignidad, que hace de él un elemento de equilibrio en la familia. Uno que sabe relativizar las cosas en los litigios, rebajar los tonos, inducir a la reflexión y a la paciencia. Una de las situaciones más penosas, que viven hoy los ancianos, es asistir impotentes al deshacerse el matrimonio de sus hijos, con todo lo que esto comporta para los nietos, para todos. También en esta circunstancia, el anciano debe ser alguien que invita a la reconciliación, puntualiza no tomar decisiones precipitadas, uno que «pone paz».

Otra virtud sugerida a los ancianos es una cierta apertura hacia los jóvenes. A las mujeres ancianas se les recomienda que «enseñen a amar» a las jóvenes. ¡Cuántas cosas hay encerradas en esta frase! Esto supone en el anciano la capacidad de saberse adaptar a los tiempos que cambian, apreciar las novedades y los valores positivos de los que son portadores los jóvenes. Uno de los defectos, que ya los antiguos echaban en cara a los ancianos, es ser *laudatores temporis acti*, esto es, el de alabar, en todo momento, las cosas del pasado, aquello que se decía o hacía en su tiempo. Esto es un defecto que se nota, a veces, también en los sacerdotes y en los obispos ancianos, frente a los cambios, que tienen lugar en la Iglesia.

Pero, las indicaciones más concretas para una espiritualidad del anciano nos vienen precisamente de las figuras de los ancianos, que hemos recordado al inicio. Abrahán y Sara nos dicen que la verdadera fuerza, que debe sostener a un anciano, es la fe:

«Por fe, obedeció Abrahán a la llamada… Por fe, también Sara, cuando ya le había pasado la edad, obtuvo fuerza para fundar un linaje… Por fe, Abrahán, puesto a prueba, ofreció a Isaac…»

Abrahán tenía un hijo único, Isaac, obtenido en edad avanzada, como un don explícito de Dios. Lo era todo para él. Y he aquí que un día Dios le pide llevárselo al monte y sacrificarlo. Uno se puede imaginar la pena del viejo padre. Esto me hace pensar en aquellos ancianos padres, que han tenido que acompañar a la tumba a un hijo suyo, quizás el único que tenían, y no consiguen poseer la paz.

Sabemos que Abrahán volvió a recibir al hijo vivo; Dios quería sólo poner a prueba su obediencia. Yo quisiera decirles a los ancianos, que han perdido a sus hijos: también vosotros los recibiréis vivos. y no durante algún año, en este mundo, sino para siempre. Tened fe, porque es precisamente por la fe por lo que desde ahora podéis sentidos como vivos y cercanos en Dios. No recurráis a otros medios extraños, ocultos, casi siempre falaces, para meteros en contacto con los difuntos. Os haríais mal a vosotros mismos, sin hacerles bien a ellos, porque esto es un poneros contra Dios.

De Simeón y de Ana, la pareja de ancianos del Evangelio, aprendemos la otra virtud fundamental de los ancianos: la esperanza. Simeón había esperado toda la vida poder ver al Mesías. Estaba ya cercano su fin, parecía todo acabado; ha continuado esperando; y un día ha tenido la alegría de estrechar entre sus brazos al Niño Jesús. Quizá, también algún anciano de entre vosotros tiene algún deseo que lo ata a la vida, por ejemplo, ver situados o colocados a todos los hijos. Para muchas madres, este deseo es ver a un hijo o una hija suya reconciliados con Dios, vueltos a la Iglesia. Continuad como Simeón esperando y rezando. La esperanza es el verdadero elixir de la eterna juventud. Se dice: «mientras hay vida hay esperanza»; pero, todavía más verdadero es lo contrario: «mientras hay esperanza hay vida».

En los Salmos encontramos esta chocante oración de un anciano, que todos, jóvenes y viejos, podemos ahora hacer nuestra en la primera o en la segunda parte:

«No me rechaces ahora que soy viejo, no me abandones cuando decae mi vigor… ¡Oh Dios, me has instruido desde joven, y he anunciado hasta hoy tus maravillas! Ahora, viejo y con canas, ¡no me abandones, Dios mío!» (Salmo 71,9.17-18).

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO B)

Miembros de la gran familia de Dios

La Sagrada Familia de Jesús, María y José, es imagen del amor trinitario de Dios, quien se revela al mundo a través del Hijo, para iluminar a todas las naciones y glorificar a su pueblo: la gran familia de Dios: la Iglesia, que es Una, Santa, Católica y Apostólica, en la que reúne a todos los hijos de Dios y que tiene como Madre a María, la Madre de Dios, y como padre y patrono a José, esposo de María, padre adoptivo de Jesús y de todos los hijos de Dios.

La santidad de toda familia está en reconocer y aceptar a María como Madre, a José como padre y custodio, y a Jesús como centro de todo, que es quien los une en el amor.

Quien pone a Cristo en el centro de su vida y agradece a Dios, crece en estatura, en sabiduría y en gracia ante Dios y ante los hombres, y habla del Hijo de Dios, manifestando su amor al Evangelio y a la Santa Iglesia reconociéndola como Madre y Esposa de Cristo, y acude a presentarle sus ofrendas, llevando a sus hijos para entregarlos a Dios, y rechazando el pecado y el mal, reciban el bautismo de fuego del Espíritu Santo, para que, muriendo al mundo, nazcan a la verdadera vida como hijos de Dios, y sean contados entre los miembros de la Sagrada Familia de Dios. Y es a través de la Santa Iglesia que se derrama la gracia de la cruz, de la cual brotan los sacramentos como herencia de Jesús para que puedan llegar a ser santos como Él.

Confía tú en las promesas de tu Señor, y déjate acoger en el seno de la Sagrada Familia.

Reconócete miembro de la gran familia de Dios a la que perteneces, en la que creces cuidado y protegido por María y José, tanto igual al niño Jesús, porque quien pertenece a la Santa Iglesia, es verdadero miembro del cuerpo de Cristo, del cual Él es cabeza.

Lucha por conservar la tradición y los valores en la familia defendiendo la vida, respetando la voluntad de Dios, que hombre y mujer los creó, a imagen y semejanza de la Sagrada Familia.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO B)

Familiares de Dios

En este domingo, el siguiente a la Navidad, celebra la Iglesia la fiesta de la Sagrada Familia. Pensamos en oración en la Familia de Jesús, María y José, que es modelo de toda familia. Por eso, trataremos de evocar, si los hemos olvidado, los momentos de convivencia entre ellos que los Evangelios nos transmiten, desde que contemplamos a María desposada con José hasta que la vemos al pie de la Cruz, acompañando a Jesús en el momento de la muerte.

En estos días, inmediatamente posteriores a la Navidad, nos imaginamos fácilmente Jesús Niño. ¡Qué fácil es tratar con los niños! No hacen falta presentaciones retóricas, ni

solicitar audiencia previamente. Es mejor un lenguaje claro y sencillo a la vez. Conviene hacerse a su mentalidad, hacerse un poco niños, pero tomarlos en serio: quien entiende mejor a un niño y quien mejor se hace entender por él, es otro niño.

No es difícil ser niños, nada les cuesta a los pequeños, pero es preciso librarse del afán de sobresalir, de quedar bien, tan típico a veces de los mayores, y que nada les importa, en cambio, a los que tienen pocos años.

Pertenecemos a la familia de Dios, y *delante de Dios, que es Eterno, tú eres un niño más chico que, delante de ti, un pequeño de dos años.*

Y, además de niño, eres hijo de Dios. —No lo olvides. Esto nos recordaba san Josemaría: que somos hijos de Dios por el Bautismo. Y como queremos ser buenos hijos, debemos hacernos como niños siguiendo el consejo del Señor: **En verdad os digo: si no os convertís y os hacéis como los niños no entraréis en el Reino de los Cielos. Pues todo el que se humille como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos.** Y ya sabemos que la humildad está en el reconocimiento de nuestra condición limitada, de nuestra fragilidad, de sabernos necesitados de ayuda: así son los niños, se sienten débiles y, a pesar de todo seguros, porque saben que cuentan con la fortaleza y la protección de todos en su familia, especialmente de sus padres.

Por eso, al agradecer a nuestro Señor que nos haya querido de su Familia, hijos suyos, le pedimos nos conceda la virtud de la humildad que nos hace niños sencillos. Nada nos costará así pedirle la ayuda que, como buen Padre, nos quiere prestar para que le amemos más cada día para nuestro bien. Podremos reconocer así nuestros errores y, arrepentidos, pedirle perdón y rectifcar; para lograr esos objetivos que son su Voluntad y nos desarrollan en su presencia, de paso que nos hacen más aptos, más adultos cristianos a su servicio. Con esa sencillez querremos pedirle, con infantil desparpajo, tantas cosas buenas que nos ilusionan y le agradan.

Ser pequeño: las grandes audacias son siempre de los niños. —¿Quién pide... la luna? —¿Quién no repara en peligros para conseguir su deseo?

"Poned" en un niño "así", mucha gracia de Dios, el deseo de hacer su Voluntad (de Dios), mucho amor a Jesús, toda la ciencia humana que su capacidad le permita adquirir... y tendréis retratado el carácter de los apóstoles de ahora, tal como indudablemente Dios los quiere.

Estas palabras, también de san Josemaría, describen el que puede ser nuestro tono habitual con Dios. Podemos ser, debemos ser y sentirnos, hijos pequeños de nuestro Padre Dios, que no tienen medida y piden la luna, confiados en su Padre y en Santa María, su Madre. Así nos quiere Dios. No olvidemos que Jesucristo reprocha la poca fe y la poca audacia para pedir: **Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; y todo el que busca, encuentra; y al que llama se le abrirá. O ¿quién hay entre vosotros, al que si su hijo pide un pan le da una piedra? ¿O si le pide un pez le da una culebra? Pues si vosotros, siendo**

malos, sabéis dar a vuestros hijos cosas buenas, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los Cielos dará cosas buenas a quienes le pidan?

Cada uno nos reconocemos con muchos defectos y débiles, pero nuestro Padre Dios es Todopoderoso e inmensamente bueno. No pensemos que es como nosotros, pues quiere mostrar con sus hijos los hombres su santidad y su poder. No queramos ser con Dios como los mayores en sus negocios terrenos, que primero calculan las dificultades, los riesgos, las posibilidades..., para luego decidir. Si somos niños, sólo pensaremos que es nuestro Padre Dios quien nos espera con amor, y que siempre está a favor nuestro.

Y no olvidemos a nuestra Madre, que sabrá meternos cada día más en nuestra verdadera Familia sobrenatural, para la que hemos nacido en la familia humana de nuestros padres y hermanos. Ella, con suavidad de Madre, nos hará más próximo, si se lo pedimos, el corazón de Dios.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO B)

Un sermón cristiano sobre la familia

Cuando la Iglesia propuso para la fecha de hoy, es decir, el domingo después de la Navidad, la fiesta de la Sagrada Familia de Nazaret, quiso recalcar su solemnidad y su dignidad. La Sagrada Familia la encontramos hoy en el momento más íntimo y más feliz que hay para cada familia: el momento del gozo por el nacimiento del primer hijo. Nuestro modo habitual de pensar en Jesús como Hijo de Dios engendrado por el Padre antes de todos los siglos, podría llevarnos a no saber percibir plenamente el lazo profundo que existe entre la Sagrada Familia y nuestras familias. Sería un error porque la gracia no anula la naturaleza.

A pesar del clima de misterio en el cual aconteció el nacimiento de su hijo, María y José vivieron los acontecimientos de su familia de modo no distinto de como lo viven los esposos normales pobres, pero esposos que se quieren. Esto es tan cierto que son ellos los primeros en maravillarse de lo que acontece y se dice en torno del niño (cfr. Lc. 2,33). También ellos viven de fe y son conducidos, momento tras momento, al descubrimiento de la voluntad y del designio de Dios como toda pareja humana. Todo, por tanto, en la narración evangélica es profundamente verdadero y humano; nada es representación de un libreto ya escrito y conocido.

Con esta fiesta, la Iglesia quiere ante todo exaltar y reafirmar la dignidad de la familia de la cual ella misma recibió al Salvador. Quiere, además, ayudarnos a reflexionar en cristiano sobre esta realidad en el seno de la cual todos vivimos y a la cual debemos nuestra misma vida.

Hay quien dice que nosotros los sacerdotes no sabemos qué es en realidad la vida de familia y que deberíamos callar sobre este punto dejando a cada hombre y a cada mujer que decida libremente en su conciencia su comportamiento. Hay, sin duda, algo de verdad en esta afirmación. Difícilmente pueden el estudio, la observación y los contactos sustituir la experiencia directa, es decir, el vivir una vida entera con otra persona en el terrible cotidiano, compartiendo con ella cada momento, cada cosa, cada pensamiento. Pero si no sabemos por propia experiencia personal cómo es la vida conyugal y familiar, sabemos sin embargo, cómo no debería ser, porque es en el corazón del sacerdote, en la confesión y fuera de ella, donde se vuelcan habitualmente las situaciones más amargas y los dramas familiares más desconcertantes. Sabemos, sobre todo, cómo debería ser, porque debemos interpretar la palabra de aquél que ha creado la familia, que la redimió y consagró con un sacramento.

Quisiera precisamente buscar junto con ustedes cuál es esta voluntad de Dios acerca de la familia, voluntad que ningún referendum puede derogar y ninguna ley humana puede cambiar. Cuál es, en otras palabras, la idea de familia que tuvo Dios en mente cuando al comienzo creó al hombre varón y mujer y los bendijo diciendo: *Sean fecundos y multiplíquense… El hombre abandonará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y los dos serán una sola carne* (Gén. 1,28.2,24).

La familia debía ser, en el designio de Dios, la continuación de la creación. De algún modo, por tanto, toma su significado de la creación. ¿Qué es la creación? Es la participación de la vida por amor. Dios crea, da la vida a los seres libres, porque es bueno, porque es amor, y el amor, por su propio peso intrínseco tiende a difundirse y a comunicarse. Bajo esta luz, la familia nos aparece como realidad querida por Dios para que la vida se difunda en el tiempo por medio del amor.

¿Es posible creer hoy y cultivar la idea de la familia tan alta sin que parezcamos unos ilusos que viven fuera del tiempo? ¿Es posible todavía ver en la familia el nido de la vida y la cuna del amor, en una época en la que se la acusa, a menudo, tan a menudo, de ser teatro de hechos terribles? Nosotros los cristianos debemos responder: ¡Sí, es posible, más aún, es necesario! Y es precisamente este testimonio de optimismo que los creyentes debemos dar a los valores de la creación de la palabra de Dios. Es este testimonio el que la fiesta de hoy se propone pedirnos.

Es posible que dos jóvenes se conozcan, que se den cuenta de que se aman, que se desean un bien especial, distinto de todo otro sentimiento hasta entonces experimentado. Es posible que su amor madure hasta posesionarse de todo su ser y transformarlos como fuego que hace incandescente todo lo que penetra. Es posible que un día lleguen ante el altar para pedir a Dios, con la confianza de hijos, que consagre su amor, que, a pesar de la fragilidad de su carne, se han esforzado en mantener casto, o de hacerla tal en el camino mismo, para presentarlo a ser consagrado por toda la vida. Es posible que alrededor de ellos, o mejor, desde ellos, broten nuevas vidas, que pasen los años, que golpeen a la puerta los más profundos dolores, sin que su familia y su amor se torne árido. Todo esto

es posible por el simple motivo de que de hecho existe y todos nosotros conocemos algún ejemplo de ello.

¿Cuál es el precio de esta conquista? dirá alguno. ¿No es tal vez el heroísmo o directamente la santidad? En cierto sentido, sí, porque toda auténtica vida cristiana es un llamado a la santidad. Pero el secreto real es el siguiente: no perder jamás el contacto y no desprenderse jamás de la raíz de la que nació un día la familia, es decir, el amor. Hoy se habla mucho del derecho de familia. Pero, ¡ay! si se espera la renovación de la familia simplemente a partir de un nuevo derecho que regule las relaciones jurídicas y patrimoniales entre marido y mujer y entre padres e hijos. Sería una enorme desilusión. La renovación no puede provenir de un nuevo derecho, sino de un nuevo amor. El amor es la realidad que hace nacer y que sólo puede mantener en vida a una familia.

Esto parece imposible porque se piensa en seguida, pero sin razón, en un cierto tipo de amor que por sí mismo es inestable, finito, recesivo, es decir, condenado a declinar, como toda cosa y todo sentimiento humano. Pero no es así, si tal amor "es elevado" progresivamente por la caridad. Sí, la caridad, la del prójimo, aquélla que constituye "el primero y el más grande mandamiento" debe encontrar el primero y principal campo de acción en la familia. Es extraño que por el amor al prójimo se entienda el amor por los pobres del tercer mundo, por los leprosos, por los lejanos y no se lo entienda como amor del prójimo más próximo, es decir, de aquél que nos es cercano y al cual nosotros somos más cercanos.

Cuando la caridad (aquélla que la Sagrada Escritura llama *ágape*) llega a completar el amor humano (aquél que los griegos llamaban *eros*), entonces, los frutos son maravillosos. San Pablo los enumera en una de sus cartas: la caridad –dice– es paciente, es longánime, es benigna, no es envidiosa, no se irrita (cfr. 1 Cor. 13.4 ssq.). Lo recuerda en forma de consejo también en la lectura de hoy: Revístanse de sentimientos de misericordia, de bondad, de mansedumbre, de paciencia, soportándose mutuamente y perdonándose unos a otros.

Sólo este tipo de amor, que ya no es más pura atracción física, ni sentimentalismo, sino verdadero don de sí mismo a otro, es capaz de superar la contradicción que hoy desgarra a tantas familias y divide una generación de la otra, es decir, los hijos de los padres. Estos no hacen más que hablar de la obediencia; ellos, los jóvenes, no entienden más que la palabra libertad. Una antítesis que cava, a menudo, fosas de incomprensión, de amargura y desilusión y dispone mal a los unos y los otros contra la vida de familia, induciendo a los jóvenes a buscar en otra parte, por ejemplo, en la droga, una evasión.

Para la palabra de Dios hay una salida a esta alternativa entre la obediencia y la libertad y es precisamente la caridad. San Pablo lo enuncia así en la lectura de hoy: *Mujeres, respeten a su marido como corresponde a los discípulos del Señor. Maridos, amen a su mujer y no le amarguen la vida. Hijos, obedezcan siempre a sus padres. Padres, no exasperen a sus hijos*. No, por tanto, por una parte la autoridad, por otra la

obediencia, como se ha entendido demasiado frecuentemente en el pasado. Sino, de una parte obediencia, de la otra la caridad, que es algo totalmente distinto. En esta situación, a nadie le compete propiamente la prerrogativa del mando, sino a todos la prerrogativa del don de sí, de la disponibilidad hacia los otros.

¿Cómo se hace para adquirir esta disposición que sabe perdonar, que sabe dar en silencio y sabe olvidarse? Esto no es sola mente fruto de una elección justa o acertada aun cuando la elección del propio cónyuge es algo importantísimo. Es fruto, sobre todo, de la generosidad; es victoria contra el egoísmo, invisible pero mortal enemigo del amor y, por tanto, de la familia.

Pero, es también, y sobre todo, fruto de la gracia y de la ayuda de Dios. Hay un himno que cantamos a menudo en la comunión: "Donde hay caridad y amor, ahí está Dios". Pero también lo contrario es profundamente verdadero: "Donde está Dios, ahí está el amor y la caridad". En la familia en la que Dios está presente por la fe de los padres, por la escucha de su palabra, por la oración hecha en común y por la observancia de su ley, no faltará el amor o podrá nacer de nuevo después de cada crisis.

Esta es, en definitiva, la verdadera razón de nuestro optimismo. Por esto rezamos hoy juntos a la santa Familia de Nazaret para que Dios sea recibido de verdad en las casas que se abren a recibir las nuevas parejas de esposos cristianos y para que Dios vuelva allá donde su ausencia hace la vida de las familias triste e intolerable.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO B)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la parroquia romana de San Marcos (29-XII-1985)

– Familia de Belén y familia cristiana

Christus natus est nobis, venite adoremus

La Iglesia entera está aún todavía invadida por la alegría de la Navidad. La alegría de la que participan los corazones de los hombres, reanima las comunidades humanas, se manifiesta en las tradiciones, en las costumbres, en el canto y en la cultura entera.

Un día, en los campos de Belén, los pastores que guardaban sus rebaños fueron atraídos por este anuncio, que hoy repite la Iglesia entera. Todos lo transmiten por así decir, de boca en boca de corazón a corazón. *Christus natus est nobis, venite adoremus.*

La Iglesia vive hoy la alegría de la Navidad del Señor, del Hijo de Dios, en Belén: como misterio de la Familia, de la Santa Familia.

Es una verdad profundamente humana: por el nacimiento de un niño la comunidad conyugal del hombre y de la mujer, del marido y de la esposa, se hace más perfectamente familia. Al mismo tiempo, éste es un gran misterio de Dios, que se revela a los hombres: el misterio escondido en la fe y en el corazón de aquellos Esposos, de aquellos Cónyuges María y José, de Nazaret. Al comienzo sólo ellos fueron testigos de que el Niño que nació en Belén es "Hijo del Altísimo", venido al mundo por obra del Espíritu Santo.

A ellos dos, a María y José, les fue dado a conocer el misterio de aquella Familia que el Padre celestial, con el nacimiento de Jesús, formó con ellos y entre ellos.

– Santidad de la familia

En la medida en que este misterio se revela a los ojos de la fe de los otros hombres, la Iglesia entera ve en la Santa Familia una particular expresión de la cercanía de Dios y al mismo tiempo un signo particular de elevación de toda familia humana, de su dignidad, según el proyecto del Creador.

Esta dignidad se confirma de nuevo con el sacramento del matrimonio, con ese sacramento que es grande –como dice San Pablo– "en Cristo y en la Iglesia" (cfr. Ef 5,32).

Orientando los ojos de nuestra fe hacia la Santa Familia, la liturgia de este domingo trata de poner de relieve lo que es decisivo para la santidad y la dignidad de la familia. Hablan de ello todas las lecturas: tanto el libro del Sirácida como la Carta de San Pablo a los Colosenses, como, finalmente, el Evangelio según Lucas.

En el Salmo responsorial se pone de relieve la singular presencia de Dios en la familia, en la comunión matrimonial del marido y de la mujer, en la comunión que lleva al amor y a la vida. Dios está presente en esta comunión como Creador y Padre, dador de la vida humana y de la vida sobrenatural, de la vida divina. De su bendición participan los cónyuges, los hijos, su trabajo, sus alegrías, sus preocupaciones.

"Dichoso el que teme al Señor… serás dichoso, te irá bien… tu mujer, como parra fecunda… tus hijos, como renuevos de olivo… que veas la prosperidad de Jerusalén, todos los días de tu vida" (Sal 127/128).

– Comunidad de vida y de amor

San Pablo, en la Carta a los Colosenses, trata de poner de relieve el clima de la familia cristiana: el clima espiritual, el clima afectivo, el clima moral.

Escribe: "Como pueblo elegido de Dios, pueblo sacro y amado, sea vuestro uniforme: la misericordia entrañable, la bondad, la humildad, la dulzura, la comprensión. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo. Y por encima de todo esto, el amor, que es el ceñidor de la unidad consumada" (Col 3,12-14).

Hay que leer con atención y meditar todo el pasaje de la Carta a los Colosenses, en el que el Apóstol formula los buenos deseos para los cónyuges y las familias cristianas sobre

todo aquello que determina el verdadero bien de la comunidad humana, especialmente de aquella que en síntesis se puede llamar *communio personarum*, "íntima comunidad de vida y de amor" (cfr. *Gaudium et Spes*, 49).

No existe otra comunidad interhumana tan unificante, tan profunda y universal como la familia. Y al mismo tiempo, tan capaz de hacer felices, y tan exigente, porque es muy vulnerable, dado que está expuesta a diversas "heridas".

Por ello los buenos deseos del Apóstol se refieren a los problemas más esenciales de la familia cuando escribe:

– revestíos de "amor, que es el ceñidor de la unidad consumada…";

– "la paz de Cristo actúe de árbitro en vuestro corazón…";

– "la palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza".

Así se forma la familia humana en toda su dignidad y nobleza, en su entera belleza espiritual (que es incomparablemente más importante que todas las riquezas "reales" y materiales), ¡por la Palabra de Dios!, ¡por la palabra de Cristo!

En esta Palabra se encierran las indicaciones y los mandamientos que determinan la solidez moral de aquella fundamental comunidad humana, de aquella *communio personarum*.

Por ello se puede decir que toda la primera lectura de la liturgia de hoy es un amplio comentario al IV mandamiento del Decálogo:

¡"Honra a tu padre y a tu madre"!

Hay que leer con atención este texto y meditarlo, teniendo siempre ante los ojos aquel "amor, que es el ceñidor de la unidad consumada".

Efectivamente, el amor crea el honor, la estima recíproca, la solicitud premurosa, tanto en la relación de los hijos hacia los padres, como en la de los padres hacia los hijos, y sobre todo en la relación recíproca entre los cónyuges.

De este modo el matrimonio y la familia se convierten en aquel ambiente educativo que es absolutamente insustituible: el primero y fundamental y más consistente ambiente humano, que se convierte luego la "iglesia doméstica". Se puede decir que en la familia también la educación se hace, a menudo inadvertidamente, una autoeducación, porque una sana comunidad familiar permite de por sí el desarrollo normal de toda persona que la compone.

Una especial confirmación de esta realidad son las palabras del Evangelio de San Lucas sobre Jesús cuando tenía doce años:

"Él bajó con ellos (es decir, con María y José)… y siguió bajo su autoridad. Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres" (Lc 2,51-52).

El testimonio sobre la vida de la Santa Familia de Nazaret, como oís, es muy conciso, y al mismo tiempo rico de contenido.

En esta perspectiva y en este contexto fueron pronunciadas las palabras de Jesús cuando tenía doce años, palabras que se proyectan en su futuro:

"¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?" (Lc 2,49).

Precisamente estas palabras que se proyectan en el futuro -las palabras que María y José en aquel momento todavía no comprendían- constituyen una especial comprobación de la santidad de la Familia de Nazaret.

Palabras como éstas, que miran al futuro de los hijos, son fruto de la intensa madurez espiritual de toda familia cristiana.

En efecto, junto a los padres deben madurar los jóvenes, hijos e hijas, para una específica vocación que cada uno de ellos recibe de Dios.

Hagamos siempre nuestras las palabras de esta oración:

"Dios, Padre nuestro, que has propuesto la Sagrada Familia como maravilloso ejemplo a los ojos de tu pueblo: concédenos, te rogamos, que, imitando sus virtudes domésticas y su unión en el amor, lleguemos a gozar de los premios eternos en el hogar del cielo".

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

"El Niño iba creciendo…" La mayor parte de su vida terrena la pasó Jesús en el hogar de Nazaret y en el taller de José. Tras los sucesos extraordinarios que acompañaron su llegada a la tierra, vino una calma prodigiosa. El anuncio del ángel, la aparición a los pastores de un coro celestial, la estrella que guio a los Magos, la irracional saña de Herodes… todo eso quedó lejos en el tiempo para dar paso a una existencia similar a la que llevamos casi todos. Y así un año y otro, hasta treinta.

Jesucristo, al quedarse treinta años en Nazaret, nos obligó a reparar en la grandeza de la vida ordinaria. Cuando se piensa que tan sólo una pared separaba la casa de la Sagrada Familia de la de sus vecinos o que Jesús, María y José no se ocupaban de cosas distintas a las de sus paisanos, empezamos a intuir la importancia que Dios concede a la fatiga cotidiana.

Necesitamos una fe robusta, madura, porque *cuando la fe flojea el hombre tiende a figurarse a Dios como si estuviera lejano, sin que apenas se ocupe de sus hijos. Piensa en la religión como algo yuxtapuesto, para cuando no queda otro remedio; espera, no se sabe con qué fundamento, manifestaciones aparatosas, sucesos insólitos… Me gusta hablar de camino, porque somos viadores, nos dirigimos a la Casa del Cielo, a nuestra*

patria. Pero mirad que un camino, aunque puede presentar trechos de especiales dificultades, aunque nos haga vadear alguna vez un río o cruzar un pequeño bosque casi impenetrable, habitualmente es algo corriente, sin sorpresas. El peligro es la rutina: imaginar que en esto, en lo de cada instante, no está Dios, porque ¡es tan sencillo, tan ordinario! (San Josemaría Escrivá).

¡Cuánto bien nos puede hacer contemplar a la familia de Nazaret ocupada en un quehacer aparentemente sin relieve! Ese trabajo diario que se nos antoja excesivo y cuya finalidad se nos escapa; o el de las madres de familia que cada mañana se levantan más agotadas que cuando se acostaron para realizar la tarea de siempre: limpiar el polvo, hacer la comida..., todo eso recupera su sentido humano y divino cuando miramos a Nazaret. Las mismas cosas realizadas bajo la luz de Dios son capaces de transformar la vida de una persona, una familia, una sociedad.

"Jesucristo, a quien el universo está sujeto, estaba sujeto a los suyos", dice S. Agustín. Pidamos al Señor en esta celebración por la mediación de María y José, que nos aumente la fe para que descubramos el valor que delante de Dios tiene la vida hogareña, el quehacer diario, los apuros económicos, el cansancio, una sonrisa, un favor, una caricia, el dolor, los contratiempos..., en una palabra, la vida de cada día con sus sinsabores y sus alegrías.

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

"Como Hijo, puso su casa entre nosotros; como Hermano mayor, está a la cabeza de la Familia"

Eclo 3,2-6.12-14: "El que teme al Señor honra a sus padres"

Sal 127,1-2.3.4-5: "Dichosos los que temen al Señor y siguen sus caminos"

Col 3,12-21: "La vida de familia vivida en el Señor"

Lc 2,22-40: "El niño iba creciendo y se llenaba de sabiduría"

El Sirácida recuerda que, entre los deberes más importantes para con Yavé, está el deber del amor y respeto a los padres. Partiendo de Ex 20,12 ("Honra a tu padre y a tu madre") insiste en la vida de amor familiar como fuente de la bendición divina.

Si la Ley era el apoyo para la recomendación anterior, para san Pablo la referencia a Cristo será el fundamento. Para el creyente las relaciones familiares pasan a depender de la coherencia con su fe.

La intención del relato de san Lucas es mostrar cómo la misión de Cristo es llevada a término asumiendo plenamente la condición humana. Si la vida del hombre se desarrolla, crece y madura en el seno familiar, la intención de "el niño iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría" tiene claras alusiones a la identificación del Hijo de Dios con la humanidad.

Es verdad que a veces, se viene tachando a la familia de costumbre superada. Pero hoy se va reconociendo su importancia y resulta curioso —aunque no demasiado sorprendente conociendo la historia— que hoy se vuelven a valorar las condiciones familiares. Este reencuentro con la realidad familiar indica que el hombre no quiere renunciar a ella.

— "La vida oculta de Nazaret permite a todos entrar en comunión con Jesús a través de los caminos más ordinarios de la vida humana: Nazaret es la escuela donde se comienza a entender la vida de Jesús... Una lección de vida familiar" (Pablo VI, discurso 5 Enero 1964) (533).

— "Con la sumisión a su madre y a su padre legal, Jesús cumple con perfección el cuarto mandamiento. Es la imagen temporal de su obediencia filial a su Padre celestial. La sumisión cotidiana de Jesús a José y María anunciaba y anticipaba la sumisión del Jueves Santo: «No se haga mi voluntad...» La obediencia de Cristo en lo cotidiano de la vida oculta inauguraba ya la obra de restauración de lo que la desobediencia de Adán había destruido" (532).

— "La familia cristiana es una comunidad de fe, esperanza y caridad, posee en la Iglesia una importancia singular como aparece en el Nuevo Testamento" (2204; cf. 2213-2233).

— "La familia es la «célula original de la vida social». La autoridad, la estabilidad y la vida de relación en el seno de la familia constituyen los fundamentos de la libertad, de la seguridad, de la fraternidad en el seno de la sociedad. La familia es la comunidad en la que, desde la infancia, se pueden aprender los valores morales, se comienza a honrar a Dios y a usar bien de la libertad. La vida de familia es iniciación a la vida en sociedad" (2207).

— "Eres maestro y doctor en toda tu casa. Aprende de Job (1,5), que ofrecía sacrificios por los pecados de pensamiento que hubieran podido cometer sus hijos. Aprende de Abraham, que los incitaba a guardar los caminos del Señor (Gn 18,19). Lee los consejos que David daba a sus hijos antes de morir (2Re 2,2-4). Tienes tu casa adornada con estatuas de oro. Son tus hijos. Límpialas, adórnalas, cuídalas. Enséñales el temor de Dios superior a toda riqueza. Si los educas bien aprenderán a hacer ellos lo mismo con sus hijos y se formará una serie ininterrumpida de santos felices, de la que tú serás la raíz y recibirás el premio" (San Juan Crisóstomo)".

Cristo creció en una familia. Nosotros nacemos en la familia para crecer como personas.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO B)

La familia de Nazareth

— Jesús quiso comenzar la Redención del mundo enraizado en una familia

I. *Cuando cumplieron todas las cosas mandadas en la Ley del Señor regresaron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y fortaleciéndose lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él.*

El Mesías quiso comenzar su tarea redentora en el seno de una familia sencilla, normal. Lo primero que santificó Jesús con su presencia fue un hogar. Nada ocurre de extraordinario en estos años de Nazaret, donde Jesús pasa la mayor parte de su vida.

José era el cabeza de familia; como padre legal, él era quien sostenía a Jesús y a María con su trabajo. Es él quien recibe el mensaje del nombre que ha de poner al Niño: *Le pondrás por nombre Jesús*; y los que tienen como fin la protección del Hijo: *Levántate, toma al Niño y huye a Egipto*. Levántate, toma al Niño y vuelve a la patria. No vayas a Belén, sino a Nazaret. De él aprendió Jesús su propio oficio, el medio de ganarse la vida. Jesús le manifestaría muchas veces su admiración y su cariño.

De María, Jesús aprendió formas de hablar, dichos populares llenos de sabiduría, que más tarde empleará en su predicación. Vio cómo Ella guardaba un poco de masa de un día para otro, para que se hiciera levadura; le echaba agua y la mezclaba con la nueva masa, dejándola fermentar bien arropada con un paño limpio. Cuando la Madre remendaba la ropa, el Niño la observaba. Si un vestido tenía una rasgadura buscaba Ella un pedazo de paño que se acomodase al remiendo. Jesús, con la curiosidad propia de los niños, le preguntaba por qué no empleaba una tela nueva; la Virgen le explicaba que los retazos nuevos cuando se mojan tiran del paño anterior y lo rasgan; por eso había que hacer el remiendo con un paño viejo... Los vestidos mejores, los de fiesta, solían guardarse en un arca. María ponía gran cuidado en meter también determinadas plantas olorosas para evitar que la polilla los destrozara. Años más tarde, esos sucesos aparecerán en la predicación de Jesús. No podemos olvidar esta enseñanza fundamental para nuestra vida corriente: *la casi totalidad de los días que Nuestra Señora pasó en la tierra transcurrieron de una manera muy parecida a las jornadas de otros millones de mujeres, ocupadas en cuidar de su familia, en educar a sus hijos, en sacar adelante las tareas del hogar. María santifica lo más menudo, lo que muchos consideran erróneamente como intrascendente y sin valor: el trabajo de cada día, los detalles de atención hacia las personas queridas, las conversaciones y las visitas con motivo de parentesco o de amistad. ¡Bendita normalidad, que puede estar llena de tanto amor a Dios!*.

Entre José y María había cariño santo, espíritu de servicio, comprensión y deseos de hacerse la vida feliz mutuamente. Así es la familia de Jesús: sagrada, santa, ejemplar, modelo de virtudes humanas, dispuesta a cumplir con exactitud la voluntad de Dios. El hogar cristiano debe ser imitación del de Nazaret: un lugar donde quepa Dios y pueda estar en el centro del amor que todos se tienen ¿Es así nuestro hogar? ¿Le dedicamos el

tiempo y la atención que merece? ¿Es Jesús el centro? ¿Nos desvivimos por los demás? Son preguntas que pueden ser oportunas en nuestra oración de hoy, mientras contemplamos a Jesús, a María y a José en la fiesta que les dedica la Iglesia.

— La misión de los padres. Ejemplo de María y de José

II. En la familia, «los padres deben ser para sus hijos los primeros educadores de la fe, mediante la Palabra y el ejemplo». Esto se cumplió de manera singularísima en el caso de la Sagrada Familia. Jesús aprendió de sus padres el significado de las cosas que le rodeaban.

La Sagrada Familia recitaría con devoción las oraciones tradicionales que se rezaban en todos los hogares israelitas, pero en aquella casa todo lo que se refería a Dios particularmente tenía un sentido y un contenido nuevo. ¡Con qué prontitud, fervor y recogimiento repetiría Jesús los versículos de la Sagrada Escritura que los niños hebreos tenían que aprender!. Recitaría muchas veces estas oraciones aprendidas de labios de sus padres.

Al meditar estas escenas, los padres han de considerar con frecuencia las palabras del Papa Pablo VI recordadas por Juan Pablo II: «¿Enseñáis a vuestros niños las oraciones del cristiano? ¿Preparáis, de acuerdo con los sacerdotes, a vuestros hijos para los sacramentos de la primera edad: confesión, comunión, confirmación? ¿Los acostumbráis, si están enfermos, a pensar en Cristo que sufre? ¿A invocar la ayuda de la Virgen y de los santos? ¿Rezáis el Rosario en familia? (...) ¿Sabéis rezar con vuestros hijos, con toda la comunidad doméstica, al menos alguna vez? Vuestro ejemplo en la rectitud del pensamiento y de la acción, apoyado por alguna oración común, vale una lección de vida, vale un acto de culto de mérito singular; lleváis de este modo la paz al interior de los muros domésticos: *Pax huic domui*. Recordad: así edificáis la Iglesia».

Los hogares cristianos, si imitan el que formó la Sagrada Familia de Nazaret, serán «hogares luminosos y alegres», porque cada miembro de la familia se esforzará en primer lugar en su trato con el Señor, y con espíritu de sacrificio procurará una convivencia cada día más amable.

La familia es escuela de virtudes y el lugar ordinario donde hemos de encontrar a Dios. *La fe y la esperanza se han de manifestar en el sosiego con que se enfocan los problemas, pequeños o grandes, que en todos los hogares ocurren, en la ilusión con que se persevera en el cumplimiento del propio deber. La caridad lo llenará así todo, y llevará a compartir las alegrías y los posibles sinsabores; a saber sonreír, olvidándose de las propias preocupaciones para atender a los demás; a escuchar al otro cónyuge o a los hijos, mostrándoles que de verdad se les quiere y comprende; a pasar por alto menudos roces sin importancia que el egoísmo podría convertir en montañas; a poner un gran amor en los pequeños servicios de que está compuesta la convivencia diaria.*

Santificar el hogar día a día, crear, con el cariño, un auténtico ambiente de familia: de eso se trata. Para santificar cada jornada se han de ejercitar muchas virtudes

cristianas; las teologales en primer lugar y, luego, todas las otras: la prudencia, la lealtad, la sinceridad, la humildad, el trabajo, la alegría….

Estas virtudes fortalecerán la unidad que la Iglesia nos enseña a pedir: *Tú, que al nacer en una familia fortaleciste los vínculos familiares, haz que las familias vean crecer la unidad.*

— La Sagrada Familia, ejemplo para todas las familias

III. Una familia unida a Cristo es un miembro de su Cuerpo místico, y ha sido llamada «iglesia doméstica». Esa comunidad de fe y de amor se ha de manifestar en cada circunstancia, como la Iglesia misma, como testimonio vivo de Cristo. «La familia cristiana proclama en voz muy alta tanto las presentes virtudes del reino, como la esperanza de la vida bienaventurada». La fidelidad de los esposos a su vocación matrimonial les llevará incluso a pedir la vocación de sus hijos para dedicarse con abnegación al servicio del Señor.

En la Sagrada Familia cada hogar cristiano tiene su ejemplo más acabado; en ella, la familia cristiana puede descubrir lo que debe hacer y el modo de comportarse, para la santificación y la plenitud humana de cada uno de sus miembros. «Nazaret es la escuela donde empieza a entenderse la vida de Jesús, es la escuela donde se inicia el conocimiento de su Evangelio. Aquí aprendemos a observar, a escuchar, a meditar, a penetrar en el sentido profundo y misterioso de esta sencilla, humilde y encantadora manifestación del Hijo de Dios entre los hombres. Aquí se aprende incluso quizá de una manera casi insensible, a imitar esta vida».

La familia es la forma básica y más sencilla de la sociedad. Es la principal «escuela de todas las virtudes sociales». Es el semillero de la vida social, pues es en la familia donde se ejercita la obediencia, la preocupación por los demás, el sentido de responsabilidad, la comprensión y ayuda, la coordinación amorosa entre las diversas maneras de ser. Esto se realiza especialmente en las familias numerosas, siempre alabadas por la Iglesia. De hecho, se ha comprobado que la salud de una sociedad se mide por la salud de las familias. De aquí que los ataques directos a la familia (como es el caso de la introducción del divorcio en la legislación) sean ataques directos a la sociedad misma, cuyos resultados no se hacen esperar.

«Que la Virgen María, Madre de la Iglesia, sea también Madre de la "Iglesia doméstica", y, gracias a su ayuda materna, cada familia cristiana pueda llegar a ser verdaderamente una pequeña Iglesia de Cristo. Sea ella, Esclava del Señor, ejemplo de acogida humilde y generosa de la voluntad de Dios; sea ella, Madre Dolorosa a los pies de la Cruz, la que alivie los sufrimientos y enjugue las lágrimas de cuantos sufren por las dificultades de sus familias.

» Que Cristo Señor, Rey del universo, Rey de las familias, esté presente, como en Caná, en cada hogar cristiano para dar luz, alegría, serenidad y fortaleza».

De modo muy especial le pedimos hoy a la Sagrada Familia por cada uno de los miembros de nuestra familia, por el más necesitado.

Rev. D. Joan Ant. MATEO i García (La Fuliola, Lleida, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO B)

Llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarle al Señor

Hoy, celebramos la fiesta de la Sagrada Familia. Nuestra mirada se desplaza del centro del belén —Jesús— para contemplar cerca de Él a María y José. El Hijo eterno del Padre pasa de la familia eterna, que es la Santísima Trinidad, a la familia terrenal formada por María y José. ¡Qué importante ha de ser la familia a los ojos de Dios cuando lo primero que procura para su Hijo es una familia!

Juan Pablo II, en su Carta apostólica *El Rosario de la Virgen María*, ha vuelto a destacar la importancia capital que tiene la familia como fundamento de la Iglesia y de la sociedad humana, y nos ha pedido que recemos por la familia y que recemos en familia con el Santo Rosario para revitalizar esta institución. Si la familia va bien, la sociedad y la Iglesia irán bien.

El Evangelio nos dice que el Niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría. Jesús encontró el calor de una familia que se iba construyendo a través de sus recíprocas relaciones de amor. ¡Qué bonito y provechoso sería si nos esforzáramos más y más en construir nuestra familia!: con espíritu de servicio y de oración, con amor mutuo, con una gran capacidad de comprender y de perdonar. ¡Gustaríamos —como en el hogar de Nazaret— el cielo y la tierra! Construir la familia es hoy una de las tareas más urgentes. Los padres, como recordaba el Concilio Vaticano II, juegan ahí un papel insubstituible: «Es deber de los padres crear un ambiente de familia animado por el amor, por la piedad hacia Dios y hacia los hombres, y que favorezca la educación íntegra personal y social de los hijos». En la familia se aprende lo más importante: a ser personas.

Finalmente, hablar de familia para los cristianos es hablar de la Iglesia. El evangelista san Lucas nos dice que los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor. Aquella ofrenda era figura de la ofrenda sacrificial de Jesús al Padre, fruto de la cual hemos nacido los cristianos. Considerar esta gozosa realidad nos abrirá a una mayor fraternidad y nos llevará a amar más a la Iglesia.

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO B)

Una sola familia

«Yo voy a reunir de todas las naciones a mi pueblo, en una sola familia, un solo pueblo santo. Y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios» (Ez 36, 24.28).

Eso dice el Señor.

Una sola familia: la Santa Iglesia Católica, que reúne de entre las naciones a todos los hijos de Dios.

Tú, sacerdote, eres medio de unión, porque tú eres padre, porque tú eres Cristo, y por Él, con Él y en Él eres cabeza, eres centro, haces familia, santificas, alimentas, sanas, reúnes, eres proveedor, eres pastor, eres esposo de la Santa Iglesia Católica, en la que haces de todo el pueblo de Dios, un solo pueblo santo, una sola familia.

Familia, esa es la obra de Dios. Desde un principio hombre y mujer los creó, y procrear y multiplicarse les mandó.

Familia, a través de la que Dios se manifiesta generando vida.

Familia, de la cual hay un solo modelo: la Sagrada Familia.

Unidad en Cristo, unidad en la fe, unidad en la esperanza, unidad en el amor.

Unidad, sacerdote: esa es tu responsabilidad.

Unidad, sacerdote, entre las familias y sus miembros, para establecer en cada familia el Reino de los Cielos, y así cada familia es un solo miembro que forma un solo cuerpo de Cristo, con un mismo espíritu, una sola fe, un solo Dios, una sola Iglesia, de la cual Cristo es cabeza.

Familia que acoge, que perdona, que olvida, que vive en armonía, en la que todos se ayudan, pero que también todos se afectan.

Tú eres, sacerdote, modelo y ejemplo de la segunda persona de la Santísima Trinidad, un solo Dios verdadero, que en tres Personas distintas manifiestan tu heredad.

Familia que adquiere la responsabilidad de educar, de hacer crecer y alimentar, de cuidar, de proteger, de aconsejar, de guiar, de reunir a sus miembros en un solo rebaño y con un solo pastor.

Eres tú, sacerdote, pastor del rebaño de Dios, unión de su pueblo para ser reunido en un solo pueblo santo de Dios.

Familia conformada a la perfección, siguiendo el modelo de la Santísima Trinidad, para ser a imagen y semejanza de Dios, porque Dios es padre y es madre, y Dios es amor.

Eres tú, sacerdote, quien bendice y une a las familias por el sacramento del santo matrimonio entre un hombre y una mujer en plena libertad, por su propia voluntad, que profesan uno a otro su amor, y les mandas: vayan a procrear y multiplíquense para que

formen una sola familia, un solo miembro del cuerpo de Cristo. Y unes a las familias en torno a la Santa Iglesia, para ser Una, Santa, Católica y Apostólica.

Eres tú, sacerdote, el responsable de dar ejemplo, de ser un buen padre, de reunir a tus hijos en torno a la Madre.

Lo que une, sacerdote, es el amor.

No hay más definición de familia que Jesús, María y José, la Sagrada Familia de Nazaret.

(*Espada de Dos Filos* I, n. 31)

Sagrada Familia de Jesús, María y José (Ciclo C)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN AMBROSIO (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2013, 2015 y 2018 – Catequesis del 17.XII.14**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2006, 2009 y 2012**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES (La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes)**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Rev. D. Joan Ant. MATEO i García (La Fuliola, Lleida, España) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO C)

¿POR QUÉ ME BUSCABAN?

1 Sam 1, 20-22. 24-28; 1 Jn 3, 1-2. 21-24; Lc 2,41-52

Dos narraciones semejantes, hermanadas por cierto aire de familia. Dos contextos diferentes sin duda, pero que nos presentan a dos familias que viven su experiencia de fe, arraigados en las tradiciones religiosas de Israel. En ambas encontramos la misma actitud de fondo, la de la gratitud hacia Dios. La fiesta de Pascua era la ocasión de celebrar el señorío de Dios, que había liberado a Israel de Egipto. En esa fiesta gozosa, Jesús afirmó

su autonomía y se declaró vinculado preferentemente con Dios Padre, y solamente subordinado a sus padres de manera relativa. Desde ese gesto precoz, Jesús nos da una lección de sabiduría, enseñándonos a discernir entre dos bienes. En el libro de Samuel, encontramos a Ana, una mujer transfigurada por la maternidad, que vive tan agradecida con Dios, que le entrega a quien más ama, a su pequeño Samuel.

ANTÍFONA DE ENTRADA **Lc 2. 16**

Llegaron los pastores a toda prisa y encontraron a María y a José, y al niño recostado en un pesebre.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, que te dignaste dejarnos el más perfecto ejemplo en la Sagrada Familia de tu Hijo, concédenos benignamente que, imitando sus virtudes domésticas y los lazos de caridad que la unió, podamos gozar de la eterna recompensa en la alegría de tu casa. Por nuestro Señor Jesucristo...,

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Samuel quedará consagrado de por vida al Señor

Del primer libro de Samuel: 1, 20-22.24-28

En aquellos días, Ana concibió, dio a luz un hijo y le puso por nombre Samuel, diciendo: "Al Señor se lo pedí". Después de un año, Elcaná, su marido, subió con toda la familia para hacer el sacrificio anual para honrar al Señor y para cumplir la promesa que habían hecho, pero Ana se quedó en su casa.

Un tiempo después, Ana llevó a Samuel, que todavía era muy pequeño, a la casa del Señor, en Siló, y llevó también un novillo de tres años, un costal de harina y un odre de vino.

Una vez sacrificado el novillo, Ana presentó el niño a Elí y le dijo: "Escúchame, señor: te juro por mi vida que yo soy aquella mujer que estuvo junto a ti, en este lugar, orando al Señor. Este es el niño que yo le pedía al Señor y que él me ha concedido. Por eso, ahora yo se lo ofrezco al Señor, para que le quede consagrado de por vida". Y adoraron al Señor.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 83, 2-3.5-6.9-10

R/. Señor, dichosos los que viven en tu casa.

Anhelando los atrios del Señor se consume mi alma. Todo mi ser de gozo se estremece y el Dios vivo es la causa. ***R/.***

Dichosos los que viven en tu casa, te alabarán para siempre; dichosos los que encuentran en ti su fuerza y la esperanza de su corazón. ***R/.***

Escucha mi oración, Señor de los ejércitos; Dios de Jacob. atiéndeme. Míranos, Dios y protector nuestro, y contempla el rostro de tu Mesías. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Nos llamamos hijos de Dios y lo somos

De la primera carta del apóstol san Juan: 3,1-2. 21-24

Queridos hijos: Miren cuánto amor nos ha tenido el Padre, pues no sólo nos llamamos hijos de Dios, sino que lo somos. Si el mundo no nos reconoce, es porque tampoco lo ha reconocido a él.

Hermanos míos, ahora somos hijos de Dios, pero aún no se ha manifestado cómo seremos al fin. Y ya sabemos que, cuando él se manifieste, vamos a ser semejantes a él, porque lo veremos tal cual es.

Si nuestra conciencia no nos remuerde, entonces, hermanos míos, nuestra confianza en Dios es total. Puesto que cumplimos los mandamientos de Dios y hacemos lo que le agrada, ciertamente obtendremos de él todo lo que le pidamos.

Ahora bien, éste es su mandamiento: que creamos en la persona de Jesucristo, su Hijo, y nos amemos los unos a los otros, conforme al precepto que nos dio. Quien cumple sus mandamientos permanece en Dios y Dios en él. En esto conocemos, por el Espíritu que él nos ha dado, que él permanece en nosotros.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Cfr. Col 3, 15. 16

R/. Aleluya, aleluya.

Que en sus corazones reine la paz de Cristo; que la palabra de Cristo habite en ustedes con toda su riqueza.

EVANGELIO

Los padres de Jesús lo encontraron en medio de los doctores

+ Del santo Evangelio según san Lucas: 2, 41-52

Los padres de Jesús solían ir cada año a Jerusalén para las festividades de la Pascua. Cuando el niño cumplió doce años, fueron a la tiesta, según la costumbre. Pasados aquellos días, se volvieron, pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que sus padres lo supieran. Creyendo que iba en la caravana, hicieron un día de camino; entonces lo buscaron, y al no encontrarlo, regresaron a Jerusalén en su busca.

Al tercer día lo encontraron en el templo, sentado en medio de los doctores, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos los que lo oían se admiraban de su inteligencia y de sus respuestas. Al verlo, sus padres se quedaron atónitos y su madre le dijo: “Hijo mío, ¿por qué te has portado así con nosotros? Tu padre y yo te hemos estado buscando llenos de angustia”. Él les respondió: “¿por qué me andaban buscando? ¿No

sabían que debo ocuparme en las cosas de mi Padre?". Ellos no entendieron la respuesta que les dio. Entonces volvió con ellos a Nazaret y siguió sujeto a su autoridad. Su madre conservaba en su corazón todas aquellas cosas.

Jesús iba creciendo en saber, en estatura y en el favor de Dios y de los hombres.

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Te ofrecemos, Señor, este sacrificio de reconciliación, y te pedimos humildemente que, por la intercesión de la Virgen Madre de Dios y de san José, fortalezcas nuestras familias en tu gracia y en tu paz. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Bar 3, 38

Nuestro Dios apareció en el mundo y convivió con los hombres.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Padre misericordioso, haz que, reanimados con este sacramento celestial, imitemos constantemente los ejemplos de la Sagrada Familia, para que, superadas las aflicciones de esta vida, consigamos gozar eternamente de su compañía. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO C)

El que teme al Señor honra a sus padres (Si 3, 3-7.14-16)

1ª lectura

La sabiduría tradicional invita a observar atentamente lo que sucede, para encontrar los modos más eficaces de alcanzar la felicidad. Desde esa perspectiva se contemplan ahora las relaciones de los hijos con sus padres: honrar a los padres trae beneficios.

Sin embargo, la perspectiva de Ben Sirac es, por encima de todo, religiosa. El Decálogo así lo establecía claramente: «Honra a tu padre y a tu madre, como te mandó el Señor, tu Dios, para que se alarguen tus días y te vaya bien en la tierra» (Dt 5,16; cfr Ex 20,12), y estos versículos son una preciosa glosa, en la que no se ahorran elogios para quien cumple delicadamente este mandamiento. Con todo, el v. 3 señala también un hondo motivo para vivir la piedad filial: los buenos hijos son, sobre todo, honra gloriosa para los padres. Con razón la liturgia de la Iglesia recoge estos versículos como primera lectura en la fiesta de la Sagrada Familia, pues Dios honró a Santa María y a San José con Jesús.

Finalmente (cfr vv. 14-16), el texto se detiene en los deberes de piedad filial cuando los padres no pueden valerse por sí mismos: «El cuarto mandamiento recuerda a los hijos

mayores de edad sus responsabilidades para con los padres. En la medida en que ellos pueden, deben prestarles ayuda material y moral en los años de vejez y durante sus enfermedades, y en momentos de soledad o de abatimiento. Jesús recuerda este deber de gratitud (cfr Mc 7,10-12)» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2218).

La vida de familia (Col 3, 12-21)

2ª lectura

Las virtudes que enumera el Apóstol como características del hombre nuevo son diversas manifestaciones de la caridad que es el «vínculo de la perfección» (v. 14). «Si el amor no va por delante, no se cumplirá ninguno de los preceptos. Pues sólo dejamos de hacer el mal a los demás y nos preocupamos de hacer el bien, cuando amamos a los demás» (Severiano de Gábala, *Fragmenta in Colossenses*).

Haciendo las cosas bien, por amor, todas las realidades auténticamente humanas son santificables y deben ser santificadas (v. 17). *Os aseguro (...) que cuando un cristiano desempeña con amor lo más intranscendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios. Por eso os he repetido, con un repetido martilleo, que la vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día. En la línea del horizonte (...) parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria* (S. Josemaría Escrivá, *Conversaciones*, n. 116).

La aplicación de la doctrina precedente a la vida familiar (3,18-21) tiene su fundamento en la caridad y en la necesidad de comportarse cara a Dios. Las funciones del padre, la madre y los hijos adquieren también así un sentido nuevo. En toda familia debe haber un «intercambio educativo entre padres e hijos (cfr Ef 6,1-4; Col 3,20 s.), en que cada uno da y recibe. Mediante el amor, el respeto y la obediencia a los padres, los hijos aportan su específica e insustituible contribución a la edificación de una familia auténticamente humana y cristiana (cfr *Gaudium et spes*, n. 48). Cumplirán más fácilmente esta función si los padres ejercen su autoridad irrenunciable como un verdadero y propio "ministerio", esto es, como un servicio ordenado al bien humano y cristiano de los hijos, y ordenado en particular a hacerles adquirir una libertad verdaderamente responsable» (Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, n. 21).

¿No sabían que debo ocuparme en las cosas de mi Padre? (Lc 2, 41-52)

Evangelio

Sólo San Lucas (2,41-50) ha recogido el suceso del Niño Jesús perdido y hallado en el Templo, que piadosamente contemplamos en el quinto misterio gozoso del santo Rosario.

El viaje era obligatorio sólo para los varones de doce años en adelante. La distancia entre Nazaret y Jerusalén en línea recta es de unos 100 kms. Teniendo en cuenta las zonas montañosas los caminos darían un rodeo que puede calcularse en 140 kms.

En las peregrinaciones a Jerusalén los judíos solían caminar en dos grupos: uno de hombres y otro de mujeres. Los niños podían ir con cualquiera de los dos. Esto explica que pudiera pasar inadvertida la ausencia del Niño hasta que terminó la primera jornada, momento en el que se reagrupaban las familias para acampar.

Llora María. —Por demás hemos corrido tú y yo de grupo en grupo, de caravana en caravana: no Le han visto. —José, tras hacer inútiles esfuerzos por no llorar, llora también: ...Y tú... Y yo.

Yo, como soy un criadito basto, lloro a moco tendido y clamo al cielo y a la tierra..., por cuando Le perdí por mi culpa y no clamé (San Josemaría, *Santo Rosario*, quinto misterio gozoso).

La solicitud con que María y José buscan al Niño ha de estimularnos a nosotros a buscar siempre a Jesús, sobre todo cuando lo hayamos perdido por el pecado.

Jesús: que nunca más te pierda... Y entonces la desgracia y el dolor nos unen, como nos unió el pecado, y salen de todo nuestro ser gemidos de profunda contrición y frases ardientes, que la pluma no puede, no debe estampar (*ibídem*.).

Seguramente el Niño Jesús estaría en el atrio del Templo, donde los doctores solían enseñar. Los que querían escuchaban las explicaciones, sentados en el suelo, interviniendo a veces con preguntas y respuestas. El Niño Jesús siguió esta costumbre, pero sus preguntas y respuestas llamaron la atención de los doctores por su sabiduría y ciencia.

La Virgen sabía desde el anuncio del ángel que el Niño Jesús era Dios. Esta fe fundamentó una constante actitud de generosa fidelidad a lo largo de toda su vida. Pero esta fe no tenía por qué incluir el conocimiento concreto de todos los sacrificios que Dios Le pediría, ni del modo cómo Cristo llevaría a cabo su misión redentora. Lo iría descubriendo en la contemplación de la vida de Nuestro Señor.

La respuesta de Cristo es una explicación. Las palabras del Niño —que son las primeras que recoge el Evangelio— enseñan claramente su Filiación divina. Y afirman su voluntad de cumplir los designios de su Padre Eterno. «No los reprende —a María y José— porque lo buscan como hijo, sino que les hace levantar los ojos de su espíritu para que vean lo que debe a Aquel de quien es Hijo Eterno» (*In Lucae Evangelium expositio*, in loc.). Jesús nos enseña a todos que por encima de cualquier autoridad humana, incluso la de los padres, está el deber primario de cumplir la voluntad de Dios: *Y, al consolarnos con el gozo de encontrar a Jesús —¡tres días de ausencia!— disputando con los Maestros de Israel (*Lc *11,46), quedará muy grabada en tu alma y en la mía la obligación de dejar a los de nuestra casa por servir al Padre Celestial* (San Josemaría, *id*.).

Hay que tener en cuenta que Jesús conocía con detalle desde su concepción el desarrollo de toda su vida en la tierra. Las palabras con que responde a sus padres denotan ese conocimiento. María y José se dieron cuenta de que esa respuesta entrañaba un

sentido muy profundo que no llegaban a entender. Lo fueron comprendiendo a medida que los acontecimientos de la vida de su Hijo se iban desarrollando. La fe de María y José y su actitud de reverencia frente al Niño les llevaron a no preguntar más por entonces, y a meditar, como en otras ocasiones, las obras y palabras de Jesús.

El Evangelio nos resume la vida admirable de Jesús en Nazaret con sólo tres palabras: *erat subditus illis*, les estaba sujeto, les obedecía. *Jesús obedece, y obedece a José y a María. Dios ha venido a la tierra para obedecer, y para obedecer a las criaturas. Son dos criaturas perfectísimas: Santa María, nuestra Madre, más que Ella sólo Dios; y aquel varón castísimo, José. Pero criaturas. Y Jesús, que es Dios, les obedecía. Hemos de amar a Dios, para así amar su voluntad y tener deseos de responder a las llamadas que nos dirige a través de las obligaciones de nuestra vida corriente: en los deberes de estado, en la profesión, en el trabajo, en la familia, en el trato social, en el propio sufrimiento y en el de los demás hombres, en la amistad, en el afán de realizar lo que es bueno y justo* (San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 17).

En Nazaret permaneció Jesús como uno más de los hijos de los hombres, trabajando en el mismo oficio de San José y ganando el sustento con el sudor de su frente. *Esos años ocultos del Señor no son algo sin significado, ni tampoco una simple preparación de los años que vendrían después: los de su vida pública. Desde 1928 comprendí con claridad que Dios desea que los cristianos tomen ejemplo de toda la vida del Señor. Entendí especialmente su vida escondida, su vida de trabajo corriente en medio de los hombres: el Señor quiere que muchas almas encuentren su camino en los años de vida callada y sin brillo. Obedecer a la voluntad de Dios es siempre, por tanto, salir de nuestro egoísmo; pero no tiene por qué reducirse principalmente a alejarse de las circunstancias ordinarias de la vida de los hombres, iguales a nosotros por su estado, por su profesión, por su situación en la sociedad.*

Sueño —y el sueño se ha hecho realidad— con muchedumbres de hijos de Dios, santificándose en su vida de ciudadanos corrientes, compartiendo afanes, ilusiones y esfuerzos con las demás criaturas. Necesito gritarles esta verdad divina: si permanecéis en medio del mundo, no es porque Dios se haya olvidado de vosotros, no es porque el Señor no os haya llamado. Os ha invitado a que continuéis en las actividades y en las ansiedades de la tierra, porque os ha hecho saber que vuestra vocación humana, vuestra profesión, vuestras cualidades, no sólo no son ajenas a sus designios divinos, sino que Él las ha santificado como ofrenda gratísima al Padre (*Id.*, n. 20).

Según su naturaleza humana Jesús Niño crecía como uno de nosotros. El crecimiento en sabiduría ha de entenderse en cuanto a la ciencia experimental: los conocimientos adquiridos por su entendimiento humano a partir de las cosas sensibles y de la experiencia de la vida. También cabe hablar de aumento de sabiduría y de gracia según los efectos o manifestaciones externas; en este aspecto Cristo realizaba obras siempre perfectas en relación con su edad.

En la humanidad de Jesús había tres clases de ciencia: 1. la ciencia de los bienaventurados (visión de la esencia divina) en razón de la unión hipostática (unión de la naturaleza humana de Cristo con la divina en la única persona del Verbo). Esta ciencia no podía crecer. 2. la ciencia infusa, que perfeccionaba su inteligencia y por la que conocía todas las cosas, incluso las ocultas, como leer en los corazones de los hombres. Esta ciencia tampoco podía aumentar. 3. la ciencia adquirida, por la cual, como los demás hombres, adquiría nuevos conocimientos a partir de las experiencias sensibles. Esta evidentemente crecía con el paso de los años.

En cuanto a la gracia, propiamente hablando, Jesús no podía crecer. Desde el primer instante de su concepción tenía la gracia en toda su plenitud; esta plenitud deriva de poseer el principio de la gracia en razón de la unión hipostática. Según explica Santo Tomás: «El fin de la gracia es la unión de la criatura racional con Dios, y no puede haber ni puede entenderse una unión más íntima de la criatura racional con Dios que la que se da en la persona de Cristo (…). Es pues evidente que la gracia de Cristo no pudo aumentar por parte de la misma gracia. Ni tampoco pudo aumentar por parte de Cristo en cuanto hombre que fue verdadera y plenamente comprehensor, bienaventurado, desde el primer instante de su concepción. Por tanto no pudo aumentar en el Él la gracia» (Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, III, q. 7, a. 12).

Puede hablarse, no obstante, de un crecimiento en gracia según los efectos. En todo caso, nos encontramos aquí ante uno de los misterios de la fe que exceden nuestra inteligencia. ¡Qué pequeño sería Dios si nosotros lo pudiéramos entender y explicar perfectamente! Cristo ocultando su poder y sabiduría infinitas, haciéndose Niño, ¡qué gran lección es para nuestro orgullo!

SAN AMBROSIO (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO C)

Jesús, ejemplo de virtudes familiares

Y cuando llegó a la edad de doce años. A los doce años, según leemos, es cuando comenzó la enseñanza del Señor; pues un mismo número de mensajeros se había reservado a la predicación de la fe. No sin motivo, olvidándose de sus padres según la carne, el que, aun en su carne mortal, estaba lleno de la sabiduría de Dios y de su gracia, al cabo de tres días fue encontrado en el templo, como signo de que a los tres días de su pasión triunfante, resucitado, debía presentarse a nuestra fe sobre el trono del cielo y entre los honores divinos el que era creído muerto.

¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debía dedicarme en los asuntos de mi Padre? Existen en Cristo dos filiaciones: una es de su Padre, y otra de su Madre. La primera, por su Padre, es toda divina, mientras que por su Madre ha descendido a nuestros trabajos y costumbres. Por lo mismo, lo que sobrepasa la naturaleza, la edad, la

costumbre, no ha de ser atribuido a las facultades humanas, sino referido a las energías divinas. En otro lugar, la madre le impulsa a hacer un acto misterioso (milagroso) (Jn 2,3); aquí la madre es reprendida por exigir todavía algo humano. Mas, como aquí se le muestra en la edad de doce años, allí se nos dice que tenía discípulos, observa que la Madre aprendió del Hijo a exigir el misterio en su mayor edad, la que se admiraba del milagro en el más joven.

Y *vino a Nazaret y les estaba sometido*. Maestro de la virtud, ¿podría no cumplir sus deberes de piedad filial? ¿Y nos extrañan a nosotros sus deferencias para con el Padre si se somete a la Madre? No es su debilidad, sino su piedad la que hace esta dependencia, aunque, saliendo de su antro tortuoso, la serpiente del error levante la cabeza y, de sus entrañas viperinas, vomitase el veneno. Cuando el Hijo se llama "enviado", el hereje llama mayor al Padre, para declarar imperfecto a este Hijo que puede tener a Alguien más grande que El, para afirmar que tiene necesidad de socorros extraños, puesto que ha sido "enviado". ¿Necesitaba acaso un auxilio humano para servir al mandato materno? Era deferente con el hombre, era deferente con la esclava —pues ella dijo de sí: *He aquí la esclava del Señor—,* era deferente con su padre putativo; ¿por qué te extraña su deferencia para con Dios? ¿Sería, pues, ser deferente para con el hombre piedad, y para con Dios debilidad? Que al menos lo humano te haga apreciar lo divino y reconocer qué amor es debido a un padre. *El Padre honra al Hijo* (Jn 8,54), ¿no quieres que el hijo honre al Padre? El Padre, hablando desde el cielo, declara que se complace en su Hijo, ¿no quieres tú que el Hijo, cubierto con el vestido de una carne humana, expresando en el lenguaje del hombre un sentimiento humano, declare a su Padre mayor que El? Pues si *el Señor es grande, y digno de toda alabanza, y su grandeza no tiene fin* (Ps 144,3), es cierto que una grandeza que no tiene fin no puede recibir aumento. Pero ¿por qué no entender y admitir con espíritu religioso la obediencia del Hijo para con el Padre en el cuerpo que ha tomado, cuando admito religiosamente el homenaje del Padre para con el Hijo?

Aprende mejor los preceptos que te serán útiles y reconoce los ejemplos de piedad filial. Aprende lo que tú debes hacer con tus padres al leer que el Hijo no se separa del Padre ni por la voluntad, ni por la actividad, ni en el tiempo. Aunque son dos personas, por el poder no son más que Uno. Y este Padre celestial no ha experimentado los trabajos de la generación; tú, en cambio, debes a tu madre la pérdida de su integridad, el sacrificio de su virginidad, los peligros del parto; a tu madre las fatigas prolongadas, pues la pobre, en estos frutos tan deseados, peligra mucho más, y el nacimiento que ha deseado la libra de su trabajo, no de sus temores. ¿Qué decir del cuidado de los padres por la educación de sus hijos, de sus cargas multiplicadas por las necesidades de otros, de las semillas lanzadas por el trabajo y que aprovecharán a las generaciones siguientes? ¿No debe exigir todo esto al menos alguna sumisión? ¿Cómo encuentra el ingrato que su padre vive demasiado tiempo y le incomoda la comunidad de patrimonio, cuando Cristo no ha desechado a los herederos?

(*Tratado sobre el Evangelio de San Lucas (1) nº 63-66*, BAC Madrid 1966, pp. 121-24)

FRANCISCO – Ángelus 2013, 2015 y 2018 – Catequesis del 17.XII.14

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO C)

Ángelus 2013

Para vivir en paz y alegría en la familia: permiso, gracias y perdón

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En este primer domingo después de Navidad, la Liturgia nos invita a celebrar la fiesta de la Sagrada Familia de Nazaret. En efecto, cada belén nos muestra a Jesús junto a la Virgen y a san José, en la cueva de Belén. Dios quiso nacer en una familia humana, quiso tener una madre y un padre, como nosotros.

Y hoy el Evangelio nos presenta a la Sagrada Familia por el camino doloroso del destierro, en busca de refugio en Egipto. José, María y Jesús experimentan la condición dramática de los refugiados, marcada por miedo, incertidumbre, incomodidades (cf. *Mt* 2, 13-15.19-23). Lamentablemente, en nuestros días, millones de familias pueden reconocerse en esta triste realidad. Casi cada día la televisión y los periódicos dan noticias de refugiados que huyen del hambre, de la guerra, de otros peligros graves, en busca de seguridad y de una vida digna para sí mismos y para sus familias.

En tierras lejanas, incluso cuando encuentran trabajo, no siempre los refugiados y los inmigrantes encuentran auténtica acogida, respeto, aprecio por los valores que llevan consigo. Sus legítimas expectativas chocan con situaciones complejas y dificultades que a veces parecen insuperables. Por ello, mientras fijamos la mirada en la Sagrada Familia de Nazaret en el momento en que se ve obligada a huir, pensemos en el drama de los inmigrantes y refugiados que son víctimas del rechazo y de la explotación, que son víctimas de la trata de personas y del trabajo esclavo. Pero pensemos también en los demás «exiliados»: yo les llamaría «exiliados ocultos», esos exiliados que pueden encontrarse en el seno de las familias mismas: los ancianos, por ejemplo, que a veces son tratados como presencias que estorban. Muchas veces pienso que un signo para saber cómo va una familia es ver cómo se tratan en ella a los niños y a los ancianos.

Jesús quiso pertenecer a una familia que experimentó estas dificultades, para que nadie se sienta excluido de la cercanía amorosa de Dios. La huida a Egipto causada por las amenazas de Herodes nos muestra que Dios está allí donde el hombre está en peligro, allí donde el hombre sufre, allí donde huye, donde experimenta el rechazo y el abandono; pero Dios está también allí donde el hombre sueña, espera volver a su patria en libertad, proyecta y elige en favor de la vida y la dignidad suya y de sus familiares.

Hoy, nuestra mirada a la Sagrada Familia se deja atraer también por la sencillez de la vida que ella lleva en Nazaret. Es un ejemplo que hace mucho bien a nuestras familias, les ayuda a convertirse cada vez más en una comunidad de amor y de reconciliación, donde se experimenta la ternura, la ayuda mutua y el perdón recíproco. Recordemos las tres palabras clave para vivir en paz y alegría en la familia: permiso, gracias, perdón. Cuando en una familia no se es entrometido y se pide «permiso», cuando en una familia no se es egoísta y se aprende a decir «gracias», y cuando en una familia uno se da cuenta que hizo algo malo y sabe pedir «perdón», en esa familia hay paz y hay alegría. Recordemos estas tres palabras. Pero las podemos repetir todos juntos: permiso, gracias, perdón. (Todos: *permiso, gracias, perdón*) Desearía alentar también a las familias a tomar conciencia de la importancia que tienen en la Iglesia y en la sociedad. El anuncio del Evangelio, en efecto, pasa ante todo a través de las familias, para llegar luego a los diversos ámbitos de la vida cotidiana.

Invoquemos con fervor a María santísima, la Madre de Jesús y Madre nuestra, y a san José, su esposo. Pidámosle a ellos que iluminen, conforten y guíen a cada familia del mundo, para que puedan realizar con dignidad y serenidad la misión que Dios les ha confiado.

***

Ángelus 2014

La Familia de Nazaret es santa porque está centrada n Jesús

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En este primer domingo después de Navidad, mientras estamos aún inmersos en el clima gozoso de la fiesta, la Iglesia nos invita a contemplar a la Sagrada Familia de Nazaret. El Evangelio de hoy nos presenta a la Virgen y a san José en el momento en que, cuarenta días después del nacimiento de Jesús, van al templo de Jerusalén. Lo hacen en religiosa obediencia a la Ley de Moisés, que prescribe ofrecer el primogénito al Señor (cf. *Lc*2, 22-24).

Podemos imaginar a esta pequeña familia, en medio de tanta gente, en los grandes atrios del templo. No sobresale a la vista, no se distingue... Sin embargo, no pasa desapercibida. Dos ancianos, Simeón y Ana, movidos por el Espíritu Santo, se acercan y comienzan a alabar a Dios por ese Niño, en quien reconocen al Mesías, luz de las gentes y salvación de Israel (cf. *Lc*2, 22-38). Es un momento sencillo pero rico de profecía: el encuentro entre dos jóvenes esposos llenos de alegría y de fe por las gracias del Señor; y dos ancianos también ellos llenos de alegría y de fe por la acción del Espíritu. ¿Quién hace que se encuentren? Jesús. Jesús hace que se encuentren: los jóvenes y los ancianos. Jesús es quien acerca a las generaciones. Es la fuente de ese amor que une a las familias y a las personas, venciendo toda desconfianza, todo aislamiento, toda distancia. Esto nos hace pensar también en los abuelos: ¡cuán importante es su presencia, la presencia de los abuelos! ¡Cuán precioso es su papel en las familias y en la sociedad! La buena relación

entre los jóvenes y los ancianos es decisivo para el camino de la comunidad civil y eclesial. Y mirando a estos dos ancianos, a estos dos abuelos —Simeón y Ana— saludamos desde aquí, con un aplauso, a todos los abuelos del mundo.

El mensaje que proviene de la Sagrada Familia es ante todo un mensaje de *fe*. En la vida familiar de María y José Dios está verdaderamente en el centro, y lo está en la Persona de Jesús. Por eso la Familia de Nazaret es santa. ¿Por qué? Porque está centrada en Jesús.

Cuando padres e hijos respiran juntos este clima de fe, poseen una energía que les permite afrontar pruebas incluso difíciles, como muestra la experiencia de la Sagrada Familia, por ejemplo, en el hecho dramático de la huida a Egipto: una dura prueba.

El Niño Jesús, con su Madre María y con san José, son una imagen familiar sencilla pero muy luminosa. La luz que ella irradia es luz de misericordia y de salvación para todo el mundo, luz de verdad para todo hombre, para la familia humana y para cada familia. Esta luz que viene de la Sagrada Familia nos alienta a ofrecer calor humano en esas situaciones familiares en las que, por diversos motivos, falta la paz, falta la armonía y falta el perdón. Que no disminuya nuestra solidaridad concreta especialmente en relación con las familias que están viviendo situaciones más difíciles por las enfermedades, la falta de trabajo, las discriminaciones, la necesidad de emigrar... Y aquí nos detenemos un poco y en silencio rezamos por todas esas familias en dificultad, tanto dificultades de enfermedad, falta de trabajo, discriminación, necesidad de emigrar, como dificultades para comprenderse e incluso de desunión. En silencio rezamos por todas esas familias... (Dios te salve María...).

Encomendamos a María, Reina y madre de la familia, a todas las familias del mundo, a fin de que puedan vivir en la fe, en la concordia, en la ayuda mutua, y por esto invoco sobre ellas la maternal protección de quien fue madre e hija de su Hijo.

***

Ángelus 2015

Todo núcleo familiar cristiano está llamado a ser «iglesia doméstica»

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el clima de alegría que es propio de la Navidad, celebramos en este domingo la fiesta de la Sagrada Familia. Vuelvo a pensar en el gran encuentro de Filadelfia, en septiembre pasado; en las muchas familias que encuentro en los viajes apostólicos, y en las de todo el mundo.

Quisiera saludarlas a todas con afecto y reconocimiento, especialmente en este tiempo nuestro, en el que la familia está sometida a incomprensiones y dificultades de varios tipos que la debilitan.

El Evangelio de hoy invita a las familias a acoger la luz de esperanza que proviene de la casa de Nazaret, en la cual se ha desarrollado en la alegría la infancia de Jesús, quien —dice san Lucas— «iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres» (2, 52). El núcleo familiar de Jesús, María y José es para todo creyente, y en especial para las familias, una auténtica escuela del Evangelio. Aquí admiramos el cumplimiento del plan divino de hacer de la familia una especial comunidad de vida y amor. Aquí aprendemos que todo núcleo familiar cristiano está llamado a ser «iglesia doméstica», para hacer resplandecer las virtudes evangélicas y llegar a ser fermento de bien en la sociedad. Los rasgos típicos de la Sagrada Familia son: recogimiento y oración, mutua comprensión y respeto, espíritu de sacrificio, trabajo y solidaridad.

Del ejemplo y del testimonio de la Sagrada Familia, cada familia puede extraer indicaciones preciosas para el estilo y las opciones de vida, y puede sacar fuerza y sabiduría para el camino de cada día.

La Virgen y san José enseñan a acoger a los hijos como don de Dios, a generarlos y educarlos cooperando de forma maravillosa con la obra del Creador y donando al mundo, en cada niño, una sonrisa nueva. Es en la familia unida donde los hijos alcanzan la madurez de su existencia, viviendo la experiencia significativa y eficaz del amor gratuito, de la ternura, del respeto recíproco, de la comprensión mutua, del perdón y de la alegría.

Quisiera detenerme sobre todo en la alegría. La verdadera alegría que se experimenta en la familia no es algo casual y fortuito. Es una alegría que es fruto de la armonía profunda entre las personas, que hace gustar la belleza de estar juntos, de sostenernos mutuamente en el camino de la vida. Pero en la base de la alegría está siempre la presencia de Dios, su amor acogedor, misericordioso y paciente hacia todos.

Si no se abre la puerta de la familia a la presencia de Dios y a su amor, la familia pierde la armonía, prevalecen los individualismos y se apaga la alegría. En cambio, la familia que vive la alegría, la alegría de la vida, la alegría de la fe, la comunica espontáneamente, es sal de la tierra y luz del mundo, es levadura para toda la sociedad.

Que Jesús, María y José bendigan y protejan a todas las familias del mundo, para que en ellas reinen la serenidad y la alegría, la justicia y la paz, que ha traído Cristo al nacer como don para la humanidad.

***

Ángelus 2018

Asombro y angustia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy celebramos la fiesta de la Sagrada Familia y la liturgia nos invita a reflexionar sobre la experiencia de María, José y Jesús, unidos por un inmenso amor y animados por una gran confianza en Dios. El pasaje del Evangelio de hoy (cf. *Lucas* 2, 41-52) narra el viaje de la familia de Nazaret a Jerusalén, para la fiesta de Pascua. Pero, en el viaje de

regreso, los padres se dan cuenta de que el hijo de doce años no está en la caravana. Después de tres días de búsqueda y temor, lo encuentran en el templo, sentado entre los doctores, concentrado discutiendo con ellos. Al ver al Hijo, María y José «quedaron sorprendidos» (v. 48) y la Madre expresó su temor diciendo: «Tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando» (*ibíd.*).

El asombro, ellos «quedaron sorprendidos», y la angustia, «tu padre y yo, angustiados», son los dos elementos sobre los que me gustaría llamar tu atención: asombro y angustia.

En la familia de Nazaret, el asombro nunca cesó, ni siquiera en un momento dramático como la pérdida de Jesús: es la capacidad de sorprenderse por la manifestación gradual del Hijo de Dios. Es el mismo asombro que también afecta a los doctores del templo, admirados «por su inteligencia y sus respuestas» (v.47). Pero, ¿qué es el asombro, qué es sorprenderse? Sorprenderse y maravillarse es lo contrario a dar todo por sentado, es lo contrario a interpretar la realidad que nos rodea y los acontecimientos de la historia solo de acuerdo con nuestros criterios. Y una persona que hace esto no sabe lo que es la maravilla, lo que es el asombro. Sorprenderse es abrirse a los demás, comprender las razones de los demás: esta actitud es importante para sanar las relaciones comprometidas entre las personas y también es indispensable para sanar heridas abiertas dentro de la familia. Cuando hay problemas en las familias, asumimos que tenemos razón y cerramos la puerta a los demás. En su lugar, uno debe pensar: «¿Qué tiene de bueno esta persona?» Y maravillarse con eso «bueno». Y esto ayuda a la unidad de la familia. Si tenéis problemas en la familia, pensad en las cosas buenas que tiene el familiar con el que tenéis problemas, y maravillaos con eso. Y esto ayudará a sanar las heridas familiares.

El segundo elemento que me gustaría comprender del Evangelio es la angustia que experimentaron María y José cuando no encontraban a Jesús. Esta angustia manifiesta la centralidad de Jesús en la Sagrada Familia. La Virgen y su esposo habían acogido a ese Hijo, lo custodiaron y lo vieron crecer en edad, sabiduría y gracia en medio de ellos, pero sobre todo creció en sus corazones; Y, poco a poco, su afecto y comprensión por él aumentaron. He aquí por lo que la familia de Nazaret es santa: porque estaba centrada en Jesús, todas las atenciones y cuidados de María y José estaban dirigidas a él.

La angustia que sintieron en los tres días de la pérdida de Jesús también debe ser nuestra angustia cuando estamos lejos de Él, cuando estamos lejos de Jesús. Debemos sentir angustia cuando nos olvidamos de Jesús durante más de tres días, sin rezar, sin leer el Evangelio, sin sentir la necesidad de su presencia y su amistad consoladora. Y muchas veces pasan los días sin que yo recuerde a Jesús. Pero esto es malo, esto es muy malo. Debemos sentir angustia cuando suceden estas cosas. María y José lo buscaron y lo encontraron en el templo mientras enseñaba: nosotros también, es sobre todo en la casa de Dios donde podemos encontrarnos con el divino Maestro y acoger su mensaje de salvación. En la celebración eucarística hacemos una experiencia viva de Cristo; Él nos

habla, nos ofrece su Palabra, nos ilumina, ilumina nuestro viaje, nos da su Cuerpo en la Eucaristía, del cual obtenemos fuerzas para enfrentar las dificultades de cada día.

Y hoy volvemos a casa con estas dos palabras: asombro y angustia. ¿Sé experimentar el asombro cuando veo las cosas buenas de los demás, y así resuelvo los problemas familiares? ¿Me siento angustiado cuando me he apartado de Jesús?

Recemos por todas las familias del mundo, especialmente aquellas en las que, por diversas razones, hay una falta de paz y armonía. Y las confiamos a la protección de la Sagrada Familia de Nazaret.

***

Catequesis del 17 de diciembre de 2014

La Sagrada Familia nos compromete a redescubrir la vocación y la misión de la familia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Sínodo de los obispos sobre la familia, que se acaba de celebrar, ha sido la primera etapa de un camino, que se concluirá el próximo mes de octubre con la celebración de otra asamblea sobre el tema «Vocación y misión de la familia en la Iglesia y en el mundo». La oración y la reflexión que deben acompañar este camino implican a todo el pueblo de Dios. Quisiera que también las habituales meditaciones de las audiencias del miércoles se introduzcan en este camino común. He decidido, por ello, reflexionar con vosotros, durante este año, precisamente sobre la familia, sobre este gran don que el Señor entregó al mundo desde el inicio, cuando confirió a Adán y Eva la misión de multiplicarse y llenar la tierra (cf. *Gn* 1, 28). Ese don que Jesús confirmó y selló en su Evangelio.

La cercanía de la Navidad enciende una gran luz sobre este misterio. La Encarnación del Hijo de Dios abre un nuevo inicio en la historia universal del hombre y la mujer. Y este nuevo inicio tiene lugar en el seno de una familia, en Nazaret. Jesús nació en una familia. Él podía llegar de manera espectacular, o como un guerrero, un emperador... No, no: viene como un hijo de familia. Esto importante: contemplar en el belén esta escena tan hermosa.

Dios eligió nacer en una familia humana, que Él mismo formó. La formó en un poblado perdido de la periferia del Imperio Romano. No en Roma, que era la capital del Imperio, no en una gran ciudad, sino en una periferia casi invisible, sino más bien con mala fama. Lo recuerdan también los Evangelios, casi como un modo de decir: «¿De Nazaret puede salir algo bueno?» (*Jn* 1, 46). Tal vez, en muchas partes del mundo, nosotros mismos aún hablamos así, cuando oímos el nombre de algún sitio periférico de una gran ciudad. Sin embargo, precisamente allí, en esa periferia del gran Imperio, inició la historia más santa y más buena, la de Jesús entre los hombres. Y allí se encontraba esta familia.

Jesús permaneció en esa periferia durante treinta años. El evangelista Lucas resume este período así: Jesús «estaba sujeto a ellos [es decir a María y a José]. Y uno podría decir: «Pero este Dios que viene a salvarnos, ¿perdió treinta años allí, en esa periferia de mala fama?». ¡Perdió treinta años! Él quiso esto. El camino de Jesús estaba en esa familia. «Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres» (2, 51-52). No se habla de milagros o curaciones, de predicaciones —no hizo nada de ello en ese período—, de multitudes que acudían a Él. En Nazaret todo parece suceder «normalmente», según las costumbres de una piadosa y trabajadora familia israelita: se trabajaba, la mamá cocinaba, hacía todas las cosas de la casa, planchaba las camisas… todas las cosas de mamá. El papá, carpintero, trabajaba, enseñaba al hijo a trabajar. Treinta años. «¡Pero qué desperdicio, padre!». Los caminos de Dios son misteriosos. Lo que allí era importante era la familia. Y eso no era un desperdicio. Eran grandes santos: María, la mujer más santa, inmaculada, y José, el hombre más justo… La familia.

Ciertamente que nos enterneceríamos con el relato acerca del modo en que Jesús adolescente afrontaba las citas de la comunidad religiosa y los deberes de la vida social; al conocer cómo, siendo joven obrero, trabajaba con José; y luego su modo de participar en la escucha de las Escrituras, en la oración de los salmos y en muchas otras costumbres de la vida cotidiana. Los Evangelios, en su sobriedad, no relatan nada acerca de la adolescencia de Jesús y dejan esta tarea a nuestra afectuosa meditación. El arte, la literatura, la música recorrieron esta senda de la imaginación. Ciertamente, no se nos hace difícil imaginar cuánto podrían aprender las madres de las atenciones de María hacia ese Hijo. Y cuánto los padres podrían obtener del ejemplo de José, hombre justo, que dedicó su vida en sostener y defender al niño y a su esposa —su familia— en los momentos difíciles. Por no decir cuánto podrían ser alentados los jóvenes por Jesús adolescente en comprender la necesidad y la belleza de cultivar su vocación más profunda, y de soñar a lo grande. Jesús cultivó en esos treinta años su vocación para la cual lo envió el Padre. Y Jesús jamás, en ese tiempo, se desalentó, sino que creció en valentía para seguir adelante con su misión.

Cada familia cristiana —como hicieron María y José—, ante todo, puede acoger a Jesús, escucharlo, hablar con Él, custodiarlo, protegerlo, crecer con Él; y así mejorar el mundo. Hagamos espacio al Señor en nuestro corazón y en nuestras jornadas. Así hicieron también María y José, y no fue fácil: ¡cuántas dificultades tuvieron que superar! No era una familia artificial, no era una familia irreal. La familia de Nazaret nos compromete a redescubrir la vocación y la misión de la familia, de cada familia. Y, como sucedió en esos treinta años en Nazaret, así puede suceder también para nosotros: convertir en algo normal el amor y no el odio, convertir en algo común la ayuda mutua, no la indiferencia o la enemistad. No es una casualidad, entonces, que «Nazaret» signifique «Aquella que custodia», como María, que —dice el Evangelio— «conservaba todas estas cosas en su corazón» (cf. *Lc* 2, 19.51). Desde entonces, cada vez que hay una

familia que custodia este misterio, incluso en la periferia del mundo, se realiza el misterio del Hijo de Dios, el misterio de Jesús que viene a salvarnos, que viene para salvar al mundo. Y esta es la gran misión de la familia: dejar sitio a Jesús que viene, acoger a Jesús en la familia, en la persona de los hijos, del marido, de la esposa, de los abuelos... Jesús está allí. Acogerlo allí, para que crezca espiritualmente en esa familia. Que el Señor nos dé esta gracia en estos últimos días antes de la Navidad. Gracias.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2006, 2009 y 2012

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO C)

Ángelus 2006

La Sagrada Familia de Nazaret es el "prototipo" de toda familia cristiana

Queridos hermanos y hermanas:

En este último domingo del año celebramos la *fiesta de la Sagrada Familia de Nazaret*. Con alegría dirijo un saludo a todas las familias del mundo, deseándoles la paz y el amor que Jesús nos ha dado al venir a nosotros en la Navidad.

En el Evangelio no encontramos discursos sobre la familia, sino *un acontecimiento* que vale más que cualquier palabra: Dios *quiso nacer y crecer en una familia humana*. De este modo, la consagró como camino primero y ordinario de su encuentro con la humanidad.

En su vida transcurrida en Nazaret, Jesús honró a la Virgen María y al justo José, permaneciendo sometido a su autoridad durante todo el tiempo de su infancia y su adolescencia (cf. *Lc* 2, 51-52). Así puso de relieve el valor primario de la familia en la educación de la persona. María y José introdujeron a Jesús en la comunidad religiosa, frecuentando la sinagoga de Nazaret. Con ellos aprendió a hacer la peregrinación a Jerusalén, como narra el pasaje evangélico que la liturgia de hoy propone a nuestra meditación. Cuando tenía doce años, permaneció en el Templo, y sus padres emplearon tres días para encontrarlo. Con ese gesto les hizo comprender que debía "ocuparse de las cosas de su Padre", es decir, de la misión que Dios le había encomendado (cf. *Lc* 2, 41-52).

Este episodio evangélico revela la vocación más auténtica y profunda de la familia: acompañar a cada uno de sus componentes en el camino de descubrimiento de Dios y del plan que ha preparado para él. María y José educaron a Jesús ante todo con su ejemplo: en sus padres conoció toda la belleza de la fe, del amor a Dios y a su Ley, así como las exigencias de la justicia, que encuentra su plenitud en el amor (cf. *Rm* 13, 10). De ellos aprendió que en primer lugar es preciso cumplir la voluntad de Dios, y que el vínculo espiritual vale más que el de la sangre.

La Sagrada Familia de Nazaret es verdaderamente el "prototipo" de toda familia cristiana que, unida en el sacramento del matrimonio y alimentada con la Palabra y la

Eucaristía, está llamada a realizar la estupenda vocación y misión de ser célula viva no sólo de la sociedad, sino también de la Iglesia, signo e instrumento de unidad para todo el género humano.

Invoquemos ahora juntos la protección de María santísima y de san José sobre todas las familias, especialmente sobre las que se encuentran en dificultades. Que ellos las sostengan, para que resistan a los impulsos disgregadores de cierta cultura contemporánea, que socava las bases mismas de la institución familiar. Que ellos ayuden a las familias cristianas a ser, en todo el mundo, imagen viva del amor de Dios.

***

Ángelus 2009

El sentido auténtico de la educación cristiana

Queridos hermanos y hermanas:

Se celebra hoy el domingo de la Sagrada Familia. Podemos seguir identificándonos con los pastores de Belén que, en cuanto recibieron el anuncio del ángel, acudieron a toda prisa, y encontraron "a María y a José, y al niño acostado en el pesebre" (*Lc* 2, 16). Detengámonos también nosotros a contemplar esta escena, y reflexionemos en su significado. Los primeros testigos del nacimiento de Cristo, los pastores, no sólo encontraron al Niño Jesús, sino también a una pequeña familia: madre, padre e hijo recién nacido. Dios quiso revelarse naciendo en una familia humana y, por eso, la familia humana se ha convertido en icono de Dios. Dios es Trinidad, es comunión de amor, y la familia es, con toda la diferencia que existe entre el Misterio de Dios y su criatura humana, una expresión que refleja el Misterio insondable del Dios amor. El hombre y la mujer, creados a imagen de Dios, en el matrimonio llegan a ser en "una sola carne" (*Gn* 2, 24), es decir, una comunión de amor que engendra nueva vida. En cierto sentido, la familia humana es icono de la Trinidad por el amor interpersonal y por la fecundidad del amor.

La liturgia de hoy propone el célebre episodio evangélico de Jesús, que a los doce años se queda en el templo, en Jerusalén, sin saberlo sus padres, quienes, sorprendidos y preocupados, lo encuentran después de tres días discutiendo con los doctores. A su madre, que le pide explicaciones, Jesús le responde que debe "estar en la propiedad", en la casa de su Padre, es decir, de Dios (cf. *Lc* 2, 49). En este episodio el adolescente Jesús se nos presenta lleno de celo por Dios y por el templo.

Preguntémonos: ¿de quién había aprendido Jesús el amor a las "cosas" de su Padre? Ciertamente, como hijo tenía un conocimiento íntimo de su Padre, de Dios, una profunda relación personal y permanente con él, pero, en su cultura concreta, seguro que aprendió de sus padres las oraciones, el amor al templo y a las instituciones de Israel. Así pues, podemos afirmar que la decisión de Jesús de quedarse en el templo era fruto sobre todo de su íntima relación con el Padre, pero también de la educación recibida de María y de José. Aquí podemos vislumbrar el sentido auténtico de la educación cristiana: es el fruto

de una colaboración que siempre se ha de buscar entre los educadores y Dios. La familia cristiana es consciente de que los hijos son don y proyecto de Dios. Por lo tanto, no pueden considerarse como una posesión propia, sino que, sirviendo en ellos al plan de Dios, está llamada a educarlos en la mayor libertad, que es precisamente la de decir "sí" a Dios para hacer su voluntad. La Virgen María es el ejemplo perfecto de este "sí". A ella le encomendamos todas las familias, rezando en particular por su preciosa misión educativa.

Y ahora me dirijo, en lengua española, a quienes participan en la fiesta de la Sagrada Familia en Madrid.

Saludo cordialmente a los pastores y fieles congregados en Madrid para celebrar con gozo la Sagrada Familia de Nazaret. ¿Cómo no recordar el verdadero significado de esta fiesta? Dios, habiendo venido al mundo en el seno de una familia, manifiesta que esta institución es camino seguro para encontrarlo y conocerlo, así como un llamamiento permanente a trabajar por la unidad de todos en torno al amor. De ahí que uno de los mayores servicios que los cristianos podemos prestar a nuestros semejantes es ofrecerles nuestro testimonio sereno y firme de la familia fundada en el matrimonio entre un hombre y una mujer, salvaguardándola y promoviéndola, pues ella es de suma importancia para el presente y el futuro de la humanidad. En efecto, la familia es la mejor escuela donde se aprende a vivir aquellos valores que dignifican a la persona y hacen grandes a los pueblos. También en ella se comparten las penas y las alegrías, sintiéndose todos arropados por el cariño que reina en casa por el mero hecho de ser miembros de la misma familia. Pido a Dios que en vuestros hogares se respire siempre ese amor de total entrega y fidelidad que Jesús trajo al mundo con su nacimiento, alimentándolo y fortaleciéndolo con la oración cotidiana, la práctica constante de las virtudes, la recíproca comprensión y el respeto mutuo. Os animo, pues, a que, confiando en la materna intercesión de María santísima, Reina de las familias, y en la poderosa protección de san José, su esposo, os dediquéis sin descanso a esta hermosa misión que el Señor ha puesto en vuestras manos. Contad además con mi cercanía y afecto, y os ruego que llevéis un saludo muy especial del Papa a vuestros seres queridos más necesitados o que pasan dificultades. Os bendigo a todos de corazón.

***

Ángelus 2012

María y José ejemplo para todas las parejas cristianas

¡Queridos hermanos y hermanas!

Hoy es la fiesta de la Sagrada Familia de Nazaret. En la liturgia, el pasaje del evangelio de Lucas nos presenta a la Virgen María y a san José, que fieles a la tradición, suben hasta Jerusalén para la Pascua, junto a Jesús que tenía doce años. La primera vez que Jesús entró en Templo del Señor fue a los cuarenta días después de su nacimiento, cuando sus padres habían ofrecido "un par de tórtolas o dos pichones" (Lc. 2,24) por él,

que era el sacrificio de los pobres. "Lucas, cuyo evangelio está lleno de toda una teología de los pobres y de la pobreza, sugiere que la familia de Jesús estaba considerada entre los pobres de Israel; nos hace entender que entre ellos podía madurar el cumplimiento de la promesa" (*La infancia de Jesús*, 96).

Jesús hoy está de nuevo en el Templo, pero esta vez tiene un papel diferente, que lo involucra en primera persona. Cumple así, con María y José, la peregrinación a Jerusalén según lo prescrito en la Ley (cf. Ex 23,17; 34,23ss) –a pesar de que aún no había cumplido el decimotercer año de edad–. Una señal de la profunda religiosidad de la Sagrada Familia. Sin embargo, cuando sus padres vuelven hacia Nazaret, sucede algo inesperado: Él, sin decir nada, se queda en la ciudad. Durante tres días, María y José lo buscan y lo encuentran en el Templo, hablando con los maestros de la Ley (cf. Lc. 2,46-47); y cuando le piden explicaciones, Jesús dice que no tienen de qué asombrarse, porque aquel es su lugar, es su casa, con el Padre, que es Dios (cf. *La infancia de Jesús*, 143).

"Él –escribe Orígenes–, declara estar en el templo de su Padre, aquel Padre que nos ha revelado y del cual dice que es el Hijo» (*Homilías sobre el Evangelio de Lucas*, 18, 5). La preocupación de María y José por Jesús, es la misma de cualquier padre que educa a un hijo, lo introduce a la vida y a la comprensión de la realidad. Hoy en día, por lo tanto, es necesario hacer una oración especial al Señor por todas las familias del mundo.

Imitando a la Sagrada Familia de Nazaret, los padres deben preocuparse seriamente por el crecimiento y la educación de sus propios hijos, a fin de que maduren como hombres responsables y ciudadanos honestos, sin olvidar nunca que la fe es un precioso regalo con el cual alimentar a los propios hijos, incluso con el ejemplo personal. Al mismo tiempo, recemos para que cada niño sea acogido como un don de Dios, sea sostenido por el amor tanto el padre como de la madre, a fin de poder crecer como el Señor Jesús "en sabiduría, edad y gracia ante Dios y ante los hombres" (Lc. 2,52). El amor, la lealtad y la dedicación de María y José sean un ejemplo para todas las parejas cristianas, que no son solo los amigos o los dueños de la vida de sus hijos, sino los guardianes de este don incomparable de Dios. Que el silencio de José, hombre justo (cf. Mt. 1,19), y el ejemplo de María, que guardaba todo en su corazón (cf. Lc. 2,51), nos haga entrar en el misterio pleno de la fe y de la humanidad de la Sagrada Familia. Deseo que todas las familias cristianas vivan en la presencia de Dios con el mismo amor y con la misma alegría de la familia de Jesús, María y José.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO C)

B. Fiesta de la Sagrada Familia

120. "El domingo dentro de la Octava de Navidad, Fiesta de la Sagrada Familia, el Evangelio es el de la infancia de Jesús, las demás lecturas hablan de las virtudes de la vida doméstica" (OLM 95). Los Evangelistas, en esencia, no contaron nada sobre la vida de Jesús desde su Nacimiento hasta el comienzo de su ministerio público; lo poco que nos ha sido transmitido lo escuchamos en los pasajes evangélicos propuestos para esta Fiesta. Los portentos que rodean el Nacimiento del Salvador se debilitan y la Sagrada Familia vive una vida doméstica muy común, que viene ofrecida a las familias como modelo a imitar, tal como sugieren las oraciones de esta celebración.

121. Cada día, en diversos lugares del mundo, la institución familiar soporta grandes retos y, por ello, sería apropiado que el homileta hablara de ello. No obstante, más que ofrecer una simple exhortación moral sobre los valores de la familia, el homileta debería inspirarse en las lecturas del día para hablar de la familia cristiana como escuela de ***discipulado***. Cristo, del que celebramos su Nacimiento, ha venido al mundo para hacer la voluntad del Padre: tal obediencia, dócil a la inspiración del Espíritu Santo, tiene que encontrar un lugar en cada familia cristiana. José obedece al ángel y conduce al Hijo y a su Madre a Egipto (Año A); María y José obedecen la Ley presentando al Niño en el Templo (Año B) y yendo hacia Jerusalén para la fiesta de la Pascua judía (Año C). Jesús, por su parte, obedece a sus padres terrenales pero el deseo de estar en la casa del Padre es todavía más grande (Año C). Como cristianos, somos miembros también de otra familia, que se reúne en torno a la mesa familiar del altar para alimentarnos del Sacrificio que se ha cumplido, ya que Cristo ha obedecido hasta la muerte. Tenemos que ver a las familias como Iglesia doméstica en la que poner en práctica aquel modelo de amor oblativo de sí mismo que asimilamos en la Eucaristía. De este modo, todas las familias cristianas se abren también hacia afuera para formar parte de la nueva familia y más amplia de Jesús: «El que cumple la voluntad de Dios, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre» (Mc 3,35).

122. La comprensión del sentido cristiano de la vida familiar ayuda al homileta a explicar la lectura tomada de la Carta de san Pablo a los Colosenses. El precepto apostólico, según el cual la mujer debe estar sometida al marido, puede chocar a nuestros contemporáneos; si el homileta piensa no comentar esto, sería más prudente recurrir a la versión breve de la lectura. No obstante, los pasajes complicados de la Escritura, en la mayor parte de los casos, tienen mucho que enseñarnos y este caso específico ofrece al homileta la ocasión de afrontar un argumento con el que podría no estar de acuerdo el oyente moderno, pero que de suyo representa una fortaleza si se comprende correctamente. La referencia a un texto similar, tomado de la Carta de san Pablo a los Efesios (5,21-6,4), nos permite profundizar en su significado. Pablo, en este texto, discute las recíprocas responsabilidades de la vida familiar. La frase clave es la siguiente: «Sed sumisos unos a otros con respeto cristiano» (Ef 5,21). La originalidad de la enseñanza del Apóstol no reside en el hecho de que la mujer deba estar sometida a su marido, condición ya asumida en la cultura de su tiempo. Lo que es novedoso y, además, propiamente cristiano, es, sobre

todo, que esta sumisión debe ser recíproca: si la mujer debe obedecer al marido, él, a su vez, como Cristo, debe sacrificar su propia vida por su esposa. En segundo lugar, la razón de la mutua sumisión no está dirigida simplemente a la armonía de la familia o al bien de la sociedad, sino que se realiza por ***temor de Cristo***. En otras palabras, la sumisión recíproca en la familia es una expresión del discipulado cristiano; la casa familiar es, o tendría que llegar a ser, un lugar donde manifestamos nuestro amor a Dios sacrificando nuestras vidas el uno por el otro. El homileta puede lanzar el reto a los oyentes para que lleven a cabo en sus relaciones este amor de auto-oblación, que es el corazón de la vida y de la misión de Cristo, celebrado en la "comida familiar" de la Eucaristía.

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La Sagrada Familia

Los misterios de la vida oculta de Jesús

531. Jesús compartió, durante la mayor parte de su vida, la condición de la inmensa mayoría de los hombres: una vida cotidiana sin aparente importancia, vida de trabajo manual, vida religiosa judía sometida a la ley de Dios (cf. Ga 4, 4), vida en la comunidad. De todo este período se nos dice que Jesús estaba "sometido" a sus padres y que "progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres" (Lc 2, 51-52).

532. Con la sumisión a su madre, y a su padre legal, Jesús cumple con perfección el cuarto mandamiento. Es la imagen temporal de su obediencia filial a su Padre celestial. La sumisión cotidiana de Jesús a José y a María anunciaba y anticipaba la sumisión del Jueves Santo: "No se haga mi voluntad..." (Lc 22, 42). La obediencia de Cristo en lo cotidiano de la vida oculta inaugurada ya la obra de restauración de lo que la desobediencia de Adán había destruido (cf. Rm 5, 19).

533. La vida oculta de Nazaret permite a todos entrar en comunión con Jesús a través de los caminos más ordinarios de la vida humana:

Nazaret es la escuela donde se comienza a entender la vida de Jesús: la escuela del Evangelio...Una lección de silencio ante todo. Que nazca en nosotros la estima del silencio, esta condición del espíritu admirable e inestimable... Una lección de vida familiar. Que Nazaret nos enseñe lo que es la familia, su comunión de amor, su austera y sencilla belleza, su carácter sagrado e inviolable... Una lección de trabajo. Nazaret, oh casa del "Hijo del Carpintero", aquí es donde querríamos comprender y celebrar la ley severa y redentora del trabajo humano ...; cómo querríamos, en fin, saludar aquí a todos los trabajadores del mundo entero y enseñarles su gran modelo, su hermano divino (Pablo VI, discurso 5 enero 1964 en Nazaret).

534. El hallazgo de Jesús en el Templo (cf. Lc 2, 41-52) es el único suceso que rompe el silencio de los Evangelios sobre los años ocultos de Jesús. Jesús deja entrever en ello el misterio de su consagración total a una misión derivada de su filiación divina: "¿No sabíais que me debo a los asuntos de mi Padre?" María y José "no comprendieron" esta

palabra, pero la acogieron en la fe, y María "conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón", a lo largo de todos los años en que Jesús permaneció oculto en el silencio de una vida ordinaria.

La familia cristiana, una Iglesia doméstica

VI. LA IGLESIA DOMESTICA

1655. Cristo quiso nacer y crecer en el seno de la Sagrada Familia de José y de María. La Iglesia no es otra cosa que la "familia de Dios". Desde sus orígenes, el núcleo de la Iglesia estaba a menudo constituido por los que, "con toda su casa", habían llegado a ser creyentes (cf Hch 18,8). Cuando se convertían deseaban también que se salvase "toda su casa" (cf Hch 16,31 y 11,14). Estas familias convertidas eran islotes de vida cristiana en un mundo no creyente.

1656. En nuestros días, en un mundo frecuentemente extraño e incluso hostil a la fe, las familias creyentes tienen una importancia primordial en cuanto faros de una fe viva e irradiadora. Por eso el Concilio Vaticano II llama a la familia, con una antigua expresión, "Ecclesia domestica" (LG 11; cf. FC 21). En el seno de la familia, "los padres han de ser para sus hijos los primeros anunciadores de la fe con su palabra y con su ejemplo, y han de fomentar la vocación personal de cada uno y, con especial cuidado, la vocación a la vida consagrada" (LG 11).

1657. Aquí es donde se ejercita de manera privilegiada el sacerdocio bautismal del padre de familia, de la madre, de los hijos, de todos los miembros de la familia, "en la recepción de los sacramentos, en la oración y en la acción de gracias, con el testimonio de una vida santa, con la renuncia y el amor que se traduce en obras" (LG 10). El hogar es así la primera escuela de vida cristiana y "escuela del más rico humanismo" (GS 52,1). Aquí se aprende la paciencia y el gozo del trabajo, el amor fraterno, el perdón generoso, incluso reiterado, y sobre todo el culto divino por medio de la oración y la ofrenda de su vida.

1658. Es preciso recordar asimismo a un gran número de personas que permanecen solteras a causa de las concretas condiciones en que deben vivir, a menudo sin haberlo querido ellas mismas. Estas personas se encuentran particularmente cercanas al corazón de Jesús; y, por ello, merecen afecto y solicitud diligentes de la Iglesia, particularmente de sus pastores. Muchas de ellas viven sin familia humana, con frecuencia a causa de condiciones de pobreza. Hay quienes viven su situación según el espíritu de las bienaventuranzas sirviendo a Dios y al prójimo de manera ejemplar. A todas ellas es preciso abrirles las puertas de los hogares, "iglesias domésticas" y las puertas de la gran familia que es la Iglesia. "Nadie se sienta sin familia en este mundo: la Iglesia es casa y familia de todos, especialmente para cuantos están 'fatigados y agobiados' (Mt 11,28)" (FC 85).

La familia cristiana

2204. "La familia cristiana constituye una revelación y una actuación específicas de la comunión eclesial; por eso…puede y debe decirse iglesia doméstica" (FC 21, cf LG 11). Es una comunidad de fe, esperanza y caridad, posee en la Iglesia una importancia singular como aparece en el Nuevo Testamento (cf Ef 5,21-6,4; Col 3,18-21; 1 P 3, 1-7).

2205. La familia cristiana es una comunión de personas, reflejo e imagen de la comunión del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo. Su actividad procreadora y educativa es reflejo de la obra creadora de Dios. Es llamada a participar en la oración y el sacrificio de Cristo. La oración cotidiana y la lectura de la Palabra de Dios fortalecen en ella la caridad. La familia cristiana es evangelizadora y misionera.

2206. Las relaciones en el seno de la familia entrañan una afinidad de sentimientos, afectos e intereses que provienen sobre todo del mutuo respeto de las personas. La familia es una "comunidad privilegiada" llamada a realizar un "propósito común de los esposos y una cooperación diligente de los padres en la educación de los hijos" (GS 52,1).

Las obligaciones de los miembros de la familia

II. DEBERES DE LOS MIEMBROS DE LA FAMILIA

Deberes de los hijos

2214. La paternidad divina es la fuente de la paternidad humana (cf. Ef 3,14); es el fundamento del honor de los padres. El respeto de los hijos, menores o mayores de edad, hacia su padre y hacia su madre (cf Pr 1,8; Tb 4,3-4), se nutre del afecto natural nacido del vínculo que los une. Es exigido por el precepto divino (cf Ex 20,12).

2215. El respeto a los padres (piedad filial) está hecho de gratitud para quienes, mediante el don de la vida, su amor y su trabajo, han traído sus hijos al mundo y les han ayudado a crecer en estatura, en sabiduría y en gracia. "Con todo tu corazón honra a tu padre, y no olvides los dolores de tu madre. Recuerda que por ellos has nacido, ¿cómo les pagarás lo que contigo han hecho?" (Si 7,27-28).

2216. El respeto filial se revela en la docilidad y la obediencia verdaderas. "Guarda, hijo mío, el mandato de tu padre y no desprecies la lección de tu madre…en tus pasos ellos serán tu guía; cuando te acuestes, velarán por ti; conversarán contigo al despertar" (Pr 6,20-22). "El hijo sabio ama la instrucción, el arrogante no escucha la reprensión" (Pr 13,1).

2217. Mientras vive en el domicilio de sus padres, el hijo debe obedecer a todo lo que estos dispongan para su bien o el de la familia. "Hijos, obedeced en todo a vuestros padres, porque esto es grato a Dios en el Señor" (Col 3,20; cf Ef 6,1). Los hijos deben obedecer también las prescripciones razonables de sus educadores y de todos aquellos a quienes sus padres los han confiado. Pero si el hijo está persuadido en conciencia de que es moralmente malo obedecer esa orden, no debe seguirla.

Cuando sean mayores, los hijos deben seguir respetando a sus padres. Deben prever sus deseos, solicitar dócilmente sus consejos y aceptar sus amonestaciones justificadas. La

obediencia a los padres cesa con la emancipación de los hijos, pero no el respeto que permanece para siempre. Este, en efecto, tiene su raíz en el temor de Dios, uno de los dones del Espíritu Santo.

2218. El cuarto mandamiento recuerda a los hijos mayores de edad sus responsabilidades para con los padres. En cuanto puedan deben prestarles ayuda material y moral en los años de vejez y durante los tiempos de enfermedad, de soledad o de abatimiento. Jesús recuerda este deber de gratitud (cf Mc 7,10-12).

El Señor glorifica al padre en los hijos, y afirma el derecho de la madre sobre su prole. Quien honra a su padre expía sus pecados; como el que atesora es quien da gloria a su madre. Quien honra a su padre recibirá contento de sus hijos, y en el día de su oración será escuchado. Quien da gloria al padre vivirá largos días, obedece al Señor quien da sosiego a su madre (Si 3,12-13.16).

Hijo, cuida de tu padre en su vejez, y en su vida no le causes tristeza. Aunque haya perdido la cabeza, se indulgente, no le desprecies en la plenitud de tu vigor…Como blasfemo es el que abandona a su padre, maldito del Señor quien irrita a su madre (Si 3,12.16).

2219. El respeto filial favorece la armonía de toda la vida familiar; atañe también a las relaciones entre hermanos y hermanas. El respeto a los padres irradia en todo el ambiente familiar. "Corona de los ancianos son los hijos de los hijos" (Pr 17,6). "Soportaos unos a otros en la caridad, en toda humildad, dulzura y paciencia" (Ef 4,2).

2220. Los cristianos están obligados a una especial gratitud para con aquellos de quienes recibieron el don de la fe, la gracia del bautismo y la vida en la Iglesia. Puede tratarse de los padres, de otros miembros de la familia, de los abuelos, de los pastores, de los catequistas, de otros maestros o amigos. "Evoco el recuerdo de la fe sincera que tú tienes, fe que arraigó primero en tu abuela Loida y en tu madre Eunice, y sé que también ha arraigado en ti" (2 Tm 1,5).

Deberes de los padres

2221. La fecundidad del amor conyugal no se reduce a la sola procreación de los hijos, sino que debe extenderse también a su educación moral y a su formación espiritual. El papel de los padres en la educación "tiene tanto peso que, cuando falta, difícilmente puede suplirse" (GE 3). El derecho y el deber de la educación son para los padres primordiales e inalienables (cf FC 36).

2222. Los padres deben mirar a sus hijos como a hijos de Dios y respetarlos como a personas humanas. Han de educar a sus hijos en el cumplimiento de la ley de Dios, mostrándose ellos mismos obedientes a la voluntad del Padre del cielo.

2223. Los padres son los primeros responsables de la educación de sus hijos. Testimonian esta responsabilidad ante todo por la creación de un hogar, donde la ternura, el perdón, el respeto, la fidelidad y el servicio desinteresado son norma. El hogar es un

lugar apropiado para la educación de las virtudes. Esta requiere el aprendizaje de la abnegación, de un sano juicio, del dominio de sí, condiciones de toda libertad verdadera. Los padres han de enseñar a los hijos a subordinar las dimensiones "materiales e instintivas a las interiores y espirituales" (CA 36). Es una grave responsabilidad para los padres dar buenos ejemplos a sus hijos. Sabiendo reconocer ante sus hijos sus propios defectos, se hacen más aptos para guiarlos y corregirlos:

El que ama a su hijo, le azota sin cesar…el que enseña a su hijo, sacará provecho de él (Si 30, 1-2).

Padres, no exasperéis a vuestros hijos, sino formadlos más bien mediante la instrucción y la corrección según el Señor (Ef 6,4).

2224. El hogar constituye un medio natural para la iniciación del ser humano en la solidaridad y en las responsabilidades comunitarias. Los padres deben enseñar a los hijos a guardarse de los riesgos y las degradaciones que amenazan a las sociedades humanas.

2225. Por la gracia del sacramento del matrimonio, los padres han recibido la responsabilidad y el privilegio de evangelizar a sus hijos. Desde su primera edad, deberán iniciarlos en los misterios de la fe de los que ellos son para sus hijos los "primeros anunciadores de la fe" (LG 11). Desde su más tierna infancia, deben asociarlos a la vida de la Iglesia. La forma de vida en la familia puede alimentar las disposiciones afectivas que, durante la vida entera, serán auténticos preámbulos y apoyos de una fe viva.

2226. La educación en la fe por los padres debe comenzar desde la más tierna infancia. Esta educación se hace ya cuando los miembros de la familia se ayudan a crecer en la fe mediante el testimonio de una vida cristiana de acuerdo con el evangelio. La catequesis familiar precede, acompaña y enriquece las otras formas de enseñanza de la fe. Los padres tienen la misión de enseñar a sus hijos a orar y a descubrir su vocación de hijos de Dios (cf LG 11). La parroquia es la comunidad eucarística y el corazón de la vida litúrgica de las familias cristianas; es un lugar privilegiado para la catequesis de los niños y de los padres.

2227. Los hijos, a su vez, contribuyen al crecimiento de sus padres en la santidad (cf GS 48,4). Todos y cada uno se concederán generosamente y sin cansarse los perdones mutuos exigidos por las ofensas, las querellas, las injusticias, y las omisiones. El afecto mutuo lo sugiere. La caridad de Cristo lo exige (cf Mt 18,21-22; Lc 17,4).

2228. Durante la infancia, el respeto y el afecto de los padres se traducen ante todo por el cuidado y la atención que consagran en educar a sus hijos, en proveer a sus necesidades físicas y espirituales. En el transcurso del crecimiento, el mismo respeto y la misma dedicación llevan a los padres a enseñar a sus hijos a usar rectamente de su razón y de su libertad.

2229. Los padres, como primeros responsables de la educación de sus hijos, tienen el derecho de elegir para ellos una escuela que corresponda a sus propias convicciones. Este derecho es fundamental. En cuanto sea posible, los padres tienen el deber de elegir las

escuelas que mejor les ayuden en su tarea de educadores cristianos (cf GE 6). Los poderes públicos tienen el deber de garantizar este derecho de los padres y de asegurar las condiciones reales de su ejercicio.

2230. Cuando llegan a la edad correspondiente, los hijos tienen el deber y el derecho de elegir su profesión y su estado de vida. Estas nuevas responsabilidades deberán asumirlas en una relación confiada con sus padres, cuyo parecer y consejo pedirán y recibirán dócilmente. Los padres deben cuidar no violentar a sus hijos ni en la elección de una profesión ni en la de su futuro cónyuge. Este deber de no inmiscuirse no les impide, sino al contrario, ayudarles con consejos juiciosos, particularmente cuando se proponen fundar un hogar.

2231. Hay quienes no se casan para poder cuidar a sus padres, o sus hermanos y hermanas, para dedicarse más exclusivamente a una profesión o por otros motivos dignos. Estas personas pueden contribuir grandemente al bien de la familia humana.

IV. LA FAMILIA Y EL REINO DE DIOS

2232. Los vínculos familiares, aunque son muy importantes, no son absolutos. A la par el hijo crece, hacia una madurez y autonomía humanas y espirituales, la vocación singular que viene de Dios se afirma con más claridad y fuerza. Los padres deben respetar esta llamada y favorecer la respuesta de sus hijos para seguirla. Es preciso convencerse de que la vocación primera del cristiano es seguir a Jesús (cf Mt 16,25): "El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mi" (Mt 10,37).

2233. Hacerse discípulo de Jesús es aceptar la invitación a pertenecer a la familia de Dios, a vivir en conformidad con su manera de vivir: "El que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, éste es mi hermano, mi hermana y mi madre" (Mt 12,49).

Los padres deben acoger y respetar con alegría y acción de gracias el llamamiento del Señor a uno de sus hijos para que le siga en la virginidad por el Reino, en la vida consagrada o en el ministerio sacerdotal.

Jesús es hallado en el Templo

534. El hallazgo de Jesús en el Templo (cf. Lc 2, 41-52) es el único suceso que rompe el silencio de los Evangelios sobre los años ocultos de Jesús. Jesús deja entrever en ello el misterio de su consagración total a una misión derivada de su filiación divina: "¿No sabíais que me debo a los asuntos de mi Padre?" María y José "no comprendieron" esta palabra, pero la acogieron en la fe, y María "conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón", a lo largo de todos los años en que Jesús permaneció oculto en el silencio de una vida ordinaria.

II. JESUS Y EL TEMPLO

583. Como los profetas anteriores a él, Jesús profesó el más profundo respeto al Templo de Jerusalén. Fue presentado en él por José y María cuarenta días después de su

nacimiento (Lc. 2, 22-39). A la edad de doce años, decidió quedarse en el Templo para recordar a sus padres que se debía a los asuntos de su Padre (cf. Lc 2, 46-49). Durante su vida oculta, subió allí todos los años al menos con ocasión de la Pascua (cf. Lc 2, 41); su ministerio público estuvo jalonado por sus peregrinaciones a Jerusalén con motivo de las grandes fiestas judías (cf. Jn 2, 13-14; 5, 1. 14; 7, 1. 10. 14; 8, 2; 10, 22-23).

Jesús ora

2599. El Hijo de Dios hecho hombre también aprendió a orar conforme a su corazón de hombre. El aprende de su madre las fórmulas de oración; de ella, que conservaba todas las "maravillas" del Todopoderoso y las meditaba en su corazón (cf Lc 1, 49; 2, 19; 2, 51). Lo aprende en las palabras y en los ritmos de la oración de su pueblo, en la sinagoga de Nazaret y en el Templo. Pero su oración brota de una fuente secreta distinta, como lo deja presentir a la edad de los doce años: "Yo debía estar en las cosas de mi Padre" (Lc 2, 49). Aquí comienza a revelarse la novedad de la oración en la plenitud de los tiempos: la oración filial, que el Padre esperaba de sus hijos va a ser vivida por fin por el propio Hijo único en su Humanidad, con y para los hombres.

Ana y Samuel

64. Por los profetas, Dios forma a su pueblo en la esperanza de la salvación, en la espera de una Alianza nueva y eterna destinada a todos los hombres (cf. Is 2,2-4), y que será grabada en los corazones (cf. Jr 31,31-34; Hb 10,16). Los profetas anuncian una redención radical del pueblo de Dios, la purificación de todas sus infidelidades (cf. Ez 36), una salvación que incluirá a todas las naciones (cf. Is 49,5-6; 53,11). Serán sobre todo los pobres y los humildes del Señor (cf. So 2,3) quienes mantendrán esta esperanza. Las mujeres santas como Sara, Rebeca, Raquel, Miriam, Débora, Ana, Judit y Ester conservaron viva la esperanza de la salvación de Israel. De ellas la figura más pura es María (cf. Lc 1,38).

489. A lo largo de toda la Antigua Alianza, la misión de María fue preparada por la misión de algunas santas mujeres. Al principio de todo está Eva: a pesar de su desobediencia, recibe la promesa de una descendencia que será vencedora del Maligno (cf. Gn 3, 15) y la de ser la Madre de todos los vivientes (cf. Gn 3, 20). En virtud de esta promesa, Sara concibe un hijo a pesar de su edad avanzada (cf. Gn 18, 10-14; 21,1-2). Contra toda expectativa humana, Dios escoge lo que era tenido por impotente y débil (cf. 1 Co 1, 27) para mostrar la fidelidad a su promesa: Ana, la madre de Samuel (cf. 1 S 1), Débora, Rut, Judit, y Ester, y muchas otras mujeres. María "sobresale entre los humildes y los pobres del Señor, que esperan de él con confianza la salvación y la acogen. Finalmente, con ella, excelsa Hija de Sión, después de la larga espera de la promesa, se cumple el plazo y se inaugura el nuevo plan de salvación" (LG 55).

David y la oración del rey

2578. La oración del pueblo de Dios se desarrolla a la sombra de la Morada de Dios, el Arca de la Alianza y más tarde el Templo. Los guías del pueblo –pastores y profetas– son

los primeros que le enseñan a orar. El niño Samuel aprendió de su madre Ana cómo "estar ante el Señor" (cf 1 S 1, 9-18) y del sacerdote Elí cómo escuchar Su Palabra: "Habla, Señor, que tu siervo escucha" (cf 1 S 3, 9-10). Más tarde, también él conocerá el precio y el peso de la intercesión: "Por mi parte, lejos de mí pecar contra el Señor dejando de suplicar por vosotros y de enseña-ros el camino bueno y recto" (1 S 12, 23).

Todos somos ahora hijos adoptivos de Dios

I. LA VIDA DEL HOMBRE: CONOCER Y AMAR A DIOS

1. Dios, infinitamente Perfecto y Bienaventurado en sí mismo, en un designio de pura bondad ha creado libremente al hombre para que tenga parte en su vida bienaventurada. Por eso, en todo tiempo y en todo lugar, está cerca del hombre. Le llama y le ayuda a buscarlo, a conocerle y a amarle con todas sus fuerzas. Convoca a todos los hombres, que el pecado dispersó, a la unidad de su familia, la Iglesia. Lo hace mediante su Hijo que envió como Redentor y Salvador al llegar la plenitud de los tiempos. En él y por él, llama a los hombres a ser, en el Espíritu Santo, sus hijos de adopción, y por tanto los herederos de su vida bienaventurada.

104. En la Sagrada Escritura, la Iglesia encuentra sin cesar su alimento y su fuerza (cf. DV 24), porque, en ella, no recibe solamente una palabra humana, sino lo que es realmente: la Palabra de Dios (cf. 1 Ts 2,13). "En los libros sagrados, el Padre que está en el cielo sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos" (DV 21).

239. Al designar a Dios con el nombre de "Padre", el lenguaje de la fe indica principalmente dos aspectos: que Dios es origen primero de todo y autoridad transcendente y que es al mismo tiempo bondad y solicitud amorosa para todos sus hijos. Esta ternura paternal de Dios puede ser expresada también mediante la imagen de la maternidad (cf. Is 66,13; Sal 131,2) que indica más expresivamente la inmanencia de Dios, la intimidad entre Dios y su criatura. El lenguaje de la fe se sirve así de la experiencia humana de los padres que son en cierta manera los primeros representantes de Dios para el hombre. Pero esta experiencia dice también que los padres humanos son falibles y que pueden desfigurar la imagen de la paternidad y de la maternidad. Conviene recordar, entonces, que Dios transciende la distinción humana de los sexos. No es hombre ni mujer, es Dios. Transciende también la paternidad y la maternidad humanas (cf. Sal 27,10), aunque sea su origen y medida (cf. Ef 3,14; Is 49,15): Nadie es padre como lo es Dios.

1692. El Símbolo de la fe profesa la grandeza de los dones de Dios al hombre por la obra de su creación, y más aún, por la redención y la santificación. Lo que confiesa la fe, los sacramentos lo comunican: por "los sacramentos que les han hecho renacer", los cristianos han llegado a ser "hijos de Dios" (Jn 1,12; 1 Jn 3,1), "partícipes de la naturaleza divina" (2 P 1,4). Reconociendo en la fe su nueva dignidad, los cristianos son llamados a llevar en adelante una "vida digna del Evangelio de Cristo" (Flp 1,27). Por los sacramentos y la oración reciben la gracia de Cristo y los dones de su Espíritu que les capacitan para ello.

1709. El que cree en Cristo se hace hijo de Dios. Esta adopción filial lo transforma dándole la posibilidad de seguir el ejemplo de Cristo. Le hace capaz de obrar rectamente y de practicar el bien. En la unión con su Salvador el discípulo alcanza la perfección de la caridad, la santidad. La vida moral, madurada en la gracia, culmina en vida eterna, en la gloria del cielo.

2009. La adopción filial, haciéndonos partícipes por la gracia de la naturaleza divina, puede conferirnos, según la justicia gratuita de Dios, un verdadero mérito. Se trata de un derecho por gracia, el pleno derecho del amor, que nos hace "coherederos" de Cristo y dignos de obtener la "herencia prometida de la vida eterna" (Cc. de Trento: DS 1546). Los méritos de nuestras buenas obras son dones de la bondad divina (cf. Cc. de Trento: DS 1548). "La gracia ha precedido; ahora se da lo que es debido...los méritos son dones de Dios" (S. Agustín, serm. 298,4-5).

2736. ¿Estamos convencidos de que "nosotros no sabemos pedir como conviene" (Rm 8, 26)? ¿Pedimos a Dios los "bienes convenientes"? Nuestro Padre sabe bien lo que nos hace falta antes de que nosotros se lo pidamos (cf. Mt 6, 8) pero espera nuestra petición porque la dignidad de sus hijos está en su libertad. Por tanto es necesario orar con su Espíritu de libertad, para poder conocer en verdad su deseo (cf Rm 8, 27).

Veremos a Dios "cara a cara" "así como Él es"

La fe, comienzo de la vida eterna

163. La fe nos hace gustar de antemano el gozo y la luz de la visión beatífica, fin de nuestro caminar aquí abajo. Entonces veremos a Dios "cara a cara" (1 Cor 13,12), "tal cual es" (1 Jn 3,2). La fe es pues ya el comienzo de la vida eterna:

Mientras que ahora contemplamos las bendiciones de la fe como el reflejo en un espejo, es como si poseyéramos ya las cosas maravillosas de que nuestra fe nos asegura que gozaremos un día (S. Basilio, Spir. 15,36; cf. S. Tomás de A., s.th. 2-2,4,1).

II. EL CIELO

1023. Los que mueren en la gracia y la amistad de Dios y están perfectamente purificados, viven para siempre con Cristo. Son para siempre semejantes a Dios, porque lo ven "tal cual es" (1 Jn 3, 2), cara a cara (cf. 1 Co 13, 12; Ap 22, 4):

Definimos con la autoridad apostólica: que, según la disposición general de Dios, las almas de todos los santos... y de todos los demás fieles muertos después de recibir el bautismo de Cristo en los que no había nada que purificar cuando murieron;... o en caso de que tuvieran o tengan algo que purificar, una vez que estén purificadas después de la muerte... aun antes de la reasunción de sus cuerpos y del juicio final, después de la Ascensión al cielo del Salvador, Jesucristo Nuestro Señor, estuvieron, están y estarán en el cielo, en el reino de los cielos y paraíso celestial con Cristo, admitidos en la compañía de los ángeles. Y después de la muerte y pasión de nuestro Señor Jesucristo vieron y ven

la divina esencia con una visión intuitiva y cara a cara, sin mediación de ninguna criatura (Benedicto XII: DS 1000; cf. LG 49).

1161. Todos los signos de la celebración litúrgica hacen referencia a Cristo: también las imágenes sagradas de la Santísima Madre de Dios y de los santos. Significan, en efecto, a Cristo que es glorificado en ellos. Manifiestan "la nube de testigos" (Hb 12,1) que continúan participando en la salvación del mundo y a los que estamos unidos, sobre todo en la celebración sacramental. A través de sus iconos, es el hombre "a imagen de Dios", finalmente transfigurado "a su semejanza" (cf Rm 8,29; 1 Jn 3,2), quien se revela a nuestra fe, e incluso los ángeles, recapitulados también en Cristo:

Siguiendo la enseñanza divinamente inspirada de nuestros santos Padres y la tradición de la Iglesia católica (pues reconocemos ser del Espíritu Santo que habita en ella), definimos con toda exactitud y cuidado que las venerables y santas imágenes, como también la imagen de la preciosa y vivificante cruz, tanto las pintadas como las de mosaico u otra materia conveniente, se expongan en las santas iglesias de Dios, en los vasos sagrados y ornamentos, en las paredes y en cuadros, en las casas y en los caminos: tanto las imágenes de nuestro Señor Dios y Salvador Jesucristo, como las de nuestra Señora inmaculada la santa Madre de Dios, de los santos ángeles y de todos los santos y justos (Cc. de Nicea II: DS 600).

2519. A los "limpios de corazón" se les promete que verán a Dios cara a cara y que serán semejantes a él (cf 1 Co 13,12; 1 Jn 3,2). La pureza de corazón es el preámbulo de la visión. Ya desde ahora esta pureza nos concede ver según Dios, recibir a otro como un "prójimo"; nos permite considerar el cuerpo humano, el nuestro y el del prójimo, como un templo del Espíritu Santo, una manifestación de la belleza divina.

2772. De esta fe inquebrantable brota la esperanza que suscita cada una de las siete peticiones. Estas expresan los gemidos del tiempo presente, este tiempo de paciencia y de espera durante el cual "aún no se ha manifestado lo que seremos" (1 Jn 3, 2; cf Col. 3, 4). La Eucaristía y el Padrenuestro están orientados hacia la venida del Señor, "¡hasta que venga!" (1 Co. 11, 26).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO C)

Tu padre y yo

En el Domingo después de Navidad, la liturgia celebra la fiesta de la Sagrada Familia de Jesús, María y José. El Evangelio nos cuenta el suceso de la pérdida y reencuentro de Jesús entre los doctores en el templo, que se concluye con este cuadro de vida familiar:

«Él bajó con ellos a Nazaret y siguió bajo su autoridad. Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres».

El intento de la Iglesia de instituir esta fiesta es el de designar en la Sagrada Familia a un modelo y una fuente de inspiración para todas las familias humanas. Pero, habrá que preguntarse: ¿qué puede haber de común entre esta familia y una normal familia humana? ¿No es exagerado pedir a dos pobres criaturas renovarse como un modelo tan fuera de lo normal? Para comenzar, falta en el matrimonio entre María y José lo que para toda pareja humana es un elemento constitutivo, esto es, la integración a nivel incluso sexual.

Esto es verdad; pero, precisamente aquí se inserta la aportación que el ejemplo de la Sagrada Familia puede dar hoy a la superación de la crisis del matrimonio. Suscitan murmullo las periódicas esta dísticas sobre el estado de la familia, incluso si no hacen más que confirmar lo que está a los ojos de todos. Aumentan las separaciones legales y los divorcios; y el hecho más inquietante es que frecuentemente se trata de uniones apenas iniciadas. ¡Matrimonios que entran en crisis después de menos de un año tras las nupcias! ¿Cómo eso?

Comentando estos datos una socióloga ha hablado de un «analfabetismo en el amor». Se cree que para realizar un matrimonio acertado baste la atracción física y un entendimiento sexual bien aceptado. Todo lo demás se deja a lo fortuito o se piensa que vendrá de por sí. Frecuentemente «la atracción se conjuga con la superficialidad, el olvido, la traición, una actitud banal del sexo, que muy pronto sobrepasa los estadios de la ternura, del encuentro profundo entre dos personas, robando el tiempo al conocimiento recíproco, a los silencios, a las miradas, a los proyectos».

No hay que asombrarse si, en la prueba de los hechos, este tipo de matrimonio va de inmediato hecho a pedazos. Para decir que dos objetos se adhieren entre sí de una manera aproximativa, sin consistencia alguna, en el lenguaje popular se usa la expresión «pegados con la saliva». ¡Éstos son matrimonios pegados con la saliva!

La familia de Nazaret puede ser precisamente un reclamo fuerte en aquellos valores espirituales que tan frecuentemente faltan hoy entre las jóvenes parejas y que son indispensables para formar un matrimonio, que resista en el tiempo; esto es, conocimiento y estima recíprocos, capacidad de salir de sí mismos, de cultivar proyectos e ideales comunes, silencios, oración.

Tomemos las palabras que pronuncia María apenas ha encontrado al hijo en el templo:

«Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados»

«Tu padre y yo»: puede parecer un detalle despreciable y con tiene, por el contrario, una enseñanza importantísima. María y José forman un único sujeto. María no piensa sólo en su angustia sino también en la de su marido; es más, pone la del marido antes que la suya: «Tu padre y yo», no «yo y tu padre».

Casarse significa pasar de la primera persona del singular, «yo», a la primera persona del plural, «nosotros». Si no sucede este cambio, que confiere una especie de nueva identidad, la unión será sólo superficial y fluctuante. El matrimonio es más que un pacto, una cohabitación, una unión de sexos. Es un «yo» y un «tu» que llegan a ser un «nosotros». Esto significan las palabras de la Biblia: los dos «se hacen una sola carne» (*Génesis* 2, 24). «Una sola carne» no quiere decir, en la Biblia, únicamente «un solo cuerpo» sino también «un solo ser».

A veces yo me encuentro con hombres y mujeres de los que ignoro si son o no casados. Entonces, antes de lanzarme a darles consejos o juicios, busco abrir los ojos para ver cómo hablan, seguro que no tardarán en traicionar a su estado. Pero, frecuentemente permanezco desilusionado. Hay mujeres y hombres que pueden hablar de su vida, incluso personal, por más de media hora, sin que se entienda si son o no casados. Siempre «yo, yo, yo»; nunca «mi marido y yo, mi mujer y yo». Son todavía «individuos», no han llegado nunca a ser verdaderamente «cónyuges». Cónyuges, casa dos: son palabras aburridas, no gustan más. Recuerdan la imagen del «yugo» (significan al pie de la letra «puestos bajo el mismo yugo») y con ello la idea de un peso, de una esclavitud. Es necesario descubrir la belleza de esta imagen cuando no es aplicada a los toros sino a las personas humanas, que libremente se han puesto bajo el mismo yugo.

Existe una imagen de Jesús y de María que a mí me gusta mucho. Una vez la hice ver a una pareja de novios, quienes de inmediato la escogieron como imagen o dibujo para su invitación a la boda. Es un fresco antiquísimo, que se encuentra en el monasterio de Subiaco. Representa a Cristo y la Iglesia (aquí personificada en María), que son el último modelo, dice Pablo, de toda unión nupcial (cfr. *Efesios* 5, 32). El esposo, Jesús, tiene su brazo sobre el cuello de la esposa y la esposa tiene la cabeza apoyada sobre el hombro del esposo; mientras, la mano de él sostiene delicadamente la de ella. Aquí se ve cómo debiera ser el yugo, que une al hombre y a la mujer en el matrimonio. No un yugo impuesto sobre ellos desde el exterior (por la sociedad, por la Iglesia, o no se sabe por quién) sino un yugo formado idealmente por ellos mismos, por la unión de sus voluntades, y por ello es «un yugo suave y una carga ligera» (*Mateo* 11,30). En un escrito poético del siglo II, Jesús resucitado dice:

«Como el brazo del esposo sobre la esposa, así es mi yugo sobre quienes me conocen» (*Oda de Salomón* 42, 8).

Mirando la imagen que he descrito, uno podría estar tentado de decir: sí, pero también aquí es siempre el hombre el que permanece erguido y él es el fuerte; la mujer no hace más que apoyarse en él. Es verdad: el hombre, Cristo, expresa aquí la fuerza y la

mujer, María, la confianza, el abandono. Pero ignoramos una cosa: que el hombre para ser fuerte tiene asimismo necesidad de la confianza de la mujer y más cuanto que la mujer para ser tierna o confiada tiene necesidad de la fuerza del hombre. Es a causa de nuestros criterios distorsionados por el pecado por los que nosotros privilegiamos la fuerza respecto a la ternura. Dios es suma potencia y suma ternura a la vez, sin que se pueda decir cuál de las dos cualidades sea la más importante. En realidad, no hay menos «fuerza» en el abandono y en la confianza que en la fuerza-fuerza; sólo que es de una cualidad distinta. Quizás superior. El día que lo descubriremos, habremos hecho un gran progreso vigoroso en la humanidad.

Lo que estamos presentando no es un proyecto fuera de la realidad, una imaginación de curas y frailes que no saben qué es la vida real de los esposos. Frecuentemente, escuchando testimonios de esposos cristianos, me ha venido a la mente el elogio que Tertuliano, al inicio del tercer siglo, hacía del matrimonio en un libro de dicado a su mujer: «¿Quién estará nunca a la altura de describir la felicidad de un matrimonio que la Iglesia consagra, la Eucaristía confirma, la bendición sella, los ángeles aclaman y que el Padre celeste aprueba? ¡Cómo es hermoso el yugo que une a dos creyentes, que tienen una única esperanza, un mismo deseo, una misma regla de vida, una misma voluntad de servicio! Ninguna separación entre ellos, ni de carne ni de espíritu. Son verdaderamente dos en una sola carne. Pero donde hay una sola carne, hay también un solo espíritu: juntos efectivamente oran, se instruyen uno al otro, uno a otro se exhortan y se sostienen. Juntos en la iglesia de Dios, juntos en la mesa del Señor, juntos en las dificultades y en las persecuciones y juntos también en la alegría. Nadie de los dos se es conde al otro, nadie de los dos evita al otro, nadie de los dos es pe sado para el otro... No hay necesidad de hacer furtivamente la señal de la cruz. Al ver y sentir estas cosas, Cristo goza y les manda su paz. Donde están los dos, allí está también él y donde está él no en tra el maligno» (*Ad uxorem* II, 6-9).

¡He aquí qué se entiende cuando se habla de la familia como de una «iglesia doméstica» o de una «pequeña iglesia»!

Las mismas indagaciones sociológicas, recordadas al inicio, in dican también un dato positivo. No obstante la crisis de la familia, un matrimonio acertado, «con la persona justa», continúa siendo, a los ojos de la mayoría de los adolescentes y de los jóvenes, el sueño de la vida. Es precisamente para animar a estos jóvenes a no avergonzarse de este su sueño por lo que he hecho estas reflexiones.

PREGONES (La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes)

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO C)

Miembros de la gran familia de Dios

La Sagrada Familia de Jesús, María y José, es imagen del amor trinitario de Dios, quien se revela al mundo a través del Hijo, para iluminar a todas las naciones y glorificar a su pueblo: la gran familia de Dios, la Iglesia, que es Una, Santa, Católica y Apostólica, en la que reúne a todos los hijos de Dios, y que tiene como Madre a María, la Madre de Dios, y como padre y patrono a José, esposo de María, padre adoptivo de Jesús y de todos los hijos de Dios.

La santidad de toda familia está en reconocer y aceptar a María como Madre; a José como padre y custodio; y a Jesús como centro de todo, que es quien los une en el amor.

Quien pone a Cristo en el centro de su vida y agradece a Dios, crece en estatura, en sabiduría y en gracia ante Dios y ante los hombres, y habla del Hijo de Dios, manifestando su amor al Evangelio y a la Santa Iglesia, reconociéndola como Madre y Esposa de Cristo, y acude a presentarle sus ofrendas, llevando a sus hijos para entregarlos a Dios y, rechazando el pecado y el mal, reciban el bautismo de fuego del Espíritu Santo, para que muriendo al mundo nazcan a la verdadera vida como hijos de Dios, y sean contados entre los miembros de la Sagrada Familia de Dios. Y es a través de la Santa Iglesia que se derrama la gracia de la Cruz, de la cual brotan los sacramentos como herencia de Jesús, para que puedan llegar a ser santos como Él.

Confía tú en las promesas de tu Señor, y déjate acoger en el seno de la Sagrada Familia. Reconócete miembro de la gran familia de Dios, a la que perteneces, en la que creces cuidado y protegido por María y José, tanto igual al niño Jesús, porque quien pertenece a la Santa Iglesia es verdadero miembro del cuerpo de Cristo, del cual Él es cabeza. Lucha por conservar la tradición y los valores en la familia defendiendo la vida, respetando la voluntad de Dios que hombre y mujer los creó, a imagen y semejanza de la Sagrada Familia.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO C)

Familiares de Dios

En este domingo, el siguiente a la Navidad, celebra la Iglesia la fiesta de la Sagrada Familia. Pensamos en oración en la Familia de Jesús, María y José, que es modelo de toda familia. Por eso trataremos de evocar, si los hemos olvidado, los momentos de convivencia entre ellos que los Evangelios nos transmiten, desde que contemplamos a María desposada con José hasta que la vemos al pie de la Cruz, acompañando a Jesús en el momento de la muerte.

En estos días, inmediatamente posteriores a la Navidad, nos imaginamos fácilmente Jesús como un Niño. ¡Qué fácil es tratar con los niños! No hacen falta presentaciones retóricas, ni solicitar audiencia previamente. Es mejor un lenguaje claro pero sencillo.

Conviene hacerse a su mentalidad, hacerse un poco niños, pero a la vez tomarlos en serio: quien entiende mejor a un niño y quien mejor se hace entender por él, es otro niño.

No es difícil ser niños, nada les cuesta a los pequeños, pero es preciso librarse del afán de sobresalir, de quedar bien, tan típico a veces de los mayores y que nada les importa, sin embargo, a los que tienen pocos años.

Pertenecemos a la familia de Dios, y *delante de Dios, que es Eterno, tú eres un niño más chico que, delante de ti, un pequeño de dos años.*

Y, además de niño, eres hijo de Dios. —No lo olvides. Esto nos recordaba san Josemaría: que somos hijos de Dios por el Bautismo. Y como queremos ser buenos hijos, por eso debemos hacernos como niños siguiendo el consejo del Señor: **En verdad os digo: si no os convertís y os hacéis como los niños no entraréis en el Reino de los Cielos. Pues todo el que se humille como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos**. Y ya sabemos que la humildad está en el reconocimiento de nuestra condición limitada, de nuestra fragilidad, de sabernos necesitados de ayuda: así son los niños, se sienten débiles y, a pesar de todo seguros, porque saben que cuentan con la fortaleza y la protección de todos en su familia, especialmente de sus padres.

Por eso, al agradecer a nuestro Señor que nos haya querido de su Familia, hijos suyos, le pedimos nos conceda la virtud de la humildad que nos hace niños sencillos. Nada nos cuesta así pedirle la ayuda que como buen Padre nos quiere prestar, para que le amemos más cada día para nuestro bien: para reconocer nuestros errores y, arrepentidos, pedir perdón y rectificar; para lograr esos objetivos que nos desarrollan en su presencia haciéndonos más aptos, más adultos como cristianos en su servicio. Con esa sencillez querremos pedirle, con infantil desparpajo, tantas cosas buenas que nos ilusionan y le agradan.

Ser pequeño: las grandes audacias son siempre de los niños. –¿Quién pide... la luna? –¿Quién no repara en peligros para conseguir su deseo?

"Poned" en un niño "así", mucha gracia de Dios, el deseo de hacer su Voluntad (de Dios), mucho amor a Jesús, toda la ciencia humana que su capacidad le permita adquirir... y tendréis retratado el carácter de los apóstoles de ahora, tal como indudablemente Dios los quiere.

Estas palabras, también de san Josemaría, describen el que puede ser nuestro tono habitual con Dios. Podemos ser, debemos ser y sentirnos, hijos pequeños de nuestro Padre Dios, que no tienen medida y piden la luna, confiando en su Padre y en Santa María, su Madre. Así nos quiere Dios. No olvidemos que Jesucristo reprocha la poca fe y la poca audacia para pedir: **Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; y todo el que busca, encuentra; y al que llama se le abrirá. O ¿quién hay entre vosotros, al que si su hijo pide un pan le da una piedra? ¿O si le pide un pez le da una culebra? Pues si vosotros, siendo**

malos, sabéis dar a vuestros hijos cosas buenas, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los Cielos dará cosas buenas a quienes le pidan?

Cada uno nos reconocemos con muchos defectos y débiles, pero nuestro Padre Dios es Todopoderoso e inmensamente bueno. No pensemos que es como nosotros, pues quiere mostrar con sus hijos los hombres su santidad y su poder. No queramos ser con Dios como los mayores en sus negocios terrenos, que primero calculan las dificultades, los riesgos, las posibilidades..., para luego decidir. Si somos niños, sólo pensaremos que es nuestro Padre Dios quien nos espera con amor, y que siempre está a favor nuestro.

Y no olvidemos a nuestra Madre, que sabrá meternos cada día más en nuestra verdadera Familia sobrenatural, para la que hemos nacido en la familia humana de nuestros padres y hermanos. Ella, con suavidad de Madre, nos hará más próximo, si se lo pedimos, el corazón de Dios.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO C)

Padres e hijos: para una educación cristiana

En la fiesta de la Sagrada Familia es más visible que nunca el sentido de las fiestas cristianas: celebran algo y ayudan a vivir lo que se celebra; la liturgia ilumina la vida y la vida vuelve auténtica la liturgia.

En el plano de la liturgia, hoy celebramos no un hecho singular, sino una realidad de la historia de la salvación: una realidad concreta y natural (¡porque eso es el matrimonio de María y José, el nacimiento de Jesús y la vida común llevada en Nazaret!), que no obstante también está enteramente imbuida del misterio divino. En la familia de Nazaret brillan juntos los dos planos de la acción de Dios: el plano de la creación ("No es bueno que el hombre esté solo...") y el plano de la redención ("No conozco hombre"): matrimonio y virginidad, naturaleza y gracia. Frente a este matrimonio y a esta familia, puede exclamarse de verdad sin miedo: *¡Este misterio es grande!* (Ef. 5,32). La Sagrada Familia fue, a su modo, un sacramento, más aún, la cuna donde se prepararon todos los sacramentos.

Esto –decíamos– en el plano de la liturgia. En el plano de la vida el sentido de la fiesta de hoy nos es claramente revelado por Pablo en la segunda lectura y es el siguiente: hacer nuestra familia a imagen de la familia de Nazaret, hacer de cada familia cristiana una "santa" familia (si no una familia de santos).

El apóstol Pablo, en ese trozo, saca a relucir las dos relaciones fundamentales que constituyen la familia en sentido estricto: la relación marido-mujer y la relación padres-hijos. La primera relación es concebida como una relación de amor-obediencia: *Mujeres, respeten a su marido... Maridos, amen a su mujer*. Si se la toma al pie de la letra, esta

relación no tiene nada de humillante para la mujer: a ella no se le pide, de hecho, que se doblegue a la autoridad, sino al amor del marido y obedecer al amor no es esclavitud sino felicidad. En otra epístola, lo mismo se repite en estos términos: *Maridos, amen a su esposa como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella* (Ef. 5,25). Por lo tanto, la autoridad es aquí esencialmente "dedicación".

Muchas veces hemos tenido ocasión de insistir sobre esto. El trozo evangélico de hoy nos invita a concentrar nuestra atención más bien en la segunda relación, entre padres e hijos. Pablo lo formula así: *Hijos, obedezcan a sus padres… Padres, no irriten a sus hijos para que no se desalienten.* En la epístola a los Efesios agrega: *Edúquenlos, corrigiéndolos y aconsejándolos, según el espíritu del Señor* (Ef. 6,4). Vemos aquí expresado, con una palabra, el tema sobre el cual queremos reflexionar hoy: la educación de los hijos, la *paideia* cristiana.

El Evangelio de hoy –decía– nos habla justamente de esto; comienza con las palabras: *Los padres de Jesús…* y continúa todo en esa línea: por un lado, María y José, por el otro, Jesús. En Jerusalén, los padres buscan al niño Jesús y una vez que lo hallan le dicen: *Hijo mío, ¿por qué nos has hecho esto?* En Nazaret, Jesús *estaba sometido* a los padres *y el niño iba creciendo y se fortalecía lleno de sabiduría y la gracia de Dios estaba con él,* o sea que era educado.

¿Qué pueden sacar de todo esto los padres cristianos, que viven hoy toda la dificultad que presenta la relación con los hijos? Correspondería decir: nada inmediato; los tiempos eran tan distintos y las personas envueltas en ese caso eran tan distintas: ¡el Hijo de Dios, la Virgen, san José! Sin embargo, en las imágenes descritas en el Evangelio está encerrado el secreto fundamental de toda educación: Jesús estaba sometido a sus padres, porque sus padres estaban sometidos a Dios. Es utópico hablar de educación –al menos de educación cristiana– si la familia no reúne algunas condiciones preliminares. La primera de esas condiciones es una vida espiritual sana que mantenga a la familia en presencia de Dios, bajo su luz y su bendición. Decir vida espiritual significa decir oración personal y familiar, frecuencia de los sacramentos y la palabra de Dios, amor mutuo y al prójimo.

Otra condición, también fundamental, es el amor mutuo y el entendimiento de los padres entre ellos. El don más grande que los padres pueden hacer a un hijo es el de amarse uno al otro. Don tan grande como el de la vida física. Por eso, cultivar ese amor, hacerla lo más importante de la familia, encontrar cada tanto un poco de tiempo para pasar juntos, incluso lejos de los hijos, si es posible, para hablarse, para comunicarse experiencias y dificultades, para renovar la propia donación mutua en un clima de fe e intimidad no significa quitarles nada a los hijos. Muchos padres piensan todavía que esto es un lujo, un egoísmo, un descuidar a los ojos; por eso siguen volcando separadamente toda su atención en los niños y acaban aumentando cada problema y pasando a ser extraños uno para el otro y obsesivos para con sus hijos. Se equivocan; es necesario reconstruir y mantener siempre vivo a ese sujeto educativo plural que oímos mencionar hace poco en labios de María: *Tu padre y yo*. Nada en la vida puede reemplazar la

seguridad y la fuerza que recibe el niño al sentirse sostenido por esas dos voluntades unidas en una sola: Tu padre y yo; tu madre y yo. Cuando esto falta, se cumple al pie de la letra la palabra de Jesús: *Un reino donde hay luchas internas no puede subsistir* (Mc. 3, 25). Los niños lo aprovechan apoyándose en uno u otro de los padres y tener así siempre ganada la partida; o lo sufren y se vuelven inseguros y rebeldes.

Las bases son, por lo tanto, la vida espiritual y el esfuerzo continuo de unidad de la pareja. Pero esto no basta; es necesario que los padres sepan cómo utilizar concretamente su acuerdo educativo, qué exigir y qué conceder a los hijos. Existe, en este terreno, una gran equivocación que es necesario disipar: una educación que sea realmente cristiana no es ni siquiera concebible si no parte de esa certeza de fe, de que el niño no llega al mundo naturalmente bueno, predispuesto a toda clase de virtud, y hay que dejarlo solo y no perturbar sus instintos naturales, sino que, por el contrario, venimos al mundo ya heridos por el pecado, propensos al egoísmo y a todo tipo de mal. Muchos padres cristianos, sin darse cuenta, han adoptado respecto de esto una mentalidad totalmente pagana; los distintos programas televisivos y la permisividad de algunas pseudo-teorías científicas terminaron por convencerlos de que el niño es una cosa graciosa para mirar con orgullo mientras crece bello y lozano acostumbrándose a ser el "consumidor" óptimo. Lo más importante entonces no es educar a los hijos sin ahorrar y amasar riquezas para su futuro. San Juan Crisóstomo hablaba, ya en su época, de los que descuidan la salvación de los hijos y la propia, preocupándose solamente por la forma en que, una vez enriquecidos, podrán dejar las riquezas a los hijos y éstos a su vez a sus hijos y éstos a los siguientes, convirtiéndose, por así decirlo, en transmisores de dinero y bienes antes que en padres (cf. *Hom.* 59 *en Mat.).*

En la Biblia se leen estas palabras: *El que ama a su hijo usa a menudo el látigo, para regocijarse de él al final. El que corrige a su hijo sacará ventaja de ello… El que acaricia a un hijo le hará luego heridas…Educa a tu hijo y cuídate de él así no tendrás que enfrentar su insolencia* (Sir. 30.1-13). Es un código por demás severo, pero contiene una verdad importante: educar significa, textualmente, sacar, hacer surgir algo, como se hace surgir una estatua de un bloque de piedra. Supone, por lo tanto, que el hombre maduro no sale del niño por generación espontánea, sino que es necesario ayudarlo a que se forme una voluntad, un carácter, un sentido moral y sentimientos válidos. Sólo excepcionalmente para hacerla, es necesario recurrir a los medios sugeridos por el escrito bíblico con la imagen del látigo. A veces, pueden realmente resultar más eficaces el aliento, el cumplido, la caricia y el diálogo. Una vez oí a una mamá diciéndole a la hija de once años que volvía de hacer un encargue: "¡Felicitaciones! Elegiste bien; sé que siempre puedo confiar en ti" y en los ojos que brillaban, vi la alegría serena y la confianza que esto daba a la niña y, como refleja, en la madre.

Decía, el diálogo. Dialogar con los hijos significa concretamente estar con ellos, pasar tiempo juntos, no reducir toda la comunicación a las pocas frases intercambiadas a la mañana antes de ir a trabajar y a la noche antes de encender el televisor. Significa

escuchar a los hijos en profundidad, dar un paseo juntos, jugar juntos alguna vez si son pequeños; tomar sus cosas en serio y no cercenar las preguntas desde lo alto de la propia autoridad o la propia "experiencia". El enemigo número uno del diálogo no es la severidad, sino la ira; la ira ahoga el diálogo y endurece. Es la reacción más común de muchos padres, especialmente si tienen hijos propensos a la rebeldía, pero también la más inútil; no sirve para nada; es mejor esperar a recuperar la calma, porque frente a un ataque de ira, el chico no piensa que está equivocado, sino simplemente que el padre está furioso y se desahoga con él. A veces, el diálogo exige que un padre o una madre sepa incluso pedir disculpas por un error o un exceso; esto educa enormemente para la honestidad, el respeto, la estima mutua; la autoridad de un padre o una madre se ve fortalecida, no disminuida.

A propósito de las cosas que los hijos deben perdonar a los padres, hay una delicada, de la cual está bien pedir perdón directamente a Dios y no al hijo: la de no haberlo querido. No es infrecuente, en estos días, el caso de una madre que, sin darse cuenta, sufre las consecuencias de un rechazo, de un "no" pronunciado en su interior, el día en que le dijeron: "¡Esperas un hijo!". Hay conflictos y rebeliones tenaces de parte de los hijos que se instalan y no se resuelven hasta que esa madre no pide sinceramente a Dios que la cure de aquel recuerdo, que la perdone y la ayude a recibir verdaderamente a su hijo.

La serie de deberes educativos que trazamos hasta aquí obviamente no es exhaustiva pero basta para asustar a cualquier padre. San Pablo dice que no hay que desalentar a los hijos; pero, ¿qué se puede decir entonces de los padres frente a este deber tan difícil? Para los padres cristianos hay un solo camino para no desalentarse frente al fracaso o frente a hijos que crecen rebeldes o sin vitalidad: pensar que los hijos no son solamente de ellos, sino y sobre todo de Dios; confiárselos a él que los conoce mejor, que conoce los tiempos de cada uno y las capacidades de cada uno; no para sacárselos de encima, sino para no hacer de un fracaso en este terreno una tragedia que elimine cualquier alegría de vivir y comprometa todo el resto de la vida de familia. Es posible fracasar como padres, aun sin culpa de su parte. Cuando un padre ya no logra hablar con su hijo de Dios, todavía queda una posibilidad: hablarle a Dios del hijo, o sea rezar por él, confiarlo al Señor, aunque se haya ido lejos como el hijo pródigo.

María y José también experimentaron, como vimos, la pena de haber perdido al hijo; se trató –es cierto– de un extravío bueno, "por el Padre", pero su angustia no fue por ello menos real. A ellos pueden recurrir todos los padres: los que de los hijos tienen sólo consuelo para que logren hacerlos crecer en edad y sabiduría, hasta la plena madurez; los atribulados a causa de los hijos, para que no se desanimen, sino que con paciencia esperen su cambio y su retorno.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO C)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la parroquia romana de San Marcos (29-XII-1985)

– Familia de Belén y familia cristiana

"Christus natus est nobis, venite adoremus"

La Iglesia entera está aún todavía invadida por la alegría de la Navidad. La alegría de la que participan los corazones de los hombres, reanima las comunidades humanas, se manifiesta en las tradiciones, en las costumbres, en el canto y en la cultura entera.

Un día, en los campos de Belén, los pastores que guardaban sus rebaños fueron atraídos por este anuncio, que hoy repite la Iglesia entera. Todos lo transmiten, por así decir, de boca en boca, de corazón a corazón. "Christus natus est nobis, venite adoremus".

La Iglesia vive hoy la alegría de la Navidad del Señor, del Hijo de Dios, en Belén: como misterio de la Familia, de la Santa Familia.

Es una verdad profundamente humana: por el nacimiento de un niño la comunidad conyugal del hombre y de la mujer, del marido y de la esposa, se hace más perfectamente familia. Al mismo tiempo, éste es un gran misterio de Dios, que se revela a los hombres: el misterio escondido en la fe y en el corazón de aquellos Esposos, de aquellos Cónyuges: María y José, de Nazaret. Al comienzo sólo ellos fueron testigos de que el Niño que nació en Belén es "Hijo del Altísimo", venido al mundo por obra del Espíritu Santo.

A ellos dos, a María y José, les fue dado a conocer el misterio de aquella Familia que el Padre celestial, con el nacimiento de Jesús, formó con ellos y entre ellos.

– Santidad de la familia

En la medida en que este misterio se revela a los ojos de la fe de los otros hombres, la Iglesia entera ve en la Santa Familia una particular expresión de la cercanía de Dios y al mismo tiempo un signo particular de elevación de toda familia humana, de su dignidad, según el proyecto del Creador.

Esta dignidad se confirma de nuevo con el sacramento del matrimonio, con ese sacramento que es grande –como dice San Pablo– "en Cristo y en la Iglesia" (cfr. Ef 5,32).

Orientando los ojos de nuestra fe hacia la Santa Familia, la liturgia de este domingo trata de poner de relieve lo que es decisivo para la santidad y la dignidad de la familia. Hablan de ello todas las lecturas: tanto el libro del Sirácida como la Carta de San Pablo a los Colosenses, como, finalmente, el Evangelio según Lucas.

En el Salmo responsorial se pone de relieve la singular presencia de Dios en la familia, en la comunión matrimonial del marido y de la mujer, en la comunión que lleva

al amor y a la vida. Dios está presente en esta comunión como Creador y Padre, dador de la vida humana y de la vida sobrenatural, de la vida divina. De su bendición participan los cónyuges, los hijos, su trabajo, sus alegrías, sus preocupaciones.

"Dichoso el que teme al Señor…serás dichoso, te irá bien…tu mujer, como parra fecunda…tus hijos, como renuevos de olivo…que veas la prosperidad de Jerusalén, todos los días de tu vida" (Sal 127/128).

– Comunidad de vida y de amor

San Pablo, en la Carta a los Colosenses, trata de poner de relieve el clima de la familia cristiana: el clima espiritual, el clima afectivo, el clima moral.

Escribe: "Como pueblo elegido de Dios, pueblo sacro y amado, sea vuestro uniforme: la misericordia entrañable, la bondad, la humildad, la dulzura, la comprensión. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo. Y por encima de todo esto, el amor, que es el ceñidor de la unidad consumada" (Col 3,12-14).

Hay que leer con atención y meditar todo el pasaje de la Carta a los Colosenses, en el que el Apóstol formula los buenos deseos para los cónyuges y las familias cristianas sobre todo aquello que determina el verdadero bien de la comunidad humana, especialmente de aquella que en síntesis se puede llamar "communio personarum", "íntima comunidad de vida y de amor" (cfr. Gaudium et spes, 49).

No existe otra comunidad interhumana tan unificante, tan profunda y universal como la familia. Y al mismo tiempo, tan capaz de hacer felices, y tan exigente, porque es muy vulnerable, dado que está expuesta a diversas "heridas".

Por ello los buenos deseos del Apóstol se refieren a los problemas más esenciales de la familia cuando escribe:

– revestíos de "amor, que es el ceñidor de la unidad consumada…";

– "la paz de Cristo actúe de árbitro en vuestro corazón…";

– "la palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza".

Así se forma la familia humana en toda su dignidad y nobleza, en su entera belleza espiritual (que es incomparablemente más importante que todas las riquezas "reales" y materiales), ¡por la Palabra de Dios!, ¡por la palabra de Cristo!

En esta Palabra se encierran las indicaciones y los mandamientos que determinan la solidez moral de aquella fundamental comunidad humana, de aquella "communio personarum".

Por ello se puede decir que toda la primera lectura de la liturgia de hoy es un amplio comentario al IV mandamiento del Decálogo:

¡"Honra a tu padre y a tu madre"!

Hay que leer con atención este texto y meditarlo, teniendo siempre ante los ojos aquel "amor, que es el ceñidor de la unidad consumada".

Efectivamente, el amor crea el honor, la estima recíproca, la solicitud premurosa, tanto en la relación de los hijos hacia los padres, como en la de los padres hacia los hijos, y sobre todo en la relación recíproca entre los cónyuges.

De este modo el matrimonio y la familia se convierten en aquel ambiente educativo que es absolutamente insustituible: el primero y fundamental y más consistente ambiente humano, que se convierte luego la "iglesia doméstica". Se puede decir que en la familia también la educación se hace, a menudo inadvertidamente, una autoeducación, porque una sana comunidad familiar permite de por sí el desarrollo normal de toda persona que la compone.

Una especial confirmación de esta realidad son las palabras del Evangelio de San Lucas sobre Jesús cuando tenía doce años:

"Él bajó con ellos (es decir, con María y José)... y siguió bajo su autoridad. Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres" (Lc 2,51-52).

El testimonio sobre la vida de la Santa Familia de Nazaret, como oís, es muy conciso, y al mismo tiempo rico de contenido.

En esta perspectiva y en este contexto fueron pronunciadas las palabras de Jesús cuando tenía doce años, palabras que se proyectan en su futuro:

"¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?" (Lc 2,49).

Precisamente estas palabras que se proyectan en el futuro –las palabras que María y José en aquel momento todavía no comprendían– constituyen una especial comprobación de la santidad de la Familia de Nazaret.

Palabras como éstas, que miran al futuro de los hijos, son fruto de la intensa madurez espiritual de toda familia cristiana.

En efecto, junto a los padres deben madurar los jóvenes, hijos e hijas, para una específica vocación que cada uno de ellos recibe de Dios.

Hagamos siempre nuestras las palabras de esta oración: "Dios, Padre nuestro, que has propuesto la Sagrada Familia como maravilloso ejemplo a los ojos de tu pueblo: concédenos, te rogamos, que, imitando sus virtudes domésticas y su unión en el amor, lleguemos a gozar de los premios eternos en el hogar del cielo".

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Cristo vivió la mayor parte de su vida en este mundo junto a sus padres. Esta larga permanencia, tanto más llamativa por cuanto que fue enviado por el Padre con un plan de salvación, pone de relieve la importancia que tiene el hogar en los planes de Dios.

Dios ha elevado a la categoría de un precepto el amar y honrar a los padres. Se trata, por tanto de algo que está por encima de las conveniencias y de los sentimientos humanos, algo que pertenece a la naturaleza misma de las cosas tal como Dios las ha querido. Porque el hombre, enseña Sto. Tomás, "se hace deudor de los demás según la excelencia y según los beneficios que de ellos ha recibido. Por ambos títulos, Dios ocupa el primer lugar, por ser sumamente excelente y se principio primero de nuestro existir y de nuestro gobierno. Pero después de Dios, los padres…, pues de ellos hemos nacido y nos hemos criado…; es a quienes más debemos".

Todo lo que hagamos por nuestros padres, especialmente en la ancianidad, será poco: "Hijo mío –acabamos de escuchar en la 1ª Lectura–, sé constante en honrar a tu padre, no lo abandones mientras viva; aunque flaquee su mente, ten indulgencia, no lo abochornes… La piedad para con tu padre no se olvidará, será tenida en cuenta para pagar tus pecados". Pero este amor hecho de gratitud no debe impedir a los hijos seguir con libertad el camino que Dios les haya trazado. De ahí que S. Jerónimo recuerde: "Honra a tu padre, pero si no te separa del verdadero Padre". No es verdadera piedad filial la que lleva a desoír la llamada a una vida entregada completamente a Dios por atender a los padres. Sobre todo, a esos padres absorbentes, vampiros, los llaman algunos siquiatras, que exigen, con una voracidad siempre insatisfecha, una compañía que los hijos no pueden objetivamente proporcionarles. Y no hay verdadero amor a los hijos, es más, nos convertimos en sus enemigos ("enemigos del hombre los de su casa" Mt 10, 36) cuando nos oponemos resueltamente a lo que Dios espera de ellos.

El comportamiento de María y José cuando encuentran en el Templo a su Hijo después de tres días de angustiosa búsqueda es un ejemplo a seguir, tanto más, por cuanto que "ellos no entendieron lo que quería decir". "Jesús tenía conciencia, enseña Juan Pablo II, de que 'nadie conoce bien al Hijo sino el Padre" (cf Mt 11,27), tanto que aún aquella a la cual había sido revelado el misterio de su filiación divina, su Madre, vivía en la intimidad con este misterio sólo por medio de la fe. Hallándose al lado del Hijo, bajo un mismo techo…, avanzaba en la peregrinación de la fe, como subraya el Concilio (LG 58)". El niño, desde su primera infancia, ha de palpar en el hogar que, junto a las personas que ve, hay otra presencia misteriosa en su vida: Dios, de cuyo amor dependen sus padres y él. Si al llegar a la adolescencia decide –como Jesús– ocuparse de las cosas de Dios y esto implica la separación física de sus padres, éstos, como María y José, han de respetar esa decisión aunque, como ellos, no la entiendan.

"¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?". Si hemos concebido nuestra vida como un extender el reinado de Jesucristo, la satisfacción

de los padres consistirá en ver cómo sus hijos se implican en ese proyecto. ¡Cuántos buenos padres han acariciado en lo íntimo de su corazón tener un hijo sacerdote! "Que Nazaret nos enseñe lo que es la familia, decía Pablo VI, su comunión de amor, su austera y sencilla belleza, su carácter sagrado".

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Los padres de Jesús lo encuentran en el templo»

I. LA PALABRA DE DIOS

Si 3, 3-7. 14-17a: «El que teme al Señor, honra a sus padres»

Sal 127, 1-2.3.4-5: «Dichoso el que teme al Señor»

Col 3, 12-21: «La vida de familia vivida en el Señor»

Lc 2, 41-52: «Los padres de Jesús lo encuentran en medio de los hombres»

II. LA FE DE LA IGLESIA

«La comunidad conyugal está establecida sobre el consentimiento de los esposos. El matrimonio y la familia están ordenados al bien de los esposos y a la procreación y educación de los hijos» (2201).

«La familia cristiana constituye una revelación y una actuación específicas de la comunión eclesial; por eso puede y debe decirse Iglesia doméstica. Es una comunidad de fe, esperanza y caridad» (2204).

La familia cristiana es una comunión de personas, reflejo e imagen de la comunión del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo... (2205).

III. TESTIMONIO CRISTIANO

«Para expresar la comunión entre generaciones el Divino Legislador no encontró palabra más apropiada que esta: «Honra..." (Ex 20,12). Estamos ante otro modo de expresar lo que es la familia. La familia es una comunidad de relaciones interpersonales particularmente intensas: entre esposos, entre padres e hijos, entre generaciones; es una comunidad que ha de ser especialmente garantizada. Y Dios no encuentra garantía mejor que ésta: «Honra". «Honra" quiere decir: reconoce, o sea, déjate guiar por el reconocimiento conocido de la persona, de la del padre y la de la madre ante todo y también de la de todos los demás miembros de la familia» (Juan Pablo II, Carta a las familias, 15).

IV. SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

A la familia se refieren las tres lecturas proclamadas. La primera de ellas a la familia en cuanto institución; las otras dos, a la familia cristiana.

El autor del Eclesiástico se fija en la relación del hijo con los padres. Se insinúa implícitamente la corriente de vida que los padres transmiten a los hijos…

El Evangelio da varios datos que configuran la familia cristiana. Comunión en el amor («Te buscábamos angustiados»). Unidos en la prueba (desandan el camino para la búsqueda del Niño). Cumplimiento del deber religioso (el hecho de subir a celebrar la Pascua y las palabras de Cristo «no sabíais que debo ocuparme en las cosas de mi Padre») y escuela de realización personal («Jesús iba creciendo en sabiduría y gracia ante Dios y ante los hombres»).

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

Los misterios de la vida oculta de Jesús: 531-534.

La respuesta:

La familia cristiana: 2201-2206.

El cuarto mandamiento: 2251-2253.

C. Otras sugerencias

La actual cultura plantea grandes desafíos a la familia. El amor esponsal se desnaturaliza por la enorme fuerza del hedonismo y el amor libre. Se hace necesaria una educación para un amor paciente, abnegado, comprensivo.

El cristiano está llamado a defender y actualizar la familia cristiana conforme a la Doctrina Social de la Iglesia.

Muchas familias existen hoy víctimas de pobreza y marginación que tienen que emigrar de su país y no encuentran protección en el país que las recibe. Como emigró a Egipto la familia de Nazaret.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO C)

La familia de Nazaret

— Jesús quiso comenzar la Redención del mundo enraizado en una familia

I. *Cuando cumplieron todas las cosas mandadas en la Ley del Señor regresaron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y fortaleciéndose lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él.*

El Mesías quiso comenzar su tarea redentora en el seno de una familia sencilla, normal. Lo primero que santificó Jesús con su presencia fue un hogar. Nada ocurre de extraordinario en estos años de Nazaret, donde Jesús pasa la mayor parte de su vida.

José era el cabeza de familia; como padre legal, él era quien sostenía a Jesús y a María con su trabajo. Es él quien recibe el mensaje del nombre que ha de poner al Niño: *Le pondrás por nombre Jesús*; y los que tienen como fin la protección del Hijo: *Levántate, toma al Niño y huye a Egipto*. Levántate, toma al Niño y vuelve a la patria. No vayas a Belén, sino a Nazaret. De él aprendió Jesús su propio oficio, el medio de ganarse la vida. Jesús le manifestaría muchas veces su admiración y su cariño.

De María, Jesús aprendió formas de hablar, dichos populares llenos de sabiduría, que más tarde empleará en su predicación. Vio cómo Ella guardaba un poco de masa de un día para otro, para que se hiciera levadura; le echaba agua y la mezclaba con la nueva masa, dejándola fermentar bien arropada con un paño limpio. Cuando la Madre remendaba la ropa, el Niño la observaba. Si un vestido tenía una rasgadura buscaba Ella un pedazo de paño que se acomodase al remiendo. Jesús, con la curiosidad propia de los niños, le preguntaba por qué no empleaba una tela nueva; la Virgen le explicaba que los retazos nuevos cuando se mojan tiran del paño anterior y lo rasgan; por eso había que hacer el remiendo con un paño viejo… Los vestidos mejores, los de fiesta, solían guardarse en un arca. María ponía gran cuidado en meter también determinadas plantas olorosas para evitar que la polilla los destrozara. Años más tarde, esos sucesos aparecerán en la predicación de Jesús. No podemos olvidar esta enseñanza fundamental para nuestra vida corriente: *la casi totalidad de los días que Nuestra Señora pasó en la tierra transcurrieron de una manera muy parecida a las jornadas de otros millones de mujeres, ocupadas en cuidar de su familia, en educar a sus hijos, en sacar adelante las tareas del hogar. María santifica lo más menudo, lo que muchos consideran erróneamente como intrascendente y sin valor: el trabajo de cada día, los detalles de atención hacia las personas queridas, las conversaciones y las visitas con motivo de parentesco o de amistad. ¡Bendita normalidad, que puede estar llena de tanto amor a Dios!*.

Entre José y María había cariño santo, espíritu de servicio, comprensión y deseos de hacerse la vida feliz mutuamente. Así es la familia de Jesús: sagrada, santa, ejemplar, modelo de virtudes humanas, dispuesta a cumplir con exactitud la voluntad de Dios. El hogar cristiano debe ser imitación del de Nazaret: un lugar donde quepa Dios y pueda estar en el centro del amor que todos se tienen ¿Es así nuestro hogar? ¿Le dedicamos el tiempo y la atención que merece? ¿Es Jesús el centro? ¿Nos desvivimos por los demás? Son preguntas que pueden ser oportunas en nuestra oración de hoy, mientras contemplamos a Jesús, a María y a José en la fiesta que les dedica la Iglesia.

— La misión de los padres. Ejemplo de María y de José

En la familia, «los padres deben ser para sus hijos los primeros educadores de la fe, mediante la Palabra y el ejemplo». Esto se cumplió de manera singularísima en el caso de la Sagrada Familia. Jesús aprendió de sus padres el significado de las cosas que le rodeaban.

La Sagrada Familia recitaría con devoción las oraciones tradicionales que se rezaban en todos los hogares israelitas, pero en aquella casa todo lo que se refería a Dios particularmente tenía un sentido y un contenido nuevo. ¡Con qué prontitud, fervor y recogimiento repetiría Jesús los versículos de la Sagrada Escritura que los niños hebreos tenían que aprender!. Recitaría muchas veces estas oraciones aprendidas de labios de sus padres.

Al meditar estas escenas, los padres han de considerar con frecuencia las palabras del Papa Pablo VI recordadas por Juan Pablo II: «¿Enseñáis a vuestros niños las oraciones del cristiano? ¿Preparáis, de acuerdo con los sacerdotes, a vuestros hijos para los sacramentos de la primera edad: confesión, comunión, confirmación? ¿Los acostumbráis, si están enfermos, a pensar en Cristo que sufre? ¿A invocar la ayuda de la Virgen y de los santos? ¿Rezáis el Rosario en familia? (...) ¿Sabéis rezar con vuestros hijos, con toda la comunidad doméstica, al menos alguna vez? Vuestro ejemplo en la rectitud del pensamiento y de la acción, apoyado por alguna oración común, vale una lección de vida, vale un acto de culto de mérito singular; lleváis de este modo la paz al interior de los muros domésticos: *Pax huic domui*. Recordad: así edificáis la Iglesia».

Los hogares cristianos, si imitan el que formó la Sagrada Familia de Nazaret, serán «hogares luminosos y alegres», porque cada miembro de la familia se esforzará en primer lugar en su trato con el Señor, y con espíritu de sacrificio procurará una convivencia cada día más amable.

La familia es escuela de virtudes y el lugar ordinario donde hemos de encontrar a Dios. *La fe y la esperanza se han de manifestar en el sosiego con que se enfocan los problemas, pequeños o grandes, que en todos los hogares ocurren, en la ilusión con que se persevera en el cumplimiento del propio deber. La caridad lo llenará así todo, y llevará a compartir las alegrías y los posibles sinsabores; a saber sonreír, olvidándose de las propias preocupaciones para atender a los demás; a escuchar al otro cónyuge o a los hijos, mostrándoles que de verdad se les quiere y comprende; a pasar por alto menudos roces sin importancia que el egoísmo podría convertir en montañas; a poner un gran amor en los pequeños servicios de que está compuesta la convivencia diaria.*

Santificar el hogar día a día, crear, con el cariño, un auténtico ambiente de familia: de eso se trata. Para santificar cada jornada se han de ejercitar muchas virtudes cristianas; las teologales en primer lugar y, luego, todas las otras: la prudencia, la lealtad, la sinceridad, la humildad, el trabajo, la alegría....

Estas virtudes fortalecerán la unidad que la Iglesia nos enseña a pedir: *Tú, que al nacer en una familia fortaleciste los vínculos familiares, haz que las familias vean crecer la unidad.*

Una familia unida a Cristo es un miembro de su Cuerpo místico, y ha sido llamada «iglesia doméstica». Esa comunidad de fe y de amor se ha de manifestar en cada circunstancia, como la Iglesia misma, como testimonio vivo de Cristo. «La familia

cristiana proclama en voz muy alta tanto las presentes virtudes del reino, como la esperanza de la vida bienaventurada». La fidelidad de los esposos a su vocación matrimonial les llevará incluso a pedir la vocación de sus hijos para dedicarse con abnegación al servicio del Señor.

— La Sagrada Familia, ejemplo para todas las familias

En la Sagrada Familia cada hogar cristiano tiene su ejemplo más acabado; en ella, la familia cristiana puede descubrir lo que debe hacer y el modo de comportarse, para la santificación y la plenitud humana de cada uno de sus miembros. «Nazaret es la escuela donde empieza a entenderse la vida de Jesús, es la escuela donde se inicia el conocimiento de su Evangelio. Aquí aprendemos a observar, a escuchar, a meditar, a penetrar en el sentido profundo y misterioso de esta sencilla, humilde y encantadora manifestación del Hijo de Dios entre los hombres. Aquí se aprende incluso quizá de una manera casi insensible, a imitar esta vida».

La familia es la forma básica y más sencilla de la sociedad. Es la principal «escuela de todas las virtudes sociales». Es el semillero de la vida social, pues es en la familia donde se ejercita la obediencia, la preocupación por los demás, el sentido de responsabilidad, la comprensión y ayuda, la coordinación amorosa entre las diversas maneras de ser. Esto se realiza especialmente en las familias numerosas, siempre alabadas por la Iglesia. De hecho, se ha comprobado que la salud de una sociedad se mide por la salud de las familias. De aquí que los ataques directos a la familia (como es el caso de la introducción del divorcio en la legislación) sean ataques directos a la sociedad misma, cuyos resultados no se hacen esperar.

«Que la Virgen María, Madre de la Iglesia, sea también Madre de la "Iglesia doméstica", y, gracias a su ayuda materna, cada familia cristiana pueda llegar a ser verdaderamente una pequeña Iglesia de Cristo. Sea ella, Esclava del Señor, ejemplo de acogida humilde y generosa de la voluntad de Dios; sea ella, Madre Dolorosa a los pies de la Cruz, la que alivie los sufrimientos y enjugue las lágrimas de cuantos sufren por las dificultades de sus familias.

»Que Cristo Señor, Rey del universo, Rey de las familias, esté presente, como en Caná, en cada hogar cristiano para dar luz, alegría, serenidad y fortaleza».

De modo muy especial le pedimos hoy a la Sagrada Familia por cada uno de los miembros de nuestra familia, por el más necesitado.

Rev. D. Joan Ant. MATEO i García (La Fuliola, Lleida, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO C)

Le encontraron en el Templo sentado en medio de los maestros. Estaban estupefactos por su inteligencia

Hoy contemplamos, como continuación del Misterio de la Encarnación, la inserción del Hijo de Dios en la comunidad humana por excelencia, la familia, y la progresiva educación de Jesús por parte de José y María. Como dice el Evangelio, «Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres» (Lc 2,52).

El libro del Siracida, nos recordaba que «el Señor glorifica al padre en los hijos, y afirma el derecho de la madre sobre su prole» (Si 3,2). Jesús tiene doce años y manifiesta la buena educación recibida en el hogar de Nazaret. La sabiduría que muestra evidencia, sin duda, la acción del Espíritu Santo, pero también el innegable buen saber educador de José y María. La zozobra de María y José pone de manifiesto su solicitud educadora y su compañía amorosa hacia Jesús.

No es necesario hacer grandes razonamientos para ver que hoy, más que nunca, es necesario que la familia asuma con fuerza la misión educadora que Dios le ha confiado. Educar es introducir en la realidad, y sólo lo puede hacer aquél que la vive con sentido. Los padres y madres cristianos han de educar desde Cristo, fuente de sentido y de sabiduría.

Difícilmente se puede poner remedio a los déficits de educación del hogar. Todo aquello que no se aprende en casa tampoco se aprende fuera, si no es con gran dificultad. Jesús vivía y aprendía con naturalidad en el hogar de Nazaret las virtudes que José y María ejercían constantemente: espíritu de servicio a Dios y a los hombres, piedad, amor al trabajo bien hecho, solicitud de unos por los otros, delicadeza, respeto, horror al pecado... Los niños, para crecer como cristianos, necesitan testimonios y, si éstos son los padres, esos niños serán afortunados.

Es necesario que todos vayamos hoy a buscar la sabiduría de Cristo para llevarla a nuestras familias. Un antiguo escritor, Orígenes, comentando el Evangelio de hoy, decía que es necesario que aquel que busca a Cristo, lo busque no de manera negligente y con dejadez, como lo hacen algunos que no llegan a encontrarlo. Hay que buscarlo con "inquietud", con un gran afán, como lo buscaban José y María.

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DE FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ (CICLO C)

Una sola familia

«Yo voy a reunir de todas las naciones a mi pueblo, en una sola familia, un solo pueblo santo. Y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios» (Ez 36, 24.28).

Eso dice el Señor.

Una sola familia: la Santa Iglesia Católica, que reúne de entre las naciones a todos los hijos de Dios.

Tú, sacerdote, eres medio de unión, porque tú eres padre, porque tú eres Cristo, y por Él, con Él y en Él eres cabeza, eres centro, haces familia, santificas, alimentas, sanas, reúnes, eres proveedor, eres pastor, eres esposo de la Santa Iglesia Católica, en la que haces de todo el pueblo de Dios, un solo pueblo santo, una sola familia.

Familia, esa es la obra de Dios. Desde un principio hombre y mujer los creó, y procrear y multiplicarse les mandó.

Familia, a través de la que Dios se manifiesta generando vida.

Familia, de la cual hay un solo modelo: la Sagrada Familia.

Unidad en Cristo, unidad en la fe, unidad en la esperanza, unidad en el amor.

Unidad, sacerdote: esa es tu responsabilidad.

Unidad, sacerdote, entre las familias y sus miembros, para establecer en cada familia el Reino de los Cielos, y así cada familia es un solo miembro que forma un solo cuerpo de Cristo, con un mismo espíritu, una sola fe, un solo Dios, una sola Iglesia, de la cual Cristo es cabeza.

Familia que acoge, que perdona, que olvida, que vive en armonía, en la que todos se ayudan, pero que también todos se afectan.

Tú eres, sacerdote, modelo y ejemplo de la segunda persona de la Santísima Trinidad, un solo Dios verdadero, que en tres Personas distintas manifiestan tu heredad.

Familia que adquiere la responsabilidad de educar, de hacer crecer y alimentar, de cuidar, de proteger, de aconsejar, de guiar, de reunir a sus miembros en un solo rebaño y con un solo pastor.

Eres tú, sacerdote, pastor del rebaño de Dios, unión de su pueblo para ser reunido en un solo pueblo santo de Dios.

Familia conformada a la perfección, siguiendo el modelo de la Santísima Trinidad, para ser a imagen y semejanza de Dios, porque Dios es padre y es madre, y Dios es amor.

Eres tú, sacerdote, quien bendice y une a las familias por el sacramento del santo matrimonio entre un hombre y una mujer en plena libertad, por su propia voluntad, que profesan uno a otro su amor, y les mandas: vayan a procrear y multiplíquense para que formen una sola familia, un solo miembro del cuerpo de Cristo. Y unes a las familias en torno a la Santa Iglesia, para ser Una, Santa, Católica y Apostólica.

Eres tú, sacerdote, el responsable de dar ejemplo, de ser un buen padre, de reunir a tus hijos en torno a la Madre.

Lo que une, sacerdote, es el amor.

No hay más definición de familia que Jesús, María y José, la Sagrada Familia de Nazaret.

(*Espada de Dos Filos* I, n. 31)

Santa María, Madre de Dios

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Homilías 2014-2017**
- **BENEDICTO XVI – Todas sus homilías en archivo aparte**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES (La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes)**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Rev. D. Manel VALLS i Serra (Barcelona, España) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DE SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

LA FAMILIARIDAD CON DIOS

Nm 6, 22-27; Ga 4, 4-7; Lc 2, 16-21

La fórmula de bendición del libro de Los Números repite con insistencia la imagen del rostro de Dios. Sin duda alguna el rostro es un símbolo idóneo para hablar de la intimidad entre el creyente y Dios. En la tradición bíblica la contemplación del rostro de Dios se asocia con la intimidad. Solo quienes son fieles al Señor conseguirán ver su rostro, es decir, serán partícipes de la plenitud de su vida divina. Los pastores que nos presenta san Lucas al comienzo de su evangelio interrumpen su tarea como vigilantes del rebaño para

dar cauce al anuncio esperanzador: ha nacido el Salvador. Ellos consiguieron descifrar en la modesta escena del nacimiento de un niño, humilde como ellos, la señal de la fidelidad de Dios que se acuerda favorablemente de su pueblo.

ANTÍFONA DE ENTRADA **Sedulio**

Te aclamamos, santa Madre de Dios, porque has dado a luz al rey que gobierna cielo y tierra por los siglos de los siglos.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, que por la fecunda virginidad de María diste al género humano el don de la salvación eterna, concédenos sentir la intercesión de aquella por quien recibimos al autor de la vida, Jesucristo, Señor nuestro, Él, que vive y reina contigo…

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Invocarán mi nombre y yo los bendeciré.

Del libro de los Números: 6, 22-27

En aquel tiempo, el Señor habló a Moisés y le dijo: "Di a Aarón y a sus hijos: 'De esta manera bendecirán a los israelitas: El Señor te bendiga y te proteja, haga resplandecer su rostro sobre ti y te conceda su favor. Que el Señor te mire con benevolencia y te conceda la paz'.

Así invocarán mi nombre sobre los israelitas y yo los bendeciré".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 66, 2-3. 5. 6 y 8

R/. Ten piedad de nosotros, Señor, y bendícenos.

Ten piedad de nosotros y bendícenos; vuelve, Señor, tus ojos a nosotros. Que conozca la tierra tu bondad y los pueblos tu obra salvadora. **R/.**

Las naciones con júbilo te canten, porque juzgas al mundo con justicia; con equidad tú juzgas a los pueblos y riges en la tierra a las naciones. **R/.**

Que te alaben, Señor, todos los pueblos, que los pueblos te aclamen todos juntos. Que nos bendiga Dios y que le rinda honor el mundo entero. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer.

De la carta del apóstol san Pablo a los gálatas: 4, 4-7

Hermanos: Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estábamos bajo la ley, a fin de hacernos hijos suyos.

Puesto que ya son ustedes hijos, Dios envió a sus corazones el Espíritu de su Hijo, que clama "¡Abbá!, es decir, ¡Padre! Así que ya no eres siervo, sino hijo; y siendo hijo, eres también heredero por voluntad de Dios.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Hb 1, 1-2

R/. Aleluya, aleluya.

En distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros padres, por boca de los profetas. Ahora, en estos tiempos, nos ha hablado por medio de su Hijo. **R/.**

EVANGELIO

Encontraron a María, a José y al niño. Al cumplirse los ocho días, le pusieron por nombre Jesús.

Del santo Evangelio según san Lucas: 2, 16-21

En aquel tiempo, los pastores fueron a toda prisa hacia Belén y encontraron a María, a José y al niño, recostado en el pesebre. Después de verlo, contaron lo que se les había dicho de aquel niño y cuantos los oían, quedaban maravillados. María, por su parte, guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón.

Los pastores se volvieron a sus campos, alabando y glorificando a Dios por todo cuanto habían visto y oído, según lo que se les había anunciado.

Cumplidos los ocho días, circuncidaron al niño y le pusieron el nombre de Jesús, aquel mismo que había dicho el ángel, antes de que el niño fuera concebido. **Palabra del Señor.**

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, que das origen y plenitud a todo bien, concédenos que, al celebrar, llenos de gozo, la solemnidad de la Santa Madre de Dios, así como nos gloriamos de las primicias de su gracia, podamos gozar también de tu plenitud. Por Jesucristo, nuestro Señor.

PREFACIO DE SANTA MARÍA VIRGEN

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Y alabar, bendecir y proclamar tu gloria en la Maternidad de Santa María, siempre virgen. Porque ella concibió a tu Hijo único por obra del Espíritu Santo, y sin perder la gloria de su virginidad, hizo resplandecer sobre el mundo la luz eterna, Jesucristo, Señor nuestro.

Por Él, los ángeles y los arcángeles y todos los coros celestiales, celebran tu gloria, unidos en común alegría. Permítenos asociarnos a sus voces, cantando humildemente tu alabanza: Santo, Santo, Santo…

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Hb 13, 8

Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por todos los siglos.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, que estos sacramentos celestiales que hemos recibido con alegría, sean fuente de vida eterna para nosotros, que nos gloriamos de proclamar a la siempre Virgen María como Madre de tu Hijo y Madre de la Iglesia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DE SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

El Señor te bendiga y te guarde (Nm 6,22-27)

1ª lectura

Esta fórmula de bendición es una de las más antiguas que nos ha conservado la Biblia. Se alude a ella en algunos Salmos (cfr 31,17; 67,2; etc.) y era empleada por los sacerdotes en la liturgia del Templo. Consta de tres peticiones que comienzan con el nombre del Señor. Algunos autores de la antigüedad vieron en la triple invocación un preanuncio de la Santísima Trinidad. Se implora a continuación la protección de la vida, la gracia y la paz; tres dones que resumen las aspiraciones del hombre y que sólo Dios puede otorgar en plenitud.

La Iglesia ha continuado la tradición de bendecir a los fieles dentro de las ceremonias litúrgicas, y muy especialmente al terminar la celebración de la Eucaristía, para implorar sobre ellos el favor divino. Entre las fórmulas que el sacerdote puede utilizar al final de la Misa, el Misal Romano propone este venerable texto.

¡Abbá! Padre (Ga 4,4-7)

2ª lectura

En Cristo, Dios ofrece a todos los hombres la posibilidad de llegar a ser hijos suyos, y a todos envía el Espíritu de su Hijo. «Cualquier hombre que cree (…) ya no pertenece a la ascendencia de su padre carnal, sino a la simiente del Salvador, que se hizo precisamente Hijo del hombre, para que nosotros pudiésemos llegar a ser hijos de Dios» (S. León Magno, *Sermo 6 in Nativitate* 2).

Con la Encarnación en «la plenitud de los tiempos» (v. 4), la historia ha llegado a su momento culminante, ha quedado definitivamente orientada hacia Dios: «Cuando San Pablo habla del nacimiento del Hijo de Dios lo sitúa en "la plenitud de los tiempos". En realidad, el tiempo se ha cumplido por el hecho mismo de que Dios, con la Encarnación,

se ha introducido en la historia del hombre. La eternidad ha entrado en el tiempo: ¿qué "cumplimiento" es mayor que este? ¿Qué otro "cumplimiento" sería posible?» (Juan Pablo II, *Tertio millennio adveniente,* n. 9).

Las palabras «nacido de mujer» (v. 4) subrayan la verdadera Humanidad de Jesús y enseñan el papel de la Virgen María, la Nueva Eva, en la obra de la redención: «"Dios envió a su Hijo" (Ga 4,4), pero para "formarle un cuerpo" (cfr Hb 10,5) quiso la libre cooperación de una criatura. Para eso desde toda la eternidad, Dios escogió para ser la Madre de su Hijo, a una hija de Israel, una joven judía de Nazaret en Galilea, a "una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María" (Lc 1,26-27)» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 488).

Los judíos no utilizaron el vocablo arameo «Abbá» (v. 6) —nombre familiar con que los niños pequeños se dirigían a sus padres— para dirigirse a Dios, tal vez por respeto a la Majestad divina. Jesucristo, de una manera novedosa, lo usó para dirigirse a Dios Padre, mostrando así su especial relación de Hijo y su confianza y entrega a la voluntad de su Padre (cfr Mc 14,36). San Pablo se hace eco de la tradición y enseña que es el Espíritu de Jesús, el Espíritu Santo, quien permite reconocernos hijos de Dios (cfr Rm 8,16-17): el cristiano es así hijo en el Hijo por el Espíritu Santo. *Si tenemos relación asidua con el Espíritu Santo, nos haremos también nosotros espirituales, nos sentiremos hermanos de Cristo e hijos de Dios, a quien no dudaremos en invocar como a Padre que es nuestro* (San Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 136).

Le pusieron por nombre Jesús (Lc 2,16-21)

Evangelio

Dice el evangelista que los pastores fueron deprisa (v. 16) a Belén, porque como recuerda San Ambrosio «nadie busca a Cristo perezosamente» (*Expositio Evangelii secundum Lucam*, ad loc). Ya antes se había dicho que, tras la Anunciación, Nuestra Señora, había ido deprisa (1,39) a visitar a Santa Isabel. El alma que ha dado entrada a Dios en su corazón vive con alegría la visita del Señor, y esa alegría da alas a su corazón.

En el Antiguo Testamento la circuncisión era el rito por el que un varón entraba a formar parte del pueblo elegido. Dios la había ordenado a Abrahán como señal de la Alianza con él y sus descendientes (Gn 17,10-14). Incluía la operación sobre el cuerpo, unas bendiciones y la imposición del nombre. Como otras veces (cfr. Lc 2,22-24.41), José y María cumplieron sus obligaciones legales, como las demás familias israelitas. Con este acto se señala la inserción de Jesús en su pueblo. En el Concilio de Jerusalén, hacia el año 49, los Apóstoles declararon abolida la necesidad del antiguo rito, que es sustituido ahora por el Bautismo, por el que el cristiano queda incorporado a la Iglesia, nuevo Pueblo de Dios (cfr Hch 15,1-21; cfr también *Catecismo de la Iglesia Católica,* n. 527).

SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DE SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

LA MATERNIDAD DIVINA

Está escrito en el Evangelio que, habiéndose anunciado a Cristo que su madre y hermanos, es decir, sus parientes según la carne, le estaban esperando fuera, porque no podían llegarse a Él a causa de la muchedumbre, Jesús respondió: *¿Quién es mi madre o quiénes son mis hermanos?* Y, extendiendo la mano sobre sus discípulos, dijo: *Estos son mis hermanos,* y *todo el que hiciere la voluntad de mi Padre será mi hermano, mi madre y mi hermana*. ¿Qué nos enseña con esto, sino que debemos anteponer el parentesco espiritual a la consanguinidad carnal? Y a que no juzguemos felices a los hombres que están unidos por vínculos de sangre a varones justos y santos, sino a los que se unen a éstos por la obediencia e imitación de su doctrina y costumbres. La Virgen María fue más dichosa recibiendo la fe de Cristo que concibiendo la carne de Cristo. Pues al que le dijo: *Bienaventurado el seno que te llevó,* respondió Jesús: *Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la practican*. Finalmente, a sus hermanos, es decir, a los familiares según la carne, que no creyeron en él, ¿qué les aprovechó su parentesco? Tampoco hubiera aprovechado nada el parentesco material a María si no hubiera sido más feliz por llevar a Cristo en su corazón que en su carne.

MARÍA, VIRGEN POR UNA LIBRE ELECCIÓN DE AMOR

Su virginidad es también más grata y bienamable porque Cristo no la apartó, una vez concebido, de la posible violación del varón para conservarla, sino que antes de ser concebido la eligió para nacer de ella cuando ya la tenía consagrada a Dios. Así lo indican las palabras que María respondió al ángel que le anunciaba su concepción: *¿Cómo se podrá hacer esto —dijo—, si no conozco varón?* Y ciertamente no lo hubiera dicho si antes no tuviera consagrada su virginidad a Dios. Más como las costumbres de los israelitas rechazaban todavía esto, fue desposada con un varón justo, que, lejos de ajarla violentamente, había de custodiar contra toda violencia su voto. Y aunque solamente hubiera dicho: Y *cómo podrá hacerse esto,* sin añadir *porque no conozco varón,* estaría igualmente claro, pues ciertamente no iba a preguntar cómo una mujer había de dar a luz a un hijo prometido si es que se hubiera casado con la intención de usar del matrimonio. Pudo también haber recibido orden de permanecer virgen para que el Hijo de Dios tomase en ella la forma de siervo por un apropiado milagro. Pero consagró su virginidad a Dios aun antes de saber que había de concebir, para servir de ejemplo a las futuras santas vírgenes y para que no estimaran que sólo debía permanecer virgen la que hubiera merecido concebir sin el carnal concúbito. Imitó así la vida celeste en el cuerpo mortal por medio del voto y sin estar obligada; lo hizo por elección de amor y no por obligación de servidumbre. Por ello, Cristo al nacer de una virgen prefirió aprobar a imponer la santa virginidad en una virgen que, aun antes de saber quién había de nacer de ella, había ya determinado permanecer virgen. Y así quiso que fuese libre la virginidad hasta en la mujer en la que Él tomó forma de siervo.

Por lo cual solamente esta mujer es madre y virgen, no sólo en el espíritu, sino también en el cuerpo. No es madre según el espíritu de nuestra Cabeza, el Salvador, de quien más bien es espiritualmente hija, porque también ella está entre los que creyeron en él y que son llamados con razón hijos del esposo; pero ciertamente es madre de sus miembros, que somos nosotros, porque cooperó con su caridad para que nacieran en la Iglesia los fieles, miembros de aquella Cabeza de la que es efectivamente madre según el cuerpo. Convenía que nuestra cabeza por extraordinario milagro naciera, según la carne, de una virgen, para significarnos que sus miembros habían de nacer según el espíritu de la Iglesia virgen. Solamente María es, por tanto, madre y virgen según el cuerpo y según el espíritu: madre de Cristo y virgen también de Cristo. Más la Iglesia, en los santos que han de poseer el reino de Dios, es, según, el espíritu, toda ella madre y toda ella virgen de Cristo; pero no es toda ella según el cuerpo, pues en algunos miembros es virgen de Cristo y en otros es madre, pero no de Cristo. Son también espirituales madres de Cristo las mujeres fieles casadas y las vírgenes consagradas a Dios, porque cumplen la voluntad del Padre con sus santas costumbres, con la caridad de corazón puro, conciencia recta y auténtica fe. Las que en la vida conyugal engendran corporalmente, dan a luz a Adán y no a Cristo; y como saben qué es lo que han alumbrado, se apresuran a hacer miembro de Cristo el fruto de su seno, purificándolo con los sacramentos.

Tratados morales. Sobre la santa virginidad III, 3. IV,4. VI, 6. **O.C. XII, BAC Madrid 1973, 125-27.128-29**

***

Perpetua virginidad de María

A los padres

Todavía estaba él platicando al pueblo, y su madre y sus hermanos estaban fuera y le querían hablar. Por lo que uno dijo: *"Mira que tu madre y hermanos están ahí fuera preguntando por ti"*. Pero él, respondiendo al que se lo decía., replicó: *"¿Quién es mi madre y quiénes mis hermanos?"* Y mostrando con las manos a sus discípulos: *"Estos, dijo, son mi madre y mis hermanos. Pues cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre"*. Esto hubiese yo gustado fuera el tema de la plática; mas, no habiendo querido pasar en silencio sobre lo anterior, me parece consumí ya buena parte del espacio disponible. En esto que ha poco propuse, hay muchos pliegues y nudos dificultosos; v. gr.: cómo nuestro Señor Jesucristo menospreció piadosamente a su Madre, no siendo ella una madre cualquiera, sino una tal madre, virgen y madre, a la que otorgó la fecundidad sin mengua de su entereza; virgen que concibe como madre y da a luz y queda virgen, y virgen que permanece perpetuamente. El menospreció a una tal madre para que no se mezclara el afecto materno en la obra que tenía entre manos y la impidiese. ¿Qué estaba él haciendo? Les estaba hablando a los pueblos, destruyendo los hombres viejos, edificando los nuevos, librando las almas, soltando a los atados, iluminando las mentes ciegas; estaba, en fin,

haciendo una cosa buena, y en ella ponía todo el calor de su obra y de su palabra. Estando en esto, se le anunció el afecto carnal. Oísteis ya su respuesta, ¿para qué voy a repetirla? Óiganla las madres para no estorbar con su afecto carnal las buenas obras de sus hijos; porque, si los estorban en ello y en sus obras se entrometen, serán menospreciadas por los hijos. Me atrevo a decir que no hacerles caso será en los hijos piedad. Si ocupado el hijo en la buena obra viene su madre a estorbársela, ¿tendrá razón de lamentarse, casada o viuda que sea, habiéndolo sido la Virgen María? Pero me dirá: ¿Dónde vas a comparar con Cristo al hijo mío? Ni le comparo a él con Cristo ni a ti con María. No desaprobó nuestro Señor Jesucristo el afecto maternal, pero nos dio un alto ejemplo de posponer a la madre cuando se atraviesa en la obra de Dios. Era doctor enseñando y posponiendo, y se digno desdeñar a la suya para enseñarnos el desapego hacia los padres estando de por medio el servicio de Dios.

Cristo y los dos sexos

Cristo, que pudo existir sin padre, ¿no pudo existir sin madre? Si convenía, o más bien porque convenía se hiciera hombre por el hombre el Hacedor del hombre, traed a la memoria de dónde sacó al hombre primero Hecho fue sin padre ni madre; mas quien tales comienzos pudo dar al linaje humano, ¿no fue poderoso a repararla de modo semejante? ¿Le era tan difícil a la Sabiduría, al Verbo de Dios, a la Virtud de Dios, al Hijo Unigénito de Dios, hacer el hombre que había de adaptar a sí de donde hubiese querido? Los ángeles se mostraron hombres a los hombres. Abrahán los alimentó, como a hombres les convidó y, a más de verlos, los tocó, pues les lavó los pies. ¿Por ventura todo aquello lo hicieron los ángeles bien como fantasmas de magia? Luego si pudieron los ángeles, cuando les plugo, tomar forma humana, ¿no podría el Señor de los ángeles hacer de lo que gustara el hombre verdadero que había de tomar? No quiso tener padre en cuanto hombre, para no venir a los hombres por medio de concupiscencia carnal; pero quiso tener madre, para enseñar a los hombres el piadoso menosprecio. Quiso tomar para sí el sexo masculino, y se dignó honrar el sexo femenino en su Madre; porque también la mujer había pecado, y ella propinó al hombre el veneno; ambos cónyuges fueron engañados por el demonio, y si Cristo hubiese sido varón sin contar con el sexo femenino, perderían las mujeres la esperanza, y más teniendo en cuenta que por la mujer había caído el hombre. Por eso honró a los dos, mostró aprecio a los dos y tomó de los dos. Nació varón de mujer. No perdáis la esperanza. Cristo se ha dignado nacer de mujer; a la salud por Cristo concurren uno y otro sexo: el hombre y la mujer, porque no hay ni hombre ni mujer desde el punto de vista de la fe. Cristo enseñó a menospreciar a los padres y también a quererlos. Entonces amas ordenada y piadosamente a los padres cuando no los antepones a Dios. El que ama a su padre o a su madre más que a mí— son palabras del Señor— no es digno de mí. Estas palabras, así como están, parecen decir que no los ames; pero, si reparas en ellas, verás te dicen que los ames. Pudo haber dicho: El que ame a su padre o a su madre, no es digno de mí; no lo dijo por no hablar contra la ley que había él mismo impuesto, ya que no fue otro quien por Moisés dio el mandamiento que dice: Honra a tu padre y a tu

madre. Ahora, pues, no ha promulgado ley nueva: te encareció aquélla; ni echó al suelo la piedad, sino sólo mostró el orden del amor. El que ama a su padre o a su madre, pero más que a mí. Ámalos, pero no más que a mí. Dios es Dios y el hombre es hombre. Quiérelos a los padres, muéstrate sumiso a los padres, honra a tus padres; pero, si te llama Dios a cosa mejor, para lo cual pueda ser obstáculo el amor a los padres, guarda el orden, no perviertas el orden del amor.

Contra los maniqueos sobre la Madre de Cristo

Y siendo tan verdadera la doctrina de nuestro Señor y Salvador, ¿quién pudiera imaginarse habían los maniqueos de tomar pie de ahí para decir calumniosamente que Cristo no tuvo madre? Ellos, los muy insípidos, saben no haber Cristo tenido madre humana, bien que lo contradiga el Evangelio, luz de la verdad. Ved sus razonamientos. El mismo dice... ¿Qué dice? ¿Quién es mi madre o quiénes son mis hermanos? Niégalo él, y ¿tienes tú osadía de imponerle lo que niega él tener? Él dice: ¿Quién es mi madre o quiénes son mis hermanos?; y tú dices: "Tiene madre." ¡Oh necio y abominable amigo de discusiones!, dime, ¿por dónde sabes tú haber dicho el Señor: ¿Quién es mi madre o quiénes son mis hermanos? Niegas haya Cristo tenido madre e intentas probarlo con las palabras: ¿Quién es mi madre o quiénes son mis hermanos: Y si viniese uno afirmando no haber Cristo dicho tal cosa, ¿por ventura le convencerías? Responde, si puedes, a quien te niegue haya Cristo dicho tal; porque lo mismo que uses para convencerle a él, valdrá para vencerte a ti. ¿Vino, por ventura, Cristo a decirte al oído que sí había dicho eso? Responde, y serás convencido por tus mismos labios. Demuéstranos haber Cristo dicho esas palabras. Vas a decir: Echaré mano del libro, abriré el Evangelio, recitaré las palabras escritas en él. Bien, bien. Pues yo hago lo mismo; voy a echar mano del Evangelio, y con el Evangelio te ataré y te ahogaré. Vamos, abre ya el Evangelio y recita lo que, a tu modo de ver, te favorece. ¿Quién es mi madre? La razón de haberlo dicho la tienes algo más arriba; estando él hablando, fue uno a decirle: tu madre y tus hermanos están afuera. Mas no quiero aún meterte en aprietos; aún no quiero echarte la mano y ahogarte, porque todavía puedes decir que no dijo verdad o dijo mentira quien le dio el aviso; por donde la réplica del Señor: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?, equivale a un mentís. Y ¿a quién hemos de dar fe: al mensajero o a Cristo, que rechaza el anuncio? Óyeme aún otra pregunta. No sueltes el Evangelio, no arrojes el libro; ten por él y da crédito al Evangelio, pues de no dárselo, ya no tienes modo de probar haya el Señor dicho: ¿Quién es mi madre? Y habiendo concedido al Evangelio la autoridad merecida, oye lo que te pregunto. Ha poco te preguntaba por dónde sabías tú que Cristo dijo: ¿Quién es mi madre? ¿Qué sucedió antes? Un correo le dijo: Ahí afuera está tu madre; pero ¿qué había pasado antes? Te ruego que leas...; mas veo tienes reparo en leer... Respondió el Señor y dijo... ¿Quién dijo? No pregunto quién dijo: ¿Quién es mi madre?, porque has de responder que lo dijo el Señor; sino quién dijo: Respondió el Señor... Habrás de contestar: El evangelista. Y el evangelista, ¿dijo verdad o mentira? Fuerza es respondas que dijo verdad o mentira. Respondió el Señor, y le dijo... Esta frase del evangelista, ¿es verdad o

es mentira? Si afirmas que el evangelista mintió al decir: Respondió el Señor..., pregunto yo: ¿Por dónde conoces tú haber dicho el Señor: ¿Quién es mi madre? Si toda la fuerza de tu razonamiento estriba en afirmar que Cristo dijo: ¿Quién es mi madre?, porque lo dice el evangelista, esa fuerza es nula no dando crédito al evangelista. Por donde, si das fe al evangelista —nada vale lo que dices si se la niegas—, lee lo dicho antes por el mismo evangelista.

Prosigue la misma materia

¡Mucho te hago esperar!; Cuánto espacio te tengo en suspenso! Hágalo en provecho tuyo, por que más pronto seas vencido. Atiende, mira, lee. Veo no quieres; saca el libro, yo leeré... todavía estaba él platicando al pueblo... ¿Quién dice esto? El evangelista, al cual, si no le crees, Cristo no ha dicho nada, y si Cristo no ha dicho nada, tampoco dijo: ¿Quién es mi madre?; pero si Cristo dijo: ¿Quién es mi madre?, el evangelista dijo la verdad. Veamos, pues, lo que dijo: todavía estaba él platicando al pueblo, y ved ahí que su madre y sus hermanos estaban fuera y le querían hablar. El mensajero de quien puedes afirmar le dijo mentira, aun no le había dicho nada. Para mientes en lo que anunció y en lo que dice antes el evangelista: Todavía estaba él platicando al pueblo, y ved ahí que su madre y sus hermanos estaban fuera. ¿Quién dice esto? El evangelista, a quien tú crees haber dicho el Señor: ¿Quién es mi madre? Y, de no creerlo todo por igual, el Señor no ha dicho tampoco: ¿Quién es mi madre? Presta crédito, pues, al que dijo haber dicho el Señor: ¿Quién es mi madre?, pero el que refiere que dijo el Señor: ¿Quién es mi madre?, es el mismo que escribió: Todavía estaba él platicando al pueblo, y ved ahí que su madre estaba fuera... ¿se infiere de ahí que negó a su madre? ; Ni por ensoñación. Entiéndelo bien: no negó a su madre; antepuso a su madre lo que estaba haciendo. Lo último es averiguar por qué dijo el Señor: ¿Quién es mi madre?; lo primero es ver que tuvo de quién decirlo. La tuvo, estaba fuera y quería hablarle. Dime: ¿por dónde lo sabes? Lo dijo el evangelista, al cual, si no le doy fe, no puedo afirmar haya dicho el Señor ni lo uno ni lo otro. Luego tuvo madre. Pero ¿qué significa el haber dicho: ¿Quién es mi madre? En lo que yo estoy haciendo, ¿quién es mi madre? Si a uno que se halla en un inminente peligro y tiene padre le dices: "Tu padre te libre", sabiendo no puede su padre hacerlo. ¿No te responderá con sumo respeto a su padre, mas también con suma verdad: "¿Quién es mi padre? Para esto que ahora quiero, para esto que ahora necesito, ¿qué vale mi padre?" En aquello, pues, que Cristo estaba haciendo de soltar a los atados, iluminar las inteligencias, edificar los hombres interiores, fabricarse un templo espiritual, ¿quién era su madre? Si por haber Cristo dicho: ¿Quién es mi madre?, vais a deducir que no tuvo madre, también diréis que los discípulos no tuvieron padre, pues el Señor les dice: No llaméis a nadie vuestro padre sobre la tierra —son palabras del Señor—; no llaméis a nadie vuestro padre sobre la tierra, pues uno solo es vuestro Padre, el cual está en los cielos. Tuvieron padres, mas cuando se ha de ir a la regeneración, búsquese al padre de la regeneración; no se niegue al padre de la generación, pero antepóngasele el padre de la regeneración.

Fundamento de la excelencia de María

Os ruego, hermanos míos, paréis mientes, sobre todo, en lo dicho por el Señor, extendiendo su mano hacia los discípulos: Estos son mi madre y mis hermanos. Y el que hiciere la voluntad de mi Padre, que me ha enviado, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre. ¿Por ventura no hizo la voluntad del Padre la Virgen María, que dio fe (a las palabras del ángel: *fide credidit*) y por la fe concibió y fue escogida para que, por su medio, naciera entre los hombres nuestra Salud, y fue creada por Cristo antes de nacer Cristo de ella? Hizo, hizo por todo extremo la voluntad del Padre la santa Virgen María, y mayor merecimiento de María es haber sido discípula de Cristo que madre de Cristo. Mayor ventura es haber sido discípula de Cristo que madre de Cristo. María es bienaventurada porque antes de parirle llevó en su seno al Maestro. Mira si no es verdad lo que digo. Pasando el Señor seguido de las turbas y haciendo milagros, una mujer exclama: Bienaventurado el vientre que te llevó; y el Señor, para que la ventura no se pusiera en la carne, responde: Bienaventurados más bien los que oyen la palabra de Dios y la ponen en práctica. María es bienaventurada, porque oyó la palabra de Dios y la puso en práctica; porque más guardó la verdad en la mente que la carne en el vientre. Verdad es Cristo, Carne es Cristo: Verdad en la mente de María, Carne en el vientre de María, y vale más lo que se lleva en la mente que lo que se lleva en el vientre. Santa es María, bienaventurada es María, pero aun es mejor la Iglesia que la Virgen María. ¿Por qué? Porque María es una porción de la Iglesia, un miembro santo, un miembro excelente, un miembro supereminentísimo; mas, al fin, un miembro de todo el cuerpo, y es más el cuerpo que un miembro. La cabeza es el Señor, y todo Cristo es la cabeza y el cuerpo. ¿Qué diré? Tenemos una cabeza divina; tenemos a Dios por cabeza.

Cómo puede ser el cristiano madre de Cristo

Así, pues, hermanos míos, reparad en vosotros mismos. También vosotros sois miembros de Cristo, también vosotros sois el cuerpo de Cristo; y mirad en qué modo sois lo que dice: He ahí a mi madre y a mis hermanos. ¿Cómo seréis madre de Cristo? Cualquiera que oye y cualquiera que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre. Comprendo diga hermanos y hermanas, porque una es la herencia por la misericordia de Cristo, que, siendo único, no quiso ser solo, antes le plugo fuésemos herederos del Padre y coherederos suyos, herencia tal que, no por ser muchos los herederos, puede achicarse. Comprendo, pues, seamos nosotros hermanos de Cristo, y que las hermanas sean las mujeres santas y fieles; pero ¿cómo entender seamos también madres de Cristo? Nos ha llamado a todos hermanos y hermanas de Cristo, y ¿no me atreveré yo a llamarnos madres de Cristo? Sí, por cierto. Pero ¿cómo, aun habiéndoos llamado a todos hermanos de Cristo, me atreveré a llamaros madres de Cristo? Pues aun me atrevo menos a negar lo que dijo Cristo. Ea, carísimos, entended cómo la Iglesia, que es cosa averiguada ser esposa de Cristo, es también madre de Cristo. La Virgen María la precedió figurativamente. ¿Por qué, decidme, María es madre de Cristo, sino por haber dado a luz los miembros de Cristo? Vosotros, a quienes estoy hablando, sois los miembros de Cristo. ¿Quién os dio a luz? Escucho la voz de

vuestro corazón: la madre Iglesia. Esta santa y honrada madre, por modo semejante al de María, da a luz y es virgen. Que da a luz, lo pruebo por vosotros mismos: habéis nacido de ella; y alumbra también a Cristo, porque vosotros sois miembros de Cristo. He probado su calidad de madre; os demostraré su condición de virgen; no me falta el testimonio divino: no me falta. Adelántate hacia el pueblo, ¡oh bienaventurado Pablo! Sé testigo de mi aserción. Levanta la voz y di lo que yo quiero decir: Os tengo desposados con este único esposo, Cristo, para presentaros a él como una casta virgen. ¿Dónde está esta virginidad? ¿En qué se teme la violación? Os tengo desposados con este único esposo, Cristo, para presentaros a él como una casta virgen; pero temo, dice, que así como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así sean maleados vuestros espíritus y degeneren "de la castidad" que hay en Cristo. Conservad en la mente la virginidad de la mente. La virginidad es la integridad de la fe católica. Donde fue corrompida Eva por la astucia de la serpiente, allí debe ser virgen la Iglesia por don del Omnipotente. Luego dad a luz en la mente a los miembros de Cristo, como la Virgen María alumbró de su vientre a Cristo, y así seréis miembros de Cristo. No es cosa difícil para vosotros, no es cosa sobre vuestras fuerzas, no es cosa de imposible alcance para vosotros. Fuisteis hijos, sed también madres; hijos, cuando fuisteis bautizados; entonces nacisteis en cuanto miembros de Cristo. Llevad al baño del bautismo a los que podáis, para que, así como fuisteis hijos cuando nacisteis por este modo, así, llevando a otros a nacer, seáis también madres de Cristo.

(*Sermón 25: La maternidad de María*, O.C. (VII), BAC Madrid 1983, pp. 111- 123)

FRANCISCO – Homilías 2014 a 2017

IR A ÍNDICE DE SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

Homilía 2014

Madre de Dios es el título principal y esencial de la Virgen María

La primera lectura que hemos escuchado nos propone una vez más las antiguas palabras de bendición que Dios sugirió a Moisés para que las enseñara a Aarón y a sus hijos: «Que el Señor te bendiga y te proteja. Que el Señor haga brillar su rostro sobre ti y te muestre su gracia. Que el Señor te descubra su rostro y te conceda la paz» (*Nm* 6,24-25). Es muy significativo escuchar de nuevo esta bendición precisamente al comienzo del nuevo año: ella acompañará nuestro camino durante el tiempo que ahora nos espera. Son palabras de fuerza, de valor, de esperanza. No de una esperanza ilusoria, basada en frágiles promesas humanas; ni tampoco de una esperanza ingenua, que imagina un futuro mejor sólo porque es futuro. Esta esperanza tiene su razón de ser precisamente en la bendición de Dios, una bendición que contiene el mejor de los deseos, el deseo de la Iglesia para todos nosotros, impregnado de la protección amorosa del Señor, de su ayuda providente.

El deseo contenido en esta bendición se ha realizado plenamente en una mujer, María, por haber sido destinada a ser la Madre de Dios, y se ha cumplido en ella antes que en ninguna otra criatura.

Madre de Dios. Este es el título principal y esencial de la Virgen María. Es una cualidad, un cometido, que la fe del pueblo cristiano siempre ha experimentado, en su tierna y genuina devoción por nuestra madre celestial.

Recordemos aquel gran momento de la historia de la Iglesia antigua, el Concilio de Éfeso, en el que fue definida con autoridad la divina maternidad de la Virgen. La verdad sobre la divina maternidad de María encontró eco en Roma, donde poco después se construyó la Basílica de Santa María «la Mayor», primer santuario mariano de Roma y de todo occidente, y en el cual se venera la imagen de la Madre de Dios —la *Theotokos*— con el título de *Salus populi romani*. Se dice que, durante el Concilio, los habitantes de Éfeso se congregaban a ambos lados de la puerta de la basílica donde se reunían los Obispos, gritando: «¡Madre de Dios!». Los fieles, al pedir que se definiera oficialmente este título mariano, demostraban reconocer ya la divina maternidad. Es la actitud espontánea y sincera de los hijos, que conocen bien a su madre, porque la aman con inmensa ternura. Pero es algo más: es el *sensus fidei* del santo pueblo fiel de Dios, que nunca, en su unidad, nunca se equivoca.

María está desde siempre presente en el corazón, en la devoción y, sobre todo, en el camino de fe del pueblo cristiano. «La Iglesia… camina en el tiempo… Pero en este camino —deseo destacarlo enseguida— procede recorriendo de nuevo el itinerario realizado por la Virgen María» (Juan Pablo II, Enc. *Redemptoris Mater*, 2). Nuestro itinerario de fe es igual al de María, y por eso la sentimos particularmente cercana a nosotros. Por lo que respecta a la fe, que es el quicio de la vida cristiana, la Madre de Dios ha compartido nuestra condición, ha debido caminar por los mismos caminos que recorremos nosotros, a veces difíciles y oscuros, ha debido avanzar en «la peregrinación de la fe» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. *Lumen gentium*, 58).

Nuestro camino de fe está unido de manera indisoluble a María desde el momento en que Jesús, muriendo en la cruz, nos la ha dado como Madre diciendo: «He ahí a tu madre» (*Jn* 19,27). Estas palabras tienen un valor de testamento y dan al mundo una Madre. Desde ese momento, la Madre de Dios se ha convertido también en nuestra Madre. En aquella hora en la que la fe de los discípulos se agrietaba por tantas dificultades e incertidumbres, Jesús les confió a aquella que fue la primera en creer, y cuya fe no decaería jamás. Y la «mujer» se convierte en nuestra Madre en el momento en el que pierde al Hijo divino. Y su corazón herido se ensancha para acoger a todos los hombres, buenos y malos, a todos, y los ama como los amaba Jesús. La mujer que en las bodas de Caná de Galilea había cooperado con su fe a la manifestación de las maravillas de Dios en el mundo, en el Calvario mantiene encendida la llama de la fe en la resurrección de su Hijo, y la comunica con afecto materno a los demás. María se convierte así en fuente de esperanza y de verdadera alegría.

La Madre del Redentor nos precede y continuamente nos confirma en la fe, en la vocación y en la misión. Con su ejemplo de humildad y de disponibilidad a la voluntad de Dios nos ayuda a traducir nuestra fe en un anuncio del Evangelio alegre y sin fronteras. De este modo nuestra misión será fecunda, porque está modelada sobre la maternidad de María. A ella confiamos nuestro itinerario de fe, los deseos de nuestro corazón, nuestras necesidades, las del mundo entero, especialmente el hambre y la sed de justicia y de paz y de Dios; y la invocamos todos juntos, y os invito a invocarla tres veces, imitando a aquellos hermanos de Éfeso, diciéndole: ¡Madre de Dios! ¡Madre de Dios! ¡Madre de Dios! ¡Madre de Dios! Amén.

***

Homilía 2015

María Madre de Dios, Madre de la Iglesia, Madre de todos los hombres

Vuelven hoy a la mente las palabras con las que Isabel pronunció su bendición sobre la Virgen Santa: "¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?" (Lc 1, 42-43).

Esta bendición está en continuidad con la bendición sacerdotal que Dios había sugerido a Moisés para que la transmitiese a Aarón y a todo el pueblo: "El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor te muestre su rostro y te conceda la paz" (Nm 6, 24-26). Con la celebración de la solemnidad de María, la Santa Madre de Dios, la Iglesia nos recuerda que María es la primera destinataria de esta bendición. Se cumple en ella, pues ninguna otra criatura ha visto brillar sobre ella el rostro de Dios como María, que dio un rostro humano al Verbo eterno, para que todos lo puedan contemplar.

Además de contemplar el rostro de Dios, también podemos alabarlo y glorificarlo como los pastores, que volvieron de Belén con un canto de acción de gracias después de ver al niño y a su joven madre (cf. Lc 2, 16). Ambos estaban juntos, como lo estuvieron en el Calvario, porque Cristo y su Madre son inseparables: entre ellos hay una estrecha relación, como la hay entre cada niño y su madre. La carne de Cristo, que es el eje de la salvación (Tertuliano), se ha tejido en el vientre de María (cf. Sal 139, 13). Esa inseparabilidad encuentra también su expresión en el hecho de que María, elegida para ser la Madre del Redentor, ha compartido íntimamente toda su misión, permaneciendo junto a su hijo hasta el final, en el Calvario.

María está tan unida a Jesús porque él le ha dado el conocimiento del corazón, el conocimiento de la fe, alimentada por la experiencia materna y el vínculo íntimo con su Hijo. La Santísima Virgen es la mujer de fe que dejó entrar a Dios en su corazón, en sus proyectos; es la creyente capaz de percibir en el don del Hijo el advenimiento de la "plenitud de los tiempos" (Ga 4, 4), en el que Dios, eligiendo la vía humilde de la existencia humana, entró personalmente en el surco de la historia de la salvación. Por eso no se puede entender a Jesús sin su Madre.

Cristo y la Iglesia son igualmente inseparables, porque la Iglesia y María están siempre unidas y éste es precisamente el misterio de la mujer en la comunidad eclesial, y no se puede entender la salvación realizada por Jesús sin considerar la maternidad de la Iglesia. Separar a Jesús de la Iglesia sería introducir una "dicotomía absurda", como escribió el beato Pablo VI (cf. Exhort. ap. N. *Evangelii nuntiandi*, 16). No se puede "amar a Cristo, pero sin la Iglesia, escuchar a Cristo pero no a la Iglesia, estar en Cristo pero al margen de la Iglesia" (ibíd.). En efecto, la Iglesia, la gran familia de Dios, es la que nos lleva a Cristo. Nuestra fe no es una idea abstracta o una filosofía, sino la relación vital y plena con una persona: Jesucristo, el Hijo único de Dios que se hizo hombre, murió y resucitó para salvarnos y vive entre nosotros. ¿Dónde lo podemos encontrar? Lo encontramos en la Iglesia, en nuestra Santa Madre Iglesia Jerárquica. Es la Iglesia la que dice hoy: "Este es el Cordero de Dios"; es la Iglesia quien lo anuncia; es en la Iglesia donde Jesús sigue haciendo sus gestos de gracia que son los sacramentos.

Esta acción y la misión de la Iglesia expresa su maternidad. Ella es como una madre que custodia a Jesús con ternura y lo da a todos con alegría y generosidad. Ninguna manifestación de Cristo, ni siquiera la más mística, puede separarse de la carne y la sangre de la Iglesia, de la concreción histórica del Cuerpo de Cristo. Sin la Iglesia, Jesucristo queda reducido a una idea, una moral, un sentimiento. Sin la Iglesia, nuestra relación con Cristo estaría a merced de nuestra imaginación, de nuestras interpretaciones, de nuestro estado de ánimo.

Queridos hermanos y hermanas, Jesucristo es la bendición para todo hombre y para toda la humanidad. La Iglesia, al darnos a Jesús, nos da la plenitud de la bendición del Señor. Esta es precisamente la misión del Pueblo de Dios: irradiar sobre todos los pueblos la bendición de Dios encarnada en Jesucristo. Y María, la primera y perfecta discípula de Jesús, la primera y perfecta creyente, modelo de la Iglesia en camino, es la que abre esta vía de la maternidad de la Iglesia y sostiene siempre su misión materna dirigida a todos los hombres. Su testimonio materno y discreto camina con la Iglesia desde el principio. Ella, la Madre de Dios, es también Madre de la Iglesia y, a través de la Iglesia, es Madre de todos los hombres y de todos los pueblos.

Que esta madre dulce y premurosa nos obtenga la bendición del Señor para toda la familia humana. De manera especial hoy, Jornada Mundial de la Paz, invocamos su intercesión para que el Señor nos de la paz en nuestros días: paz en nuestros corazones, paz en las familias, paz entre las naciones. Este año, en concreto, el mensaje para la Jornada Mundial de la Paz lleva por título: "No más esclavos, sino hermanos". Todos estamos llamados a ser libres, todos a ser hijos y, cada uno de acuerdo con su responsabilidad, a luchar contra las formas modernas de esclavitud. Desde todo pueblo, cultura y religión, unamos nuestras fuerzas. Que nos guíe y sostenga Aquel que para hacernos a todos hermanos se hizo nuestro servidor.

Miremos a María, contemplemos a la Santa Madre de Dios. Os propongo que juntos la saludemos como hizo aquel pueblo valiente de Éfeso, que gritaba cuando sus pastores

entraban en la Iglesia: "¡Santa Madre de Dios!". Qué bonito saludo para nuestra Madre... Hay una historia que dice, no sé si es verdadera, que algunos de ellos llevaban bastones en sus manos, tal vez para dar a entender a los obispos lo que les podría pasar si no tenían el valor de proclamar a María como "Madre de Dios". Os invito a todos, sin bastones, a poneros en pie y saludarla tres veces con este saludo de la primitiva Iglesia: "¡Santa Madre de Dios!".

***

Homilía 2016

La Madre de Dios nos ofrece la posibilidad de captar el sentido de los acontecimientos

Hemos escuchado las palabras del apóstol Pablo: «Cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer» (*Ga* 4,4).

¿Qué significa el que Jesús naciera en la «*plenitud de los tiempos*»? Si nos fijamos únicamente en el momento histórico, podemos quedarnos pronto defraudados. Roma dominaba con su potencia militar gran parte del mundo conocido. El emperador Augusto había llegado al poder después de haber combatido cinco guerras civiles. También Israel había sido conquistado por el Imperio Romano y el pueblo elegido carecía de libertad. Para los contemporáneos de Jesús, por tanto, esa no era en modo alguno la mejor época. La plenitud de los tiempos no se define desde una perspectiva geopolítica.

Se necesita, pues, otra interpretación, que entienda la plenitud *desde el punto de vista de Dios*. Para la humanidad, la plenitud de los tiempos tiene lugar en el momento en el que Dios establece que ha llegado la hora de cumplir la promesa que había hecho. Por tanto, no es la historia la que decide el nacimiento de Cristo, sino que es más bien *su venida en el mundo la que hace que la historia alcance su plenitud*. Por esta razón, el nacimiento del Hijo de Dios señala el comienzo de una nueva era en la que se cumple la antigua promesa. Como escribe el autor de la Carta a los Hebreos: «En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha ido realizando las edades del mundo. Él es reflejo de su gloria, impronta de su ser. Él sostiene el universo con su palabra poderosa» (1,1-3). La plenitud de los tiempos es, pues, la presencia en nuestra historia del mismo Dios en persona. Ahora podemos ver su gloria que resplandece en la pobreza de un establo, y ser animados y sostenidos por su Verbo que se ha hecho «pequeño» en un niño. Gracias a él, nuestro tiempo encuentra su plenitud. También nuestro tiempo personal alcanzará su plenitud en el encuentro con Jesucristo, el Dios hecho hombre.

Sin embargo, este misterio contrasta siempre con *la dramática experiencia histórica*. Cada día, aunque deseamos vernos sostenidos por los signos de la presencia de Dios, nos encontramos con signos opuestos, negativos, que nos hacen creer que él está ausente. La plenitud de los tiempos parece desmoronarse ante la multitud de formas de

injusticia y de violencia que golpean cada día a la humanidad. A veces nos preguntamos: ¿Cómo es posible que perdure la opresión del hombre contra el hombre, que la arrogancia del más fuerte continúe humillando al más débil, arrinconándolo en los márgenes más miserables de nuestro mundo? ¿Hasta cuándo la maldad humana seguirá sembrando la tierra de violencia y de odio, que provocan tantas víctimas inocentes? ¿Cómo puede ser este un tiempo de plenitud, si ante nuestros ojos muchos hombres, mujeres y niños siguen huyendo de la guerra, del hambre, de la persecución, dispuestos a arriesgar sus vidas con tal de que se respeten sus derechos fundamentales? Un río de miseria, alimentado por el pecado, parece contradecir la plenitud de los tiempos realizada por Cristo. Acordaos, queridos *pueri cantores*, que ésta era la tercera pregunta que ayer me hicisteis: ¿Cómo se explica esto…? También los niños se dan cuenta de esto

Y, sin embargo, este río en crecida nada puede contra *el océano de misericordia* que inunda nuestro mundo. Todos estamos llamados a sumergirnos en este océano, a dejarnos regenerar para vencer la indiferencia que impide la solidaridad y salir de la falsa neutralidad que obstaculiza el compartir. La gracia de Cristo, que lleva a su cumplimiento la esperanza de la salvación, nos empuja a cooperar con él en la construcción de un mundo más justo y fraterno, en el que todas las personas y todas las criaturas puedan vivir en paz, en la armonía de la creación originaria de Dios.

Al comienzo de un nuevo año, la Iglesia nos hace contemplar la Maternidad de María como icono de la paz. La promesa antigua se cumple en su persona. Ella ha creído en las palabras del ángel, ha concebido al Hijo, se ha convertido en la Madre del Señor. A través de ella, a través de su «sí», ha llegado la plenitud de los tiempos. El Evangelio que hemos escuchado dice: «Conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón» (*Lc* 2,19). Ella se nos presenta como un vaso siempre rebosante de la memoria de Jesús, Sede de la Sabiduría, al que podemos acudir para saber interpretar coherentemente su enseñanza. Hoy nos ofrece la posibilidad de captar el sentido de los acontecimientos que nos afectan a nosotros personalmente, a nuestras familias, a nuestros países y al mundo entero. Donde no puede llegar la razón de los filósofos ni los acuerdos de la política, allí llega la fuerza de la fe que lleva la gracia del Evangelio de Cristo, y que siempre es capaz de abrir nuevos caminos a la razón y a los acuerdos.

Bienaventurada eres tú, María, porque has dado al mundo al Hijo de Dios; pero todavía más dichosa por haber creído en él. Llena de fe, has concebido a Jesús antes en tu corazón que, en tu seno, para hacerte Madre de todos los creyentes (cf. San Agustín, *Sermón* 215, 4). Madre, derrama sobre nosotros tu bendición en este día consagrado a ti; muéstranos el rostro de tu Hijo Jesús, que trae a todo el mundo misericordia y paz. Amén.

***

Homilía 2017

Donde hay madre hay ternura

«Mientras tanto, María conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón» (*Lc* 2, 19). Así Lucas describe la actitud con la que María recibe todo lo que estaban viviendo en esos días. Lejos de querer entender o adueñarse de la situación, María es la mujer que sabe conservar, es decir proteger, *custodiar* en su corazón el paso de Dios en la vida de su Pueblo. Desde sus entrañas aprendió a escuchar el latir del corazón de su Hijo y eso le enseñó, a lo largo de toda su vida, a descubrir el palpitar de Dios en la historia. Aprendió a ser madre y, en ese aprendizaje, le regaló a Jesús la hermosa experiencia de saberse Hijo. En María, el Verbo Eterno no sólo se hizo carne sino que aprendió a reconocer la ternura maternal de Dios. Con María, el Niño-Dios aprendió a escuchar los anhelos, las angustias, los gozos y las esperanzas del Pueblo de la promesa. Con ella se descubrió a sí mismo Hijo del santo Pueblo fiel de Dios.

En los evangelios María aparece como mujer de pocas palabras, sin grandes discursos ni protagonismos pero con una mirada atenta que sabe custodiar la vida y la misión de su Hijo y, por tanto, de todo lo amado por Él. Ha sabido custodiar los albores de la primera comunidad cristiana, y así aprendió a ser madre de una multitud. Ella se ha acercado en las situaciones más diversas para sembrar esperanza. Acompañó las cruces cargadas en el silencio del corazón de sus hijos. Tantas devociones, tantos santuarios y capillas en los lugares más recónditos, tantas imágenes esparcidas por las casas, nos recuerdan esta gran verdad. María, nos dio el calor materno, ese que nos cobija en medio de la dificultad; el calor materno que permite que nada ni nadie apague en el seno de la Iglesia la revolución de la ternura inaugurada por su Hijo. Donde hay madre, hay ternura. Y María con su maternidad nos muestra que la humildad y la ternura no son virtudes de los débiles sino de los fuertes, nos enseña que no es necesario maltratar a otros para sentirse importantes (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 288). Y desde siempre el santo Pueblo fiel de Dios la ha reconocido y saludado como la Santa Madre de Dios.

Celebrar la maternidad de María como Madre de Dios y madre nuestra, al comenzar un nuevo año, significa recordar una certeza que acompañará nuestros días: somos un pueblo con Madre, no somos huérfanos.

Las madres son el antídoto más fuerte ante nuestras tendencias individualistas y egoístas, ante nuestros encierros y apatías. Una sociedad sin madres no sería solamente una sociedad fría sino una sociedad que ha perdido el corazón, que ha perdido el «sabor a hogar». Una sociedad sin madres sería una sociedad sin piedad que ha dejado lugar sólo al cálculo y a la especulación. Porque las madres, incluso en los peores momentos, saben dar testimonio de la ternura, de la entrega incondicional, de la fuerza de la esperanza. He aprendido mucho de esas madres que teniendo a sus hijos presos, o postrados en la cama de un hospital, o sometidos por la esclavitud de la droga, con frio o calor, lluvia o sequía, no se dan por vencidas y siguen peleando para darles a ellos lo mejor. O esas madres que en los campos de refugiados, o incluso en medio de la guerra, logran abrazar y sostener sin desfallecer el sufrimiento de sus hijos. Madres que dejan literalmente la vida para que

ninguno de sus hijos se pierda. Donde está la madre hay unidad, hay pertenencia, pertenencia de hijos.

Comenzar el año haciendo memoria de la bondad de Dios en el rostro maternal de María, en el rostro maternal de la Iglesia, en los rostros de nuestras madres, nos protege de la corrosiva enfermedad de «la orfandad espiritual», esa orfandad que vive el alma cuando se siente sin madre y le falta la ternura de Dios. Esa orfandad que vivimos cuando se nos va apagando el sentido de pertenencia a una familia, a un pueblo, a una tierra, a nuestro Dios. Esa orfandad que gana espacio en el corazón narcisista que sólo sabe mirarse a sí mismo y a los propios intereses y que crece cuando nos olvidamos que la vida ha sido un regalo —que se la debemos a otros— y que estamos invitados a compartirla en esta casa común.

Tal orfandad autorreferencial fue la que llevó a Caín a decir: «¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?» (*Gn* 4,9), como afirmando: él no me pertenece, no lo reconozco. Tal actitud de orfandad espiritual es un cáncer que silenciosamente corroe y degrada el alma. Y así nos vamos degradando ya que, entonces, nadie nos pertenece y no pertenecemos a nadie: degrado la tierra, porque no me pertenece, degrado a los otros, porque no me pertenecen, degrado a Dios porque no le pertenezco, y finalmente termina degradándonos a nosotros mismos porque nos olvidamos quiénes somos, qué «apellido» divino tenemos. La pérdida de los lazos que nos unen, típica de nuestra cultura fragmentada y dividida, hace que crezca ese sentimiento de orfandad y, por tanto, de gran vacío y soledad. La falta de contacto físico (y no virtual) va cauterizando nuestros corazones (cf. Carta enc. *Laudato si'*, 49) haciéndolos perder la capacidad de la ternura y del asombro, de la piedad y de la compasión. La orfandad espiritual nos hace perder la memoria de lo que significa ser hijos, ser nietos, ser padres, ser abuelos, ser amigos, ser creyentes. Nos hace perder la memoria del valor del juego, del canto, de la risa, del descanso, de la gratuidad.

Celebrar la fiesta de la Santa Madre de Dios nos vuelve a dibujar en el rostro la sonrisa de sentirnos pueblo, de sentir que nos pertenecemos; de saber que solamente dentro de una comunidad, de una familia, las personas podemos encontrar «el clima», «el calor» que nos permita aprender a crecer humanamente y no como meros objetos invitados a «consumir y ser consumidos». Celebrar la fiesta de la Santa Madre de Dios nos recuerda que no somos mercancía intercambiable o terminales receptoras de información. Somos hijos, somos familia, somos Pueblo de Dios.

Celebrar a la Santa Madre de Dios nos impulsa a generar y cuidar lugares comunes que nos den sentido de pertenencia, de arraigo, de hacernos sentir en casa dentro de nuestras ciudades, en comunidades que nos unan y nos ayudan (cf. Carta enc. *Laudato si'*, 151).

Jesucristo en el momento de mayor entrega de su vida, en la cruz, no quiso guardarse nada para sí y entregando su vida nos entregó también a su Madre. Le dijo a María: aquí

está tu Hijo, aquí están tus hijos. Y nosotros queremos recibirla en nuestras casas, en nuestras familias, en nuestras comunidades, en nuestros pueblos. Queremos encontrarnos con su mirada maternal. Esa mirada que nos libra de la orfandad; esa mirada que nos recuerda que somos hermanos: que yo te pertenezco, que tú me perteneces, que somos de la misma carne. Esa mirada que nos enseña que tenemos que aprender a cuidar la vida de la misma manera y con la misma ternura con la que ella la ha cuidado: sembrando esperanza, sembrando pertenencia, sembrando fraternidad.

Celebrar a la Santa Madre de Dios nos recuerda que tenemos Madre; no somos huérfanos, tenemos una Madre. Confesemos juntos esta verdad. Y los invito a aclamarla de pie (*todos se alzan*) tres veces como lo hicieron los fieles de Éfeso: Santa Madre de Dios, Santa Madre de Dios, Santa Madre de Dios.

BENEDICTO XVI – Homilías de la fiesta en archivo aparte

HOMILÍAS DE BENEDICTO XVI

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DE SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre

464. El acontecimiento único y totalmente singular de la Encarnación del Hijo de Dios no significa que Jesucristo sea en parte Dios y en parte hombre, ni que sea el resultado de una mezcla confusa entre lo divino y lo humano. Él se hizo verdaderamente hombre sin dejar de ser verdaderamente Dios. Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre. La Iglesia debió defender y aclarar esta verdad de fe durante los primeros siglos frente a unas herejías que la falseaban.

465. Las primeras herejías negaron menos la divinidad de Jesucristo que su humanidad verdadera (docetismo gnóstico). Desde la época apostólica la fe cristiana insistió en la verdadera encarnación del Hijo de Dios, "venido en la carne" (cf. 1 Jn 4, 2-3; 2 Jn 7). Pero desde el siglo III, la Iglesia tuvo que afirmar frente a Pablo de Samosata, en un concilio reunido en Antioquía, que Jesucristo es hijo de Dios por naturaleza y no por adopción. El primer concilio ecuménico de Nicea, en el año 325, confesó en su Credo que el Hijo de Dios es "engendrado, no creado, de la misma substancia ['homoousios'] que el Padre" y condenó a Arrio que afirmaba que "el Hijo de Dios salió de la nada" (DS 130) y que sería "de una substancia distinta de la del Padre" (DS 126).

466. La herejía nestoriana veía en Cristo una persona humana junto a la persona divina del Hijo de Dios. Frente a ella S. Cirilo de Alejandría y el tercer concilio ecuménico reunido en Éfeso, en el año 431, confesaron que "el Verbo, al unirse en su persona a una carne animada por un alma racional, se hizo hombre" (DS 250). La humanidad de Cristo no tiene más sujeto que la persona divina del Hijo de Dios que la ha asumido y hecho suya desde su concepción. Por eso el concilio de Éfeso proclamó en el año 431 que María llegó a ser con toda verdad Madre de Dios mediante la concepción humana del Hijo de Dios en su seno: "Madre de Dios, no porque el Verbo de Dios haya tomado de ella su naturaleza divina, sino porque es de ella, de quien tiene el cuerpo sagrado dotado de un alma racional, unido a la persona del Verbo, de quien se dice que el Verbo nació según la carne" (DS 251).

467. Los monofisitas afirmaban que la naturaleza humana había dejado de existir como tal en Cristo al ser asumida por su persona divina de Hijo de Dios. Enfrentado a esta herejía, el cuarto concilio ecuménico, en Calcedonia, confesó en el año 451:

Siguiendo, pues, a los Santos Padres, enseñamos unánimemente que hay que confesar a un solo y mismo Hijo y Señor nuestro Jesucristo: perfecto en la divinidad, y perfecto en la humanidad; verdaderamente Dios y verdaderamente hombre compuesto de alma racional y cuerpo; consustancial con el Padre según la divinidad, y consustancial con nosotros según la humanidad, `en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado' (Hb 4, 15); nacido del Padre antes de todos los siglos según la divinidad; y por nosotros y por nuestra salvación, nacido en los últimos tiempos de la Virgen María, la Madre de Dios, según la humanidad. Se ha de reconocer a un solo y mismo Cristo Señor, Hijo único en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación. La diferencia de naturalezas de ningún modo queda suprimida por su unión, sino que quedan a salvo las propiedades de cada una de las naturalezas y confluyen en un solo sujeto y en una sola persona (DS 301-302).

468. Después del concilio de Calcedonia, algunos concibieron la naturaleza humana de Cristo como una especie de sujeto personal. Contra éstos, el quinto concilio ecuménico, en Constantinopla el año 553 confesó a propósito de Cristo: "No hay más que una sola hipóstasis [o persona], que es nuestro Señor Jesucristo, uno de la Trinidad" (DS 424). Por tanto, todo en la humanidad de Jesucristo debe ser atribuido a su persona divina como a su propio sujeto (cf. ya Cc. Efeso: DS 255), no solamente los milagros sino también los sufrimientos (cf. DS 424) y la misma muerte: "El que ha sido crucificado en la carne, nuestro Señor Jesucristo, es verdadero Dios, Señor de la gloria y uno de la santísima Trinidad" (DS 432).

469. La Iglesia confiesa así que Jesús es inseparablemente verdadero Dios y verdadero hombre. Él es verdaderamente el Hijo de Dios que se ha hecho hombre, nuestro hermano, y eso sin dejar de ser Dios, nuestro Señor:

"Id quod fuit remansit et quod non fuit assumpsit" ("Permaneció en lo que era y asumió lo que no era"), canta la liturgia romana (LH, antífona de laudes del primero de enero; cf. S. León Magno, serm. 21, 2-3). Y la liturgia de S. Juan Crisóstomo proclama y canta: "Oh Hijo Único y Verbo de Dios, siendo inmortal te has dignado por nuestra salvación encarnarte en la santa Madre de Dios, y siempre Virgen María, sin mutación te has hecho hombre, y has sido crucificado. Oh Cristo Dios, que por tu muerte has aplastado la muerte, que eres Uno de la Santa Trinidad, glorificado con el Padre y el Santo Espíritu, ¡sálvanos!" (Tropario "O monoghenis").

María es la Madre de Dios

495. Llamada en los Evangelios "la Madre de Jesús"(Jn 2, 1; 19, 25; cf. Mt 13, 55, etc.), María es aclamada bajo el impulso del Espíritu como "la madre de mi Señor" desde antes del nacimiento de su hijo (cf Lc 1, 43). En efecto, aquél que ella concibió como hombre, por obra del Espíritu Santo, y que se ha hecho verdaderamente su Hijo según la carne, no es otro que el Hijo eterno del Padre, la segunda persona de la Santísima Trinidad. La Iglesia confiesa que María es verdaderamente Madre de Dios ["Theotokos"] (cf. DS 251).

2677. "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros... "Con Isabel, nos maravillamos y decimos: "¿De dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?" (Lc 1, 43). Porque nos da a Jesús su hijo, María es madre de Dios y madre nuestra; podemos confiarle todos nuestros cuidados y nuestras peticiones: ora para nosotros como oró para sí misma: "Hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 38). Confiándonos a su oración, nos abandonamos con ella en la voluntad de Dios: "Hágase tu voluntad".

"Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte". Pidiendo a María que ruegue por nosotros, nos reconocemos pecadores y nos dirigimos a la "Madre de la Misericordia", a la Virgen Santísima. Nos ponemos en sus manos "ahora", en el hoy de nuestras vidas. Y nuestra confianza se ensancha para entregarle desde ahora, "la hora de nuestra muerte". Que esté presente en esa hora, como estuvo en la muerte en Cruz de su Hijo y que en la hora de nuestro tránsito nos acoja como madre nuestra (cf Jn 19, 27) para conducirnos a su Hijo Jesús, al Paraíso.

Nuestra adopción como hijos de Dios

1. Dios, infinitamente Perfecto y Bienaventurado en sí mismo, en un designio de pura bondad ha creado libremente al hombre para que tenga parte en su vida bienaventurada. Por eso, en todo tiempo y en todo lugar, está cerca del hombre. Le llama y le ayuda a buscarlo, a conocerle y a amarle con todas sus fuerzas. Convoca a todos los hombres, que el pecado dispersó, a la unidad de su familia, la Iglesia. Lo hace mediante su Hijo que envió como Redentor y Salvador al llegar la plenitud de los tiempos. En él y por él, llama a los hombres a ser, en el Espíritu Santo, sus hijos de adopción, y por tanto los herederos de su vida bienaventurada.

52. Dios, que "habita una luz inaccesible" (1 Tm 6,16) quiere comunicar su propia vida divina a los hombres libremente creados por él, para hacer de ellos, en su Hijo único, hijos

adoptivos (cf. Ef 1,4-5). Al revelarse a sí mismo, Dios quiere hacer a los hombres capaces de responderle, de conocerle y de amarle más allá de lo que ellos serían capaces por sus propias fuerzas.

270. Dios es el Padre todopoderoso. Su paternidad y su poder se esclarecen mutuamente. Muestra, en efecto, su omnipotencia paternal por la manera como cuida de nuestras necesidades (cf. Mt 6,32); por la adopción filial que nos da ("Yo seré para vosotros padre, y vosotros seréis para mí hijos e hijas, dice el Señor todopoderoso": 2 Co 6,18); finalmente, por su misericordia infinita, pues muestra su poder en el más alto grado perdonando libremente los pecados.

294. La gloria de Dios consiste en que se realice esta manifestación y esta comunicación de su bondad para las cuales el mundo ha sido creado. Hacer de nosotros "hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia" (Ef 1,5-6): "Porque la gloria de Dios es el hombre vivo, y la vida del hombre es la visión de Dios: si ya la revelación de Dios por la creación procuró la vida a todos los seres que viven en la tierra, cuánto más la manifestación del Padre por el Verbo procurará la vida a los que ven a Dios" (S. Ireneo, haer. 4,20,7). El fin último de la creación es que Dios, "Creador de todos los seres, se hace por fin `todo en todas las cosas' (1 Co 15,28), procurando al mismo tiempo su gloria y nuestra felicidad" (AG 2).

CREO EN JESUCRISTO, HIJO UNICO DE DIOS

La Buena Nueva: Dios ha enviado a su Hijo

422. "Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva" (Ga 4, 4-5). He aquí "la Buena Nueva de Jesucristo, Hijo de Dios" (Mc 1, 1): Dios ha visitado a su pueblo (cf. Lc 1, 68), ha cumplido las promesas hechas a Abraham y a su descendencia (cf. Lc 1, 55); lo ha hecho más allá de toda expectativa: Él ha enviado a su "Hijo amado" (Mc 1, 11).

654. Hay un doble aspecto en el misterio Pascual: por su muerte nos libera del pecado, por su Resurrección nos abre el acceso a una nueva vida. Esta es, en primer lugar, la justificación que nos devuelve a la gracia de Dios (cf. Rm 4, 25) "a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos... así también nosotros vivamos una nueva vida" (Rm 6, 4). Consiste en la victoria sobre la muerte y el pecado y en la nueva participación en la gracia (cf. Ef 2, 4-5; 1 P 1, 3). Realiza la adopción filial porque los hombres se convierten en hermanos de Cristo, como Jesús mismo llama a sus discípulos después de su Resurrección: "Id, avisad a mis hermanos" (Mt 28, 10; Jn 20, 17). Hermanos no por naturaleza, sino por don de la gracia, porque esta filiación adoptiva confiere una participación real en la vida del Hijo único, la que ha revelado plenamente en su Resurrección.

1709. El que cree en Cristo se hace hijo de Dios. Esta adopción filial lo transforma dándole la posibilidad de seguir el ejemplo de Cristo. Le hace capaz de obrar rectamente y de

practicar el bien. En la unión con su Salvador el discípulo alcanza la perfección de la caridad, la santidad. La vida moral, madurada en la gracia, culmina en vida eterna, en la gloria del cielo.

2009. La adopción filial, haciéndonos partícipes por la gracia de la naturaleza divina, puede conferirnos, según la justicia gratuita de Dios, un verdadero mérito. Se trata de un derecho por gracia, el pleno derecho del amor, que nos hace "coherederos" de Cristo y dignos de obtener la "herencia prometida de la vida eterna" (Cc. de Trento: DS 1546). Los méritos de nuestras buenas obras son dones de la bondad divina (cf. Cc. de Trento: DS 1548). "La gracia ha precedido; ahora se da lo que es debido...los méritos son dones de Dios" (S. Agustín, serm. 298,4-5).

Jesús observa la Ley y la perfecciona

Los Misterios de la Infancia de Jesús

527. La Circuncisión de Jesús, al octavo día de su nacimiento (cf. Lc 2, 21) es señal de su inserción en la descendencia de Abraham, en el pueblo de la Alianza, de su sometimiento a la Ley (cf. Ga 4, 4) y de su consagración al culto de Israel en el que participará durante toda su vida. Este signo prefigura "la circuncisión en Cristo" que es el Bautismo (Col 2, 11-13).

I . JESUS Y LA LEY

577. Al comienzo del Sermón de la montaña, Jesús hace una advertencia solemne presentando la Ley dada por Dios en el Sinaí con ocasión de la Primera Alianza, a la luz de la gracia de la Nueva Alianza:

"No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir sino a dar cumplimiento. Sí, os lo aseguro: el cielo y la tierra pasarán antes que pase una i o un ápice de la Ley sin que todo se haya cumplido. Por tanto, el que quebrante uno de estos mandamientos menores, y así lo enseñe a los hombres, será el menor en el Reino de los cielos; en cambio el que los observe y los enseñe, ese será grande en el Reino de los cielos" (Mt 5, 17-19).

578. Jesús, el Mesías de Israel, por lo tanto el más grande en el Reino de los cielos, se debía sujetar a la Ley cumpliéndola en su totalidad hasta en sus menores preceptos, según sus propias palabras. Incluso es el único en poderlo hacer perfectamente (cf. Jn 8, 46). Los judíos, según su propia confesión, jamás han podido cumplir jamás la Ley en su totalidad, sin violar el menor de sus preceptos (cf. Jn 7, 19; Hch 13, 38-41; 15, 10). Por eso, en cada fiesta anual de la Expiación, los hijos de Israel piden perdón a Dios por sus transgresiones de la Ley. En efecto, la Ley constituye un todo y, como recuerda Santiago, "quien observa toda la Ley, pero falta en un solo precepto, se hace reo de todos" (St 2, 10; cf. Ga 3, 10; 5, 3).

579. Este principio de integridad en la observancia de la Ley, no sólo en su letra sino también en su espíritu, era apreciado por los fariseos. Al subrayarlo para Israel, muchos

judíos del tiempo de Jesús fueron conducidos a un celo religioso extremo (cf. Rm 10, 2), el cual, si no quería convertirse en una casuística "hipócrita" (cf. Mt 15, 3-7; Lc 11, 39-54) no podía más que preparar al pueblo a esta intervención inaudita de Dios que será la ejecución perfecta de la Ley por el único Justo en lugar de todos los pecadores (cf. Is 53, 11; Hb 9, 15).

580. El cumplimiento perfecto de la Ley no podía ser sino obra del divino Legislador que nació sometido a la Ley en la persona del Hijo (cf Ga 4, 4). En Jesús la Ley ya no aparece grabada en tablas de piedra sino "en el fondo del corazón" (Jr 31, 33) del Siervo, quien, por "aportar fielmente el derecho" (Is 42, 3), se ha convertido en "la Alianza del pueblo" (Is 42, 6). Jesús cumplió la Ley hasta tomar sobre sí mismo "la maldición de la Ley" (Ga 3, 13) en la que habían incurrido los que no "practican todos los preceptos de la Ley" (Ga 3, 10) porque, ha intervenido su muerte para remisión de las transgresiones de la Primera Alianza" (Hb 9, 15).

581. Jesús fue considerado por los Judíos y sus jefes espirituales como un "rabbi" (cf. Jn 11, 28; 3, 2; Mt 22, 23-24, 34-36). Con frecuencia argumentó en el marco de la interpretación rabínica de la Ley (cf. Mt 12, 5; 9, 12; Mc 2, 23-27; Lc 6, 6-9; Jn 7, 22-23). Pero al mismo tiempo, Jesús no podía menos que chocar con los doctores de la Ley porque no se contentaba con proponer su interpretación entre los suyos, sino que "enseñaba como quien tiene autoridad y no como sus escribas" (Mt 7, 28-29). La misma Palabra de Dios, que resonó en el Sinaí para dar a Moisés la Ley escrita, es la que en él se hace oír de nuevo en el Monte de las Bienaventuranzas (cf. Mt 5, 1). Esa palabra no revoca la Ley sino que la perfecciona aportando de modo divino su interpretación definitiva: "Habéis oído también que se dijo a los antepasados... pero yo os digo" (Mt 5, 33-34). Con esta misma autoridad divina, desaprueba ciertas "tradiciones humanas" (Mc 7, 8) de los fariseos que "anulan la Palabra de Dios" (Mc 7, 13).

582. Yendo más lejos, Jesús da plenitud a la Ley sobre la pureza de los alimentos, tan importante en la vida cotidiana judía, manifestando su sentido "pedagógico" (cf. Ga 3, 24) por medio de una interpretación divina: "Todo lo que de fuera entra en el hombre no puede hacerle impuro... -así declaraba puros todos los alimentos- ... Lo que sale del hombre, eso es lo que hace impuro al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen las intenciones malas" (Mc 7, 18-21). Jesús, al dar con autoridad divina la interpretación definitiva de la Ley, se vio enfrentado a algunos doctores de la Ley que no recibían su interpretación a pesar de estar garantizada por los signos divinos con que la acompañaba (cf. Jn 5, 36; 10, 25. 37-38; 12, 37). Esto ocurre, en particular, respecto al problema del sábado: Jesús recuerda, frecuentemente con argumentos rabínicos (cf. Mt 2,25-27; Jn 7, 22-24), que el descanso del sábado no se quebranta por el servicio de Dios (cf. Mt 12, 5; Nm 28, 9) o al prójimo (cf. Lc 13, 15-16; 14, 3-4) que realizan sus curaciones.

La Ley nueva nos libra da las restricciones de la Ley antigua

580. El cumplimiento perfecto de la Ley no podía ser sino obra del divino Legislador que nació sometido a la Ley en la persona del Hijo (cf Ga 4, 4). En Jesús la Ley ya no aparece grabada en tablas de piedra sino "en el fondo del corazón" (Jr 31, 33) del Siervo, quien, por "aportar fielmente el derecho" (Is 42, 3), se ha convertido en "la Alianza del pueblo" (Is 42, 6). Jesús cumplió la Ley hasta tomar sobre sí mismo "la maldición de la Ley" (Ga 3, 13) en la que habían incurrido los que no "practican todos los preceptos de la Ley" (Ga 3, 10) porque, ha intervenido su muerte para remisión de las transgresiones de la Primera Alianza" (Hb 9, 15).

1972. La Ley nueva es llamada ley de amor, porque hace obrar por el amor que infunde el Espíritu Santo más que por el temor; ley de gracia, porque confiere la fuerza de la gracia para obrar mediante la fe y los sacramentos; ley de libertad (cf St 1,25; 2,12), porque nos libera de las observancias rituales y jurídicas de la Ley antigua, nos inclina a obrar espontáneamente bajo el impulso de la caridad y nos hace pasar de la condición del siervo "que ignora lo que hace su señor", a la de amigo de Cristo, "porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer" (Jn 15,15), o también a la condición de hijo heredero (cf Gál 4,1-7. 21-31; Rm 8,15).

Por medio del Espíritu Santo podemos llamar a Dios "Abba"

CREO EN EL ESPIRITU SANTO

683. "Nadie puede decir: "¡Jesús es Señor!" sino por influjo del Espíritu Santo" (1 Co 12, 3). "Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abbá, Padre!" (Ga 4, 6). Este conocimiento de fe no es posible sino en el Espíritu Santo. Para entrar en contacto con Cristo, es necesario primeramente haber sido atraído por el Espíritu Santo. Él es quien nos precede y despierta en nosotros la fe. Mediante el Bautismo, primer sacramento de la fe, la Vida, que tiene su fuente en el Padre y se nos ofrece por el Hijo, se nos comunica íntima y personalmente por el Espíritu Santo en la Iglesia:

El Bautismo nos da la gracia del nuevo nacimiento en Dios Padre por medio de su Hijo en el Espíritu Santo. Porque los que son portadores del Espíritu de Dios son conducidos al Verbo, es decir al Hijo; pero el Hijo los presenta al Padre, y el Padre les concede la incorruptibilidad. Por tanto, sin el Espíritu no es posible ver al Hijo de Dios, y, sin el Hijo, nadie puede acercarse al Padre, porque el conocimiento del Padre es el Hijo, y el conocimiento del Hijo de Dios se logra por el Espíritu Santo (San Ireneo, dem. 7).

I. LA MISION CONJUNTA DEL HIJO Y DEL ESPIRITU

689. Aquel al que el Padre ha enviado a nuestros corazones, el Espíritu de su Hijo (cf. Ga 4, 6) es realmente Dios. Consubstancial con el Padre y el Hijo, es inseparable de ellos, tanto en la vida íntima de la Trinidad como en su don de amor para el mundo. Pero al adorar a la Santísima Trinidad vivificante, consubstancial e individible, la fe de la Iglesia profesa también la distinción de las Personas. Cuando el Padre envía su Verbo, envía también su aliento: misión conjunta en la que el Hijo y el Espíritu Santo son distintos pero

inseparables. Sin ninguna duda, Cristo es quien se manifiesta, Imagen visible de Dios invisible, pero es el Espíritu Santo quien lo revela.

1695. "Justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios" (1 Co 6,11), "santificados y llamados a ser santos" (1 Co 1,2), los cristianos se convierten en "el templo del Espíritu Santo" (cf 1 Co 6,19). Este "Espíritu del Hijo" les enseña a orar al Padre (cf Gál 4,6) y, haciéndose vida en ellos, les hace obrar (cf Gal 5,25) para dar "los frutos del Espíritu" (Gal 5,22) por la caridad operante. Curando las heridas del pecado, el Espíritu Santo nos renueva interiormente por una transformación espiritual (cf Ef 4,23), nos ilumina y nos fortalece para vivir como "hijos de la luz" (Ef 5,8), "por la bondad, la justicia y la verdad" en todo (Ef 5,9).

2766. Pero Jesús no nos deja una fórmula para repetirla de modo mecánico (cf Mt 6, 7; 1 R 18, 26-29). Como en toda oración vocal, el Espíritu Santo, a través de la Palabra de Dios, enseña a los hijos de Dios a hablar con su Padre. Jesús no sólo nos enseña las palabras de la oración filial, sino que nos da también el Espíritu por el que éstas se hacen en nosotros "espíritu y vida" (Jn 6, 63). Más todavía: la prueba y la posibilidad de nuestra oración filial es que el Padre "ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: '¡Abbá, Padre!'" (Ga 4, 6). Ya que nuestra oración interpreta nuestros deseos ante Dios, es también "el que escruta los corazones", el Padre, quien "conoce cuál es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión en favor de los santos es según Dios" (Rm 8, 27). La oración al Padre se inserta en la misión misteriosa del Hijo y del Espíritu.

"PADRE NUESTRO QUE ESTAS EN EL CIELO"

I. ACERCARSE A EL CON TODA CONFIANZA

2777. En la liturgia romana, se invita a la asamblea eucarística a rezar el Padre Nuestro con una audacia filial; las liturgias orientales usan y desarrollan expresiones análogas: "Atrevernos con toda confianza", "Haznos dignos de". Ante la zarza ardiendo, se le dijo a Moisés: "No te acerques aquí. Quita las sandalias de tus pies" (Ex 3, 5). Este umbral de la santidad divina, sólo lo podía franquear Jesús, el que "después de llevar a cabo la purificación de los pecados" (Hb 1, 3), nos introduce en presencia del Padre: "Hénos aquí, a mí y a los hijos que Dios me dio" (Hb 2, 13):

La conciencia que tenemos de nuestra condición de esclavos nos haría meternos bajo tierra, nuestra condición terrena se desharía en polvo, si la autoridad de nuestro mismo Padre y el Espíritu de su Hijo, no nos empujasen a proferir este grito: 'Abbá, Padre' (Rm 8, 15) ... ¿Cuándo la debilidad de un mortal se atrevería a llamar a Dios Padre suyo, sino solamente cuando lo íntimo del hombre está animado por el Poder de lo alto? (San Pedro Crisólogo, serm. 71).

2778. Este poder del Espíritu que nos introduce en la Oración del Señor se expresa en las liturgias de Oriente y de Occidente con la bella palabra, típicamente cristiana: "parrhesia", simplicidad sin desviación, conciencia filial, seguridad alegre, audacia humilde, certeza de ser amado (cf Ef 3, 12; Hb 3, 6; 4, 16; 10, 19; 1 Jn 2,28; 3, 21; 5, 14).

El nombre de Jesús

“Y EN JESUCRISTO, SU UNICO HIJO, NUESTRO SEÑOR”

I. JESUS

430. Jesús quiere decir en hebreo: “Dios salva”. En el momento de la anunciación, el ángel Gabriel le dio como nombre propio el nombre de Jesús que expresa a la vez su identidad y su misión (cf. Lc 1, 31). Ya que “¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?”(Mc 2, 7), es él quien, en Jesús, su Hijo eterno hecho hombre “salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt 1, 21). En Jesús, Dios recapitula así toda la historia de la salvación en favor de los hombres.

431. En la historia de la salvación, Dios no se ha contentado con librar a Israel de “la casa de servidumbre” (Dt 5, 6) haciéndole salir de Egipto. Él lo salva además de su pecado. Puesto que el pecado es siempre una ofensa hecha a Dios (cf. Sal 51, 6), sólo él es quien puede absolverlo (cf. Sal 51, 12). Por eso es por lo que Israel tomando cada vez más conciencia de la universalidad del pecado, ya no podrá buscar la salvación más que en la invocación del Nombre de Dios Redentor (cf. Sal 79, 9).

432. El nombre de Jesús significa que el Nombre mismo de Dios está presente en la persona de su Hijo (cf. Hch 5, 41; 3 Jn 7) hecho hombre para la redención universal y definitiva de los pecados. Él es el Nombre divino, el único que trae la salvación (cf. Jn 3, 18; Hch 2, 21) y de ahora en adelante puede ser invocado por todos porque se ha unido a todos los hombres por la Encarnación (cf. Rm 10, 6-13) de tal forma que “no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos” (Hch 4, 12; cf. Hch 9, 14; St 2, 7).

433. El Nombre de Dios Salvador era invocado una sola vez al año por el sumo sacerdote para la expiación de los pecados de Israel, cuando había asperjado el propiciatorio del Santo de los Santos con la sangre del sacrificio (cf. Lv 16, 15-16; Si 50, 20; Hb 9, 7). El propiciatorio era el lugar de la presencia de Dios (cf. Ex 25, 22; Lv 16, 2; Nm 7, 89; Hb 9, 5). Cuando San Pablo dice de Jesús que “Dios lo exhibió como instrumento de propiciación por su propia sangre” (Rm 3, 25) significa que en su humanidad “estaba Dios reconciliando al mundo consigo” (2 Co 5, 19).

434. La Resurrección de Jesús glorifica el nombre de Dios Salvador (cf. Jn 12, 28) porque de ahora en adelante, el Nombre de Jesús es el que manifiesta en plenitud el poder soberano del “Nombre que está sobre todo nombre” (Flp 2, 9). Los espíritus malignos temen su Nombre (cf. Hch 16, 16-18; 19, 13-16) y en su nombre los discípulos de Jesús hacen milagros (cf. Mc 16, 17) porque todo lo que piden al Padre en su Nombre, él se lo concede (Jn 15, 16).

435. El Nombre de Jesús está en el corazón de la plegaria cristiana. Todas las oraciones litúrgicas se acaban con la fórmula “Per Dominum Nostrum Jesum Christum...” (“Por Nuestro Señor Jesucristo...”). El “Avemaría” culmina en “y bendito es el fruto de tu

vientre, Jesús". La oración del corazón, en uso en oriente, llamada "oración a Jesús" dice: "Jesucristo, Hijo de Dios, Señor ten piedad de mí, pecador". Numerosos cristianos mueren, como Santa Juana de Arco, teniendo en sus labios una única palabra: "Jesús".

2666. Pero el Nombre que todo lo contiene es aquel que el Hijo de Dios recibe en su encarnación: Jesús. El nombre divino es inefable para los labios humanos (cf Ex 3, 14; 33, 19-23), pero el Verbo de Dios, al asumir nuestra humanidad, nos lo entrega y nosotros podemos invocarlo: "Jesús", "YHVH salva" (cf Mt 1, 21). El Nombre de Jesús contiene todo: Dios y el hombre y toda la Economía de la creación y de la salvación. Decir "Jesús" es invocarlo desde nuestro propio corazón. Su Nombre es el único que contiene la presencia que significa. Jesús es el resucitado, y cualquiera que invoque su Nombre acoge al Hijo de Dios que le amó y se entregó por él (cf Rm 10, 13; Hch 2, 21; 3, 15-16; Ga 2, 20).

2667. Esta invocación de fe bien sencilla ha sido desarrolla da en la tradición de la oración bajo formas diversas en Oriente y en Occidente. La formulación más habitual, transmitida por los espirituales del Sinaí, de Siria y del Monte Athos es la invocación: "Jesús, Cristo, Hijo de Dios, Señor, ¡Ten piedad de nosotros, pecadores!" Conjuga el himno cristológico de Flp 2, 6-11 con la petición del publicano y del mendigo ciego (cf Lc 18,13; Mc 10, 46-52). Mediante ella, el corazón está acorde con la miseria de los hombres y con la misericordia de su Salvador.

2668. La invocación del santo Nombre de Jesús es el camino más sencillo de la oración continua. Repetida con frecuencia por un corazón humildemente atento, no se dispersa en "palabrerías" (Mt 6, 7), sino que "conserva la Palabra y fructifica con perseverancia" (cf Lc 8, 15). Es posible "en todo tiempo" porque no es una ocupación al lado de otra, sino la única ocupación, la de amar a Dios, que anima y transfigura toda acción en Cristo Jesús.

2812. Finalmente, el Nombre de Dios Santo se nos ha revelado y dado, en la carne, en Jesús, como Salvador (cf Mt 1, 21; Lc 1, 31): revelado por lo que él ss, por su Palabra y por su Sacrificio (cf Jn 8, 28; 17, 8; 17, 17-19). Esto es el núcleo de su oración sacerdotal: "Padre santo... por ellos me consagro a mí mismo, para que ellos también sean consagrados en la verdad" (Jn 17, 19). Jesús nos "manifiesta" el Nombre del Padre (Jn 17, 6) porque "santifica" él mismo su Nombre (cf Ez 20, 39; 36, 20-21). Al terminar su Pascua, el Padre le da el Nombre que está sobre todo nombre: Jesús es Señor para gloria de Dios Padre (cf Flp 2, 9-11).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DE SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

Por la fe concibió, por la fe parió

Justamente la Iglesia nos hace celebrar la fiesta de María, Madre de Dios, en la Octava de Navidad. Fue en Navidad, en efecto, el momento en el que «dio a luz a su hijo primogénito» (*Lucas* 2, 7), Y no antes cuando María llegó a ser verdadera y plenamente

Madre de Dios. Madre no es un título como los demás, que se le añade desde el exterior, sin incidir sobre el ser mismo de la persona. Madre se llega a ser pasando a través de una serie de experiencias, que dejan un sello para siempre y modifican no sólo la conformación del cuerpo de la mujer sino también la misma conciencia que ella tiene de sí.

Al hablar de la maternidad divina de María, la Escritura pone de relieve constantemente dos elementos o momentos fundamentales, que corresponden, por lo demás, a aquellos que también la común experiencia humana considera esenciales para que se tenga una verdadera y plena maternidad. Estos son: concebir y parir o dar a luz. «Vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo» (*Lucas* 1, 31). El que ha sido «engendrado» en ella lo es por el Espíritu Santo y ella «dará a luz» un hijo (cfr. *Mateo* 1, 20 s.). La profecía de Isaías, en que todo esto estaba preanunciado, se expresaba del mismo modo: «Una virgen concebirá y dará a luz un hijo» (*Isaías* 7,14). He aquí por qué sólo en Navidad, cuando da a luz a Jesús, María llega a ser, en sentido pleno, Madre de Dios. El primer momento, el de engendrar o concebir, es común bien sea para el padre como para la madre, mientras que el segundo, el parir, es exclusivo de la madre.

¡Madre de Dios! Un título que expresa uno de los misterios y una de las paradojas más altas del cristianismo para la razón. Un título que ha llenado de asombro a la liturgia de la Iglesia. Ésta, haciendo suya la maravilla del antiguo pueblo de la alianza en el momento en que la gloria de Dios vino en una nube a alojarse en el templo (cfr.] *Reyes* 8, 27), exclama: «Lo que los cielos no pueden contener, se ha encerrado en tus vísceras, ¡hecho hombre!» (Antiguo responsorio de Navidad).

Madre de Dios es el más antiguo e importante título dogmático de la Virgen, habiendo sido definido por la Iglesia en el concilio de Éfeso, en el año 431, como una verdad de fe, que han de creer todos los cristianos. Es el fundamento de toda la grandeza de María. Es el principio mismo de la mariología; por eso, en el cristianismo María no es sólo objeto de devoción sino también de teología, esto es, entra en la disertación misma sobre Dios, porque Dios está directamente implicado en la maternidad divina de María. Es asimismo el título más ecuménico que exista, no sólo porque está definido en un concilio Ecuménico sino también porque es el único a ser compartido y acogido indistintamente, al menos en línea de principio, por todas las confesiones cristianas.

En el Nuevo Testamento no localizamos explícitamente el título «Madre de Dios» dado a María. Encontramos, sin embargo, afirmaciones que en la atenta reflexión de la Iglesia bajo la guía del Espíritu Santo mostrarán, de inmediato, contener ya, como *en raíz,* dicha verdad.

De María se dice, como hemos visto, que ha concebido y engendrado a un hijo, el cual es Hijo del Altísimo, santo e Hijo de Dios (cfr. *Lucas* 1,31-32.35). De los Evangelios se deduce, por lo tanto, que María es la madre de un hijo, del que se sabe que es el Hijo de Dios. Ella ordinariamente es llamada en los Evangelios: la madre de Jesús, la madre

del Señor (cfr. *Lucas* 1,43) o simplemente «la madre» y «su madre» (cfr. *Juan* 2, 1-3). Será necesario que la Iglesia en el desarrollo de su fe se aclare a sí misma quién es Jesús, antes de saber quién es su madre María.

Cierto, María no comienza a ser Madre de Dios en el concilio de Éfeso, del año 431, (como Jesús no comienza a ser Dios en el concilio de Nicea del año 325, que 10 definió como tal); ya 10 era también antes. Aquel es, más bien, el momento en el que, en el desarrollar y explicitar su fe, bajo el empuje de la herejía, la Iglesia toma plena conciencia de esta verdad y toma posición al respecto. Acontece como en el descubrimiento de una nueva estrella: esta no nace en el momento en que su luz llega a la tierra y es vista en el observatorio sino que existía ya antes, posiblemente a millones de años luz.

En este proceso, que lleva a la proclamación solemne de María como Madre Dios, podemos distinguir tres grandes fases.

Al comienzo y durante todo el período dominado por la lucha contra la herejía gnóstica y docetista, la maternidad de María viene sólo contemplada casi como una *maternidad física*. Estos herejes negaban que Cristo tuviese un verdadero cuerpo humano o, si lo tenía, que este cuerpo humano fuese nacido de una mujer o, si era nacido de una mujer, que fuese sacado verdaderamente de la carne y de la sangre de ella. Contra ellos, por lo tanto, era necesario afirmar con fuerza que Jesús era hijo de María y «fruto de su seno» (*Lucas* 1,42) y que María era verdadera y natural Madre de Jesús. Algunos de estos herejes, en efecto, admitían que Jesús fuese nacido de María; pero, no que había sido concebido por María, esto es, de su misma carne. Según estos, Cristo era nacido *a través* de la Virgen, no *de la* Virgen, ya que, «introducido desde el cielo en la Virgen vino fuera a modo de paso más que de verdadera generación: a través de ella, no de ella, teniendo en la Virgen no a una madre, sino un camino». Según ellos, comenta Tertuliano, María «no habría llevado en el seno al Hijo como suyo, sino como su huésped».

La maternidad de María, en esta fase más antigua, sirve más que nada para demostrar la verdadera humanidad de Jesús. Fue en este período cuando se formuló el artículo del *Credo:* «Nacido (o encarnado) del Espíritu Santo y de María Virgen» e hizo su aparición, por vez primera, el título de *Theotókos,* Madre de Dios.

Desde ahora en adelante será precisamente el uso de este título el que lleve a la Iglesia al descubrimiento de una maternidad divina más profunda, que podríamos llamar *maternidad metafísica*. Tiene lugar durante la época de las grandes controversias cristológicas del siglo V, cuando el problema central en torno a Jesucristo ya no es el de su verdadera humanidad sino el de la unidad de su persona. La maternidad de María ya no viene vista más sólo en referencia a la naturaleza humana de Cristo sino, como es más justo, en referencia a la única persona del Verbo hecho hombre. Y dado que esta única persona, que engendra María según la carne, no es otra que la persona divina del Hijo, en consecuencia, ella aparece como verdadera «Madre de Dios».

Se aduce, a este respecto, el ejemplo de lo que acontece en toda maternidad humana. Cada madre proporciona al propio hijo el cuerpo y no el alma, que es infundida directamente por Dios. Y ni siquiera hay nadie que llame a la propia madre, «madre de mi cuerpo», sino simplemente «mi madre», madre mía del todo, porque en mí el cuerpo y el alma forman una única naturaleza o realidad. Así, análogamente, María debe ser llamada Madre de Dios, si igualmente ha dado a Jesús sólo la humanidad y no la divinidad, porque en él humanidad y divinidad forman una sola persona.

Entre María y Cristo no existe solamente una relación de orden físico sino también de orden metafísico, y esto la coloca a una altura extraordinaria creando una relación singular asimismo entre ella y el Padre. Con el concilio de Éfeso (431) en los anatematismos o capítulos de Cirilo (contra Nestorio), esto llega a ser una conquista de la Iglesia para siempre:

«Si alguno no confiesa que Dios es según verdad el Emmanuel. y que por eso la santa VIrgen es madre de Dios (pues dio a luz carnalmente al Verbo de Dios hecho carne), esto es. que es la Theotókos, sea anatema» (canon I) (*Enchiridion symbolorum*. *DS*. 252).

Fue un momento de gran júbilo para todo el pueblo de Éfeso, que esperó fuera del aula conciliar a los Padres y les acompañó con teas encendidas y cantos a su residencia. Tal proclamación estableció una explosión de veneración hacia la Madre de Dios, que nunca más fue a menos, ni en Oriente ni en Occidente, y que se tradujo en fiestas litúrgicas, iconos, himnos y en la construcción de innumerables iglesias dedicadas a ella entre las cuales destaca santa María la Mayor de Roma.

Pero incluso esta meta no era definitiva. Había otro nivel a revelar en la maternidad divina de María después del físico y metafísico era su *maternidad espiritual*. Fue esto la gran aportación de los autores latinos y, en particular, de san Agustín. La maternidad de María es contemplada también como una maternidad en la fe, como una maternidad espiritual. Estamos en la epopeya de la fe de María. A propósito de la palabra de Jesús: «¿Quién es mi madre?» (*Marcos* 3, 33), Agustín responde atribuyéndole a María, en grado sumo, la maternidad espiritual que le viene por hacer la voluntad del Padre: «¿Quizás la Virgen María, que creyó por fe, concibió por fe, que fue escogida a fin de que por ella naciese la salvación para los hombres, que fue creada por Cristo, antes que en ella fuese creado Cristo, no hizo la voluntad del Padre? Cierto que santa María hizo la voluntad del Padre y por ello no hay cosa más grande para María que haber sido discípula de Cristo, haber sido Madre de Cristo». «Antes que en su cuerpo, María concibió a Cristo en su corazón».

La maternidad física y la metafísica de María vienen ahora coronadas por el reconocimiento de una maternidad espiritual o de fe, que hace de María la primera y la más santa hija de Dios, la primera y más dócil discípula de Cristo, la criatura de la cual, escribe aún san Agustín, «cuando se habla del pecado, por el honor debido al Señor no se debe ni siquiera hacer mención». La maternidad física o real de María, con la excepcional

y única relación que crea entre ella y Jesús y entre ella y la Trinidad toda entera, es y permanece, desde un punto de vista objetivo, lo más grande y un privilegio inigualable; pero, ella es precisamente tal porque encuentra en la humilde fe de María como la horma de su zapato subjetivo. Para Eva constituía ciertamente un privilegio único ser la «madre de todos los vivientes»; pero, como no tuvo fe, ello para nada le ayudó y más que bienaventurada llegó a ser desventurada.

Nosotros no podemos imitar a María en el concebir a Cristo en su cuerpo; podemos sin embargo y debemos imitarla en concebirlo en el corazón, esto es, en el creer. El *Credo* que ahora estamos invitados a proclamar juntos es el momento más indicado para hacerlo…

***

Hija de su Hijo

Hoy celebra la Iglesia la solemnidad de María Madre de Dios. En la segunda lectura san Pablo expresa así este misterio:

«Cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los que estaban bajo la Ley, para que recibiéramos el ser hijos por adopción».

Con estas palabras la divina maternidad de María viene inmersa en el corazón del misterio cristiano. Nuestra misma adopción como hijos de Dios está unida, como se ve, a ella. Los Padres que en el concilio de Éfeso, de 431, definieron a María como Theotókos, generadora de Dios; no se equivocaban por lo tanto cuando le atribuían a este título una importancia decisiva para todo el pensamiento cristiano. Ello nos habla al mismo tiempo de Jesús, de Dios y de María.

Nos habla, ante todo, de Jesús; y es, más bien, el camino mejor para descubrir el verdadero sentido de la Navidad, de la que hoy se celebra la octava. En el comienzo Madre de Dios fue un título que se refería más a Jesús que a la Virgen. De Jesús, este título nos prueba ante todo que él es verdadero hombre: «¿Por qué decimos que Cristo es hombre, si no es porque es nacido de María que es una criatura humana?», decía Tertuliano. No sólo nos dice que es hombre en cuanto a la esencia, sino también en cuanto a la existencia, porque ha querido compartir del hombre no sólo genéricamente la naturaleza sino también la experiencia. Ha vivido la vicisitud humana en todo su ser concreto.

El aspecto más difícil de admitir de esta imitación del hombre por parte de Cristo fue, al inicio, precisamente ser concebido y nacer por una mujer. A un hereje gnóstico, que se impresionaba ante la idea de un Dios «cuajado en el útero, parido entre dolores, lavado, vendado», le respondía Tertuliano: «Es que Cristo ha amado al hombre y junto con el hombre ha amado también su modo de venir al mundo. Este objeto natural de veneración, que es el nacimiento de un hombre y el dolor de una mujer en el parto, tú lo desprecias; y sin embargo ¿tú cómo has nacido?»

De Jesús, el título de Madre de Dios prueba, en segundo lugar, que es verdadero Dios. Sólo si Jesús es contemplado no como un simple hombre es posible llamar a María «Madre de Dios». De otro modo, se le podría llamar Madre de Jesús o de Cristo; pero, no de Dios. El título «Madre de Dios» es como un espía o un centinela: vela sobre el título «Dios», dado a Jesús, a fin de que no sea vaciado de contenido o agotado. El título «Madre de Dios» no se justifica más y llega a ser, por el contrario, blasfemo, apenas se deja de reconocer en Jesús al Dios hecho hombre.

En fin, de Jesús, el título «Madre de Dios» certifica que él es Dios y hombre en una sola persona. Más bien éste es el fin por el que fue patrocinado por los Padres en el concilio de Éfeso. Este título nos habla de la unidad profunda entre Dios y el hombre realizada en Jesús; de cómo Dios se haya unido al hombre y lo haya incorporado a sí en la unidad más profunda que exista en el mundo, la unidad de la persona. El seno de María –decían los Padres– ha sido el «tálamo» en el que han tenido lugar las nupcias de Dios con la humanidad, el «laboratorio» en el que se realizó la unión de Dios y del hombre.

Si en Jesús humanidad y divinidad hubieren estado unidas –como pensaban los herejes condenados en Éfeso– con una unión sólo moral y no personal, María no podría ser llamada más Madre de Dios, sino sólo Madre de Cristo. «Los Padres –escribe san Cirilo de Alejandría– no dudaron en llamar a la santísima Virgen Madre de Dios, ciertamente no porque la naturaleza del Verbo o la divinidad haya tenido origen a través de ella, sino porque nació de ella el santo cuerpo, dotado de un alma racional, al que el Verbo se ha unido hasta formar con él una sola persona». María es aquella por la que Dios se ha anclado a la tierra y a la humanidad; la que, con su divina y humanísima maternidad, ha hecho para siempre de Dios al Emmanuel, el Dios-con-nosotros. Ha hecho de Cristo a nuestro hermano.

El título «Madre de Dios», más que de Cristo, nos habla de Dios. Ante todo, nos habla de la humildad de Dios. ¡Dios ha querido tener una Madre! Y especular que en el desarrollo del pensamiento humano hemos llegado a un punto en que hay pensadores que encuentran hasta extraño y casi ofensivo para un ser humano el hecho de haber tenido a una madre, porque esto significa depender radicalmente de alguien, no haber sido hecho de por sí, no poder proyectar enteramente la propia existencia por sí solos.

El hombre, desde siempre, busca a Dios en lo alto. Busca construir, con sus esfuerzos ascéticos o intelectuales, una especie de pirámide, pensando que en el vértice de ella encontrará a Dios o su equivalente, que en algunas religiones es la Nada. Y no se da cuenta que Dios ha descendido y ha pasado de un extremo a otro la pirámide; se ha puesto él mismo en la base, para llevar sobre sí a todo ya todos. Dios se hace presente silenciosamente en las entrañas de una mujer.

¡Qué contraste con el dios de los filósofos, qué ducha fría para el orgullo humano y qué invitación a la humildad! Dios desciende en el corazón mismo de la materia, porque madre, mater, proviene de materia, en el sentido más noble del término, que indica

concreción y realidad, o también metro, medida. El Dios, que se hace carne en el seno de una mujer, es el mismo que se hace presente después en el corazón de la materia del mundo y en la Eucaristía. Es una única economía y un único estilo. San Ireneo tiene razón al decir que si no se entiende el nacimiento de Dios desde María no se puede ni siquiera entender la Eucaristía.

Escogiendo esta vía materna para manifestarse a nosotros, Dios ha revelado la dignidad de la mujer en cuanto tal. «Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer», nos ha dicho san Pablo (Gálatas 4, 4). Si él hubiese dicho: «nacido de María» se habría tratado sólo de un detalle biográfico; diciendo «nacido de mujer» ha dado a su afirmación una capacidad universal e inmensa. Es la mujer misma, cada mujer, la que ha estado elevada, en María, a tan increíble excelencia. María es aquí la mujer. Hoy se habla tanto de la promoción de la mujer, que es uno de los signos de los tiempos más bellos y alentadores. Pero, ¡con qué retraso estamos respecto a Dios! Él nos ha precedido a todos, ha conferido a la mujer un honor tal de hacernos enmudecer a todos.

El título «Madre de Dios» nos habla, en fin, naturalmente de María. María es la única en el universo, se puede decir, a la que, dirigida a Jesús, se le dice lo que a él le manifiesta el Padre celestial: «Tú eres mi hijo; yo hoy te he engendrado» (Lucas 3,22). San Ignacio de Antioquía dice con toda sencillez que Jesús es «de Dios y de María». Casi al igual como nosotros decimos de un hombre que es hijo de tal y de cual. Dante Alghieri ha encerrado la doble paradoja de María, que es «Virgen y Madre» y «madre e hija», en un solo verso: «¡Virgen Madre, hija de tu Hijo!»

El título «Madre de Dios» basta por sí solo para fundamentar la grandeza de María y para justificar el honor tributado a ella. Tal vez se nos ha echado en cara a los católicos el exagerar con el honor y con la importancia atribuidos a María; y a veces es necesario reconocer que el reproche era justificado, al menos por el modo con que ello ocurría. Pero, no se piensa nunca en lo que ha hecho Dios. Dios se ha ido de tal manera hacia adelante en honrar a María haciéndola Madre de Dios, que nadie puede expresar ya más, incluso si tuviese –dice el mismo Lutero– tantas lenguas cuantas son las hojas de la hierba: «Llamándola Madre de Dios se ha incluido todo su honor; nadie puede decir de ella o a ella algo más grande incluso si tuviese tantas lenguas cuantas son las hojas de la hierba, las estrellas del cielo y la arena del mar. También nuestro corazón debe reflexionar qué significa ser Madre de Dios».

El título Madre de Dios pone a María en una relación única con cada una de las personas de la Trinidad. San Francisco de Asís, en una oración, lo expresaba así: «Santa María Virgen, no hay ninguna semejante a ti, nacida en el mundo, entre las mujeres, hija del santísimo Señor nuestro Jesucristo, esposa del Espíritu Santo... ruega por nosotros a tu santísimo querido Hijo, Señor y Maestro».

El título de «Madre de Dios» es también hoy el punto de encuentro y la base común para todos los cristianos, del que volver a partir para reencontrar el entendimiento en

tomo al puesto de María en la fe. Es el único título ecuménico, no sólo de derecho, porque está definido en un concilio Ecuménico, sino también de hecho porque está reconocido por todas las Iglesias. Hemos escuchado lo que pensaba Lutero. En otra ocasión, él escribió: «El artículo que afirma que María es Madre de Dios está vigente en la Iglesia desde los inicios y el concilio de Éfeso no lo ha definido como nuevo, porque era ya una verdad sostenida en el Evangelio y en la Sagrada Escritura… Las palabras de Lucas 1, 32 y de Gálatas 4, 4 sostienen con mucha firmeza que María es verdaderamente la Madre de Dios». «Nosotros creemos, enseñamos y confesamos –se lee en una fórmula de fe compuesta después de su muerte– que María es justamente llamada Madre de Dios y lo es verdaderamente».

Madre de Dios, Theotókos, es por lo tanto el título al que necesariamente hay que volver, distinguiéndolo de toda la infinita serie de otros nombres y títulos marianos. Si se tomase esto en serio por todas las Iglesias y valorado de hecho, más que reconocido de derecho en sede dogmática, bastaría para crear una fundamental unidad en tomo a María y ella, más que ocasión de división entre los cristianos, llegaría a ser, después del Espíritu Santo, el más importante factor de unidad ecuménica, la que ayuda maternalmente a «reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos» (cfr. Juan 11,52).

Durante el desarrollo del concilio de Éfeso, hubo un obispo que, durante una homilía, se dirigió a los Padres conciliares con estas palabras: «No le privamos a la Virgen, Madre de Dios, del honor que le confirió el misterio de la Encarnación. ¿No es absurdo, oh queridos, glorificar, junto con los altares de Cristo, a la cruz ignominiosa que le sostiene y hacerla resplandecer en el rostro a la Iglesia, y privar después del honor de ser Madre de Dios a aquella que en vistas a tan gran beneficio amparó a la divinidad?»

Después de haber reflexionado sobre la extraordinaria grandeza que el título «Madre de Dios» le confiere a María, se entiende cómo Dante pueda decir en su estupenda oración a la Virgen:

«Mujer, eres tan grande y tanto vales que cuál vuelo gratifica y a ti no afecta en la distancia, quieres volar sin alas».

Este título está creado para infundirnos confianza en la intercesión de María. El más antiguo texto cristiano en que María viene llamada Madre de Dios (mucho antes que en el concilio de Éfeso) es la oración por excelencia de la confianza en María, el *Sub tuum praesidium*. Con ella queremos concluir nuestra reflexión de hoy: «Bajo tu protección, santa Madre de Dios, nos refugiamos; no desprecies nuestras súplicas a los que nos encontramos en la tribulación, sino que líbranos siempre de todos los peligros, oh Virgen gloriosa y bendita».

***

María meditaba todas estas cosas en su corazón

Hoy, octava de Navidad, celebramos la fiesta de María Santísima Madre de Dios. El Concilio nos ha enseñado a mirar a María como la «figura» de la Iglesia, esto es, su

ejemplar perfecto y su primicia. Pero, ¿puede ser María modelo para la Iglesia también en su título de Madre de Cristo? ¿Podemos nosotros llegar a ser madres de Cristo? No sólo esto es posible, sino que algunos Padres de la Iglesia (Orígenes, san Agustín, san Bernardo) han llegado a decir que, sin esta reproducción, el título de María sería inútil para nosotros: «Qué me va a mí, decían, que Cristo haya nacido una vez de María en Belén, si no nace también por la fe en mi alma?»

Debemos reclamar al recuerdo o a la mente lo que hemos visto una vez con ocasión de esta fiesta y es lo siguiente: que la maternidad divina de María se realiza sobre dos planos, a saber, en un plano físico y en un plano espiritual. María es Madre de Dios no sólo porque lo ha llevado físicamente en su seno sino también porque con la fe lo ha concebido antes en el corazón. Nosotros no podemos, naturalmente, imitar a María en el primer sentido, engendrando de nuevo a Cristo, pero podemos imitarla en el segundo sentido, que es el de la fe.

Jesús mismo inició esta aplicación para la Iglesia del título de «Madre de Cristo», cuando declaró: «Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la palabra de Dios y la cumplen» (*Lucas* 8, 21).

La liturgia de hoy nos presenta a María como la primera de quienes llegan a ser madres de Cristo mediante la escucha atenta de su palabra. Ha escogido en efecto, para esta fiesta, el pasaje evangélico en donde está escrito que «María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón».

En la tradición, la idea de la maternidad espiritual ha conocido dos niveles de aplicación complementarios entre sí. En el primero, se ve realizada esta maternidad en la Iglesia tomada en su conjunto; en el segundo, en cada una de las personas o almas que creen. El concilio Vaticano II se coloca en la primera perspectiva cuando escribe: «La Iglesia… cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, también ella es hecha Madre por la palabra de Dios fielmente recibida: en efecto, por la predicación y el bautismo engendra para la vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por el Espíritu Santo y nacidos de Dios» (*Lumen gentium,* 64). Pero, todavía más clara es en la tradición la aplicación personal a cada alma: «Cada alma que cree, escribe san Ambrosio, concibe y engendra al Verbo de Dios. Si según la carne una sola es la Madre de Cristo, según la fe, todas las almas engendran a Cristo cuando acogen la palabra de Dios».

Centrémonos en la aplicación del título de Madre de Dios, que nos afecta también singularmente. Probemos a ver cómo se llega a ser, en concreto, madre de Jesús. Nos lo revela él mismo; a través de dos operaciones: escuchando la Palabra y poniéndola en práctica. Volvamos a pensar, para entender, cómo María llega a ser madre: concibiendo a Jesús y pariéndolo.

Hay dos maternidades incompletas o dos tipos de interrupción de maternidad. Una es la antigua y conocida por aborto. Esta tiene lugar cuando se concibe una vida, pero no se da a luz, porque, en el entretiempo, o por causas naturales o por el pecado de los

hombres, el feto está muerto. Hasta hace poco, este era el único caso que se conocía de maternidad incompleta. Hoy se conoce otro que consiste, en oposición, en el parir a un hijo sin haberlo concebido. Así acontece en el caso de los hijos concebidos en una probeta e introducidos, en un segundo momento, en el seno de una mujer, y en el caso desolador y triste del útero dado en alquiler para hospedar, hasta mediante pago, vidas humanas concebidas en otra parte. En este caso, lo que la mujer da a luz, no viene de ella, no es concebido «antes en el corazón que en el cuerpo».

Desgraciadamente, también en el plano espiritual existen estas dos tristes posibilidades. Concibe a Jesús sin parto quien acoge la Palabra, sin ponerla en práctica, quien continúa haciendo un aborto espiritual tras otro, formulando propósitos de conversión que después vienen sistemáticamente olvidados y abandonados a mitad de camino; quien se comporta hacia la Palabra como el observador lleno de prisa que echa un vistazo a su rostro en el espejo y después se va olvidando de inmediato cómo era (cfr. *Santiago* 1,23-24). En suma, quien tiene fe, pero no tiene obras.

Por el contrario, da a luz a Cristo sin haberlo concebido quien hace muchas obras, incluso hasta buenas, pero que no proceden del corazón, del amor para con Dios y de la recta intención, sino más bien de la costumbre, de la hipocresía, de la búsqueda de la propia gloria y del propio interés, o de la satisfacción que da simplemente el hacer y el actuar. En suma, quien tiene las obras y no tiene la fe.

Éstos son los casos de una maternidad incompleta. Consideremos, ahora, el caso positivo de una verdadera y completa maternidad, que nos hace asemejamos a María. San Francisco de Asís tiene una palabra, que resume bien todo lo que me está presionando esclarecer: «Somos madres de Cristo, escribe, cuando lo llevamos en el corazón y en nuestro cuerpo por medio del divino amor y de la pura y sincera conciencia; lo engendramos a través de las obras santas, que deben resplandecer ante los demás con el ejemplo... ¡Oh, como es santo y cómo es querido, agradable, humilde, pacífico, dulce, amable y deseable sobre toda cosa, tener un hermano tal y un tal hijo, el Señor nuestro Jesucristo!» Nosotros, viene a decir el santo, concebimos a Cristo cuando lo amamos con sinceridad de corazón y con rectitud de conciencia, y lo damos a luz cuando cumplimos obras santas que lo manifiestan al mundo.

San Buenaventura, discípulo e hijo del santo de Asís, ha desarrollado este pensamiento en un opúsculo titulado *Las cinco fiestas del niño Jesús*. En la introducción al libro, él cuenta cómo un día, mientras estaba en retiro sobre el monte Verna, le volvió al recuerdo o la mente lo que dicen los santos Padres, esto es, que el alma devota de Dios, por gracia del Espíritu Santo y la potencia del Altísimo, puede concebir espiritualmente al bendito Verbo e Hijo Unigénito del Padre, parirlo, darle el nombre, buscarlo y adorarlo con los Magos y finalmente presentarlo felizmente a Dios Padre en su templo.

De estos cinco momentos o fiestas del Niño Jesús, que debe revivir el alma, nos interesan sobre todo las dos primeras: la concepción y el nacimiento. Para san

Buenaventura, el alma concibe a Jesús cuando, descontenta de la vida que sigue, estimulada por santas inspiraciones y encendiéndose de santo ardor, en fin, separándose resueltamente de sus viejas costumbres y defectos, es como fecundada espiritualmente por la gracia del Espíritu Santo y concibe el propósito de una vida nueva. ¡Ha tenido lugar la concepción de Cristo!

Una vez concebido, el bendito Hijo de Dios nace en su corazón en el momento en que, después de haber hecho un sano discernimiento, pedido un oportuno consejo e invocada la ayuda de Dios, el alma pone inmediatamente en obra su santo propósito, comenzando a realizar lo que desde tanto tiempo andaba madurando, pero que siempre lo había ido dejando estar para más adelante por miedo a no ser capaz. Cristo nace de nuevo, «viene a la luz» en su vida.

Pero, es necesario insistir sobre una cosa: este propósito de vida nueva debe traducirse en algo concreto sin demora, en un cambio, posiblemente también externo y visible, en nuestra vida y en nuestras costumbres. Si el propósito no es puesto en acto, Jesús es concebido, pero no está parido. Es uno de los tantos abortos espirituales. ¡No se celebrará nunca «la segunda fiesta» del Niño Jesús, que es la Navidad! Es uno de tantos reenvíos, de los que quizás nuestra vida ha estado señalada.

Estamos al inicio de un nuevo año y este reclamo, que nos viene por la fiesta de la Madre Dios, nos puede estimular a iniciarlo bien con santos propósitos y santa decisión. Todos en este día nos intercambiamos el deseo de un «buen año». En el plano natural un año se juzga «bueno» según la abundancia y la cualidad de lo recogido. También en el plano espiritual un año es «bueno» según los frutos de obras buenas, que hayamos producido para la vida eterna.

Precisamente en consideración con el principio de año y de la jornada de la paz, que hoy celebramos, junto con la memoria de la Madre de Dios, la liturgia ha escogido como primera lectura la bendición que los sacerdotes daban el pueblo de Israel y que hoy la Iglesia invoca sobre cada hombre:

«El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor se fije en ti y te conceda la paz».

PREGONES - La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DE SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

El honor más grande

El cielo y la tierra se alegran celebrando la maternidad divina de Santa María. El Rey nos ha nacido, el Hijo de Dios se ha hecho hombre, ha nacido de mujer. El Verbo se ha hecho carne.

La Luz ha iluminado al mundo, y todos alaban la maternidad divina de la Virgen María que, por la misericordia de Dios, le ha concedido ser Madre de todos los hombres, para que los que por Él han sido con su sangre comprados y renovados, sean protegidos por los mismos brazos y cuidados de la mujer que lo protegió y lo cuidó a Él, y que por la salvación de ellos participó con Él en su pasión redentora.

Ella es Madre de la persona del Hijo, que incluye dos naturalezas: humana y divina, segunda persona de la Santísima Trinidad que, con el Padre y el Espíritu Santo, son un solo Dios.

Por tanto, la persona es divina, y así es la maternidad: divina. Su nombre es Jesús. Está sobre todo nombre y tiene la fuerza para que, al pronunciarlo, toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en todo lugar.

No hay honor más grande que ser la Madre de Dios. Nadie merece mayor respeto y mayor gloria. Nadie merece siquiera pronunciar su nombre, sino para honrarla, alabarla, venerarla, respetarla, bendecirla, glorificarla, recibirla y reconocerla, acogiéndola como verdadera Madre, porque lo es. Su nombre es María, Madre de Dios.

Acompáñala, no hay honor más grande. Y este es el cuarto mandamiento: honrarás a tu padre y a tu Madre. Honrarla a ella es honrar al Padre, glorificándolo en el Hijo.

Contempla en el rostro de la Madre de Dios la perfecta maternidad, ejemplo de toda virtud. Maternidad divina extendida a toda la humanidad como el más grande regalo de Dios, porque a través de ella nos ha traído a su Hijo, y en Él la salvación.

Mira hacia adentro, en el silencio y la intimidad de tu corazón, y medita, como ella, todas las cosas, para que, en una experiencia permanente de fe, ofrezcas tu vida, haciendo todo por amor de Dios.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DE SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

Reconocer para agradecer

Celebramos hoy una gran solemnidad de la Virgen; una fiesta en la que reconocemos expresamente el profundo misterio de las bondades de Dios con los hombres. Celebramos la Maternidad de María, siendo virgen, y por eso nos referimos a un misterio. Misterio, más grandioso aún, por ser una criatura Madre del Creador.

Agradezcamos a Dios Nuestro Señor que haya querido hacernos conocedores de su omnipotencia y de verdades que están tan por encima de nuestra inteligencia. No sólo inalcanzables para nuestra personal capacidad, que fácilmente reconocemos limitada, sino absolutamente inabarcables para cualquier inteligencia humana. La fe, que supone confianza en Dios que revela y es efecto de la Gracia santificante, es un don divino que nos hace partícipes de algunas verdades de la vida que Dios ha querido para los hombres.

Nos referimos a una vida en Él que, siendo divina, únicamente podemos conocer por revelación del mismo Dios.

El Verbo, la segunda persona de la Trinidad, se hizo carne, según nos anuncia san Juan nada más comenzar su Evangelio y como proclamamos en el rezo del *Angelus*; y naciendo de María, siempre Virgen, vivió como hombre entre los hombres –Jesús de Nazaret–, para que pudiéramos vivir su misma vida divina, que nos entregaba muriendo en la Cruz. Y junto a su Cruz estaban María, su Madre, y Juan, el discípulo amado.

Jesús, viendo a su Madre y al discípulo a quien amaba, que estaba allí, le dijo a su Madre:

—Mujer, aquí tienes a tu hijo.

Después le dice al discípulo:

—Aquí tienes a tu madre.

Jesús, a punto de consumar ya la obra de nuestra Redención, como verdadero hijo de María, encomienda a su Madre que tome como hijo al discípulo, y a Juan que tome como Madre a María. También ante la inminencia de su muerte, Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, manifiesta que es hijo de una mujer, María.

Así lo habían visto los pastores, como hemos meditado en los días pasados, que fueron a Belén siguiendo la sugerencia angélica**: vinieron presurosos, y encontraron a María y a José y al niño reclinado en el pesebre**. Los pastores contemplaron sencillamente a un niño recién nacido, junto a sus padres que lo cuidaban en circunstancias de extrema pobreza. San Lucas explica poco antes que, en aquellos días, siguiendo la orden de la autoridad civil, **todos iban a inscribirse, cada uno a su ciudad. José, como era de la casa y familia de David, subió desde Nazaret, ciudad de Galilea, a la ciudad de David llamada Belén, en Judea, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta.** Y, como no había lugar para ellos en el aposento, acabarían refugiándose en un lugar para animales. Y, comenta el evangelista, en esas circunstancias, le llegó a María el momento de dar a luz a su Hijo y **lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre.**

La Maternidad divina de María se nos presenta como un acontecimiento admirable en su profundo misterio. Deberíamos cerrar los ojos y trasladarnos a ese ambiente, a ese lugar de la Tierra en el que Dios quiso nacer de una mujer, después **de que fuera concebido en el seno materno** y de haberse desarrollado corporalmente durante nueve meses en el vientre de María. No dejemos de contemplar nunca, con agradecida sorpresa, la máxima intimidad de Dios –en María– con su criatura humana.

Demos gracias a nuestro Dios, que nos ha amado asumiendo nuestra humanidad y haciéndose –menos en el pecado– en todo semejante a los hombres, para que podamos los hombres, por su Gracia, hacernos semejantes a Él. Contemplar a María en su Maternidad divina; honrarla, sobre toda la Creación, por haber sido elegida por Dios y

haberle Ella correspondido con su entrega generosa; y considerar el inmenso don que nos hizo Jesús desde la Cruz, haciéndola también Madre de los hombres; nos sitúa frente a otro misterio: el de la inapreciable grandeza y dignidad humanas; inmerecido don de Dios, que nos hace sus hijos por adopción y que llega al hombre por María, Madre de Dios y Madre nuestra. Regalo de Dios, que no podremos ponderar justamente ni agradeceremos bastante. Nos basta pensar, como consideraba san Josemaría, que es Madre nuestra la mejor de todas las mujeres, la criatura más próxima a Dios:

Dios Omnipotente, Todopoderoso, Sapientísimo, tenía que escoger a su Madre.

¿Tú, qué habrías hecho, si hubieras tenido que escogerla? Pienso que tú y yo habríamos escogido la que tenemos, llenándola de todas las gracias. Eso hizo Dios. Por tanto, después de la Santísima Trinidad, está María.

—Los teólogos establecen un razonamiento lógico de ese cúmulo de gracias, de ese no poder estar sujeta a satanás: convenía, Dios lo podía hacer, luego lo hizo. Es la gran prueba. La prueba más clara de que Dios rodeó a su Madre de todos los privilegios, desde el primer instante. Y así es: ¡hermosa, y pura, y limpia en alma y cuerpo!

Y nos invita a quererla.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DE SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

Los augurios a María

Hoy la liturgia celebra la fiesta de María Santísima Madre de Dios. Entre nuestros hermanos orientales de rito sirio, la fiesta de hoy es llamada de los augurios a María. Nos acercamos a ella con los sentimientos con que uno se acerca a una mujer que desde hace pocos días se ha convertido en madre feliz.

Sin embargo, hay dos cosas que ubican nuestro homenaje a María por encima de cualquier comparación humana. Aquel que ella ha dado a luz es el Hijo de Dios. Por eso, ella es verdadera Madre de Dios: *Theotokos,* como dicen los cristianos ortodoxos. La Iglesia definió esta verdad en uno de sus primeros concilios ecuménicos: el realizado en Éfeso en el 431. San Ignacio de Antioquía, uno de los más ilustres mártires de la antigüedad cristiana, llama a Jesús "el hijo de Dios y de María". Eso coloca a María a una altura vertiginosa: en realidad, al lado del Padre celestial. Pero la coloca, al mismo tiempo, tan próxima a nosotros como para hacernos de madre: la madre de la Iglesia. De hecho, el Jesús que ella ha generado nos tomó como hermanos; nos unió a él de manera tan profunda como para formar un solo cuerpo; se convirtió en nuestra cabeza, pero también en nuestro hermano: *el Primogénito entre muchos hermanos,* como lo llama san Pablo (Rom. 8,29).

Es lo que el apóstol nos ha recordado con las palabras sublimes de su carta a los gálatas, que hemos escuchado hace poco: *Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer… para hacernos hijos adoptivos.* En el momento en que Jesús, en María, se hace hijo del hombre, nosotros, hijos de los hombres, nos convertimos en hijos de Dios. En el momento en que él, de hijo pasa a ser siervo, nosotros, que éramos siervos, nos convertimos en hijos. *Así ya no eres más esclavo, sino hijo,* nos ha recordado san Pablo en la misma lectura. Es el fascinante intercambio frente al cual se maravilla hoy toda la liturgia de la Iglesia. De él, María fue "el lugar" y la mediadora.

Convenidos en hijos de Dios por medio del Espíritu, hemos adquirido el derecho de usar también el lenguaje y la confianza de los hijos en relación con Dios, llamándolo, como Jesús: *¡Abba!* ¡Padre nuestro! Esta palabra es una especie de reliquia viviente de Cristo: es su "ipsissima vox", es decir, su misma voz llegada a nosotros sin pasar por ninguna traducción. *¡Abba!,* así rezó Jesucristo.

Quizás deberíamos acordarnos más a menudo de este increíble y dulcísimo derecho nuestro; deberíamos imitar a nuestro hermano Jesús, quien tanto en la angustia del huerto de los olivos como en el ímpetu del júbilo, siempre se dirigía así al Padre: "Padre, si es posible…". "Te agradezco, Padre…". "Padre, en tus manos entrego mi espíritu". Nuestra vida cristiana tiene necesidad de este amplio respiro para no entristecer y no encallar en los bancos de arena de la aridez y del formalismo. Si aprendemos a encaminar toda nuestra vida cristiana a través de esta relación filial con el Padre, encontraremos en eso la unidad de toda la fe; descubriremos la relación que nos une a cada una de las tres personas divinas: vamos al Padre por medio de Jesucristo, en el Espíritu Santo. Y no vamos individualmente o de a pocos, sino como una comunidad de seres salvados, como Iglesia de la que María es la madre y el modelo.

Hasta aquí llegan las reflexiones sugeridas a nosotros por la bellísima lectura de san Pablo. Pero también el pasaje evangélico tiene algo para decirnos acerca de María. Ella, nos indica, *conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón.* "Todas estas cosas". ¿Qué, exactamente? Las palabras y los hechos de esos días. Todo lo que había sucedido en ocasión del nacimiento de Jesús. La Natividad fue para ella algo que conservó en su corazón, que meditó: fue una escuela de fe. Quién sabe cuántas veces María volvió con el pensamiento a aquellos hechos, a *lo que decían los pastores,* para sacar de ellos luz y coraje durante esos larguísimos treinta años de Nazaret, años de esfuerzo y de silencio. Porque —resulta importante saberlo— María vivió de la fe, creció en la fe, fue sometida a pruebas por la fe. Y en este crecimiento en la fe, su alimento fue, como lo es para nosotros, la palabra de Dios. La palabra de Dios en María se hizo carne dos veces: primero físicamente, cuando durante nueves meses la llevó en su seno y la nutrió; luego se hizo carne en el resto de su vida, en el sentido de que cada uno de sus gestos, cada momento, fue inspirado por la palabra de Dios y fue una fiel puesta en acto de ella. María es la palabra de Dios hecha silencio. Ella permanece silenciosa a los pies de la cruz y silenciosa en el Cenáculo.

Nosotros no podemos imitarla en la primera encarnación, pero sí podemos hacerla en la segunda. Como María, podemos "concebir el Verbo con la mente" (san Agustín). Podemos entonces recibir la palabra, custodiarla en nuestro corazón, hacer de ella la "la luz para nuestros pasos", el alimento de nuestra vida. Hasta merecer aquella bienaventuranza que el Señor señaló un día, en ocasión de una visita de su madre: *Felices…los que escuchan la Palabra de Dios y la practican* (Lc 11,28).

Finalizamos volviendo a aquella idea de intercambio con la cual hemos iniciado nuestra reflexión. A la luz de la fiesta de hoy, María se nos aparece como el regalo maravilloso que se intercambiaron Dios y el género humano en Navidad. Nuestros hermanos del rito bizantino, en Navidad, hablan a Jesús así: "¿Qué podemos ofrecerte, Cristo, por haberte hecho hombre en la tierra? Todas las criaturas te llevan el signo de su reconocimiento: los ángeles, sus cantos; los cielos, su estrella; la tierra, una gruta; el desierto, un pesebre. ¡Pero nosotros te ofrecemos una madre virgen!" (*Idiomeion* en las grandes vísperas de Navidad). El género humano ha dado a Jesús a María, su criatura más bella, en calidad de madre. Y Jesús, en el crepúsculo de su vida, nos ha intercambiado el regalo dándonos a María como madre nuestra: *Hijo, he aquí a tu madre*.

***

Sobre la paz

Desde hace algunos años se celebra en este día la jornada de la paz, una jornada destinada a crear entre los hombres una conciencia, una mentalidad, una psicología de paz.

Uno de los temas propuestos en el pasado a la reflexión de los cristianos en este día decía: "La paz depende también de ti". Este programa, siendo dirigido a todos los hombres de buena voluntad, tiene también un significado social y político universal, que atañe a todos, independientemente de su fe religiosa. En este nivel, la paz depende "también de mí", en cuanto yo puedo contribuir a establecer la paz en aquella primera y fundamental comunidad que es la familia. En cuanto puedo, con mis acciones y con mi empeño social, fortalecer el fundamento mismo de la paz que es la justicia (*Opus justitiae pax*: Is. 32,7). En cuanto, en la sociedad en que vivo, puedo contribuir –aunque no fuese más que con mi voto– a hacer prevalecer una ideología de paz, de comprensión entre los pueblos, en vez de las ideologías basadas en el odio, en la violencia o en un nacionalismo exagerado.

Pero reflexionando sobre la paz como cristianos, en una asamblea litúrgica, y, además, cerca de Navidad, creo que es indispensable profundizar el aspecto más directamente religioso de aquel programa, entendiendo ese "también de ti" como dirigido a quien se profesa discípulo de Jesús.

¿En qué sentido un cristiano puede contribuir a la paz precisamente como cristiano? La respuesta es: encarnando en el mundo aquel ideal de paz que Jesús vino a traer a los hombres y que resonó en la gruta de Belén: *Paz a los hombres sobre la tierra*.

En el tiempo de Jesús, los hombres invocaban la paz con no menor ansia que hoy. A esa ansia de paz quiso responder el emperador Augusto proclamando para todo el mundo la pax romana. Pero, ¿qué era esa "pax romana"? Era la condición jurídica impuesta con guerras victoriosas a todos los pueblos (*parta victoriis pax*, una paz que nace de la victoria militar, como se lee en el famoso monumento ancirano de Augusto) y mediante la cual se hacía posible un florecimiento económico y una civilización. Era el silencio de las armas después de doscientos años de guerras continuas y espantosas. Era la clausura del templo de Jano.

Precisamente, mientras Augusto desde Roma anunciaba al mundo esta paz, en Palestina la palabra paz resonaba con un significado totalmente diverso: *Paz a los hombres amados por Dios* (Lc 2,14). *Bienaventurados los que trabajan por la paz porque serán llamados hijos de Dios* (Mt 5,9). *Entrando en la casa diríjanles el saludo* (Mt. 10,12), es decir –como se infiere de lo que sigue– augúrenles la paz.

El hombre que predicó esta paz fue muerto precisamente como perturbador de la paz pública, como rebelde y subversivo: *Hemos encontrado a este hombre incitando a nuestro pueblo a la rebeldía impidiéndole pagar los impuestos al Emperador y pretendiendo ser el Rey Mesías, dijeron de él entregándolo a Pilatos* (Lc. 23,11). Su paz no coincidía con la del Emperador que quería la tranquilidad, el orden establecido, la sumisión. La de Cristo, en cambio, era una paz revolucionaria que pretendía cambiar al mundo y al hombre, poner fin al mundo viejo. Por esto, Jesús también había dicho: *No he venido a traer la paz, sino una espada* (Mt. 10,34); no he venido, pues, a traer la paz que agrada a los poderosos, a aquéllos que aman el vivir quieto; al contrario, para éstos mi palabra será una espada que divide y que impone una elección.

¿Qué era entonces esta paz nueva de Jesús? San Pablo, profundizando el problema después de la muerte de Jesús, llegó a esta conclusión: La paz es Jesús mismo, *justificados por la fe, estamos en paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo* (Rom. 5,1): Él es nuestra paz (Ef. 2,14). He aquí, pues, lo que es la paz evangélica: es la reconciliación con Dios obtenida en Jesucristo, la paz que reconstruye al hombre en unidad y le devuelve la seguridad interior por la que puede exclamar: *Si Dios está por nosotros, ¿quién estará contra nosotros? ¿La guerra, el hambre? Nada podrá jamás separamos del amor de Dios* (Rom. 8,31.39). Es una certeza del corazón que vence toda realidad, todo temor y toda malicia y que ni siquiera la guerra más salvaje puede destruir. También en Auschwitz había paz en el corazón de Edith Stein y en el de Maximiliano Kolbe que fueron asesinados por odio.

Un hombre así es automáticamente también un hombre que difunde la paz; es un "trabajador por la paz". Esta paz no se detiene en el corazón del cristiano. De ella nace una comunidad de paz que es la Iglesia: *Porque Cristo es nuestra paz; Él ha unido a los dos pueblos en uno solo, derribando el muro de enemistad que los separaba, es decir, la enemistad… para reconciliar a los dos con Dios en un solo cuerpo* (que es la Iglesia) (Ef. 2,14.16). Todo apartheid está así excluido en la raíz.

Sé bien que en el corazón del que escucha estas palabras nace una duda: si es así, ¿por qué a los dos mil años de las palabras de Jesús hay tantos odios también entre los cristianos, tantos apartheid entre pueblo y pueblo? ¿Por qué la Iglesia no es el signo de paz entre los hombres que se prometía? Inclinemos la cabeza todos, golpeémonos el pecho: es porque nosotros, los cristianos, hemos traicionado el evangelio, porque no nos hemos empeñado a fondo para convertirnos, para renovarnos, para hacer emerger en nosotros a ese hombre nuevo que sólo puede ser portador de paz, porque es portador de Cristo. Todavía peleamos entre nosotros sobre el modo de hacer la paz e infinitas son las propuestas, pero todas estériles, porque hemos perdido de vista nuestro modo de anunciar la paz, el que nos dejó en herencia Jesús y hemos adherido al de Augusto. El modo de Augusto consiste en imponer nuestra paz a los demás; el de Jesús es dejarnos imponer la paz de Dios, imponerla a nosotros mismos, hacerla reinar en nuestro corazón, venciendo la mala raíz de la cual brota toda discordia y toda guerra: el egoísmo. Sólo el hombre nuevo que vive según el espíritu y no según la carne puede ser hijo de la paz y trabajador por la paz entre sus hermanos. Los hombres –dice un texto del Vaticano II– en cuanto pecadores están y estarán siempre bajo la amenaza de la guerra hasta la venida de Cristo, pero en cuanto logran, unidos en el amor, vencer al pecado, vencen también la violencia hasta la realización de aquella palabra divina: *Con sus espadas forjarán arados y podaderas con sus lanzas. No levantará la espada una nación contra otra ni se adiestrarán más para la guerra* (Is. 2,4) (GS 78).

En la primera lectura hemos escuchado el deseo con el cual Dios ordenó a Moisés bendecir a los israelitas: *El Señor vuelva sobre ti su rostro y te conceda la paz*. Dentro de poco, en la Eucaristía, será el Resucitado en persona quien nos dirigirá estas dulces palabras: les doy la paz, les doy mi paz; no como la da el mundo, sino la que sólo puedo dar yo.

***

Madre de Dios y de la Iglesia

Hoy celebramos una de las fiestas más bellas y más profundas de la Virgen, aunque no de las más conocidas todavía: la fiesta de la Maternidad de María. Maternidad que no es sólo "divina", sino humana porque Jesús es Dios y hombre al mismo tiempo; maternidad que se relaciona con Jesús, pero también la Iglesia porque Cristo es inseparablemente la Cabeza y sus miembros.

María no aparece muchas veces en el Nuevo Testamento; no obstante, si prestamos atención, no falta en ninguno de los tres momentos decisivos de la historia de la salvación que son: la Encarnación, la Pascua y Pentecostés; María está junto a la cuna en Belén, está junto a la cruz en el Calvario y está en el Cenáculo en el momento de la venida del Espíritu Santo. En esta oportunidad, al día siguiente de Navidad, queremos tratar de abarcar con una sola mirada de conjunto, llena de devoción y afecto filial, estos tres momentos de la

vida de la Virgen con todo lo que significan; queremos, en suma, aprender a conocer mejor quién es María para nosotros.

Sabemos que es fácil, cuando se habla de María, dejarnos llevar a comparaciones y sentimientos demasiado humanos, sugeridos por la extraordinaria importancia que tiene la presencia de la madre en nuestra existencia de hombres, Esto sin embargo no debe impedir que captemos en toda su profundidad y en su sentido concreto el título de María "Madre de la Iglesia" que el Concilio Vaticano II colocó en el centro de la teología y el culto mariano (cf. LG 53). Tomar el título de Madre de la Iglesia en su sentido concreto significa también descubrir y valorizar los distintos momentos y los actos mediante los cuales María se convirtió en Madre de la Iglesia. Madre no es un título abstracto; encierra toda una historia; no se convierte en madre de golpe, de una sola vez, sino a través de muchos hechos sucesivos; para tener una maternidad, es necesario concebir la vida, llevarla en el vientre, sentirla crecer, tomando conciencia poco a poco de su presencia y habituándose a vivir con ella; luego darla a luz, luego presentarla en público y darle un nombre; y sobre todo, para nosotros los cristianos, bautizarla.

Sabemos cómo ocurrió puntualmente todo esto en lo que a Cristo respecta: María lo concibió por obra del Espíritu Santo, lo dio a luz y lo presentó en el Templo. Esa era la verdad más simple para descubrir en el Evangelio y de hecho bastó definir que Jesús era "Dios verdadero" (Nicea 325) para que, en un concilio ecuménico posterior, se sumara a definir a María como "Madre de Dios" verdadera (Éfeso 431). Pero, ¿cómo y cuándo se realiza la maternidad de María respecto de la Iglesia? Esto era más difícil de precisar y de hecho, transcurrieron siglos antes de que se llegara a definir, con igual claridad, que María es también Madre de la Iglesia. Ocurrió, como dije antes, en el reciente Concilio Vaticano II, de modo que podemos considerar ahora a estos dos concilios ecuménicos –Éfeso y Vaticano II– como dos hitos en el descubrimiento de quién es María: uno la definió Madre de Dios, el otro Madre de la Iglesia.

¿Cuándo y a través de qué hechos concretos María se convirtió entonces en Madre de la Iglesia, o sea Madre del Cuerpo de Cristo y de sus miembros que somos nosotros? A través de los mismos tres momentos en los que se convirtió en Madre de Jesús. En las palabras del ángel a María: *Concebirás…darás a luz… lo llamarás Jesús,* está contenida una doble anunciación: la anunciación de Jesús y de la Iglesia; también la Iglesia fue concebida, dada a luz y recibió el nombre, si bien en tiempos más prolongados: fue concebida en la Encarnación, fue dada a luz en el Calvario y fue bautizada y recibió el nombre de Iglesia en Pentecostés.

Primera etapa de la maternidad de María. En la Encarnación, María concibió también la Iglesia; concebir significa "recibir o abrazar" y María de hecho nos recibió y nos abrazó; junto con el Espíritu Santo (concepción activa) porque también la Iglesia, de alguna manera, nació "por obra del Espíritu Santo de la Virgen María"; junto con Jesús (concepción pasiva) porque estábamos místicamente presentes en él como los miembros

en la Cabeza: "Ella colaboró con la caridad en el nacimiento de los fieles de la Iglesia, que son miembros de esa Cabeza" (san Agustín, *De virgo* 6).

En la segunda lectura de hoy, san Pablo nos dice lo esencial en cuanto a esta "concepción de la Iglesia" en María: *Cuando llegó la plenitud de los tiempos* –escribe– *Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer, para hacernos hijos adoptivos*. Nosotros que ya habíamos sido concebidos como hijos adoptivos del Padre en la eternidad (cf. Ef. 1, 4-5), ahora somos concebidos como hijos también de una madre y también en el tiempo. Por lo tanto, no hay nada de arbitrario e imaginario en nuestras reflexiones; estamos en el terreno sólido de la palabra de Dios.

De modo que fuimos concebidos –la Iglesia fue concebida– por María. Pero no nos basta; sabemos, sin embargo, que se puede concebir una vida sin saberlo, sin quererlo, "por error", como se dice a veces con una terrible crueldad que hace sufrir a tantos hijos. ¡No a María! San Agustín nos ha dicho que María "colaboró con la caridad en el nacimiento de los fieles de la Iglesia", o sea que nos concibió con el amor y en el amor; nos aceptó, nos quiso. Cómo, no sabemos, pero hay tantas otras cosas en el Evangelio de las que ignoramos el cómo. ¿Cómo concibió María a Jesús? ¡En el Espíritu Santo! ¿Cómo nos concibió a nosotros? ¡En el Espíritu Santo! El Espíritu Santo puede haberle revelado, directamente, el sentido de ciertas palabras del Antiguo Testamento y después las de Simeón, palabras que presentaban al Mesías en una solidaridad misteriosa y dramática con los que quedaban, más bien con un pueblo.

Somos por lo tanto hijos de la caridad de María. Cuando ella decía: *Todas las generaciones me llamarán feliz,* tal vez pensaba en aquellas palabras de la Biblia: *Sus hijos se levantan y la felicitan* (Prov. 31,28). Sí, nosotros nos levantamos para proclamar feliz a María nuestra madre, porque fue para nosotros "la mujer fuerte" y no se asustó ante la idea de tantos hijos, de una descendencia tan ilimitada y difícil como somos nosotros.

Un primer gracias a María lo decimos ya aquí: Gracias por que nos concebiste por amor y con amor; nos sentimos de verdad plenamente hijos tuyos, te sentimos verdaderamente madre; contigo, no estamos en la triste y humillante situación de los hijos no queridos, sino en la de hijos bienamados; gracias por tu sí a Dios con el cual empezó nuestra salvación.

Segunda etapa de la maternidad de María. Después de concebirnos y de "darse cuenta" de nuestra presencia en ella (gracias a su crecimiento en la comprensión del plano de Dios a lo largo de todo el Evangelio), María nos parió en el dolor, bajo la Cruz. Allí salimos a la luz, simbolizados en la sangre y el agua que brotaron del costado de Cristo; nació la Iglesia como nueva Eva salida del costado del nuevo Adán en el sueño de su muerte. *¡Mujer, aquí tienes a tu hijo!* (Jn. 19,26): como cuando a una madre que todavía está desgarrada por los dolores del parto le ponen en brazos al niño apenas nacido que fue la causa de su sufrimiento y la alegría se mezcla en ella con el dolor y se confunden

entre sí y ella sufre y no sufre más –así le ocurrió a María: ¡Mujer, mira a tu nuevo hijo! Ahora, también para ti "todo está cumplido". Casi enseguida, aparece el anuncio pascual: "Reina del cielo alégrate, aleluya, porque el que has llevado en tu vientre, aleluya, resucitó, aleluya, como había prometido, aleluya". No debes entristecerte si los "otros" hijos te costaron la muerte del primogénito: ¡él resucitó! Ya no hay nada por qué llorar, sino regocijarse: la vida triunfó. Mientras Jesús resucita de la tumba, sus hermanos menores renacen a una nueva vida (cf. Rom. 6.4); él puede llamarse justamente con un título nuevo: el "primogénito de los que resucitan de entre los muertos" (Col. 1,18), el "primogénito entre muchos hermanos" (Rom. 8,29). Y es lo que hace enviando sus mensajeros a los discípulos: *Avisen a mis hermanos…* (Mt. 28,10). María nos recibió como hijos, Jesús resucitado nos recibe como hermanos. Hermanos son aquellos que tienen en común el padre y la madre y nosotros y Jesús tenemos ahora en común, misteriosamente, ¡el Padre y la Madre!

Dije: María nos trajo a la luz bajo la cruz. Pero, ¿no es Jesús el único autor de nuestro renacimiento espiritual? Más bien, ¿no es el Padre el que nos "regeneró para una esperanza viva mediante la resurrección de Jesús"? Ciertamente, renacimos de Cristo, nacemos a una nueva vida mediante la fe y el Espíritu Santo, somos generados en el Bautismo: todas estas cosas son ciertas en su sentido, pero es cierto también que nacimos de María. El Concilio Vaticano II precisó en qué sentido: "Al concebir a Cristo, engendrarlo, nutrirlo, al sufrir con el Hijo moribundo en la cruz, cooperó de un modo totalmente especial con la obra del Salvador, a través de la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad, para restablecer la vida sobrenatural de las almas. Por eso fue para nosotros madre en el orden de la gracia" (LG 61). María nos engendró no sola, en forma autónoma, sino dependiendo de Jesús; es Dios quien le concedió este privilegio de ser su colaboradora engendrando a los hombres en la vida divina. Todas las cosas que tienen que ver con nuestra vida espiritual nacen de dos fuerzas y de dos voluntades que se encuentran: la de Dios y la del hombre. Dios nos creó solo, pero, una vez que existimos con nuestra libertad, no hace nada sin ella. La fe, que es el comienzo de todo renacimiento, ¿dónde se origina? En la palabra de Dios y la escucha del hombre; nace de dos cosas aparentemente opuestas: ¡de la palabra y el silencio! Ahora bien, en la historia de la salvación, María "personifica" justamente esta parte de la creatura, hecha de escucha, de silencio, de disponibilidad, de vacío de sí misma, de receptividad, de agradecimiento. Era conveniente que fuera una mujer la que personificara todo esto, porque la mujer es entre nosotros la manifestación viva de este conjunto de cosas: es, incluso en su cuerpo, una estructura de recepción. (Sería erróneo llamar a todo eso pasividad, a menos que por pasividad se entiende, como sugiere santo Tomás, el modo más difícil y más sublime de ser activos).

María colaboró, entonces, en nuestro renacimiento espiritual. No disminuye a Dios sino que lo exalta, reconocer su generosidad y condescendencia al llamar a una creatura para colaborar con él; lo mismo hace en el orden de la vida física; lo mismo hace sobre

todo en la Iglesia. Para comprender el papel de María, es necesario mirar a la Iglesia y viceversa; las dos realidades están entre sí en una relación misteriosa e indecible: María es Madre de la Iglesia, pero también es su hija; de ella se dice personalmente lo que se dice universalmente de la Iglesia: "Oh, misterio maravilloso: uno es el Padre de todos, una es la Palabra de todos, uno también el Espíritu Santo e idéntico por doquier; una sola es la Virgen Madre: me gusta ver en ella a la Iglesia; ella es Virgen y a la vez Madre y, llamando a sus hijos, los nutre con leche, o sea con la palabra apta para nutrir a los niños" (Clemente Al., *Ped* 1,6). El misterio de María ilumina el de la Iglesia y el misterio de la Iglesia el de María; los Padres vieron representar juntas, en la mujer del Apocalipsis, a María y a la Iglesia, una y otra "Virgen y Madre" porque paren virginalmente a Cristo y sus miembros (cf san Agustín, *De symb*. 4,1).

Un segundo gracias para María, quizás el más conmovido, lo pronunciamos entonces aquí: gracias María por lo que padeciste por nosotros; gracias por habernos parido en el dolor y el amor, como cualquier madre pero más que cualquier madre.

Tercera etapa de la maternidad de Marta. En Pentecostés, María nos hizo bautizar. Diría casi que, después de haber hecho de madre de la Iglesia bajo la cruz, ahora María le sale de "madrina". Partamos del texto de los Hechos de los Apóstoles que da a nuestra meditación un fundamento seguro en la Escritura: *Cuando llegaron a la ciudad, subieron a la sala donde solían reunirse… Todos* (los once Apóstoles) *íntimamente unidos, se dedicaban a la oración, en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús y de sus hermanos* (Hech. 1,13-14). Los apóstoles están reunidos en el Cenáculo, todavía un poco trastornados e inseguros respecto de lo que deben hacer; María, como una madre, los reúne; ellos están "en torno de María"; ella los prepara para ese bautismo de Espíritu Santo que había recibido ya en el momento de la Encarnación en Nazaret; ya hay una gran familiaridad entre María y el Espíritu Santo: su alma está inundada de él, no tiene miedo de lo que está por suceder. Está segura, como corresponde a una madrina bien experta, con la criaturita en brazos. Este es el verdadero momento del bautismo de la Iglesia, bautismo no de agua, sino de fuego; aquí recibe el nombre, o sea que pasa a ser "Iglesia" y es presentada al mundo. De hecho, ese día había en Jerusalén "hombres venidos de todas las naciones del mundo", cuando Pedro salió a explicar lo que había sucedido (cf. Hech., 2, 5 ssq.).

¿Cuál fue, exactamente, el papel de María en ese momento? Resulta difícil para nosotros los hombres, porque es un papel secreto, como todos los papeles de María. Podemos, no obstante, decir con seguridad que la presencia de María entre los Once no era un hecho accidental; al poner de relieve esa presencia en el momento en que desciende el Espíritu Santo sobre la Iglesia, Lucas piensa casi ciertamente en el Espíritu Santo que desciende sobre María en la Encarnación. Fue su presencia amorosa, su alma preparada como un nido, lo que atrajo a la Paloma mística que es el Espíritu Santo, pese a ser cierto que la acción principal es siempre la de Jesús que envía su Don a la Iglesia. Había en la

tierra por lo menos un holocausto puro y santificado, listo para recibir el fuego de lo alto y sobre él descendió la llama, como en tiempos de Elías.

La presencia de María entre los Once del Cenáculo, en el momento del nacimiento de la Iglesia tiene un significado profundo, determina una cualidad permanente de la Iglesia. Todos los poderes –sacerdotales, jurídicos, pastorales– son de esos Once, o sea, de los Apóstoles; sobre ellos "se funda" la Iglesia (cf. *Ef.* 2,20); Pedro es la piedra que debe regir a los demás; todos son las "columnas" que unirán y elegirán; de ellos descienden idealmente los que serán, posteriormente, pastores y doctores en la Iglesia.

María está allí sin ningún poder; los otros –los hombres– irán por el mundo a predicar, a fundar iglesias; María desaparece en el silencio más total. Su presencia dice que el alma de la vida apostólica y de la Iglesia *no* consiste tanto en regir, hablar, ir hasta los confines del mundo, tener todos los poderes y hacer milagros, sino en estar al servicio, disponible, en ser "según el Evangelio" de Jesús. Y según el Evangelio de Jesús, lo más grande no es estar "a la cabeza" sino estar "al servicio", *no* es "hacer" para Dios, sino "dejarse hacer" por Dios. Es un poco el papel del corazón en el cuerpo humano. Santa Teresa del Niño Jesús pasó un día revista a todos los cargos de la iglesia: apóstol, confesor, doctor, misionero...; ninguno la satisfacía por sí solo; le habría gustado tener todos; luego descubrió una cosa: la Iglesia tiene también un corazón que da vida y mueve a todo el resto; ¡ella sería ese corazón! Es la misión más verdadera de María y de los que se le asemejan.

En la Iglesia de todos los tiempos esta función evangélica es personificada de una manera especial por la virgen cristiana, por el alma consagrada y, en líneas más generales, por la mujer. Aparentemente, la mujer siempre fue en la Iglesia una marginada (hubo, sin duda, una Catalina de Siena, ¡pero es la excepción que confirma la regla!). Los hombres siempre decidieron también por ellas en la Iglesia; ellas vivieron silenciosas en oración o al servicio de los pobres o enfermos. Hay actualmente un movimiento justísimo para reivindicar a la mujer en un papel más activo dentro de la Iglesia; debemos saludarlo con confianza: la presencia femenina puede suavizar la vida y las acciones de los "hombres de la Iglesia"; la mujer puede y debe mostrar el rostro materno de Dios, ya que Dios es también madre, como dice Isaías. Ella puede convertir "la casa de Dios" en una "familia de Dios", recurriendo a los valores –de dulzura, unidad, sentimiento– y quitando cierto intelectualismo rígido que aparece fácilmente en una sociedad demasiado dominada por 'el elemento masculino.

Pero no debería perderse, en esta transformación social, ese valor esencial que personificaba María en medio de los apóstoles en el Cenáculo, ese llamado a la interioridad vital de la Iglesia, a la primacía del amor, al "porro unum" del Evangelio que María fue la primera en comprender bien y eligió para ella. En el reciente documento sobre el sacerdocio de las mujeres leemos esta afirmación: "Los más grandes en el Reino de los Cielos no son los ministros, sino los 'santos"; el ministerio –incluido el sacerdotal–

no *crea* escalas, graduaciones u órdenes de grandeza; ¡lo único que marca diferencias es la santidad!

Unámonos, entonces, en el momento de decir a María el tercer gracias: Gracias porque fuiste para nosotros la madrina fuerte y dulce que nos llevó a bautizar en el Cenáculo; gracias porque estás junto a nosotros en esta espera que vivimos de un nuevo y poderoso Pentecostés para la Iglesia. Gracias por todo lo que harás por nosotros en este año nuevo de gracia que queremos comenzar hoy contigo.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DE SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la Misa de la solemnidad de la Madre de Dios (1-I-1988)

– La familia humana de los hijos de Dios

"Cuando se cumplió el tiempo" (Gal 4,4).

Saludamos a esta nueva fase del tiempo humano, fijando la mirada en el misterio que indica la plenitud del tiempo.

Este misterio lo anunció el Apóstol en la Carta a los Gálatas, con las palabras siguientes: "Cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer" (Gal 4,4).

La plenitud del tiempo.

El tiempo humano del calendario no tiene una plenitud propia. Significa sólo el hecho de pasar. Sólo Dios es plenitud, plenitud también del tiempo humano. Esta se realiza en el momento en que Dios entra en el tiempo del pasar terreno.

¡Año Nuevo: Te saludamos a la luz del misterio del nacimiento divino! Este misterio hace que tú, tiempo humano, al pasar, seas partícipe de lo que no pasa. De lo que tiene por medida la eternidad.

El Apóstol ha manifestado todo eso en su Carta de una forma quizá más sintética y penetrante.

"Envió Dios a su Hijo..., para que recibiéramos el ser hijos por adopción" (Gal 4,4-5). Ésta es la primera dimensión del misterio, que indica la plenitud del tiempo. Y después está la segunda dimensión, unida orgánicamente a la primera: "Como sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá (Padre)" (Gal 4,6).

Precisamente este "Abbá, Padre", este grito del Hijo, que es consustancial al Padre, esta invocación dictada por el Espíritu Santo a los corazones de los hijos y de las hijas de esta tierra, es signo de la plenitud del tiempo.

El reino de Dios se manifiesta ya en este grito, en esta palabra "Abbá, Padre", pronunciada desde la profundo del corazón humano en virtud del Espíritu de Cristo.

Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: "Abbá, Padre". Los que puedan hablar así –los que tengan el mismo Padre– ¿acaso no son una sola familia?

El Creador nos ha levantado desde el "polvo de la tierra" hasta hacernos "a su imagen y semejanza". Y permanece fiel a este "soplo" que marcó el "comienzo" del hombre en el cosmos.

Y cuando, en virtud del Espíritu de Cristo, clamamos a Dios "Abbá, Padre", entonces, en ese grito, en el umbral del año nuevo, la Iglesia expresa por medio de nosotros también el deseo de la paz en la tierra. Ella reza así:

"El Señor se fija en ti –familia humana de todos los continentes– y te conceda la paz" (cfr. Núm 6,26).

– Maternidad de María

"Envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer". Desde el comienzo de la historia terrena del hombre, camina la mujer por la tierra. Su primer nombre es Eva, madre de los vivientes. Su segundo nombre queda unido a la promesa del Mesías en el Protoevangelio.

El segundo nombre, el de la Mujer eterna, atraviesa los caminos de la historia espiritual del hombre y es revelado solamente en la plenitud del tiempo. El nombre es "Myriam", María de Nazaret. Desposada con un hombre cuyo nombre era José, de la casa de David. María, ¡Esposa mística del Espíritu Santo!

En efecto, su maternidad no proviene "ni de amor carnal ni de amor humano" (cfr Jn 1,13) sino del Espíritu Santo.

La maternidad de María es la Maternidad divina, que celebramos durante toda la octava de Navidad, pero de modo particular hoy, día 1 de enero.

Vemos esta maternidad de María a través del "Niño acostado en el pesebre" (Lc 2,16), en Belén, durante la visita de los pastores: los primeros que fueron llamados a acercarse al misterio que marca la plenitud del tiempo.

El Niño de pecho que está acostado en el pesebre había de recibir el nombre de "Jesús". Con este nombre lo llamó el Ángel en la Anunciación "antes de su concepción" (Lc 2,21). Y con este nombre es llamado hoy, el octavo día después del nacimiento, el día prescrito por la ley de Israel.

Pues el Hijo de Dios "ha nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley". Así escribe el Apóstol (cfr Gal 4,4-5).

Esa sumisión a la ley –herencia de la Antigua Alianza– debía abrir el camino a la Redención por medio de la sangre de Cristo, abrir el camino a la herencia de la Nueva Alianza.

María está en el centro de estos acontecimientos. Permanece en el corazón del misterio divino. Unida más de cerca a esa plenitud del tiempo, que se une a su maternidad. Ella permanece al mismo tiempo como el signo de todo lo que es humano.

¿Quién es signo de lo humano más que la mujer? En ella es concebido, y por ella viene al mundo el hombre. Ella, la mujer, en todas las generaciones humanas lleva en sí la memoria de cada hombre. Porque cada uno ha pasado por su seno materno.

Sí. La mujer es la memoria del mundo humano. Del tiempo humano, que es tiempo de nacer y de morir. El tiempo del pasar.

Y María también es memoria. Escribe el Evangelista: "Y María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón" (Lc 2,19).

Ella es la memoria originaria de esos problemas, que vive la familia humana en la plenitud de los tiempos. Ella es la memoria de la Iglesia. Y la Iglesia asume por Ella las primicias de lo que incesantemente conserva en su memoria… y hace presente.

La Iglesia aprende de la Madre de Dios la memoria "de las grandes obras de Dios" hechas en la historia del hombre. Sí. La Iglesia aprende de María a ser Madre: "Mater Ecclesiae!".

Ahora el día de su Maternidad, nos dirigimos a Ella, a la Madre de Dios, para que "conserve y medite en su corazón" "todos los problemas" de estos pueblos.

– Filiación divina, base de la humanidad

Dios mandó a su Hijo "nacido de mujer". Mediante el nacimiento de Dios en la tierra participamos en la plenitud del tiempo.

Y esta plenitud la lleva a cabo en nuestros corazones el Espíritu del Hijo, que confirma en nosotros la certeza de la adopción como hijos. Y así, desde la profundidad de esta certeza desde la profundidad de la humanidad renovada con la "deificación", como proclama y profesa la rica tradición de la Iglesia Oriental, desde esta profundidad clamamos, bajo el ejemplo de Cristo: "Abbá, Padre". Y al clamar así, cada uno de nosotros se da cuenta de que "ya no es esclavo sino hijo".

"Y si eres hijo, eres también heredero por voluntad de Dios" (Gal 4,7).

¿Sabes tú, familia humana, lo sabes, hombre de todos los países y continentes, de todas las lenguas naciones y razas…, sabes tú de esta herencia?

¿Sabes que está en la base de la humanidad?

¿Y de la herencia de la libertad filial?

¡Cristo Jesús! ¡Hijo del Eterno Padre, Hijo de la Mujer, Hijo de María, no nos dejes a merced de nuestra debilidad y de nuestra soberbia!

¡Plenitud encarnada! ¡Permanece en el hombre, en cada una de las fases de su tiempo terreno! ¡Sé Tú nuestro Pastor! ¡Sé nuestra paz!

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

"Envió Dios a su Hijo, nacido de mujer" (2 lect). Todo hombre tiene una madre que lo ha concebido en su seno. Pero el Altísimo al dar la persona divina de su Hijo para ser envuelta en el seno de una mujer y ésta le permitiera hacerse hombre, eleva esa maternidad a una dignidad casi infinita. María alumbró al hijo más perfecto que pudiera nacer. La maternidad divina de María nos lleva al corazón del misterio cristiano. Como se declaró en el 2º C. de Constantinopla, no es que un ser humano naciera de María y, luego, descendiera el Verbo a tal hombre, sino que fue del seno de María de donde nació el Verbo hecho hombre. Desde entonces los Padres de la Iglesia declararon solemnemente lo que en la Sagrada Escritura y en la Tradición se enseñaba: María es *Theotókos*.

El título de Madre de Dios lo encontramos en esa oración que se remonta al año 300 y que todavía hoy rezamos: "Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios, no desoigas nuestras súplicas… Es el privilegio más alto concedido a un ser humano por ser madre de una criatura prodigiosa: Cristo, creador de una humanidad nueva.

María es aquella Mujer prometida en el paraíso; la Mujer de las bodas de Caná; la Mujer del Calvario; la Mujer del Apocalipsis; la que reúne en torno suyo a sus hijos para orar, preparando así la venida del Espíritu Santo. Ella ha introducido lo humano en el Reino de los Cielos el día de la Ascensión de su Hijo. Ella misma fue llevada en cuerpo y alma a los cielos con gran alegría de los ángeles.

Hagamos nuestras estas palabras de Juan Pablo II: ¡Salve, María! Pronuncio con inmenso amor y reverencia estas palabras, tan sencillas y a la vez tan maravillosas. Nadie podrá saludarte nunca de un modo mejor que como lo hizo un día el Arcángel en el momento de la Anunciación…son las palabras con las que Dios mismo, a través de un mensajero, te ha saludado a Ti, la Mujer prometida en el Edén, y desde la eternidad elegida como Madre del Verbo".

Es una gran cosa que el año comience con esta Solemnidad que nos habla del comienzo, gracias a María, de una vida nueva en Jesucristo. Toda una invitación a vivir con una fe y un amor nuevo, más vibrante, el año que hoy estrenamos.

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«¡Salve, Santa Madre de Dios, que diste a luz al Rey que dirige los destinos del cielo y de la tierra!»

I. LA PALABRA DE DIOS

Nm 6,22-27: «Invocarán mi nombre sobre los israelitas y yo les bendeciré»

Sal 66,2-3.5.6.8: «El Señor tenga piedad y nos bendiga»

Ga 4,4-7: «Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer»

Lc 2,16-21: «Encontraron a María y a José y al Niño. Al cumplirse los ocho días le pusieron por nombre Jesús»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

La plenitud de los tiempos no es un momento de madurez de la humanidad. La plenitud es obra de Dios. Pablo mira desde atrás, con la vista puesta en el único autor del futuro del hombre: Dios. «Sólo con ojos de redimido puede llamar plenitud de los tiempos» al momento de la Encarnación. El proyecto de Dios tiene un objetivo primordial: la liberación del hombre. Dios, fiel a sí mismo, hace al hombre libre. La primera es su Madre Santísima, primera entre los salvados y única en la obra de Dios.

Tal como lo había anunciado el ángel, al octavo día se impuso al niño el nombre de Jesús: «Dios ayuda», «Dios salva». La mentalidad bíblica destaca que el nombre lleva consigo una misión: «él salvará al pueblo de los pecados», y quién puede darla.

III. SITUACIÓN HUMANA

El hombre tiene ante sí el formidable reto de la historia. Se le da desde ella la ocasión de hacerla de manera que repercuta en beneficio propio y de los demás, de poner en juego multitud de iniciativas. Quien se desentienda de ella es en cierto modo desleal a su propia vocación humana.

Los cristianos sabemos que es precisamente en esta historia en la que Cristo irrumpe, para que nada fuera ya igual.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– María, escogida para ser Madre del Hijo de Dios: "«Dios envió a su Hijo» (Ga 4,4), pero para «formarle un cuerpo» (cf. Hb 10,5) quiso la libre cooperación de una criatura. Para eso desde toda la eternidad, Dios escogió para ser la Madre de su Hijo, a una hija de Israel, una joven judía de Nazaret en Galilea, a «una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María»" (488).

– María, Madre de Dios: 495.

– Jesús, «Dios salva»: 430. 432.

– El nombre de Dios, presente en la Persona del Hijo: 432.

La respuesta

– El culto a la Santísima Virgen: "«Todas las generaciones me llamarán bienaventurada» (Lc 1, 48): «La piedad de la Iglesia hacia la Santísima Virgen es un elemento intrínseco del culto cristiano». La Santísima Virgen es «honrada con razón por la Iglesia con un culto especial. Y, en efecto, desde los tiempos más antiguos, se venera a la Santísima Virgen con el título de «Madre de Dios», bajo cuya protección se acogen los fieles suplicantes en todos sus peligros y necesidades…" (971; cf 1172).

El testimonio cristiano

– «Más bienaventurada es María al recibir a Cristo por la fe que al concebir en su seno la carne de Cristo» (San Agustín, virg.,3).

– «Celebramos hoy el octavo día del nacimiento del Salvador. Y veneramos tus maravillas, Señor, pues la que ha dado a luz es Madre y Virgen, y el que ha nacido es Niño y Dios. Con razón ha hablado el cielo, y los ángeles han anunciado su gozo; los pastores se alegraron, los magos fueron conducidos al pesebre; los reyes temblaron y coronaron con glorioso martirio a los inocentes» (San Agustín, 21 Sermón de Navidad).

Si Dios ha escogido a María como camino para encontrarse con la humanidad, la humanidad salvada por Cristo encontrará en la Virgen el camino para el encuentro con Dios.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DE SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

Santa María, Madre de Dios.

– Dios escogió a su Madre y la colmó de todos los dones y gracias.

I. *Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer…*, leemos en la Segunda lectura de la Misa.

Hace muy pocos días meditábamos su nacimiento lleno de sencillez en una cueva de Belén. Lo vimos pequeño, como un niño indefenso, en manos de su Madre que nos lo presentaba para que, llenos de confianza y piedad, lo adoráramos como a nuestro Redentor y Señor. Dios había tenido en cuenta todas las circunstancias que rodearon su nacimiento: el edicto de César Augusto, el empadronamiento, la pobreza de Belén… Pero, sobre todo, había previsto la Madre que lo traería al mundo. Esta Mujer, mencionada en diversas ocasiones en la Sagrada Escritura, había sido predestinada desde toda la eternidad. Ninguna otra obra de la creación cuidó Dios con más esmero, con más amor y sabiduría que aquella que, con su consentimiento libre, sería su Madre.

Nuestra Señora fue anunciada ya en los comienzos como triunfadora de la serpiente, que simboliza la entrada del mal en el mundo, como la Virgen que dará a luz al Emmanuel, al *Dios con nosotros*; y estuvo prefigurada en el arca de la alianza, en la casa de oro, por la torre de marfil… La escogió Dios entre todas las mujeres antes de los siglos, la amó más que a la totalidad de las criaturas, con un amor tal que puso en Ella, de un modo único, todas sus complacencias, la colmó de todas las gracias y dones, más que a los ángeles y los santos, la preservó de toda mancha de pecado o de imperfección, de tal manera que no se puede concebir una criatura más bella y más santa que quien había sido escogida para Madre del Salvador. Con razón han dicho los teólogos y los santos que Dios puede hacer un mundo mayor, pero no una madre más perfecta que su Madre. Y comenta San Bernardo: "¿Por qué hemos de asombrarnos si Dios, a quien contemplamos obrando maravillas en la Escritura y entre sus santos, quiso mostrarse aún más maravilloso con su Madre?".

La maternidad divina de María –enseña Santo Tomás de Aquino– sobrepasa todas las gracias o carismas, como el don de profecía, el don de lenguas, de hacer milagros… *Dios Omnipotente, Todopoderoso, Sapientísimo, tenía que escoger a su Madre.*

¿Tú, qué habrías hecho, si hubieras tenido que escogerla? Pienso que tú y yo habríamos escogido la que tenemos, llenándola de todas las gracias. Eso hizo Dios. Por tanto, después de la Santísima Trinidad, está María.

– Los teólogos establecen un razonamiento lógico de ese cúmulo de gracias, de ese no poder estar sujeta a satanás: convenía, Dios lo podía hacer, luego lo hizo. Es la gran prueba. La prueba más clara de que Dios rodeó a su Madre de todos los privilegios, desde el primer instante. Y así es: ¡hermosa, y pura, y limpia en alma y cuerpo!

Al mirar hoy a Nuestra Señora, Madre de Dios, que nos ofrece a su Hijo en brazos, hemos de dar gracias al Señor, pues "una de las grandes mercedes que Dios nos hizo además de habernos criado y redimido fue querer tener Madre, porque tomándola Él por suya nos la daba por nuestra".

– María y la Santísima Trinidad.

II. Enseña Santo Tomás de Aquino que María "es la única que junto a Dios Padre puede decir al Hijo divino: Tú eres mi Hijo". Nuestra Señora –escribe San Bernardo– "llama Hijo suyo al de Dios y Señor de los ángeles cuando con toda naturalidad le pregunta: *Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros?* ¿Qué ángel pudo tener el atrevimiento de decírselo (…)? Pero María, consciente de que es su Madre, llama familiarmente Hijo suyo a esa misma soberana majestad ante la que se postran los ángeles. Y Dios no se ofende porque le llamen lo que Él quiso ser". Es verdaderamente el Hijo de María.

En Cristo se distingue la generación eterna (su condición divina, la preexistencia del Verbo) de su nacimiento temporal. En cuanto Dios, es engendrado, no hecho, misteriosamente por el Padre ab aeterno, desde siempre; en cuanto hombre, nació, fue

hecho, de Santa María Virgen. Cuando llegó la plenitud de los tiempos el Hijo Unigénito de Dios, la Segunda Persona de la Trinidad Beatísima, asumió la naturaleza humana, es decir, el alma racional y el cuerpo formado en el seno purísimo de María. La naturaleza humana (alma y cuerpo) y la divina se unieron en la única Persona del Verbo. Desde aquel momento, Nuestra Señora, cuando dio su consentimiento a los requerimientos de Dios, se convirtió en Madre del Hijo de Dios encarnado, pues "así como todas las madres, en cuyo seno se engendra nuestro cuerpo, pero no el alma racional, se llaman y son verdaderamente madres, así también María, por la unidad de la Persona de su Hijo, es verdaderamente Madre de Dios".

En el Cielo, los ángeles y los santos contemplan con asombro el altísimo grado de gloria de María y conocen bien que esta dignidad le viene de que fue y sigue siendo para siempre la Madre de Dios, *Mater Creatoris*, *Mater Salvatoris*. Por eso, en las letanías, el primer título de gloria que se da a Nuestra Señora es el de *Sancta Dei Genitrix*, y los títulos que le siguen son los que convienen a la maternidad de Dios: Santa Virgen de las vírgenes, Madre de la divina gracia, Madre purísima, Madre castísima…

Por ser María verdadera Madre del Hijo de Dios hecho hombre, se sitúa en una estrechísima relación con la Santísima Trinidad. Es la Hija del Padre, como la llamaron los Padres de la Iglesia y el Magisterio antiguo y reciente. Con el Hijo, la Santísima Virgen tiene una estricta vinculación de consanguinidad, "por la que adquiere poder y dominio natural sobre Jesús… Y Jesús contrae con María los deberes de justicia que tienen los hijos para con sus padres". Con relación al Espíritu Santo, María es, según el pensamiento de los Padres, Templo y Sagrario, expresión que recoge también el Papa Juan Pablo II en su Magisterio. Ella es "la obra maestra de la Trinidad".

Esta obra maestra no es algo accidental en la vida del cristiano. "Ni siquiera es una persona adornada por Dios con tantos dones para que nos quedemos admirándola. Esta obra maestra de la Trinidad es Madre de Dios Redentor y, por ello, también Madre mía, de este pobre ser humano que soy yo, que es cada uno de los mortales". ¡Madre mía!, le hemos dicho tantas veces.

Hoy dirigimos el pensamiento a Ella llenos de alegría y de alabanza…, y de un santo orgullo. *¡Cómo gusta a los hombres que les recuerden su parentesco con personajes de la literatura, de la política, de la milicia, de la Iglesia!…*

– Canta ante la Virgen Inmaculada, recordándole:

Dios te salve, María, hija de Dios Padre: Dios te salve, María, Madre de Dios Hijo: Dios te salve, María, Esposa de Dios Espíritu Santo… ¡Más que tú, sólo Dios!

– Nuestra Madre.

III. *Salve, Mater misericordiae*, // *Mater spei et Mater veniae…* Salve, Madre de misericordia, // Madre de la esperanza y del perdón, // Madre de Dios y de la gracia, //

Madre rebosante de la santa alegría, le decimos hoy a Nuestra Madre del Cielo con un antiguo himno.

Con su desvelo de Madre, Nuestra Señora sigue prestando a su Hijo los cuidados que le ofreció aquí en la tierra. Ahora lo hace con nosotros, pues somos miembros del Cuerpo Místico de Cristo: ve a Jesús en cada cristiano, en todo hombre. Y como Corredentora, siente la urgencia de incorporarnos definitivamente a la vida divina. Ella será siempre la gran ayuda para vencer dificultades y tentaciones y la gran aliada en el apostolado que, como cristianos en medio del mundo, hemos de llevar a cabo en el lugar donde nos encontramos: *Invoca a la Santísima Virgen; no dejes de pedirle que se muestre siempre Madre tuya:* monstra te esse Matrem!, *y que te alcance, con la gracia de su Hijo, claridad de buena doctrina en la inteligencia, y amor y pureza en el corazón, con el fin de que sepas ir a Dios y llevarle muchas almas*. Esta jaculatoria – *monstra te esse Matrem!*–, tomada de la liturgia, nos puede servir para estar unidos a Ella especialmente en este día: ¡Madre mía!, ¡muestra que eres Madre!... en esta necesidad y en aquella otra..., con este amigo...que tarda en acercarse a tu Hijo...

Al comenzar un nuevo año, aprovechemos para hacer el propósito firme de recorrerlo día a día de la mano de la Virgen. Nunca iremos más seguros. Hagamos como el Apóstol San Juan, cuando Jesús le dio a María, en nombre de todos, como Madre suya: *Desde aquel momento* –escribe el Evangelista– *el discípulo la recibió en su casa*. ¡Con qué amor, con qué delicadeza la trataría! Así hemos de hacerlo nosotros en cada jornada de este nuevo año y siempre.

***

Madre de Dios y Madre nuestra

– Santa María, Madre de Dios.

I. Hemos contemplado muchas veces a María con el Niño en sus brazos, pues la piedad cristiana ha plasmado de mil formas diferentes la festividad que hoy celebramos: la Maternidad de María, el hecho central que ilumina toda la vida de la Virgen y fundamento de los otros privilegios con que Dios quiso adornarla. Hoy alabamos y damos gracias a Dios Padre porque María concibió a su Único Hijo *por obra y gracia del Espíritu Santo, y, sin perder la gloria de su virginidad, derramó sobre el mundo la luz eterna, Jesucristo nuestro Señor*. Y a Ella le cantamos en nuestro corazón: *Salve, Madre santa, Virgen, Madre del Rey*, pues realmente *la Madre ha dado a luz al Rey, cuyo nombre es eterno; la que lo ha engendrado tiene al mismo tiempo el gozo de la maternidad y la gloria de la virginidad*.

Santa María es la Señora, llena de gracia y de virtudes, concebida sin pecado, que es Madre de Dios y Madre nuestra, y está en los cielos en cuerpo y alma. La Sagrada Escritura nos habla de Ella como la más excelsa de todas las criaturas, la bendita, la más alabada entre las mujeres, la *llena de gracia*, la que *todas las generaciones llamarán bienaventurada*. La Iglesia nos enseña que María ocupa, después de Cristo, el lugar más

alto y el más cercano a nosotros, en razón de su maternidad divina. Ella, "por la gracia de Dios, después de su Hijo, fue exaltada sobre todos los ángeles y los hombres". *Por ti, Virgen María, han llegado a su cumplimiento los oráculos de los profetas que anunciaron a Cristo: siendo Virgen, concebiste al Hijo de Dios y, permaneciendo virgen, lo engendraste*.

El Espíritu Santo nos enseña en la Primera lectura de la Misa de hoy que, *al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley…* Jesús no apareció de pronto en la tierra venido del cielo, sino que se hizo realmente hombre, como nosotros, tomando nuestra naturaleza humana en las entrañas purísimas de la Virgen María. Jesús, en cuanto Dios, es engendrado eternamente, no hecho, por Dios Padre desde toda la eternidad. En cuanto hombre, nació, "fue hecho", de Santa María. "Me extraña en gran manera –dice por eso San Cirilo– que haya alguien que tenga alguna duda de si la Santísima Virgen ha de ser llamada Madre de Dios. Si nuestro Señor Jesucristo es Dios, ¿por qué razón la Santísima Virgen, que lo dio a luz, no ha de ser llamada Madre de Dios? Esta es la fe que nos transmitieron los discípulos del Señor, aunque no emplearan esta misma expresión. Así nos lo han enseñado también los Santos Padres". Así lo definió el Concilio de Éfeso.

Todas las fiestas de Nuestra Señora son grandes, porque constituyen ocasiones que la Iglesia nos brinda para demostrar con hechos nuestro amor a Santa María, –comenta San Josemaría Escrivá–. *Pero si tuviera que escoger una, entre esas festividades* –añade–*, prefiero la de hoy; la Maternidad divina de la Santísima Virgen […].*

Cuando la Virgen respondió que sí, libremente, a aquellos designios que el Creador le revelaba, el Verbo divino asumió la naturaleza humana: el alma racional y el cuerpo formado en el seno purísimo de María. La naturaleza divina y la humana se unían en una única Persona: Jesucristo, verdadero Dios y, desde entonces, verdadero Hombre; Unigénito eterno del Padre y, a partir de aquel momento, como Hombre, hijo verdadero de María: por eso Nuestra Señora es Madre del Verbo encarnado, de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad que ha unido a sí para siempre –sin confusión– la naturaleza humana. Podemos decir bien alto a la Virgen Santa, como la mejor alabanza, esas palabras que expresan su más alta dignidad: Madre de Dios.

A Nuestra Señora le será muy grato que en el día de hoy le repitamos, a modo de jaculatoria, las palabras del Avemaría: *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros*.

– Madre nuestra. Ayudas que nos presta.

II. "Nuestra Madre Santísima" es un título que damos frecuentemente a la Virgen, y que nos es especialmente querido y consolador. Ella es verdaderamente Madre nuestra, porque nos engendra continuamente a la vida sobrenatural.

"Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el templo, padeciendo con su Hijo cuando moría en la cruz, cooperó en forma enteramente impar a la obra del Salvador con la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad,

con el fin de restaurar la vida sobrenatural de las almas. Por eso es nuestra Madre en el orden de la gracia".

Esta maternidad de María "perdura sin cesar… hasta la consumación perpetua de todos los elegidos. Pues, asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. Con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligro y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada".

Jesús nos dio a María como Madre nuestra en el momento en que, clavado en la cruz, dirige a su Madre estas palabras: *Mujer, he ahí a tu hijo. Después dice al discípulo: He ahí a tu madre*.

"Así, de un modo nuevo, ha legado su propia Madre al hombre: al hombre a quien ha transmitido el Evangelio. La ha legado a todo hombre… Desde aquel día toda la Iglesia la tiene como Madre. Y todos los hombres la tienen como Madre. Entienden como dirigidas a cada uno las palabras pronunciadas desde la Cruz".

Jesús nos mira a cada uno: *He ahí a tu madre*, nos dice. Juan la acogió con cariño y cuidó de Ella con extremada delicadeza, *la introduce en su casa, en su vida. Los autores espirituales han visto en esas palabras, que relata el Santo Evangelio, una invitación dirigida a todos los cristianos para que pongamos también a María en nuestras vidas. En cierto sentido, resulta casi superflua esa aclaración. María quiere ciertamente que la invoquemos, que nos acerquemos a Ella con confianza, que apelemos a su maternidad, pidiéndole que se manifieste como nuestra Madre (*Monstra te esse Matrem. *Himno litúrgico* Ave maris stella). Al darnos Cristo a su Madre por Madre nuestra, manifiesta el amor a los suyos hasta el fin. Al aceptar la Virgen al Apóstol Juan como hijo suyo muestra Ella su amor de Madre con todos los hombres.

Ella ha influido de una manera decisiva en nuestra vida. Cada uno tiene su propia experiencia. Mirando hacia atrás vemos su intervención detrás de cada dificultad para sacarnos adelante, el empujón definitivo que nos hizo recomenzar de nuevo. "Cuando me pongo a considerar tantas gracias como he recibido de María Santísima, me parece ser como uno de esos santuarios marianos en cuyas paredes, recubiertas de *exvotos*, sólo se lee esta inscripción: "Por gracia recibida de María". Así me parece que estoy yo escrito por todas partes: "Por gracia recibida de María".

"Todo buen pensamiento, toda buena voluntad, todo buen sentimiento de mi corazón: "Por gracia de María"".

Podríamos preguntarnos en esta fiesta de Nuestra Señora si la hemos sabido acoger como San Juan, si le decimos muchas veces, *Monstra te esse matrem! ¡Muestra que eres Madre!,* demostrando con nuestras obras que deseamos ser buenos hijos suyos.

– La devoción a la Virgen nos lleva a Cristo. Comenzar el nuevo año junto a Ella.

III. La Virgen cumple su misión de Madre de los hombres intercediendo continuamente por ellos cerca de su Hijo. La Iglesia le da a María los títulos de "Abogada, Auxiliadora, Socorro y Mediadora", y Ella, con amor maternal, se encarga de alcanzarnos gracias ordinarias y extraordinarias, y aumenta nuestra unión con Cristo. Es más, "dado que María ha de ser justamente considerada como el camino por el que somos conducidos a Cristo, la persona que encuentra a María no puede menos de encontrar a Cristo igualmente".

La devoción filial a María es, pues, parte integrante de la vocación cristiana. En todo momento, hemos de recurrir, como por instinto, a Ella, que "consuela nuestro temor, aviva nuestra fe, fortalece nuestra esperanza, disipa nuestros temores y anima nuestra pusilanimidad".

Es fácil llegar hasta Dios a través de su Madre. Todo el pueblo cristiano, sin duda por inspiración del Espíritu Santo, ha tenido siempre esa certeza divina. Los cristianos han visto siempre en María un atajo –"senda por donde se abrevia el camino"– para llegar ante el Señor.

Dios y Señor nuestro, que por la maternidad virginal de María entregaste a los hombres los bienes de la salvación, concédenos experimentarla intercesión de aquella de quien hemos recibido a tu Hijo Jesucristo, el autor de la vida.

Con esta solemnidad de Nuestra Señora comenzamos un nuevo año. En verdad no puede haber mejor comienzo del año –y de todos los días de nuestra vida– que estando muy cerca de la Virgen. A Ella nos dirigimos con confianza filial, para que nos ayude a vivir santamente cada día del año; para que nos impulse a recomenzar si, porque somos débiles, caemos y perdemos el camino; para que interceda ante su divino Hijo a fin de que nos renovemos interiormente y procuremos crecer en amor de Dios y en servicio a nuestro prójimo. En las manos de la Virgen ponemos los deseos de identificarnos con Cristo, de santificar la profesión, de ser fieles evangelizadores. Repetiremos con más fuerza su nombre cuando las dificultades arrecien. Y Ella, que está siempre pendiente de sus hijos, cuando oiga su nombre en nuestros labios, vendrá con prisa a socorrernos. No nos dejará en el error o en el desvarío.

En el día de hoy, cuando contemplemos alguna imagen suya, le podemos decir, al menos mentalmente, sin palabras*, ¡Madre mía!*, y sentiremos que nos acoge y nos anima a comenzar este nuevo año que Dios nos regala, con la confianza de quien se sabe bien protegido y ayudado desde el Cielo.

Rev. D. Manel VALLS i Serra (Barcelona, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DE SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

«Los pastores fueron a toda prisa, y encontraron a María y a José, y al Niño acostado en el pesebre»

Hoy, la Iglesia contempla agradecida la maternidad de la Madre de Dios, modelo de su propia maternidad para con todos nosotros. Lucas nos presenta el "encuentro" de los pastores "con el Niño", el cual está acompañado de María, su Madre, y de José. La discreta presencia de José sugiere la importante misión de ser custodio del gran misterio del Hijo de Dios. Todos juntos, pastores, María y José, «con el Niño acostado en el pesebre» (Lc 2,16) son como una imagen preciosa de la Iglesia en adoración.

"El pesebre": Jesús ya está ahí puesto, en una velada alusión a la Eucaristía. ¡Es María quien lo ha puesto! Lucas habla de un "encuentro", de un encuentro de los pastores con Jesús. En efecto, sin la experiencia de un "encuentro" personal con el Señor no se da la fe. Sólo este "encuentro", el cual ha comportado un "ver con los propios ojos", y en cierta manera un "tocar", hace capaces a los pastores de llegar a ser testigos de la Buena Nueva, verdaderos evangelizadores que pueden dar «a conocer lo que les habían dicho acerca de aquel Niño» (Lc 2,17).

Se nos señala aquí un primer fruto del "encuentro" con Cristo: «Todos los que lo oyeron se maravillaban» (Lc 2,18). Hemos de pedir la gracia de saber suscitar este "maravillamiento", esta admiración en aquellos a quienes anunciamos el Evangelio.

Hay todavía un segundo fruto de este encuentro: «Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto» (Lc 2,20). La adoración del Niño les llena el corazón de entusiasmo por comunicar lo que han visto y oído, y la comunicación de lo que han visto y oído los conduce hasta la plegaria de alabanza y de acción de gracias, a la glorificación del Señor.

María, maestra de contemplación —«guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón» (Lc 2,19)— nos da Jesús, cuyo nombre significa "Dios salva". Su nombre es también nuestra Paz. ¡Acojamos en el corazón este sagrado y dulcísimo Nombre y tengámoslo frecuentemente en nuestros labios!

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DE SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

Reina y Madre de Misericordia

«Bienaventurados los misericordiosos porque ellos recibirán misericordia» (Mt 5, 7).

Eso dice Jesús.

Se refiere a ti, sacerdote, y se refiere a Él, porque Él es la misericordia misma.

La misericordia de Dios ha nacido del vientre inmaculado y puro de una mujer.

Su nombre es María.

La misericordia de Dios ha sido enviada y ha nacido al mundo.

Su nombre es Jesús.

La misericordia ha sido derramada para el mundo desde el martirio del Hijo de Dios en una cruz, para que llegue a todos los rincones del mundo, a través de los que Él mismo ha llamado y ha elegido, y ha destinado para que sean bienaventurados.

Ese eres tú, sacerdote.

Nacido en el mundo, pero elegido desde antes de nacer, para no ser del mundo, sino para ser bienaventurado.

Eso es a lo que tú, sacerdote, estás llamado, para ser pobre de espíritu y limpio de corazón, para ser manso y tener hambre y sed de justicia, para derramar lágrimas y llorar, pero para trabajar por la paz, para ser perseguido por causa de la justicia, para recibir injurias y ser perseguido por la causa de Cristo, para ser por Él, con Él y en Él, la misericordia misma.

Bienaventurado seas, sacerdote, porque a eso estás llamado, para eso has sido elegido, para eso has sido consagrado, y para eso has sido destinado, porque para eso has nacido.

Tu nombre es Cristo, Profeta de las naciones, Pastor, Sacerdote, Guía, Padre, Maestro, Regidor, Apóstol, Discípulo de amor, y has nacido para ser en todo igual que el Rey, para proclamar la Buena Nueva y establecer su Reino en la tierra.

Pero para ser como Él, un verdadero Sacerdote, Profeta y Rey, debes conocerlo.

El que quiera conocer al Hijo, que conozca a la Madre.

María, su nombre es María.

Ella es Reina y es Madre. Es tu Reina, sacerdote, y es tu Madre.

Ella es Madre de gracia y de misericordia.

Ella es quien te ha visto nacer y quien te ha recostado en un pesebre, que es altar y es cruz, que es sepulcro y es gloria de resurrección, que es signo de vida, y es desde donde brilla tu luz al mundo, para que llegue la luz de Jesús y su misericordia a todos los rincones del mundo.

Es ella quien te abraza y te envuelve en pañales para que no tengas frío.

Es ella quien te alimenta con sus pechos para que no tengas hambre, para que no tengas sed.

Es ella quien procura tu salud, y quien te protege con su manto durante la persecución para que mantengas tu libertad.

Es ella quien te procura un techo y te acoge como verdadero hijo, porque Ella es verdadera Madre.

Es ella quien te ayuda a perseverar en la fe, en la esperanza y en el amor, y te sostiene en la cruz para ayudarte a morir al mundo y recostarte en el pesebre que es altar, es cruz y es sepulcro, para que nazcas, para que vivas, para que mueras, para que resucites por Cristo, con Él y en Él, y vivas con Cristo resucitado en el mundo, para que lleves su misericordia a todos los hombres, para que todos los hombres se salven.

Ella es quien te acompaña cuando todos se han ido.

Ella es quien te recibe en sus brazos para que descanses cuando no tienes un sitio en donde reclinar tu cabeza.

Ella es quien te enseña, quien te aconseja, quien te ayuda a reconocer tus errores y a pedir perdón.

Ella es quien te consuela, quien te perdona y tiene paciencia cuando te equivocas, pero te corrige con amor, porque ella conoce tu fragilidad, tu debilidad, tu humanidad, pero ella ora por ti y te ayuda a mantenerte en la divinidad de Aquél que te ha configurado con Él, para que seas lo que has venido a ser: un bienaventurado hijo de Dios, para darle gloria a tu Padre, cuando cumplas tu misión, llevando en tu ministerio esa gloria de Dios que decide compartir con los hombres, porque los ama.

Tanto los ama, que te envía a ti sacerdote, como envió a su Hijo al mundo, para que todo el que crea en Él y en que Él es el Hijo de Dios, tenga vida eterna, para que todo el que crea en Él se acerque a ti, para recibir la misericordia de Dios Padre, que los hace hijos, para darles su heredad que es el Cielo, el Paraíso, la Eternidad compartida por Cristo, con Él y en Él, contigo.

Conoce a la Madre, sacerdote, para que conozcas al Hijo, para que seas como Él: Bienaventurado.

Eso es lo que tú has sido llamado a ser.

Para ser como Cristo, primero debes ser hijo.

Para ser Cristo, debes configurar tu vida con la vida de Él.

Y no hay mejor maestra que su Madre.

Su nombre es María.

(*Espada de Dos Filos* I, n. 38)

La Epifanía del Señor

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Homilías y Ángelus 2014-2018**
- **BENEDICTO XVI – Todas sus homilías en archivo aparte**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES (La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes)**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Rev. D. Joaquim VILLANUEVA i Poll (Barcelona, España) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

UN ECUMENISMO AMPLIO

Is 60, 1-6; Sal 7; 1 Ef 2, 3.5-6; Mt 2,1-12

El profeta Isaías no se cierra dentro de un judaísmo estrecho, sino que se revela abierto y ecuménico: "caminarán los pueblos a tu luz, los reyes al resplandor de tu alborada (v. 3)".

El llamado tercer Isaías es muy sensible a los grandes horizontes de fe y de esperanza, como lo atestigua la célebre proclamación profética del capítulo 61, que leen en clave mesiánica tanto el judaísmo como Jesús (Lc 4, 18-19). Tal actitud sigue exhibiéndose en el Evangelio de Mateo por medio de los magos. Son extranjeros, provenientes de un Oriente lejano y, al mismo tiempo, protagonistas de la narración de la estrella de Belén. Sólo ellos logran distinguida del resto de las estrellas e interpretar su significado. En síntesis, las lecturas hablan de un ecumenismo amplio, no sólo entre cristianos, sino entre la fe cristiana y las otras religiones.

ANTÍFONA DE ENTRADA **Cfr. M13, 1; 1 Cro 19, 12**

Miren que ya viene el Señor todopoderoso; en su mano están el reino y la potestad y el imperio.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, que en este día manifestaste a tu Unigénito a las naciones, guiándolas por la estrella, concede a los que ya te conocemos por la fe, que lleguemos a contemplar la hermosura de tu excelsa gloria. Por nuestro Señor Jesucristo…

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

La gloria del Señor alborea sobre ti.

Del libro del profeta Isaías: 60, 1-6

Levántate y resplandece, Jerusalén, porque ha llegado tu luz y la gloria del Señor alborea sobre ti. Mira:

las tinieblas cubren la tierra y espesa niebla envuelve a los pueblos; pero sobre ti resplandece el Señor y en ti se manifiesta su gloria. Caminarán los pueblos a tu luz y los reyes al resplandor de tu aurora.

Levanta los ojos y mira alrededor: todos se reúnen y vienen a ti; tus hijos llegan de lejos, a tus hijas las traen en brazos. Entonces verás esto radiante de alegría; tu corazón se alegrará y se ensanchará cuando se vuelquen sobre ti los tesoros del mar y te traigan las riquezas de los pueblos. Te inundará una multitud de camellos y dromedarios, procedentes de Madián y de Efá. Vendrán todos los de Sabá trayendo incienso y oro y proclamando las alabanzas del Señor.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 71, 2.7-8.10-11.12-13.

R/. Que te adoren, Señor, todos los pueblos.

Comunica, Señor, al rey tu juicio, y tu justicia al que es hijo de reyes; así tu siervo saldrá en defensa de tus pobres y regirá a tu pueblo justamente. ***R/.***

Florecerá en sus días la justicia y reinará la paz, era tras era. De mar a mar se extenderá su reino y de un extremo al otro de la tierra. ***R/.***

Los reyes de Occidente y de las islas le ofrecerán sus dones. Ante él se postrarán todos los reyes y todas las naciones. ***R/.***

Al débil librará del poderoso y ayudará al que se encuentra sin amparo; se apiadará del desvalido y pobre y salvará la vida al desdichado. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

También los paganos participan de la misma herencia que nosotros.

De la carta del apóstol san Pablo a los efesios: 3, 2-3a. 5-6

Hermanos: Han oído hablar de la distribución de la gracia de Dios, que se me ha confiado en favor de ustedes. Por revelación se me dio a conocer este misterio, que no había sido manifestado a los hombres en otros tiempos, pero que ha sido revelado ahora por el Espíritu a sus santos apóstoles y profetas: es decir, que por el Evangelio, también los paganos son coherederos de la misma herencia, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la misma promesa en Jesucristo.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Cfr. Mt 2, 2

R/. Aleluya, aleluya.

Hemos visto su estrella en el Oriente y hemos venido a adorar al Señor. ***R/.***

EVANGELIO

Hemos venido de Oriente para adorar al rey de los judíos.

+ Del santo Evangelio según san Mateo: 2, 1-12

Jesús nació en Belén de Judá, en tiempos del rey Herodes. Unos magos de Oriente llegaron entonces a Jerusalén y preguntaron: “¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Porque vimos surgir su estrella y hemos venido a adorarlo”.

Al enterarse de esto, el rey Herodes se sobresaltó y toda Jerusalén con él. Convocó entonces a los sumos sacerdotes y a los escribas del pueblo y les preguntó dónde tenía que nacer el Mesías. Ellos le contestaron: “En Belén de Judá, porque así lo ha escrito el profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres en manera alguna la menor entre las ciudades ilustres de Judá, pues de ti saldrá un jefe, que será el pastor de mi pueblo, Israel”.

Entonces Herodes llamó en secreto a los magos, para que le precisaran el tiempo en que se les había aparecido la estrella y los mandó a Belén, diciéndoles: “Vayan a averiguar cuidadosamente qué hay de ese niño y, cuando lo encuentren, avísenme para que yo también vaya a adorarlo”. Después de oír al rey, los magos se pusieron en camino, y de pronto la estrella que habían visto surgir, comenzó a guiarlos, hasta que se detuvo encima de donde estaba el niño. Al ver de nuevo la estrella, se llenaron de inmensa alegría.

Entraron en la casa y vieron al niño con María, su madre, y postrándose, lo adoraron. Después, abriendo sus cofres, le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra. Advertidos durante el sueño de que no volvieran a Herodes, regresaron a su tierra por otro camino.

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Mira con bondad, Señor, los dones de tu Iglesia, que no consisten ya en oro, incienso y mirra, sino en lo que por esos dones se representa, se inmola y se recibe como alimento, Jesucristo, Señor nuestro. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Cfr. Mt 2, 2

Hemos visto su estrella en el Oriente y venimos con regalos a adorar al Señor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Te pedimos, Señor, que tu luz celestial siempre y en todas partes vaya guiándonos, para que contemplemos con ojos puros y recibamos con amor sincero el misterio del que quisiste hacernos partícipes. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

Todos vendrán de Sabá cargados de oro e incienso (Is 60,1-6)

1ª lectura

Estos versos son el comienzo de un magnífico himno a Jerusalén (*Is* 60,1-22), la ciudad restaurada e idealizada que el profeta no necesita nombrar expresamente. La luminosidad, como característica más notable de la capital, abre y cierra el poema (vv. 1-3 y 19-22): brota de la gloria del Señor, que ha puesto su morada en ella, en su Templo, y atrae a todas las naciones no sólo porque las instruye con la Ley y la palabra de Dios, como se cantaba al inicio del libro (2,2-4; cfr *Mi* 4,1-3), sino porque las asombra con su esplendor. El centro del poema es una contemplación gozosa de las peregrinaciones hacia la ciudad santa: allá vienen, en primer lugar, los israelitas que habían sido dispersados por todas las naciones; vienen gozosos y cargados de riquezas para el Señor (vv. 4-9). Llegan también los extranjeros, que con sus bienes más preciados reconstruirán y embellecerán lo que antes habían derruido. La pleitesía que han de tributar corresponde a las antiguas vejaciones que le habían infligido (vv. 10-14). Pero, sobre todo, llega el Señor, que junto con los adornos más valiosos trae la paz (vv. 15-18) y la luz (vv. 19-22). Tales expectativas debieron de llenar de esperanza a los habitantes de Jerusalén, que acababan de reconstruir el Templo.

Destaca el carácter universalista y, a la vez, familiar de esta peregrinación: vienen de todas partes, pero son hijos, no extraños (v. 4). El grupo de peregrinos lo componen los

que estaban dispersos por todo el mundo entonces conocido, y no sólo los desterrados en Babilonia. Los del oeste llegarían por mar (v. 5), portando las riquezas que solían traer los mercaderes portuarios, griegos y fenicios especialmente. Los del este, provenientes de la península de Arabia (Quedar y Nebayot) y más allá, vendrían entre los grupos de caravaneros con las riquezas propias de aquellas regiones: plata, oro, etc., (v. 6).

El relato de los magos que llegan a adorar a Jesús con presentes refleja este comercio desde oriente y probablemente está relacionado con el texto de Isaías. En todo caso, al leer el pasaje en la Solemnidad de Epifanía la liturgia cristiana entiende que aquellas riquezas traídas al Templo en reconocimiento del Señor prefiguran las ofrendas que los magos presentaron a Aquel que es en plenitud «el Señor, tu Dios, el Santo de Israel» (*Is* 60,9).

«Hoy el mago encuentra llorando en la cuna a aquel que, resplandeciente, buscaba en las estrellas. Hoy el mago contempla claramente entre pañales a aquel que, encubierto, buscaba pacientemente en los astros. Hoy el mago discierne con profundo asombro lo que allí contempla: el cielo en la tierra, la tierra en el cielo, el hombre en Dios, y Dios en el hombre; y a aquel que no puede ser encerrado en todo el universo incluido en un cuerpo de niño. Y, viendo, cree y no duda; y lo proclama con sus dones místicos: el incienso para Dios, el oro para el Rey, y la mirra para el que morirá. Hoy el gentil, que era el último, ha pasado a ser el primero, pues entonces la fe de los magos consagró la creencia de las naciones» (S. Pedro Crisólogo, *Sermones* 160).

Y Eusebio de Cesarea comenta: «Pues la Iglesia de Dios es glorificada especialmente por la conversión de los gentiles. Éste es el cumplimiento de Y mi casa de oración será glorificada. Esta promesa fue hecha a la antigua Jerusalén, la madre de la nueva ciudad, que, como ya se ha dicho, es el conjunto de los que en el antiguo pueblo vivieron rectamente: los profetas y patriarcas, hombres justos, a los que el logos proclamó primero la venida de Cristo» (*Commentaria in Isaiam* 60,6-7).

También los paganos participan de nuestra herencia (Ef 3,2-3a.5-6)

2ª lectura

En el Antiguo Testamento se había revelado por la promesa hecha a Abrahán, que en su descendencia serían bendecidas todas las naciones de la tierra (cfr *Gen* 12,3; *Sir* 44,21). Pero la forma en que se iba a realizar aquella bendición no había sido desvelada. Los judíos siempre pensaron que sería a través de su exaltación, como pueblo, entre todos los demás pueblos. San Pablo descubre, a la luz de cuanto Jesucristo le reveló, que no ha sido ese el camino elegido por Dios, sino la incorporación de los gentiles a la Iglesia, Cuerpo de Cristo, en igualdad con los judíos. Esto constituye el «Misterio», el plan de Dios tal como se ha dado a conocer en la misión que Cristo confió a sus apóstoles o enviados (cfr *Mt* 28,19), entre los que se cuenta también el mismo San Pablo (cfr 3,8).

Junto a los apóstoles se mencionan los profetas, que pueden ser o los del Antiguo Testamento que anunciaron al Mesías, o los del Nuevo, es decir, los mismos apóstoles y

otros cristianos que tuvieron conocimiento, por revelación, del plan de salvación de los gentiles y lo proclamaron movidos por el Espíritu de Dios. El contexto y otros pasajes de la carta a los Efesios, inclinan a pensar que se trata de los profetas del Nuevo. La revelación que el Espíritu Santo ha hecho a éstos acerca del Misterio tiene como finalidad «que prediquen el Evangelio, susciten la fe en Jesús Mesías y Señor, y congreguen a la Iglesia» (*Dei Verbum*, n. 17). San Pablo no se considera el único conocedor del Misterio revelado en Jesucristo. Únicamente testimonia que él también lo conoce por gracia de Dios y que le ha sido confiada su predicación de una manera particular, como a San Pedro se le confió la predicación entre los judíos (cfr *Ga* 2,7).

San Pablo atribuye al Espíritu Santo la revelación del Misterio, recordando, tal vez, cómo llegó él mismo a conocerlo tras el encuentro con Jesucristo en el camino de Damasco (cfr *Hch* 9,17). El Espíritu es el que ha actuado también en los Apóstoles y Profetas (cfr *Hch* 2,17), y el que vivifica permanentemente a la Iglesia para que ésta proclame el Evangelio. «Él es el alma de esta Iglesia –enseña el Papa Pablo VI–. Él es quien explica a los fieles el sentido profundo de las enseñanzas de Jesús y su misterio. Él es quien, hoy igual que en los comienzos de la Iglesia, actúa en cada evangelizador que se deja poseer y conducir por él, y pone en los labios las palabras que por sí solo no podría hallar, predisponiendo también el alma del que escucha para hacerla abierta y acogedora de la Buena Nueva y del reino anunciado» (*Evangelii nuntiandi*, n. 75).

Hemos venido de oriente para adorar al rey de los judíos (Mt 2, 1-12)

Evangelio

El primer capítulo del evangelio enseñaba el origen de Jesús y este segundo se dedica a su misión, al destino de su vida. Jesús es el Mesías, un rey a la manera de un nuevo y más grande David, en el que se han cumplido las profecías: la estrella que anuncia su nacimiento (cfr *Nm* 24,17), la ciudad de Belén en la que nace (cfr *Mi* 5,1), la sumisión a Dios de los reyes de la tierra que ofrecen sus dones y le adoran (*Is* 49,23; 60,5-6; *Sal* 72,10-15). Pero es también el Hijo de Dios que cumple la obra de la salvación que Israel –también llamado hijo de Dios en el Antiguo Testamento (*Ex* 4,22-23; *Os* 11,1; etc.)– no supo llevar a cabo (cfr 2,15). Si Jesús es el iniciador del nuevo pueblo de Dios, estos magos, al no ser judíos, representan a las primicias de los gentiles que recibirán la llamada de la salvación en Jesucristo. Así lo entendió la Iglesia al celebrarlos en la solemnidad de la Epifanía: «Que todos los pueblos vengan a incorporarse a la familia de los patriarcas, y que los hijos de la promesa reciban la bendición de la descendencia de Abrahán (…). Que todas las naciones, en la persona de los tres Magos, adoren al Autor del universo, y que Dios sea conocido, no ya sólo en Judea, sino también en el mundo entero, para que por doquier sea grande su nombre en Israel» (S. León Magno, *Sermo 3 in Epiphania Domini* 2).

«Después de nacer Jesús en Belén de Judá en tiempos del rey Herodes, unos magos…» (v. 1). El relato sirve en primer lugar para situar el contexto histórico: Jesús

nació en tiempos de Herodes el grande. Este Herodes –padre de Herodes Antipas (14,1-12), abuelo de Herodes Agripa I (*Hch* 12,1-23) y bisabuelo de Herodes Agripa II (*Hch* 25,13-26,32)– no era judío sino idumeo, pero consiguió reinar con la ayuda y en vasallaje al Imperio Romano. En su reinado, desplegó una gran actividad pública y reconstruyó lujosamente el Templo de Jerusalén. Es célebre por su crueldad: mató a la mayoría de sus mujeres, a varios de sus hijos y a un buen número de personajes influyentes. El evangelio nos dice muy pocas cosas sobre la identidad de estos magos. Tradiciones tardías especificaron su origen y número. La más conocida viene del evangelio apócrifo armeno, que nos dice que los magos eran tres reyes, hermanos, originarios de Persia, llamados Melchor, Gaspar y Baltasar.

Con la pregunta: «¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?» (v. 2), Mateo presenta como en contraste dos reyes, Herodes y Jesús, con dos modos de reinar diferentes: el de Herodes, cruel e inhumano (vv. 16-18), y el de Jesús, lleno de mansedumbre (21,5). El relato, con la profecía de Miqueas (v. 6) y su cumplimiento en el Niño nacido en Belén, mostrará que el verdadero rey es Jesús.

«Vimos su estrella en Oriente» (v. 2). Los intentos de identificar la estrella como un cometa o como una conjunción de astros no han dado resultados satisfactorios. Según ideas difundidas en la época, el nacimiento de los personajes importantes estaba relacionado con ciertos movimientos de los astros. Dios pudo valerse de esas nociones para conducirles hasta Jesucristo. En esa perspectiva, el sentido del pasaje es claro: los magos comienzan su itinerario desde la revelación de Dios en la naturaleza, la estrella, pero tienen que pasar por la revelación en las Escrituras de Israel (v. 5) para encontrar al verdadero Dios: «Nace Cristo Dios, hecho hombre mediante la incorporación de una carne dotada de alma inteligente; el mismo que había otorgado a las cosas proceder de la nada. Mientras tanto, brilla en lo alto la estrella del Oriente y conduce a los Magos al lugar en que yace la Palabra encarnada; con lo que muestra que hay en la Ley y los Profetas una palabra místicamente superior, que dirige a las gentes a la suprema luz del conocimiento. Así pues, la palabra de la Ley y de los Profetas, entendida alegóricamente, conduce, como una estrella, al pleno conocimiento de Dios a aquellos que fueron llamados por la fuerza de la gracia, de acuerdo con el designio divino» (S. Máximo el Confesor, *Centuria* 1,9).

Los dones señalados en el v. 11 recuerdan la promesa de Dios a Israel (Is 60,1-6) de ser centro y destino de los reyes de la tierra: los augurios de felicidad del texto de Isaías se evocan incluso en los superlativos del v. 10. Los dones ofrecidos eran muy preciados en Oriente y tenían también su significación. San Hilario de Poitiers (*Commentarius in Mattheum* 1,5) ve en ellos una confesión del ser de Jesús: recibe el oro como rey, el incienso como Dios, y la mirra como hombre.

SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

La Manifestación del Señor

1. Hace pocos días celebramos la fecha en que el Señor nació de los judíos; hoy celebramos aquella en que fue adorado por los gentiles. *La salvación, en efecto, viene de los judíos;* pero esta *salvación llega hasta los confines de la tierra,* pues en aquel día lo adoraron los pastores y hoy los magos. A aquéllos se lo anunciaron los ángeles, a éstos una estrella. Unos y otros lo aprendieron del cielo cuando vieron en la tierra al rey del cielo para que fuese realidad la *gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. Él es, en efecto, nuestra paz, quien hizo de los dos uno.* Por eso este niño nacido y anunciado se muestra como piedra angular; ya desde su mismo nacimiento se manifestó como tal. Ya entonces comenzó a unir en sí mismo a dos paredes que traían distinta dirección, guiando a los pastores de Judea y a los magos de Oriente *para hacer en sí mismo, de los dos, un solo hombre nuevo, estableciendo la paz; paz a los de lejos y paz a los de cerca.* De aquí que unos, acercándose desde la vecindad aquel mismo día, y otros, llegando desde la lejanía en la fecha de hoy, han marcado para la posteridad estos dos días festivos; pero unos y otros vieron la única luz del mundo.

2. Pero hoy hemos de hablar de aquellos a quienes la fe condujo a Cristo desde tierras lejanas. Llegaron y preguntaron por él, diciendo: *¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Hemos visto su estrella en el oriente y venimos a adorarlo.* Anuncian y preguntan, creen y buscan, como simbolizando a quienes caminan en la fe y desean la realidad. ¿No habían nacido ya anteriormente en Judea otros reyes de los judíos? ¿Qué significa el que éste sea reconocido por unos extranjeros en el cielo y sea buscado en la tierra, que brille en lo alto y esté oculto en lo humilde? Los magos ven la estrella en oriente y comprenden que ha nacido un rey en Judea. ¿Quién es este rey tan pequeño y tan grande, que aún no habla en la tierra y ya publica sus decretos en el cielo? Sin embargo, pensando en nosotros, que deseaba que le conociésemos por sus escrituras santas, quiso que también los magos, a quienes había dado tan inequívoca señal en el cielo y a cuyos corazones había revelado su nacimiento en Judea, creyesen lo que sus profetas habían hablado de él. Buscando la ciudad en que había nacido el que deseaban ver y adorar, se vieron precisados a preguntar a los príncipes de los sacerdotes; de esta manera, con el testimonio de la Escritura, que llevaban en la boca, pero no en el corazón, los judíos, aunque infieles, dieron respuesta a los creyentes respecto a la gracia de la fe. Aunque mentirosos por sí mismos, dijeron la verdad en contra suya. ¿Era mucho pedir que acompañasen a quienes buscaban a Cristo cuando les oyeron decir que, tras haber visto la estrella, venían ansiosos a adorarlo? ¿Era mucho el que ellos, que les habían dado las indicaciones de acuerdo con los libros sagrados, los condujesen a Belén de Judá, y juntos viesen, comprendiesen y lo adorasen? Después de haber mostrado a otros la fuente de la vida, ellos mismos murieron de sed. Se convirtieron en piedras miliarias: indicaron algo a los viajeros, pero ellos se quedaron inmóviles y sin sentido. Los magos buscaban con el

deseo de hallar; Herodes para perder; los judíos leían en qué ciudad había de nacer, pero no advertían el tiempo de su llegada. Entre el piadoso amor de los magos y el cruel temor de Herodes, ellos se esfumaron después de haberles indicado a Belén. A Cristo, que allí había nacido, al que no buscaron entonces, pero al que vieron después, habían de negarlo, como habían de darle muerte; no entonces, cuando aún no hablaba, sino después, cuando predicaba. Más dicha aportó, pues, la ignorancia de aquellos niños a quienes Herodes, aterrado, persiguió que la ciencia de aquellos que él mismo, asustado, consultó. Los niños pudieron sufrir por Cristo, a quien aún no podían confesar; los judíos pudieron conocer la ciudad en que nacía, pero no siguieron la verdad del que enseñaba.

3. La misma estrella llevó a los magos al lugar preciso en que se hallaba, niño sin habla, el Dios Palabra. Avergüéncese ya la necedad sacrílega y –valga la expresión– cierta indocta doctrina que juzga que Cristo nació bajo el influjo de los astros, porque está escrito en el evangelio que, cuando él nació, los magos vieron en oriente su estrella. Cosa que no sería cierta ni aun en el caso de que los hombres naciesen bajo tal influjo, puesto que ellos no nacen, como el Hijo de Dios, por propia voluntad, sino en la condición propia de la naturaleza mortal. Ahora, no obstante, dista tanto de la verdad el decir que Cristo nació bajo el hado de los astros, que quien tiene la recta fe en Cristo ni siquiera cree que hombre alguno nació de esa manera. Expresen los hombres vanos sus insensatas opiniones acerca del nacimiento de los hombres, nieguen la voluntad para pecar libremente, finjan la necesidad que defienda sus pecados; intenten colocar también en el cielo las perversas costumbres que los hacen detestables a todos los hombres de la tierra y mientan haciéndolas derivar de los astros; pero mire cada uno de ellos con qué poder gobierna no ya su vida, sino su familia; pues, si así piensan, no les está permitido azotar a sus siervos cuando pecan en su casa sin antes obligarse a blasfemar contra sus dioses, que irradian la luz desde el cielo. Más por lo que respecta a Cristo, ni siquiera conformándose a sus vanas conjeturas y a sus libros, a los que llamaré no fatídicos, sino falsos, pueden pensar que nació bajo la ley de los astros por el hecho de que, cuando él nació, los magos vieron una estrella en oriente. Aquí Cristo aparece más bien como señor que como sometido a ella, pues la estrella no mantuvo en el cielo su ruta sideral, sino que mostró el camino hasta el lugar en que había nacido a los hombres que buscaban a Cristo.

En consecuencia, no fue ella la que de forma maravillosa hizo que Cristo viviera, sino que fue Cristo quien la hizo aparecer de forma extraordinaria. Tampoco fue ella la que decretó las acciones maravillosas de Cristo, sino que Cristo la mostró entre sus obras maravillosas. El, nacido de madre, desde el cielo mostró a la tierra un nuevo astro; él que, nacido del Padre, hizo el cielo y la tierra. Cuando él nació apareció con la estrella una luz nueva; cuando él murió se veló con el sol la luz antigua. Cuando él nació, los habitantes del cielo brillaron con un nuevo honor; cuando él murió, los habitantes del infierno se estremecieron con un nuevo temor. Cuando él resucitó, los discípulos ardieron de un nuevo amor, y cuando él ascendió, los cielos se abrieron con nueva sumisión. Celebremos, pues, con devota solemnidad también este día, en el que los magos, procedentes de la

gentilidad, adoraron a Cristo una vez conocido, como ya celebramos aquel día en que los pastores de Judea vieron a Cristo una vez nacido. El mismo Señor y Dios nuestro eligió a los apóstoles de entre los judíos como pastores para congregar, por medio de ellos, a los pecadores que iban a ser salvados de entre los gentiles.

(*Sermón 199, 1-3*, O.C. (4), BAC, Madrid, 1982, pp. 75-80)

FRANCISCO – Homilías y Ángelus 2014 -2018

IR A ÍNDICE DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

HOMILÍA 2014

Buscar la Luz y proteger la fe

«*Lumen requirunt lumine*». Esta sugerente expresión de un himno litúrgico de la Epifanía se refiere a la experiencia de los Magos: siguiendo *una* luz, buscan *la* Luz. La estrella que aparece en el cielo enciende en su mente y en su corazón una luz que los lleva a buscar la gran Luz de Cristo. Los Magos siguen fielmente aquella luz que los ilumina interiormente y encuentran al Señor.

En este recorrido que hacen los Magos de Oriente está simbolizado el destino de todo hombre: nuestra vida es un camino, iluminados por luces que nos permiten entrever el sendero, hasta encontrar la plenitud de la verdad y del amor, que nosotros cristianos reconocemos en Jesús, Luz del mundo. Y todo hombre, como los Magos, tiene a disposición dos grandes "libros" de los que sacar los signos para orientarse en su peregrinación: el libro de la creación y el libro de las Sagradas Escrituras. Lo importante es estar atentos, vigilantes, escuchar a Dios que nos habla, siempre nos habla. Como dice el Salmo, refiriéndose a la Ley del Señor: «Lámpara es tu palabra para mis pasos, / luz en mi sendero» (*Sal* 119,105). Sobre todo, escuchar el Evangelio, leerlo, meditarlo y convertirlo en alimento espiritual nos permite encontrar a Jesús vivo, hacer experiencia de Él y de su amor.

En la primera Lectura resuena, por boca del profeta Isaías, el llamado de Dios a Jerusalén: «¡Levántate, brilla!» (60,1). Jerusalén está llamada a ser la ciudad de la luz, que refleja en el mundo la luz de Dios y ayuda a los hombres a seguir sus caminos. Ésta es la vocación y la misión del Pueblo de Dios en el mundo. Pero Jerusalén puede desatender esta llamada del Señor. Nos dice el Evangelio que los Magos, cuando llegaron a Jerusalén, de momento perdieron de vista la estrella. No la veían. En especial, su luz falta en el palacio del rey Herodes: aquella mansión es tenebrosa, en ella reinan la oscuridad, la desconfianza, el miedo, la envidia. De hecho, Herodes se muestra receloso e inquieto por el nacimiento de un frágil Niño, al que ve como un rival. En realidad, Jesús no ha venido a derrocarlo a él, ridículo fantoche, sino al Príncipe de este mundo. Sin embargo, el rey y sus consejeros sienten que el entramado de su poder se resquebraja, temen que cambien las reglas de juego, que las apariencias queden desenmascaradas. Todo un mundo

edificado sobre el poder, el prestigio, el tener, la corrupción, entra en crisis por un Niño. Y Herodes llega incluso a matar a los niños: «Tú matas el cuerpo de los niños, porque el temor te ha matado a ti el corazón» –escribe san Quodvultdeus (*Sermón 2 sobre el Símbolo*: *PL* 40, 655). Es así: tenía temor, y por este temor pierde el juicio.

Los Magos consiguieron superar aquel momento crítico de oscuridad en el palacio de Herodes, porque creyeron en las Escrituras, en la palabra de los profetas que señalaba Belén como el lugar donde había de nacer el Mesías. Así escaparon al letargo de la noche del mundo, reemprendieron su camino y de pronto vieron nuevamente la estrella, y el Evangelio dice que se llenaron de «inmensa alegría» (*Mt* 2,10). Esa estrella que no se veía en la oscuridad de la mundanidad de aquel palacio.

Un aspecto de la luz que nos guía en el camino de la fe es también la santa "astucia". Es también una virtud, la santa "astucia". Se trata de esa sagacidad espiritual que nos permite reconocer los peligros y evitarlos. Los Magos supieron usar esta luz de "astucia" cuando, de regreso a su tierra, decidieron no pasar por el palacio tenebroso de Herodes, sino marchar por otro camino. Estos sabios venidos de Oriente nos enseñan a no caer en las asechanzas de las tinieblas y a defendernos de la oscuridad que pretende cubrir nuestra vida. Ellos, con esta santa "astucia", han protegido la fe. Y también nosotros debemos proteger la fe. Protegerla de esa oscuridad. Esa oscuridad que a menudo se disfraza incluso de luz. Porque el demonio, dice san Pablo, muchas veces se viste de ángel de luz. Y entonces es necesaria la santa "astucia", para proteger la fe, protegerla de los cantos de las sirenas, que te dicen: «Mira, hoy debemos hacer esto, aquello…» Pero la fe es una gracia, es un don. Y a nosotros nos corresponde protegerla con la santa "astucia", con la oración, con el amor, con la caridad. Es necesario acoger en nuestro corazón la luz de Dios y, al mismo tiempo, practicar aquella astucia espiritual que sabe armonizar la sencillez con la sagacidad, como Jesús pide a sus discípulos: «Sean sagaces como serpientes y simples como palomas» (*Mt* 10,16).

En esta fiesta de la Epifanía, que nos recuerda la manifestación de Jesús a la humanidad en el rostro de un Niño, sintamos cerca a los Magos, como sabios compañeros de camino. Su ejemplo nos anima a levantar los ojos a la estrella y a seguir los grandes deseos de nuestro corazón. Nos enseñan a no contentarnos con una vida mediocre, de "poco calado", sino a dejarnos fascinar siempre por la bondad, la verdad, la belleza… por Dios, que es todo eso en modo siempre mayor. Y nos enseñan a no dejarnos engañar por las apariencias, por aquello que para el mundo es grande, sabio, poderoso. No nos podemos quedar ahí. Es necesario proteger la fe. Es muy importante en este tiempo: proteger la fe. Tenemos que ir más allá, más allá de la oscuridad, más allá de la atracción de las sirenas, más allá de la mundanidad, más allá de tantas modernidades que existen hoy, ir hacia Belén, allí donde en la sencillez de una casa de la periferia, entre una mamá y un papá llenos de amor y de fe, resplandece el Sol que nace de lo alto, el Rey del universo. A ejemplo de los Magos, con nuestras pequeñas luces busquemos la Luz y protejamos la fe. Así sea.

ÁNGELUS

Jesús es el punto de encuentro de la atracción mutua entre Dios y los hombres

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy celebramos la Epifanía, es decir la "manifestación" del Señor. Esta solemnidad está vinculada al relato bíblico de la llegada de los magos de Oriente a Belén para rendir homenaje al Rey de los judíos: un episodio que el Papa Benedicto comentó magníficamente en su libro sobre la infancia de Jesús. Esa fue precisamente la primera "manifestación" de Cristo a las gentes. Por ello la Epifanía destaca la apertura universal de la salvación traída por Jesús. La Liturgia de este día aclama: "Te adorarán, Señor, todos los pueblos de la tierra", porque Jesús vino por todos nosotros, por todos los pueblos, por todos.

En efecto, esta fiesta nos hace ver un doble movimiento: por una parte el movimiento de Dios hacia el mundo, hacia la humanidad –toda la historia de la salvación, que culmina en Jesús–; y por otra parte el movimiento de los hombres hacia Dios –pensemos en las religiones, en la búsqueda de la verdad, en el camino de los pueblos hacia la paz, la paz interior, la justicia, la libertad–. Y a este doble movimiento lo mueve una recíproca atracción. Por parte de Dios, ¿qué es lo que lo atrae? Es el amor por nosotros: somos sus hijos, nos ama, y quiere liberarnos del mal, de las enfermedades, de la muerte, y llevarnos a su casa, a su Reino. "Dios, por pura gracia, nos atrae para unirnos a sí" (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 112). Y también por parte nuestra hay un amor, un deseo: el bien siempre nos atrae, la verdad nos atrae, la vida, la felicidad, la belleza nos atrae... Jesús es el punto de encuentro de esta atracción mutua, y de este doble movimiento. Es Dios y hombre: Jesús. Dios y hombre. ¿Pero quién toma la iniciativa? ¡Siempre Dios! El amor de Dios viene siempre antes del nuestro. Él siempre toma la iniciativa. Él nos espera, Él nos invita, la iniciativa es siempre suya. Jesús es Dios que se hizo hombre, se encarnó, nació por nosotros. La nueva estrella que apareció a los magos era el signo del nacimiento de Cristo. Si no hubiesen visto la estrella, esos hombres no se hubiesen puesto en camino. La luz nos precede, la verdad nos precede, la belleza nos precede. Dios nos precede. El profeta Isaías decía que Dios es como la flor del almendro. ¿Por qué? Porque en esa tierra el almendro es primero en florecer. Y Dios siempre precede, siempre nos busca Él primero, Él da el primer paso. Dios nos precede siempre. Su gracia nos precede; y esta gracia apareció en Jesús. Él es la epifanía. Él, Jesucristo, es la manifestación del amor de Dios. Está con nosotros.

La Iglesia está toda dentro de este movimiento de Dios hacia el mundo: su alegría es el Evangelio, es reflejar la luz de Cristo. La Iglesia es el pueblo de aquellos que experimentaron esta atracción y la llevaron dentro, en el corazón y en la vida. "Me gustaría –sinceramente–, me gustaría decir a aquellos que se sienten alejados de Dios y de la Iglesia –decirlo respetuosamente–, decir a aquellos son temerosos e indiferentes: el Señor

te llama también a ti, te llama a formar parte de su pueblo y lo hace con gran respeto y amor" (ibid., 113). El Señor te llama. El Señor te busca. El Señor te espera. El Señor no hace proselitismo, da amor, y este amor te busca, te espera, a ti que en este momento no crees o estás alejado. Esto es el amor de Dios.

Pidamos a Dios, para toda la Iglesia, pidamos la alegría de evangelizar, porque ha sido "enviada por Cristo para manifestar y comunicar a todos los hombres y a todos los pueblos el amor de Dios" (Ad gentes, 10). Que la Virgen María nos ayude a ser todos discípulos-misioneros, pequeñas estrellas que reflejen su luz. Y oremos para que los corazones se abran para acoger el anuncio, y todos los hombres lleguen a ser "partícipes de la misma promesa en Jesucristo, por el Evangelio" (Ef 3, 6).

***

HOMILÍA 2015

Conocer siempre de nuevo el misterio de Dios

Ese Niño, nacido de la Virgen María en Belén, vino no sólo para el pueblo de Israel, representado en los pastores de Belén, sino también para toda la humanidad, representada hoy por los Magos de Oriente. Y precisamente hoy, la Iglesia nos invita a meditar y rezar sobre los Magos y su camino en busca del Mesías.

Estos Magos que vienen de Oriente son los primeros de esa gran procesión de la que habla el profeta Isaías en la primera lectura (cf. 60, 1-6). Una procesión que desde entonces no se ha interrumpido jamás, y que en todas las épocas reconoce el mensaje de la estrella y encuentra el Niño que nos muestra la ternura de Dios. Siempre hay nuevas personas que son iluminadas por la luz de la estrella, que encuentran el camino y llegan hasta él.

Según la tradición, los Magos eran hombres sabios, estudiosos de los astros, escrutadores del cielo, en un contexto cultural y de creencias que atribuía a las estrellas un significado y un influjo sobre las vicisitudes humanas. Los Magos representan a los hombres y a las mujeres en busca de Dios en las religiones y filosofías del mundo entero, una búsqueda que no acaba nunca. Hombres y mujeres en búsqueda.

Los Magos nos indican el camino que debemos recorrer en nuestra vida. Ellos buscaban la Luz verdadera: "Lumen requirunt lumine", dice un himno litúrgico de la Epifanía, refiriéndose precisamente a la experiencia de los Magos; "Lumen requirunt lumine". Siguiendo una luz ellos buscan la luz. Iban en busca de Dios. Cuando vieron el signo de la estrella, lo interpretaron y se pusieron en camino, hicieron un largo viaje.

El Espíritu Santo es el que los llamó e impulsó a ponerse en camino, y en este camino tendrá lugar también su encuentro personal con el Dios verdadero.

En su camino, los Magos encuentran muchas dificultades. Cuando llegan a Jerusalén van al palacio del rey, porque consideran algo natural que el nuevo rey nazca en el palacio real. Allí pierden de vista la estrella. Cuántas veces se pierde de vista la estrella. Y

encuentran una tentación, puesta ahí por el diablo, es el engaño de Herodes. El rey Herodes muestra interés por el niño, pero no para adorarlo, sino para eliminarlo. Herodes es un hombre de poder, que sólo consigue ver en el otro a un rival. Y en el fondo, también considera a Dios como un rival, más aún, como el rival más peligroso. En el palacio los Magos atraviesan un momento de oscuridad, de desolación, que consiguen superar gracias a la moción del Espíritu Santo, que les habla mediante las profecías de la Sagrada Escritura. Éstas indican que el Mesías nacerá en Belén, la ciudad de David.

En este momento, retoman el camino y vuelven a ver la estrella. El evangelista apunta que experimentaron una "inmensa alegría" (Mt 2, 10), una verdadera consolación. Llegados a Belén, encontraron "al niño con María, su madre" (Mt 2, 11). Después de lo ocurrido en Jerusalén, ésta será para ellos la segunda gran tentación: rechazar esta pequeñez. Y sin embargo: "cayendo de rodillas lo adoraron", ofreciéndole sus dones preciosos y simbólicos. La gracia del Espíritu Santo es la que siempre los ayuda. Esta gracia que, mediante la estrella, los había llamado y guiado por el camino, ahora los introduce en el misterio. Esta estrella que les ha acompañado durante el camino los introduce en el misterio. Guiados por el Espíritu, reconocen que los criterios de Dios son muy distintos a los de los hombres, que Dios no se manifiesta en la potencia de este mundo, sino que nos habla en la humildad de su amor. El amor de Dios es grande, sí. El amor de Dios es potente, sí. Pero el amor de Dios es humilde, muy humilde. De ese modo, los Magos son modelos de conversión a la verdadera fe porque han dado más crédito a la bondad de Dios que al aparente esplendor del poder.

Y ahora nos preguntamos: ¿Cuál es el misterio en el que Dios se esconde? ¿Dónde puedo encontrarlo? Vemos a nuestro alrededor guerras, explotación de los niños, torturas, tráfico de armas, trata de personas... Jesús está en todas estas realidades, en todos estos hermanos y hermanas más pequeños que sufren tales situaciones (cf. Mt 25, 40.45). El pesebre nos presenta un camino distinto al que anhela la mentalidad mundana. Es el camino del anonadamiento de Dios, de esa humildad del amor de Dios que se abaja, se anonada, de su gloria escondida en el pesebre de Belén, en la cruz del Calvario, en el hermano y en la hermana que sufren.

Los Magos han entrado en el misterio. Han pasado de los cálculos humanos al misterio, y éste es el camino de su conversión. ¿Y la nuestra? Pidamos al Señor que nos conceda vivir el mismo camino de conversión que vivieron los Magos. Que nos defienda y nos libre de las tentaciones que oscurecen la estrella. Que tengamos siempre la inquietud de preguntarnos, ¿dónde está la estrella?, cuando, en medio de los engaños mundanos, la hayamos perdido de vista. Que aprendamos a conocer siempre de nuevo el misterio de Dios, que no nos escandalicemos de la "señal", de la indicación, de aquella señal anunciada por los ángeles: "un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre" (Lc 2, 12), y que tengamos la humildad de pedir a la Madre, a nuestra Madre, que nos lo muestre. Que encontremos el valor de liberarnos de nuestras ilusiones, de nuestras presunciones, de nuestras "luces", y que busquemos este valor en la humildad de la fe y así encontremos

la Luz, Lumen, como han hecho los santos Magos. Que podamos entrar en el misterio. Que así sea.

ÁNGELUS

La estrella capaz de guiar a todo hombre a Jesús es la Palabra de Dios

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! ¡Feliz fiesta!

En la noche de Navidad hemos meditado acerca de algunos pastores que pertenecían al pueblo de Israel y se dirigían a la cueva de Belén; hoy, solemnidad de la Epifanía, hacemos memoria de la llegada de los Magos, que venían de Oriente para adorar al recién nacido Rey de los judíos y Salvador universal y ofrecer dones simbólicos. Con su gesto de adoración, los Magos testimonian que Jesús vino a la tierra para salvar no a un solo pueblo, sino a todas las gentes. Por lo tanto, en la fiesta de hoy nuestra mirada se amplía al horizonte del mundo entero para celebrar la "manifestación" del Señor a todos los pueblos, es decir la manifestación del amor y de la salvación universal de Dios. Él no reserva su amor para algunos privilegiados, sino que lo ofrece a todos. Así como es Creador y Padre de todos, así también quiere ser Salvador de todos. Por eso, estamos llamados a alimentar siempre una gran confianza y esperanza respecto a cada persona y su salvación: también quienes nos parecen lejanos del Señor son seguidos –o mejor "perseguidos"– por su amor apasionado, por su amor fiel e incluso humilde. Porque el amor de Dios es humilde, muy humilde.

El relato evangélico de los Magos describe su viaje desde Oriente como un viaje del alma, como un camino hacia el encuentro con Cristo. Ellos están atentos a los signos que indican su presencia; son incansables al afrontar las dificultades de la búsqueda; son valientes al considerar las consecuencias de vida que se derivan del encuentro con el Señor. La vida es esta: la vida cristiana es caminar, pero estando atentos y siendo incansables y valientes. Así camina un cristiano. Caminar atento, incansable y valiente. La experiencia de los Magos evoca el camino de todo hombre hacia Cristo. Como para los Magos, también para nosotros buscar a Dios quiere decir caminar –y como decía: atento, incansable y valiente– fijando la mirada en el cielo y vislumbrando en el signo visible de la estrella al Dios invisible que habla a nuestro corazón. La estrella que es capaz de guiar a todo hombre a Jesús es la Palabra de Dios, Palabra que está en la Biblia, en los Evangelios. La Palabra de Dios es luz que orienta nuestro camino, nutre nuestra fe y la regenera. Es la Palabra de Dios que renueva continuamente nuestro corazón y nuestras comunidades. Por lo tanto, no olvidemos leerla y meditarla cada día, a fin de que llegue a ser para cada uno como una llama que llevamos dentro de nosotros para iluminar nuestros pasos, y también los de quien camina junto a nosotros, que tal vez le cuesta encontrar el camino hacia Cristo. ¡Siempre con la Palabra de Dios! La Palabra de Dios al alcance de la mano: un pequeño Evangelio en el bolsillo, en la cartera, siempre, para leerlo. No os olvidéis de esto: ¡siempre conmigo la Palabra de Dios!

En este día de la Epifanía, nuestro pensamiento se dirige también a los hermanos y a las hermanas del Oriente cristiano, católicos y ortodoxos, muchos de los cuales celebran mañana el Nacimiento del Señor. A ellos llegue nuestra afectuosa felicitación.

Me complace también recordar que hoy se celebra la Jornada mundial de la infancia misionera. Es la fiesta de los niños que viven con alegría el don de la fe y rezan para que la luz de Jesús llegue a todos los niños del mundo. Aliento a los educadores a cultivar en los pequeños el espíritu misionero. Que no sean niños y muchachos cerrados, sino abiertos; que vean un gran horizonte, que su corazón siga adelante hacia el horizonte, para que nazcan entre ellos testigos de la ternura de Dios y anunciadores del Evangelio.

Nos dirigimos ahora a la Virgen María e invocamos su protección sobre la Iglesia universal, para que difunda en todo el mundo el Evangelio de Cristo, la luz de las gentes, luz de todos los pueblos. Y que Ella haga que estemos cada vez más en camino; que nos haga caminar y en el camino estar atentos, ser incansables y valientes.

***

HOMILÍA 2016

Hacer emerger el deseo de Dios que cada uno lleva en sí.

Las palabras que el profeta Isaías dirige a la ciudad santa de Jerusalén nos invitan a levantarnos, a salir; a salir de nuestras clausuras, a salir de nosotros mismos, y a reconocer el esplendor de la luz que ilumina nuestras vidas: «¡Levántate y resplandece, porque llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti!» (60,1). «Tu luz» es la gloria del Señor. La Iglesia no puede pretender brillar con luz propia, no puede. San Ambrosio nos lo recuerda con una hermosa expresión, aplicando a la Iglesia la imagen de la luna: «La Iglesia es verdaderamente como la luna: [...] no brilla con luz propia, sino con la luz de Cristo. Recibe su esplendor del Sol de justicia, para poder decir luego: "Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí"» (*Hexameron*, IV, 8, 32). Cristo es la luz verdadera que brilla; y, en la medida en que la Iglesia está unida a él, en la medida en que se deja iluminar por él, ilumina también la vida de las personas y de los pueblos. Por eso, los santos Padres veían a la Iglesia como el «*mysterium lunae*».

Necesitamos de esta luz que viene de lo alto para responder con coherencia a la vocación que hemos recibido. Anunciar el Evangelio de Cristo no es una opción más entre otras posibles, ni tampoco una profesión. Para la Iglesia, ser misionera no significa hacer proselitismo; para la Iglesia, ser misionera equivale a manifestar su propia naturaleza: dejarse iluminar por Dios y reflejar su luz. Este es su servicio. No hay otro camino. La misión es su vocación: hacer resplandecer la luz de Cristo es su servicio. Muchas personas esperan de nosotros este compromiso misionero, porque necesitan a Cristo, necesitan conocer el rostro del Padre.

Los Magos, que aparecen en el Evangelio de Mateo, son una prueba viva de que las semillas de verdad están presentes en todas partes, porque son un don del Creador que

llama a todos para que lo reconozcan como Padre bueno y fiel. Los Magos representan a los hombres de cualquier parte del mundo que son acogidos en la casa de Dios. Delante de Jesús ya no hay distinción de raza, lengua y cultura: en ese Niño, toda la humanidad encuentra su unidad. Y la Iglesia tiene la tarea de que se reconozca y venga a la luz con más claridad el deseo de Dios que anida en cada uno. Este es el servicio de la Iglesia, con la luz que ella refleja: hacer emerger el deseo de Dios que cada uno lleva en sí. Como los Magos, también hoy muchas personas viven con el «corazón inquieto», haciéndose preguntas que no encuentran respuestas seguras, es la inquietud del Espíritu Santo que se mueve en los corazones. También ellos están en busca de la estrella que muestre el camino hacia Belén.

¡Cuántas estrellas hay en el cielo! Y, sin embargo, los Magos han seguido una distinta, nueva, mucho más brillante para ellos. Durante mucho tiempo, habían escrutado el gran libro del cielo buscando una respuesta a sus preguntas –tenían el corazón inquieto– y, al final, la luz apareció. Aquella estrella los cambió. Les hizo olvidar los intereses cotidianos, y se pusieron de prisa en camino. Prestaron atención a la voz que dentro de ellos los empujaba a seguir aquella luz –y la voz del Espíritu Santo, que obra en todas las personas–; y ella los guio hasta que en una pobre casa de Belén encontraron al Rey de los Judíos.

Todo esto encierra una enseñanza para nosotros. Hoy será bueno que nos repitamos la pregunta de los Magos: «¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo» (*Mt* 2,2). Nos sentimos urgidos, sobre todo en un momento como el actual, a escrutar los signos que Dios nos ofrece, sabiendo que debemos esforzarnos para descifrarlos y comprender así su voluntad. Estamos llamados a ir a Belén para encontrar al Niño y a su Madre. Sigamos la luz que Dios nos da –pequeñita...; el himno del breviario poéticamente nos dice que los Magos *«lumen requirunt lumine»:* aquella pequeña luz–, la luz que proviene del rostro de Cristo, lleno de misericordia y fidelidad. Y, una vez que estemos ante él, adorémoslo con todo el corazón, y ofrezcámosle nuestros dones: nuestra libertad, nuestra inteligencia, nuestro amor. La verdadera sabiduría se esconde en el rostro de este Niño. Y es aquí, en la sencillez de Belén, donde encuentra su síntesis la vida de la Iglesia. Aquí está la fuente de esa luz que atrae a sí a todas las personas en el mundo y guía a los pueblos por el camino de la paz.

ÁNGELUS

Pastores y Magos nos enseñan que para encontrar a Jesús hay que mirar al cielo

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el Evangelio de hoy, el relato de los Magos, llegados desde Oriente a Belén para adorar al Mesías, confiere a la fiesta de la Epifanía un aire de universalidad. Y éste es el aliento de la Iglesia, que desea que todos los pueblos de la tierra puedan encontrar a Jesús,

y experimentar su amor misericordioso. Es este el deseo de la Iglesia: que encuentren la misericordia de Jesús, su amor.

Cristo acaba de nacer, aún no sabe hablar y todas las gentes –representadas por los Magos– ya pueden encontrarlo, reconocerlo, adorarlo. Dicen los Magos: «Hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo» (Mt 2, 2). Herodes oyó esto apenas los Magos llegaron a Jerusalén. Estos Magos eran hombres prestigiosos, de regiones lejanas y culturas diversas, y se habían encaminado hacia la tierra de Israel para adorar al rey que había nacido. Desde siempre la Iglesia ha visto en ellos la imagen de la entera humanidad, y con la celebración de hoy, de la fiesta de la Epifanía, casi quiere guiar respetuosamente a todo hombre y a toda mujer de este mundo hacia el Niño que ha nacido para la salvación de todos.

En la noche de Navidad Jesús se manifestó a los pastores, hombres humildes y despreciados -algunos dicen que eran bandidos-; fueron ellos los primeros que llevaron un poco de calor en aquella fría gruta de Belén. Ahora llegan los Magos de tierras lejanas, también ellos atraídos misteriosamente por aquel Niño. Los pastores y los Magos son muy diferentes entre sí; pero una cosa los une: el cielo. Los pastores de Belén acudieron inmediatamente a ver a Jesús, no porque fueran especialmente buenos, sino porque velaban de noche y, levantando los ojos al cielo, vieron un signo, escucharon su mensaje y lo siguieron. De la misma manera los Magos: escrutaban los cielos, vieron una nueva estrella, interpretaron el signo y se pusieron en camino, desde lejos. Los pastores y los Magos nos enseñan que para encontrar a Jesús es necesario saber levantar la mirada hacia el cielo, no estar replegados sobre sí mismos, en el propio egoísmo, sino tener el corazón y la mente abiertos al horizonte de Dios, que siempre nos sorprende, saber acoger sus mensajes y responder con prontitud y generosidad.

Los Magos, dice el Evangelio, al ver «la estrella se llenaron de inmensa alegría» (Mt 2, 10). También para nosotros hay un gran consuelo al ver la estrella, o sea en el sentirnos guiados y no abandonados a nuestro destino. Y la estrella es el Evangelio, la Palabra del Señor, como dice el salmo: «Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero» (Sal 119, 10). Esta luz nos guía hacia Cristo. Sin la escucha del Evangelio, ¡no es posible encontrarlo! En efecto, los Magos, siguiendo la estrella llegaron al lugar donde se encontraba Jesús. Y allí «entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron» (Mt 2, 11). La experiencia de los Magos nos exhorta a no conformarnos con la mediocridad, a no «vivir al día», sino a buscar el sentido de las cosas, a escrutar con pasión el gran misterio de la vida. Y nos enseña a no escandalizarnos de la pequeñez y la pobreza, sino a reconocer la majestad en la humildad, y saber arrodillarnos frente a ella.

Que la Virgen María, que acogió a los Magos en Belén, nos ayude a levantar la mirada de nosotros mismos, a dejarnos guiar por la estrella del Evangelio para encontrar a Jesús, y a saber abajarnos para adorarlo. Así podremos llevar a los demás un rayo de su luz, y compartir con ellos la alegría del camino.

***

HOMILÍA 2017

La santa nostalgia de Dios

«¿Dónde está el Rey de los judíos que acaba de nacer? Porque vimos su estrella y hemos venido a adorarlo» (Mt 2, 2).

Con estas palabras, los magos, venidos de tierras lejanas, nos dan a conocer el motivo de su larga travesía: adorar al rey recién nacido. Ver y adorar, dos acciones que se destacan en el relato evangélico: vimos una estrella y queremos adorar.

Estos hombres vieron una estrella que los puso en movimiento. El descubrimiento de algo inusual que sucedió en el cielo logró desencadenar un sinfín de acontecimientos. No era una estrella que brilló de manera exclusiva para ellos, ni tampoco tenían un ADN especial para descubrirla. Como bien supo decir un padre de la Iglesia, «los magos no se pusieron en camino porque hubieran visto la estrella, sino que vieron la estrella porque se habían puesto en camino» (cf. San Juan Crisóstomo). Tenían el corazón abierto al horizonte y lograron ver lo que el cielo les mostraba porque había en ellos una inquietud que los empujaba: estaban abiertos a una novedad.

Los magos, de este modo, expresan el retrato del hombre creyente, del hombre que tiene nostalgia de Dios; del que añora su casa, la patria celeste. Reflejan la imagen de todos los hombres que en su vida no han dejado que se les anestesie el corazón.

La santa nostalgia de Dios brota en el corazón creyente pues sabe que el Evangelio no es un acontecimiento del pasado sino del presente. La santa nostalgia de Dios nos permite tener los ojos abiertos frente a todos los intentos reductivos y empobrecedores de la vida. La santa nostalgia de Dios es la memoria creyente que se rebela frente a tantos profetas de desventura. Esa nostalgia es la que mantiene viva la esperanza de la comunidad creyente la cual, semana a semana, implora diciendo: «Ven, Señor Jesús».

Precisamente esta nostalgia fue la que empujó al anciano Simeón a ir todos los días al templo, con la certeza de saber que su vida no terminaría sin poder acunar al Salvador. Fue esta nostalgia la que empujó al hijo pródigo a salir de una actitud de derrota y buscar los brazos de su padre. Fue esta nostalgia la que el pastor sintió en su corazón cuando dejó a las noventa y nueve ovejas en busca de la que estaba perdida, y fue también la que experimentó María Magdalena la mañana del domingo para salir corriendo al sepulcro y encontrar a su Maestro resucitado. La nostalgia de Dios nos saca de nuestros encierros deterministas, esos que nos llevan a pensar que nada puede cambiar. La nostalgia de Dios es la actitud que rompe aburridos conformismos e impulsa a comprometerse por ese cambio que anhelamos y necesitamos. La nostalgia de Dios tiene su raíz en el pasado, pero no se queda allí: va en busca del futuro. Al igual que los magos, el creyente «nostalgioso» busca a Dios, empujado por su fe, en los lugares más recónditos de la historia, porque sabe en su corazón que allí lo espera el Señor. Va a la periferia, a la frontera, a los sitios

no evangelizados para poder encontrarse con su Señor; y lejos de hacerlo con una postura de superioridad lo hace como un mendicante que no puede ignorar los ojos de aquel para el cual la Buena Nueva es todavía un terreno a explorar.

Como actitud contrapuesta, en el palacio de Herodes -que distaba muy pocos kilómetros de Belén-, no se habían percatado de lo que estaba sucediendo. Mientras los magos caminaban, Jerusalén dormía. Dormía de la mano de un Herodes quien lejos de estar en búsqueda también dormía. Dormía bajo la anestesia de una conciencia cauterizada. Y quedó desconcertado. Tuvo miedo. Es el desconcierto que, frente a la novedad que revoluciona la historia, se encierra en sí mismo, en sus logros, en sus saberes, en sus éxitos. El desconcierto de quien está sentado sobre la riqueza sin lograr ver más allá. Un desconcierto que brota del corazón de quién quiere controlar todo y a todos. Es el desconcierto del que está inmerso en la cultura del ganar cueste lo que cueste; en esa cultura que sólo tiene espacio para los «vencedores» y al precio que sea. Un desconcierto que nace del miedo y del temor ante lo que nos cuestiona y pone en riesgo nuestras seguridades y verdades, nuestras formas de aferrarnos al mundo y a la vida. Y Herodes tuvo miedo, y ese miedo lo condujo a buscar seguridad en el crimen: «Necas parvulos corpore, quia te necat timor in corde» (San Quodvultdeus, Sermo 2 sobre el símbolo: PL, 40, 655). Matas los niños en el cuerpo porque a ti el miedo te mata el corazón.

Queremos adorar. Los hombres de Oriente fueron a adorar, y fueron a hacerlo al lugar propio de un rey: el Palacio. Y esto es importante, allí llegaron ellos con su búsqueda, era el lugar indicado: pues es propio de un rey nacer en un palacio, y tener su corte y súbditos. Es signo de poder, de éxito, de vida lograda. Y es de esperar que el rey sea venerado, temido y adulado, sí; pero no necesariamente amado. Esos son los esquemas mundanos, los pequeños ídolos a los que le rendimos culto: el culto al poder, a la apariencia y a la superioridad. Ídolos que solo prometen tristeza, esclavitud, miedo.

Y fue precisamente ahí donde comenzó el camino más largo que tuvieron que andar esos hombres venidos de lejos. Ahí comenzó la osadía más difícil y complicada. Descubrir que lo que ellos buscaban no estaba en el palacio, sino que se encontraba en otro lugar, no sólo geográfico sino existencial. Allí no veían la estrella que los conducía a descubrir un Dios que quiere ser amado, y eso sólo es posible bajo el signo de la libertad y no de la tiranía; descubrir que la mirada de este Rey desconocido -pero deseado- no humilla, no esclaviza, no encierra. Descubrir que la mirada de Dios levanta, perdona, sana. Descubrir que Dios ha querido nacer allí donde no lo esperamos, donde quizá no lo queremos. O donde tantas veces lo negamos. Descubrir que en la mirada de Dios hay espacio para los heridos, los cansados, los maltratados, abandonados: que su fuerza y su poder se llama misericordia. Qué lejos se encuentra, para algunos, Jerusalén de Belén.

Herodes no puede adorar porque no quiso y no pudo cambiar su mirada. No quiso dejar de rendirse culto a sí mismo creyendo que todo comenzaba y terminaba con él. No pudo adorar porque buscaba que lo adorasen. Los sacerdotes tampoco pudieron adorar

porque sabían mucho, conocían las profecías, pero no estaban dispuestos ni a caminar ni a cambiar.

Los magos sintieron nostalgia, no querían más de lo mismo. Estaban acostumbrados, habituados y cansados de los Herodes de su tiempo. Pero allí, en Belén, había promesa de novedad, había promesa de gratuidad. Allí estaba sucediendo algo nuevo. Los magos pudieron adorar porque se animaron a caminar y postrándose ante el pequeño, postrándose ante el pobre, postrándose ante el indefenso, postrándose ante el extraño y desconocido Niño de Belén, allí descubrieron la Gloria de Dios.

ÁNGELUS

La luz verdadera es el Señor mismo

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy, celebramos la Epifanía del Señor, es decir, la manifestación de Jesús que brilla como luz para todas las gentes. Símbolo de esta luz que resplandece en el mundo y quiere iluminar la vida de cada uno es la estrella, que guio a los Magos a Belén. Ellos, dice el Evangelio, vieron «su estrella» (Mt 2, 2) y decidieron seguirla: decidieron dejarse guiar por la estrella de Jesús.

También en nuestra vida existen diversas estrellas, luces que brillan y orientan. Depende de nosotros elegir cuáles seguir. Por ejemplo, hay luces intermitentes, que van y vienen, como las pequeñas satisfacciones de la vida: que aunque buenas, no son suficientes, porque duran poco y no dejan la paz que buscamos. Después están las luces cegadoras del primer plano, del dinero y del éxito, que prometen todo y enseguida: son seductoras, pero con su fuerza ciegan y hacen pasar de los sueños de gloria a la oscuridad más densa. Los Magos, en cambio, invitan a seguir una luz estable, una luz amable, que no se oculta, porque no es de este mundo: viene del cielo y resplandece... ¿Dónde? En el corazón.

Esta luz verdadera es la luz del Señor, o mejor dicho, es el Señor mismo. Él es nuestra luz: una luz que no deslumbra, sino que acompaña y dona una alegría única. Esta luz es para todos y llama a cada uno: podemos escuchar así la actual invitación dirigida a nosotros por el profeta Isaías: «arriba, resplandece, que ha llegado tu luz» (Is 60, 1). Así decía Isaías, profetizando esta alegría de hoy en Jerusalén: «arriba, resplandece, que ha llegado tu luz». Al inicio de cada día podemos acoger esta invitación: arriba, resplandece, que ha llegado tu luz, sigue hoy, entre tantas estrellas fugaces en el mundo, la estrella luminosa de Jesús! Siguiéndola, tendremos alegría, como ocurrió a los Magos, que «al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría» (Mt 2, 10); porque donde esta Dios hay alegría. Quien ha encontrado a Jesús ha experimentado el milagro de la luz que rasga las tinieblas y conoce esta luz que ilumina y aclara. Querría, con mucho respeto, invitar a todos a no tener miedo de esta luz y a abrirse al Señor. Sobre todo, querría decir a quien ha perdido la fuerza de buscar, está cansado, a quien, superado por las oscuridades de la vida, ha

apagado el deseo: «¡Levántate, ánimo, la luz de Jesús sabe vencer las tinieblas más oscuras; levántate, ánimo!».

Y ¿cómo encontrar esta luz divina? Sigamos el ejemplo de los Magos, que el Evangelio describe siempre en movimiento. Quien quiere la luz, efectivamente, sale de sí y busca: no permanece cerrado, quieto a ver qué cosa sucede al su alrededor, sino pone en juego su propia vida; sale de sí. La vida cristiana es un camino continuo, hecho de esperanza, hecho de búsqueda; un camino que, como aquel de los Magos, prosigue incluso cuando la estrella desaparece momentáneamente de la vista. En este camino hay también insidias que hay que evitar: las charlas superficiales y mundanas, que frenan el paso; los caprichos paralizantes del egoísmo; los agujeros del pesimismo, que atrapa a la esperanza. Estos obstáculos bloquearon a los escribas, de los que habla el Evangelio de hoy. Ellos sabían dónde estaba la luz, pero no se movieron. Cuando Herodes les pregunto: «¿Dónde nacerá el Mesías?» – «¡En Belén!». Sabían dónde, pero no se movieron. Su conocimiento fue en vano: sabían muchas cosas, pero para nada, todo en vano. No basta saber que Dios ha nacido, si no se hace con Él Navidad en el corazón. Dios ha nacido, sí, pero ¿Ha nacido en tú corazón? ¿Ha nacido en mí corazón? ¿Ha nacido en nuestro corazón? Y así le encontraremos, como los Magos, con María, José, en el establo.

Los Magos lo hicieron: encontraron al Niño, «postrándose, le adoraron» (Mt 2, 11). No le miraron solamente, dijeron solo una oración circunstancial y se fueron, no, sino que le adoraron: entraron en una comunión personal de amor con Jesús. Después le regalaron oro, incienso y mirra, es decir, sus bienes más preciados. Aprendamos de los Magos a no dedicar a Jesús sólo los ratos perdidos de tiempo y algún pensamiento de vez en cuando, de lo contrario no tendremos su luz. Como los Magos, pongámonos en camino, revistámonos de luz siguiendo la estrella de Jesús, y adoremos al Señor con todo nuestro ser.

***

HOMILÍA 2018

Ver la estrella, caminar y ofrecer

Son tres los gestos de los Magos que guían nuestro viaje al encuentro del Señor, que hoy se nos manifiesta como luz y salvación para todos los pueblos. Los Reyes Magos *ven la estrella*, *caminan* y *ofrecen regalos*.

Ver la estrella. Es el punto de partida. Pero podríamos preguntarnos, ¿por qué sólo vieron la estrella los Magos? Tal vez porque eran pocas las personas que alzaron la vista al cielo. Con frecuencia en la vida nos contentamos con mirar al suelo: nos basta la salud, algo de dinero y un poco de diversión. Y me pregunto: ¿Sabemos todavía levantar la vista al cielo? ¿Sabemos soñar, desear a Dios, esperar su novedad, o nos dejamos llevar por la vida como una rama seca al viento? Los Reyes Magos no se conformaron con ir tirando, con vivir al día. Entendieron que, para vivir realmente, se necesita una meta alta y por eso hay que mirar hacia arriba.

Y podríamos preguntarnos todavía, ¿por qué, de entre los que miraban al cielo, muchos no siguieron esa estrella, «su estrella» (*Mt*2, 2)? Quizás porque no era una estrella llamativa, que brillaba más que otras. El Evangelio dice que era una estrella que los Magos vieron «salir» (vv. 2.9). La estrella de Jesús no ciega, no aturde, sino que invita suavemente. Podemos preguntarnos qué estrella seguimos en la vida. Hay estrellas deslumbrantes, que despiertan emociones fuertes, pero que no orientan en el camino. Esto es lo que sucede con el éxito, el dinero, la carrera, los honores, los placeres buscados como finalidad en la vida. Son meteoritos: brillan un momento, pero pronto se estrellan y su brillo se desvanece. Son estrellas fugaces que, en vez de orientar, despistan. En cambio, la estrella del Señor no siempre es deslumbrante, pero está siempre presente; es mansa; te lleva de la mano en la vida, te acompaña. No promete recompensas materiales, pero garantiza la paz y da, como a los Magos, una «inmensa alegría» (*Mt* 2,10). Nos pide, sin embargo, que caminemos.

Caminar, la segunda acción de los Magos, es esencial para encontrar a Jesús. Su estrella, de hecho, requiere la decisión del camino, el esfuerzo diario de la marcha; pide que nos liberemos del peso inútil y de la fastuosidad gravosa, que son un estorbo, y que aceptemos los imprevistos que no aparecen en el mapa de una vida tranquila. Jesús se deja encontrar por quien lo busca, pero para buscarlo hay que moverse, salir. No esperar; arriesgar. No quedarse quieto; avanzar. Jesús es exigente: a quien lo busca, le propone que deje el sillón de las comodidades mundanas y el calor agradable de sus estufas. Seguir a Jesús no es como un protocolo de cortesía que hay que respetar, sino un éxodo que hay que vivir. Dios, que liberó a su pueblo a través de la travesía del éxodo y llamó a nuevos pueblos para que siguieran su estrella, da la libertad y distribuye la alegría siempre y sólo en el camino. En otras palabras, para encontrar a Jesús debemos dejar el miedo a involucrarnos, la satisfacción de sentirse ya al final, la pereza de no pedir ya nada a la vida. Tenemos que arriesgarnos, para encontrarnos sencillamente con un Niño. Pero vale inmensamente la pena, porque encontrando a ese Niño, descubriendo su ternura y su amor, nos encontramos a nosotros mismos.

Ponerse en camino no es fácil. El Evangelio nos lo enseña a través de diversos personajes. Está Herodes, turbado por el temor de que el nacimiento de un rey amenace su poder. Por eso organiza reuniones y envía a otros a que se informen; pero él no se mueve, está encerrado en su palacio. Incluso «toda Jerusalén» (v. 3) tiene miedo: miedo a la novedad de Dios. Prefiere que todo permanezca como antes —«siempre se ha hecho así»— y nadie tiene el valor de ir. La tentación de los sacerdotes y de los escribas es más sutil. Ellos conocen el lugar exacto y se lo indican a Herodes, citando también la antigua profecía. Lo saben, pero no dan un paso hacia Belén. Puede ser la tentación de los que creen desde hace mucho tiempo: se discute de la fe, como de algo que ya se sabe, pero no se arriesga *personalmente* por el Señor. Se habla, pero no se reza; hay queja, pero no se hace el bien. Los Magos, sin embargo, hablan poco y caminan mucho. Aunque desconocen las verdades de la fe, están ansiosos y en camino, como lo demuestran los verbos del

Evangelio: «Venimos a adorarlo» (v. 2), «se pusieron en camino; entrando, cayeron de rodillas; volvieron» (cf. vv. 9.11.12): siempre en movimiento.

Ofrecer. Cuando los Magos llegan al lugar donde está Jesús, después del largo viaje, hacen como él: dan. Jesús está allí para ofrecer la vida, ellos ofrecen sus valiosos bienes: oro, incienso y mirra. El Evangelio se realiza cuando el camino de la vida llega al don. Dar *gratuitamente*, por el Señor, sin esperar nada a cambio: esta es la señal segura de que se ha encontrado a Jesús, que dice: «Gratis habéis recibido, dad gratis» (*Mt* 10,8). Hacer el bien sin cálculos, incluso cuando nadie nos lo pide, incluso cuando no ganamos nada con ello, incluso cuando no nos gusta. Dios quiere esto. Él, que se ha hecho pequeño por nosotros, nos pide que ofrezcamos algo para sus hermanos más pequeños. ¿Quiénes son? Son precisamente aquellos que no tienen nada para dar a cambio, como el necesitado, el que pasa hambre, el forastero, el que está en la cárcel, el pobre (cf. *Mt* 25,31-46). Ofrecer un don grato a Jesús es cuidar a un enfermo, dedicarle tiempo a una persona difícil, ayudar a alguien que no nos resulta interesante, ofrecer el perdón a quien nos ha ofendido. Son dones gratuitos, no pueden faltar en la vida cristiana. De lo contrario, nos recuerda Jesús, si amamos a los que nos aman, hacemos como los paganos (cf. *Mt* 5,46-47). Miremos nuestras manos, a menudo vacías de amor, y tratemos de pensar hoy en un don gratuito, sin nada a cambio, que podamos ofrecer. Será agradable al Señor. Y pidámosle a él: «Señor, haz que descubra de nuevo la alegría de dar».

Queridos hermanos y hermanas, hagamos como los Magos: alzar la mirada, caminar y dar gratuitamente regalos.

ÁNGELUS

Queridos hermanos y hermanas, ¡Buena Fiesta!

Hoy, fiesta de la Epifanía del Señor, el Evangelio (Mt 2,1-12) nos presenta tres actitudes con las cuales ha sido acogida la llegada de Jesús y su manifestación al mundo. La primera actitud: investigación, búsqueda entusiasta; la segunda: indiferencia; la tercera: miedo.

Búsqueda entusiasta. Los Reyes Magos no dudan ponerse en camino e ir a buscar al Mesías. Llegados a Jerusalén, preguntan: "¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Vimos su estrella en el oriente y vinimos a adorarlo. (V.2). Han hecho un largo viaje y ahora están ansiosos por situar dónde está el Rey recién nacido. En Jerusalén, se dirigen al rey Herodes, quien pide a los sumos sacerdotes y escribas que pregunten por el lugar donde nacería el Mesías.

A esta búsqueda ansiosa de los Magos, se opone la segunda actitud: la indiferencia de los sumos sacerdotes y los escribas. Estos estaban en su comodidad. Ellos conocen las Escrituras y son capaces de dar la respuesta correcta sobre el lugar de nacimiento: "En Belén, en Judea, porque esto es lo que está escrito por el profeta" (v. 5). Ellos lo saben, pero no se molestan en encontrar al Mesías. Belén está a pocos kilómetros de distancia, pero no se mueven.

La tercera actitud, la de Herodes, es aún más negativa: miedo. Teme que este niño le quite su poder. Él llama a los Reyes Magos y se enteran cuando la estrella se les apareció, y los envía a Belén diciendo: "Ve a buscar [...] al niño". Y cuando lo hayas encontrado, ven y dime para que yo también vaya a prosternarme ante él". (Vv 7-8). En realidad, Herodes no quería ir y adorar a Jesús; Herodes quiere saber dónde está el niño, no para adorarlo sino para eliminarlo, porque lo considera un rival. Y mirándolo bien: el miedo siempre conduce a la hipocresía. Los hipócritas lo son porque tienen miedo en su corazón.

Estas son las tres actitudes que encontramos en el Evangelio: la búsqueda ansiosa de los Magos, la indiferencia de los sumos sacerdotes, los escribas, los que conocían la teología; y miedo, de Herodes. Y nosotros también debemos pensar y elegir: ¿cuál de los tres asumir? ¿Quiero apresurarme para buscar a Jesús? "Pero Jesús no me dice nada ... todavía estoy ..." ¿O le temo a Jesús y me gustaría sacarlo de mi corazón?

El egoísmo puede llevarnos a considerar la venida de Jesús en su vida como una amenaza. Entonces, tratamos de suprimir o silenciar el mensaje de Jesús. Cuando seguimos las ambiciones humanas, las perspectivas más cómodas, las inclinaciones del mal, Jesús es percibido como un obstáculo.

Además, la tentación de la indiferencia también está siempre presente. Sabiendo que Jesús es el Salvador, el nuestro, de todos nosotros, preferimos vivir como si él no existiera: en lugar de comportarnos en coherencia con la fe cristiana, seguimos los principios del mundo, que fomentan para satisfacer las inclinaciones a la arrogancia, a la sed de poder, a la riqueza.

Por el contrario, estamos llamados a seguir el ejemplo de los Reyes Magos: estar ansiosos en la búsqueda, dispuestos a molestarse para encontrar a Jesús en nuestra vida. Buscarle para adorarle, para reconocer que Él es nuestro Señor, que indica el verdadero camino a seguir. Si tenemos esta actitud, Jesús realmente nos salva, y podemos vivir una buena vida, podemos crecer en la fe, en la esperanza, en la caridad hacia Dios y hacia nuestros hermanos.

Invoquemos la intercesión de la Santísima Virgen María, la estrella de la humanidad peregrina en el tiempo. Con su ayuda materna, permita que cada hombre alcance a Cristo, la Luz de la verdad, y permita que el mundo progrese en el camino de la justicia y la paz.

BENEDICTO XVI –

Todas sus homilías en archivo aparte

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

124. La triple dimensión de la Epifanía (la visita de los Magos, el Bautismo de Cristo y el milagro de Caná) es particularmente evidente en la Liturgia de las Horas de la Epifanía, así como en los días próximos a la misma. En la tradición latina, además, la Liturgia Eucarística se concentra en el evangelio de los Magos. En la semana posterior, la fiesta del Bautismo del Señor enfoca esta dimensión de la Epifanía del Señor. En el Año C, el domingo siguiente al del Bautismo presenta como evangelio la Narración de las Bodas de Caná.

125. Las tres lecturas de la Misa de la Epifanía representan otros tres géneros diversos de lecturas bíblicas. La primera lectura, tomada del profeta Isaías, es una poesía de gozo. La segunda, de la carta de san Pablo a los Efesios, es una precisa afirmación teológica pronunciada en el lenguaje más que técnico de Pablo. El Evangelio es una dramática narración de los acontecimientos, en los que cada detalle está lleno de significado simbólico. Todos juntos desvelan la Fiesta y la definen como Epifanía. Al escuchar su proclamación y, con la ayuda del Espíritu, su más profunda comprensión da lugar a la celebración de la Epifanía. La Palabra de Dios revela al mundo entero el significado fundamental del Nacimiento de Jesucristo. La Navidad, iniciada el 25 de diciembre, alcanza ahora su ápice en el día de la Epifanía: Cristo es revelado a todas las gentes.

126. El homileta podría comenzar con el pasaje de san Pablo, bastante breve, pero de extrema intensidad, que ofrece una precisa declaración de qué es la Epifanía. Pablo nos narra su singular encuentro con Jesús resucitado camino de Damasco, de donde proviene todo. Explica todo lo que le ha sucedido como una «revelación», es decir, una comprensión de los acontecimientos, nueva e inesperada, transmitida con la autoridad divina en el encuentro con el Señor Jesús, y no, por tanto, una simple opinión personal. San Pablo llama también a esta revelación «gracia» y «misión», un tesoro que le ha sido confiado para el bien de los demás. Además, define lo que le ha sido comunicado como "el Misterio". Este "Misterio" es algo desconocido en el pasado, velado a nuestra comprensión, de alguna manera escondido en los acontecimientos, pero ahora – ¡y es este, justamente, el anuncio de Pablo! –viene ahora revelado, ahora se da a conocer. ¿En qué consiste el significado escondido a las generaciones pasadas y ahora revelado? Es esta, pues, la afirmación de la Epifanía: «que también los gentiles son coherederos [con los judíos] miembros del mismo cuerpo y partícipes de la promesa en Jesucristo, por el Espíritu». Esto es un enorme cambio en el mundo del pensamiento del celoso fariseo Saulo, un tiempo convencido que la escrupulosa observancia de la Ley judía era el único camino de Salvación. Pero ahora Pablo anuncia el «Evangelio», inesperada Buena Noticia en Cristo Jesús. Sí, Jesús es el cumplimiento de todas las promesas de Dios al pueblo judío; sin esto no se le puede comprender. Ahora, por el contrario, «también los gentiles

son coherederos [con los judíos] miembros del mismo cuerpo y partícipes de la Promesa en Jesucristo, por el Espíritu».

127. De hecho, los acontecimientos referidos en la narración de Mateo, que ha sido elegida para la Epifanía, son la realización de lo que Pablo ha dicho en su carta. Guiados por una estrella llegan a Jerusalén los Magos, sabios religiosos gentiles, estudiosos de notables tradiciones sapienciales en las que la humanidad entera busca, con un gran deseo, al desconocido Creador y Señor de todas las cosas. Representan todas las naciones y no han encontrado su camino hacia Jerusalén siguiendo las escrituras judías sino un signo maravilloso en el cielo que les ha señalado un acontecimiento de dimensiones cósmicas. Su sabiduría no-judía ha permitido a los Magos comprender tantas cosas. «Porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarle». En la última fase de su viaje, para llegar a la conclusión precisa de sus investigaciones, necesitan de las escrituras judías, y la identificación profética de Belén como el lugar del Nacimiento del Mesías. Una vez que han tomado esto de las escrituras judías, el signo cósmico les indica de nuevo el camino. «De pronto la estrella que habían visto salir comenzó a guiarlos hasta que vino a pararse encima de donde estaba el Niño». En los Magos llega hasta Belén el deseo de Dios de toda la humanidad, encontrando allí «al Niño con María, su madre».

128. En este punto de la narración de Mateo cuando puede ser introducida, a modo de comentario, la poesía de Isaías. Los tonos de gozo ayudan a entender la maravilla de este momento. «¡Levántate, brilla, Jerusalén!» exhorta el profeta, «que llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti». La redacción originaria de este texto se coloca en una circunstancia histórica bien precisa: el pueblo de Israel tiene necesidad de levantarse de un oscuro capítulo de su historia. Pero ahora, aplicado a los Magos delante de Jesús, alcanza un cumplimiento mucho más allá de lo imaginable. La luz, la gloria y el esplendor: la estrella que guía a los Magos. O, más bien, el mismo Jesús es «la luz de todos los hombres y la gloria de su pueblo Israel». «Levántate, Jerusalén» dice el profeta. Sí, pero ahora sabemos, por medio de la revelación de san Pablo, que si la exhortación está dirigida a Jerusalén (principio que se puede aplicar a cualquier parte de las Escrituras), la referencia no se puede aplicar simplemente a la ciudad histórica y terrenal. «Que también los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la promesa [con los judíos] en Jesucristo, por el Evangelio». Y de este modo, bajo el título «Jerusalén» la exhortación va dirigida a todas las gentes. La Iglesia, reunida de todas las naciones es llamada, «Jerusalén». Todas las almas bautizadas, en su interior, son llamadas, «Jerusalén». Se cumple, de este modo, lo que ha sido profetizado en los Salmos: «¡Qué pregón tan glorioso para ti, ciudad de Dios!» y «todas mis fuentes están en ti» (Sal 87, 3,7).

129. Y así en Epifanía las tocantes palabras del profeta se dirigen a todas las asambleas de cristianos creyentes. «¡Que llega tu luz, Jerusalén!». Cada uno de los fieles, con la ayuda del homileta, ¡deberá escuchar estas palabras en lo profundo de su corazón! “Mira: las tinieblas cubren la tierra, la oscuridad los pueblos, pero sobre ti amanecerá el Señor,

su gloria aparecerá sobre ti". El homileta tiene la función de exhortar a los fieles para dejar atrás los modos indolentes y las visiones poco abiertas a la esperanza. «Levanta la vista entorno, mira: todos esos se han reunido, vienen a ti». Es decir, a los cristianos se les ha dado todo lo que el mundo entero busca. Una gran multitud de gentes llegará a la gracia en la que nosotros ya nos encontramos. Justamente proclamamos en el salmo responsorial: «Se postrarán ante ti, Señor, todos los reyes de la tierra».

130. Nuestra reflexión podría ir de la poesía de Isaías a la narración de Mateo. Los Magos nos sirven de ejemplo en el modo de acercarnos al Niño. "Vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron". Hemos entrado en la Sagrada Liturgia para hacer lo mismo. El homileta haría bien recordando a los fieles que, al acercarse a la comunión en el día de la Epifanía, tendrían que pensar que ellos mismos han llegado al lugar, y que están delante de la persona hacia la que la estrella y las Escrituras les han conducido. Y por tanto, que ofrezcan a Jesús el oro de su amor, el uno por el otro, el incienso de su fe, con el que lo reconocen como el Dios-con-nosotros, y la mirra, que expresa su voluntad de morir al pecado y ser sepultados con Él para resucitar a la vida eterna. E incluso, como los Magos, sentirnos exhortados a volver a casa siguiendo otro camino. Que puedan olvidarse de Herodes, malvado impostor, y de todo lo que les ha pedido que hicieran. ¡En esta Fiesta han visto al Señor! "¡Levántate, brilla, Jerusalén, que llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti!". El homileta podría aún animarlos, como hizo san León hace tantos siglos, a que imiten la función de la estrella. Como la estrella, gracias a su fulgor, llevó a los gentiles a Cristo, del mismo modo, esta asamblea, con el esplendor de la fe, de la alabanza y de las buenas obras, debe resplandecer en este mundo de tinieblas como un astro luminoso. «Las tinieblas cubren la tierra, la oscuridad los pueblos, pero sobre ti amanecerá el Señor».

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La Epifanía del Señor

528. La Epifanía es la manifestación de Jesús como Mesías de Israel, Hijo de Dios y Salvador del mundo. Con el bautismo de Jesús en el Jordán y las bodas de Caná (cf. LH Antífona del *Magnificat* de las segundas vísperas de Epifanía), la Epifanía celebra la adoración de Jesús por unos "magos" venidos de Oriente (Mt 2, 1) En estos "magos", representantes de religiones paganas de pueblos vecinos, el Evangelio ve las primicias de las naciones que acogen, por la Encarnación, la Buena Nueva de la salvación. La llegada de los magos a Jerusalén para "rendir homenaje al rey de los Judíos" (Mt 2, 2) muestra que buscan en Israel, a la luz mesiánica de la estrella de David (cf. Nm 24, 17; Ap 22, 16) al que será el rey de las naciones (cf. Nm 24, 17-19). Su venida significa que los gentiles no pueden descubrir a Jesús y adorarle como Hijo de Dios y Salvador del mundo sino volviéndose hacia los judíos (cf. Jn 4, 22) y recibiendo de ellos su promesa mesiánica tal como está contenida en el Antiguo Testamento (cf. Mt 2, 4-6). La Epifanía manifiesta que "la multitud de los gentiles entra en la familia de los patriarcas" (S. León Magno, serm.23)

y adquiere la "israelitica dignitas" (MR, Vigilia pascual 26: oración después de la tercera lectura).

724. En María, el Espíritu Santo manifiesta al Hijo del Padre hecho Hijo de la Virgen. Ella es la zarza ardiente de la teofanía definitiva: llena del Espíritu Santo, presenta al Verbo en la humildad de su carne dándolo a conocer a los pobres (cf. Lc 2, 15-19) y a las primicias de las naciones (cf. Mt 2, 11).

Cristo, luz de las naciones

280. La creación es el fundamento de "todos los designios salvíficos de Dios", "el comienzo de la historia de la salvación" (DCG 51), que culmina en Cristo. Inversamente, el Misterio de Cristo es la luz decisiva sobre el Misterio de la creación; revela el fin en vista del cual, "al principio, Dios creó el cielo y la tierra" (Gn 1,1): desde el principio Dios preveía la gloria de la nueva creación en Cristo (cf. Rom 8,18-23).

529. La Presentación de Jesús en el templo (cf. Lc 2, 22-39) lo muestra como el Primogénito que pertenece al Señor (cf. Ex 13,2.12-13). Con Simeón y Ana toda la expectación de Israel es la que viene al Encuentro de su Salvador (la tradición bizantina llama así a este acontecimiento). Jesús es reconocido como el Mesías tan esperado, "luz de las naciones" y "gloria de Israel", pero también "signo de contradicción". La espada de dolor predicha a María anuncia otra oblación, perfecta y única, la de la Cruz que dará la salvación que Dios ha preparado "ante todos los pueblos".

"CREO EN LA SANTA IGLESIA CATOLICA"

748. "Cristo es la luz de los pueblos. Por eso, este sacrosanto Sínodo, reunido en el Espíritu Santo, desea vehementemente iluminar a todos los hombres con la luz de Cristo, que resplandece sobre el rostro de la Iglesia, anunciando el evangelio a todas las criaturas". Con estas palabras comienza la "Constitución dogmática sobre la Iglesia" del Concilio Vaticano II. Así, el Concilio muestra que el artículo de la fe sobre la Iglesia depende enteramente de los artículos que se refieren a Cristo Jesús. La Iglesia no tiene otra luz que la de Cristo; ella es, según una imagen predilecta de los Padres de la Iglesia, comparable a la luna cuya luz es reflejo del sol.

1165. Cuando la Iglesia celebra el Misterio de Cristo, hay una palabra que jalona su oración: ¡Hoy!, como eco de la oración que le enseñó su Señor (Mt 6,11) y de la llamada del Espíritu Santo (Hb 3,7-4,11; Sal 95,7). Este "hoy" del Dios vivo al que el hombre está llamado a entrar, es la "Hora" de la Pascua de Jesús que es eje de toda la historia humana y la guía:

La vida se ha extendido sobre todos los seres y todos están llenos de una amplia luz: el Oriente de los orientes invade el universo, y el que existía "antes del lucero de la mañana" y antes de todos los astros, inmortal e inmenso, el gran Cristo brilla sobre todos los seres más que el sol. Por eso, para nosotros que creemos en él, se instaura un día de luz, largo, eterno, que no se extingue: la Pascua mística (S. Hipólito, pasc. 1-2).

2466. En Jesucristo la verdad de Dios se manifestó toda entera. "Lleno de gracia y de verdad" (Jn 1,14), él es la "luz del mundo" (Jn 8,12), la Verdad (cf Jn 14,6). El que cree en él, no permanece en las tinieblas (cf Jn 12,46). El discípulo de Jesús, "permanece en su palabra", para conocer "la verdad que hace libre" (cf Jn 8,31-32) y que santifica (cf Jn 17,17). Seguir a Jesús es vivir del "Espíritu de verdad" (Jn 14,17) que el Padre envía en su nombre (cf Jn 14,26) y que conduce "a la verdad completa" (Jn 16,13). Jesús enseña a sus discípulos el amor incondicional de la Verdad: "Sea vuestro lenguaje: 'sí, sí'; 'no, no'" (Mt 5,37).

2715. La contemplación es mirada de fe, fijada en Jesús. "Yo le miro y él me mira", decía, en tiempos de su santo cura, un campesino de Ars que oraba ante el Sagrario. Esta atención a Él es renuncia a "mí". Su mirada purifica el corazón. La luz de la mirada de Jesús ilumina los ojos de nuestro corazón; nos enseña a ver todo a la luz de su verdad y de su compasión por todos los hombres. La contemplación dirige también su mirada a los misterios de la vida de Cristo. Aprende así el "conocimiento interno del Señor" para más amarle y seguirle (cf San Ignacio de Loyola, ex. sp. 104).

La Iglesia, el sacramento de la unidad del género humano

60. El pueblo nacido de Abraham será el depositario de la promesa hecha a los patriarcas, el pueblo de la elección (cf. Rom 11,28), llamado a preparar la reunión un día de todos los hijos de Dios en la unidad de loa Iglesia (cf. Jn 11,52; 10,16); ese pueblo será la raíz en la que serán injertados los paganos hechos creyentes (cf. Rom 11,17-18.24).

442. No ocurre así con Pedro cuando confiesa a Jesús como "el Cristo, el Hijo de Dios vivo" (Mt 16, 16) porque este le responde con solemnidad "no te ha revelado esto ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos" (Mt 16, 17). Paralelamente Pablo dirá a propósito de su conversión en el camino de Damasco: "Cuando Aquél que me separó desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, tuvo a bien revelar en mí a su Hijo para que le anunciase entre los gentiles..." (Ga 1,15-16). "Y en seguida se puso a predicar a Jesús en las sinagogas: que él era el Hijo de Dios" (Hch 9, 20). Este será, desde el principio (cf. 1 Ts 1, 10), el centro de la fe apostólica (cf. Jn 20, 31) profesada en primer lugar por Pedro como cimiento de la Iglesia (cf. Mt 16, 18).

674. La Venida del Mesías glorioso, en un momento determinad o de la historia se vincula al reconocimiento del Mesías por "todo Israel" (Rm 11, 26; Mt 23, 39) del que "una parte está endurecida" (Rm 11, 25) en "la incredulidad" respecto a Jesús (Rm 11, 20). San Pedro dice a los judíos de Jerusalén después de Pentecostés: "Arrepentíos, pues, y convertíos para que vuestros pecados sean borrados, a fin de que del Señor venga el tiempo de la consolación y envíe al Cristo que os había sido destinado, a Jesús, a quien debe retener el cielo hasta el tiempo de la restauración universal, de que Dios habló por boca de sus profetas" (Hch 3, 19-21). Y San Pablo le hace eco: "si su reprobación ha sido la reconciliación del mundo ¿qué será su readmisión sino una resurrección de entre los muertos?" (Rm 11, 5). La entrada de "la plenitud de los judíos" (Rm 11, 12) en la salvación

mesiánica, a continuación de "la plenitud de los gentiles (Rm 11, 25; cf. Lc 21, 24), hará al Pueblo de Dios "llegar a la plenitud de Cristo" (Ef 4, 13) en la cual "Dios será todo en nosotros" (1 Co 15, 28).

755. "La Iglesia es labranza o campo de Dios (1 Co 3, 9). En este campo crece el antiguo olivo cuya raíz santa fueron los patriarcas y en el que tuvo y tendrá lugar la reconciliación de los judíos y de los gentiles (Rm 11, 13-26). El labrador del cielo la plantó como viña selecta (Mt 21, 33-43 par.; cf. Is 5, 1-7). La verdadera vid es Cristo, que da vida y fecundidad a los sarmientos, es decir, a nosotros, que permanecemos en él por medio de la Iglesia y que sin él no podemos hacer nada (Jn 15, 1-5)".

La Iglesia, manifestada por el Espíritu Santo

767. "Cuando el Hijo terminó la obra que el Padre le encargó realizar en la tierra, fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés para que santificara continuamente a la Iglesia" (LG 4). Es entonces cuando "la Iglesia se manifestó públicamente ante la multitud; se inició la difusión del evangelio entre los pueblos mediante la predicación" (AG 4). Como ella es "convocatoria" de salvación para todos los hombres, la Iglesia, por su misma naturaleza, misionera enviada por Cristo a todas las naciones para hacer de ellas discípulos suyos (cf. Mt 28, 19-20; AG 2,5-6).

La Iglesia, sacramento universal de la salvación

774. La palabra griega "mysterion" ha sido traducida en latín por dos términos: "mysterium" y "sacramentum". En la interpretación posterior, el término "sacramentum" expresa mejor el signo visible de la realidad oculta de la salvación, indicada por el término "mysterium". En este sentido, Cristo es El mismo el Misterio de la salvación: "Non est enim aliud Dei mysterium, nisi Christus" ("No hay otro misterio de Dios fuera de Cristo") (San Agustín, ep. 187, 34). La obra salvífica de su humanidad santa y santificante es el sacramento de la salvación que se manifiesta y actúa en los sacramentos de la Iglesia (que las Iglesias de Oriente llaman también "los santos Misterios"). Los siete sacramentos son los signos y los instrumentos mediante los cuales el Espíritu Santo distribuye la gracia de Cristo, que es la Cabeza, en la Iglesia que es su Cuerpo. La Iglesia contiene por tanto y comunica la gracia invisible que ella significa. En este sentido analógico ella es llamada "sacramento".

775. "La Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano" (LG 1): Ser el sacramento de la unión íntima de los hombres con Dios es el primer fin de la Iglesia. Como la comunión de los hombres radica en la unión con Dios, la Iglesia es también el sacramento de la unidad del género humano. Esta unidad ya está comenzada en ella porque reúne hombres "de toda nación, raza, pueblo y lengua" (Ap 7, 9); al mismo tiempo, la Iglesia es "signo e instrumento" de la plena realización de esta unidad que aún está por venir.

776. Como sacramento, la Iglesia es instrumento de Cristo. Ella es asumida por Cristo "como instrumento de redención universal" (LG 9), "sacramento universal de salvación"

(LG 48), por medio del cual Cristo "manifiesta y realiza al mismo tiempo el misterio del amor de Dios al hombre" (GS 45, 1). Ella "es el proyecto visible del amor de Dios hacia la humanidad" (Pablo VI, discurso 22 junio 1973) que quiere "que todo el género humano forme un único Pueblo de Dios, se una en un único Cuerpo de Cristo, se coedifique en un único templo del Espíritu Santo" (AG 7; cf. LG 17).

LA IGLESIA, PUEBLO DE DIOS, CUERPO DE CRISTO, TEMPLO DEL ESPIRITU SANTO

I. LA IGLESIA, PUEBLO DE DIOS

781. "En todo tiempo y lugar ha sido grato a Dios el que le teme y practica la justicia. Sin embargo, quiso santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados, sin conexión entre sí, sino hacer de ellos un pueblo para que le conociera de verdad y le sirviera con una vida santa. Eligió, pues, a Israel para pueblo suyo, hizo una alianza con él y lo fue educando poco a poco. Le fue revelando su persona y su plan a lo largo de su historia y lo fue santificando. Todo esto, sin embargo, sucedió como preparación y figura de su alianza nueva y perfecta que iba a realizar en Cristo..., es decir, el Nuevo Testamento en su sangre convocando a las gentes de entre los judíos y los gentiles para que se unieran, no según la carne, sino en el Espíritu" (LG 9).

831. [La Iglesia] es católica porque ha sido enviada por Cristo en misión a la totalidad del género humano (cf Mt 28, 19):

Todos los hombres están invitados al Pueblo de Dios. Por eso este pueblo, uno y único, ha de extenderse por todo el mundo a través de todos los siglos, para que así se cumpla el designio de Dios, que en el principio creó una única naturaleza humana y decidió reunir a sus hijos dispersos... Este carácter de universalidad, que distingue al pueblo de Dios, es un don del mismo Señor. Gracias a este carácter, la Iglesia Católica tiende siempre y eficazmente a reunir a la humanidad entera con todos sus valores bajo Cristo como Cabeza, en la unidad de su Espíritu (LG 13).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

Por otro camino volvieron a su país

En un discurso al pueblo, pronunciado cuando la fiesta de la Epifanía hacía poco que había sido introducida en la liturgia, san Agustín ilustraba con claridad su contenido y su relación con la Navidad. Decía: «Hace muy pocos días hemos celebrado la Navidad del Señor, en este día estamos celebrando con no menor solemnidad su manifestación, con la que comenzó a darse a conocer a los paganos... Había nacido quien es la piedra angular, la paz entre los provenientes de la circuncisión y de la incircuncisión, para que se unieran todos en el que es nuestra paz y que ha hecho de los dos un solo pueblo. Todo esto ha sido

prefigurado para los judíos con los pastores, para los paganos con los Magos... Los pastores judíos han sido conducidos ante él por el anuncio de un ángel, los magos paganos por la aparición de una estrella» (Sermón 201, 1; PL 381031).

Hoy, por lo tanto, celebramos la universalidad de la Iglesia, la llamada de los gentiles a la fe y la unidad profunda entre Israel y la Iglesia. La estrella, aparecida a los magos, era una «espléndida lengua del cielo» que narraba la gloria de Dios (cfr. Salmo 18,2). Su puesto ha sido tomado, a continuación, por el Evangelio, que todavía hoy continúa llamando hacia Cristo a los hombres de toda la tierra. Eso ha sido la estrella, que ha guiado a Cristo hacia nosotros, provenientes del mundo pagano.

Sigamos ahora de cerca el relato evangélico de la venida de los Magos a Belén, a fin de descubriros alguna indicación práctica para nuestra vida. Es bastante evidente que en este relato se mezcla el elemento histórico el elemento teológico y simbólico. En otras palabras, el evangelista no ha pretendido sólo referir unos «hechos», sino inculcar también cosas a «hacer», indicar modelos a seguir o a huir por parte de quien lee. Como toda la Biblia, también esta página está escrita «para nuestra enseñanza».

En el relato ante el anuncio del nacimiento de Jesús aparecen con claridad tres reacciones distintas: la de los Magos, la de Herodes y la de los sacerdotes. Comencemos con los modelos negativos a huir. Ante todo, Herodes. Él, apenas sabida la cosa, «se turba», convoca una sesión de los sacerdotes y de los doctores, pero no para conocer la verdad, sino más bien para urdir un engaño. Esta intención se manifiesta en su recomendación final de ir y volver después a referírselo. Su proyecto es el de transformar a los Magos de mensajeros en espías.

Herodes representa a la persona, que ya ha hecho su elección. Entre la voluntad de Dios y la suya, él claramente ha escogido la suya. Ni siquiera procede el pensar en un odio a Dios y cosas semejantes. Solamente él no ve más que su provecho y ha decidido romper cualquier cosa que amenace turbar este estado de cosas. Está animado por aquello que san Agustín llama «el amor de sí mismo, que según la ocasión puede llevar hasta el desprecio de Dios». Probablemente hasta piensa hacer su deber, defendiendo su realeza, su estirpe, el bien de la nación. Incluso, ordenar la muerte de los inocentes debía parecerle, como a tantos otros dictadores de la historia, una medida exigida por el bien público, moralmente justificada. Desde este punto de vista el mundo está lleno también hoy de «Herodes». Para ellos no hay «epifanía», manifestación de Dios, que baste. Están «cegados»; no ven porque no quieren ver. Sólo un milagro de la gracia (y por suerte existen) puede deshacer esta coraza de egoísmo.

No es ésta, probablemente, la situación que interesa a la mayoría de quienes hoy se acercan a la iglesia y escuchan el Evangelio. Pasemos por ello a la actitud de los sacerdotes. Consultados por Herodes y por los Magos si sabían dónde habría de nacer el Mesías, los sumos sacerdotes y los escribas no tienen empacho en responder:

«En Belén de Judea, porque así lo ha escrito el profeta: "Y tú, Belén, tierra de Judea, no eres ni mucho menos la última de las ciudades de Judea, pues de ti saldrá un jefe que será el pastor de mi pueblo Israel"».

Ellos saben dónde ha nacido el Mesías; están en disposición de revelarlo también a los demás; pero, ellos no se mueven. No van de corridas a Belén, como se habría esperado de personas, que no esperaban otra cosa que la venida del Mesías, sino que permanecen cómodamente en sus casas, en la ciudad de Jerusalén. Ellos, decía Agustín en otro discurso para la Epifanía, se comportan como las piedras miliares (hoy diríamos como las señales de las carreteras): indican el camino, pero no mueven ni un dedo (cfr. Sermón 199, 1, 2). Aquí vemos simbolizado una actitud divulgada entre nosotros. Sabemos bien qué comporta seguir a Jesús, «ir detrás de él», y, si es menester, lo sabemos explicar también a los demás; pero, nos falta la valentía y la radicalidad de ponerlo en práctica hasta el fondo. El peligro no afecta sólo a nosotros, los sacerdotes. Si cada bautizado por ello mismo es «un testigo de Cristo», como lo define un texto del concilio Vaticano II, entonces el planteamiento de los sumos sacerdotes y de los escribas debe hacemos reflexionar a todos. Estos sabían que Jesús se hallaba en Belén, «la más pequeña de las ciudades de Judá»; nosotros sabemos que Jesús se encuentra hoy entre los pobres, los humildes, los que sufren…

Y vengamos finalmente a los protagonistas de esta fiesta, los Magos. Ellos no instruyen con palabras, sino con los hechos; no con lo que dicen, sino con lo que hacen. Dios se ha revelado a ellos, como suele hacer, desde el interior de su experiencia, utilizando los medios que tenían a su disposición; en su caso, la costumbre de escrutar el cielo. Ellos no han puesto demora, sino que se han puesto en camino; han dejado la seguridad, que procede del moverse en el propio ambiente, entre gente conocida y que les reverenciaba. Dicen con sencillez, como si no hubiesen hecho nada de extraordinario:

«Hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo».

Hemos visto y venimos: aquí está la gran lección de estos anónimos «predicadores» bíblicos. Han actuado en consecuencia, no han interpuesto demora alguna. Si se hubieran puesto a calcular uno a uno los peligros, las incógnitas del viaje, habrían perdido la determinación inicial y se habrían frustrado en vanas y estériles consideraciones. Han actuado de inmediato y éste es el secreto cuando se recibe una inspiración de Dios. Son los primeros «hijos de Abrahán según la fe»; también Abrahán, en efecto, se puso en camino, «sin saber a dónde iba» (Hebreos 11,8), fiado sólo en la palabra de Dios, que le invitaba a salir de su tierra.

Van a «adorarlo». Este término reviste un profundo significado teológico en el contexto de Navidad, que debía estar bien claro en la mente del evangelista Mateo. Él lo usa de nuevo, cuando dice que:

«Entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron».

Los Magos conocían bien qué significa «adorar», hacer la *proskynesis*, porque la práctica había nacido precisamente entre ellos, en las cortes de oriente. Significaba tributar el honor posible al máximo, reconocer a uno la soberanía absoluta. El gesto estaba reservado por ello sólo y exclusivamente al soberano. Es la primera vez que este verbo viene empleado en relación a Cristo en el Nuevo Testamento; es el primer reconocimiento, implícito pero clarísimo, de su divinidad.

Los Magos no se mueven sólo por curiosidad, sino por auténtica piedad. No buscan aumentar su conocimiento, sino expresar su devoción y sumisión a Dios. También hoy la adoración es el homenaje que reservamos sólo a Dios. Nosotros honramos, veneramos, alabamos, bendecimos a la Virgen, pero no la adoramos. Éste es un honor que se puede tributar sólo a las tres Personas divinas. La adoración es un sentimiento religioso que hemos de descubrir con toda su fuerza y belleza. Es la mejor expresión del «sentimiento de criaturas» creído por algunos como el sentimiento que está en la base de toda la vida religiosa. Muchos usan esta palabra con demasiada ligereza: «Yo adoro ir a pescar, adoro a mi perro». De criaturas humanas dicen «mi adorable bien». No digo que se cometa pecado cada vez cada vez que se pronuncie, pero ciertamente no indica una gran sensibilidad religiosa.

Los Magos adoraron al Niño «en la casa», en las rodillas de la Madre, hoy podemos adorarlo también en la Eucaristía, adorarlo «en espíritu y verdad», en lo profundo del corazón… No nos faltan ocasiones.

Una última indicación preciosa nos viene de los Magos:

«Habiendo recibido en sueños un oráculo, para que no volvieran a Herodes, se marcharon a su tierra por otro camino».

No queremos forzar estas palabras, pero visto el carácter fuertemente parenético del relato no está fuera de lugar ver en ello un símbolo. Una vez encontrado a Cristo, no se puede ya volver atrás por el mismo camino. Cambiando la vida, cambia la vía. El encuentro con Cristo debe determinar un cambio, una permuta de costumbres. No podemos, también nosotros hoy, volver a casa por el camino por el que hemos venido, esto es, exactamente como estábamos al venir a la iglesia. La palabra de Dios debe haber cambiado algo dentro de nosotros, sino además de nuestras convicciones y nuestros propósitos.

En esta fiesta de la Epifanía la palabra de Dios nos ha puesto delante tres modelos, que representan cada uno una elección global de vida: Herodes, los sacerdotes, los Magos. ¿A cuál de ellos queremos asemejar en la vida? De los Magos se dice que, al volverse a poner en camino, «se llenaron de alegría»; nada semejante para los que prefieran permanecer tranquilos en casa.

Concluyamos con las palabras con que Agustín terminaba uno de sus discursos de la Epifanía al pueblo: «También nosotros hemos sido conducidos a adorar a Cristo por la verdad, que resplandece en el Evangelio, como por una estrella en el cielo; también

nosotros, reconociendo y alabando a Cristo nuestro rey y sacerdote, muerto por nosotros, lo hemos honrado como con oro, incienso y mirra. Nos falta ahora solamente testimoniarlo, tomando un nuevo camino, volviendo por una vía distinta de aquella por la cual hemos venido» (Sermón 202, 3,4).

PREGONES (La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes)

IR A ÍNDICE DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

Adorar al Niño con la vida

Ha nacido el Rey de reyes y Señor de señores, el Hijo único de Dios, para manifestar su inmenso amor. Porque tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su único Hijo, para que todo el que crea en Él se salve, y todos los pueblos lo reconozcan y acudan a adorarlo, siguiendo el ejemplo de los reyes de Oriente que, por su sabiduría, supieron voltear al cielo y ver la señal de la profecía anunciada a todos los pueblos, cumplida: el Mesías, el Salvador, el Redentor, el Hijo de Dios, el Libertador, Consolación del pueblo judío, había nacido para reinar sobre todas las naciones.

Y, poniendo en práctica su sabiduría, vinieron desde tierras lejanas para adorarlo, revelando la identidad del Hijo de Dios en un pequeño cuerpo humano, para que todos los pueblos acudieran como ellos a adorarlo, reconociéndolo como el único Rey y Señor, en quien se cumple toda profecía.

Y fueron testigos del inmenso amor de Dios todopoderoso manifestado a su Hijo, al advertirles del peligro, pidiéndoles discreción para protegerlo de la maldad de los pecadores que se dejan engañar por las acechanzas del maligno, a quienes lo había enviado para buscarlos y salvarlos, pero debía primero crecer en estatura, en gracia y en sabiduría.

Adóralo tú, siguiendo el ejemplo de los Magos de Oriente, con sabiduría, elevando tu mirada al cielo, dejándote iluminar por su luz, y acude al sagrario, reconociendo a tu Rey en la Eucaristía, que es una constante Epifanía de la misericordia del Hijo de Dios, que se hace presente en Cuerpo, en Sangre, en Alma, en Divinidad, cada día en las manos de los sacerdotes, pastores adoradores, elegidos por Dios para revelar al mundo la identidad del Niño que nos ha nacido, y que está presente y vivo en el altar.

Adóralo con tu vida, presentándole como ofrenda tu virtud, el oro de tu fe, el incienso de tu esperanza y la mirra de tu caridad, para que, con tu ejemplo, seas estrella de luz que brille para todos los pueblos, y lo reconozcan, para que acudan a adorarlo, como tú.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

Para todos los hombres

Celebramos en este día la Epifanía del Señor: su manifestación a todo el mundo como Salvador. Dios que, en su Providencia, se manifiesta de modos diversos a los hombres, también a aquellos a quienes –podríamos pensar– no llega su Revelación de modo pleno. Pensemos, por ejemplo, en los Magos de los que nos habla san Mateo. No pertenecían al pueblo escogido y, sin embargo, de un modo peculiar, ciertamente extraño para nosotros, tienen noticia de Jesús, hasta comprender que debían emprender un largo viaje para adorarle.

Algunos hemos crecido en un ambiente muy cristiano y hemos visto valorar siempre, por encima de todo, los bienes sobrenaturales y la doctrina de la Iglesia, aunque contempláramos también que muchos se mostraran más atraídos por ideales inmediatos y materiales. Otros, en cambio, casi sólo se han relacionado con visiones del mundo y de la vida humana intranscendentes. Sus ideales, por altos que sean, finalmente se han quedado "de tejas abajo". Tal vez, con dificultad, puedan hablar de una cierta esperanza ultramundana, que suele ser tan inconcreta como inalcanzable.

Proclamemos en este día la bondad del Señor. Por su misericordia, sin repetirse nunca –cada encuentro personal con Él y con el sentido incomparable de la vida humana es una historia…–, todos los hombres tenemos ocasión de penetrar en su intimidad, aunque sea en grados diferentes según los "talentos" que otorga a cada uno. Esos "talentos" son las circunstancias personales de antecedentes familiares, sociales y culturales, fortaleza, inteligencia, carácter, etc., que configuran nuestro modo de ser, con independencia de las propias decisiones que vendrán luego. Sobre ese "material" básico de que estamos hechos cada uno, y a partir de la multitud de circunstancias accidentales que configuran nuestra historia, de las que no somos responsables, la libertad individual lleva a cabo su tarea de conformación de la persona, de la que sí es responsable el individuo.

La Iglesia afirma con san Pablo la bondad de Dios, **nuestro Salvador, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad**. Todos los hombres –¡todos!–, si quieren, pueden lograr el destino eterno en Él, que ha previsto Dios para cada uno, aunque no hayan tenido ocasión de recibir adecuada noticia de Jesucristo. **Pues los que inculpablemente desconocen el Evangelio de Cristo y su Iglesia, y buscan con sinceridad a Dios, y se esfuerzan bajo el influjo de la gracia en cumplir con las obras de su voluntad, conocida por el dictamen de la conciencia, pueden conseguir la salvación eterna. La divina Providencia no niega los auxilios necesarios para la salvación a los que sin culpa por su parte no llegaron todavía a un claro conocimiento de Dios y, sin embargo, se esfuerzan, ayudados por la gracia divina, en conseguir una vida recta.**

Así hablaba la Iglesia en su último gran concilio reafirmando la misericordia divina. No pensemos, pues, en un Dios arbitrario o desconsiderado con sus criaturas. ¿Cómo no

va a ser comprensivo con sus hijos este Padre bueno? El propio Jesús, hablando en parábolas, se refería a la justicia de Dios, que tiene en cuenta las posibilidades objetivas de cada uno para cumplir sus preceptos: **El siervo que, conociendo la voluntad de su amo, no fue previsor ni actuó conforme a la voluntad de aquél, será muy azotado; en cambio, el que sin saberlo hizo algo digno de castigo, será poco azotado. A todo el que se le ha dado mucho, mucho se le exigirá, y al que le encomendaron mucho, mucho le pedirán.**

Deseemos entregar a Dios todo lo posible como expresión viva de amor filial. Tal vez entonces sintamos por momentos toda nuestra pequeñez y se nos haga ardua la tarea de corresponder a la singular elección que ha hecho el Señor de nosotros. Será entonces también el momento de acudir a María: **¡ruega por nosotros, pecadores, ahora!**

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

A. Cristo se manifiesta en la Iglesia

Hoy la Iglesia universal celebra la fiesta de la Epifanía del Señor. Epifanía es un sustantivo de origen griego que significa manifestación, revelación o aparición. ¿Qué celebramos entonces en esta solemnidad? ¿Acaso el Señor no apareció ya en Navidad?

Por lo tanto, debemos distinguir, como en toda fiesta, dos planos u órdenes de ideas. En el plano de la evocación histórica, hoy celebramos el recuerdo de aquella manifestación del Señor que fue la venida de los Magos a Belén. Ellos representaban a los pueblos paganos, es decir, a todo el resto de la humanidad que vivía fuera del mundo judío en que hasta ese momento se habían desarrollado los acontecimientos y al cual pertenecían las personas encontradas hasta ahora en el Evangelio: María, Jesús, Isabel, Juan, los pastores, etc. Celebramos entonces el importante evento de la convocación de los paganos a la fe, la apertura del horizonte de la salvación a todos los pueblos. Es el significado de la fiesta que hemos escuchado ilustrar, en la segunda lectura, por san Pablo, apóstol y pionero de este universal llamado a la salvación. Él llama a todo esto "el misterio mantenido oculto durante siglos y revelado en los últimos tiempos". Tal misterio consiste en que los gentiles son llamados en Jesús a participar de la misma herencia, a formar el mismo cuerpo y a ser partícipes de la promesa por medio del Evangelio (Ef. 3, 5-6).

A nosotros, que vivimos en esta realidad desde hace siglos, todo esto nos puede parecer natural y de poca importancia. ¡Pero pensemos en la sorpresa y en la alegría de nuestros antiguos antepasados paganos al oírse decir que eran llamados a la misma herencia, ellos, a quienes los judíos despreciaban por impuros, por condenados a la perdición! Para Dios ahora ya no existen pueblos elegidos y pueblos no elegidos; ahora todos son "su pueblo", y él es el Dios de todos. Para él no existen las razas, sino una sola humanidad redimida por su hijo Jesucristo. Todos los pueblos son llamados ahora a

aquella Jerusalén de luz, descripta por Isaías en la primera lectura, que simboliza la Iglesia. Esta idea entusiasmaba a san Agustín, quien exclamaba; "¡Oh, Iglesia bienaventurada! Alza entonces los ojos y ábrelos al mundo; mira ahora la herencia hasta los confines de la tierra; mira ahora cumplirse lo que fue dicho: —Lo adorarán todos los reyes de la tierra, todas las gentes lo servirán—" *(En. Ps.* 47, 7).

Hasta aquí el contenido de la fiesta de Epifanía en el plano de la evocación histórica. Pero hemos dicho que la fiesta de hoy tiene un segundo plano de significación: el de la actualidad litúrgica. Ahí, ella se refiere a nuestra situación de cristianos de hoy. ¿Qué significa la fiesta, vista desde ese segundo punto de observación? En pocas palabras, esto: que Jesucristo todavía está en el mundo; que es necesario buscarlo con la fe; que para encontrarlo es necesario pasar, como los magos, por Jerusalén, es decir, por la Iglesia.

En este sentido, todo el acontecimiento de los Magos es un símbolo del itinerario hacia la fe. Ellos abandonan sus cómodos palacios en Oriente; comienzan a viajar, como Abraham que dejó Ur de Caldea por un camino desconocido. Buscan, preguntan por el niño, no pretenden descubrirlo por sí solos. No se descorazonan ante las primeras dificultades, cuando la estrella desaparece en el cielo de Jerusalén. Vuelven a ponerse en camino, encuentran al niño en la más extrema pobreza, sin insignias reales como se lo habían imaginado y, a pesar de todo, se postran, lo adoran.

Fijemos un momento de este itinerario de fe para desarrollar una reflexión más profundizada. Es el momento en el cual los Magos, habiendo llegado a Jerusalén, preguntan dónde se puede encontrar al Mesías. Los sacerdotes responden: *en Belén de Judea;* en efecto, así era, y ellos encontraron *al niño con María, su madre y, postrándose, le rindieron homenaje.* También hoy, para encontrar a Jesús, es necesario ir a Jerusalén: a aquella Jerusalén de luz que es la Iglesia, lugar y signo de salvación en el que resplandece la luz del Señor y en el cual todos los hombres son llamados a entrar para caminar bajo su luz. La entrada jubilosa en Jerusalén de la comitiva de camellos y dromedarios de Madián de la que habla Isaías, y el cortejo de los magos del que habla el Evangelio, eran una pequeña señal de este concurrir de todos los hombres a la Iglesia.

Hoy está muy difundida la convicción de poder encontrar a Jesús fuera de Jerusalén, es decir, fuera de la Iglesia, tal vez en grupos que mantienen una polémica con ella, o también en ideologías humanitarias que de Jesús aceptan sólo la fascinación de su humanidad. Pero es una ilusión. No se puede encontrar la cabeza separada de su cuerpo; no se puede encontrar al Cristo fuera de su comunidad, de su palabra y de sus sacramentos, que viven justamente en la Iglesia. Como los Magos, también nosotros encontramos al niño "con su madre", es decir, con aquella que lo genera para nosotros en la fe: la Iglesia.

Pero una vez dicho esto, no es necesario tener miedo de llevar adelante nuestra reflexión sobre una realidad dolorosa que puede ocurrirnos en nuestra búsqueda de Jesús, como les ocurrió a los Magos. En Jerusalén sabían muy bien dónde había nacido y

dónde se encontraba Jesús; dijeron: "Vayan, infórmense", pero ellos, los sacerdotes, no se pusieron a la cabeza en una especie de marcha triunfal hacia el Señor. Permanecieron en un ambiente caldeado, en Jerusalén, para continuar con sus discusiones acerca de las profecías, acerca de dónde y cómo debía nacer el Mesías. Jesús no se encontraba en Jerusalén, sino en la pobreza de Belén. A menudo, también hoy la Iglesia y los sacerdotes decepcionan a los hombres que buscan a Cristo. Saben decir dónde se encuentra: entre los pobres, los que sufren, los puros de corazón como María y José, pero ellos no se mueven, no bajan a Belén, no se agachan para entrar en la gruta, no enfrentan los riesgos de un viaje fuera de sus costumbres y de sus tradiciones.

Seríamos injustos si generalizáramos todo esto, ignorando de mala fe toda aquella parte de la Iglesia que vive y sufre con los pobres, que está a la disposición y al servicio espiritual del pueblo, que en tierra de misiones se consume para llevar la luz de los Evangelios a los paganos y, antes que nada, para darles una casa, un oficio, una dignidad de hombres. Ninguna crítica de afuera debe privarnos de la alegría y el orgullo de esto que se hace en nuestra Iglesia; ni tampoco el intento tan frecuente de descalificar todo y de echar sobre todo la sombra de la sospecha debe impresionarnos en forma excesiva.

No es lícito, por lo tanto, generalizar nuestra autocrítica, pero tampoco es lícito callarla, porque si callamos nosotros, los responsables, los hombres de la Iglesia, será Jesús quien nos lo eche en cara, y será también el mundo. Debemos reconocer con humildad que, a menudo, constituimos, a causa de nuestras obligaciones y de nuestra mediocridad, un diafragma entre los hombres y Cristo. Nosotros podemos retrasar su epifanía, podemos hacer menos creíble su palabra ante el mundo.

Es necesario, entonces, que quien se sienta comprometido completamente con Jesús y con la Iglesia (no sólo aquellos que ejercitan el ministerio pastoral), recoja en forma profunda la convocación de la fiesta de hoy, se proponga luchar para reducir el espesor de la opacidad que su vida opone a la manifestación del Señor, con el objeto de ser un testigo entre los hermanos y un guía en la búsqueda del Salvador. Para ser él mismo, en resumen, una epifanía, es decir, una manifestación del Señor para el mundo.

Nosotros lo encontramos ahora, a este nuestro Señor, como lo encontraron los Magos, con un velo de humildad agregado a su humanidad: el del sacramento. Arrodillémonos con fe, abramos nuestras pequeñas y pobres arcas y ofrezcámosle lo mejor que allí tenemos: nuestra fe, nuestra esperanza y, sobre todo, nuestro amor.

***

B. Los signos de los tiempos

"Tres prodigios celebramos en este santo día: hoy la estrella guía a los magos al pesebre, hoy el agua es cambiada en vino en las bodas de Caná, hoy Cristo es bautizado por Juan en el Jordán por nuestra salvación" (Ad *Magnificat*, ant.).

Con estas palabras la liturgia de las horas describe el contenido de la fiesta de hoy. Este consiste en la triple revelación de Cristo, a los magos, en las bodas de Caná y en el bautismo de Jesús en el Jordán. Lo que indujo, desde los tiempos más remotos, a reunir estos tres acontecimientos en una sola fiesta es su significado común de manifestación (en griego: epifanía). Jesús se revela en ellos progresivamente por lo que es en realidad, es decir, Mesías y el Salvador: manifestó su gloria, como dice Juan (Jn. 2,11).

Quisiera intentar, este año, una comprensión nueva de esta fiesta partiendo de ese adverbio de tiempo que con tanta insistencia aparece en la liturgia del tiempo navideño: hoy. "Hoy ha nacido Cristo, hoy ha aparecido el Salvador". Nosotros no celebramos pues un hecho acontecido una vez por todas en el pasado, sino algo que continúa también hoy bajo nuestros ojos. Nosotros no celebramos a Cristo que un día se manifestó a los magos mediante una estrella, sino a Cristo que hoy se manifiesta, que hoy llama a los hombres a la fe.

Es esta epifanía siempre en acto en la historia. Ella se basa en un hecho certísimo: Cristo está ahora presente en el mundo. Su resurrección inauguró un modo nuevo de estar entre nosotros y de manifestársenos. No más un modo carnal o físico, sino espiritual (cfr. Rom. 1,3-4). Por eso la Escritura puede decir de Cristo que era ayer, pero también que es hoy (Heb. 13,8). Ciertamente se trata de una presencia escondida, problemática, que escapa a los cronistas de este mundo. No se puede decir de él: Cristo está aquí o Cristo está allí (Mt.24,23). También Jesucristo es, en cierto modo, un "Dios escondido" (Is. 45,15), presente y ausente al mismo tiempo.

Su manifestación es confiada a los signos que no se encienden y no llegan a ser elocuentes sino en presencia de la fe, aun cuando misteriosamente sean precisamente ellos los que deben suscitar tal fe. Signos que son claros para algunos y oscuros para otros, como la nube del éxodo que era tenebrosa para los egipcios, mientras que a los israelitas les iluminaba la noche (Ex. 14,20).

De las narraciones evangélicas recabamos sólo una certeza: Cristo se revela a cada pueblo y a cada categoría de personas con signos apropiados a ellos y comprensibles a ellos. A los simples pastores envía un ángel; a los sabios, habituados a escrutar el curso de los astros, envía una estrella; para los judíos, afectos a los signos, da un signo, es decir, un milagro: cambia el agua en vino.

Estamos aquí para preguntarnos en esta solemnidad de Epifanía: ¿con qué signos Cristo se manifiesta a los hombres de nuestro tiempo? Y antes aún: ¿se manifiesta de veras Cristo también hoy o tienen razón aquéllos que dicen que Dios ha muerto o que calla? No se estará verificando, acaso, precisamente en nosotros, aquella terrible palabra de Cristo: *Una generación perversa y adúltera pretende un signo ¡Pero no se le dará ningún signo!* (Mt. 16,4; Mc. 8,11). ¿Hay un signo para nosotros?

En una situación de profunda turbación como ésta, el profeta Isaías –lo hemos oído en la primera lectura– proponía como signo del retorno de Dios hacia su pueblo la nueva

Jerusalén reconstruida después del exilio, la ciudad sobre la montaña, a la cual todas las naciones, como saliendo de las tinieblas, acuden para encontrar al Señor: Levántate, vístete de luz… porque he aquí, las tinieblas recubren la tierra, pero sobre ti resplandece el Señor, su gloria aparece sobre ti. Las naciones caminarán en tu luz. Parece fácil e inmediato el paso de la situación de Isaías a la nuestra. De hecho, desde siempre se repite (y es el Nuevo Testamento mismo el que inauguró esta interpretación) que aquella ciudad de luz, aquel signo levantado entre las naciones es la Iglesia, la nueva Jerusalén. La liturgia no hace otra cosa que inculcarnos precisamente este pensamiento. La Iglesia es para nosotros hoy el signo por excelencia de la presencia y de la gloria de Cristo, su epifanía en el mundo, la gran estrella bajo cuya luz las naciones deben ponerse en camino hacia Cristo (Is. 60,3 = Apc. 21,24). Pero, debemos confesar que la cosa no es tan fácil. La Iglesia es para muchos hoy una "esposa velada", es decir, un signo no reconocible, un signo de contradicción. No podemos partir con tanta seguridad desde ella. A ella debemos más bien llegar. Por un lado, es demasiado cercana al significado –a Cristo– de quien es directamente el cuerpo, también para ser signo de él. Por otro lado, ella está demasiado cercana al hombre, demasiado confundida con él, con sus problemas y con sus debilidades para servirle de signo de Dios.

Creo que también hoy hay otros signos que pueden hacer manifiesta la epifanía de Cristo; signos menos universales que el que indicamos con la palabra "Iglesia", pero pertenecientes siempre al ámbito ideal suyo. El Concilio Vaticano II dedicó una gran atención a estos signos que, con una expresión evangélica, llama "los signos de los tiempos" (Mt. 16,2). En la Constitución *Gaudium et spes* (n.11) leemos: "El pueblo de Dios, movido por la fe, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia y de los planes de Dios".

Entre los signos de nuestro tiempo en los cuales el Concilio percibe la presencia operante de Cristo está el sentido de solidaridad y de interdependencia, la promoción de los laicos, la liberación de la mujer, el sentido nuevo de la libertad religiosa. Estos, empero, son signos que la Iglesia recibe del mundo (más que da al mundo) que ella debe "escrutar y discernir" (cfr. as 4). Cuando Jesús hablaba de los "signos de los tiempos", entendía sobre todo los signos de los tiempos mesiánicos que él daba al mundo: Los ciegos recuperan la vista, los paralíticos caminan, los leprosos son curados, los sordos recuperan el oído, los muertos resucitan, a los pobres es predicada la buena nueva (Mt. 11,5). ¿Existen hoy estos signos? ¡Sí que existen! Pero, como aconteció con Jesús, por más grandiosos que sean, pueden pasar del todo inadvertidos para quien no se deja prender por ellos, para quien está distraído o corre detrás de otras noticias. A veces, estamos desconcertados al constatar cuán poco la crónica del tiempo de entonces se acordó de Jesús. Y, sin embargo, de los evangelios tenemos la impresión que alrededor de él se realizaban acontecimientos que debían trastornar el mundo y estar en boca de todos.

También hoy cumple Jesús sus signos mesiánicos, pero sólo quien está vigilante los percibe y se goza de ellos: ciegos que recuperan la luz de la fe y de la esperanza al contacto con la palabra de Dios; paralíticos espirituales (y a veces también corporales) que se levantan y caminan, abandonando el lecho de muerte en el cual vivían; prisioneros de sí, del mal y de los hombres que se liberan de las cadenas; gente, en una palabra, que por el poder de Cristo y de su Espíritu se convierte y vive. Cuántas veces, ante estos hechos, me han vuelto a la mente aquellas palabras de Jesús: *¡Felices los ojos que ven lo que ven ustedes!* (Lc. 10,23).

Quisiera insistir, en particular, en uno de estos signos mesiánicos porque Jesús mismo lo indicó casi como signo por excelencia: *A los pobres es anunciada la buena nueva* (Lc. 7,22). ¿No es acaso un signo de que Cristo está obrando en la Iglesia esta ansia tan típica de nuestra época que la buena nueva llegue a los pobres? Quizás nosotros hoy estamos en condiciones "de descubrir un significado nuevo en aquel dicho de Jesús: A mí no me tendrán siempre con ustedes, pero a los pobres siempre los tendrán (cfr. Mt. 26,11). Es como decir: cuando yo ya no esté físicamente con ustedes, estarán los pobres que me representarán; ¡hagan a ellos lo que quisieran hacerme a mí!

No tenemos ningún temor de reconocer que Cristo se sirvió también de ideologías extrañas a la Iglesia como de la marxista, para despertar de nuevo en ella esta ansia. También en el Antiguo Testamento, Dios declara siempre que se sirve de otros pueblos para despertar el celo de Israel, para provocarlo y llamarlo de nuevo a la conciencia de su empeño (cfr. Deut. 32,21). Así hizo también con nosotros, los cristianos, y nosotros hemos entendido que esto es uno de aquellos signos de los tiempos por los cuales él nos enseñó a reconocer su venida.

La ida (o el retorno) del evangelio a los pobres puede parecer a veces demasiado lenta e incierta y no siempre coherente, pero sería injusto negar que en toda la Iglesia está en marcha un interés, un celo y –también esto es un signo– un remordimiento respecto de los pobres, ya se trate de individuos o de pueblos enteros. Es una conciencia nueva que "manifiesta" la presencia de la palabra de Cristo. Es un signo de que el inexorable transcurrir del tiempo que lo trastorna todo no logra trastornar esta presencia de Cristo, ni engullirla ni digerirla (como no lo logró ni la muerte ni el sepulcro), que ninguna cultura o civilización –ni siquiera la materialista o burguesa de occidente– logró ni nunca logrará detener su curso. Nuestra época lo encuentra de nuevo ante sí con toda su fuerza de contestación como un signo imborrable de la presencia de Dios en el mundo. Conocido es Dios en Judea, decían los hebreos (Sal. 76,1). Dios se manifiesta en Judá; nosotros decimos: ¡Cristo se manifiesta en la Iglesia!

He aquí que me esforcé por descubrir junto con ustedes los signos de la Epifanía de Cristo que continúa en torno nuestro. Hay, ciertamente, también otros signos. En el evangelio leemos, en cierto punto, que Jesús empezó a recriminar a aquellas ciudades donde había realizado más milagros, porque no se habían convertido: *¡Ay de ti Corozaín! ¡Ay de ti Betsaida!* (Mt. 11,20 ssq). ¡Tal vez nosotros también somos una de aquellas

ciudades donde Jesús hizo el mayor número de signos! A cada uno de nosotros le toca la tarea urgente de descubrir y valorar estos signos para convertirse. A cada uno de nosotros le toca la tarea de llegar a ser uno mismo, un signo de la presencia de Cristo en el mundo.

***

C. Una epifanía para nosotros

En los dos ciclos anteriores, la fiesta de hoy nos sirvió como oportunidad para una reflexión sobre el Cristo que se revela a los pueblos en la Iglesia. Por lo tanto, una epifanía de respiro universal: por un lado, Cristo, por el otro, el mundo; en el medio –como signo– la Iglesia. En este ciclo nos proponemos captar un aspecto más íntimo y personal de la fiesta, referido al microcosmos, por así decirlo, no al macrocosmos, de la fe: Cristo en nosotros. El tema es éste: Cristo se manifiesta al corazón de quien lo busca con ánimo sincero. Nos guiará ese texto luminoso de San Pablo que dice: *Porque el mismo Dios que dijo: "Brille la luz en medio de las tinieblas", es el que hizo brillar su luz en nuestros corazones para que resplandezca el conocimiento de la gloria de Dios, reflejada en el rostro de Cristo* (2 Col 4,6).

No es un tema ausente en los textos litúrgicos de hoy: ¡todo lo contrario! Se trata, más bien, de captar el alma oculta de esta fiesta. Al comienzo de la Misa, la liturgia nos hizo rezar para que Dios, que un día, a través de la estrella, reveló el Hijo suyo a las gentes, nos lleve, mediante la fe, a contemplar la grandeza de su gloria. Se trata de recuperar el significado más genuino del episodio de los magos: la que los llevó a Belén fue una iluminación interior y personal, si bien fue justamente esa iluminación la que los hizo solidarios y compañeros de otros en la misma búsqueda.

Al ver la estrella, ellos "se llenaron de alegría": evidentemente, Aquel a quien buscaban ya guiaba su búsqueda; ya estaba con ellos, aunque no todavía totalmente reconocido (Agustín le hace decir a Dios: *No me buscarías si no me hubieras encontrado*).

La epifanía que queremos celebrar este año es precisamente de este tipo: una epifanía, vale decir una manifestación de Jesucristo que tenga lugar dentro de nosotros, que sea captada con los ojos del corazón, antes que con los del cuerpo o de la sola inteligencia.

Semejante epifanía –dice Pablo– se cumple cuando Dios refulge en nuestro corazón y hace resplandecer en él su gloria con los rasgos precisos que esa gloria adquirió en Jesucristo. Dicho de otro modo, cuando, por un misterioso encuentro entre la acción de Dios y nuestra libertad, se enciende dentro de nosotros una luz y en esa luz "reconocemos" a Jesucristo; lo vemos en su gloria divina, como lo vieron los tres apóstoles en la transfiguración en el Tabor. Sólo que, en nuestro caso, todo se produce en la intimidad y en la fe, gracias a una certeza de que Jesús está a nuestro lado, por lo cual sentimos, sin la menor sombra de duda, que él es la verdad, la esperanza y la salvación; ¡él y nadie más! Una certeza que no procede de nosotros, sino que es suscitada por el Espíritu Santo: el Espíritu Santo le "dará testimonio" a Jesús (cf. Jn. 15,26).

El problema es: ¿cómo hacer que estas cosas sean válidas también para nosotros? ¿Cómo celebrar "en espíritu y verdad" (no como puro deseo veleidoso) esta epifanía del corazón? Es necesario empezar con cosas pequeñas; esa famosa luz (que puede llamarse fervor, o alegría, o fe) a veces se enciende, o se apaga, por una insignificancia; hay que ofrecerle odres al Señor, quizás vacías o llenas sólo de agua, para que él pueda darnos su vino... A veces, un cristiano de buena voluntad vuelve a encontrar a Jesús en su corazón simplemente porque supo imponerse una pequeña privación, en obediencia al Evangelio o a la conciencia, porque se puso nuevamente a rezar después de mucho tiempo, venciendo tal vez un fuerte rechazo, porque hizo un gesto oculto y desinteresado de amor por el prójimo, porque tuvo el coraje de una reconciliación. Son como chispas que provocamos con la buena voluntad, pero con ellos Dios puede encender una gran llama.

Esta epifanía espiritual que invade todos los momentos de la vida debe encontrar su culminación en la liturgia. San Ambrosio escribió: "Tú te mostraste a mí. Oh, Cristo, cara a cara. ¡Yo te encontré en tus sacramentos!" Participar con fe en un sacramento significa asistir a una epifanía de Cristo; allí, de una manera totalmente especial, la gloria de Cristo resplandece en nuestros corazones. En el sacramento se produce lo que se produjo en la Encarnación: Dios se revela velándose. La carne, de la que se revistió el Verbo al nacer, fue para él como un velo: por un lado, cubría y ocultaba la divinidad; por el otro, la manifestaba y la hacía visible y presente. Nadie en esta vida puede ver a Dios "como es" y ni siquiera puede ver al Cristo resucitado como es. Eso es posible sólo en los cielos nuevos, después de la gran epifanía que seguirá a la muerte. La majestad de Dios es realmente tal que no se puede ver con ojos de carne y seguir viviendo (Ex. 33,20). Dios no puede revelarse si no es velándose.

Lo mismo ocurre en los sacramentos, especialmente en el sacramento por excelencia que es la Eucaristía. Allí, –en la En carnación–, el velo era la carne humana; aquí es el pan y el vino: "Iesum quem velatum nunc aspicio". Jesús a quien ahora contemplo velado... El pan y el vino ocultan a nuestros ojos la realidad que contienen, ¡pero contienen la realidad que ocultan! Por eso la hacen presente y accesible para nosotros; Jesús está presente y visible en el pan y el vino. Así como en el templo de Jerusalén, el "Sancta Sanctorum" estaba oculto detrás de un velo, lo mismo aquí. No un muro, sino un velo, y ese velo, después de la muerte de Jesús, es atravesable y fue atravesado: Cristo inauguró un *camino nuevo y vivo* para llegar a Dios, que pasa *a través del velo, que es su carne* (Heb. 10,20).

Es el misterioso poder de los signos: todo lo que es sugerido por los símbolos golpea e inflama el corazón del hombre con mucha mayor intensidad que la verdad "desnuda" desprovista de imágenes, la cual habla sólo al cerebro del hombre y no a todo el hombre, cuerpo y espíritu juntos. Al pasar de la realidad concreta a la realidad espiritual significada (por ejemplo, del agua al Espíritu, del pan al Cuerpo de Cristo), nuestra sensibilidad adquiere vivacidad y se inflama como una antorcha en movimiento (cf. San Agustín, Ep.55, 11,21). Así ocurrió en Emaús: los discípulos que no habían reconocido a Cristo ni siquiera después de la explicación de las Escrituras, lo reconocieron al partir el

pan (cf. Lc. 24,30sq.); ese gesto simbólico y sacramental hizo caer el velo de sus ojos y reconocieron al Señor.

La Eucaristía, es, pues, una epifanía de Cristo, más aún, la epifanía suprema. No nos muestra solamente al Jesús terrenal que vieron los magos, hombre entre los hombres, sino al Jesús muerto y resucitado, el Jesús Señor universal y glorioso. Una luz y una fuerza potente está encerrada en esos signos que nunca termina de experimentarse y que alimenta toda la vida de la Iglesia, pasada, presente o futura. Toda luz viene de allí. Si la Iglesia es signo de Cristo entre las naciones –y por lo tanto ella misma una epifanía– es porque tiene en su centro la Eucaristía, verdadera "zarza ardiente" que arde y no se consume; una zarza que brilla en medio de la pobreza humana de la Iglesia como fuego detrás de un telón.

Este carácter epifánico de la Eucaristía era vivido, en una época, con mucha fuerza en la Iglesia; se creía, entonces, en la epifanía cultual de Cristo (o sea en Cristo que se manifiesta a los fieles durante el culto eucarístico), al punto de oír prácticamente resonar su voz en primera persona en la asamblea en la palabra del Obispo: "Yo soy Cristo. Acérquense todos ustedes, sumergidos en los pecados. Reciban la redención de los pecados. Yo soy el Cordero inmolado por ustedes, soy su luz, soy su salvación, soy su resurrección. Yo les mostraré al Padre" (Melitone di Sardi, *Sulla Pasqua,* 102ssq.)

Sin embargo, la Eucaristía no siempre y no para todos es una epifanía de Cristo; para muchos sigue siendo solamente un conjunto de gestos muertos y de cosas pasadas que no producen ninguna impresión o solamente una impresión estética. ¿Por qué? ¿Qué falta? ¡Falta la fe! ¡Faltan los ojos para ver detrás del velo! Aquella estrella en el cielo, de Jerusalén brillaba para todos, pero sólo tres la vieron… Los sacramentos no son ritos mágicos que actúan de cualquier modo y siempre, incluso a pesar del sujeto; son ritos humanos "para los hombres"; hablan a la voluntad, al corazón, al cuerpo del hombre; por eso, sólo el que tiene oídos para oír oye y sólo el que tiene ojos para ver ve.

Reconoce a Jesús en la Eucaristía sólo aquél que lo reconoce en la vida, aquél que "camina con él" por la calle, que lo invita a entrar en su casa (cf. Lc. 24,15.29), que no reduce la fe a un hábito que se pone el domingo para ir a Misa y después guarda de inmediato en el ropero… A la Eucaristía, es necesario que lleguemos llenos de deseo, para que se produzca la rotura del velo y podamos reconocerlo y así se encienda nuestro corazón. Por eso hemos hablado de la epifanía en la vida cotidiana antes de hablar de la epifanía en el culto; por eso hemos recordado la oración, el sacrificio, el amor, la compasión, los gestos pequeños. Cuando existe esa búsqueda de Jesús, la Eucaristía nunca decepciona; él se hace presente no sólo en el altar, sino también en el corazón.

Juntemos toda la fe, el deseo, el arrepentimiento de que somos capaces para que esta Eucaristía que estamos celebrando sea realmente una epifanía de Cristo entre nosotros y en cada uno de nosotros, para que ese Dios que dijo al principio: *Que brille la luz entre las tinieblas*, haga brillar la gloria divina de Cristo en nuestros corazones.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la consagración de nueve Obispos (6-I-1984)

– Los Magos de Oriente

Hoy, en el horizonte de la Navidad, aparecen tres nuevas figuras: los Magos de Oriente.

Vienen de lejos siguiendo la luz de la estrella que se les ha aparecido. Se dirigen a Jerusalén, llegan a la corte de Herodes. Preguntan: "¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo" (Mt 2,2).

En la liturgia de la Iglesia la solemnidad de hoy se llama Epifanía del Señor. Epifanía quiere decir manifestación.

Esta expresión nos invita a pensar no sólo en la estrella que apareció a los ojos de los Magos, no sólo en el camino que estos hombres de oriente hacen, siguiendo el signo de la estrella. La Epifanía nos invita a pensar en el camino interior, del que nace el misterioso encuentro del entendimiento y del corazón humano con la luz de Dios mismo.

"La luz... que alumbraba a todo hombre, cuando viene al mundo" (cfr. Jn 1,9).

Los tres personajes de Oriente seguían con certeza esta luz antes aún de que apareciera esta estrella.

Dios les hablaba con la elocuencia de toda la creación: decía que es, que existe; que es Creador y Señor del mundo.

En cierto momento, por encima del velo de las criaturas, los acercó todavía más a Sí mismo. Y a la vez, ha comenzado a confiarles la verdad de su Venida al mundo. De algún modo, los introdujo en el conocimiento del designio divino de la salvación.

– Manifestación del Redentor

Los Magos respondieron con la fe a esa Epifanía interior de Dios.

Esta fe les permitió reconocer el significado de la estrella. Esta fe les mandó también ponerse en camino. Iban a Jerusalén, capital de Israel, donde se transmitía de generación en generación la verdad sobre la venida del Mesías. La habían predicado los profetas y habían escrito de ella los libros santos.

Dios, que habló al corazón de los Magos con la Epifanía interior, había hablado a lo largo de los siglos al Pueblo elegido y les había predicado la misma verdad sobre su venida.

Esta verdad se cumplió la noche del nacimiento de Dios en Belén. Ya esta noche es la Epifanía de Dios, que ha venido: Dios que nació de la Virgen y fue colocado en el pobre pesebre, Dios que ocultó su venida en la pobreza del nacimiento en Belén: he ahí la Epifanía del divino ocultamiento.

Sólo un grupo de pastores se apresuró para ir a su encuentro…

Pero mirad que ahora vienen los Magos. Dios, que se oculta a los ojos de los hombres que viven cerca de Él, se revela a los hombres que vienen de lejos.

– Reconocer al Mesías

Dice el profeta a Jerusalén:

"Caminarán los pueblos a tu luz; los reyes al resplandor de tu aurora. Levanta la vista en torno, mira: todos ésos se han reunido, vienen a ti: tus hijos llegan de lejos" (Is 60,3-4).

Los guía la fe. Los guía la fuerza interior de la Epifanía.

De esta fuerza habla así el Concilio:

"Quiso Dios, con su bondad y sabiduría, revelarse a Sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad (cfr. Ef 1,9); por Cristo, la Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden los hombres llegar hasta el Padre y participar de la naturaleza divina (cfr. Col 1,15; 1Tim 1,17), movido de amor, habla a los hombres como amigos (cfr. Ex 33,11; Jn 15,14-15), trata con ellos (cfr. Bar 3,38) para invitarlos y recibirlos en su compañía" (Dei Verbum, 2).

Los Magos de Oriente llevan en sí esa fuerza interior de la Epifanía. Les permite reconocer al Mesías en el Niño que yace en el pesebre. Esta fuerza les manda postrarse ante Él y ofrecerle los dones: oro, incienso y mirra (cfr. Mt 2,11).

Los Magos son, al mismo tiempo, un anuncio de que la fuerza interior de la Epifanía se difundirá ampliamente entre los pueblos de la tierra.

Dice el Profeta:

"Entonces lo verás, radiante de alegría;/ tu corazón se asombrará, se ensanchará,/ cuando vuelquen sobre ti los tesoros del mar,/ y te traigan las riquezas de los pueblos" (Is 60,5).

Permitid a esta fuerza divina irradiarse en vuestro corazón como en una Jerusalén interior, a la que dice la liturgia de hoy:

"Levántate, brilla,/ que llega tu luz;/ la gloria del Señor amanece sobre ti" (Is 60,1).

Permitid a la fuerza salvífica de la divina Epifanía irradiarse entre los hombres y los pueblos, a los que sois enviados, como testimonio de la verdad y de la misericordia.

Verdaderamente: "Volcarán sobre ti las riquezas de los pueblos" (cfr. Is 60,5).

Y responded al don de la solemnidad de hoy con un incesante, continuo don: ofreced oro, incienso y mirra.

De este modo la abundancia de la Epifanía divina permanecerá en vosotros y se renovará en el camino del servicio apostólico.

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

"¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo". Ésta es la razón que dan aquellos Magos para justificar el largo y penoso camino que emprendieron abandonando la serena ocupación de todos los días. La misma razón que conduce a tantas y tantos a dejarlo todo por el Señor. Y es igualmente la razón del caminar cristiano abandonando la tranquilidad burguesa que una sociedad permisiva está constantemente proponiendo.

Pero a veces la estrella, como a los Magos, se oculta, y las sombras de la noche se enseñorean de todo ocultando el camino y suprimiendo sus perfiles orientadores. En esas horas, siempre hay quien puede ayudarnos porque el camino está ahí. Pero también hay quienes, aprovechando la oscuridad, engañan al viajero, como Herodes con su información interesada. Lo que hoy sucede, por lo que se refiere a ese haz de verdades elementales que están a la base de la armónica convivencia entre los pueblos, es objetivamente grave. Hay un ataque organizado y sin tregua a la Verdad revelada por Dios y a las instituciones naturales queridas por Él.

¡Cuántas veces, y por diversos motivos, la estrella que guiaba nuestros pasos se oculta y la oscuridad nos envuelve! La ilusión y el entusiasmo con que se inició un proyecto se esfuman. Un ejemplo. Se casaron. Él y ella decían que no había en el firmamento una estrella más hermosa. Todos decían que parecía que habían nacido el uno para el otro. Hubo años de intensa felicidad. Hoy arrastran una existencia lánguida y piensan que se equivocaron de pareja. ¿Cómo puede ser que lo que ayer era luz y entusiasmo hoy sea oscuridad y decepción? Y otro tanto sucede con la profesión, las aficiones preferidas, los compromisos adquiridos, y también en la vida espiritual. Somos así. Al amanecer vemos claro, al mediodía dudamos y al atardecer todo parece oscuro.

Es preciso contar con la eventualidad de que la estrella del entusiasmo se apague porque Dios desea que no nos movamos por puro entusiasmo sino por la luz de su Palabra. No debemos tolerar que las oscuras luces del capricho o del cansancio desplacen la luminaria del Evangelio. En esos momentos, particularmente críticos, en que se pueden tomar decisiones lamentables, malogrando fidelidades de años, hay que hacer como los Magos: preguntar a quien conoce el camino y puede orientarnos. *Cristo ha dado a su Iglesia la seguridad de la doctrina, la corriente de gracia de los Sacramentos; y ha dispuesto que haya personas para orientar, para conducir, para traer a la memoria constantemente el camino. Disponemos de un tesoro infinito de ciencia: la Palabra de*

Dios, custodiada en la Iglesia; la gracia de Cristo, que se administra en los Sacramentos; el testimonio y el ejemplo de quienes viven rectamente junto a nosotros, y que han sabido construir con sus vidas un camino de fidelidad a Dios (San Josemaría Escrivá).

Si nos dejamos guiar por la estrella que brilló al comienzo del camino cristiano emprendido y no por el resplandor pasajero del entusiasmo, encontraremos al final a María, José y a Jesucristo, Luz y Esperanza de las naciones. "Mientras los Magos –dice S. Juan Crisóstomo– estaban en Persia, no veían sino una estrella; pero cuando dejaron su patria, vieron al mismo Sol de Justicia".

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Amanece el Señor, y los pueblos caminan a su luz»

I. LA PALABRA DE DIOS

Is 60,1-6: «La gloria del Señor amanece sobre ti»

Sal 71,2.7-8.10-13: «Se postrarán ante ti, Señor, todos los reyes de la tierra»

Ef 3,2-3a; 5-6: «Ahora ha sido revelado que también los gentiles son coherederos»

Mt 2,1-12: «Venimos de Oriente para adorar al Rey»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

La intención de S. Mateo era dejar bien sentada la universalidad de la salvación de Cristo, y más teniendo en cuenta que los destinatarios principales de su evangelio eran judíos, marcados aún por el particularismo. En el momento de redactar su mensaje, la ruptura de fronteras y razas era ya una realidad. El encuentro de Jesús con culturas y personas supera aquel nacionalismo a ultranza.

Isaías ha previsto un universalismo centrado en torno a la ciudad de Jerusalén. Pero desde ahora, la referencia para el creyente no será una ciudad; será una Persona: Jesucristo. Noticia de que también los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la Promesa en Jesucristo por el Evangelio, es la motivación principal de la misión de S. Pablo.

III. SITUACIÓN HUMANA

La búsqueda de la verdad parece un «leit motiv» permanente en la vida humana. Pero en su lucha por encontrarla, se topa a veces con los manipuladores de la verdad. De otra parte, hay otro tipo de personas: aquellas para quienes la verdad ha de venir sin buscarla, o los que saben dónde está y no se molestan en hallarla. Al igual que aquellos notables del Templo ¿llamaríamos buscadores de la verdad a quienes no se molestan en recorrer el camino hacia el sitio que tan bien se creen conocer?

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– Dios ha enviado a su Hijo para salvarnos: "«Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva» (Ga 4, 4-5). He aquí «la Buena Nueva de Jesucristo, Hijo de Dios» (Mc 1,1): Dios ha visitado a su pueblo, ha cumplido las promesas hechas a Abraham y a su descendencia; lo ha hecho más allá de toda expectativa: Él ha enviado a su «Hijo amado» (Mc 1,11)" (422).

– La Epifanía, manifestación de Jesús al mundo: 528; cf 535. 555.

– La salvación viene de Cristo-Cabeza por la Iglesia: 846. 848.

La respuesta

– "La Iglesia, enviada por Dios a las gentes para ser «sacramento universal de salvación», por exigencia íntima de su misma catolicidad, obedeciendo al mandato de su Fundador, se esfuerza por anunciar el Evangelio a todos los hombres (AG 1)" (849; cf 850).

– La fidelidad de los bautizados, condición primordial para la misión: "El mensaje de la salvación debe ser autentificado por el testimonio de vida de los cristianos. «El mismo testimonio de la vida cristiana y las obras buenas realizadas con espíritu sobrenatural son eficaces para atraer a los hombres a la fe y a Dios»" (2044).

El testimonio cristiano

– «Para la evangelización del mundo hacen falta, sobre todo, evangelizadores. Por eso, todos, comenzando desde las familias cristianas, debemos sentir la responsabilidad de favorecer el surgir y madurar de vocaciones específicamente misioneras, ya sacerdotales y religiosas, ya laicales, recurriendo a todo medio oportuno, sin abandonar jamás el medio privilegiado de la oración, según las mismas palabras del Señor Jesús: «La mies es mucha y los obreros pocos. Pues, ¡rogad al dueño de la mies que envíe obreros a su mies!» (Mt 9,37-38)» (Juan Pablo II, ChL 35).

Los notables del Templo sabían dónde nacería Jesús. Pero no buscaron el sitio. Los Reyes no sabían el sitio, pero lo buscaron. Los caminos de Dios no se abren a los entendidos de este mundo, sino a los que se dejan iluminar por su estrella.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

A. Epifanía del Señor.

– Correspondencia a la gracia.

I. *Hemos visto salir la estrella del Señor y venimos con regalos a adorarlo*.

La luz de Belén brilla para todos los hombres y su fulgor se divisa en toda la tierra. Jesús, apenas nacido, "comenzó a comunicar su luz y sus riquezas al mundo, trayendo tras sí con su estrella a hombres de tan lejanas tierras". Epifanía significa precisamente manifestación. En esta fiesta –una de las más antiguas– celebramos la universalidad de la Redención. Los habitantes de Jerusalén que aquel día vieron llegar a estos personajes por la ruta del Oriente bien podrían haber entendido el anuncio del Profeta Isaías, que hoy leemos en la Primera lectura de la Misa: *Levántate, brilla, Jerusalén, que llega tu luz, la gloria del Señor amanece sobre ti. Mira: las tinieblas cubren la tierra, la oscuridad los pueblos, pero sobre ti amanecerá el Señor, su gloria aparecerá sobre ti; y caminarán los pueblos a tu luz; los reyes, al resplandor de tu aurora. Levanta la vista en torno, mira: todos esos se han reunido, vienen a ti: tus hijos llegan de lejos…*

Los Magos, en quienes están representadas todas las razas y naciones, han llegado al final de su largo camino. Son hombres con sed de Dios que dejaron a un lado comodidad, bienes terrenos y satisfacciones personales para adorar al Señor Dios. Se dejaron guiar por un signo externo, una estrella que quizá brillaba con distinto fulgor, "más clara y más brillante que las demás, y tal, que atraía los ojos y los corazones de cuantos la contemplaban, para mostrar que no podía carecer de significado una cosa tan maravillosa". Eran hombres dedicados al estudio del cielo, acostumbrados a buscar en él signos. Hemos visto su estrella, dicen, y venimos a buscar al rey de los judíos. Quizá había llegado hasta ellos la esperanza mesiánica de los judíos de la diáspora, pero debemos pensar que fueron iluminados a la vez por una gracia interior que les puso en camino. El que los guio –comenta San Bernardo–, también los ha instruido, y el mismo que les advirtió externamente mediante una estrella, los iluminó en lo íntimo del corazón. La fiesta de estos Santos, que correspondieron a las gracias que el Señor les otorgó, es una buena oportunidad para que consideremos si realmente la vida es para nosotros un camino que se dirige derechamente hacia Jesús, y para que examinemos si correspondemos a las gracias que en cada situación recibimos del Espíritu Santo, de modo particular al don inmenso de la vocación cristiana.

Miramos al Niño en brazos de María y le decimos: *Señor mío Jesús: haz que sienta, que secunde de tal modo tu gracia, que vacíe mi corazón…, para que lo llenes Tú, mi Amigo, mi Hermano, mi Rey, mi Dios, ¡mi Amor!*

– Los caminos que conducen a Cristo.

II. Llegaron estos hombres sabios a Jerusalén; tal vez pensaban que aquél era el término de su viaje, pero allí, en la gran ciudad, no encuentran al nacido rey de los judíos. Quizá –parece humanamente lo más lógico, si se trata de buscar a un rey– se dirigieron directamente al palacio de Herodes; pero los caminos de los hombres no son, frecuentemente, los caminos de Dios. Indagan, ponen los medios a su alcance: ¿dónde está?, preguntan. Y Dios, cuando de verdad se le quiere encontrar, sale al paso, nos señala la ruta, incluso a través de los medios que podrían parecer menos aptos.

¿Dónde está el nacido rey de los judíos? *(*Mt *2, 2)*.

Yo también, urgido por esa pregunta, contemplo ahora a Jesús, reclinado en un pesebre (Lc 2, 12), en un lugar que es sitio adecuado sólo para las bestias. ¿Dónde está, Señor, tu realeza: la diadema, la espada, el cetro? Le pertenecen, y no los quiere; reina envuelto en pañales. Es un Rey inerme, que se nos muestra indefenso: es un niño pequeño (...).

¿Dónde está el Rey? ¿No será que Jesús desea reinar, antes que nada en el corazón, en tu corazón? Por eso se hace Niño, porque ¿quién no ama a una criatura pequeña? ¿Dónde está el Rey? ¿Dónde está el Cristo, que el Espíritu Santo procura formar en nuestra alma?

Y nosotros, que, como los Magos, nos hemos puesto en camino muchas veces en busca de Cristo, al preguntarnos dónde está, nos damos cuenta de que *no puede estar en la soberbia que nos separa de Dios, no puede estar en la falta de caridad que nos aísla. Ahí no puede estar Cristo; ahí el hombre se queda solo*.

Hemos de encontrar las verdaderas señales que llevan hasta el Niño Dios. En estos hombres llamados a adorar a Dios reconocemos a toda la humanidad: la del pasado, la de nuestros días y la que vendrá. En estos Magos nos reconocemos a nosotros mismos, que nos encaminamos a Cristo a través de nuestros quehaceres familiares, sociales y profesionales, de la fidelidad en lo pequeño de cada día... Comenta San Buenaventura que la estrella que nos guía es triple: la Sagrada Escritura, que hemos de conocer bien; una estrella, que está siempre arriba para que la miremos y encontremos la justa dirección, que es María Madre; y una estrella interior, personal, que son las gracias del Espíritu Santo. Con estas ayudas encontraremos en todo momento el sendero que conduce a Belén, hasta Jesús.

Es el Señor el que ha puesto en nuestro corazón el deseo de buscarlo: *No sois vosotros quienes me habéis elegido, sino que Yo os elegí a vosotros*. Su llamada continua es la que nos hace encontrarlo en el Santo Evangelio, en el recurso filial a Santa María, en la oración, en los sacramentos, y de modo muy particular en la Sagrada Eucaristía, donde nos espera siempre. Nuestra Madre del Cielo nos anima a apresurar el paso, porque su Hijo nos aguarda.

Dentro de un tiempo, quizá no mucho, la estrella que hemos ido siguiendo a lo largo de esta vida terrena brillará perpetuamente sobre nuestras cabezas; y volveremos a encontrar a Jesús sentado en un trono, a la diestra de Dios Padre y envuelto en la plenitud de su poder y de su gloria, y, muy cerca, su Madre. Entonces será la perfecta epifanía, la radiante manifestación del Hijo de Dios.

– Renovar el espíritu apostólico.

III. La Solemnidad de la Epifanía nos mueve a renovar el espíritu apostólico que el Señor ha puesto en nuestro corazón. Desde los comienzos fue considerada esta fiesta

como la primera manifestación de Cristo a todos los pueblos. "Con el nacimiento de Jesús se ha encendido una estrella en el mundo, se ha encendido una vocación luminosa; caravanas de pueblos se ponen en camino (cfr. Is 60, 1 ss); se abren nuevos senderos sobre la tierra; caminos que llegan, y, por lo mismo, caminos que parten. Cristo es el centro. Más aún, Cristo es el corazón: ha comenzado una nueva circulación que ya no terminará nunca. Está destinada a constituir un programa, una necesidad, una urgencia, un esfuerzo continuo, que tiene su razón de ser en el hecho de que Cristo es el Salvador. Cristo es necesario (...). Cristo quiere ser anunciado, predicado, difundido...". La fiesta de hoy nos recuerda una vez más que hemos de llevar a Cristo y darlo a conocer en la entraña de la sociedad, a través del ejemplo y de la palabra: en la familia, en los hospitales, en la Universidad, en la oficina donde trabajamos...

Levanta la vista en torno a ti, mira: tus hijos llegan de lejos... De lejos, de todos los lugares y de todas las situaciones en las que se puedan encontrar, por muy distantes que parezcan estar de Dios. En nuestro corazón resuena la invitación que años más tarde dirigirá el Señor a quienes le siguen: *Id, pues, enseñad a todas las gentes*... No importa que nuestros familiares, amigos o compañeros se encuentren lejos. La gracia de Dios es más poderosa y, con su ayuda, podemos lograr que se unan a nosotros para adorar a Jesús.

No nos acerquemos hoy a Jesús con las manos vacías. Él no tiene necesidad de nuestros dones, pues es el Dueño de todo cuanto existe, pero desea la generosidad de nuestro corazón para que así se agrande y pueda recibir más gracias y bienes. Hoy ponemos a su disposición el oro puro de la caridad: al menos, el deseo de quererle más, de tratar mejor a todos; el incienso de las oraciones y de las buenas obras convertidas en oración; la mirra de nuestros sacrificios que, unidos al Sacrificio de la Cruz, renovado en la Santa Misa, nos convierte en corredentores con Él.

Y a la hora de pedir algo a los Reyes –porque son santos, que pueden interceder por nosotros en el Cielo– no les pediremos oro, incienso y mirra para nosotros; pidámosles más bien que nos enseñen el camino para encontrar a Jesús, cerca de su Madre, y fuerzas y humildad para no desfallecer en esta empresa, que es la que más importa.

Ellos, después de oír al rey, se pusieron en marcha. Y he aquí que la estrella que habían visto en Oriente iba delante de ellos, hasta pararse sobre el sitio donde estaba el Niño. Al ver la estrella se llenaron de una inmensa alegría. Es la alegría incomparable de encontrar a Dios, al que se ha buscado por todos los medios, con todas las fuerzas del alma.

Y entrando en la casa, vieron al Niño con María, su Madre, y postrándose le adoraron; luego abrieron sus cofres y le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra. Eran dones muy apreciados en Oriente. "Y ese mismo Niño que ha aceptado los regalos de los Magos sigue siendo siempre Aquel ante el cual todos los hombres y pueblos "abren sus cofres", es decir, sus tesoros.

"En este acto de apertura ante el Dios encarnado, los dones del espíritu humano adquieren un valor especial". Todo adquiere un valor nuevo cuando se ofrece a Dios.

***

B. La adoración de los Magos

— Alegría de encontrar a Jesús. Adoración en la Sagrada Eucaristía

I. *Mirad que llega el Señor del señorío: en la mano tiene el reino, y la potestad y el imperio*

Hoy celebra la Iglesia la manifestación de Jesús al mundo entero. Epifanía significa «manifestación»; y en los Magos están representadas las gentes de toda lengua y nación que se ponen en camino, llamadas por Dios, para adorar a Jesús. *Los reyes de Tarsis y las islas le ofrecen dones, los reyes de Arabia y de Sabá le traerán presentes y le adorarán todos los reyes de la tierra; todas las naciones le servirán*.

Al salir los Magos de Jerusalén he aquí que la estrella que habían visto en Oriente iba delante de ellos, hasta pararse sobre el sitio donde estaba el niño. Al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría.

No se extrañan por haber sido conducidos a una aldea, ni porque la estrella se detenga ante una casita sencilla. Ellos se alegran. Se alegran con un gozo incontenible. ¡Qué grande es la alegría de estos sabios que vienen desde tan lejos para ver a un rey, y son conducidos a una casa pequeña de una aldea! ¡Cuántas enseñanzas tiene para nosotros! En primer lugar, aprenderemos que todo reencuentro con el camino que nos conduce a Jesús está lleno de alegría.

Nosotros tenemos, quizá, el peligro de no darnos cuenta cabal de lo cerca de nuestras vidas que está el Señor, «porque Dios se nos presenta bajo la insignificante apariencia de un trozo de pan, porque no se revela en su gloria, porque no se impone irresistiblemente, porque, en fin, se desliza en nuestra vida como una sombra, en vez de hacer retumbar su poder en la cima de las cosas.

»¡Cuántas almas a quienes oprime la duda, porque Dios no se muestra de un modo conforme al que ellos esperan!... ».

Muchos de los habitantes de Belén vieron en Jesús a un niño semejante a los demás. Los Magos supieron ver en Él al Niño, al que desde entonces todos los siglos adoran. Y su fe les valió un privilegio singular: ser los primeros entre los gentiles en adorarle cuando el mundo le desconocía. ¡Qué alegría tan grande debieron tener estos hombres venidos de lejos por haber podido contemplar al Mesías al poco tiempo de haber llegado al mundo!

Nosotros hemos de estar atentos porque el Señor se nos manifiesta también en lo habitual de cada día. Que sepamos recuperar esa luz interior que permite romper la monotonía de los días iguales y encontrar a Jesús en nuestra vida corriente.

Y entrando en la casa, vieron al Niño con María, su madre, y postrándose le adoraron.

Nos arrodillamos también nosotros delante de Jesús, del Dios escondido en la humanidad: le repetimos que no queremos volver la espalda a su divina llamada, que no nos apartaremos nunca de Él; que quitaremos de nuestro camino todo lo que sea un estorbo para la fidelidad que deseamos sinceramente ser dóciles a sus inspiraciones.

Le adoraron. Saben que es el Mesías, Dios hecho hombre. El Concilio de Trento cita expresamente este pasaje de la adoración de los Magos al enseñar el culto que se debe a Cristo en la Eucaristía. Jesús presente en el Sagrario es el mismo a quien encontraron estos hombres sabios en brazos de María. Quizá debamos examinar nosotros cómo le adoramos cuando está expuesto en la custodia o escondido en el Sagrario, con qué adoración y reverencia nos arrodillamos en los momentos indicados en la Santa Misa, o cada vez que pasamos por aquellos lugares donde está reservado el Santísimo Sacramento.

— Los dones de los Magos. Nuestras ofrendas

II. Los Magos *abrieron sus cofres y le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra* . Los dones más preciosos del Oriente; lo mejor, para Dios. Le ofrecen oro, símbolo de la realeza. Nosotros los cristianos también queremos tener a Jesús en todas las actividades humanas, para que ejerza su reino de justicia, de santidad y de paz sobre todas las almas. También le ofrecemos *el oro fino del espíritu de desprendimiento del dinero y de los medios materiales. No olvidemos que son cosas buenas, que vienen de Dios. Pero el Señor ha dispuesto que los utilicemos, sin dejar en ellos el corazón, haciéndolos rendir en provecho de la humanidad*.

Le ofrecemos incienso, el perfume que, quemado cada tarde en el altar, era símbolo de la esperanza puesta en el Mesías. Son incienso *los deseos, que suben hasta el Señor, de llevar una vida noble, de la que se desprende el* bonus odor Christi *(2 Co 2, 15), el perfume de Cristo. Impregnar nuestras palabras y acciones en el* bonus odor*, es sembrar comprensión, amistad. Que nuestra vida acompañe las vidas de los demás hombres, para que nadie se encuentre o se sienta solo (...)*

El buen olor del incienso es el resultado de una brasa, que quema sin ostentación una multitud de granos; el bonus odor Christi *se advierte entre los hombres no por la llamarada de un fuego de ocasión, sino por la eficacia de un rescoldo de virtudes: la justicia, la lealtad, la fidelidad, la comprensión, la generosidad, la alegría*.

Y, con los Reyes Magos, ofrecemos también mirra, porque Dios encarnado tomará sobre sí nuestras enfermedades y cargará con nuestros dolores. La mirra es *el sacrificio que no debe faltar en la vida cristiana. La mirra nos trae al recuerdo la Pasión del Señor: en la cruz le dan a beber mirra mezclada con vino (Cfr*. Mc *15, 23), y con mirra ungieron su cuerpo para la sepultura (Cfr*. Jn *19, 39). Pero no penséis que, reflexionar sobre la*

necesidad del sacrificio y de la mortificación, signifique añadir una nota de tristeza a esta fiesta alegre que celebramos hoy.

Mortificación no es pesimismo, ni espíritu agrio. La mortificación, por el contrario, está muy relacionada con la alegría, con la claridad, con hacer la vida agradable a los demás. La mortificación *no consistirá de ordinario en grandes renuncias, que tampoco son frecuentes. Estará compuesta de pequeños vencimientos: sonreír a quien nos importuna, negar al cuerpo caprichos de bienes superfluos, acostumbrarnos a escuchar a los demás, hacer rendir el tiempo que Dios pone a nuestra disposición... Y tantos detalles más, insignificantes en apariencia, que surgen sin que los busquemos –contrariedades, dificultades, sinsabores–, a lo largo de cada día*.

Diariamente hacemos nuestra ofrenda al Señor, porque cada día podemos tener un encuentro con Él en la Santa Misa y en la Comunión. En la patena que el sacerdote ofrece, podemos poner también nuestra ofrenda, hecha de cosas pequeñas, y que Jesús aceptará. Si las hacemos con rectitud de intención, esas cosas pequeñas que ofrecemos obtienen mucho más valor que el oro, el incienso y la mirra, pues se unen al sacrificio de Cristo, Hijo de Dios, que allí se ofrece.

— Manifestación del Señor a todos los hombres. Apostolado

III. Después, obedeciendo a la voz de un ángel, los Magos *regresaron a su país por otro camino*, nos dice el Evangelista. ¡Qué transparente han debido tener el alma estos hombres hasta el fin de sus días por haber visto al Niño y a su Madre!

Nosotros vemos en estos singulares personajes a miles de almas de toda la tierra que se ponen en camino para adorar al Señor. Han pasado veinte siglos desde aquella primera adoración y ese largo desfile del mundo gentil sigue llegando a Cristo

Mediante esta fiesta, la Iglesia proclama la manifestación de Jesús a todos los hombres, de todos los tiempos, sin distinción de raza o nación. Él «instituyó la nueva alianza en su sangre, convocando un pueblo entre los judíos y los gentiles que se congregará en unidad... y constituirá el nuevo Pueblo de Dios»

La fiesta de la Epifanía nos mueve a todos los fieles a compartir las ansias y las fatigas de la Iglesia, que «ora y trabaja a un tiempo, para que la totalidad del mundo se incorpore al pueblo de Dios, Cuerpo del Señor y Templo del Espíritu Santo»

Nosotros podemos ser de aquellos que, estando en el mundo, en medio de las realidades temporales hemos visto la estrella de una llamada de Dios, y llevamos esa luz interior, consecuencia de tratar cada día a Jesús; y sentimos por eso la necesidad de hacer que muchos indecisos o ignorantes se acerquen al Señor y purifiquen su vida. La Epifanía es la fiesta de la fe y del apostolado de la fe. «Participan en esta fiesta tanto quienes han llegado ya a la fe como los que se encuentran en el camino para alcanzarla. Participan, agradeciendo el don de la fe, al igual que los Magos, que, llenos de gratitud, se arrodillaron ante el Niño. En esta fiesta participa la Iglesia, que cada año se hace más consciente de la

amplitud de su misión. ¡A cuántos hombres es preciso llevar todavía a la fe! Cuántos hombres es preciso reconquistar para la fe que han perdido, siendo a veces esto más difícil que la primera conversión a la fe. Sin embargo, la Iglesia, consciente de aquel gran don, el don de la Encarnación de Dios, no puede detenerse, no puede pararse jamás. Continuamente debe buscar el acceso a Belén para todos los hombres y para todas las épocas. La Epifanía es la fiesta del desafío de Dios»

La Epifanía nos recuerda que debemos poner todos los medios para que nuestros amigos, familiares y colegas se acerquen a Jesús: a unos será facilitarles un libro de buena doctrina, a otros unas palabras vibrantes para que se decidan a ponerse en camino, a aquella otra persona hablándole de la necesidad de formación espiritual

Al terminar hoy nuestra oración, no pedimos a estos santos Reyes que nos den oro, incienso y mirra; parece más natural pedirles que nos enseñen el camino que lleva a Cristo para que cada día le llevemos nuestro oro, nuestro incienso y nuestra mirra. Pidámosle también *a la Madre de Dios, que es nuestra Madre, que nos prepare el camino que lleva al amor pleno:* Cor Mariae dulcissimum, iter para tutum! *Su dulce corazón conoce el sendero más seguro para encontrar a Cristo.*

Los Reyes Magos tuvieron una estrella; nosotros tenemos a María Stella maris, Stella orientis.

Rev. D. Joaquim VILLANUEVA i Poll (Barcelona, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

«Entraron en la casa; vieron al Niño con María su madre y, postrándose, le adoraron»

Hoy, el profeta Isaías nos anima: «Levántate, brilla, Jerusalén, que llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti» (Is 60,1). Esa luz que había visto el profeta es la estrella que ven los Magos en Oriente, con muchos otros hombres. Los Magos descubren su significado. Los demás la contemplan como algo que les parece admirable, pero que no les afecta. Y, así, no reaccionan. Los Magos se dan cuenta de que, con ella, Dios les envía un mensaje importante por el que vale la pena cargar con las molestias de dejar la comodidad de lo seguro, y arriesgarse a un viaje incierto: la esperanza de encontrar al Rey les lleva a seguir a esa estrella, que habían anunciado los profetas y esperado el pueblo de Israel durante siglos.

Llegan a Jerusalén, la capital de los judíos. Piensan que allí sabrán indicarles el lugar preciso donde ha nacido su Rey. Efectivamente, les dirán: «En Belén de Judea, porque así está escrito por medio del profeta» (Mt 2,5). La noticia de la llegada de los Magos y su pregunta se propagaría por toda Jerusalén en poco tiempo: Jerusalén era entonces una ciudad pequeña, y la presencia de los Magos con su séquito debió ser notada por todos

sus habitantes, pues «el rey Herodes se sobresaltó y con él toda Jerusalén» (Mt 2,3), nos dice el Evangelio.

Jesucristo se cruza en la vida de muchas personas, a quienes no interesa. Un pequeño esfuerzo habría cambiado sus vidas, habrían encontrado al Rey del Gozo y de la Paz. Esto requiere la buena voluntad de buscarle, de movernos, de preguntar sin desanimarnos, como los Magos, de salir de nuestra poltronería, de nuestra rutina, de apreciar el inmenso valor de encontrar a Cristo. Si no le encontramos, no hemos encontrado nada en la vida, porque sólo Él es el Salvador: encontrar a Jesús es encontrar el Camino que nos lleva a conocer la Verdad que nos da la Vida. Y, sin Él, nada de nada vale la pena.

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

Adorar a Jesús

«Adorarás al Señor tu Dios, y sólo a él rendirás culto» (*Mt *4, 10).

Eso dice Jesús.

Eso es lo que merece Jesús.

Adorar a Jesús es adorar su pequeño cuerpo, sus pequeñas manos, sus pequeños pies, su cuerpo entero, desde que era un bebé.

Adorar a Jesús es reconocerlo como Dios, y profesar al mundo que Él es el Hijo de Dios.

Adorar a Jesús es postrarse a sus pies con reverencia, doblar las rodillas con humildad, proclamándolo Rey del universo, Rey de la humanidad.

Adorar a Jesús es decirle que lo amas, y entregarle tu corazón, para que solo a Él pertenezcas.

Adorar a Jesús es entregarle tus tesoros, para que los haga suyos, para que lo honres con tu virtud y tu vida.

Adorar a Jesús es alabar y bendecir a Dios en todo momento y en todo lugar.

Adorar a Jesús es ofrecerse a su servicio, poniendo tu fe en obras.

Adorar a Jesús es venerar su santísimo Nombre; es amarlo con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, por sobre todas las cosas.

Adorar a Jesús es adorar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Adorar a Jesús es aceptar su divinidad como el único Dios vivo, como el único Dios verdadero, como el único Dios omnipresente, como el único Dios omnipotente, como el único Dios omnisciente.

Adorar a Jesús es dejarse amar por Él.

Adorar a Jesús es ir desde tierras lejanas, siguiendo la estrella, hasta llegar al portal de Belén, y descubrir la grandeza de Dios en un pequeño niño que acababa de nacer.

Adorar a Jesús es tener la certeza de que Él es el único Hijo de Dios, porque está escrito que solo a Dios adorarás y darás culto.

Adorar a Jesús es alabarlo con tu vida todo el tiempo, en todo momento y en todo lugar.

Adorar a Jesús es seguirlo, transformar tu camino en su camino, transformar tu voluntad en la suya, llevándole el oro de tu pobreza, el incienso de tu castidad y la mirra de tu obediencia.

Y tú, sacerdote, ¿adoras a Jesús? ¿Adoras su Cuerpo y su Sangre en cada Eucaristía? ¿O consagras sin fe?

Y tú, sacerdote, ¿te dejas guiar por la estrella del brillo de la luz de Jesús?

Y tú, sacerdote, ¿te dejas amar por Él? ¿Y correspondes a ese amor con la fidelidad de tu amistad y con la pureza de intención de tu corazón?

Y tú, sacerdote, ¿reconoces al Cristo que es al único Dios que hay que adorar?

¡Cuidado!, solo a Dios hay que adorar. No adores a los ídolos del mundo que te prometen libertad, pero que te encadenan; que te prometen revelarte la verdad con la mentira; que te prometen iluminar tu alma, dándote oscuridad.

Abre tus ojos sacerdote y mira al único que debes adorar.

Está en el pesebre, está en la cruz, está resucitado y vivo. Su nombre es Jesús.

Compórtate, sacerdote, y no tientes al Señor tu Dios, porque el Espíritu del Señor está sobre Él, y lo ha ungido para llevar la buena nueva al mundo, y anunciarla entre los hombres. Él te ha escogido a ti para que lo honres, llevándole al pueblo su salvación, y eso se ha cumplido, para que tú, sacerdote, des testimonio de Él.

Adorar a Jesús es creer firmemente que está aquí, que te ve, que te escucha, que se entrega a ti en la Eucaristía.

Adorar a Jesús es comulgar con un corazón limpio, sin mancha ni pecado, como Él se entrega a ti, para ser una sola cosa.

Adorar a Jesús es adorar la sagrada Eucaristía, administrar la gracia a tantas almas que dependen de ti.

Adorar a Jesús es entregarte con Él cuando transformas el pan en su Carne, y el vino en su Sangre, con el poder que Dios te da.

Adorar a Jesús es elevar su Cuerpo y su Sangre, exponiendo al mundo su divinidad y su humanidad.

Adorar a Jesús es abrazarlo con tu mirada, contemplándolo en el altar, cuando se encuentra entre tus manos.

Adorar a Jesús es ponerte de rodillas y decirle: "te amo".

Sacerdote, si verdaderamente amas a tu Señor, adora a su Hijo, adóralo en su Cuerpo y en su Sangre, respetando y venerando tu propio cuerpo y tu propia sangre, manteniéndote sin mancha ni pecado, porque ese a quien adoras vive en ti. No idolatres tu cuerpo, sacerdote. En cambio, adora a Cristo que vive en ti.

Eres tú sacerdote hostia viva, pan bajado del Cielo, Eucaristía, unido en el único eterno sacrificio de Cristo, que los hacen una sola cosa.

Adora a Cristo en el pesebre, en el altar, en la cruz y en el sepulcro. Date cuenta, sacerdote: ahí es donde debes estar tú, entregando, amando, venerando y adorando al único Hijo de Dios, a quien le diste tu vida, entregando tus tesoros, para que Él los convierta en oro, incienso y mirra, para ser en ti, y a través de ti, epifanía.

(*Espada de Dos Filos* I, n. 44)

Bautismo del Señor (Ciclo A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2017, Catequesis 2014 y Homilía 2015**
- **BENEDICTO XVI – Todas las homilías de fiestas en archivo aparte**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Rev. D. Antoni CAROL i Hostench (Barcelona, España) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO A)

JESÚS EL PREFERIDO DEL PADRE

Is42, 1-4.6-7; Hech 10, 34-38; Mt 3,13-17

El relato del bautismo de Jesús en el primer Evangelio es por demás conciso. Luego de la renuencia inicial, Juan Bautista acepta bautizar a Jesús. La voz que se escucha al final del relato no tiene desperdicio. Jesús es el preferido de Dios y no por esto es un privilegiado que vivirá en un mundo de lujos y vanidades. El profeta Isaías nos ayuda comprender y situar estas palabras: Dios Padre ha escogido a su Siervo con una misión exigente y

complicada: promover el derecho en la tierra, alentando la esperanza de las personas, animándolas a abrir los ojos y motivándolas a vivir en libertad. Jesús es elegido con una misión demandante: vivir como servidor de sus hermanos. Así lo entendió y por eso mismo se definió como aquél que no vino a ser servido, sino a servir.

ANTÍFONA DE ENTRADA **Cfr. Mt 3,16-17**

Inmediatamente después de que Jesús recibió el bautismo, se abrieron los cielos y el Espíritu Santo se posó sobre él en forma de paloma, y resonó la voz del Padre que decía: "Este es mi Hijo amado, en quien he puesto todo mi amor".

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno, que proclamaste solemnemente a Jesucristo como tu Hijo muy amado, cuando, al ser bautizado en el Jordán, descendió el Espíritu Santo sobre él, concede a tus hijos de adopción, renacidos del agua y del Espíritu Santo, que se conserven siempre dignos de tu complacencia. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Miren a mi siervo, en quien tengo mis complacencias.

Del libro del profeta Isaías: 42, 1-4. 6-7

Esto dice el Señor: "Miren a mi siervo, a quien sostengo, a mi elegido, en quien tengo mis complacencias. En él he puesto mi espíritu para que haga brillar la justicia sobre las naciones.

No gritará, no clamará, no hará oír su voz por las calles; no romperá la caña resquebrajada, ni apagará la mecha que aún humea. Promoverá con firmeza la justicia, no titubeará ni se doblegará hasta haber establecido el derecho sobre la tierra y hasta que las islas escuchen su enseñanza.

Yo, el Señor, fiel a mi designio de salvación, te llamé, te tomé de la mano, te he formado y te he constituido alianza de un pueblo, luz de las naciones, para que abras los ojos de los ciegos, saques a los cautivos de la prisión y de la mazmorra a los que habitan en tinieblas".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 28, la y 2. 3ac-4

R/. Te alabamos, Señor.

Hijos de Dios, glorifiquen al Señor; denle la gloria que merece. Postrados en su templo santo, alabemos al Señor. ***R/.***

La voz del Señor se deja oír sobre las aguas torrenciales. La voz del Señor es poderosa, la voz del Señor es imponente. ***R/.***

El Dios de majestad hizo sonar el trueno de su voz. El Señor se manifestó sobre las aguas desde su trono eterno. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Dios ungió con el Espíritu Santo a Jesús de Nazaret.

Del libro de los Hechos de los Apóstoles: 10, 34-38

En aquellos días, Pedro se dirigió a Cornelio y a los que estaban en su casa, con estas palabras: "Ahora caigo en la cuenta de que Dios no hace distinción de personas, sino que acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que fuere. Él envió su palabra a los hijos de Israel, para anunciarles la paz por medio de Jesucristo, Señor de todos.

Ya saben ustedes lo sucedido en toda Judea, que tuvo principio en Galilea, después del bautismo predicado por Juan: cómo Dios ungió con el poder del Espíritu Santo a Jesús de Nazaret y cómo éste pasó haciendo el bien, sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él".

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Cfr. Me 9, 7

R/. Aleluya, aleluya.

Se abrió el cielo y resonó la voz del Padre, que decía: "Este es mi Hijo amado; escúchenlo". ***R/.***

EVANGELIO

Apenas se bautizó Jesús, vio que el Espíritu Santo descendía sobre él.

+ Del santo Evangelio según san Mateo: 3,13-17

En aquel tiempo, Jesús llegó de Galilea al río Jordán y le pidió a Juan que lo bautizara. Pero Juan se resistía, diciendo: "Yo soy quien debe ser bautizado por ti, ¿Y tú vienes a que yo te bautice?". Jesús le respondió: "Haz ahora lo que te digo, porque es necesario que así cumplamos todo lo que Dios quiere". Entonces Juan accedió a bautizarlo.

Al salir Jesús del agua, una vez bautizado, se le abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios, que descendía sobre él en forma de paloma y oyó una voz que decía desde el cielo: "Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Acepta Señor, los dones que te presentamos en la manifestación de tu Hijo muy amado, para que la oblación de tus hijos se convierta en el mismo sacrificio de aquel que quiso en su misericordia lavar los pecados del mundo. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

PREFACIO

El bautismo del Señor

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque mostraste en el Jordán con signos admirables el misterio del nuevo bautismo, para que por aquella voz, venida del cielo, creyéramos que tu Palabra ya estaba habitando en nosotros y, por el Espíritu Santo, que descendió en forma de paloma, se supiera que Cristo, tu Siervo, era ungido con óleo de alegría y enviado a anunciar el Evangelio a los pobres.

Por eso, a una con los coros de ángeles, te alabamos continuamente en a tierra, aclamando sin cesar: Santo, Santo, Santo…

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Jn 1. 32. 34

Éste es aquél de quien Juan decía: Yo lo he visto y doy testimonio de que él es el Hijo de Dios.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Saciados con estos sagrados dones, imploramos, Señor, tu clemencia, para que, escuchando fielmente a tu Unigénito, nos llamemos y seamos de verdad hijos tuyos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO A)

Mira a mi siervo, a quien sostengo (Is 42,1-4.6-7)

1ª lectura

El Señor, que ha manifestado su poder en la creación (Is 40,12-31) y que ha mostrado sus designios de salvación con los hechos realizados en la historia (Is 41,1-29), anuncia una nueva etapa en sus acciones para salvar a su pueblo. En esa tarea, desempeñará una función decisiva el «siervo del Señor», que de alguna forma asume en el texto profético el protagonismo en la manifestación y realización de los planes salvíficos. De él y de su misión se habla en cuatro pasajes distribuidos a lo largo de los caps. 42-55, que tal vez formaran parte en su origen de un único poema. Estos cuatro oráculos han sido designados habitualmente como los «Cantos del Siervo».

La mayoría de los exegetas ve en Is 42,1-9 el primer canto, o bien, la primera estrofa de este poema. Los otros tres pasajes son: Is 49,1-6; 50,4-11 y 52,13-53,12. Junto con una gran belleza poética, los cantos presentan difíciles cuestiones de estilo y de contenido. Han sido por ello prolijamente comentados.

Hoy en día se dan fundamentalmente tres explicaciones sobre la identidad del siervo. La primera considera que el siervo es un personaje individual: bien un rey de la

casa de Judá, bien el mismo profeta, o, naturalmente, un Mesías futuro, que salvará a Israel. La segunda hipótesis interpreta la figura del siervo colectivamente: el siervo representa a Israel o a un grupo dentro de él. Una tercera hipótesis piensa que el siervo es presentado intencionadamente de forma ambigua, susceptible de ser interpretado de las dos maneras antes mencionadas: como un personaje del pueblo, pero que puede simbolizar a todo Israel.

Los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles, sin entrar en la cuestión sobre la personalidad originaria del siervo, nos revelan el verdadero sentido del texto de Isaías. Ven en cada uno de los cuatro cantos una profecía que anuncia al Mesías y que se cumple en Jesucristo. Así pues, el siervo es el futuro Mesías, representado no como rey y conquistador, sino como un salvador que trabaja y sufre. Dios lo ha elegido y su misión se caracterizará por la mansedumbre, fidelidad y constancia que será coronada por el éxito.

En este primer canto (Is 42,1-9) la figura del «siervo» resulta ciertamente misteriosa: el v. 1 le da atributos excepcionales, universales, transcendentes. Los vv. 2-3a hablan de su acción humilde; pero inmediatamente (vv. 3b-7) anuncian su fortaleza hasta «establecer el derecho en la tierra», ser «la luz de las naciones, abrir los ojos de los ciegos y sacar de la prisión a los cautivos…». Todo ello lo podrá realizar «el siervo» porque el Señor «ha puesto su Espíritu sobre él» (v. 1), es decir, se trata de alguien que ha sido elegido por Dios y cuenta con el auxilio del Espíritu del Señor en su tarea de enseñar su Ley hasta los confines de la tierra. Así pues, estas palabras podrían estar expresando de algún modo la propia conciencia del profeta de estar llevando a cabo una tarea: proclamar la palabra de Dios, que él no ha buscado sino que le ha sido encomendada. Pero también pueden representar en el siervo a todo el pueblo de Israel (cfr 41,8): éste ha sido objeto de la elección divina para dar testimonio a todos los hombres, pacíficamente, de la Ley recibida del Señor

Los Evangelios han interpretado los rasgos característicos del siervo presentes en este primer canto como un vaticinio de la figura de Jesús, objeto de la más plena complacencia del Padre, que en la unidad del Espíritu Santo es verdaderamente luz para todas las naciones y liberador de todos los oprimidos. Así por ejemplo, en los relatos del Bautismo de Jesús en el Jordán y de la Transfiguración resuenan estos rasgos en la voz divina: «Éste es mi Hijo, el amado, en quien me he complacido» (Mt 3,17); «Éste es mi Hijo, el elegido, escuchadle» (Lc 9,35). Por otra parte, el Evangelio de Mateo, que tiene especial interés en señalar que en Jesús se han cumplido las Escrituras, cita explícitamente los vv. 2-4 de este oráculo de Isaías para mostrar que en Jesús se cumple la profecía del siervo, rechazado por los dirigentes del pueblo, cuyo magisterio amable y discreto había de traer al mundo la luz de la verdad (Mt 12,15-21). Y la misión de Jesús, como «siervo sufriente», que había comenzado con el Bautismo en el Jordán (cfr Mt 3,17), vuelve a mostrarla San Mateo al narrar la oposición que encuentra Jesús entre una parte de los dirigentes judíos, y volverá a señalarla de manera especial en su pasión y muerte (cfr Mt 27,30).

Por otra parte, la fórmula «luz de las naciones (o de las gentes)» del v. 6 parece tener un eco en lo que Jesús dice de sí mismo: «Yo soy la luz del mundo» (Jn 8,12; 9,5), y en el Benedictus de Zacarías (Lc 1,78-79). Evocación de las frases del v. 7 se encuentra en la respuesta de Jesús a los enviados de Juan Bautista al preguntarle si Él «es el que había de venir» (cfr Mt 11,4-6; Lc 7,18-22). Por eso dirá San Justino, comentando los vv. 6-7: «Todo esto, amigos, está dicho con relación a Cristo y a las naciones por Él iluminadas» (*Dialogus cum Tryphone* 122,2).

La Iglesia, en el Concilio Vaticano II, reconoce su responsabilidad de trabajar para que Cristo se manifieste verdaderamente como «luz de las naciones» (v. 6) en todo tiempo y lugar: «Cristo es la luz de los pueblos. Por eso este sacrosanto Sínodo, reunido en el Espíritu Santo, desea vehementemente iluminar a todos los hombres con la luz de Cristo, que resplandece sobre el rostro de la Iglesia, anunciando el Evangelio a todas las criaturas (cfr Mc 16,15)» (*Lumen gentium*, n.1).

A Jesús de Nazaret lo ungió Dios con el Espíritu Santo y poder (Hch 10,34-38)

2ª lectura

La conversión del centurión pagano Cornelio al cristianismo es uno de los puntos culminantes del libro de los Hechos de los Apóstoles. Manifiesta la dimensión universal del Evangelio y hace ver que la fuerza del Espíritu Santo no conoce límites ni barreras. Por ello, como en otras ocasiones, Lucas lo narra dos veces: en este capítulo, según el orden de los acontecimientos y con muchos detalles que subrayan y ayudan a entender los puntos fundamentales, y en el siguiente (Hch 11,1-18), según la justificación de Pedro ante los hermanos de Jerusalén.

Al comienzo de este capítulo se había presentado a Cornelio como hombre piadoso y «temeroso de Dios» (Hch 10,2.4). Esta expresión posee un valor preciso y se usaba para designar a las personas que adoraban al Dios de la Biblia, participaban en las plegarias de la sinagoga (cfr 13,16), y practicaban los principales mandamientos de la Ley judía, aun sin convertirse formalmente al judaísmo mediante la circuncisión.

Después la atención se había desplazado hacia Pedro, quien recibe dos mandatos del Espíritu Santo: comer de los animales que se le presentan en la visión (cfr Hch 13-15) y acompañar a los que han venido a buscarle (cfr v. 20). En casa de Cornelio, Pedro comprende con profundidad que ha sido Dios quien ha guiado todos sus pasos (vv. 28-29). Cuando oye la explicación del centurión (vv. 30-33) entiende (v. 34) el pleno significado de lo que había oído en la enseñanza de Jesús y se da cuenta de que, en los planes salvadores de Dios, judíos y paganos son iguales. Este descubrimiento sencillo y capital ha requerido una especial intervención divina.

Sin embargo, la acción del Espíritu Santo va más lejos que la de los hombres. A Cornelio el ángel sólo le había dicho que mandara venir a Pedro y escuchara sus palabras

(vv. 5.22.33) y por eso Pedro, en un apretado discurso, síntesis de todo el Evangelio (vv. 37-43), predica la verdad de Cristo Jesús.

Bautismo de Jesús (Mt 3,13-17)

Evangelio

¿Por qué Jesús debía pasar por este bautismo si no tenía pecado que purificar (cfr Hb 4,15)? Tampoco los evangelistas soslayan esta dificultad. Las palabras de Juan el Bautista, con su resistencia a bautizar a Jesús (Mt 3,14), lo indican también. Pero ni los evangelios ni la tradición cristiana, que está en su origen y que les sigue, omitieron el relato.

La narración deja entrever que Jesús, al acudir al bautismo de Juan, manifiesta que también Él secunda el plan dispuesto por Dios de preparar a su pueblo por medio de los profetas. De este modo el Señor cumple «toda justicia» (v. 15), es decir, todo lo establecido por Dios. Como enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica*, el Bautismo de Jesús representa «la aceptación y la inauguración de su misión de Siervo doliente» (n. 536). Es decir, Jesús es el Siervo anunciado por el profeta Isaías, que, como Cordero llevado al matadero, acepta mansa y humildemente la misión que el Padre le encomienda.

Jesús se hace bautizar prefigurando con ello su bautismo de sangre, su muerte en la cruz, para la remisión de los pecados. Por amor se somete por completo a la voluntad del Padre, y el Padre se conmueve y acepta complacido la ofrenda de su Hijo (v. 17).

La incoación de la misión de Cristo —su muerte por nuestros pecados, para que podamos resucitar a una vida nueva— significada en el pasaje hizo del Bautismo de Cristo signo de nuestro bautismo. Así lo recoge la doctrina cristiana: «Por el bautismo, el cristiano se asimila sacramentalmente a Jesús que anticipa en su bautismo su muerte y su resurrección: debe entrar en este misterio de rebajamiento humilde y de arrepentimiento, descender al agua con Jesús, para subir con él, renacer del agua y del Espíritu para convertirse, en el Hijo, en hijo amado del Padre y "vivir una vida nueva" (Rm 6,4)» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 537).

SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO A)

Vino Jesús de Galilea al Jordán y se presentó a Juan para ser bautizado por él (Mt 3, 13).

Se acerca para ser bautizado entre los siervos el Señor, entre los reos el juez. Pero no te espantes. Porque en estas humildes cosas es en donde más resplandece su alteza. Quien soportó ser llevado por tanto tiempo en el vientre virginal; y luego salió de ahí revestido de nuestra naturaleza; quien soportó ser herido con bofetadas y ser crucificado y padecer todo lo que padeció ¿por qué te admiras de que haya dignado bautizarse y acercarse a su

siervo, juntamente con los demás? Lo estupendo fue que siendo Dios quisiera hacerse hombre; puesto que lo demás por correcta lógica se sigue.

Por esto Juan al punto exclamó que no era digno de desatar la correa de sus sandalias y añadió todo lo demás: que es juez, que da a cada uno conforme a sus merecimientos y que dará con abundancia su Espíritu a todos. Y lo hizo para que cuando veas a Jesús acercarse al bautismo, no concibas sospechas de bajeza alguna. Y en cuanto lo tuvo presente, trató de detenerlo e impedírselo y decía: *Yo soy quien debo ser bautizado por ti y ¿tú vienes a mí?* Como su bautismo era para penitencia y llevaba consigo la acusación de los pecados, a fin de que no fuera a pensar alguno que por tales motivos se acercaba Jesús al Jordán corrige semejante pensamiento llamándolo Cordero y Redentor de los pecadores de todo el orbe. Porque quien puede borrar los pecados de todo el género humano, con mucha mayor razón él mismo debe ser impecable.

Y no dijo Juan: He aquí al impecable, sino lo que es mucho más: *El que quita el pecado del mundo*. Para que después de esto aceptaras tú también lo otro con plena certidumbre y vieras que él se acerca al bautismo llevando a cabo otros planes. Por esto al acercarse Jesús, le dice: *Soy yo quien debe ser bautizado por ti ¿y tú vienes a mí?* Y no dijo: ¿y tú eres bautizado por mí? Temió expresarse de ese modo. Sino ¿qué? ¿Y tú vienes a mí? Y ¿qué hace Cristo? Hizo entonces lo que más tarde haría con Pedro. Porque también Pedro lo apartaba de lavarle los pies. Pero cuando oyó: Lo que yo hago no lo sabes ahora, pero lo sabrás después, y no tendrás parte conmigo, al punto cesó en su oposición y cambió de parecer. Pues acá sucedió lo mismo. En cuanto Juan oyó: *Déjame hacer ahora, pues conviene que cumplamos toda justicia*, al punto obedeció. Porque ni él ni Pedro eran rijosos ni pertinaces; sino que ambos juntaban el amor con la obediencia y cuidaban de obedecer en todo al Señor.

Pondera en qué forma lo induce a obedecer. Se vale de la misma razón por la que Juan creía no ser conveniente hacerlo. Pues no le dijo: esto es justo, sino: así conviene. Puesto que Juan pensaba ser del todo inconveniente que el Señor fuera bautizado por el siervo, Jesús le opuso esto mismo; como si le dijera: ¿No es verdad que lo rehúyes y me apartas por parecerte cosa indigna? Pues precisamente déjame, porque esto es lo más conveniente y honroso. Ni le dijo solamente déjame, sino que añadió ahora. Como diciendo: esto no será para siempre, pues me verás en el estado que deseas, pero por ahora has de esperar. Enseguida le demuestra por qué es conveniente. ¿Cómo pues es lo conveniente? Porque así cumplimos toda la ley, que es lo que significa al decir toda justicia.

Porque la justicia consiste en la observancia de todos los mandatos. Como si dijera: Puesto que ya hemos cumplido con todos los otros mandatos de la Ley y sólo falta éste, conviene que también éste se cumpla. He venido para deshacer la maldición impuesta a los transgresores de la Ley. Conviene, pues, que yo mismo, una vez que la haya cumplido íntegramente y os haya librado de la maldición, luego la abrogue. De manera que conviene

que yo cumpla toda la ley, por ser necesario que borre la maldición escrita en la Ley contra vosotros. Para eso me encarné; para eso me presento.

Entonces Juan condescendió. Bautizado Jesús salió luego del agua. *Y he aquí que vio abrírsele los cielos y al Espíritu de Dios descender como paloma y venir sobre él.* Como las turbas creían ser Juan superior a Jesús, por haber vivido perpetuamente en el desierto, por ser hijo de un sacerdote, por las formas de vestir, porque a todos llamaba al bautismo y porque había nacido milagrosamente de una mujer estéril; mientras que Jesús había nacido de una oscura doncella –pues el parto, quedando ella virgen, aún no era conocido de todos– y además se había criado en su casa y conversado con todos y andaba vestido al uso común, todos lo tenían por muy inferior a Juan, pues nada conocían aún de los secretos arcanos de Dios. Sucedió, pues, que fuera bautizado por Juan, cosa que confirmó a las turbas en su opinión, aun independientemente de las otras circunstancias enumeradas. Pensaban que era uno de tantos, ya que, de no serlo, no habría concurrido con las turbas para ser bautizado. Pero Juan pensaba ser aquél un ser superior y muy más admirable.

A fin de que no tomara cuerpo y fuerza entre muchos semejante creencia, cuando Jesús fue bautizado se abrieron los cielos y bajó el Espíritu Santo; y juntamente con el Espíritu Santo una voz que manifestaba la dignidad del Unigénito. Y porque semejante voz, que decía Este es mi Hijo, el amado, muchos creían que más convenía a Juan, pues no decía: Este que es bautizado, sino solamente este, con lo que cada uno de los oyentes podía sospechar que se había dicho en favor del bautizante y no del bautizado, ya por la dignidad misma de Juan, ya por las demás .circunstancias apuntadas, por tal motivo bajó el Espíritu Santo en forma de paloma, para hacer que aquella voz se refiriera a Jesús y declarara a todos cómo la palabra este no se decía de Juan, que bautizaba, sino de Jesús que era bautizado.

Preguntarás por qué ni con todo esto creyeron. Pues también en tiempo de Moisés se obraron muchos milagros, aunque no tan brillantes, y sin embargo tras de todos ellos, tras del sonido de la trompeta y de los relámpagos y de los truenos, todavía se fabricaron un becerro y se iniciaron en los misterios de Baal Fegor. Y los mismos que se hallaron presentes y vieron la resurrección de Lázaro, estuvieron tan lejos de creer en quien lo había resucitado, que aun intentaron matar a Lázaro varias veces. Si pues teniendo ante los ojos la resurrección de los muertos, tan incrédulos y perversos perseveraban ¿cómo te admiras de que no dieran crédito a la voz aquella bajada de lo alto? Cuando el alma es malvada y perversa y anda enferma de envidia, no cede ante ningún milagro; al contrario de cuando es buena, pues en este caso todo lo cree y todo lo acepta y ni siquiera necesita de milagros.

De modo que no investigues por qué no creyeron. Tendrías que investigarlo si no se hubieran dado tantas pruebas que debían llevarlos a creer. Dios por boca del profeta, además de todas las cosas que tenía en su favor, añadió esta defensa. Pues habían de perecer los judíos y de ser condenados a eternos castigos, con el objeto de que algunos de

ellos por su perversidad no acusaran a la divina providencia, dijo: *¿Qué más podía yo hacer por mi viña que no lo hiciera?* La misma consideración se aplica aquí: ¿Qué más era necesario hacer que no se hiciera? Y si alguna vez te hablan contra la providencia de Dios, usa tú de este modo de defensa contra los que se empeñan en acusarla por los crímenes de muchos. Pondera bien qué cosas tan admirables se llevan a cabo y son ya como el principio de lo que sucederá en lo futuro. Pues no se abre el paraíso, sino el cielo mismo.

Pero, en fin, dejemos este discurso contra los judíos para otra ocasión. Ahora, con el auxilio divino, vuelva la explicación a la materia de que veníamos tratando. Y bautizado Jesús, salió luego del agua. Y he aquí que vio abrirse los cielos. Para que aprendas que lo mismo sucede cuando tú eres bautizado, pues Dios te llama a la patria celestial y te persuade a que ya nada de común tengas con la tierra. Y aunque no lo veas, no le niegues tu fe. A los principios siempre se muestran visiones de cosas admirables y espirituales, que impresionan los sentidos, y milagros como los ya referidos. Esto se hace por motivo de ser los hombres cerrados a esas materias y tener necesidad de las visiones sensibles Porque no pueden concebir alguna idea de la naturaleza incorpórea, sino sólo admiran lo que les llega por los sentidos. De manera que aun cuando más adelante semejantes visiones ya no tengan lugar, sin embargo, las que se les mostraron al principio y otras a ésas semejantes, los llevan a dar fe a las cosas incorpóreas.

Así sobre la cabeza de los apóstoles se produjo un ruido penetrante de viento y aparecieron figuras como de lenguas de fuego; y esto no por los apóstoles únicamente, sino también por los judíos que estaban presentes. Pero aunque ahora ya no se den esos signos sensibles, nosotros creemos las verdades que por los que se hicieron quedaron demostradas. En nuestro caso, se dejó ver una paloma, para demostrar como con el dedo a Juan y a los que se hallaban presentes que Jesús era Hijo de Dios; pero también para que tú creyeras que sobre ti, al ser bautizado, desciende el Espíritu Santo.

Para nosotros, en resumidas cuentas, no hay necesidad de visiones sensibles, pues la fe basta en lugar de ellas: los milagros se hacen en bien de los infieles y no de los que ya creen. Preguntarás: ¿por qué el Espíritu Santo desciende en figura de paloma? Pues por ser la paloma un animal manso y puro. Siendo el Espíritu Santo Espíritu de mansedumbre, se apareció en esa figura. Por lo demás, con eso nos trae a la memoria una historia antigua. Cuando allá en otro tiempo, por haber caído el orbe en un universal naufragio, estaba en peligro todo el género humano, entonces se mostró esta ave y dio a entender el fin de la tempestad; y portando un ramo de olivo, anunció la tranquilidad a todo el orbe de la tierra. Pues bien: todo ello era figura de lo futuro.

En aquel tiempo los hombres eran de peor condición y merecían un castigo mucho mayor. En cambio ahora, para que no desesperes, la paloma te trae a la memoria esa historia antigua. Entonces, cuando ya no había esperanza alguna, sin embargo se obtuvo un éxito de enmienda. Pues lo que entonces se obró mediante el castigo, ahora se hace mediante la gracia y con un don inefable. Por esto aparece la paloma, no portando en su

pico un ramo de olivo, sino demostrándonos al Liberador de todos los males y trayéndonos la buena esperanza. Ni saca del arca a un solo hombre; sino que, al mostrarse levanta al cielo a todo el mundo y trae al orbe no un ramo de olivo, sino la adopción de hijos de Dios.

Considerando, por tanto, la grandeza del don, no porque en tal figura se presente vayas a creer que es menor en dignidad, porque oigo a algunos que dicen haber tan gran diferencia entre el hombre y la paloma, cuanta hay entre Cristo y el Espíritu Santo. Porque Cristo se manifestó habiendo tomado nuestra figura, pero el Espíritu Santo lo hizo en forma de paloma. ¿Qué responderemos a esto? Que ciertamente Jesús asumió la naturaleza humana; pero el Espíritu Santo no asumió la naturaleza de la paloma. Por eso dijo el evangelista no que apareció en naturaleza de paloma sino en figura. Ni fue visto en semejante figura en alguna otra ocasión, sino sólo en ésta.

Si te empeñas en que por eso era menor, con semejante argumento también serán mayores que él los querubines; y tanto más cuanto más lo es un águila grande a una paloma. Porque en el Antiguo Testamento, los querubines tomaron figura de águila. Y aun los ángeles le serían superiores en excelencia, ya que éstos frecuentemente se mostraron en figura de hombres. Pero ¡no! ¡no van por ahí las cosas! Pues una es la verdad de las divinas disposiciones y otra la concesión de las temporales visiones. No seas, pues, ingrato a tu Bienhechor, ni le resultes con pagos contrarios a sus intentos, a quien te dio la fuente de la bienaventuranza; puesto que en donde se encuentra la dignidad de la adopción de hijos, de ahí se excluyen todos los males y es el regalo de todos los bienes.

Por eso queda abrogado el bautismo judío y comienza el nuestro. Lo que sucedió en la Pascua eso mismo sucedió en el bautismo. Celebró Jesús ambas Pascuas, abrogando una y dando comienzo a la otra. Y cuando cumplió con el bautismo judío, abrió las puertas al de la Iglesia. Y así como allá en una mesa hizo todo, así acá en un solo río, imitando la sombra y figura antigua, pero añadiéndole la verdad y realización. Solamente el nuevo bautismo contiene la gracia del Espíritu Santo. El bautismo de Juan no contenía semejante don.

Por esto, aunque todos se bautizaban, no hubo en ellos aquella visión, sino en Aquel que había de darnos el don del Espíritu Santo. Y esto para que además de las dichas enseñanzas aprendas también esta otra: que aquel milagro no lo obró la pureza del que bautizaba sino la virtud del bautizado. Y entonces se abrieron los cielos y descendió el Espíritu Santo. Ahora Jesucristo nos aparta del antiguo modo de vivir y nos traslada a otro nuevo; abriendo las puertas del cielo y enviando desde allí para nosotros el Espíritu Santo que nos llama hacia la patria aquella; y que no sólo nos llama, sino que lo hace con suma dignidad. No nos hizo ángeles ni arcángeles, sino hijos amados de Dios; y de este modo nos atrae a semejante herencia.

Considerando todo esto, se hace necesario que lleves una vida digna del amor del que te llama y de aquella celestial compañía y del honor que te confiere: muéstrate

crucificado al mundo; y teniendo al mundo crucificado en ti, lleva una forma de vivir celestial diligentísimamente. No pienses que algo de común con lo terreno tienes acá por el hecho de que tu cuerpo viva aún sobre la tierra y no ha sido aún trasladado al cielo. Ya está en el cielo tu cabeza y tiene allá su trono. Por esto el Señor, cuando acá vino, trajo consigo ángeles; y luego, tomada tu naturaleza, se regresó allá, para que aprendas que bien puedes vivir en la tierra como si fuera el cielo.

Procuremos conservar nuestra nobleza, la que desde los comienzos recibimos; y busquemos diariamente los palacios reales de allá arriba y reputemos todo lo presente como sombras y ensueños. Si un rey terreno de pronto a ti, mendigo y pobre, te adoptara por hijo, no volverías más los ojos a la choza y su vileza, aun cuando la choza y el palacio no distaran mucho entre sí. Pues del mismo modo, no vuelvas ya para nada tu pensamiento a las cosas pasadas: estás llamado a otras mucho mejores. Y el que te llama es el Señor de los ángeles, y los bienes que ya te ha conferido superan a toda razón y entendimiento. No te pasa de una región terrestre a otra, como el rey que suponíamos, sino de la tierra al cielo, de tu naturaleza mortal a la gloria inmortal e inefable, que sólo entonces, podremos contemplar en su claridad cuando la disfrutemos.

Y habiendo de conseguir tan grandes bienes ¿me sales con que los dineros, y te aferras a las pompas terrenas? ¿No piensas en que todo esto que cae bajo los sentidos son cosas más viles que el pan que comen los mendigos? Pero entonces ¿cómo serás tenido por digno de honra tan grande? ¿Qué podrás alegar en tu defensa? O mejor dicho: ¿qué castigos no sufrirás si tras de tan inmenso don, te vuelves al vómito antiguo? Sufrirás la pena de tus pecados debida no a un hombre sino a uno que había sido hecho hijo de Dios. La alteza del honor te abrirá camino pata un suplicio mayor. Nosotros no sujetamos a un castigo igual cuando delinquen a los criados y a los hijos, ya que éstos han recibido de nosotros los más grandes beneficios.

Si Adán, que había recibido en propiedad el paraíso, por haber pecado una vez sufrió, después de tan alto honor, males tan tremendos, nosotros que recibimos en herencia el cielo y hemos sido hechos coherederos del Unigénito Hijo de Dios ¿qué perdón tendremos, si abandonamos la paloma y corremos tras la serpiente? Por cierto, no oiremos que se nos dice: *Polvo eres y al polvo volverás*, ni tampoco: *Labrarás la tierra*, ni alguna otra de aquellas maldiciones en otro tiempo lanzadas; sino cosas mucha más duras que ésas, como id a las tinieblas exteriores y a las cadenas indisolubles y al gusano venenoso y al rechinar de dientes. Y con justa razón. Porque quien no mejora ni aun después de tan grande beneficio, justo es que sea con, gravísimas penas castigado.

En otro tiempo Elías abrió y cerró los cielos, de tal modo que podía a su voluntad dejar hacer o estorbar la lluvia. En cambio, para ti el cielo no se abre en esa forma, sino para que subas a él; y, lo que más es, no únicamente para que subas, sino amera que lleves a otros contigo, si quieres; pues tan enteramente se fio de ti y te dio poder sobre todo lo suyo. Siendo, pues, allá nuestro hogar, depositemos allá nuestros haberes: nada dejemos acá para no perderlo. Acá, aun cuando uses la llave y cierres la puerta y le pongas barras

atravesadas y coloques un sin fin de siervos que vigilen y escapes de todos los que te asechan y evites las miradas de todos los que te envidian y la polilla y el daño de la vejez (cosa que en realidad no puedes lograr), sin embargo, no podrás escapar de la muerte; y en un solo momento serás despojado de todo. Ni sólo se te despojará de tus cosas, sino que muchas veces irán a manos de tus enemigos. Pero si las colocas en aquella eterna habitación, habrás superado todos los peligros. Allá no hay que usar de llaves, ni de puertas, ni de travesaños: tan segura y fortificada está aquella ciudad; tan inexpugnable es el lugar; tan inasequible a cuanto significa corrupción o perversidad.

¿No es acaso el colmo de la locura acumular todos nuestros bienes en un sitio en que sabemos que se van a corromper y destruir; y en cambio no depositar ni siquiera una mínima parte allá en donde permanecen intactos y aún se aumentan; sobre todo teniendo en cuenta que allá habremos de vivir para siempre? Los gentiles niegan por esto su fe a lo que les decimos, porque exigen de nosotros las pruebas mediante los hechos y no por solas palabras. Cuando ven que nos construimos espléndidas casas, huertos, baños, y compramos campos, en forma alguna se persuaden de que estemos nosotros preparando nuestra marcha hacia otra ciudad. Si fuera así, dicen, se adelantarían a colocar allá cuanto poseen reduciéndolo a plata: y lo conjeturan por lo que acá suele suceder.

Observamos, en efecto, que los más ricos se procuran casas, campos y las demás comodidades que desean, allá en las poblaciones en donde quieren establecerse. Pero nosotros procedemos al, contrario. Nos aferramos empeñosamente en poseer una tierra que muy pronto tendremos que abandonar; y no sólo dineros, sino la sangre misma la derrochamos peleando por unas cuantas yugadas de terreno y algunas casas; mientras que para ganar el cielo no queremos emplear ni aun lo superfluo; y eso que a bajo precio se compra el cielo, mientras que si lo adquirimos es posesión eterna. Por tal motivo, sufriremos los más graves castigos si llegamos allá pobres y desnudos de buenas obras; y más aún que por nuestra pobreza, por haber arrojado a la misma miseria a otros, caeremos en intolerables calamidades.

Cuando vean los gentiles a los que andan empeñados en semejantes anhelos que disputan acerca de los misterios sublimes, se aferrarán más a las cosas presentes y aumentarán sobre nosotros y nuestras cabezas un fuego ingente. Porque si nosotros, que debemos enseñarles el desprecio de las cosas presentes, andamos anhelándolas más que todos los otros ¿cómo procuraremos la salvación de los demás, cuando al revés, deberemos sufrir las penas por la ruina de los demás? ¿No oyes a Cristo que dice que nos ha dejado en este mundo como sal de la tierra y como lámpara para que amonestemos a quienes se entregan a los placeres e iluminemos a los que andan ciegos con el ansia de las riquezas? Pues si los lanzamos a más oscuras tinieblas, si los tornamos más muelles ¿qué esperanza nos queda de salvación? ¡Ninguna! Sino que deshechos en llanto, rechinando los dientes, ligados de pies y manos, seremos lanzados al fuego de la gehenna, tras de habernos consumido totalmente la solicitud de las riquezas.

Considerando todo esto, rompamos los lazos de semejante engaño, no sea que demos en lo que nos ha de entregar al fuego inextinguible. Quien sirve a las riquezas con cadenas estará atado en esta vida y con cadenas estará atado en la otra. Quien está libre de semejantes codicias, poseerá aquí y allá ambas libertades. Libertades que para poder conseguirlas se hace necesario romper el pesado yugo de la avaricia y esforzarse en levantar el vuelo hacia los cielos, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

(*Homilías sobre el Evangelio de San Mateo*, Homilía XII)

FRANCISCO – Ángelus 2017, Catequesis 2014 y Homilía 2015

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO A)

Ángelus 2017

Llamados a hacer de nuestra vida un testimonio alegre

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy, fiesta del Bautismo de Jesús, el Evangelio (*Mt* 3, 13-17) nos presenta el episodio ocurrido a orillas del río Jordán: en medio de la muchedumbre penitente que avanza hacia Juan Bautista para recibir el Bautismo también se encuentra Jesús —hacía fila—. Juan querría impedírselo diciendo: «Soy yo el que necesita ser bautizado por ti» (*Mt* 3, 14). En efecto, el Bautista es consciente de la gran distancia que hay entre él y Jesús. Pero Jesús vino precisamente para colmar la distancia entre el hombre y Dios: si Él está completamente de parte de Dios también está completamente de parte del hombre, y reúne aquello que estaba dividido. Por eso pide a Juan que le bautice, para que se cumpla toda justicia (cf. v. 15), es decir, se realice el proyecto del Padre, que pasa a través de la vía de la obediencia y de la solidaridad con el hombre frágil y pecador, la vía de la humildad y de la plena cercanía de Dios a sus hijos. ¡Porque Dios está muy cerca de nosotros, mucho!

En el momento en el que Jesús, bautizado por Juan, sale de las aguas del río Jordán, la voz de Dios Padre se hace oír desde lo alto: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco» (v. 17). Y al mismo tiempo el Espíritu Santo, en forma de paloma, se posa sobre Jesús, que da públicamente inicio a su misión de salvación; misión caracterizada por un estilo, el estilo del siervo humilde y dócil, dotado sólo de la fuerza de la verdad, como había profetizado Isaías: «no vociferará ni alzará el tono, [...] la caña quebrada no partirá, y la mecha mortecina no apagará. Lealmente hará justicia» (42, 2-3). Siervo humilde y manso, he aquí el estilo de Jesús, y también el estilo misionero de los discípulos de Cristo: anunciar el Evangelio con docilidad y firmeza, sin gritar, sin regañar a alguien, sino con docilidad y firmeza, sin arrogancia o imposición. La verdadera misión nunca es proselitismo sino atracción a Cristo. ¿Pero cómo? ¿Cómo se hace esta atracción a Cristo? Con el propio testimonio, a partir de la fuerte unión con Él en la oración, en la adoración

y en la caridad concreta, que es servicio a Jesús presente en el más pequeño de los hermanos. Imitando a Jesús, pastor bueno y misericordioso, y animados por su gracia, estamos llamados a hacer de nuestra vida un testimonio alegre que ilumina el camino, que lleva esperanza y amor.

Esta fiesta nos hace redescubrir el don y la belleza de ser un pueblo de bautizados, es decir, de pecadores —todos lo somos— de pecadores salvados por la gracia de Cristo, inseridos realmente, por obra del Espíritu Santo, en la relación filial de Jesús con el Padre, acogidos en el seno de la madre Iglesia, hechos capaces de una fraternidad que no conoce confines ni barreras.

Que la Virgen María nos ayude a todos nosotros cristianos a conservar una conciencia siempre viva y agradecida de nuestro Bautismo y a recorrer con fidelidad el camino inaugurado por este Sacramento de nuestro renacimiento. Y siempre humildad, docilidad y firmeza.

***

Catequesis del 8 de enero de 2014

El Bautismo es un acto que toca en profundidad nuestra existencia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy iniciamos una serie de catequesis sobre los Sacramentos, y la primera se refiere al Bautismo. Por una feliz coincidencia, el próximo domingo se celebra precisamente la fiesta del Bautismo del Señor.

El Bautismo es el sacramento en el cual se funda nuestra fe misma, que nos injerta como miembros vivos en Cristo y en su Iglesia. Junto a la Eucaristía y la Confirmación forma la así llamada «Iniciación cristiana», la cual constituye como un único y gran acontecimiento sacramental que nos configura al Señor y hace de nosotros un signo vivo de su presencia y de su amor.

Puede surgir en nosotros una pregunta: ¿es verdaderamente necesario el Bautismo para vivir como cristianos y seguir a Jesús? ¿No es en el fondo un simple rito, un acto formal de la Iglesia para dar el nombre al niño o a la niña? Es una pregunta que puede surgir. Y a este punto, es iluminador lo que escribe el apóstol Pablo: «¿Es que no sabéis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte? Por el Bautismo fuimos sepultados con Él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva» (*Rm* 6, 3-4). Por lo tanto, no es una formalidad. Es un acto que toca en profundidad nuestra existencia. Un niño bautizado o un niño no bautizado no es lo mismo. No es lo mismo una persona bautizada o una persona no bautizada. Nosotros, con el Bautismo, somos inmersos en esa fuente inagotable de vida que es la muerte de Jesús, el más grande acto de amor de toda la historia; y gracias a este amor podemos vivir una

vida nueva, no ya en poder del mal, del pecado y de la muerte, sino en la comunión con Dios y con los hermanos.

Muchos de nosotros no tienen el mínimo recuerdo de la celebración de este Sacramento, y es obvio, si hemos sido bautizados poco después del nacimiento. He hecho esta pregunta dos o tres veces, aquí, en la plaza: quien de vosotros sepa la fecha del propio Bautismo, que levante la mano. Es importante saber el día que fui inmerso precisamente en esa corriente de salvación de Jesús. Y me permito daros un consejo. Pero más que un consejo, una tarea para hoy. Hoy, en casa, buscad, preguntad la fecha del Bautismo y así sabréis bien el día tan hermoso del Bautismo. Conocer la fecha de nuestro Bautismo es conocer una fecha feliz. El riesgo de no conocerla es perder la memoria de lo que el Señor ha hecho con nosotros; la memoria del don que hemos recibido. Entonces acabamos por considerarlo sólo como un acontecimiento que tuvo lugar en el pasado —y ni siquiera por voluntad nuestra, sino de nuestros padres—, por lo cual no tiene ya ninguna incidencia en el presente. Debemos despertar la memoria de nuestro Bautismo. Estamos llamados a vivir cada día nuestro Bautismo, como realidad actual en nuestra existencia. Si logramos seguir a Jesús y permanecer en la Iglesia, incluso con nuestros límites, con nuestras fragilidades y nuestros pecados, es precisamente por el Sacramento en el cual hemos sido convertidos en nuevas criaturas y hemos sido revestidos de Cristo. Es en virtud del Bautismo, en efecto, que, liberados del pecado original, hemos sido injertados en la relación de Jesús con Dios Padre; que somos portadores de una esperanza nueva, porque el Bautismo nos da esta esperanza nueva: la esperanza de ir por el camino de la salvación, toda la vida. Esta esperanza que nada ni nadie puede apagar, porque, la esperanza no defrauda. Recordad: la esperanza en el Señor no decepciona. Gracias al Bautismo somos capaces de perdonar y amar incluso a quien nos ofende y nos causa el mal; logramos reconocer en los últimos y en los pobres el rostro del Señor que nos visita y se hace cercano. El Bautismo nos ayuda a reconocer en el rostro de las personas necesitadas, en los que sufren, incluso de nuestro prójimo, el rostro de Jesús. Todo esto es posible gracias a la fuerza del Bautismo.

Un último elemento, que es importante. Y hago una pregunta: ¿puede una persona bautizarse por sí sola? Nadie puede bautizarse por sí mismo. Nadie. Podemos pedirlo, desearlo, pero siempre necesitamos a alguien que nos confiera en el nombre del Señor este Sacramento. Porque el Bautismo es un don que viene dado en un contexto de solicitud y de compartir fraterno. En la historia, siempre uno bautiza a otro y el otro al otro... es una cadena. Una cadena de gracia. Pero yo no puedo bautizarme a mí mismo: debo pedir a otro el Bautismo. Es un acto de fraternidad, un acto de filiación en la Iglesia. En la celebración del Bautismo podemos reconocer las líneas más genuinas de la Iglesia, la cual como una madre sigue generando nuevos hijos en Cristo, en la fecundidad del Espíritu Santo.

Pidamos entonces de corazón al Señor poder experimentar cada vez más, en la vida de cada día, esta gracia que hemos recibido con el Bautismo. Que al encontrarnos,

nuestros hermanos puedan hallar auténticos hijos de Dios, auténticos hermanos y hermanas de Jesucristo, auténticos miembros de la Iglesia. Y no olvidéis la tarea de hoy: buscar, preguntar la fecha del propio Bautismo. Como conozco la fecha de mi nacimiento, debo conocer también la fecha de mi Bautismo, porque es un día de fiesta.

***

Catequesis del 15 de enero de 2014

El Bautismo nos convierte en miembros del Cuerpo de Cristo y del Pueblo de Dios

Queridos hermanos y hermanas:

El miércoles pasado hemos comenzado un breve ciclo de catequesis sobre los Sacramentos, comenzando por el Bautismo. Y en el Bautismo quisiera centrarme también hoy, para destacar un fruto muy importante de este Sacramento: el mismo nos convierte en miembros del Cuerpo de Cristo y del Pueblo de Dios. Santo Tomás de Aquino afirma que quien recibe el Bautismo es incorporado a Cristo casi como su mismo miembro y es agregado a la comunidad de los fieles (cf. *Summa Theologiae*, III, q. 69, a. 5; q. 70, a. 1), es decir, al Pueblo de Dios. En la escuela del Concilio Vaticano II, decimos hoy que el Bautismo nos hace entrar en el Pueblo de Dios, nos convierte en miembros de un Pueblo en camino, un Pueblo que peregrina en la historia.

En efecto, como de generación en generación se transmite la vida, así también de generación en generación, a través del renacimiento en la fuente bautismal, se transmite la gracia, y con esta gracia el Pueblo cristiano camina en el tiempo, como un río que irriga la tierra y difunde en el mundo la bendición de Dios. Desde el momento en que Jesús dijo lo que hemos escuchado en el Evangelio, los discípulos fueron a bautizar; y desde ese tiempo hasta hoy existe una cadena en la transmisión de la fe mediante el Bautismo. Y cada uno de nosotros es un eslabón de esa cadena: un paso adelante, siempre; como un río que irriga. Así es la gracia de Dios y así es nuestra fe, que debemos transmitir a nuestros hijos, transmitir a los niños, para que ellos, cuando sean adultos, puedan transmitirla a sus hijos. Así es el Bautismo. ¿Por qué? Porque el Bautismo nos hace entrar en este Pueblo de Dios que transmite la fe. Esto es muy importante. Un Pueblo de Dios que camina y transmite la fe.

En virtud del Bautismo nos convertimos en discípulos misioneros, llamados a llevar el Evangelio al mundo (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 120). «Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador… La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo» (ibid.) de todos, de todo el pueblo de Dios, un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados. El Pueblo de Dios es un Pueblo discípulo —porque recibe la fe— y misionero —porque transmite la fe—. Y esto hace el Bautismo en nosotros: nos dona la Gracia y transmite la fe. Todos en la Iglesia somos discípulos, y lo somos siempre, para toda la vida; y todos somos misioneros, cada uno en el sitio que el Señor le ha asignado.

Todos: el más pequeño es también misionero; y quien parece más grande es discípulo. Pero alguno de vosotros dirá: «Los obispos no son discípulos, los obispos lo saben todo; el Papa lo sabe todo, no es discípulo». No, incluso los obispos y el Papa deben ser discípulos, porque si no son discípulos no hacen el bien, no pueden ser misioneros, no pueden transmitir la fe. Todos nosotros somos discípulos y misioneros.

Existe un vínculo indisoluble entre la dimensión mística y la dimensión misionera de la vocación cristiana, ambas radicadas en el Bautismo. «Al recibir la fe y el bautismo, los cristianos acogemos la acción del Espíritu Santo que lleva a confesar a Jesús como Hijo de Dios y a llamar a Dios "Abba", Padre. Todos los bautizados y bautizadas... estamos llamados a vivir y transmitir la comunión con la Trinidad, pues la evangelización es un llamado a la participación de la comunión trinitaria» (*Documento conclusivo de Aparecida*, n. 157).

Nadie se salva solo. Somos comunidad de creyentes, somos Pueblo de Dios y en esta comunidad experimentamos la belleza de compartir la experiencia de un amor que nos precede a todos, pero que al mismo tiempo nos pide ser «canales» de la gracia los unos para los otros, a pesar de nuestros límites y nuestros pecados. La dimensión comunitaria no es sólo un «marco», un «contorno», sino que es parte integrante de la vida cristiana, del testimonio y de la evangelización. La fe cristiana nace y vive en la Iglesia, y en el Bautismo las familias y las parroquias celebran la incorporación de un nuevo miembro a Cristo y a su Cuerpo que es la Iglesia (cf. *ibid*., n. 175 b).

A propósito de la importancia del Bautismo para el Pueblo de Dios, es ejemplar la historia de la comunidad cristiana en Japón. Ésta sufrió una dura persecución a inicios del siglo XVII. Hubo numerosos mártires, los miembros del clero fueron expulsados y miles de fieles fueron asesinados. No quedó ningún sacerdote en Japón, todos fueron expulsados. Entonces la comunidad se retiró a la clandestinidad, conservando la fe y la oración en el ocultamiento. Y cuando nacía un niño, el papá o la mamá, lo bautizaban, porque todos los fieles pueden bautizar en circunstancias especiales. Cuando, después de casi dos siglos y medio, 250 años más tarde, los misioneros regresaron a Japón, miles de cristianos salieron a la luz y la Iglesia pudo reflorecer. Habían sobrevivido con la gracia de su Bautismo. Esto es grande: el Pueblo de Dios transmite la fe, bautiza a sus hijos y sigue adelante. Y conservaron, incluso en lo secreto, un fuerte espíritu comunitario, porque el Bautismo los había convertido en un solo cuerpo en Cristo: estaban aislados y ocultos, pero eran siempre miembros del Pueblo de Dios, miembros de la Iglesia. Mucho podemos aprender de esta historia.

***

Homilía del 11 de enero de 2015

El Bautismo nos introduce en el cuerpo de la Iglesia

Hemos escuchado en la primera lectura que el Señor se preocupa por sus hijos como un padre: se preocupa de dar a sus hijos un alimento sustancioso. A través del profeta

Dios dice: "¿Por qué gastar dinero en lo que no alimenta y el salario en lo que no da hartura?" (Is 55, 2). Dios, como un buen papá y una buena mamá, quiere dar cosas buenas a sus hijos. ¿Y qué es este alimento sustancioso que nos da Dios? Es su Palabra: su Palabra nos hace crecer, nos hace dar buenos frutos en la vida, como la lluvia y la nieve hacen bien a la tierra y la hacen fecunda (cf. Is 55, 10-11). Así vosotros, padres, y también vosotros, padrinos y madrinas, abuelos, tíos, ayudaréis a estos niños a crecer bien si les dais la Palabra de Dios, el Evangelio de Jesús. ¡Y darlo también con el ejemplo! Todos los días, adquirid el hábito de leer un pasaje del Evangelio, pequeño, y llevad siempre con vosotros un pequeño Evangelio en el bolsillo, en la cartera, para poder leerlo. Y este será el ejemplo para los hijos, ver a papá, a mamá, a los padrinos, al abuelo, a la abuela, a los tíos, leer la Palabra de Dios.

Vosotras mamás dad a vuestros hijos la leche –incluso ahora, si lloran por hambre, amamantadlos, tranquilos. Damos gracias al Señor por el don de la leche, y rezamos por las madres –son muchas, lamentablemente– que no están en condiciones de dar de comer a sus hijos. Recemos y tratemos de ayudar a estas madres. Así, pues, lo que hace la leche en el cuerpo, la Palabra de Dios lo hace en el espíritu: la Palabra de Dios hace crecer la fe. Y gracias a la fe somos engendrados por Dios. Es lo que sucede en el Bautismo. Hemos escuchado al apóstol Juan: "Todo el que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios" (1Jn 5, 1). En esta fe son bautizados vuestros hijos. Hoy es vuestra fe, queridos padres, padrinos y madrinas. Es la fe de la Iglesia, en la cual estos pequeños reciben el Bautismo. Pero mañana, con la gracia de Dios, será su fe, su personal "sí" a Jesucristo, que nos dona el amor del Padre.

Decía: es la fe de la Iglesia. Esto es muy importante. El Bautismo nos introduce en el cuerpo de la Iglesia, en el pueblo santo de Dios. Y en este cuerpo, en este pueblo en camino, la fe se transmite de generación en generación: es la fe de la Iglesia. Es la fe de María, nuestra Madre, la fe de san José, de san Pedro, de san Andrés, de san Juan, la fe de los Apóstoles y de los mártires, que llegó hasta nosotros, a través del Bautismo: una cadena de trasmisión de fe. ¡Es muy bonito esto! Es un pasar de mano en mano la luz de la fe: lo expresaremos dentro de un momento con el gesto de encender las velas en el gran cirio pascual. El gran cirio representa a Cristo resucitado, vivo en medio de nosotros. Vosotras, familias, tomad de Él la luz de la fe para transmitirla a vuestros hijos. Esta luz la tomáis en la Iglesia, en el cuerpo de Cristo, en el pueblo de Dios que camina en cada época y en cada lugar. Enseñad a vuestros hijos que no se puede ser cristiano fuera de la Iglesia, no se puede seguir a Jesucristo sin la Iglesia, porque la Iglesia es madre, y nos hace crecer en el amor a Jesucristo.

Un último aspecto surge con fuerza de las lecturas bíblicas de hoy: en el Bautismo somos consagrados por el Espíritu Santo. La palabra "cristiano" significa esto, significa consagrado como Jesús, en el mismo Espíritu en el que fue inmerso Jesús en toda su existencia terrena. Él es el "Cristo", el ungido, el consagrado, los bautizados somos "cristianos", es decir consagrados, ungidos. Y entonces, queridos padres, queridos

padrinos y madrinas, si queréis que vuestros niños lleguen a ser auténticos cristianos, ayudadles a crecer "inmersos" en el Espíritu Santo, es decir, en el calor del amor de Dios, en la luz de su Palabra. Por eso, no olvidéis invocar con frecuencia al Espíritu Santo, todos los días. "¿Usted reza, señora?" –"Sí" – "¿A quién reza?" –"Yo rezo a Dios" –Pero "Dios", así, no existe: Dios es persona y en cuanto persona existe el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. "¿Tú a quién rezas?" – "Al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo". Normalmente rezamos a Jesús. Cuando rezamos el "Padrenuestro", rezamos al Padre. Pero al Espíritu Santo no lo invocamos tanto. Es muy importante rezar al Espíritu Santo, porque nos enseña a llevar adelante la familia, los niños, para que estos niños crezcan en el clima de la Trinidad santa. Es precisamente el Espíritu quien los lleva adelante. Por ello no olvidéis invocar a menudo al Espíritu Santo, todos los días. Podéis hacerlo, por ejemplo, con esta sencilla oración: "Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor". Podéis hacer esta oración por vuestros niños, además de hacerlo, naturalmente, por vosotros mismos.

Cuando decís esta oración, sentís la presencia maternal de la Virgen María. Ella nos enseña a invocar al Espíritu Santo, y a vivir según el Espíritu, como Jesús. Que la Virgen, nuestra madre, acompañe siempre el camino de vuestros niños y de vuestras familias. Así sea.

BENEDICTO XVI –

Todas las homilías de fiestas en archivo aparte

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO A)

Fiesta del Bautismo del Señor

131. Con la Fiesta del Bautismo del Señor, prolongación de la Epifanía, concluye el tiempo de la Navidad y se inicia el Tiempo Ordinario. Mientras Juan bautiza a Jesús a orillas del Jordán sucede algo grandioso: los cielos se abren, se oye la voz del Padre y el Espíritu Santo desciende en forma visible sobre Jesús. Se trata de una manifestación del misterio de la Santísima Trinidad. Pero ¿por qué se produce esta visión en el momento en el que Jesús es bautizado? El homileta debe responder a esta pregunta.

132. La explicación está en la finalidad por la que Jesús va a Juan para que le bautice. Juan está predicando un bautismo de penitencia. Jesús recibe este signo de arrepentimiento junto a muchos otros que corren hacia Juan. En un primer momento, Juan intenta impedírselo pero Jesús insiste. Y esta insistencia manifiesta su intención:

ser solidario con los pecadores. Quiere estar donde están ellos. Lo mismo expresa el apóstol Pablo, pero con un tipo de lenguaje diferente: «Al que no había pecado, Dios le hizo expiar por nuestros pecados» (2 Cor 5,21).

133. Y es, justamente, en este momento de intensa solidaridad con los pecadores, cuando tiene lugar la grandiosa epifanía trinitaria. La voz del Padre tronó desde el cielo, anunciando: «Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto». Tenemos que comprender que lo que le agrada al Padre, reside en la voluntad del Hijo de ser solidario con los pecadores. De este modo se manifiesta como Hijo de este Padre, es decir, el Padre que «tanto amó al mundo que entregó a su Hijo único» (Jn 3,16). En aquel preciso instante, el Espíritu aparece como una paloma, desciende sobre el Hijo, imprimiendo una especie de aprobación y de autorización a toda la escena inesperada.

134. El Espíritu que ha plasmado esta escena preparándola a lo largo de los siglos de la Historia de Israel («que habló por los profetas», como profesamos en el Credo), está presente en el homileta y en sus oyentes: abre sus mentes a una comprensión todavía más profunda de lo sucedido. El mismo Espíritu acompañó a Jesús en cada instante de su existencia terrenal, caracterizando todas sus acciones para que fueran revelación del Padre. Por tanto, podemos escuchar el texto del profeta Isaías de este día como una prolongación de las palabras del Padre en el corazón de Jesús: «Tú eres mi Hijo, el amado». Su diálogo de amor continúa: «mi elegido, a quien prefiero. Sobre Él he puesto mi espíritu… Yo, el Señor, te he llamado con justicia, te he tomado de la mano, te he formado y te he hecho alianza de un pueblo, luz de las naciones».

135. En el salmo responsorial de esta fiesta se escuchan las palabras del Salmo 28: «La voz del Señor está sobre las aguas». La Iglesia canta este salmo como celebración de las palabras del Padre que tenemos el privilegio de escuchar y cuya escucha marca nuestra fiesta. «Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto» – esta es la «voz del Señor sobre las aguas, el Señor sobre las aguas torrenciales. La voz del Señor es potente, la voz del Señor es magnífica» (Sal 28,3-4).

136. Después del Bautismo, el Espíritu conduce a Jesús al desierto para ser tentado por Satanás. Sucesivamente y conducido siempre por el Espíritu, Jesús va a Galilea donde proclama el Reino de Dios. Durante su maravillosa predicación, marcada por milagros prodigiosos, Jesús afirma en una ocasión: «Tengo que pasar por un bautismo, ¡y qué angustia hasta que se cumpla!» (Lc 12,50). Con estas palabras se refería a su próxima muerte en Jerusalén. De este modo comprendemos cómo el Bautismo de Jesús por parte de Juan Bautista no fue el definitivo sino una acción simbólica de lo que se habría cumplir en el Bautismo de su agonía y muerte en la Cruz. Porque es en la Cruz donde Jesús se revela a sí mismo, no en términos simbólicos, sino concretamente y en completa solidaridad con los pecadores. Es en la Cruz donde «Dios lo hizo expiar por nuestros pecados» (2 Cor 5,21) y donde «nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose por nosotros un maldito» (Gal 3,13). Es allí donde desciende al caos de las aguas de ultratumba, y lava para siempre nuestros pecados. Pero por la Cruz y la Muerte, Jesús es

también liberado de las aguas, llamado a la Resurrección por la voz del Padre que dice: «Hijo mío eres tú, hoy te he engendrado… Yo seré para él un padre y el será para mí un hijo» (Heb 1,5). Esta escena de muerte y resurrección es una obra de arte escrita y dirigida por el Espíritu. La voz del Señor sobre las grandes aguas de la muerte, con fuerza y poder, saca a su Hijo de la muerte. «La voz del Señor es potente, la voz del Señor es magnífica».

137. El Bautismo de Jesús es modelo también para el nuestro. En el Bautismo descendemos con Cristo a las aguas de la muerte, donde son lavados nuestros pecados. Y después de habernos sumergido con Él, con Él salimos de las aguas y oímos, fuerte y potente, la voz del Padre que, dirigida también a nosotros en lo profundo de nuestros corazones, pronuncia un nombre nuevo para cada uno de nosotros: «¡Amado! Mi predilecto». Sentimos este nombre como nuestro, no en virtud de las buenas obras que hemos realizado, sino porque Cristo, en su amor sin límites, ha deseado intensamente compartir con nosotros su relación con el Padre.

138. La Eucaristía celebrada en esta Fiesta propone de nuevo, en cierto modo, los mismos acontecimientos. El Espíritu desciende sobre los dones del pan y del vino ofrecido por los fieles. Las palabras de Jesús: «Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre», anuncian su intención de recibir el Bautismo de muerte para nuestra Salvación. Y la asamblea reza, el «Padre nuestro» junto con el Hijo, porque con Él siente dirigida a sí misma la voz del Padre que llama «amado» al Hijo.

139. En una ocasión, a lo largo de su ministerio, Jesús dijo: «el que cree en mí, como dice la Escritura: "De su seno brotarán manantiales de agua viva"». Aquellas aguas vivas han comenzado a brotar en nosotros con el Bautismo, y se transforman en un río siempre más caudaloso en cada celebración de la Eucaristía.

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

III. LOS MISTERIOS DE LA VIDA PÚBLICA DE JESUS

El Bautismo de Jesús

535. El comienzo (cf. Lc 3, 23) de la vida pública de Jesús es su bautismo por Juan en el Jordán (cf. Hch 1, 22). Juan proclamaba "un bautismo de conversión para el perdón de los pecados" (Lc 3, 3). Una multitud de pecadores, publicanos y soldados (cf. Lc 3, 10-14), fariseos y saduceos (cf. Mt 3, 7) y prostitutas (cf. Mt 21, 32) viene a hacerse bautizar por él. "Entonces aparece Jesús". El Bautista duda. Jesús insiste y recibe el bautismo. Entonces el Espíritu Santo, en forma de paloma, viene sobre Jesús, y la voz del cielo proclama que él es "mi Hijo amado" (Mt 3, 13-17). Es la manifestación ("Epifanía") de Jesús como Mesías de Israel e Hijo de Dios.

536. El bautismo de Jesús es, por su parte, la aceptación y la inauguración de su misión de Siervo doliente. Se deja contar entre los pecadores (cf. Is 53, 12); es ya "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Jn 1, 29); anticipa ya el "bautismo" de su muerte sangrienta (cf Mc 10, 38; Lc 12, 50). Viene ya a "cumplir toda justicia" (Mt 3, 15), es decir,

se somete enteramente a la voluntad de su Padre: por amor acepta el bautismo de muerte para la remisión de nuestros pecados (cf. Mt 26, 39). A esta aceptación responde la voz del Padre que pone toda su complacencia en su Hijo (cf. Lc 3, 22; Is 42, 1). El Espíritu que Jesús posee en plenitud desde su concepción viene a "posarse" sobre él (Jn 1, 32-33; cf. Is 11, 2). De él manará este Espíritu para toda la humanidad. En su bautismo, "se abrieron los cielos" (Mt 3, 16) que el pecado de Adán había cerrado; y las aguas fueron santificadas por el descenso de Jesús y del Espíritu como preludio de la nueva creación.

537. Por el bautismo, el cristiano se asimila sacramentalmente a Jesús que anticipa en su bautismo su muerte y su resurrección: debe entrar en este misterio de rebajamiento humilde y de arrepentimiento, descender al agua con Jesús, para subir con él, renacer del agua y del Espíritu para convertirse, en el Hijo, en hijo amado del Padre y "vivir una vida nueva" (Rm 6, 4):

Enterrémonos con Cristo por el Bautismo, para resucitar con él; descendamos con él para ser ascendidos con él; ascendamos con él para ser glorificados con él (S. Gregorio Nacianc. Or. 40, 9).

Todo lo que aconteció en Cristo nos enseña que después del baño de agua, el Espíritu Santo desciende sobre nosotros desde lo alto del cielo y que, adoptados por la Voz del Padre, llegamos a ser hijos de Dios (S. Hilario, Mat 2).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO A)

¡Tú eres mi Hijo!

La liturgia celebra hoy la fiesta del Bautismo de Jesús. La cosa más importante en el bautismo de Jesús no es tanto el hecho externo, esto es, que Jesús viene a hacerse bautizar por Juan Bautista; esto señala sólo el marco. Lo esencial es la voz del Padre que proclama a Jesús su hijo predilecto.

«Apenas se bautizó Jesús, salió del agua; se abrió el cielo y vio que el Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre él. Y vino una voz del cielo que decía: "Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto"».

Cuando se escribe la vida de los grandes artistas y poetas siempre se busca descubrir a la persona (en general, a la mujer), que ha sido por el genio y la fuente de inspiración la musa frecuentemente escondida. También en la vida de Cristo encontramos un amor secreto, que ha sido el motivo inspirador de todo lo que ha hecho: su amor para con el Padre celestial.

Verdaderamente, él no decía «Padre», sino Abba, que significa papá, padre mío, padre querido. Era un modo nuevo e inaudito de dirigirse a Dios, al mismo tiempo lleno de infinito respeto e infinita confianza. Ahora bien, con ocasión del bautismo en el Jordán

descubrimos que este amor es recíproco. El Padre proclama a Jesús su «Hijo predilecto» y manifiesta toda su complacencia enviando sobre él el Espíritu Santo, que es su amor mismo personificado.

Posiblemente porque la literatura, el arte, el espectáculo y la publicidad disfrutan todas de una sola relación humana: el de un trasfondo sexual entre el hombre y la mujer, entre marido y mujer. Quizás porque es así de fácil hablar de sexo se trata de una realidad inquietante y el hombre gusta pescar en río revuelto. Parece que en la vida no exista nada más que esto. Debemos admitir que el sexo está llegando a ser como una obsesión. Si tuviere lugar en la tierra la presencia de alguien de otro planeta o si se consiguiese captar desde su planeta determinados espectáculos televisivos nuestros yo pienso que a este respecto los encontrarían hasta un poco ridículos.

Por el contrario, dejamos casi inexplorada del todo otra relación humana igualmente universal y vital, otra de las grandes fuentes de la alegría de la vida: la relación padres-hijos, la alegría de la paternidad. La psicología moderna se ha ocupado algo de ello; pero, casi en clave negativa, para clarificar los conflictos padre-hijo.

Si, por el contrario, se profundiza con serenidad y objetividad en el corazón del hombre se descubre que en la extraordinaria mayoría de las personas normales una relación lograda, intensa y serena, con los hijos es para un hombre adulto y maduro no menos importante y satisfactoria que la relación hombre-mujer. Sabemos, por otra parte, cuán importante sea asimismo esta relación para el hijo o la hija y el vacío tremendo que deja su falta.

En la fiesta de la Sagrada Familia, nos hemos ocupado de la relación mujer-marido, por lo tanto, consentidme hoy decir algo de esta otra relación fundamental y abandonada, la de padres-hijos. De las madres, tendremos ocasión de ocupamos otra vez, sin contar que las madres serán las más felices en esta elección, porque se sabe que ellas son las primeras en sufrir una mala relación entre el padre y los hijos.

Según la Escritura, como la relación hombre-mujer tiene su modelo en la relación Cristo-Iglesia, así la relación padre-hijo tiene su modelo en la relación entre Dios Padre y su Hijo Jesús. De Dios Padre, dice san Pablo que «toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra» (Efesios 3, 15), esto es, trae la existencia, el sentido y el valor.

Pero, al igual como el cáncer suele atacar los órganos más delicados en el hombre y en la mujer, así la potencia destructora del pecado y del mal ataca los ganglios más vitales de la existencia humana. No hay nada que esté sometido más al abuso, a la explotación y a la violencia cuanto la relación hombre-mujer y no hay nada que no esté tan expuesto a la deformación como la relación padre-hijo: autoritarismo, paternalismo, rebelión, rechazo, incomunicabilidad...

El psicoanálisis ha creído percibir en el inconsciente de cada hijo el así llamado complejo de Edipo, esto es, el secreto deseo de matar al padre. Pero, sin molestar al

psicoanálisis de Freud, la crónica se encarga de ponemos bajo la mirada cada día hechos terribles a este respecto.

Ésta es una obra típicamente diabólica. El nombre «diablo», tomado a la letra, significa aquel que divide, el que separa. Él ya no se contenta más de poner a una clase social contra la otra y ni siquiera a un sexo contra el otro, los hombres contra las mujeres y las mujeres contra los hombres. Quiere castigar aún más a fondo: intenta poner a los padres contra los hijos y a los hijos contra los padres y frecuentemente lo consigue.

Viene así envenenada una de las fuentes más puras de alegría de la vida humana y uno de los factores más importantes de equilibrio y maduración de la persona. El sufrimiento es recíproco, aunque en este caso limitamos nuestro discurso sólo a los padres. Hay padres cuyo más profundo sufrimiento en la vida es el ser rechazados o hasta despreciados por los hijos para los que han hecho todo lo que han hecho. Y hay hijos cuyo más profundo e inconfesado sufrimiento es sentirse incomprendidos o rechazados por el padre y que, en un momento de rabia, han llegado a escuchar del propio padre: «¡Tú no eres mi hijo!»

¿Qué puede hacer la fe para neutralizar en nuestra sociedad esta obra satánica? Cuando nació Juan el Bautista el ángel dijo que uno de sus deberes habría sido el de «hacer volver los corazones de los padres hacia los hijos» (cfr. Lucas 1,17; Malaquías 3,24). Es necesario continuar esta obra del Precursor. Lanzar la iniciativa de una gran reconciliación, de una curación de las relaciones maltrechas entre padres e hijos desenmascarando y neutralizando la obra de Satanás.

No es que yo tenga en mano la receta y la solución; sé sin embargo quién la tiene: ¡el Espíritu Santo! En el seno de la Trinidad él es el amor entre el Padre y el Hijo. Ésta es su característica personal que lleva allá donde llega. Por eso, cuando entre un padre y un hijo terrenos entra el Espíritu Santo, esta relación se renueva, nace un sentimiento nuevo de paternidad y un sentimiento nuevo de filiación. Es él en efecto quien enseña a gritar: ¡Abba!, esto es ¡papá, padre mío!, ¡querido padre! Él reconcilia y sana de nuevo todo lo que se estropea. Es el bálsamo divino, que cura las heridas profundas del alma, llegando allá donde ningún psicoanálisis puede llegar. A él la Iglesia le dirige la oración: «Sana lo que sangra». Y el corazón de muchos padres y de muchos hijos sangra, en efecto, y tiene necesidad de ser sanado de nuevo.

¿Qué hacer? Ante todo *creer*. Volver a encontrar la confianza en la paternidad, que no es sólo un hecho biológico sino un misterio y una participación en la paternidad misma de Dios. Pedir a Dios el don de la paternidad, de saber ser padre. Pedirle el Espíritu Santo.

Después, asimismo, esforzarse en imitar al Padre celestial. San Pablo, después de haber tratado la relación hombre-mujer, trazaba así la relación padres-hijos:

«Hijos, obedeced en todo a vuestros padres, porque esto es grato a Dios en el Señor. Padres, no exasperéis a vuestros hijos, no sea que se vuelvan apocados» (Colosenses 3,18-21).

A los hijos les recomienda la obediencia; pero, una obediencia filial, no de esclavos o de militares. Pero, dejemos aparte los deberes de los hijos. (Tendremos otras ocasiones para hablarles a ellos, sin contar que los padres de hoy son los hijos de ayer y los hijos de hoy serán los padres del mañana y que, por lo tanto, el discurso interesa a todos). ¿Qué es lo que se les pide a los padres? «No exasperar» a los hijos; esto es, positivamente tener paciencia, comprensión, no exigido todo de inmediato, saber esperar a que los hijos maduren, saber excusar sus errores. No desanimar con continuos reproches y observaciones negativas sino más bien animar ante cualquier pequeño esfuerzo. Comunicar el sentido de libertad, de protección, de confianza en sí mismos, de seguridad. Como hace Dios, que dice querer ser para nosotros «nuestro refugio y nuestra fortaleza, poderoso defensor en el peligro» (Salmo 46, 2).

A un padre que quisiese saber todo lo que no debe hacer en las relaciones con el hijo, yo le aconsejaría leer la famosa Carta al padre de F. Kafka. El padre le había requerido por qué nunca le tenía miedo y el escritor responde con esta carta penetrada de amor y de tristeza. Lo que le echa en cara al padre es sobre todo no haberse dado cuenta nunca del «poder» tremendo que tenía él en el bien y en el mal sobre él. Con sus terminantes expresiones: «¡Ni una palabra de réplica!» le había privado casi hasta de hace de no aprender a hablar. ¿Traía a casa desde la escuela una alegría, una pequeña empresa infantil o un buen resultado? La reacción era: «¡Tengo otras cosas en las que yo pensar!» («Otras cosas en las que pensar» eran su trabajo, el negocio...). Mientras se llega a entrever desde algún raro fragmento positivo lo que él habría podido llegar a ser para el hijo: el amigo, el confidente, el modelo, el mundo entero.

No hay que tener miedo de imitar alguna vez, a la letra, a Dios Padre y decirle al propio hijo o hija, si las circunstancias lo requieren, solos o delante de otros: «¡Tú eres mi hijo querido! ¡Tú eres mi hija querida! ¡De ti me he complacido!» Esto es, ¡estoy confiado de ti y de ser tu padre!» Si viene del corazón y en el momento justo, esta palabra hace milagros, pone alas al corazón del muchacho o muchacha. Y para el padre es como engendrar, más conscientemente, una segunda vez al propio hijo.

De Dios Padre una cosa, sobre todo, es necesario imitar: él hace «llover sobre justos e injustos» (Mateo 5,45). Dios quisiera que nosotros fuésemos mejores y más buenos de lo que somos; pero, nos acepta y nos ama tal como somos, nos ama con esperanza. Asimismo, un padre terreno (aquí el discurso vale también para las madres) no debe amar sólo al hijo ideal, a aquel del que se había vanagloriado: brillante en clase, educado, aventajado en todo... Debe amar también al hijo real, que el Señor le ha dado, estimarlo por lo que es y por lo que puede hacer. Cuántas frustraciones se resuelven aceptando serenamente la voluntad de Dios sobre los hijos, naturalmente aun haciendo todo el posible esfuerzo educativo sobre ellos.

Termino formulando a todos los padres un deseo: que vuestros hijos ahora sean vuestra alegría; un mañana, vuestro sostén y en el cielo vuestra corona.

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO A)

Recibir la fuerza del Espíritu Santo

Juan el bautista fue enviado como precursor del Salvador a promover un bautismo de conversión y de penitencia, bautizando con agua a todos aquellos que quisieran mostrar a Dios su arrepentimiento, su fe y su amor.

Jesucristo fue enviado al mundo como Mesías y Salvador, como el Cordero de Dios que perdona los pecados del mundo para reconciliar a todos los hombres con Dios. Y, en un acto de humildad, acudió a Juan para dejarse bautizar, asumiendo en su cuerpo todos los pecados de todos los hombres de todos los tiempos, desde el pecado original, para destruir el pecado con su muerte en la cruz y con su resurrección renovar a toda la humanidad, aceptando su misión redentora, manifestando el amor del Padre por la humanidad, que tanto amó al mundo que envió a su único Hijo para que todo el que crea en Él, se salve.

Y, abriéndose los cielos, es la voz del Padre quien revela al Hijo, en cuya humildad se complace, y envía al Espíritu Santo sobre Él, para ungirlo y descubrir al mundo la divinidad, que no se ve ante los ojos de los hombres, que tan solo su humanidad podían ver. Y para darle la fuerza, los dones y la gracia que, como hombre, necesitaba, para cumplir su misión divina.

Y le dio el poder de transmitir esos dones y esa gracia a todos los hombres, bautizándolos con el Espíritu Santo, para hacerlos, a su imagen y semejanza, hijos de Dios, y el Padre en sus hijos se complazca.

Agradece tú que has sido bautizado, y corresponde viviendo como un buen cristiano, acudiendo a los sacramentos y cumpliendo los mandamientos de la Santa Madre Iglesia, para que, asistido por la gracia del Espíritu Santo, Dios, que es tu Padre, ponga en ti sus complacencias.

Sigue el ejemplo de Jesús e, imitando su humildad, déjate por Él reconciliar con su Corazón a través del sacramento de la confesión, y recibe la fuerza y el don del Espíritu Santo, y la gracia derramada del sacramento de la Sagrada Eucaristía, para que perseveres hasta el final y seas salvado y llevado a la presencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en la gloria celestial».

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO A)

Una visión más completa de la vida

Hoy nos ofrece la Liturgia de la Iglesia, en esta fiesta del Bautismo del Señor, una escena muy sobrenatural y especial para nosotros, habituados tal vez a contemplar la realidad de este mundo sólo con los ojos del cuerpo. Nos conviene reconocer, una vez más, que no se agota la verdad con lo que logramos descubrir con los sentidos. Por eso el Señor anima con mucha frecuencia a fomentar la virtud de la fe, pues, todo un mundo sobrenatural nos aguarda, aunque no podamos verlo ni alcanzarlo con las fuerzas de la naturaleza.

Necesitamos creer mediante la fe. Se trata de una virtud: hábito, o disposición permanente, infundida por Dios en el espíritu del hombre, que lleva a la persona a aceptar las verdades reveladas por Dios, no tanto por la evidencia con que se le muestran, sino por la autoridad del mismo Dios que revela, que –de acuerdo con su perfección– no puede engañarse ni –de acuerdo con su bondad– puede engañarnos.

Nuestro Dios, por propia iniciativa y de acuerdo con el misterioso designio de su amor por el hombre, nos revela su intimidad trinitaria. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se hacen distintamente presentes en el Bautismo del Hijo encarnado, cuya fiesta celebramos hoy. No nos basta, por consiguiente, reconocer la existencia de un Dios único, autor de cuanto existe, causa primera y perfección suma. Es preciso que reconozcamos también que es Padre, Hijo y Espíritu Santo y remunerador de los que le aman. Por eso hoy deseamos tenerle especialmente presente en sus Tres Personas, pues, cada una nos sugiere afectos propios, siendo el mismo Dios.

Hace pocos años, cuando preparábamos el Gran Jubileo del 2000, fomentábamos –fieles al deseo del Papa– un trato más afectuoso con Dios Padre, que nos llama hijos en Jesucristo. Es su voz la que se escuchó aquel día, cuando Jesús fue bautizado por Juan. El Padre siempre contempla al Hijo, nunca lo desampara aunque alguna vez parezca olvidarlo. No queramos tampoco olvidarnos de Nuestro Dios, aunque nuestros quehaceres quieran imponerse a veces con urgencia y de modo inoportuno. Posiblemente será necesario un ejercicio tenaz por nuestra parte para no perder esa presencia de Dios que, fomentando la virtud de la fe, nos lleva a descubrir el fundamento de la dignidad humana: que somos hijos muy queridos de Dios, hasta el extremo de que, según su misterioso designio, el Hijo se ha hecho como uno de nosotros para salvarnos del pecado.

Consideremos también en este día, pues hemos conocido desde mucho tiempo atrás la Redención, que –como Juan Bautista– podemos dar testimonio de la vida de Cristo entre los hombres y de nuestra grandeza por el amor que Dios nos tiene. Tenemos asimismo la posibilidad de anunciar a los demás que Dios quiso compartir nuestra condición para que, participando nosotros de la suya, seamos sus hijos por adopción. Que como verdaderos hijos que somos de Dios se complace en nosotros y nos ofrece en todo momento la ocasión de recrearnos con su presencia, soñando con el día en que, libres ya de lo gravoso de este mundo, gocemos para siempre con Él en el Cielo.

Es bueno, en todo caso, vivir bien afianzados en el momento presente y, por tanto, en la realidad terrena que ahora nos corresponde. Lo cual no nos impide ejercitar la virtud de la fe, que, sin sacarnos de esta tierra –lugar de nuestra santificación– nos permite saborear la vida para la que fuimos creados como hombres: una **vida escondida con Cristo en Dios**, según la expresión del Apóstol. No se trata, desde luego, solamente de soñar y de saborear antes de tiempo una ilusión. Debemos ejercitarnos en obras que, cada jornada, nos aproximen al Cielo; pero nos animará para ese ejercicio, que se nos hace costoso, contemplar por la fe el Paraíso que Nuestro Señor nos tiene prometido. **No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas. De lo contrario, ¿os hubiera dicho que voy a prepararos un lugar? Cuando me haya marchado y os haya preparado un lugar, de nuevo vendré y os llevaré junto a mí, para que, donde yo estoy, estéis también vosotros**: la verdad de la divina promesa la garantiza el mismo Dios por Jesucristo; y los que le siguen, empeñándose con confianza en el esfuerzo que les supone ese seguimiento, viven con paz y alegría, comprobando que no es tanta su fatiga o su exigencia que se les haga insufrible; por el contrario, encuentran para cada instante la energía sobrenatural y humana, proporcionada a sus circunstancias, para actuar según Dios espera.

Esa alegría y paz, fruto de avanzar según Dios hacia un destino feliz, además de estimular de modo permanente al propio esfuerzo, supone un importante revulsivo que contagia a otros, que se sienten también atraídos por el reflejo de Cristo en la vida de los cristianos consecuentes. Así ha sucedido desde los tiempos apostólicos, cuando el atractivo de la vida de los fieles al Señor y su alegría destacaba y sorprendía a pesar de las persecuciones que injustamente padecían.

La vida más fácil –sin fe– de los paganos de entonces, como la de muchos hoy, llena de atractivos sensibles, decaía paulatinamente hasta ser superada por otras culturas más violentas. Pero el cristianismo se ha mantenido, aunque haya sido, no pocas veces, con abundante dolor por parte de los cristianos. Se ha cumplido así la promesa de Jesucristo de que su Iglesia no sería aniquilada y que Él acompañaría siempre a los suyos. **Y su Reino no tendrá fin**, rezamos en el Credo.

Nos sentimos asimismo seguros acompañados por su Madre, habiendo querido desde su Cruz que fuese también Madre de nuestra.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO A)

El Hijo predilecto

Continúa este domingo el tema litúrgico de la Epifanía, es decir, de la manifestación de Dios. El Bautismo de Jesús que hoy recordamos fue, en efecto, una etapa decisiva en

la manifestación de Jesucristo al mundo en calidad de Dios: una especie de segunda epifanía. Los sucesos del nacimiento estaban lejanos, sepultados en el corazón de los pocos protagonistas de aquellos días. Treinta años de silencio y de ocultamiento habían hecho de Jesús un hombre entre los otros. Los años anteriores al Bautismo, dice un escritor antiguo, muestran la humanidad de Cristo en todo similar a la nuestra (Melitón de Sardi).

El Bautismo concluye esa fase de la vida de Jesús; concluye su hacerse similar al hombre, su imitación del hombre. Él viene, confundido entre la multitud, a someterse a un rito que lo ubica en el rango de los pecadores, de aquellos que tienen necesidad de ser purificados.

Éste es el Jesús anunciado por Isaías en la primera lectura: el siervo de Dios que no grita y no levanta el tono de voz, que no recorre los caminos amenazando con castigos, que no rompe la caña quebrada y no apaga la llama vacilante. El Jesús de corazón suave que viene a llamar a los pecadores a la penitencia. El Jesús que escandalizó y decepcionó la espera de quien pensaba en un Mesías guerrero, proclamador enérgico de la ira de Dios, en especial contra los paganos. El Jesús que sorprenderá también a su precursor: "¿Eres tú el que debe venir?"

San Pablo resumió este aspecto del evento de Cristo en el famoso texto de los Filipenses 2, 6-7: él, que era Dios, no consideró como algo que debía custodiarse celosamente el hecho de ser similar a Dios, sino que se anuló y tomó la forma de siervo (¡aquel siervo del cual había hablado Isaías!), se hizo similar al hombre y de apariencia externa como la de todo hombre. Como todo hombre: tal era el Jesús que vino al Jordán para ser bautizado.

Pero el Bautismo da inicio también a la nueva fase de la vida de Jesús. Él es presentado oficialmente al mundo por el Padre como el Mesías que habla y actúa en forma autoritaria en su nombre. Éste es el principio de la así llamada vida pública de Jesús. Aquí comienzan aquellos "pero yo les digo" y aquel hablar "con autoridad" que asombrarán a los escribas y a los fariseos. En la fase más antigua era en este momento donde se comenzaba la narración de la vida de Cristo. En efecto, Marcos, el primer evangelista, inicia su Evangelio con el Bautismo. Pedro, en el discurso que escuchamos como segunda lectura, hace del Bautismo de Jesús el inicio de su historia: en realidad, fue en el Bautismo donde Dios *Ungió a Jesús de Nazaret con el Espíritu Santo, llenándolo de poder.*

¿Por qué toda esta importancia? Antes que nada, está vinculada con la manifestación del Espíritu Santo. Juan Bautista había caracterizado así las dos épocas: yo los bautizo con *agua;* ¡él los bautizará en *Espíritu!* El descenso del Espíritu es el "¡adelante!" para la redención; indica que ha comenzado la nueva creación porque el Espíritu ha vuelto a aparecer sobre las aguas como en los orígenes (Gn. 1-2). *Pero la hora se acerca, y ya ha llegado, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad* (Jn. 4, 23). El Espíritu ya estaba en Jesús de Nazaret para el nacimiento. Había

descendido sobre María aún antes que sobre el Jordán. Pero allí se había tratado de un hecho silencioso que permaneció desconocido; por el contrario, acá se encuentra la manifestación al mundo de aquella realidad del Espíritu. La unción perfecta y mesiánica de Jesús se le hizo evidente al mundo. En su Bautismo, Jesús aparece como el esperado sobre cual se ha posado el Espíritu del Señor, como había sido escrito por el profeta Isaías.

La importancia del bautismo, además de estar vinculada con la manifestación del Espíritu, lo está también con la solemne proclamación del Padre: *Éste es mi Hijo muy querido, escúchenlo*. Aquel que se había hecho siervo ahora es proclamado hijo (cfr. Is. 40. 2). Es en este punto donde resulta necesario retomar la lectura del texto de Pablo a los Filipenses: *Por eso, Dios lo exaltó y le dio el Nombre que está sobre todo nombre* (Flp. 2. 9). Es el punto culminante de la epifanía: ya no una estrella, sino la voz misma del Padre que revela a los hombres quién es Jesús de Nazaret: el hijo bienamado del Padre. Jesús confirmó el sentido de esta declaración al llamar a Dios en forma constante con el nombre de *abba*, padre. En sus palabras y en su manera de actuar aflora incoercible la conciencia de ser el Hijo de Dios. El Evangelio, particularmente el escrito por Juan, nos lo muestra en un diálogo ininterrumpido con el Padre, que continúa en el existente en el seno de la Trinidad. Toda nuestra fe está anclada en esta conciencia de Jesús. Él nos salva porque es Hijo de Dios; hace de nosotros hijos adoptivos de Dios porque él, que era hijo natural, se hizo nuestro hermano. No nos importa si quienes vivieron con Jesús fueron conscientes de este secreto desde el principio y comprendieron su importancia. Lo que importa verdaderamente es saber que Jesús, él, lo sabía y dejó pruebas seguras de ello durante su vida terrenal.

La consecuencia de esta revelación se encuentra en las palabras del Padre: *¡Escúchenlo!* (Mc 9,7). Debemos escuchar a Jesús, que hoy todavía nos habla en su Evangelio, porque lo hace en nombre de Dios. Sin embargo, este imperativo no significa solamente: "préstenle atención" o "pongan en práctica lo que les dice". Significa sobre todo: "créanle, denle su adhesión de fe, recíbanlo a él aun antes que a su palabra". Así, el bautismo nos vuelve a proponer aquel doble movimiento que vimos expresado en el episodio de los Magos y que tal vez constituye la idea central de la Epifanía: Dios viene hacia el hombre con la revelación, pero el hombre también debe ir hacia Dios con la fe.

Aquel Jesús que fue hacia Juan oculto y escondido, es el mismo que, misteriosamente, escondido en los signos del pan y del vino, está por venir también a nosotros en esta asamblea. Nosotros lo recibiremos con las mismas palabras con las cuales lo recibió aquel día Juan Bautista en el Jordán: "He aquí al Cordero de Dios, aquel que quita el pecado del mundo".

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO A)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la fiesta del Bautismo del Señor (12-I-1997)

– El bautismo de penitencia de Juan

"Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (Mt 28,19).

La Iglesia celebra hoy el bautismo de Cristo, y también este año tengo la alegría de administrar, en esta circunstancia, el sacramento del bautismo a algunos recién nacidos.

Antes de administrar el sacramento a estos niños recién nacidos quisiera detenerme a reflexionar con vosotros en la palabra de Dios que acabamos de escuchar. El Evangelio de San Marcos, como los demás sinópticos, narra el bautismo de Jesús en el río Jordán. La liturgia de la Epifanía recuerda este acontecimiento, presentándolo en un tríptico que comprende también la adoración de los Magos de Oriente y las bodas de Caná. Cada uno de estos tres momentos de la vida de Jesús de Nazaret constituye una revelación particular de su filiación divina.

Lo que Juan el Bautista confería a orillas del Jordán era un bautismo de penitencia, para la conversión y el perdón de los pecados. Pero anunciaba: "Detrás de mí viene el que puede más que yo (...). Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo" (Mc 1,7-8). Anunciaba esto a una multitud de penitentes, que se le acercaban confesando sus pecados, arrepentidos y dispuestos a enmendar su vida.

-- El bautismo libera de la culpa original y perdona los pecados

De muy diferente naturaleza es el bautismo que imparte Jesús y que la Iglesia, fiel a su mandato, no deja de administrar. Este bautismo libera al hombre de la culpa original y perdona sus pecados, lo rescata de la esclavitud del mal y marca su renacimiento en el Espíritu Santo; le comunica una nueva vida que es participación de la vida de Dios Padre y que nos ofrece su Hijo unigénito, hecho hombre, muerto y resucitado.

-- Revelación de la Santísima Trinidad

Cuando Jesús sale del agua, el Espíritu Santo desciende sobre él como una paloma y tras abrirse el cielo, desde lo alto se oye la voz del Padre: "Tú eres mi hijo amado, en ti me complazco" (Mc 1,11). Por tanto, el acontecimiento del bautismo de Cristo no es sólo revelación de su filiación divina, sino también, al mismo tiempo, revelación de toda la Santísima Trinidad: el Padre –la voz de lo alto– revela en Jesús al Hijo unigénito consustancial con él, y todo esto se realiza por virtud del Espíritu Santo que bajo la forma de paloma desciende sobre Cristo, el consagrado del Señor.

Los Hechos de los Apóstoles nos hablan del bautismo que el apóstol Pedro administró al centurión Cornelio y a sus familiares. De este modo, Pedro realiza el mandato de Cristo resucitado a sus discípulos: "Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (Mt 28,19).

El bautismo con el agua y el Espíritu Santo es el sacramento primero y fundamental de la Iglesia, sacramento de la vida nueva en Cristo.

También estos niños dentro de poco recibirán ese mismo bautismo y se convertirán en miembros vivos de la Iglesia. Serán ungidos con el óleo de los catecúmenos, signo de la suave fortaleza de Cristo, que se les da para luchar contra el mal. El agua bendita que se les derrama es signo de la purificación interior mediante el don del Espíritu Santo, que Jesús nos hizo al morir en la cruz. Después se recibe una segunda y más importante unción con el "crisma", para indicar que son consagrados a imagen de Jesús, el ungido del Padre. La vela encendida que se les entrega es símbolo de la luz de la fe que los padres y padrinos deberán custodiar y alimentar continuamente con la gracia vivificante del Espíritu.

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

"Se oyó una voz del cielo: Tú eres mi Hijo amado, mi preferido". En el Bautismo, que representa nuestro nacimiento a la vida cristiana, cada uno "vuelve a escuchar la voz que un día resonó a orillas del Jordán: Tú eres mi hijo amado, en ti me complazco (Lc 3,22); y entiende que ha sido asociado al Hijo predilecto. Se cumple así en la historia de cada uno el designio del Padre: a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que Él fuera el primogénito entre muchos hermanos (Rom 8,29)" (Juan Pablo II).

Saboreemos esta verdad al pensar en nuestro Bautismo y procuremos no olvidarla, sobre todo, cuando la vida presente su cara menos simpática. Quien ha creado todo lo que vemos y no vemos, al que adoran millones y millones de ángeles con enorme respeto y una profunda veneración, quien tiene en sus manos el destino de este mundo que pasa, es mi Padre. Mi Padre. No un ser lejano que vive el margen de mis temores y esperanzas, sino Alguien a quien puedo acudir con la confianza con la que un pequeño acude a su madre o a su padre en sus apuros.

Desde el día de nuestro Bautismo, el Espíritu Santo que descendió también a nuestro corazón va labrando en él la imagen de Jesús. Pero "no como un artista, dice S. Cirilo de Alejandría, que dibujara en nosotros la divina sustancia como si Él fuera ajeno a ella. No es de esta forma como nos conduce a la semejanza divina; sino que Él mismo, que es Dios y de Dios procede, se imprime en los corazones que lo reciben como el sello sobre la cera y, de esa forma, por la comunicación de sí y la semejanza, restablece la naturaleza según la belleza del modelo divino y restituye al hombre la imagen de Dios".

Si somos dóciles a esa acción del Espíritu Santo y que se manifiesta en impulsos de una mayor generosidad con Dios y con quienes nos rodean, en una lucha más seria contra nuestras inclinaciones torcidas, iremos poco a poco pareciéndonos cada vez más a Jesucristo, haciéndonos una sola cosa con Él, sin dejar de ser nosotros mismos, como ese

hierro que metido en la fragua va progresivamente llenándose de luz y energía. Nuestra vida se convierte entonces, en cierto sentido, en una prolongación de la vida terrena de Jesús, porque Él vive verdaderamente en nosotros como el fuego en el hierro.

S. Francisco de Sales solía decir que entre Jesucristo y los buenos cristianos no existe más diferencia que la que se da entre una partitura y su interpretación por diversos músicos. La partitura es la misma, pero la interpretación suena con una modalidad distinta, personal; y es el Espíritu Santo quien la dirige contando con las distintas maneras de ser de esos instrumentos que somos nosotros. ¡Qué inmenso valor adquiere entonces todo lo que hacemos: el trabajo, las contrariedades diarias bien llevadas, los pequeños y grandes servicios, el dolor! Sí, Dios se complace en nosotros, porque en cada uno ve la imagen de su Hijo preferido.

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«El hijo amado del Padre es el Hijo-siervo»

I. LA PALABRA DE DIOS

Is 42,1-4.6-7: «Mirad a mi siervo a quien prefiero»

Sal 28,1-4.9-10: «El Señor bendice a su pueblo con la paz»

Hch 10,34-38: «Dios ungió a Jesús con la fuerza del Espíritu Santo»

Mt 3,13-17: «Apenas se bautizó Jesús, vio que el Espíritu de Dios bajaba sobre él»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

El «Siervo» es presentado por Isaías como alguien excepcional y desconcertante. Su misión de renovar a Israel, haciendo retornar a los exilados, es presentada por S. Mateo, tan amigo de citar el AT, como el que toma nuestras flaquezas y carga con nuestras enfermedades.

A las comunidades cristianas les preocupaba por qué Cristo se hizo bautizar. La razón de que «cumplamos así todo lo que Dios quiere», parece expresar la plena solidaridad con la humanidad pecadora a la que había venido a salvar. La presentación como «Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» invita a pensar así. La salvación la llevará a cabo como «siervo paciente de Dios», según Isaías.

III. SITUACIÓN HUMANA

La vida es un reto permanente para el que quiere tomársela en serio. Una cosa es dejar pasar los días y otra vivirlos. El hombre hace fructífera su existencia cuando afronta el afán de cada día.

Hay hombres que entienden su vida como una apuesta en beneficio de los demás, y pueden encontrarse en el camino con quienes han hecho lo mismo que ellos.

Jesús, al comienzo de su vida pública, tiene delante el proyecto salvador del Padre y le va a costar la vida. Pero esa es precisamente la razón de su vivir: «Dar la vida en rescate por muchos».

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– El Bautismo de Jesús: "El bautismo de Jesús es, por su parte, la aceptación y la inauguración de su misión de Siervo doliente…anticipa ya el «bautismo» de su muerte sangrienta… por amor acepta el bautismo de muerte para la remisión de nuestros pecados. A esta aceptación responde la voz del Padre que pone toda su complacencia en su Hijo. El Espíritu que Jesús posee en plenitud desde su concepción viene a «posarse» sobre él. De él manará este Espíritu para toda la humanidad. En su bautismo, «se abrieron los cielos» (Mt 3,16) que el pecado de Adán había cerrado; y las aguas fueron santificadas por el descenso de Jesús y del Espíritu como preludio de la nueva creación" (536).

– El Bautismo en la economía de la salvación: 1224. 1225.

La respuesta

– Por el Bautismo, somos incorporados a la Iglesia y a su misión: "El Bautismo hace de nosotros miembros del Cuerpo de Cristo. El Bautismo incorpora a la Iglesia. De las fuentes bautismales nace el único pueblo de Dios de la Nueva Alianza que trasciende todos los límites naturales o humanos de las naciones, las culturas, las razas y los sexos: «Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo» (1 Co 12,13)" (1267; cf 1268-1270).

– El Bautismo, remisión de los pecados: 1263. 1264.

El testimonio cristiano

– «Enterrémonos con Cristo por el Bautismo, para resucitar con él; descendamos con él para ser ascendidos con él; ascendamos con él, para ser glorificados con él (San Gregorio Nacianceno, Or. 40,9)» (537).

– «Todo lo que aconteció en Cristo nos enseña que después del baño del agua, el Espíritu Santo desciende sobre nosotros desde lo alto del cielo y que, adoptados por la voz del Padre, llegaremos a ser hijos de Dios (San Hilario, Mat. 2)» (537).

La escena del Jordán, manifestación trinitaria, nos muestra el amor íntimo de Dios revelándose en el Hijo amado a los hombres.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO A)

A) El Señor es bautizado. Nuestro bautismo.

— Jesús quiso ser bautizado. Institución del Bautismo cristiano. Agradecimiento

I. *Inmediatamente después de ser bautizado, Jesús salió del agua y he aquí que se le abrieron los Cielos y vio al espíritu de Dios que descendía en forma de paloma y venía sobre él. Y una voz del Cielo que decía: Este es mi hijo, el amado, en quien me he complacido*.

En la solemnidad de hoy conmemoramos el bautismo de Jesús por San Juan Bautista en las aguas del río Jordán. Sin tener mancha alguna que purificar, quiso someterse a este rito de la misma manera que se sometió a las demás observancias legales, que tampoco le obligaban. Al hacerse hombre, se sujetó a las leyes que rigen la vida humana y a las que regían en el pueblo israelita, elegido por Dios para preparar la venida de nuestro Redentor. Juan cumplió, con energía, la misión de profetizar y suscitar un gran movimiento de penitencia como preparación inmediata al reino mesiánico

El Señor deseó se bautizado, dice San Agustín, «para proclamar con su humildad lo que para nosotros era necesidad».

Con el bautismo de Jesús quedó preparado el Bautismo cristiano, que fue directamente instituido por Jesucristo con la determinación progresiva de sus elementos, y lo impuso como ley universal el día de su Ascensión: *Me fue dado todo poder en el Cielo y en la tierra, dirá el Señor; id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo*.

En el Bautismo recibimos la fe y la gracia. El día en que fuimos bautizados fue el más importante de nuestra vida. De igual modo que «la tierra árida no da fruto si no recibe el agua, así también nosotros, que éramos como un leño seco, nunca hubiéramos dado frutos de vida sin esta lluvia gratuita de lo alto». Nos encontrábamos, antes de recibir el Bautismo, con la puerta del cielo cerrada y sin ninguna posibilidad de dar el más pequeño fruto sobrenatural

Hoy nuestra oración nos puede ayudar a dar gracias por haber recibido este don inmerecido y para alegrarnos por tantos bienes como Dios nos concedió. «La gratitud es el primer sentimiento que debe nacer en nosotros de la gracia bautismal; el segundo es el gozo. Jamás deberíamos pensar en nuestro bautismo sin un profundo sentimiento de alegría interior».

Hemos de agradecer la purificación de nuestra alma de la mancha del pecado original, y de cualquier otro pecado si lo hubo, en el momento de recibir el Bautismo. Todos los hombres somos miembros de la familia humana que en su origen fue dañada por el pecado de nuestros primeros padres. Este «pecado original se transmite juntamente con la naturaleza humana, por propagación, no por imitación, y se halla como propio en cada uno». Pero Jesús dotó al Bautismo de una especialísima eficacia para purificar la naturaleza humana y liberarla de ese pecado con el que hemos nacido. El agua

bautismal significa y opera de un modo real lo que el agua natural evoca: la limpieza y la purificación de toda mancha e impureza».

«Gracias al sacramento del bautismo te has convertido en templo del Espíritu Santo: no se te ocurra – nos exhorta San León Magno – ahuyentar con tus malas acciones a tan noble huésped, ni volver a someterte a la servidumbre del demonio: porque tu precio es la sangre de Cristo».

— Efectos del Bautismo: limpia el pecado original, nueva vida, filiación divina, etcétera

II. *Dios todopoderoso y eterno, que en el bautismo de Cristo en el Jordán quisiste revelar solemnemente que él era tu Hijo amado enviándole tu Espíritu Santo: concede a tus hijos de adopción, renacidos del agua y del Espíritu Santo, la perseverancia continua en el cumplimiento de tu voluntad.*

El Bautismo nos inició en la vida cristiana. Fue un verdadero nacimiento a la vida sobrenatural. Es la nueva vida que predicaron los Apóstoles y de la que habló Jesús a Nicodemo: *En verdad te digo que quien no naciera de arriba no podrá entrar en el reino de Dios… Lo que nace de la carne, carne es; pero lo que nace del Espíritu, es espíritu*.

El resultado de esta nueva vida es cierta divinización del hombre y la capacidad de producir frutos sobrenaturales

La dignidad del bautizado está como velada muchas veces, por desgracia, en la existencia ordinaria; por eso nosotros, al igual que hicieron los santos, hemos de esforzarnos en vivir conforme a esa dignidad

Nuestra más alta dignidad, la condición de hijos de Dios, que se nos comunica en el Bautismo, es consecuencia de la nueva generación. Si la generación humana da como resultado la «paternidad» y la «filiación», de modo semejante aquellos que son engendrados por Dios son realmente hijos suyos: *¡Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues – lo somos realmente! Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos…*

En el momento del Bautismo, por la efusión del Espíritu Santo, se produce el milagro de un nuevo nacimiento. El agua bautismal se bendice en la noche de Pascua y en la oración se pide: *Así como el Espíritu Santo descendió sobre María y produjo en Ella el nacimiento de Cristo, así descienda Él sobre su Iglesia y produzca en su claustro materno (la pila bautismal) el renacer de los hijos de Dios.*

A esta expresión tan gráfica corresponde esta profunda realidad: el bautizado renace a una nueva vida, a la vida de Dios, por eso es su «hijo». *Y si somos hijos, también somos herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo*.

Demos muchas gracias a nuestro Padre Dios que ha querido dones tan inconmensurables, tan fuera de toda medida, para cada uno de nosotros. – ¡Qué gran bien nos puede hacer el considerar frecuentemente estas realidades! *Padre – me decía aquel*

muchachote (¿qué habrá sido de él?), buen estudiante de la Central –, pensaba en lo que usted me dijo... – ¡que soy hijo de Dios!, y me sorprendí por la calle, "engallado" el cuerpo y soberbio por dentro... – ¡hijo de Dios!

Le aconsejé, con segura conciencia, fomentar la "soberbia".

— Incorporación a la Iglesia. Llamada a la santidad y al apostolado. Bautismo de los niños

III. En la Iglesia nadie es un cristiano aislado. A partir del Bautismo, el cristiano forma parte de un pueblo, y la Iglesia se le presenta como la verdadera familia de los hijos de Dios. «Fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo que le confesara en verdad y le sirviera santamente». Y el Bautismo es la puerta por donde se entra a la Iglesia.

«Y en la Iglesia, precisamente por el bautismo, somos llamados todos a la santidad», cada uno en su propio estado y condición, y a ejercer el apostolado. «La llamada a la santidad y la consiguiente exigencia de santificación personal, es universal: todos, sacerdotes y laicos, estamos llamados a la santidad; y todos hemos recibido, con el bautismo, las primicias de esa vida espiritual que, por su misma naturaleza, tiende a la plenitud».

Otra verdad íntimamente unida a esta condición de miembro de la Iglesia es la del carácter sacramental, «un cierto signo espiritual e indeleble» impreso en el alma. Es como el resello de posesión de Cristo sobre el alma del bautizado. Cristo tomó posesión de nuestra alma en el momento de ser bautizado. Él nos rescató del pecado con su Pasión y Muerte

Con estas consideraciones comprendemos bien el deseo de la Iglesia de que los niños reciban pronto estos dones de Dios. Desde siempre ha urgido a los padres para que bauticen a sus hijos cuanto antes. Es una muestra práctica de fe. No se atenta a su libertad, como no se les causó agravio alguno por darles la vida natural, ni por alimentarles, limpiarles y curarles, cuando no podían ellos pedir estos bienes. Por el contrario, tienen derecho a recibir esa gracia. – ¡Qué buen apostolado habremos de hacer en muchos casos!: con amigos, compañeros, conocidos...

En el caso del Bautismo está en juego algo infinitamente mayor que ningún otro bien: la gracia y la fe; quizá, la salvación eterna. Sólo por ignorancia y por una fe dormida se puede explicar que muchos niños queden privados, por sus propios padres ya cristianos, del mayor don de su vida. Nuestra oración se dirige a Dios hoy, para que no permita que esto suceda

Hemos de agradecer a nuestros padres que, quizá a los pocos días de nacer, nos llevaran a recibir este santo sacramento

***

B) El bautismo del Señor.

– Manifestación del misterio trinitario en el Bautismo de Cristo.

I. *Apenas se bautizó el Señor se abrió el cielo, y el Espíritu Santo se posó sobre Él como una paloma. Y se oyó la voz del Padre que decía: Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto.*

Hace aún pocos días celebrábamos la *Epifanía*, la manifestación del Señor a los gentiles, representados en aquellos hombres sabios que llegaron a Jerusalén preguntando por el nacido rey de los judíos. Ya había tenido lugar una primera revelación a los pastores, que, en la misma noche de la Navidad, se dirigen al lugar donde ha nacido el Niño, a quien le llevan sus presentes. También la fiesta de hoy es una *epifanía*, una manifestación de la divinidad de Cristo señalada por la voz de Dios Padre, venida del Cielo, y por la presencia del Espíritu Santo en forma de paloma, que significa la Paz y el Amor. Los Padres de la Iglesia suelen señalar una tercera manifestación de la divinidad de Jesús. Ésta tendrá lugar en Caná de Galilea, donde, a través de su primer milagro, Jesús *manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en Él.*

En la *Primera lectura* de la Misa, Isaías anuncia la figura del Mesías: *He aquí mi siervo…, mi elegido, en quien se complace mi alma. Sobre Él he puesto mi Espíritu… La caña cascada no la quebrará, el pabilo vacilante no lo apagará… Yo, el Señor, te he llamado… para que abras los ojos de los ciegos, saques a los cautivos de la prisión, y de la mazmorra a los que habitan en tinieblas*. Esta descripción profética tiene su plena realización en el Bautismo del Señor. Entonces *descendió el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma, sobre Él, y se oyó una voz que venía del cielo: Tú eres el Hijo mío, el amado, en Ti me he complacido*. Las tres divinas Personas de la Trinidad intervienen en esta gran epifanía a orillas del Jordán: el Padre hace oír su voz, dando testimonio del Hijo, Jesús es bautizado por Juan, el Espíritu Santo desciende visiblemente sobre Él. La expresión de Isaías *mi siervo* es sustituida ahora por *mi Hijo amado*, que indica la Persona y la naturaleza divina de Cristo.

Con el Bautismo de Jesús se inicia de modo solemne su misión salvadora. A la vez, el Espíritu Santo comenzaba por medio del Mesías su acción en las almas, que durará hasta el fin de los tiempos.

La liturgia propia de este domingo es especialmente apta para que recordemos con alegría nuestro Bautismo y sus consecuencias en nuestra vida. Cuando San Agustín menciona en sus *Confesiones* el día en que recibió este sacramento, lo recuerda con profundo gozo: "rebosante de dulzura extraordinaria, aquellos días no me saciaba de considerar la profundidad de su designio para la salvación del género humano". Con ese gozo hemos de recordar hoy que hemos sido bautizados en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

El misterio del Bautismo de Jesús nos adentra en el misterio inefable de cada uno de nosotros, *pues de su plenitud recibimos todos gracia sobre gracia*. Hemos sido bautizados no sólo en agua, como hacía el Precursor, sino *en el Espíritu Santo*, que nos

comunica la vida de Dios. Demos gracias hoy al Señor por aquel día memorable en el que fuimos incorporados a la vida de Cristo y destinados con Él a la vida eterna. Alegrémonos de haber sido quizá bautizados a los pocos días de haber nacido, como es costumbre inmemorial en la Iglesia, en el caso de neófitos hijos de padres cristianos.

– Nuestra filiación divina en Cristo por el sacramento del Bautismo.

II. Fuimos bautizados en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, para entrar en comunión con la Trinidad Beatísima. En cierto modo se han abierto para cada uno de nosotros los cielos, a fin de que entremos en la *casa de Dios* y conozcamos la filiación divina. "Si tuvieses piedad verdadera –enseña San Cirilo de Jerusalén–, también descenderá sobre ti el Espíritu Santo y oirás la voz del Padre desde lo alto que dice: éste no es el Hijo mío, pero ahora después del Bautismo ha sido hecho mío". La filiación divina ha sido uno de los grandes dones que recibimos aquel día en que fuimos bautizados. San Pablo nos habla de esta filiación y, dirigiéndose a cada bautizado, no duda en pronunciar estas dichosísimas palabras: *Ya no eres esclavo sino hijo: y si hijo, también heredero*.

En el rito de este sacramento se indica que la configuración con Cristo tiene lugar mediante una regeneración espiritual, como enseñaba Jesús a Nicodemo: *quien no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el Reino de Dios*. "El Bautismo cristiano es, en efecto, un misterio de muerte y de resurrección: la inmersión en el agua bautismal simboliza y actualiza la sepultura de Jesús en la tierra y la muerte del hombre viejo, mientras que la emersión significa la resurrección de Cristo y el nacimiento del hombre nuevo". Este nuevo nacimiento es el fundamento de la filiación divina. Y así, por este sacramento, "los hombres son injertados en el misterio pascual de Jesucristo: mueren con Él, son sepultados con Él y resucitan con Él; reciben el espíritu de adopción de hijos, *por el que clamamos Abba! ¡Padre!* (Rom 8, 15), y se convierten así en los verdaderos adoradores que busca el Padre". Esta filiación lleva consigo la aniquilación de todo pecado del alma y la infusión de la gracia.

Por el Bautismo se perdonan el pecado original y todos los pecados personales, y la pena eterna y temporal debida por los pecados. El ser configurados con Cristo resucitado, simbolizado en la emersión del agua bautismal, indica que la gracia divina, las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo se han asentado en el alma del bautizado, la cual se ha constituido en morada de la Santísima Trinidad. Al cristiano se le abren las puertas del Cielo, y se alegran los ángeles y los santos. En la naturaleza humana permanecen aquellas consecuencias del pecado original que, si bien proceden de él, no son en sí mismas pecado, pero inclinan a él; el hombre bautizado sigue sujeto a la posibilidad de errar, a la concupiscencia y a la muerte, consecuencias todas ellas del pecado original. Sin embargo, el Bautismo ha sembrado ya en el cuerpo humano la semilla de una renovación y resurrección gloriosas. ¡Qué diferencia tan enorme entre la persona que iba, o llevaban, camino de la iglesia para recibir este sacramento, y la que vuelve ya bautizada! El cristiano "sale del Bautismo resplandeciente como el sol y, lo que es más importante, vuelve de allí convertido en hijo de Dios y coheredero con Cristo".

Demos muchas gracias al Señor por tanto bien, que querríamos comprender hoy en toda su grandeza. Por último, *te pedimos..., Señor, humildemente que escuchemos con fe la palabra de tu Hijo para que podamos llamarnos y ser, en verdad, hijos tuyos*. Es nuestro mayor deseo y nuestra más grande aspiración.

– Proyección del Bautismo en la vida diaria.

III. En la *Segunda lectura*, San Pedro recuerda aquel comienzo mesiánico de Jesús, que estaba en la mente de muchos de los que le escuchaban y del que algunos de ellos habían sido testigos oculares. *Conocéis* –les dice el Apóstol– *lo que sucedió en el país de los judíos, cuando Juan predicaba el bautismo, aunque todo comenzó en Galilea. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo...*

Pertransivit benefaciendo..., pasó haciendo el bien... Éste puede ser un resumen de la vida de Cristo aquí en la tierra. Ése debe ser el resumen de la vida de cada bautizado, pues toda su vida se desenvuelve bajo el influjo del Espíritu Santo: cuando trabaja, en el descanso, cuando sonríe o presta uno de los innumerables servicios que conlleva la vida familiar o profesional...

En la fiesta de hoy se nos invita a tomar renovada conciencia de los compromisos adquiridos por nuestros padres o padrinos, en nuestro nombre, el día de nuestro Bautismo; a reafirmar nuestra ferviente adhesión a Cristo y la voluntad de luchar por estar cada día más cerca de Él; y a separarnos de todo pecado, incluso venial, ya que al recibir este sacramento fuimos llamados a la santidad, a participar de la misma vida divina.

Es precisamente este Bautismo el que *nos hace "fideles" –fieles–, palabra que, como aquella otra, "sancti" –santos–, empleaban los primeros seguidores de Jesús para designarse entre sí, y que aún hoy se usa: se habla de los "fieles" de la Iglesia*. Seremos fieles en la medida en que nuestra vida –¡tantas veces lo hemos meditado!– esté edificada sobre el cimiento firme y seguro de la oración. San Lucas nos ha dejado escrito en su Evangelio que Jesús, después de haber sido bautizado, estaba en oración. Y comenta Santo Tomás de Aquino: en esta oración, el Señor nos enseña que "después del Bautismo le es necesaria al hombre la asidua oración para lograr la entrada en el Cielo; pues, si bien por el Bautismo se perdonan los pecados, queda sin embargo la inclinación al pecado que interiormente nos combate, y quedan también el demonio y la carne que exteriormente nos impugnan".

Junto al agradecimiento y la alegría por tantos bienes como nos han llegado en este sacramento, renovemos hoy nuestra fidelidad a Cristo y a la Iglesia, que, en muchas ocasiones, se traducirá en la fidelidad a nuestra oración diaria.

Rev. D. Antoni CAROL i Hostench (Barcelona, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO A)

Jesús vino de Galilea al Jordán donde estaba Juan, para ser bautizado

Hoy contemplamos al Mesías —el Ungido— en el Jordán «para ser bautizado» (Mt 3,13) por Juan. Y vemos a Jesucristo como señalado por la presencia en forma visible del Espíritu Santo y, en forma audible, del Padre, el cual declara de Jesús: «Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco» (Mt 3,17). He aquí un motivo maravilloso y, a la vez, motivador para vivir una vida: ser sujeto y objeto de la complacencia del Padre celestial. ¡Complacer al Padre!

De alguna manera ya lo pedimos en la oración colecta de la misa de hoy: «Dios todopoderoso y eterno (…), concede a tus hijos adoptivos, nacidos del agua y del Espíritu Santo, llevar siempre una vida que te sea grata». Dios, que es Padre infinitamente bueno, siempre nos "quiere bien". Pero, ¿ya se lo permitimos?; ¿somos dignos de esta benevolencia divina?; ¿correspondemos a esta benevolencia?

Para ser dignos de la benevolencia y complacencia divina, Cristo ha otorgado a las aguas fuerza regeneradora y purificadora, de tal manera que cuando somos bautizados empezamos a ser verdaderamente hijos de Dios. «Quizá habrá alguien que pregunte: '¿Por qué quiso bautizarse, si era santo?'. ¡Escúchame! Cristo se bautiza no para que las aguas lo santifiquen, sino para santificarlas Él» (San Máximo de Turín).

Todo esto —inmerecidamente— nos sitúa como en un plano de connaturalidad con la divinidad. Pero no nos basta a nosotros con esta primera regeneración: necesitamos revivir de alguna manera el Bautismo por medio de una especie de continuo "segundo bautismo", que es la conversión. Paralelamente al primer Misterio de la Luz del Rosario —el Bautismo del Señor en el Jordán— nos conviene contemplar el ejemplo de María en el cuarto de los Misterios de Gozo: la Purificación. Ella, Inmaculada, virgen pura, no tiene inconveniente en someterse al proceso de purificación. Nosotros le imploramos la sencillez, la sinceridad y la humildad que nos permitirán vivir de manera constante nuestra purificación a modo de "segundo bautismo".

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO A)

Precursores de la Salvación

«Detrás de mí viene uno, más grande que yo, al que yo no soy digno de desatarle las correas de las sandalias. Yo los he bautizado con agua, pero él los bautizará con el Espíritu Santo» (Mc 1, 7-8).

Eso dice Juan el Bautista.

Bautismo, renovación, vida, pureza, gracia santificante con la cual se abre el cielo, para hacer a los hombres hijos de Dios.

Bautismo que une a los hijos en un solo pueblo santo de Dios.

Bautismo que regenera y hace nuevas todas las cosas.

Gracia que purifica al hombre para hacerlo digno de la unión con su Señor.

Bautismo que el mismo Cristo recibe, pero que no necesita, porque la pureza no puede ser purificada: la pureza es y Cristo es.

Pero que obedece a la voluntad del Padre, para hacerse en todo como los hombres, menos en el pecado, para abajarse completamente a la miseria del hombre.

Y, como signo de contradicción, el que recibe el Bautismo para el perdón de los pecados es el Cordero de Dios que quita los pecados de los hombres.

Una sola es la fe, una misma es la esperanza, y uno solo es el Bautismo.

Sacerdote: tú eres esa unión entre Dios y los hombres, tú eres quien consigue que a través del poder de tus manos el cielo se abra, para que el Espíritu Santo derrame su gracia y se escuche la voz de Dios, presentando al mundo a sus hijos que acaban de ser afiliados a él.

Bautismo con agua, que lava, que limpia, que quita toda mancha dando vida, porque es el agua de la vida, es el agua viva del manantial del Espíritu Santo, que renueva y que santifica.

Sacerdote: si tú no bautizas, ¿quién podrá ser hijo de Dios?; si tú no impartes los sacramentos ¿quién podrá transformar su alma para dignificarla y poder ser unida con Dios?

Tú eres el sacerdote que bautiza en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, que ata en el cielo, porque lo que ata en la tierra queda atado en el cielo.

Pero, si el sacerdote no ata nada en la tierra ¿qué quedará unido al cielo?

Sacerdote: eres tú el que continúa el camino de Jesús, el que cumple la voluntad de Dios impartiendo la misericordia de Dios a través de los sacramentos.

Sacerdote: si tú no bautizas ¿cómo llegará la misericordia de Dios a los hombres? Y, si la misericordia de Dios no es derramada a través de ti ¿cómo es que llegará la gracia de Dios a los hombres? Y si la gracia no llega, sacerdote, ¿quién se salvará?

En tus manos está el poder de hacer llegar la gracia y la misericordia de Dios a todos los rincones del mundo.

En tus manos está el poder de purificar las almas, para renovar los corazones de los hombres.

En tus manos, sacerdote, está el poder de cambiar al mundo, y de llevar a Cristo a todos los corazones.

Bautiza, sacerdote, a tu pueblo. Cumple la voluntad de tu Señor. Obedece y ejerce tu ministerio como Cristo te enseñó.

Devuélvele la pureza a esas creaturas inocentes que llevan la oscuridad en sus almas desde su nacimiento, porque están manchadas de un pecado que sus pequeñas manos no cometieron, pero un hombre y una mujer, por su desobediencia, trajeron el pecado al mundo; y a través de tus manos, sacerdote, le devuelves la pureza que, por la obediencia de un hombre y una mujer, regenera a las almas para salvarlas.

Tú eres, sacerdote, precursor de la salvación de cada alma que Dios envía al mundo, nacida de un vientre de mujer, que nace con mancha de pecado, porque ese vientre ha sido concebido desde un principio, manchado de pecado, porque vientre inmaculado y puro sólo hay uno, y la pureza se ha engendrado y ha nacido de ese vientre sin mancha ni pecado, y por la obediencia de ese hombre y esa mujer has sido tú sacerdote bautizado con el Espíritu Santo, unido al Padre, por filiación divina, que te concede por heredad la vida.

Bautiza, sacerdote, porque tienes el poder en tus manos de hacer justicia.

No cometas, sacerdote, la injusticia de tu pereza, de tu tibieza y de tu resignación.

Sirve al pueblo de Dios para que sea santo, llevándole la Buena Nueva de la salvación, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, para que sean todos hijos de Dios.

(*Espada de Dos Filos* I, n. 51)

Bautismo del Señor (Ciclo B)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2014, 2018 y 2021**
- **BENEDICTO XVI – Homilía y Ángelus de 2006**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Rev. D. Josep VALL i Mundó (Barcelona, España) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO B)

MARAVILLAS GRATIS

Is 55, 1-11; Is 12, 1; 1 Jn 5, 1-9; Mc 1, 7-11

A veces, el Señor se asemeja a un vendedor ambulante de los muchos que conocemos en calles, rancherías y pueblos. Por medio de Isaías, pregona una extensa cantidad de bienes, desde el agua y el pan, hasta una alianza eterna y promesas amorosas. Sin embargo, en contraste con los vendedores, los ofrece sin cobrar nada. En la Primera carta de Juan nos ofrece algo mejor, la victoria sobre "el mundo", símbolo juánico del mal. Por si fuera poco, en el Evangelio, Jesús nos ofrece algo tan magnífico que podría parecer una broma: el

acceso directo a Dios. Con su venida, la puerta cerrada del cielo (la señal de la ira de Dios contra la humanidad), se tornó abierta y a Dios se le escucha directamente. En síntesis, la fe cristiana ofrece maravillas gratis a los que se abren a ella.

ANTÍFONA DE ENTRADA **Cfr. Mt 3,16-17**

Inmediatamente después de que Jesús recibió el bautismo, se abrieron los cielos y el Espíritu Santo se posó sobre él en forma de paloma, y resonó la voz del Padre que decía: "Éste es mi Hijo amado, en quien he puesto todo mi amor".

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno, que proclamaste solemnemente a Jesucristo como tu Hijo muy amado, cuando, al ser bautizado en el Jordán, descendió el Espíritu Santo sobre él, concede a tus hijos de adopción, renacidos del agua y del Espíritu Santo, que se conserven siempre dignos de tu complacencia. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Vengan por agua; escúchenme y vivirán.

Del libro del profeta Isaías: 55, 1-11

Esto dice el Señor: "Todos ustedes, los que tienen sed, vengan por agua; y los que no tienen dinero, vengan, tomen trigo y coman; tomen vino y leche sin pagar. ¿Por qué gastar el dinero en lo que no es pan y el salario, en lo que no alimenta?

Escúchenme atentos y comerán bien, saborearán platillos sustanciosos. Préstenme atención, vengan a mí, escúchenme y vivirán.

Sellaré con ustedes una alianza perpetua, cumpliré las promesas que hice a David. Como a él lo puse por testigo ante los pueblos, como príncipe y soberano de las naciones, así tú reinarás a un pueblo desconocido, y las naciones que no te conocían acudirán a ti, por amor del Señor, tu Dios, por el Santo de Israel, que te ha honrado.

Busquen al Señor mientras lo pueden encontrar, invóquenlo mientras está cerca; que el malvado abandone su camino, y el criminal sus planes; que regrese al Señor, y él tendrá piedad; a nuestro Dios, que es rico en perdón.

Mis pensamientos no son los pensamientos de ustedes, sus caminos no son mis caminos. Porque así como aventajan los cielos a la tierra, así aventajan mis caminos a los de ustedes y mis pensamientos a sus pensamientos.

Como bajan del cielo la lluvia y la nieve y no vuelven allá, sino después de empapar la tierra, de fecundada y hacerla germinar, a fin de que dé semilla para sembrar y pan para comer, así será la palabra que sale de mi boca: no volverá a mí sin resultado, sino que hará mi voluntad y cumplirá su misión".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Isaías 12,2-3. 4bcd. 5-6.

R/. Sacarán agua con gozo de la fuente de salvación.

El Señor es mi Dios y salvador, con él estoy seguro y nada temo. El Señor es mi protección y mi fuerza y ha sido mi salvación. Sacarán agua con gozo de la fuente de salvación. ***R/.***

Den gracias al Señor, invoquen su nombre, cuenten a los pueblos sus hazañas, proclamen que su nombre es sublime. ***R/.***

Alaben al Señor por sus proezas, anúncienlas a toda la tierra. Griten jubilosos, habitantes de Sión, porque el Dios de Israel ha sido grande con ustedes. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

El Espíritu, el agua y la sangre.

De la primera carta del apóstol san Juan: 5, 1-9

Queridos hijos: Todo el que cree que Jesús es el Mesías, ha nacido de Dios. Todo el que ama a un padre, ama también a los hijos de éste. Conocemos que amamos a los hijos de Dios en que amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos, pues el amor de Dios consiste en que cumplamos sus preceptos. Y sus mandamientos no son pesados, porque todo el que ha nacido de Dios vence al mundo. Y nuestra fe es la que nos ha dado la victoria sobre el mundo. Porque, ¿quién es el que vence al mundo? Sólo el que cree que Jesús es el Hijo de Dios.

Jesucristo es el que vino por medio del agua y de la sangre; él vino no sólo con agua, sino con agua y con sangre. Y el Espíritu es que da testimonio, porque el Espíritu es la verdad. Así pues, los testigos son tres: el Espíritu, el agua y la sangre. Y los tres están de acuerdo.

Si aceptamos el testimonio de los hombres, el testimonio de Dios vale mucho más y ese testimonio es el que Dios ha dado de su Hijo.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Cfr. Jn 1, 29

R/. Aleluya, aleluya.

Vio juan el Bautista a Jesús, que venía hacia él, y exclamo: "Éste es el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo". ***R/.***

EVANGELIO

Tú eres mi Hijo amado; yo tengo en ti mis complacencias.

+ Del santo Evangelio según san Marcos: 1, 7-11

En aquel tiempo, Juan predicaba diciendo: "Ya viene detrás de mí uno que es más poderoso que yo, uno ante quien no merezco ni siquiera inclinarme para desatarle la

correa de sus sandalias. Yo los he bautizado a ustedes con agua, pero él los bautizará con el Espíritu Santo".

Por esos días, vino Jesús desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán. Al salir Jesús del agua, vio que los cielos se rasgaban y que el Espíritu, en figura de paloma, descendía sobre él. Se oyó entonces una voz del cielo que decía: "Tú eres mi Hijo amado; yo tengo en ti mis complacencias".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Acepta, Señor, los dones que te presentamos en la manifestación de tu Hijo muy amado, para que la oblación de tus hijos se convierta en el mismo sacrificio de aquel que quiso en su misericordia lavar los pecados del mundo. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

PREFACIO: El Bautismo del Señor.

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque mostraste en el Jordán con signos admirables el misterio del nuevo bautismo, para que por aquella voz, venida del cielo, creyéramos que tu Palabra ya estaba habitando en nosotros y, por el Espíritu Santo, que descendió en forma de paloma, se supiera que Cristo, tu Siervo, era ungido con óleo de alegría y enviado a anunciar el Evangelio a los pobres. Por eso, a una con los coros de ángeles, te alabamos continuamente en la tierra, aclamando sin cesar: Santo, Santo, Santo...

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Jn 1. 32. 34

Éste es aquél de quien Juan decía: Yo lo he visto y doy testimonio de que él es el Hijo de Dios.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Saciados con estos sagrados dones, imploramos, Señor, tu clemencia, para que, escuchando fielmente a tu Unigénito, nos llamemos y seamos de verdad hijos tuyos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO B)

Mira a mi siervo, a quien sostengo (Is 42,1-4.6-7)

1ª lectura

El Señor, que ha manifestado su poder en la creación (Is 40,12-31) y que ha mostrado sus designios de salvación con los hechos realizados en la historia (Is 41,1-29), anuncia

una nueva etapa en sus acciones para salvar a su pueblo. En esa tarea, desempeñará una función decisiva el «siervo del Señor», que de alguna forma asume en el texto profético el protagonismo en la manifestación y realización de los planes salvíficos. De él y de su misión se habla en cuatro pasajes distribuidos a lo largo de los caps. 42-55, que tal vez formaran parte en su origen de un único poema. Estos cuatro oráculos han sido designados habitualmente como los «Cantos del Siervo».

La mayoría de los exegetas ve en Is 42,1-9 el primer canto, o bien, la primera estrofa de este poema. Los otros tres pasajes son: Is 49,1-6; 50,4-11 y 52,13-53,12. Junto con una gran belleza poética, los cantos presentan difíciles cuestiones de estilo y de contenido. Han sido por ello prolijamente comentados.

Hoy en día se dan fundamentalmente tres explicaciones sobre la identidad del siervo. La primera considera que el siervo es un personaje individual: bien un rey de la casa de Judá, bien el mismo profeta, o, naturalmente, un Mesías futuro, que salvará a Israel. La segunda hipótesis interpreta la figura del siervo colectivamente: el siervo representa a Israel o a un grupo dentro de él. Una tercera hipótesis piensa que el siervo es presentado intencionadamente de forma ambigua, susceptible de ser interpretado de las dos maneras antes mencionadas: como un personaje del pueblo, pero que puede simbolizar a todo Israel.

Los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles, sin entrar en la cuestión sobre la personalidad originaria del siervo, nos revelan el verdadero sentido del texto de Isaías. Ven en cada uno de los cuatro cantos una profecía que anuncia al Mesías y que se cumple en Jesucristo. Así pues, el siervo es el futuro Mesías, representado no como rey y conquistador, sino como un salvador que trabaja y sufre. Dios lo ha elegido y su misión se caracterizará por la mansedumbre, fidelidad y constancia que será coronada por el éxito.

En este primer canto (Is 42,1-9) la figura del «siervo» resulta ciertamente misteriosa: el v. 1 le da atributos excepcionales, universales, transcendentes. Los vv. 2-3a hablan de su acción humilde; pero inmediatamente (vv. 3b-7) anuncian su fortaleza hasta «establecer el derecho en la tierra», ser «la luz de las naciones, abrir los ojos de los ciegos y sacar de la prisión a los cautivos…». Todo ello lo podrá realizar «el siervo» porque el Señor «ha puesto su Espíritu sobre él» (v. 1), es decir, se trata de alguien que ha sido elegido por Dios y cuenta con el auxilio del Espíritu del Señor en su tarea de enseñar su Ley hasta los confines de la tierra. Así pues, estas palabras podrían estar expresando de algún modo la propia conciencia del profeta de estar llevando a cabo una tarea: proclamar la palabra de Dios, que él no ha buscado, sino que le ha sido encomendada. Pero también pueden representar en el siervo a todo el pueblo de Israel (cfr 41,8): éste ha sido objeto de la elección divina para dar testimonio a todos los hombres, pacíficamente, de la Ley recibida del Señor

Los Evangelios han interpretado los rasgos característicos del siervo presentes en este primer canto como un vaticinio de la figura de Jesús, objeto de la más plena

complacencia del Padre, que en la unidad del Espíritu Santo es verdaderamente luz para todas las naciones y liberador de todos los oprimidos. Así por ejemplo, en los relatos del Bautismo de Jesús en el Jordán y de la Transfiguración resuenan estos rasgos en la voz divina: «Éste es mi Hijo, el amado, en quien me he complacido» (Mt 3,17); «Éste es mi Hijo, el elegido, escuchadle» (Lc 9,35). Por otra parte, el Evangelio de Mateo, que tiene especial interés en señalar que en Jesús se han cumplido las Escrituras, cita explícitamente los vv. 2-4 de este oráculo de Isaías para mostrar que en Jesús se cumple la profecía del siervo, rechazado por los dirigentes del pueblo, cuyo magisterio amable y discreto había de traer al mundo la luz de la verdad (Mt 12,15-21). Y la misión de Jesús, como «siervo sufriente», que había comenzado con el Bautismo en el Jordán (cfr Mt 3,17), vuelve a mostrarla San Mateo al narrar la oposición que encuentra Jesús entre una parte de los dirigentes judíos, y volverá a señalarla de manera especial en su pasión y muerte (cfr Mt 27,30).

Por otra parte, la fórmula «luz de las naciones (o de las gentes)» del v. 6 parece tener un eco en lo que Jesús dice de sí mismo: «Yo soy la luz del mundo» (Jn 8,12; 9,5), y en el Benedictus de Zacarías (Lc 1,78-79). Evocación de las frases del v. 7 se encuentra en la respuesta de Jesús a los enviados de Juan Bautista al preguntarle si Él «es el que había de venir» (cfr Mt 11,4-6; Lc 7,18-22). Por eso dirá San Justino, comentando los vv. 6-7: «Todo esto, amigos, está dicho con relación a Cristo y a las naciones por Él iluminadas» (*Dialogus cum Tryphone* 122,2).

La Iglesia, en el Concilio Vaticano II, reconoce su responsabilidad de trabajar para que Cristo se manifieste verdaderamente como «luz de las naciones» (v. 6) en todo tiempo y lugar: «Cristo es la luz de los pueblos. Por eso este sacrosanto Sínodo, reunido en el Espíritu Santo, desea vehementemente iluminar a todos los hombres con la luz de Cristo, que resplandece sobre el rostro de la Iglesia, anunciando el Evangelio a todas las criaturas (cfr Mc 16,15)» (*Lumen gentium*, n.1).

Vengan por agua; escúchenme y vivirán (Is 55, 1-11)

1ª lectura (Opcional para el Ciclo B)

La invitación al banquete de la Alianza sirve de epílogo a la segunda parte del libro de Isaías, y evoca los mismos temas del cap. 40, que viene a ser su prólogo. Ambos capítulos dan unidad literaria y temática a esta parte del libro. De alguna manera el oráculo aquí recogido resume la doctrina de los capítulos precedentes: la invitación al banquete de la Alianza (vv. 1-3), que recuerda al que celebró Moisés en el Sinaí (Ex 24,5.11); la renovación de la Alianza con David en Sión (vv. 4-5); la transcendencia de Dios que no se contamina con los delitos de los hombres (vv. 8-9); la eficacia de la palabra de Dios (vv. 10-11), y, como síntesis final, la actualización del éxodo como expresión de fe en la constante y renovada salvación de Dios (vv. 12-13).

Estos oráculos constituyen una llamada a la conversión a Dios, a beneficiarse de sus dones salvíficos que se reparten gratuitamente: «Venid a las aguas» (v. 1), «venid a Mí»

(v. 3), «buscad al Señor» (v. 6), «que el impío deje su camino» (v. 7). En su origen la llamada se dirige a los exiliados en Babilonia, para que vuelvan a Jerusalén; pero la exhortación transciende cualquier concreción histórica para convertirse en permanente y universal. En efecto, la alusión a una Alianza eterna, en continuidad con el cumplimiento de las promesas hechas a David (cfr v. 3), puede ser entendida desde la fe cristiana como un anticipo de la nueva y eterna Alianza sellada con la Sangre de nuestro Señor Jesucristo, prenda de salvación para toda la humanidad. En la Eucaristía, banquete de la Nueva Alianza, se hacen plena realidad las palabras del profeta en las palabras que el Señor pronunció al instituir este sacramento: «Tomad y comed» (cfr v. 1) el verdadero pan de vida, el manjar más exquisito, que no se puede comprar con nada (vv. 1-3). Por eso la invitación del profeta sigue siendo una llamada a que el cristiano se beneficie de la Sagrada Eucaristía. Pablo VI, exhortando a los fieles a participar en la celebración dominical, escribía: «¿Cómo podrían abandonar este encuentro, este banquete que Cristo nos prepara con su amor? ¡Que la participación sea muy digna y festiva a la vez! Cristo, crucificado y glorificado, viene en medio de sus discípulos para conducirlos juntos a la renovación de su resurrección. Es la cumbre, aquí abajo, de la Alianza de amor entre Dios y su pueblo: signo y fuente de alegría cristiana, preparación para la fiesta eterna» (*Gaudete in Domino*, n. 322).

Este texto que acabamos de leer es, como todos ellos, una llamada a la conversión. Para volver a la patria antes es necesario volver a Dios, «buscarle» (vv. 6-7). Y el Señor, que se deja encontrar y no juzga a la manera de los hombres, tiene la capacidad de conceder el perdón (vv. 8-9). Se enseña así que la llamada a la conversión se fundamenta en la bondad de Dios que es «pródigo en perdonar» (v. 7). El hombre, por su parte, no debe dejar pasar esa oportunidad que Dios le brinda. Estas palabras se convierten así en un continuo estímulo para volver a empezar en la lucha ascética: «Convertirse quiere decir para nosotros buscar de nuevo el perdón y la fuerza de Dios en el Sacramento de la reconciliación y así volver a empezar siempre, avanzar cada día, dominarnos, realizar conquistas espirituales y dar alegremente, porque "Dios ama al que da con alegría" (2 Co 9,7)» (Juan Pablo II, *Novo incipiente*, 8-IV-1979). Y San Agustín, urgiendo a la conversión, escribía: «No digas, pues: "Mañana me convertiré, mañana agradaré a Dios, y todas mis iniquidades de hoy y de ayer se me perdonarán". Dices verdad al afirmar que Dios prometió el perdón a tu conversión; pero no prometió el día de mañana a tu dilación» (S. Agustín, *Enarrationes in Psalmos* 144,11).

Las palabras del v. 8 son evocadas por San Pablo en Rm 11,33 y evidencian cómo en numerosas ocasiones hacemos planteamientos pequeños o nos quedamos cortos ante las grandes cosas que Dios nos tiene preparadas.

Con comparaciones muy expresivas (vv. 10 y 11), especialmente para los países áridos del Oriente, se describe la eficacia poderosa y fecunda de la palabra de Dios. Ella realiza la salvación que anuncia. Esta palabra de Dios personificada (cfr Sb 8,4; 9,9-10; 18,14-15) es figura de la Encarnación de Jesucristo, Palabra eterna del Padre, que

desciende a la tierra para salvar a los hombres. «No volverá a mí vacía y estéril [la palabra de Dios], dice, sino que prosperará en todas las cosas, se nutrirá hasta saciarse con las buenas acciones de aquellos que, obedeciéndola, ejecutarán sus enseñanzas. Ciertamente suele decirse que una palabra ha sido cumplida cuando se traduce a la práctica, o sea, que mientras no se cumpla con obras, permanece estéril, macilenta y en cierto modo famélica. Pero oye con qué alimento dice que nutre: *Mi manjar es hacer la voluntad de mi Padre* (Jn 4,34)» (S. Bernardo, *In Cantica Canticorum* 71,12-13).

A Jesús de Nazaret lo ungió Dios con el Espíritu Santo y poder (Hch 10,34-38)

2ª lectura

La conversión del centurión pagano Cornelio al cristianismo es uno de los puntos culminantes del libro de los Hechos de los Apóstoles. Manifiesta la dimensión universal del Evangelio y hace ver que la fuerza del Espíritu Santo no conoce límites ni barreras. Por ello, como en otras ocasiones, Lucas lo narra dos veces: en este capítulo, según el orden de los acontecimientos y con muchos detalles que subrayan y ayudan a entender los puntos fundamentales, y en el siguiente (Hch 11,1-18), según la justificación de Pedro ante los hermanos de Jerusalén.

Al comienzo de este capítulo se había presentado a Cornelio como hombre piadoso y «temeroso de Dios» (Hch 10,2.4). Esta expresión posee un valor preciso y se usaba para designar a las personas que adoraban al Dios de la Biblia, participaban en las plegarias de la sinagoga (cfr 13,16), y practicaban los principales mandamientos de la Ley judía, aun sin convertirse formalmente al judaísmo mediante la circuncisión.

Después la atención se había desplazado hacia Pedro, quien recibe dos mandatos del Espíritu Santo: comer de los animales que se le presentan en la visión (cfr Hch 13-15) y acompañar a los que han venido a buscarle (cfr v. 20). En casa de Cornelio, Pedro comprende con profundidad que ha sido Dios quien ha guiado todos sus pasos (vv. 28-29). Cuando oye la explicación del centurión (vv. 30-33) entiende (v. 34) el pleno significado de lo que había oído en la enseñanza de Jesús y se da cuenta de que, en los planes salvadores de Dios, judíos y paganos son iguales. Este descubrimiento sencillo y capital ha requerido una especial intervención divina.

Sin embargo, la acción del Espíritu Santo va más lejos que la de los hombres. A Cornelio el ángel sólo le había dicho que mandara venir a Pedro y escuchara sus palabras (vv. 5.22.33) y por eso Pedro, en un apretado discurso, síntesis de todo el Evangelio (vv. 37-43), predica la verdad de Cristo Jesús.

La victoria que ha vencido al mundo es nuestra fe (1 Jn 5,1-6)

2ª lectura (Opcional para el Ciclo B)

El bautizado, por la fe en Jesucristo, es hecho hijo de Dios. Como consecuencia, ama a sus hermanos los hombres —no se concibe el amor al padre sin amar a los hermanos—,

cumple los mandamientos y participa de la victoria de Cristo sobre el mundo. Es tan importante la fe en Jesucristo, que todo bautizado participa por ella en el triunfo del Señor. Jesús ha vencido al mundo (cfr Jn 16,33) con su muerte y su resurrección, y el cristiano —incorporado a Él por la fe— tiene a su alcance las gracias necesarias para vencer las tentaciones y participar de la misma gloria. En este texto el término «mundo» tiene un sentido peyorativo: significa todo aquello que se opone a la obra redentora de Cristo y a la consiguiente salvación de los hombres.

Tú eres mi Hijo, el amado, en ti me he complacido (Mc 1,7-11)

Evangelio

El Bautista predicaba un bautismo de penitencia, y predicaba la llegada de Jesús como alguien «más poderoso que yo» (v. 7), cuyo bautismo será en «el Espíritu Santo».

En efecto, el bautismo de Juan suponía reconocer la propia condición de pecador —«confesando sus pecados» (v. 5)—, puesto que tal rito significaba precisamente eso. Esta confesión de los pecados es distinta del sacramento cristiano de la Penitencia. Sin embargo, era agradable a Dios al ser signo de arrepentimiento interior y estar acompañada de frutos dignos de penitencia (Mt 3,7-10; Lc 3,7-9): «El bautismo de Juan no consistió tanto en el perdón de los pecados como en ser un bautismo de penitencia con miras a la remisión de los pecados, es decir, la que tendría que venir después por medio de la santificación de Cristo. (...) No puede llamarse bautismo perfecto sino en virtud de la cruz y de la resurrección de Cristo» (S. Jerónimo, *Contra luciferianos* 7).

El relato del Bautismo de Jesús recuerda que Éste acudió a ser bautizado por Juan aun cuando no tenía necesidad de un bautismo de penitencia. El evangelista se fija sobre todo en la manifestación, por parte de la Trinidad, de Jesús como Hijo y como Mesías. Así lo indican la voz del Padre desde los cielos y el descenso del Espíritu sobre Jesucristo (cfr notas a Mt 3,13-17 y Lc 3,21-22). La tradición entendió el descenso del Espíritu Santo en forma de paloma como un signo de paz y de reconciliación (cfr Gn 8,10-11) ofrecido por Dios a los hombres en Cristo: «Hoy el Espíritu Santo se cierne sobre las aguas en forma de paloma, para que, así como la paloma de Noé anunció el fin del diluvio, de la misma forma ésta fuera signo de que ha terminado el perpetuo naufragio del mundo. Pero a diferencia de aquélla, que sólo llevaba un ramo de olivo caduco, ésta derramará la enjundia completa del nuevo crisma en la cabeza del Autor de la nueva progenie» (S. Pedro Crisólogo, *Sermones* 160).

En consonancia con ese significado, la apertura de los cielos (cfr v. 10) evoca el cumplimiento del deseo de restauración definitiva que tenía el pueblo, cuando le pedía a Dios: «¡Ojalá abrieras los cielos y bajases!» (Is 63,19). No es extraño que los primeros escritores cristianos entendieran también el episodio en ese sentido, como una puerta de acceso de los hombres a Dios: «Antes, las puertas del cielo permanecían cerradas y la región de arriba era inaccesible. Podemos descender a lo más bajo y, en cambio, no podemos volver a subir a lo más alto. ¿Acaso tuvo lugar sólo el Bautismo del Señor? Tuvo

también lugar la renovación del hombre viejo. (...) Se hizo la reconciliación de lo visible con lo invisible. Los poderes del cielo se llenaron de alegría, y fueron curadas las enfermedades de la tierra; las cosas que permanecían escondidas salieron a la luz; los que estaban en el número de los enemigos se hicieron amigos» (S. Hipólito, *De theo-phania* 6).

El relato de la vocación de Samuel es tipo de la llamada divina a cumplir una misión, pues refleja perfectamente tanto la actitud de quien se sabe llamado, en este caso de Samuel, como las exigencias que Dios impone. En primer lugar (vv. 1-3) presenta a los protagonistas —el Señor, Elí y Samuel— y las circunstancias que rodean el acontecimiento: la noche, cuando todos duermen, el Templo, el Arca y la lámpara de Dios, todavía encendida, indican que aquello es extraordinario y viene sólo de Dios.

La segunda escena (vv. 4-8) es un delicioso diálogo entre el Señor y Samuel, y entre Samuel y Elí, que culmina en una fórmula sublime de disponibilidad: «Aquí estoy porque me has llamado» (v. 8). «Aquel niño nos da muestras de una altísima obediencia. La verdadera obediencia ni discute la intención de lo mandado, ni lo juzga, pues el que decide obedecer con perfección, renuncia a emitir juicios» (S. Gregorio Magno, *In primum Regum* 2,4,10-11).

La tercera escena (vv. 9-14) refleja la doble función del profeta, que inicia de forma solemne Samuel: escuchar atentamente a Dios (vv. 9-10) y saber transmitir fielmente el mensaje recibido, aunque resulte severo a sus oyentes inmediatos (vv. 11-14). «Inmensamente bienaventurado es aquel que percibe en -silencio el susurro divino y repite con frecuencia aquello de Samuel: "Habla Señor, que tu siervo escucha"» (S. Bernardo, *Sermones de diversis* 23,7).

«Habla, Señor, que tu siervo escucha» (v.9). Esta oración fue el inicio del itinerario de Samuel como profeta, llamado por Dios, y la pauta de su comportamiento, pues toda su actividad estuvo regida por el trato asiduo y directo con el Señor y la intercesión por los suyos. Como sugiere el *Catecismo de la Iglesia Católica* todo esto lo aprendió de su madre desde niño: «La oración del pueblo de Dios se desarrolla a la sombra de la Morada de Dios, el Arca de la Alianza y más tarde el Templo. Los guías del pueblo —pastores y profetas— son los primeros que le enseñan a orar. El niño Samuel aprendió de su madre Ana cómo "estar ante el Señor" (cfr 1 S 1,9-18) y del sacerdote Elí cómo escuchar su Palabra: "Habla, Señor, que tu siervo escucha" (1 S 3,9-10). Más tarde, también él conocerá el precio y la carga de la intercesión: "Por mi parte, lejos de mí pecar contra el Señor dejando de suplicar por vosotros y de enseñaros el camino bueno y recto" (1 S 12,23)» (n. 2578).

SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO B)

En la humildad del Señor brilla su grandeza

1. El Señor viene a bautizarse entre los esclavos, el Juez entre los reos. Pero no te turbes, porque en estas bajezas es donde brilla mejor su alteza. El que quiso ser llevado por tanto tiempo en un vientre virginal y salir de allí con nuestra naturaleza, el que quiso luego ser abofeteado y crucificado y sufrir todo lo demás que sufrió, ¿qué maravilla es que quisiera también ser bautizado y acercarse, confundido entre la turba, a quien era siervo suyo? Lo de verdad maravilloso es que, siendo Dios, quisiera hacerse hombre. Lo demás es ya pura consecuencia. Por eso también Juan se adelantó a decir todo lo que dijo sobre que él no era digno de desatar la correa de su sandalia, y todo lo demás: que Él es juez, y ha de dar a cada uno conforme a su merecido y que a todos haría, copiosamente, don del Espíritu Santo. Con esto, al verle cómo se acerca para ser bautizado, ningún pensamiento bajo debemos tener sobre Él. De ahí que el mismo Juan, cuando llega Jesús, trata de impedírselo, diciendo: *Yo soy el que tengo necesidad de ser por ti bautizado, y ¿tú vienes a mí?* El bautismo de Juan era simple lavatorio de arrepentimiento y que sólo llevaba a la confesión de las propias culpas. Ahora bien, porque nadie pensara que también Jesús venia a él con esa intención, de antemano corrige Juan semejante idea, llamándole cordero de Dios y redentor de los pecados de la tierra entera. Porque quien tenía poder de quitar los pecados de todo el género humano, mucho más había de estar El mismo sin pecado. De ahí que no dijo Juan: "Mirad al impecable", sino lo que era mucho más: *Mirad al que quita el pecado del mundo*. De este modo, y con absoluta plenitud, por lo uno habéis de recibir lo otro, y así recibido, ya podéis comprender que hubieron de ser otros los intentos de Jesús al acercarse para ser bautizado. Por eso, cuando Jesús llega, le dice Juan: Yo soy *el que necesito ser por ti* bautizado. *Y ¿tú vienes a mí?* Y no dijo: "¿Y tú vas a ser por mi bautizado?" Pues aun esto temió decir. Pues ¿qué dijo? *¿Y* tú *vienes* a mí? ¿Qué hace entonces Cristo? Lo que más adelante habla de hacer con Pedro, eso hace aquí con Juan. También Pedro se oponía a que Jesús le lavara los pies; pero el Señor le dijo: *Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; más adelante lo comprenderás*. Y luego: *No tendrás parte conmigo*. Y Pedro inmediatamente desistió de su oposición y cambió totalmente de sentir. Por modo semejante, le dijo aquí Jesús a Juan: *Déjame por ahora, pues de esta manera es conveniente que cumplamos toda justicia*. Y Juan obedeció inmediatamente. Porque ni Pedro ni Juan eran desmedidamente contumaces, sino que mostraban a par su amor y su obediencia, y en todo trataban de seguir la ordenación del Señor. Mas considerad cómo justamente por el motivo que hacía a Juan recelar, por ése le lleva Cristo a bautizarle. Porque no le dijo: "Así es justo", sino: Así es conveniente. Lo que por más indigno tenia Juan era que el Señor fuera bautizado por un esclavo suyo, y eso justamente es lo que el Señor le opone para bautizarse. Como si dijera: "¿Tú huyes y rehúsas bautizarme por tenerlo por cosa inconveniente? Pues por eso justamente, *déjame por* ahora, pues es la cosa más conveniente del mundo". Y no dijo simplemente: Déjame, sino: *Déjame* por *ahora*. No siempre será así—parece decirle el Señor—; ya me verás un día como tú deseas. Por ahora, sin embargo, soporta esto. Y seguidamente le hace ver por qué es eso conveniente. ¿Por qué, pues, es conveniente? Porque de esta manera

cumplimos toda la ley. Eso quiso decir al hablar de toda justicia. Porque justicia es el cumplimiento perfecto de los mandamientos. Como quiera, pues, dice Jesús, que he ya cumplido todos los mandamientos y sólo esto me queda por cumplir, quiero también cumplir esto. Yo he venido para destruir la maldición que se fundaba en la transgresión de la ley. Antes, pues, tengo que cumplirla yo toda, tengo que libraros a vosotros de la condenación, y entonces poner término a la ley. Es conveniente, pues, que yo cumpla toda la ley, porque conveniente es también que destruya la maldición contra vosotros que está escrita en la ley. Para este fin tomé carne y he venido al mundo. Entonces le dejó. Y, una vez bañado, Jesús subió inmediatamente del agua, y he aquí que se le abrieron los cielos. Y vio al Espíritu de Dios que bajaba como una paloma y se posaba sobre Él.

Los judíos tenían a Juan por superior a Jesús

2. Las gentes tenían a Juan por muy superior a Jesús. Juan había pasado toda su vida en el desierto, era hijo de un sumo sacerdote, había nacido de una madre estéril, iba ahora vestido de aquel extraño atuendo y llamaba a todos para que se bautizaran: a Jesús, empero, todo el mundo le tenía por hijo de una pobre mujer, pues todavía no se había hecho a todos manifiesto su nacimiento virginal; se había criado en su casa, su trato era corriente con todos y vestía como todo el mundo. De ahí que se le tuviera por inferior a Juan, como quiera que nada se sabía aún de aquellos inefables misterios. Por añadidura, vino a que Juan le bautizara, lo que, aun sin todo lo otro, confirmaba el prestigio en que se tenía al Bautista. A Jesús se le tenía por uno de tantos. Porque, de no ser efectivamente uno de tantos, no hubiera acudido a bañarse confundido entre la muchedumbre. Juan, en cambio, era muy superior a Jesús y hombre maravilloso. Pues bien, porque esta opinión no prevaleciera entre la muchedumbre, apenas se bañó Jesús, se le abren los cielos y desciende el Espíritu Santo, y, juntamente con el Espíritu Santo, se oye una voz que pregona la dignidad del Unigénito allí presente. Sin embargo, aun aquella voz que decía: Este es mi Hijo amado, podía parecer a las turbas que más bien convenía a Juan que a Jesús; porque no dijo la voz: "Este que se está bañando", sino simplemente: Éste. Cualquiera que la oyera, la hubiera antes bien aplicado al que bañaba que no al bañado, primero por la dignidad misma del bautizante y luego por todo lo anteriormente dicho. De ahí que viniera el Espíritu Santo en forma de paloma para fijar la voz sobre Jesús y hacer patente a todo el mundo que aquel Éste no se dijo por Juan que bautizaba, sino por Jesús, que era bautizado.

Por qué no creyeron los judíos

¿Y cómo es —me diréis— que no creyeron los judíos ante estos prodigios? También en tiempo de Moisés hubo muchos prodigios, siquiera no fueran como éstos: sin embargo, después de aquellos prodigios, después de las voces, las trompetas y los relámpagos del Sinaí, se fundieron el becerro de oro y se iniciaron en los ritos de Beelphegor. Y estos mismos que estaban entonces presentes al bautismo de Jesús y que vieron luego resucitado a Lázaro, estuvieron tan lejos de creer al que tales prodigios obraba, que muchas veces intentaron quitarle la vida. Si, pues, con un muerto resucitado ante sus ojos

fueron tan malvados, ¿de qué os sorprendéis que no recibieran una voz bajada del cielo? Cuando un alma es insensata y está pervertida y, sobre todo, dominada por la peste de la envidia, nada de todo eso la conmueve: así como, por lo contrario, un alma bien dispuesta, todo lo acepta con facilidad y hasta, en parte, todo eso huelga para ella. No digáis, pues, que no creyeron. Preguntaos más bien si no sucedió cuanto había de suceder para que pudieran creer. A la verdad, ya por boca de su profeta. Dios se prepara este modo de defensa contra todo lo que contra Él pudieran decir. Tenían que perecer los judíos y ser entregados al último castigo. Pues bien, porque nadie pudiera culpar a su providencia de lo que sólo a malicia de ellos mismos se debía, les pregunta Dios: ¿Qué tenía yo que hacer por esta viña que no lo haya hecho? Aquí también, considerad qué tuvo que suceder y no sucedió. Y, si alguna vez delante de ti se habla contra la providencia divina, válete de este mismo argumento para defenderla de quienes pretenden echarle la culpa de lo que es sólo maldad de los hombres. Mirad, si no, qué prodigios se obran aquí: no se abre el paraíso, sino el cielo mismo. Y eso sólo como preludio de los que habían de venir.

Por qué se abren los cielos en el bautismo de Jesús

Más aplacemos para otra ocasión nuestro discurso contra los judíos. Ahora, con la ayuda de Dios, volvamos a nuestro propósito. Y, una vez bañado Jesús, subió del agua, y he aquí que se le abrieron los cielos. — ¿Por qué razón, pues, se abren los cielos?— Porque os deis cuenta de que también en vuestro bautismo se abre el cielo, os llama Dios a la patria de arriba y quiere que no tengáis ya nada de común con la tierra. Aun cuando no lo veáis, no por eso habéis de dejar de creerlo. A los comienzos se dan siempre esos prodigios, y las cosas espirituales vienen a hacerse sensibles y visibles; se dan prodigios como el del Jordán en atención a los más rudos y que necesitan de visión sensible, pues son incapaces de toda idea de la naturaleza espiritual. Sólo a lo visible levantan la cabeza. De este modo, aun cuando después no se hacen ya aquellos prodigios, se puede aceptar por la fe lo que una vez al principio nos pusieron ellos de manifiesto. También en el tiempo de los apóstoles se produjo aquel bramido de viento impetuoso y aparecieron sobre sus cabezas las lenguas de fuego: pero ello no fue por los apóstoles, sino por los judíos allí presentes. Sin embargo, aun cuando ahora no se den esos signos sensibles, nosotros aceptamos lo que ellos pusieron una vez de manifiesto. La paloma apareció entonces para señalar como con el dedo a los allí presentes y a Juan mismo que Jesús era Hijo de Dios; mas no sólo para eso, sino para que tú también adviertas que en tu bautismo viene también sobre ti el Espíritu Santo.

Por qué aparece el Espíritu Santo en forma de paloma

3. Mas ahora ya no necesitamos de visión sensible, pues la fe nos basta por todo. Los signos, en efecto, no son para los que creen sino para los que no creen. —Mas ¿por qué apareció el Espíritu Santo en forma de paloma? Porque la paloma es un ave mansa y pura. Como el Espíritu Santo es espíritu de mansedumbre, aparece bajo la forma de paloma. La paloma, por otra parte, nos recuerda también la antigua historia. Porque bien sabéis que, cuando nuestro linaje sufrió naufragio universal y estuvo a punto de desaparecer,

apareció la paloma para señalar la terminación de la tormenta, y, llevando un ramo de olivo, anunció la buena nueva de la paz sobre toda la tierra. Todo lo cual era figura de lo por venir. A la verdad, la situación de los hombres entonces era peor que la de ahora y merecía mayor castigo. Ahora bien, para que no desesperéis, el Señor os trae a la memoria esta historia. Y, en efecto, cuando entonces las cosas habían llegado a estado de desesperación, todavía hubo solución y remedio. Mas entonces fue por medio de castigo: ahora, empero, por gracia y don inefable. Por eso aparece ahora la paloma, no para traer un ramo de olivo en el pico, sino para señalarnos al que venía a librarnos de todos nuestros males y para infundirnos las más bellas esperanzas. Esa paloma no venía para sacar a un solo hombre del arca, sino para levantar al cielo la tierra entera, y, en lugar del ramo de olivo, trae a todo el género humano la filiación divina.

El Espíritu Santo no es inferior al Hijo

Considerad, pues, la grandeza de ese don, y no pensaréis que el Espíritu Santo sea inferior al Hijo por haber aparecido en esa forma. Realmente, oigo decir a algunos que la misma diferencia que va del hombre a la paloma, ésa va de Cristo al Espíritu Santo, pues el uno apareció en nuestra naturaleza y el otro bajo la forma de paloma. ¿Qué puede responderse a esto? A esto se responde que el Hijo de Dios tomó realmente la naturaleza humana; pero el Espíritu Santo no tomó naturaleza de paloma. Por eso no dice el evangelista que el Espíritu Santo apareció en naturaleza de paloma, sino en forma de paloma. Y todavía se trata de caso único —la aparición bajo esta figura—, que ya no se repitió posteriormente. Y si por esta razón decimos que el Espíritu Santo es menor que el Hijo, según esto habrá también que convenir en que los querubines son mucho mejores que Él, y tanto cuanto un águila es mejor que una paloma. Figura, en efecto, de águila tomaron los querubines. Mejores también los simples ángeles, que han aparecido muchas veces en figura de hombres. Pero no, no hay nada de eso. A la verdad, una cosa es la realidad de la encarnación, y otra la condescendencia divina en una aparición pasajera. No seáis, pues, ingratos para con vuestro bienhechor, ni le paguéis con lo contrario a quien os ha abierto la fuente de la bienaventuranza. Porque donde se da la dignidad de la filiación divina, allí no puede existir mal ninguno, allí se nos dan juntos todos los bienes.

El bautismo de Jesús pone fin al de Juan

Por ello justamente, el bautismo judaico cesa y empieza el nuestro. Lo que sucedió con la pascua, eso mismo sucede también con el bautismo. Allí, en efecto, celebrando el Señor las dos pascuas, a la una le puso término y dio principio a la otra; aquí también, al cumplir el bautismo judaico, abrió las puertas de la Iglesia. Como otrora en una sola mesa, así aquí, en un solo río, Cristo está juntamente describiendo la sombra y realizando la verdad. Porque sólo el bautismo de Cristo contiene el don del Espíritu Santo; el de Juan nada tiene que ver con ese don. De ahí que ningún prodigio se cumple en ninguno de los otros bautizados; si solo al bautizarse Aquel que nos había de dar este bautismo. Con ello quiso el Señor que advirtierais, aparte lo ya dicho, que no fue la pureza del que bautizaba, sino la virtud del que era bautizado, la que hizo todo aquello. Sólo por Él se abrieron los

cielos y descendió el Espíritu Santo. Porque, desde aquel momento, nos saca de la vida vieja a la nueva, nos abre las puertas de arriba, nos manda desde allí al Espíritu Santo y nos convida a nuestra patria celeste. Y no sólo nos convida, sino que, a par, nos otorga la máxima dignidad. Porque no nos hizo ángeles o arcángeles, sino hijos amados de Dios: de este modo nos conduce a aquella herencia celeste.

(*Homilías sobre el Evangelio de San Mateo, homilía 12, 1-3,* BAC Madrid 1955, pp. 219-228)

FRANCISCO – Ángelus 2014 y 2018

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO B)

Ángelus 2014

¡Este es el gran tiempo de la misericordia!

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy es la fiesta del Bautismo del Señor. Esta mañana he bautizado a treinta y dos recién nacidos. Doy gracias con vosotros al Señor por estas criaturas y por cada nueva vida. A mí me gusta bautizar a los niños. ¡Me gusta mucho! Cada niño que nace es un don de alegría y de esperanza, y cada niño que es bautizado es un prodigio de la fe y una fiesta para la familia de Dios.

La página del Evangelio de hoy subraya que, cuando Jesús recibió el bautismo de Juan en el río Jordán, "se abrieron los cielos" (Mt 3, 16). Esto realiza las profecías. En efecto, hay una invocación que la liturgia nos hace repetir en el tiempo de Adviento: "Ojalá rasgases el cielo y descendieses!" (Is 63, 19). Si el cielo permanece cerrado, nuestro horizonte en esta vida terrena es sombrío, sin esperanza. En cambio, celebrando la Navidad, la fe una vez más nos ha dado la certeza de que el cielo se rasgó con la venida de Jesús. Y en el día del bautismo de Cristo contemplamos aún el cielo abierto. La manifestación del Hijo de Dios en la tierra marca el inicio del gran tiempo de la misericordia, después de que el pecado había cerrado el cielo, elevando como una barrera entre el ser humano y su Creador. Con el nacimiento de Jesús, el cielo se abre. Dios nos da en Cristo la garantía de un amor indestructible. Desde que el Verbo se hizo carne es, por lo tanto, posible ver el cielo abierto. Fue posible para los pastores de Belén, para los Magos de Oriente, para el Bautista, para los Apóstoles de Jesús, para san Esteban, el primer mártir, que exclamó: "Veo los cielos abiertos" (Hch 7, 56). Y es posible también para cada uno de nosotros, si nos dejamos invadir por el amor de Dios, que nos es donado por primera vez en el Bautismo. ¡Dejémonos invadir por el amor de Dios! ¡Éste es el gran tiempo de la misericordia! No lo olvidéis: ¡éste es el gran tiempo de la misericordia!

Cuando Jesús recibió el Bautismo de penitencia de Juan el Bautista, solidarizándose con el pueblo penitente –Él sin pecado y sin necesidad de conversión–, Dios Padre hizo

oír su voz desde el cielo: "Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco" (v. 17). Jesús recibió la aprobación del Padre celestial, que lo envió precisamente para que aceptara compartir nuestra condición, nuestra pobreza. Compartir es el auténtico modo de amar. Jesús no se disocia de nosotros, nos considera hermanos y comparte con nosotros. Así, nos hace hijos, juntamente con Él, de Dios Padre. Ésta es la revelación y la fuente del amor auténtico. Y, ¡este es el gran tiempo de la misericordia!

¿No os parece que en nuestro tiempo se necesita un suplemento de fraternidad y de amor? ¿No os parece que todos necesitamos un suplemento de caridad? No esa caridad que se conforma con la ayuda improvisada que no nos involucra, no nos pone en juego, sino la caridad que comparte, que se hace cargo del malestar y del sufrimiento del hermano. ¡Qué buen sabor adquiere la vida cuando dejamos que la inunde el amor de Dios!

Pidamos a la Virgen Santa que nos sostenga con su intercesión en nuestro compromiso de seguir a Cristo por el camino de la fe y de la caridad, la senda trazada por nuestro Bautismo.

***

Ángelus 2018

Humildad de Jesús – El Espíritu Santo – Recordar nuestro bautismo

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La celebración hoy del bautismo del Señor concluye el tiempo de Navidad y nos invita a pensar en nuestro bautismo. Jesús quiso recibir el bautismo predicado y administrado por Juan el Bautista en el Jordán. Era un bautismo de penitencia: los que se acercaban manifestaban el deseo de ser purificados de los pecados y, con la ayuda de Dios, se comprometían a comenzar una nueva vida.

Entendemos así la gran *humildad de Jesús*, el que no había pecado, poniéndose en fila con los penitentes, mezclado entre ellos para ser bautizado en las aguas del río. ¡Cuánta humildad tiene Jesús! Y al hacerlo, manifestó lo que hemos celebrado en Navidad: la disponibilidad de Jesús para sumergirse en el río de la humanidad, para asumir las deficiencias y debilidades de los hombres, para compartir su deseo de liberación y superación de todo lo que aleja de Dios y hace extraños a los hermanos. Al igual que en Belén, también en las orillas del Jordán, Dios cumple su promesa de hacerse cargo de la suerte del ser humano, y Jesús es el Signo tangible y definitivo. Él se hizo cargo de todos nosotros, se hace cargo de todos nosotros, en la vida, en los días.

El Evangelio de hoy subraya que Jesús, «no bien hubo salido del agua vio que los cielos se rasgaban y que el Espíritu, en forma de paloma, bajaba a él» (*Mc* 1,10). El *Espíritu Santo*, que había obrado desde el comienzo de la creación y había guiado a Moisés y al pueblo en el desierto, ahora desciende en plenitud sobre Jesús para darle la fortaleza de cumplir su misión en el mundo. El Espíritu es el artífice del bautismo de Jesús

y también de nuestro bautismo. Él nos abre los ojos del corazón a la verdad, a toda la verdad. Empuja nuestra vida por el sendero de la caridad. Él es el don que el Padre ha dado a cada uno de nosotros el día de nuestro bautismo. Él, el Espíritu, nos transmite la ternura del perdón divino. Y siempre es Él, el Espíritu Santo, quien hace resonar la reveladora Palabra del Padre: «Tú eres mi Hijo» (v. 11).

La fiesta del bautismo de Jesús invita a cada cristiano *a recordar su bautismo*. No puedo preguntaros si os acordáis del día de vuestro bautismo, porque la mayoría de vosotros erais niños, como yo; nos bautizaron de niños. Pero os hago otra pregunta: ¿sabéis la fecha de vuestro bautismo? ¿Sabéis en qué día fuiste bautizado? Pensadlo todos. Y si no sabéis la fecha o la habéis olvidado, al volver a casa, preguntádselo a vuestra madre, a la abuela, al tío, a la tía, al abuelo, al padrino, o a la madrina: ¿en qué fecha? Y de esa fecha tenemos que acordarnos siempre, porque es una fecha de fiesta, es la fecha de nuestra santificación inicial, es la fecha en la que el Padre nos dio al Espíritu Santo que nos impulsa a caminar, es la fecha del gran perdón. No lo olvidéis: ¿cuál es mi fecha de bautismo?

Invoquemos la protección materna de María Santísima, para que todos los cristianos comprendan cada vez más el don del bautismo y se comprometan a vivirlo con coherencia, testimoniando el amor del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

***

Ángelus 2021

Dios nos acaricia con su misericordia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy celebramos el Bautismo del Señor. Dejamos, hace pocos días, a Jesús niño visitado por los Magos; hoy lo encontramos como adulto en la orilla del Jordán. La Liturgia nos hace realizar un salto de unos treinta años, treinta años de los que sabemos una cosa: fueron años de vida escondida, que Jesús pasó en familia —algunos, primero, en Egipto, como migrante para huir de la persecución de Herodes, los otros en Nazaret, aprendiendo la profesión de José—, en familia obedeciendo a sus padres, estudiando y trabajando. Impresiona que el Señor haya pasado así la mayor parte del tiempo en la Tierra, viviendo la vida de todos los días, sin aparecer. Pensemos que, según los Evangelios, fueron tres años de predicaciones, de milagros y tantas cosas. Tres. Y los otros, todos los otros, de vida escondida en familia. Es un bonito mensaje para nosotros: nos revela la grandeza de lo cotidiano, la importancia a los ojos de Dios de cada gesto y momento de la vida, también el más sencillo, también el más escondido.

Después de estos treinta años de vida escondida empieza la vida pública de Jesús. Y empieza precisamente con el bautismo en el río Jordán. Pero Jesús es Dios, ¿por qué se hace bautizar? El bautismo de Juan consistía en un rito penitencial, era signo de la voluntad de convertirse, de ser mejores, pidiendo perdón por los propios pecados.

Realmente Jesús no lo necesitaba. De hecho, Juan Bautista trata de oponerse, pero Jesús insiste. ¿Por qué? Porque quiere estar con los pecadores: por eso se pone a la fila con ellos y cumple su mismo gesto. Lo hace con la actitud del pueblo, con su actitud [de la gente] que, como dice un himno litúrgico, se acercaba "desnuda el alma y desnudos los pies". El alma desnuda, es decir, sin cubrir nada, así, pecador. Este es el gesto que hace Jesús, y baja al río para sumergirse en nuestra misma condición. Bautismo, de hecho, significa precisamente "inmersión". En el primer día de su ministerio, Jesús nos ofrece así su "manifiesto programático". Nos dice que Él no nos salva desde lo alto, con una decisión soberana o un acto de fuerza, un decreto, no: Él nos salva viniendo a nuestro encuentro y tomando consigo nuestros pecados. Es así como Dios vence el mal del mundo: bajando, haciéndose cargo. Es también la forma en la que nosotros podemos levantar a los otros: no juzgando, no insinuando qué hacer, sino haciéndonos cercanos, com-padeciendo, compartiendo el amor de Dios. La cercanía es el estilo de Dios con nosotros; Él mismo se lo dijo a Moisés: "Pensad: ¿qué pueblo tiene sus dioses tan cercanos como vosotros me tenéis a mí?". La cercanía es el estilo de Dios con nosotros.

Después de este gesto de compasión de Jesús, sucede algo extraordinario, los cielos se abren y se desvela finalmente la Trinidad. El Espíritu Santo desciende en forma de paloma (cf. *Mc* 1,10) y el Padre dice a Jesús: «Tú eres mi Hijo muy querido» (v. 11). Dios se manifiesta cuando aparece la misericordia. No olvidar esto: Dios se manifiesta cuando aparece la misericordia, porque ese es su rostro. Jesús se hace siervo de los pecadores y es proclamado Hijo; baja sobre nosotros y el Espíritu desciende sobre Él. Amor llama amor. Vale también para nosotros: en cada gesto de servicio, en cada obra de misericordia que realizamos Dios se manifiesta, Dios pone su mirada en el mundo. Esto vale para nosotros.

Pero, antes de que hagamos cualquier cosa, nuestra vida está marcada por la misericordia que se ha fijado sobre nosotros. Hemos sido salvados gratuitamente. La salvación es gratis. Es el gesto gratuito de misericordia de Dios con nosotros. Sacramentalmente esto se hace el día de nuestro Bautismo; pero también aquellos que no están bautizados reciben la misericordia de Dios siempre, porque Dios está allí, espera, espera que se abran las puertas de los corazones. Se acerca, me permito decir, nos acaricia con su misericordia.

La Virgen, a la que ahora rezamos, nos ayude a custodiar nuestra identidad, es decir la identidad de ser "misericordiados", que está en la base de la fe y de la vida.

BENEDICTO XVI – Homilía y Ángelus 2006

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO B)

HOMILÍA

El Bautismo es el puente que Jesús ha construido entre él y nosotros

Queridos hermanos y hermanas:

Las palabras que el evangelista san Marcos menciona al inicio de su evangelio: "Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco" (*Mc* 1, 11), nos introducen en el corazón de la fiesta de hoy del Bautismo del Señor, con la que se concluye el tiempo de Navidad. El ciclo de las solemnidades navideñas nos permite meditar en el nacimiento de Jesús anunciado por los ángeles, envueltos en el esplendor luminoso de Dios. El tiempo navideño nos habla de la estrella que guía a los Magos de Oriente hasta la casa de Belén, y nos invita a mirar al cielo que se abre sobre el Jordán, mientras resuena la voz de Dios. Son signos a través de los cuales el Señor no se cansa de repetirnos: "Sí, estoy aquí. Os conozco. Os amo. Hay un camino que desde mí va hasta vosotros. Hay un camino que desde vosotros sube hacia mí". El Creador, para poder dejarse ver y tocar, asumió en Jesús las dimensiones de un niño, de un ser humano como nosotros. Al mismo tiempo, Dios, al hacerse pequeño, hizo resplandecer la luz de su grandeza, porque, precisamente abajándose hasta la impotencia inerme del amor, demuestra cuál es la verdadera grandeza, más aún, qué quiere decir ser Dios.

El significado de la Navidad, y más en general el sentido del año litúrgico, es precisamente el de acercarnos a estos signos divinos, para reconocerlos presentes en los acontecimientos de todos los días, a fin de que nuestro corazón se abra al amor de Dios. Y si la Navidad y la Epifanía sirven sobre todo para hacernos capaces de ver, para abrirnos los ojos y el corazón al misterio de un Dios que viene a estar con nosotros, la fiesta del Bautismo de Jesús nos introduce, podríamos decir, en la cotidianidad de una relación personal con él. En efecto, Jesús se ha unido a nosotros, mediante la inmersión en las aguas del Jordán. El Bautismo es, por decirlo así, el puente que Jesús ha construido entre él y nosotros, el camino por el que se hace accesible a nosotros; es el arco iris divino sobre nuestra vida, la promesa del gran sí de Dios, la puerta de la esperanza y, al mismo tiempo, la señal que nos indica el camino por recorrer de modo activo y gozoso para encontrarlo y sentirnos amados por él.

Queridos amigos, estoy verdaderamente feliz porque también este año, en este día de fiesta, tengo la oportunidad de bautizar a algunos niños. Sobre ellos se posa hoy la "complacencia" de Dios. Desde que el Hijo unigénito del Padre se hizo bautizar, el cielo realmente se abrió y sigue abriéndose, y podemos encomendar toda nueva vida que nace en manos de Aquel que es más poderoso que los poderes ocultos del mal. En efecto, esto es lo que implica el Bautismo: restituimos a Dios lo que de él ha venido. El niño no es propiedad de los padres, sino que el Creador lo confía a su responsabilidad, libremente y de modo siempre nuevo, para que ellos le ayuden a ser un hijo libre de Dios. Sólo si los padres maduran esta certeza lograrán encontrar el equilibrio justo entre la pretensión de poder disponer de sus hijos como si fueran una posesión privada, plasmándolos según sus propias ideas y deseos, y la actitud libertaria que se expresa dejándolos crecer con plena autonomía, satisfaciendo todos sus deseos y aspiraciones, considerando esto un modo justo de cultivar su personalidad.

Si con este sacramento el recién bautizado se convierte en hijo adoptivo de Dios, objeto de su amor infinito que lo tutela y defiende de las fuerzas oscuras del maligno, es preciso enseñarle a reconocer a Dios como su Padre y a relacionarse con él con actitud de hijo. Por tanto, según la tradición cristiana, tal como hacemos hoy, cuando se bautiza a los niños introduciéndolos en la luz de Dios y de sus enseñanzas, no se los fuerza, sino que se les da la riqueza de la vida divina en la que reside la verdadera libertad, que es propia de los hijos de Dios; una libertad que deberá educarse y formarse con la maduración de los años, para que llegue a ser capaz de opciones personales responsables.

Queridos padres, queridos padrinos y madrinas, os saludo a todos con afecto y me uno a vuestra alegría por estos niños que hoy renacen a la vida eterna. Sed conscientes del don recibido y no ceséis de dar gracias al Señor que, con el sacramento que hoy reciben, introduce a vuestros hijos en una nueva familia, más grande y estable, más abierta y numerosa que la vuestra: me refiero a la familia de los creyentes, a la Iglesia, una familia que tiene a Dios por Padre y en la que todos se reconocen hermanos en Jesucristo. Así pues, hoy vosotros encomendáis a vuestros hijos a la bondad de Dios, que es fuerza de luz y de amor; y ellos, aun en medio de las dificultades de la vida, no se sentirán jamás abandonados si permanecen unidos a él. Por tanto, preocupaos por educarlos en la fe, por enseñarles a rezar y a crecer como hacía Jesús, y con su ayuda, "en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres" (*Lc* 2, 52).

Volviendo ahora al pasaje evangélico, tratemos de comprender aún más lo que sucede hoy aquí. San Marcos narra que, mientras Juan Bautista predica a orillas del río Jordán, proclamando la urgencia de la conversión con vistas a la venida ya próxima del Mesías, he aquí que Jesús, mezclado entre la gente, se presenta para ser bautizado. Ciertamente, el bautismo de Juan es un bautismo de penitencia, muy distinto del sacramento que instituirá Jesús. Sin embargo, en aquel momento ya se vislumbra la misión del Redentor, puesto que, cuando sale del agua, resuena una voz desde cielo y baja sobre él el Espíritu Santo (cf. *Mc* 1, 10): el Padre celestial lo proclama como su hijo predilecto y testimonia públicamente su misión salvífica universal, que se cumplirá plenamente con su muerte en la cruz y su resurrección. Sólo entonces, con el sacrificio pascual, el perdón de los pecados será universal y total. Con el Bautismo, no nos sumergimos simplemente en las aguas del Jordán para proclamar nuestro compromiso de conversión, sino que se efunde en nosotros la sangre redentora de Cristo, que nos purifica y nos salva. Es el Hijo amado del Padre, en el que él se complace, quien adquiere de nuevo para nosotros la dignidad y la alegría de llamarnos y ser realmente "hijos" de Dios.

Dentro de poco reviviremos este misterio evocado por la solemnidad que hoy celebramos; los signos y símbolos del sacramento del Bautismo nos ayudarán a comprender lo que el Señor realiza en el corazón de estos niños, haciéndolos "suyos" para siempre, morada elegida de su Espíritu y "piedras vivas" para la construcción del edificio espiritual que es la Iglesia. La Virgen María, Madre de Jesús, el Hijo amado de Dios, vele

sobre ellos y sobre sus familias y los acompañe siempre, para que puedan realizar plenamente el proyecto de salvación que, con el Bautismo, se realiza en su vida. Y nosotros, queridos hermanos y hermanas, acompañémoslos con nuestra oración; oremos por los padres, los padrinos y las madrinas y por sus parientes, para que les ayuden a crecer en la fe; oremos por todos nosotros aquí presentes para que, participando devotamente en esta celebración, renovemos las promesas de nuestro Bautismo y demos gracias al Señor por su constante asistencia. Amén.

***

ÁNGELUS

Mediante el Bautismo nos introducimos en la relación de Jesús con el Padre

Queridos hermanos y hermanas:

En este domingo, que sigue a la solemnidad de la Epifanía, celebramos el Bautismo del Señor. Fue el primer acto de su vida pública, narrado en los cuatro evangelios. Al llegar a la edad de casi treinta años, Jesús dejó Nazaret, fue al río Jordán y, en medio de mucha gente, se hizo bautizar por Juan. El evangelista san Marcos escribe: «Apenas salió del agua, vio rasgarse el cielo y al Espíritu bajar hacia él como una paloma. Se oyó una voz del cielo: "Tú eres mi Hijo amado, mi predilecto"» (*Mc* 1, 10-11). En estas palabras: "Tú eres mi Hijo amado", se revela qué es la vida eterna: es la relación filial con Dios, tal como Jesús la vivió y nos la ha revelado y dado.

Esta mañana, según la tradición, en la capilla Sixtina administré el sacramento del Bautismo a trece recién nacidos. A los padres, a los padrinos y a las madrinas, el celebrante les pregunta habitualmente: "¿Qué pedís a la Iglesia de Dios para vuestros hijos?"; ante su respuesta: "El Bautismo", él añade: "Y el Bautismo, ¿qué os da?". "La vida eterna", responden. He aquí la realidad admirable: la persona humana, mediante el Bautismo, es introducida en la relación única y singular de Jesús con el Padre, de manera que las palabras que resonaron desde el cielo sobre el Hijo unigénito llegan a ser verdaderas para todo hombre y toda mujer que renace por el agua y por el Espíritu Santo: Tú eres mi hijo amado.

Queridos amigos, ¡qué grande es el don del Bautismo! Si nos diéramos plenamente cuenta de ello, nuestra vida se convertiría en un "gracias" continuo. ¡Qué alegría para los padres cristianos, que han visto nacer de su amor una nueva criatura, llevarla a la pila bautismal y verla renacer en el seno de la Iglesia a una vida que jamás tendrá fin! Don, alegría, pero también responsabilidad. En efecto, los padres, juntamente con los padrinos, deben educar a los hijos según el Evangelio. Esto me hace pensar en el tema del *VI Encuentro mundial de las familias*, que se celebrará en los próximos días en la ciudad de México: "La familia, formadora en los valores humanos y cristianos". Desde ahora, queridos hermanos y hermanas, os invito a implorar para este importante encuentro

mundial de las familias la abundancia de las gracias divinas. Hagámoslo, invocando la intercesión materna de la Virgen María, Reina de la familia.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO B)

Fiesta del Bautismo del Señor

131. Con la Fiesta del Bautismo del Señor, prolongación de la Epifanía, concluye el tiempo de la Navidad y se inicia el Tiempo Ordinario. Mientras Juan bautiza a Jesús a orillas del Jordán sucede algo grandioso: los cielos se abren, se oye la voz del Padre y el Espíritu Santo desciende en forma visible sobre Jesús. Se trata de una manifestación del misterio de la Santísima Trinidad. Pero ¿por qué se produce esta visión en el momento en el que Jesús es bautizado? El homileta debe responder a esta pregunta.

132. La explicación está en la finalidad por la que Jesús va a Juan para que le bautice. Juan está predicando un bautismo de penitencia. Jesús recibe este signo de arrepentimiento junto a muchos otros que corren hacia Juan. En un primer momento, Juan intenta impedírselo, pero Jesús insiste. Y esta insistencia manifiesta su intención: ser solidario con los pecadores. Quiere estar donde están ellos. Lo mismo expresa el apóstol Pablo, pero con un tipo de lenguaje diferente: «Al que no había pecado, Dios le hizo expiar por nuestros pecados» (2 Cor 5,21).

133. Y es, justamente, en este momento de intensa solidaridad con los pecadores, cuando tiene lugar la grandiosa epifanía trinitaria. La voz del Padre tronó desde el cielo, anunciando: «Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto». Tenemos que comprender que lo que le agrada al Padre, reside en la voluntad del Hijo de ser solidario con los pecadores. De este modo se manifiesta como Hijo de este Padre, es decir, el Padre que «tanto amó al mundo que entregó a su Hijo único» (Jn 3,16). En aquel preciso instante, el Espíritu aparece como una paloma, desciende sobre el Hijo, imprimiendo una especie de aprobación y de autorización a toda la escena inesperada.

134. El Espíritu que ha plasmado esta escena preparándola a lo largo de los siglos de la Historia de Israel («que habló por los profetas», como profesamos en el Credo), está presente en el homileta y en sus oyentes: abre sus mentes a una comprensión todavía más profunda de lo sucedido. El mismo Espíritu acompañó a Jesús en cada instante de su existencia terrenal, caracterizando todas sus acciones para que fueran revelación del Padre. Por tanto, podemos escuchar el texto del profeta Isaías de este día como una prolongación de las palabras del Padre en el corazón de Jesús: «Tú eres mi Hijo, el amado». Su diálogo de amor continúa: «mi elegido, a quien prefiero. Sobre Él he puesto mi espíritu… Yo, el Señor, te he llamado con justicia, te he tomado de la mano, te he formado y te he hecho alianza de un pueblo, luz de las naciones».

135. En el salmo responsorial de esta fiesta se escuchan las palabras del Salmo 28: «La voz del Señor está sobre las aguas». La Iglesia canta este salmo como celebración de las palabras del Padre que tenemos el privilegio de escuchar y cuya escucha marca nuestra fiesta. «Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto» – esta es la «voz del Señor sobre las aguas, el Señor sobre las aguas torrenciales. La voz del Señor es potente, la voz del Señor es magnífica» (Sal 28,3-4).

136. Después del Bautismo, el Espíritu conduce a Jesús al desierto para ser tentado por Satanás. Sucesivamente y conducido siempre por el Espíritu, Jesús va a Galilea donde proclama el Reino de Dios. Durante su maravillosa predicación, marcada por milagros prodigiosos, Jesús afirma en una ocasión: «Tengo que pasar por un bautismo, ¡y qué angustia hasta que se cumpla!» (Lc 12,50). Con estas palabras se refería a su próxima muerte en Jerusalén. De este modo comprendemos cómo el Bautismo de Jesús por parte de Juan Bautista no fue el definitivo sino una acción simbólica de lo que se habría cumplir en el Bautismo de su agonía y muerte en la Cruz. Porque es en la Cruz donde Jesús se revela a sí mismo, no en términos simbólicos, sino concretamente y en completa solidaridad con los pecadores. Es en la Cruz donde «Dios lo hizo expiar por nuestros pecados» (2 Cor 5,21) y donde «nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose por nosotros un maldito» (Gal 3,13). Es allí donde desciende al caos de las aguas de ultratumba, y lava para siempre nuestros pecados. Pero por la Cruz y la Muerte, Jesús es también liberado de las aguas, llamado a la Resurrección por la voz del Padre que dice: «Hijo mío eres tú, hoy te he engendrado… Yo seré para él un padre y el será para mí un hijo» (Heb 1,5). Esta escena de muerte y resurrección es una obra de arte escrita y dirigida por el Espíritu. La voz del Señor sobre las grandes aguas de la muerte, con fuerza y poder, saca a su Hijo de la muerte. «La voz del Señor es potente, la voz del Señor es magnífica».

137. El Bautismo de Jesús es modelo también para el nuestro. En el Bautismo descendemos con Cristo a las aguas de la muerte, donde son lavados nuestros pecados. Y después de habernos sumergido con Él, con Él salimos de las aguas y oímos, fuerte y potente, la voz del Padre que, dirigida también a nosotros en lo profundo de nuestros corazones, pronuncia un nombre nuevo para cada uno de nosotros: «¡Amado! Mi predilecto». Sentimos este nombre como nuestro, no en virtud de las buenas obras que hemos realizado, sino porque Cristo, en su amor sin límites, ha deseado intensamente compartir con nosotros su relación con el Padre.

138. La Eucaristía celebrada en esta Fiesta propone de nuevo, en cierto modo, los mismos acontecimientos. El Espíritu desciende sobre los dones del pan y del vino ofrecido por los fieles. Las palabras de Jesús: «Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre», anuncian su intención de recibir el Bautismo de muerte para nuestra Salvación. Y la asamblea reza, el «Padre nuestro» junto con el Hijo, porque con Él siente dirigida a sí misma la voz del Padre que llama «amado» al Hijo.

139. En una ocasión, a lo largo de su ministerio, Jesús dijo: «el que cree en mí, como dice la Escritura: “De su seno brotarán manantiales de agua viva”». Aquellas aguas vivas han

comenzado a brotar en nosotros con el Bautismo, y se transforman en un río siempre más caudaloso en cada celebración de la Eucaristía.

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

III. LOS MISTERIOS DE LA VIDA PÚBLICA DE JESUS

El Bautismo de Jesús

535. El comienzo (cf. Lc 3, 23) de la vida pública de Jesús es su bautismo por Juan en el Jordán (cf. Hch 1, 22). Juan proclamaba "un bautismo de conversión para el perdón de los pecados" (Lc 3, 3). Una multitud de pecadores, publicanos y soldados (cf. Lc 3, 10-14), fariseos y saduceos (cf. Mt 3, 7) y prostitutas (cf. Mt 21, 32) viene a hacerse bautizar por él. "Entonces aparece Jesús". El Bautista duda. Jesús insiste y recibe el bautismo. Entonces el Espíritu Santo, en forma de paloma, viene sobre Jesús, y la voz del cielo proclama que él es "mi Hijo amado" (Mt 3, 13-17). Es la manifestación ("Epifanía") de Jesús como Mesías de Israel e Hijo de Dios.

536. El bautismo de Jesús es, por su parte, la aceptación y la inauguración de su misión de Siervo doliente. Se deja contar entre los pecadores (cf. Is 53, 12); es ya "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Jn 1, 29); anticipa ya el "bautismo" de su muerte sangrienta (cf Mc 10, 38; Lc 12, 50). Viene ya a "cumplir toda justicia" (Mt 3, 15), es decir, se somete enteramente a la voluntad de su Padre: por amor acepta el bautismo de muerte para la remisión de nuestros pecados (cf. Mt 26, 39). A esta aceptación responde la voz del Padre que pone toda su complacencia en su Hijo (cf. Lc 3, 22; Is 42, 1). El Espíritu que Jesús posee en plenitud desde su concepción viene a "posarse" sobre él (Jn 1, 32-33; cf. Is 11, 2). De él manará este Espíritu para toda la humanidad. En su bautismo, "se abrieron los cielos" (Mt 3, 16) que el pecado de Adán había cerrado; y las aguas fueron santificadas por el descenso de Jesús y del Espíritu como preludio de la nueva creación.

537. Por el bautismo, el cristiano se asimila sacramentalmente a Jesús que anticipa en su bautismo su muerte y su resurrección: debe entrar en este misterio de rebajamiento humilde y de arrepentimiento, descender al agua con Jesús, para subir con él, renacer del agua y del Espíritu para convertirse, en el Hijo, en hijo amado del Padre y "vivir una vida nueva" (Rm 6, 4):

Enterrémonos con Cristo por el Bautismo, para resucitar con él; descendamos con él para ser ascendidos con él; ascendamos con él para ser glorificados con él (S. Gregorio Nacianc. Or. 40, 9).

Todo lo que aconteció en Cristo nos enseña que después del baño de agua, el Espíritu Santo desciende sobre nosotros desde lo alto del cielo y que, adoptados por la Voz del Padre, llegamos a ser hijos de Dios (S. Hilario, Mat 2).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO B)

Descubrir el propio Bautismo

Hoy la liturgia conmemora el Bautismo de Jesús en el Jordán. El relato evangélico es muy breve y podemos leerlo enteramente:

«Por entonces llegó Jesús desde Nazaret de Galilea a que Juan lo bautizara en el Jordán. Apenas salió del agua, vio rasgarse el cielo y al Espíritu bajar hacia él como una paloma. Se oyó una voz del cielo: "Tú eres mi Hijo amado, mi predilecto"».

¿Jesús, también él, tenía quizás necesidad de ser bautizado como nosotros? Ciertamente, no. Él quiso mostrar con aquel gesto que se había hecho uno como nosotros en todo. Sobre todo, quería poner término al bautismo «de agua» e inaugurar el «del Espíritu». En el Jordán no fue el agua la que santificó a Jesús, sino que Jesús santificó el agua. No sólo el agua del Jordán, sino la de todos los baptisterios del mundo.

Es la ocasión anual para reflexionar sobre el significado de nuestro bautismo. Como todo sacramento, el bautismo está hecho de dos cosas: de gestos y de palabras. La vista y el oído entrambos son llamados en la causa. Asemeja a una representación, a un drama. La diferencia está en que en el drama el acontecimiento está representado, en el sacramento está renovado. Podemos decir que también en el sacramento el acontecimiento está representado, siempre que entendamos el verbo en el sentido fuerte de que está hecho presente. El sacramento, se dice en teología, «causa lo que significa».

Recorramos los momentos principales del rito. Comencemos con la imposición del nombre. «¿ Qué nombre habéis elegido para vuestro hijo?» En este momento, viene pronunciado en público por vez primera el que será nuestro nombre para la eternidad. La Biblia nos asegura que también Dios nos conoce y nos llama por el nombre (cfr. Isaías 43, 1). Precisamente porque el nombre está destinado a acompañar al niño durante toda la vida, los padres, al decido, debieran evitar escoger nombres demasiado extraños que un día podrían ser molestos para los propios hijos.

Sigue, a este punto, la renuncia a Satanás y la profesión de fe. Pero, vayamos al momento propio y verdadero del bautismo. La liturgia dedica particular atención al elemento del que Jesús ha querido servirse, el agua del Jordán, el agua que brotó del costado de Cristo. A causa del bautismo, el agua llega a ser una criatura querida para los primeros cristianos, que la llamaban afectuosamente «nuestra agua» o hasta con san Francisco «la hermana agua». Como los pececitos, decía Tertuliano, nacen y viven en el agua, mientras que boquean y mueren si se les aleja de ella, así nosotros los cristianos, si nos alejamos de nuestro bautismo.

El celebrante pide a los padres que se acerquen a la fuente, toma entre los brazos al niño o a la niña y, llamándole por su nombre, por tres veces lo sumerge en el agua,

pronunciando las sencillas y solemnes palabras señaladas por Jesús mismo en el Evangelio: «Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».

Aquí se ve cómo en los sacramentos es importante ver y oír. Hemos visto realizar un gesto y hemos oído pronunciar algunas palabras. En esto está la clave para entender el significado profundo del bautismo. Ante todo, el gesto. Por tres veces el niño se sumerge enteramente o sólo con la cabeza en el agua y por tres veces ha surgido. Esto simboliza a Jesucristo que durante tres días fue sepultado bajo tierra y al tercer día resucitó. San Pablo en efecto explica así el bautismo:

«¿O es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo resucitó de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva».

Por otra parte, las palabras «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» recuerdan o, mejor, hacen presente a la Trinidad. Así, en el Bautismo nosotros profesamos los dos más grandes misterios de nuestra fe; con los gestos recordamos la encarnación, muerte y resurrección de Cristo; con las palabras, la unidad y Trinidad de Dios.

En el actuar de Dios se nota siempre una desproporción entre los medios empleados y los resultados obtenidos. Los medios son sencillísimos (en el bautismo, un poco de agua junto con alguna palabra); los resultados, grandiosos. El bautizado es una criatura nueva, ha renacido del agua y del Espíritu; ha llegado a ser hijo de Dios, miembro del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, y templo vivo del Espíritu Santo. El Padre celestial pronuncia sobre cada niño o adulto, que sale de la fuente bautismal, las palabras que dijo sobre Jesús cuando salió de las aguas del Jordán: «Tú eres mi Hijo amado, mi predilecto o mi hija predilecta: en ti me he complacido».

Todo, en el bautismo acontece en símbolo, en imagen, esto es, a través de signos; pero, lo que a través de ellos ha conseguido el niño no es un símbolo, es una realidad. Él no ha descendido en verdad a la muerte, sino que Jesús le ha concedido a la par el fruto de su muerte y de su victoria sobre el demonio.

Imaginad esta escena. En un estadio se desarrolla una épica lucha: un valiente se ha enfrentado al cruel tirano de la ciudad y con enorme fatiga, heridas y sangre, lo ha vencido. Tú estás en la explanada; no te has ni fatigado, ni has reportado heridas. Pero, si no tienes miedo por el valiente, participas con él, te alegras por su victoria, tendrás ciertamente parte en su premio. Supón, más bien, que aquel valiente no tenga necesidad alguna para sí de la corona; ¿qué sucederá en este caso? ¡Sucederá que el héroe le dará a su amigo y Partidario la corona ganada! Así sucede entre nosotros y Cristo. Una vez había yo explicado este concepto durante un bautizo. Cuando, después del rito, levanté al niño presentándolo a la asamblea, hubo un murmullo espontáneo de aplausos y todos

entendimos que era para Jesús. Aquel niño era su trofeo. Él había luchado y vencido por él de nuevo.

Terminemos nuestra reseña. Completan el bautismo algunos ritos menores; pero, bastante sugestivos. Uno es el de la vestidura blanca, que se le impone al niño, como signo de su inocencia, que los padres deberán ayudarle a conservar durante toda la vida. Otro es el rito de la luz. El sacerdote enciende una vela del cirio pascual y la entrega al padre: es símbolo de la fe, que los padres, padrino y madrina deberán transmitir al niño.

Así hemos explicado, creo, el sentido de los principales ritos del bautismo. Ahora quisiera responder a una pregunta que la gente frecuentemente se plantea sobre el bautismo. ¿Por qué bautizar a los niños siendo pequeños? ¿Por qué no esperar a que sean mayores y decidan ellos mismos libremente? Es una pregunta seria; pero, puede esconder un engaño. El mundo y el maligno no esperan a que vuestros hijos tengan veinte años para inocularles las semillas del mal. Por otra parte, queriendo ser coherentes, con este paso sería necesario no enseñarles a los niños ninguna lengua, no darles educación alguna, ni inculcarles principio alguno, dejando que un día decidan por sí mismo cuál adoptar.

Pero, hay una razón mucho más seria que éstas. Cuando habéis procreado a vuestro hijo y le habéis dado vida, ¿quizás le habéis pedido primero su permiso? No era posible; pero, sabiendo que la vida es un don inmenso, habéis supuesto justamente que el niño un día os habría sido agradecido por ello. Acaso, ¿se le pide permiso a una persona antes de hacerle un regalo? ¿Qué regalo sería? Ahora bien, el bautismo es la vida divina que nos viene gratuitamente «donada» a nosotros. No es violar la libertad de los hijos; hacer, sí, que puedan recibir este don en el alba misma de la vida.

Cierto, todo esto supone que los padres sean ellos mismos creyentes y quieran ayudar al niño a desarrollar el don de la fe. La Iglesia les reconoce a ellos una competencia decisiva en este campo. Por esto no quiere que un niño sea bautizado contra la voluntad de sus padres. A veces, hay buenas abuelas creyentes que sufren porque un nieto suyo o una nieta no han sido bautizados y quisieran ellos hacerla a escondidas. Pero, excepto casos particularísimos, esto no está permitido por la Iglesia.

Así, hemos llegado a la conclusión. ¿Qué finalidad puede haber tenido para adultos como nosotros el haber revisado los ritos de nuestro bautismo y escuchado su explicación? ¿Sólo una finalidad informativa? No, ciertamente. Ésta es la ocasión, si somos creyentes, para renovar y ratificar nuestro mismo bautismo. En el bautismo, otros han prometido por nosotros, se han hecho garantes. A la pregunta del sacerdote: «¿Qué pedís a la Iglesia de Dios?», han respondido en nombre nuestro: «La fe»; a la pregunta: «¿Renuncias a Satanás?» han respondido: «Sí, renuncio»; ala pregunta: «¿Crees?» han respondido: «Creo»; a la pregunta: «¿Quieres ser bautizado?», han respondido, siempre en nombre nuestro: «Sí, quiero». Es necesario que, una vez en la vida, nosotros decidamos por sí solos, en libertad, qué responder a todas estas preguntas. Sólo entonces nuestro

bautismo viene «liberado» y puede expresar toda su fuerza. Sólo entonces viene como «descongelado» y nosotros, de cristianos nominales, llegamos a ser cristianos reales, maduros.

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO B)

Recibir la fuerza del Espíritu Santo

Juan el bautista fue enviado como precursor del Salvador a promover un bautismo de conversión y de penitencia, bautizando con agua a todos aquellos que quisieran mostrar a Dios su arrepentimiento, su fe y su amor.

Jesucristo fue enviado al mundo como Mesías y Salvador, como el Cordero de Dios que perdona los pecados del mundo para reconciliar a todos los hombres con Dios. Y, en un acto de humildad, acudió a Juan para dejarse bautizar, asumiendo en su cuerpo todos los pecados de todos los hombres de todos los tiempos, desde el pecado original, para destruir el pecado con su muerte en la cruz y con su resurrección renovar a toda la humanidad, aceptando su misión redentora, manifestando el amor del Padre por la humanidad, que tanto amó al mundo que envió a su único Hijo para que todo el que crea en Él, se salve.

Y, abriéndose los cielos, es la voz del Padre quien revela al Hijo, en cuya humildad se complace, y envía al Espíritu Santo sobre Él, para ungirlo y descubrir al mundo la divinidad, que no se ve ante los ojos de los hombres, que tan solo su humanidad podían ver. Y para darle la fuerza, los dones y la gracia que, como hombre, necesitaba, para cumplir su misión divina.

Y le dio el poder de transmitir esos dones y esa gracia a todos los hombres, bautizándolos con el Espíritu Santo, para hacerlos, a su imagen y semejanza, hijos de Dios, y el Padre en sus hijos se complazca.

Agradece tú que has sido bautizado, y corresponde viviendo como un buen cristiano, acudiendo a los sacramentos y cumpliendo los mandamientos de la Santa Madre Iglesia, para que, asistido por la gracia del Espíritu Santo, Dios, que es tu Padre, ponga en ti sus complacencias.

Sigue el ejemplo de Jesús e, imitando su humildad, déjate por Él reconciliar con su Corazón a través del sacramento de la confesión, y recibe la fuerza y el don del Espíritu Santo, y la gracia derramada del sacramento de la Sagrada Eucaristía, para que perseveres hasta el final y seas salvado y llevado a la presencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en la gloria celestial».

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO B)

Con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo

Antes de dar comienzo a su misión apostólica Nuestro Señor es bautizado por Juan, el Bautista, como hoy recordamos. De los varios detalles que nos ofrece el evangélico propio de esta fiesta, nos fijaremos esta vez únicamente en esa manifestación de la Trinidad –"Teofanía"– que al comienzo de la vida pública de Jesucristo, pone de manifiesto, en cierta medida, todo el Evangelio. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, por así decir, se hacen ver. Es como si por unos instantes abandonara Dios su trascendencia absoluta respecto al hombre para que éste tenga alguna experiencia de que El y así pudiese constar para siempre.

A lo largo de los años siguientes, el Hijo, que había tomado carne humana para abrirnos el acceso a la intimidad divina, vivió como perfecto hombre entre los hombres, pero sin perder la vida sobrenatural de relación íntima con el Espíritu Santo y con el Padre. Con mucha frecuencia dejaba traslucir Jesús esta comunión de las tres Personas. Así, se dirige expresamente al Padre, antes de los milagros. Otras veces habla de "mi Padre", o de "vuestro Padre" –refiriéndose a nuestra relación con Él– revelando, de este modo, que tenemos un verdadero Padre en el Cielo. En ningún momento, sin embargo, utiliza la expresión "nuestro Padre", como si el Padre eterno pudiera serlo de nosotros en el mismo sentido que lo es del Verbo encarnado. El hombre –criatura, aunque especialmente amada por Dios– puede llegar a ser hijo de Dios por adopción; el Hijo lo es por naturaleza, siendo el mismo Dios.

Recordamos las palabras de Jesús a María Magdalena la mañana misma de su resurrección: **–Suéltame,** le dijo, **que aún no he subido a mi Padre; pero vete donde están mis hermanos y diles: «Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios».** También los hombres tenemos un Padre en los cielos. Y es tan decisiva esta realidad, que así –Padre– llamamos a Dios al rezar, con la oración que Cristo nos enseñó: **Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu Nombre...** Para sus hijos, los hombres, Dios es sobre todo un Padre. Es un Padre, el mejor de los padres posible; y, por asombroso que nos parezca, nos quiere a cada uno muchísimo más que el mejor padre del mundo pueda querer a su único hijo.

Decíamos que Jesús se refiere también en numerosas ocasiones a la Tercera Persona trinitaria, al Espíritu Santo. Recordemos, entre otras, aquella declaración rebosante de lógica humana y sobrenatural: **Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar a vuestros hijos cosas buenas, ¿cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?** Son palabras del Hijo, de nuestro Salvador, que nos anima a pedir a Dios, ya que es verdadero Padre de los hombres, lo mejor que Él tiene. Quiere que seamos como los hijos, niños pequeños, con sus padres, que sin más contemplaciones y les piden no más grande, y lo más hermoso, lo mejor.

El Espíritu Santo, Dios Santificador, actúa permanentemente dando luz, fuerza, estímulo nuestra vida cristiana. Por eso, deberíamos tenerlo de continuo en la mente y en el corazón. Deseemos que nos conduzca santamente por el mundo: en cada momento, en cada circunstancia. De hecho, Jesús prometió a sus discípulos –y en ellos estábamos cada uno– la asistencia infalible de la Tercera Persona para los momentos de persecución por el Evangelio: **cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué debéis decir; porque en aquel momento se os comunicará lo que vais a decir. Pues no sois vosotros los que vais a hablar, sino que será el Espíritu de vuestro Padre quien hable en vosotros.**

La vida del hombre sólo es realmente rica, si, aparte de ser una permanente relación con las personas, con las cosas, con las circunstancias de este mundo; es, ante todo, una existencia de continua relación con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo. Si no, es necesario afirmar –sin miedo a que alguno diga que exageremos– que es un fracaso de vida humana. Habiéndonos pensado y creado el Amor de Dios para la Trinidad, nos quedaríamos truncados, chatos; más, haríamos el ridículo ante los hombres y entre los ángeles de Dios, si todo nuestro horizonte fueran las grandezas de este mundo.

Recordemos, finalmente, aquel momento –próxima ya su pasión y muerte– de la resurrección de Lázaro. Ante el sepulcro de quien lleva ya cuatro días enterrado, Jesús se dirige al Padre delante de los presentes: **alzando los ojos hacia lo alto, dijo:**

– Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo sabía que siempre me escuchas, pero lo he dicho por la muchedumbre que está alrededor, para que crean que Tú me enviaste. Y llama a Lázaro, que sale del sepulcro.

Jesús, que encarnó nuestra humanidad, también para darnos ejemplo con su vida, manifiesta sin disimulo su permanente relación con el Espíritu Santo y con el Padre. Santa María, que concibió a Jesús por obra del Paráclito, es la más feliz de las criaturas, porque Dios la contempla como Hija, Madre y Esposa. Encomendémonos a su cuidado maternal, para que nos consiga la gracia de vivir también en un trato continuo y feliz con la Trinidad.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO B)

El Bautismo del Señor y nuestro Bautismo

Desde Navidad en adelante, la elección de los pasajes evangélicos de la misa sigue un criterio cronológico correspondiente al desarrollo histórico de los hechos. Este criterio saca a la luz un hecho sorprendente: en la "biografía" de Jesús hay un vacío de treinta años. Litúrgicamente este vacío cae entre la fiesta de la Epifanía y el domingo siguiente, en el cual se conmemora el Bautismo de Cristo. En la fiesta de la Epifanía dejamos a Cristo en brazos de su madre, niño de pocas semanas; el domingo siguiente, nos encontramos

delante de un hombre de cerca de 30 años, confundido entre la muchedumbre que se agolpa sobre la orilla del Jordán donde Juan Bautista está bautizando.

Misterio de fe, para nosotros, este Bautismo que Jesús viene a solicitar junto con los pecadores, como alguien que espera su turno ante un confesionario lleno de penitentes. Pero misterio más grande es el que la liturgia y el evangelio dejan de narrar: esos treinta años de silencio en los que Jesús caló hasta el fondo en la condición humana haciéndose en todo semejante a los hombres menos en el pecado (Fil. 2,7; Hebr. 4,15). También esto es evangelio: evangelio del silencio, del escondimiento, evangelio de los pobres hombres que son hombres y basta, que del mundo toma ron sólo un poco de aire para respirar y un poco de alimento para sobrevivir pagándolo todo con el propio sudor.

Jesús imitó al hombre perfectamente. Lo imitó en el nacer, como la Iglesia lo recuerda en Navidad, lo imitó en la muerte como nos aprestamos a recordarlo en la Cuaresma y la Pascua. Pero lo imitó también en el vivir. Ese vacío de 30 años en el evangelio debe enseñamos precisamente esto: en Nazaret, durante 30 años. Jesús vivió el terrible cotidiano de la vida.

Y ahora vamos a considerar de cerca el misterio del día: el Bautismo de Jesús en el Jordán. Este episodio ha sido para la Iglesia siempre la ocasión para dos clases de reflexión: una sobre Jesucristo y una sobre sí misma, es decir, sobre su propio Bautismo. Ya hemos desarrollado una vez el aspecto cristológico del Bautismo en el Jordán, es decir, lo que el episodio reveló a los hombres sobre Jesucristo: su relación de hijo respecto al Padre, la naturaleza de su mesianidad hecha de servicio, su vocación profética a ser la luz de todos los pueblos (ver Ciclo A). Hoy debemos concentrar nos en el significado "para nosotros" del Bautismo de Jesús, es decir, en lo que nos dice acerca de nuestro Bautismo.

Una vez, en los comienzos de la Iglesia, el Bautismo se administraba mayormente a los adultos que eran capaces de vivir y comprender lo que hacían. Era precedido de un largo e intenso catecumenado, se celebraba con la participación activa de toda la comunidad, especialmente en la noche de Pascua. Se entraba de esa manera en la familia de Dios y toda la familia acogía festiva mente al nuevo hermano de fe. La espiritualidad del Bautismo plasmaba toda la vida de la Iglesia y los pastores se referían siempre a ello para ilustrar los carismas y los empeños de la vida cristiana. El Bautismo no era sentido sólo como un acto, sino también como un estado.

Las cosas, lamentablemente, cambiaron poco a poco y el bautismo terminó siendo confinado al comienzo de la vida como un rito más bien formal que servía para imponer el nombre al recién nacido y a registrarlo entre los fieles de la religión cristiana. Hoy, esto ya no nos basta. Han nacido movimientos catecumenales en los que numerosos cristianos tratan de rehacer el camino hacia la fe para hacerla consciente y operante. Reactivar el propio bautismo llegó a ser para muchos el empeño más sentido. Otros grupos hacen el mismo camino, pero concentrándose en un aspecto del bautismo: el don del Espíritu. Son los llamados grupos de Renovación en el espíritu o carismáticos. En el centro de su

experiencia está el descubrimiento de que el Espíritu Santo recibido en el bautismo descansa en ellos como fuego sepultado bajo las cenizas que debe ser vuelto a la luz y encendido de nuevo para que pueda iluminar y calentar la vida espiritual de los cristianos, a me nudo oscura y triste.

En diversas formas todos los cristianos deberían tomar parte en este redescubrimiento del bautismo. La misma Iglesia nos invita a hacerla cuando da al bautismo una nueva solemnidad e impulsa a los padres cristianos a prepararse ellos mismos al bautismo de su propio hijo. El bautismo debe dejar de parecemos sólo un rito y volver a ser lo que es en el Nuevo Testamento: la condición de vida del cristiano, su "ambiente vital", su nacimiento que debe servir de modelo a su crecimiento.

Volvamos, pues, a interrogar la liturgia de hoy con este fin. En el Bautismo de Jesús en el Jordán están presentes las realidades constitutivas del bautismo cristiano: la remisión de los peca dos, el don del Espíritu, la filiación divina y el llamado profético a ser instrumentos de salvación para los demás, san Juan hablará de un renacimiento del agua y del Espíritu (Jn. 3,5) y san Pablo de un ser injertados en Cristo, consepultados y resucitados con él (cfr. 1 Cor 10,1-13; Rom. 6,3-11). Son diversas imágenes para decir las mismas cosas que ya encontramos expresadas implícitamente en el episodio evangélico.

De todas estas cosas, yo quisiera detenerme en una que encuentro hoy particularmente necesaria: la de la misión profética. Con el bautismo, el cristiano entra a tomar parte de la misión profética de Jesús y del pueblo mesiánico fundado por él. El mismo nombre de "cristiano", con el cual desde ese día tiene el derecho de llamarse, significa "ungido" o consagrado, junto con Cristo. Isaías nos explicó en la primera lectura en qué consiste tal unción recibida de Jesús: Yo he puesto mi espíritu sobre él para que lleve el derecho a las naciones... Yo, el Seriar, te llamé en la justicia, te sostuve de la mano, te formé y te destiné a ser la alianza del pueblo, la luz de las naciones para abrir los ojos a los ciegos, para hacer salir de la prisión a los cautivos y de la cárcel a los que habitan en las tinieblas. Y finalmente, el texto que resuena también en el pasaje evangélico de hoy:

El Espíritu del Señor está sobre mí porque el Señor me ha ungido. Él me envió a llevar la buena noticia a los pobres, a vendar los corazones heridos, a proclamar la liberación a los cautivos... (Is. 61, 1).

Jesús es, por tanto, consagrado a un servicio para todos los hombres: un servicio de salvación, de liberación, de justicia. La "complacencia" expresada por el Padre sobre él en el Bautismo es motivada precisamente por la prontitud y la obediencia de Jesús para aceptar este servicio.

He aquí, pues, también para nosotros el sentido profundo y existencial además de sacramental, de nuestro Bautismo: éste nos ha consagrado a un servicio de salvación para los demás, especial mente para los pobres, los afligidos, y para los prisioneros de todas las prisiones, físicas y morales. Entonces, no un privilegio. Nos inquietaríamos si debiéramos considerar el bautismo como un don hecho a algunos con preferencia a otros, una

discriminación entre los hombres, obrada, por añadidura, por Dios que se hace llamar Padre de todos. Dejemos, pues, de estar inquietos (y de estarlo. temamos por la responsabilidad), si pensamos que el Bautismo nos consagra para los demás; que se trata de un don hecho a nosotros para que nosotros lo llevemos a los otros.

Redescubrir el propio bautismo significa también esto para la Iglesia: redescubrirse como Iglesia para el mundo, como Iglesia para los pobres y los afligidos. La vocación profética llama al bautizado a un testimonio audaz y lleno de esperanza: debe testimoniar que Dios está en contra de la esclavitud Y de la opresión del pobre, contrario al pecado y a la muerte.

¡Participemos, pues, en esta misión exaltante que por sí so la puede rescatar la vida de la inutilidad y el egoísmo! Entonces debemos, sin pérdida de tiempo, salir de nosotros mismos. En la familia, los padres deben comenzar a educar a los hijos para esta apertura hacia los otros, dándoles ellos mismos el primer ejemplo. En la profesión –por ejemplo, en la del médico– el cristiano aplica su carisma profético cuando da a su trabaja esta intención añadida de querer curar a quien está oprimido de la terrible opresión de la enfermedad. (Por tanto, no sólo la intención de servir a sí mismo y a la ciencia) Sólo este arrojo profético puede preservar a los cristianos y a la Iglesia, en este momento histórico, de caer en un estéril victimismo y de la tentación de querer edificar los bastiones apenas demolidos.

Si tenemos este coraje, o al menos este deseo ardiente, de compartir la misión de Cristo por los demás, el Padre nos comunicará el Espíritu de su Hijo y convertidos así en un solo cuerpo y un solo espíritu con Jesucristo, podrá pronunciar también sobre nosotros aquella dulcísima palabra: ¡Tú, tú también, eres mi hijo predilecto, en quien me he complacido!

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO B)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la fiesta del Bautismo del Señor (12-I-1997)

– El bautismo de penitencia de Juan

"Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (Mt 28,19).

La Iglesia celebra hoy el bautismo de Cristo, y también este año tengo la alegría de administrar, en esta circunstancia, el sacramento del bautismo a algunos recién nacidos.

Antes de administrar el sacramento a estos niños recién nacidos quisiera detenerme a reflexionar con vosotros en la palabra de Dios que acabamos de escuchar. El Evangelio de San Marcos, como los demás sinópticos, narra el bautismo de Jesús en el río Jordán. La liturgia de la Epifanía recuerda este acontecimiento, presentándolo en un tríptico que comprende también la adoración de los Magos de Oriente y las bodas de Caná. Cada uno de estos tres momentos de la vida de Jesús de Nazaret constituye una revelación particular de su filiación divina.

Lo que Juan el Bautista confería a orillas del Jordán era un bautismo de penitencia, para la conversión y el perdón de los pecados. Pero anunciaba: "Detrás de mí viene el que puede más que yo (…). Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo" (Mc 1,7-8). Anunciaba esto a una multitud de penitentes, que se le acercaban confesando sus pecados, arrepentidos y dispuestos a enmendar su vida.

– El bautismo libera de la culpa original y perdona los pecados

De muy diferente naturaleza es el bautismo que imparte Jesús y que la Iglesia, fiel a su mandato, no deja de administrar. Este bautismo libera al hombre de la culpa original y perdona sus pecados, lo rescata de la esclavitud del mal y marca su renacimiento en el Espíritu Santo; le comunica una nueva vida que es participación de la vida de Dios Padre y que nos ofrece su Hijo unigénito, hecho hombre, muerto y resucitado.

– Revelación de la Santísima Trinidad

Cuando Jesús sale del agua, el Espíritu Santo desciende sobre él como una paloma y tras abrirse el cielo, desde lo alto se oye la voz del Padre: "Tú eres mi hijo amado, en ti me complazco" (Mc 1,11). Por tanto, el acontecimiento del bautismo de Cristo no es sólo revelación de su filiación divina, sino también, al mismo tiempo, revelación de toda la Santísima Trinidad: el Padre –la voz de lo alto– revela en Jesús al Hijo unigénito consustancial con él, y todo esto se realiza por virtud del Espíritu Santo que bajo la forma de paloma desciende sobre Cristo, el consagrado del Señor.

Los Hechos de los Apóstoles nos hablan del bautismo que el apóstol Pedro administró al centurión Cornelio y a sus familiares. De este modo, Pedro realiza el mandato de Cristo resucitado a sus discípulos: "Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (Mt 28,19). El bautismo con el agua y el Espíritu Santo es el sacramento primero y fundamental de la Iglesia, sacramento de la vida nueva en Cristo.

También estos niños dentro de poco recibirán ese mismo bautismo y se convertirán en miembros vivos de la Iglesia. Serán ungidos con el óleo de los catecúmenos, signo de la suave fortaleza de Cristo, que se les da para luchar contra el mal. El agua bendita que se les derrama es signo de la purificación interior mediante el don del Espíritu Santo, que Jesús nos hizo al morir en la cruz. Después se recibe una segunda y más importante unción con el "crisma", para indicar que son consagrados a imagen de Jesús, el ungido del Padre. La vela encendida que se les entrega es símbolo de la luz de la fe que los padres

y padrinos deberán custodiar y alimentar continuamente con la gracia vivificante del Espíritu.

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

"Se oyó una voz del cielo: Tú eres mi Hijo amado, mi preferido". En el Bautismo, que representa nuestro nacimiento a la vida cristiana, cada uno "vuelve a escuchar la voz que un día resonó a orillas del Jordán: Tú eres mi hijo amado, en ti me complazco (Lc 3,22); y entiende que ha sido asociado al Hijo predilecto. Se cumple así en la historia de cada uno el designio del Padre: a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que Él fuera el primogénito entre muchos hermanos (Rom 8,29)" (Juan Pablo II).

Saboreemos esta verdad al pensar en nuestro Bautismo y procuremos no olvidarla, sobre todo, cuando la vida presente su cara menos simpática. Quien ha creado todo lo que vemos y no vemos, al que adoran millones y millones de ángeles con enorme respeto y una profunda veneración, quien tiene en sus manos el destino de este mundo que pasa, es mi Padre. Mi Padre. No un ser lejano que vive el margen de mis temores y esperanzas, sino Alguien a quien puedo acudir con la confianza con la que un pequeño acude a su madre o a su padre en sus apuros.

Desde el día de nuestro Bautismo, el Espíritu Santo que descendió también a nuestro corazón va labrando en él la imagen de Jesús. Pero "no como un artista, dice S. Cirilo de Alejandría, que dibujara en nosotros la divina sustancia como si Él fuera ajeno a ella. No es de esta forma como nos conduce a la semejanza divina; sino que Él mismo, que es Dios y de Dios procede, se imprime en los corazones que lo reciben como el sello sobre la cera y, de esa forma, por la comunicación de sí y la semejanza, restablece la naturaleza según la belleza del modelo divino y restituye al hombre la imagen de Dios".

Si somos dóciles a esa acción del Espíritu Santo y que se manifiesta en impulsos de una mayor generosidad con Dios y con quienes nos rodean, en una lucha más seria contra nuestras inclinaciones torcidas, iremos poco a poco pareciéndonos cada vez más a Jesucristo, haciéndonos una sola cosa con Él, sin dejar de ser nosotros mismos, como ese hierro que metido en la fragua va progresivamente llenándose de luz y energía. Nuestra vida se convierte entonces, en cierto sentido, en una prolongación de la vida terrena de Jesús, porque Él vive verdaderamente en nosotros como el fuego en el hierro.

S. Francisco de Sales solía decir que entre Jesucristo y los buenos cristianos no existe más diferencia que la que se da entre una partitura y su interpretación por diversos músicos. La partitura es la misma, pero la interpretación suena con una modalidad distinta, personal; y es el Espíritu Santo quien la dirige contando con las distintas maneras de ser de esos instrumentos que somos nosotros. ¡Qué inmenso valor adquiere entonces todo lo que hacemos: el trabajo, las contrariedades diarias bien llevadas, los

pequeños y grandes servicios, el dolor! Sí, Dios se complace en nosotros, porque en cada uno ve la imagen de su Hijo preferido.

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«El hijo amado del Padre es el Hijo-siervo»

I. LA PALABRA DE DIOS

Is 42,1-4.6-7: «Mirad a mi siervo a quien prefiero»

Sal 28,1-4.9-10: «El Señor bendice a su pueblo con la paz»

Hch 10,34-38: «Dios ungió a Jesús con la fuerza del Espíritu Santo»

Mt 3,13-17: «Apenas se bautizó Jesús, vio que el Espíritu de Dios bajaba sobre él»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

El «Siervo» es presentado por Isaías como alguien excepcional y desconcertante. Su misión de renovar a Israel, haciendo retornar a los exilados, es presentada por S. Mateo, tan amigo de citar el AT, como el que toma nuestras flaquezas y carga con nuestras enfermedades.

A las comunidades cristianas les preocupaba por qué Cristo se hizo bautizar. La razón de que «cumplamos así todo lo que Dios quiere», parece expresar la plena solidaridad con la humanidad pecadora a la que había venido a salvar. La presentación como «Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» invita a pensar así. La salvación la llevará a cabo como «siervo paciente de Dios», según Isaías.

III. SITUACIÓN HUMANA

La vida es un reto permanente para el que quiere tomársela en serio. Una cosa es dejar pasar los días y otra vivirlos. El hombre hace fructífera su existencia cuando afronta el afán de cada día.

Hay hombres que entienden su vida como una apuesta en beneficio de los demás, y pueden encontrarse en el camino con quienes han hecho lo mismo que ellos.

Jesús, al comienzo de su vida pública, tiene delante el proyecto salvador del Padre y le va a costar la vida. Pero esa es precisamente la razón de su vivir: «Dar la vida en rescate por muchos».

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– El Bautismo de Jesús: "El bautismo de Jesús es, por su parte, la aceptación y la inauguración de su misión de Siervo doliente…anticipa ya el «bautismo» de su muerte sangrienta… por amor acepta el bautismo de muerte para la remisión de nuestros

pecados. A esta aceptación responde la voz del Padre que pone toda su complacencia en su Hijo. El Espíritu que Jesús posee en plenitud desde su concepción viene a «posarse» sobre él. De él manará este Espíritu para toda la humanidad. En su bautismo, «se abrieron los cielos» (Mt 3,16) que el pecado de Adán había cerrado; y las aguas fueron santificadas por el descenso de Jesús y del Espíritu como preludio de la nueva creación" (536).

– El Bautismo en la economía de la salvación: 1224. 1225.

La respuesta

– Por el Bautismo, somos incorporados a la Iglesia y a su misión: "El Bautismo hace de nosotros miembros del Cuerpo de Cristo. El Bautismo incorpora a la Iglesia. De las fuentes bautismales nace el único pueblo de Dios de la Nueva Alianza que trasciende todos los límites naturales o humanos de las naciones, las culturas, las razas y los sexos: «Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo» (1 Co 12,13)" (1267; cf 1268-1270).

– El Bautismo, remisión de los pecados: 1263. 1264.

El testimonio cristiano

– «Enterrémonos con Cristo por el Bautismo, para resucitar con él; descendamos con él para ser ascendidos con él; ascendamos con él, para ser glorificados con él (San Gregorio Nacianceno, Or. 40,9)» (537).

– «Todo lo que aconteció en Cristo nos enseña que después del baño del agua, el Espíritu Santo desciende sobre nosotros desde lo alto del cielo y que, adoptados por la voz del Padre, llegaremos a ser hijos de Dios (San Hilario, Mat. 2)» (537).

La escena del Jordán, manifestación trinitaria, nos muestra el amor íntimo de Dios revelándose en el Hijo amado a los hombres.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO B)

A) El Señor es bautizado. Nuestro bautismo.

— Jesús quiso ser bautizado. Institución del Bautismo cristiano. Agradecimiento

I. *Inmediatamente después de ser bautizado, Jesús salió del agua y he aquí que se le abrieron los Cielos y vio al espíritu de Dios que descendía en forma de paloma y venía sobre él. Y una voz del Cielo que decía: Este es mi hijo, el amado, en quien me he complacido.*

En la solemnidad de hoy conmemoramos el bautismo de Jesús por San Juan Bautista en las aguas del río Jordán. Sin tener mancha alguna que purificar, quiso someterse a este rito de la misma manera que se sometió a las demás observancias legales,

que tampoco le obligaban. Al hacerse hombre, se sujetó a las leyes que rigen la vida humana y a las que regían en el pueblo israelita, elegido por Dios para preparar la venida de nuestro Redentor. Juan cumplió, con energía, la misión de profetizar y suscitar un gran movimiento de penitencia como preparación inmediata al reino mesiánico

El Señor deseó se bautizado, dice San Agustín, «para proclamar con su humildad lo que para nosotros era necesidad».

Con el bautismo de Jesús quedó preparado el Bautismo cristiano, que fue directamente instituido por Jesucristo con la determinación progresiva de sus elementos, y lo impuso como ley universal el día de su Ascensión: *Me fue dado todo poder en el Cielo y en la tierra, dirá el Señor; id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo*.

En el Bautismo recibimos la fe y la gracia. El día en que fuimos bautizados fue el más importante de nuestra vida. De igual modo que «la tierra árida no da fruto si no recibe el agua, así también nosotros, que éramos como un leño seco, nunca hubiéramos dado frutos de vida sin esta lluvia gratuita de lo alto». Nos encontrábamos, antes de recibir el Bautismo, con la puerta del cielo cerrada y sin ninguna posibilidad de dar el más pequeño fruto sobrenatural

Hoy nuestra oración nos puede ayudar a dar gracias por haber recibido este don inmerecido y para alegrarnos por tantos bienes como Dios nos concedió. «La gratitud es el primer sentimiento que debe nacer en nosotros de la gracia bautismal; el segundo es el gozo. Jamás deberíamos pensar en nuestro bautismo sin un profundo sentimiento de alegría interior».

Hemos de agradecer la purificación de nuestra alma de la mancha del pecado original, y de cualquier otro pecado si lo hubo, en el momento de recibir el Bautismo. Todos los hombres somos miembros de la familia humana que en su origen fue dañada por el pecado de nuestros primeros padres. Este «pecado original se transmite juntamente con la naturaleza humana, por propagación, no por imitación, y se halla como propio en cada uno». Pero Jesús dotó al Bautismo de una especialísima eficacia para purificar la naturaleza humana y liberarla de ese pecado con el que hemos nacido. El agua bautismal significa y opera de un modo real lo que el agua natural evoca: la limpieza y la purificación de toda mancha e impureza».

«Gracias al sacramento del bautismo te has convertido en templo del Espíritu Santo: no se te ocurra – nos exhorta San León Magno – ahuyentar con tus malas acciones a tan noble huésped, ni volver a someterte a la servidumbre del demonio: porque tu precio es la sangre de Cristo».

— Efectos del Bautismo: limpia el pecado original, nueva vida, filiación divina, etcétera

II. *Dios todopoderoso y eterno, que en el bautismo de Cristo en el Jordán quisiste revelar solemnemente que él era tu Hijo amado enviándole tu Espíritu Santo: concede a tus hijos de adopción, renacidos del agua y del Espíritu Santo, la perseverancia continua en el cumplimiento de tu voluntad.*

El Bautismo nos inició en la vida cristiana. Fue un verdadero nacimiento a la vida sobrenatural. Es la nueva vida que predicaron los Apóstoles y de la que habló Jesús a Nicodemo: *En verdad te digo que quien no naciera de arriba no podrá entrar en el reino de Dios… Lo que nace de la carne, carne es; pero lo que nace del Espíritu, es espíritu*.

El resultado de esta nueva vida es cierta divinización del hombre y la capacidad de producir frutos sobrenaturales

La dignidad del bautizado está como velada muchas veces, por desgracia, en la existencia ordinaria; por eso nosotros, al igual que hicieron los santos, hemos de esforzarnos en vivir conforme a esa dignidad

Nuestra más alta dignidad, la condición de hijos de Dios, que se nos comunica en el Bautismo, es consecuencia de la nueva generación. Si la generación humana da como resultado la «paternidad» y la «filiación», de modo semejante aquellos que son engendrados por Dios son realmente hijos suyos: *¡Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues – lo somos realmente! Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos…*

En el momento del Bautismo, por la efusión del Espíritu Santo, se produce el milagro de un nuevo nacimiento. El agua bautismal se bendice en la noche de Pascua y en la oración se pide: *Así como el Espíritu Santo descendió sobre María y produjo en Ella el nacimiento de Cristo, así descienda Él sobre su Iglesia y produzca en su claustro materno (la pila bautismal) el renacer de los hijos de Dios.*

A esta expresión tan gráfica corresponde esta profunda realidad: el bautizado renace a una nueva vida, a la vida de Dios, por eso es su «hijo». *Y si somos hijos, también somos herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo*.

Demos muchas gracias a nuestro Padre Dios que ha querido dones tan inconmensurables, tan fuera de toda medida, para cada uno de nosotros. – ¡Qué gran bien nos puede hacer el considerar frecuentemente estas realidades! *Padre – me decía aquel muchachote (¿qué habrá sido de él?), buen estudiante de la Central –, pensaba en lo que usted me dijo… – ¡que soy hijo de Dios!, y me sorprendí por la calle, "engallado" el cuerpo y soberbio por dentro… – ¡hijo de Dios!*

Le aconsejé, con segura conciencia, fomentar la "soberbia".

— Incorporación a la Iglesia. Llamada a la santidad y al apostolado. Bautismo de los niños

III. En la Iglesia nadie es un cristiano aislado. A partir del Bautismo, el cristiano forma parte de un pueblo, y la Iglesia se le presenta como la verdadera familia de los hijos

de Dios. «Fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo que le confesara en verdad y le sirviera santamente». Y el Bautismo es la puerta por donde se entra a la Iglesia.

«Y en la Iglesia, precisamente por el bautismo, somos llamados todos a la santidad», cada uno en su propio estado y condición, y a ejercer el apostolado. «La llamada a la santidad y la consiguiente exigencia de santificación personal, es universal: todos, sacerdotes y laicos, estamos llamados a la santidad; y todos hemos recibido, con el bautismo, las primicias de esa vida espiritual que, por su misma naturaleza, tiende a la plenitud».

Otra verdad íntimamente unida a esta condición de miembro de la Iglesia es la del carácter sacramental, «un cierto signo espiritual e indeleble» impreso en el alma. Es como el resello de posesión de Cristo sobre el alma del bautizado. Cristo tomó posesión de nuestra alma en el momento de ser bautizado. Él nos rescató del pecado con su Pasión y Muerte

Con estas consideraciones comprendemos bien el deseo de la Iglesia de que los niños reciban pronto estos dones de Dios. Desde siempre ha urgido a los padres para que bauticen a sus hijos cuanto antes. Es una muestra práctica de fe. No se atenta a su libertad, como no se les causó agravio alguno por darles la vida natural, ni por alimentarles, limpiarles y curarles, cuando no podían ellos pedir estos bienes. Por el contrario, tienen derecho a recibir esa gracia. – ¡Qué buen apostolado habremos de hacer en muchos casos!: con amigos, compañeros, conocidos…

En el caso del Bautismo está en juego algo infinitamente mayor que ningún otro bien: la gracia y la fe; quizá, la salvación eterna. Sólo por ignorancia y por una fe dormida se puede explicar que muchos niños queden privados, por sus propios padres ya cristianos, del mayor don de su vida. Nuestra oración se dirige a Dios hoy, para que no permita que esto suceda

Hemos de agradecer a nuestros padres que, quizá a los pocos días de nacer, nos llevaran a recibir este santo sacramento

***

B) El bautismo del Señor.

– Manifestación del misterio trinitario en el Bautismo de Cristo.

I. *Apenas se bautizó el Señor se abrió el cielo, y el Espíritu Santo se posó sobre Él como una paloma. Y se oyó la voz del Padre que decía: Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto.*

Hace aún pocos días celebrábamos la *Epifanía*, la manifestación del Señor a los gentiles, representados en aquellos hombres sabios que llegaron a Jerusalén preguntando por el nacido rey de los judíos. Ya había tenido lugar una primera revelación a los pastores, que, en la misma noche de la Navidad, se dirigen al lugar donde ha nacido el Niño, a quien

le llevan sus presentes. También la fiesta de hoy es una *epifanía*, una manifestación de la divinidad de Cristo señalada por la voz de Dios Padre, venida del Cielo, y por la presencia del Espíritu Santo en forma de paloma, que significa la Paz y el Amor. Los Padres de la Iglesia suelen señalar una tercera manifestación de la divinidad de Jesús. Ésta tendrá lugar en Caná de Galilea, donde, a través de su primer milagro, Jesús *manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en Él*.

En la *Primera lectura* de la Misa, Isaías anuncia la figura del Mesías: *He aquí mi siervo..., mi elegido, en quien se complace mi alma. Sobre Él he puesto mi Espíritu... La caña cascada no la quebrará, el pabilo vacilante no lo apagará... Yo, el Señor, te he llamado... para que abras los ojos de los ciegos, saques a los cautivos de la prisión, y de la mazmorra a los que habitan en tinieblas*. Esta descripción profética tiene su plena realización en el Bautismo del Señor. Entonces *descendió el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma, sobre Él, y se oyó una voz que venía del cielo: Tú eres el Hijo mío, el amado, en Ti me he complacido*. Las tres divinas Personas de la Trinidad intervienen en esta gran epifanía a orillas del Jordán: el Padre hace oír su voz, dando testimonio del Hijo, Jesús es bautizado por Juan, el Espíritu Santo desciende visiblemente sobre Él. La expresión de Isaías *mi siervo* es sustituida ahora por *mi Hijo amado*, que indica la Persona y la naturaleza divina de Cristo.

Con el Bautismo de Jesús se inicia de modo solemne su misión salvadora. A la vez, el Espíritu Santo comenzaba por medio del Mesías su acción en las almas, que durará hasta el fin de los tiempos.

La liturgia propia de este domingo es especialmente apta para que recordemos con alegría nuestro Bautismo y sus consecuencias en nuestra vida. Cuando San Agustín menciona en sus *Confesiones* el día en que recibió este sacramento, lo recuerda con profundo gozo: "rebosante de dulzura extraordinaria, aquellos días no me saciaba de considerar la profundidad de su designio para la salvación del género humano". Con ese gozo hemos de recordar hoy que hemos sido bautizados en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

El misterio del Bautismo de Jesús nos adentra en el misterio inefable de cada uno de nosotros, *pues de su plenitud recibimos todos gracia sobre gracia*. Hemos sido bautizados no sólo en agua, como hacía el Precursor, sino *en el Espíritu Santo*, que nos comunica la vida de Dios. Demos gracias hoy al Señor por aquel día memorable en el que fuimos incorporados a la vida de Cristo y destinados con Él a la vida eterna. Alegrémonos de haber sido quizá bautizados a los pocos días de haber nacido, como es costumbre inmemorial en la Iglesia, en el caso de neófitos hijos de padres cristianos.

– Nuestra filiación divina en Cristo por el sacramento del Bautismo.

II. Fuimos bautizados en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, para entrar en comunión con la Trinidad Beatísima. En cierto modo se han abierto para cada uno de nosotros los cielos, a fin de que entremos en la *casa de Dios* y conozcamos la

filiación divina. "Si tuvieses piedad verdadera –enseña San Cirilo de Jerusalén–, también descenderá sobre ti el Espíritu Santo y oirás la voz del Padre desde lo alto que dice: éste no es el Hijo mío, pero ahora después del Bautismo ha sido hecho mío". La filiación divina ha sido uno de los grandes dones que recibimos aquel día en que fuimos bautizados. San Pablo nos habla de esta filiación y, dirigiéndose a cada bautizado, no duda en pronunciar estas dichosísimas palabras: *Ya no eres esclavo sino hijo: y si hijo, también heredero*.

En el rito de este sacramento se indica que la configuración con Cristo tiene lugar mediante una regeneración espiritual, como enseñaba Jesús a Nicodemo: *quien no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el Reino de Dios*. "El Bautismo cristiano es, en efecto, un misterio de muerte y de resurrección: la inmersión en el agua bautismal simboliza y actualiza la sepultura de Jesús en la tierra y la muerte del hombre viejo, mientras que la emersión significa la resurrección de Cristo y el nacimiento del hombre nuevo". Este nuevo nacimiento es el fundamento de la filiación divina. Y así, por este sacramento, "los hombres son injertados en el misterio pascual de Jesucristo: mueren con Él, son sepultados con Él y resucitan con Él; reciben el espíritu de adopción de hijos, *por el que clamamos Abba! ¡Padre!* (Rom 8, 15), y se convierten así en los verdaderos adoradores que busca el Padre". Esta filiación lleva consigo la aniquilación de todo pecado del alma y la infusión de la gracia.

Por el Bautismo se perdonan el pecado original y todos los pecados personales, y la pena eterna y temporal debida por los pecados. El ser configurados con Cristo resucitado, simbolizado en la emersión del agua bautismal, indica que la gracia divina, las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo se han asentado en el alma del bautizado, la cual se ha constituido en morada de la Santísima Trinidad. Al cristiano se le abren las puertas del Cielo, y se alegran los ángeles y los santos. En la naturaleza humana permanecen aquellas consecuencias del pecado original que, si bien proceden de él, no son en sí mismas pecado, pero inclinan a él; el hombre bautizado sigue sujeto a la posibilidad de errar, a la concupiscencia y a la muerte, consecuencias todas ellas del pecado original. Sin embargo, el Bautismo ha sembrado ya en el cuerpo humano la semilla de una renovación y resurrección gloriosas. ¡Qué diferencia tan enorme entre la persona que iba, o llevaban, camino de la iglesia para recibir este sacramento, y la que vuelve ya bautizada! El cristiano "sale del Bautismo resplandeciente como el sol y, lo que es más importante, vuelve de allí convertido en hijo de Dios y coheredero con Cristo".

Demos muchas gracias al Señor por tanto bien, que querríamos comprender hoy en toda su grandeza. Por último, *te pedimos..., Señor, humildemente que escuchemos con fe la palabra de tu Hijo para que podamos llamarnos y ser, en verdad, hijos tuyos*. Es nuestro mayor deseo y nuestra más grande aspiración.

– Proyección del Bautismo en la vida diaria.

III. En la *Segunda lectura*, San Pedro recuerda aquel comienzo mesiánico de Jesús, que estaba en la mente de muchos de los que le escuchaban y del que algunos de ellos

habían sido testigos oculares. *Conocéis* –les dice el Apóstol– *lo que sucedió en el país de los judíos, cuando Juan predicaba el bautismo, aunque todo comenzó en Galilea. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo…*

Pertransivit benefaciendo…, pasó haciendo el bien… Éste puede ser un resumen de la vida de Cristo aquí en la tierra. Ése debe ser el resumen de la vida de cada bautizado, pues toda su vida se desenvuelve bajo el influjo del Espíritu Santo: cuando trabaja, en el descanso, cuando sonríe o presta uno de los innumerables servicios que conlleva la vida familiar o profesional…

En la fiesta de hoy se nos invita a tomar renovada conciencia de los compromisos adquiridos por nuestros padres o padrinos, en nuestro nombre, el día de nuestro Bautismo; a reafirmar nuestra ferviente adhesión a Cristo y la voluntad de luchar por estar cada día más cerca de Él; y a separarnos de todo pecado, incluso venial, ya que al recibir este sacramento fuimos llamados a la santidad, a participar de la misma vida divina.

Es precisamente este Bautismo el que *nos hace "fideles" –fieles–, palabra que, como aquella otra, "sancti" –santos–, empleaban los primeros seguidores de Jesús para designarse entre sí, y que aún hoy se usa: se habla de los "fieles" de la Iglesia*. Seremos fieles en la medida en que nuestra vida –¡tantas veces lo hemos meditado!– esté edificada sobre el cimiento firme y seguro de la oración. San Lucas nos ha dejado escrito en su Evangelio que Jesús, después de haber sido bautizado, estaba en oración. Y comenta Santo Tomás de Aquino: en esta oración, el Señor nos enseña que "después del Bautismo le es necesaria al hombre la asidua oración para lograr la entrada en el Cielo; pues, si bien por el Bautismo se perdonan los pecados, queda sin embargo la inclinación al pecado que interiormente nos combate, y quedan también el demonio y la carne que exteriormente nos impugnan".

Junto al agradecimiento y la alegría por tantos bienes como nos han llegado en este sacramento, renovemos hoy nuestra fidelidad a Cristo y a la Iglesia, que, en muchas ocasiones, se traducirá en la fidelidad a nuestra oración diaria.

Rev. D. Josep VALL i Mundó (Barcelona, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO B)

«Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco»

Hoy, la Iglesia celebra el Bautismo del Señor. Aquel día, todas las aguas del mundo fueron purificadas y recibieron la fuerza para significar la limpieza de pecado. Aunque el Bautismo que administraba Juan tenía sólo un significado de conversión y de reconocimiento de nuestra pecabilidad, Jesús quiso pasar por ahí por solidaridad con todos los hombres, como Vanguardista de una renovada Humanidad. Él, «que no conoció pecado, [Dios] le hizo pecado por nosotros, para que nos hiciéramos justicia de Dios en

Él» (2Cor 5,21). Jesús instituirá el nuevo Bautismo que nos hará hijos de Dios en Él y nos reconciliará con el Padre: será el Cordero de Dios que quitará el pecado del mundo.

«También hoy –escribe san Gregorio Nacianceno– Cristo es iluminado; dejemos que esta luz divina nos penetre. Cristo es bautizado, bajemos con Él al agua, para subir después con Él». Aquel día, en el Jordán se vio descender el Espíritu Santo sobre el Señor y se oyó la voz del Padre: «Eres mi Hijo amado, en ti me complazco» (Mc 1,11). Juan Pablo II comenta que «al salir de las aguas de la fuente sagrada, cada cristiano vuelve a escuchar la voz que un día fue oída cerca del río Jordán: 'Tú eres mi Hijo…'; y entiende que ha sido asociado al Hijo predilecto, llegando a ser hijo adoptivo».

San Cirilo de Jerusalén nos hace reflexionar sobre este hecho sobrenatural, diciéndonos: «Si tú tienes una piedad sincera, sobre ti descenderá también el Espíritu Santo y oirás la voz del Padre que viene de lo alto: 'Éste no era mi hijo, pero ahora, después del Bautismo, ha sido hecho hijo mío'». A partir de este momento todos estamos invitados a seguir el mismo Camino de Cristo, a conocer su Verdad y a vivir su misma Vida. Somos elegidos, consagrados y enviados para colaborar en la misión apostólica. Somos también hijos amados y predilectos, y el Padre se complacerá en cada uno de nosotros.

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO B)

Precursores de la Salvación

«Detrás de mí viene uno, más grande que yo, al que yo no soy digno de desatarle las correas de las sandalias. Yo los he bautizado con agua, pero él los bautizará con el Espíritu Santo» (Mc 1, 7-8).

Eso dice Juan el Bautista.

Bautismo, renovación, vida, pureza, gracia santificante con la cual se abre el cielo, para hacer a los hombres hijos de Dios.

Bautismo que une a los hijos en un solo pueblo santo de Dios.

Bautismo que regenera y hace nuevas todas las cosas.

Gracia que purifica al hombre para hacerlo digno de la unión con su Señor.

Bautismo que el mismo Cristo recibe, pero que no necesita, porque la pureza no puede ser purificada: la pureza es y Cristo es.

Pero que obedece a la voluntad del Padre, para hacerse en todo como los hombres, menos en el pecado, para abajarse completamente a la miseria del hombre.

Y, como signo de contradicción, el que recibe el Bautismo para el perdón de los pecados es el Cordero de Dios que quita los pecados de los hombres.

Una sola es la fe, una misma es la esperanza, y uno solo es el Bautismo.

Sacerdote: tú eres esa unión entre Dios y los hombres, tú eres quien consigue que a través del poder de tus manos el cielo se abra, para que el Espíritu Santo derrame su gracia y se escuche la voz de Dios, presentando al mundo a sus hijos que acaban de ser afiliados a él.

Bautismo con agua, que lava, que limpia, que quita toda mancha dando vida, porque es el agua de la vida, es el agua viva del manantial del Espíritu Santo, que renueva y que santifica.

Sacerdote: si tú no bautizas, ¿quién podrá ser hijo de Dios?; si tú no impartes los sacramentos ¿quién podrá transformar su alma para dignificarla y poder ser unida con Dios?

Tú eres el sacerdote que bautiza en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, que ata en el cielo, porque lo que ata en la tierra queda atado en el cielo.

Pero, si el sacerdote no ata nada en la tierra ¿qué quedará unido al cielo?

Sacerdote: eres tú el que continúa el camino de Jesús, el que cumple la voluntad de Dios impartiendo la misericordia de Dios a través de los sacramentos.

Sacerdote: si tú no bautizas ¿cómo llegará la misericordia de Dios a los hombres? Y, si la misericordia de Dios no es derramada a través de ti ¿cómo es que llegará la gracia de Dios a los hombres? Y si la gracia no llega, sacerdote, ¿quién se salvará?

En tus manos está el poder de hacer llegar la gracia y la misericordia de Dios a todos los rincones del mundo.

En tus manos está el poder de purificar las almas, para renovar los corazones de los hombres.

En tus manos, sacerdote, está el poder de cambiar al mundo, y de llevar a Cristo a todos los corazones.

Bautiza, sacerdote, a tu pueblo. Cumple la voluntad de tu Señor. Obedece y ejerce tu ministerio como Cristo te enseñó.

Devuélvele la pureza a esas creaturas inocentes que llevan la oscuridad en sus almas desde su nacimiento, porque están manchadas de un pecado que sus pequeñas manos no cometieron, pero un hombre y una mujer, por su desobediencia, trajeron el pecado al mundo; y a través de tus manos, sacerdote, le devuelves la pureza que, por la obediencia de un hombre y una mujer, regenera a las almas para salvarlas.

Tú eres, sacerdote, precursor de la salvación de cada alma que Dios envía al mundo, nacida de un vientre de mujer, que nace con mancha de pecado, porque ese vientre ha sido concebido desde un principio, manchado de pecado, porque vientre inmaculado y puro sólo hay uno, y la pureza se ha engendrado y ha nacido de ese vientre sin mancha ni pecado, y por la obediencia de ese hombre y esa mujer has sido tú sacerdote bautizado

con el Espíritu Santo, unido al Padre, por filiación divina, que te concede por heredad la vida.

Bautiza, sacerdote, porque tienes el poder en tus manos de hacer justicia.

No cometas, sacerdote, la injusticia de tu pereza, de tu tibieza y de tu resignación.

Sirve al pueblo de Dios para que sea santo, llevándole la Buena Nueva de la salvación, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, para que sean todos hijos de Dios.

(*Espada de Dos Filos* I, n. 51)

Bautismo del Señor (Ciclo C)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN AMBROSIO (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Catequesis 2014 - Homilía 2015 y 2019 – Ángelus 2016**
- **BENEDICTO XVI – Homilía y Ángelus, 2007-2010-2013**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES (La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes)**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Rev. D. Joan BUSQUETS i Masana (Sabadell, Barcelona, España) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO C)

DIOS QUE LLEGA

Is 40, 1-5. 9-11; Tit 2. 11-14; 3, 4-7; Lc 3, 15-16. 21-22

El profeta Isaías, al igual que Juan Bautista, asumieron una misión complicada, como sin duda lo era, anunciar la inminente llegada de Dios y de su enviado. El pueblo que recibía dicho mensaje vivía en una prolongada situación de crisis social y religiosa. Los habitantes de Jerusalén recién habían regresado del destierro en Babilonia, vivían una especie de segundo éxodo, regresando de una tierra extranjera volverían a ocupar Jerusalén. El

Evangelio nos presenta por su parte a Juan Bautista, informando a los israelitas de toda condición que le piden el bautismo, que el enviado definitivo de Dios los renovará con el Espíritu Santo, inaugurando la verdadera salvación. Ambos mensajeros sabían que su mensaje no era tan fácil de acoger por parte de un pueblo desencantado. La escena del bautismo y la revelación de Jesús como Hijo predilecto de Dios, llenó de confianza y certidumbre al Bautista. Dios estaba cumpliendo su promesa.

ANTÍFONA DE ENTRADA **Cfr. Mt 3, 16-17**

Inmediatamente después de que Jesús recibió el bautismo, se abrieron los cielos y el Espíritu Santo se posó sobre él en forma de paloma, y resonó la voz del Padre que decía: "Éste es mi Hijo amado, en quien he puesto todo mi amor".

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno, que proclamaste solemnemente a Jesucristo como tu Hijo muy amado, cuando, al ser bautizado en el Jordán, descendió el Espíritu Santo sobre él, concede a tus hijos de adopción, renacidos del agua y del Espíritu Santo, que se conserven siempre dignos de tu complacencia. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Se revelará la gloria del Señor y todos los hombres la verán.

Del libro del profeta Isaías: 40, 1-5. 9-11

"Consuelen, consuelen a mi pueblo, dice nuestro Dios. Hablen al corazón de Jerusalén y díganle a gritos que ya terminó el tiempo de su servidumbre y que ya ha satisfecho por sus iniquidades, porque ya ha recibido de manos del Señor castigo doble por todos sus pecados".

Una voz clama: "Preparen el camino del Señor en el desierto, construyan en el páramo una calzada para nuestro Dios. Que todo valle se eleve, que todo monte y colina se rebajen; que lo torcido se enderece y lo escabroso se allane. Entonces se revelará la gloria del Señor y todos los hombres la verán". Así ha hablado la boca del Señor.

Sube a lo alto del monte, mensajero de buenas nuevas para Sión; alza con fuerza la voz, tú que anuncias noticias alegres a Jerusalén. Alza la voz y no temas; anuncia a los ciudadanos de Judá: "Aquí está su Dios. Aquí llega el Señor, lleno de poder el que con su brazo lo domina todo. El premio de su victoria lo acompaña y sus trofeos lo anteceden. Como pastor apacentará su rebaño; llevará en sus brazos a los corderitos recién nacidos y atenderá solícito a sus madres".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 103, lb-2. 3-4. 24-25. 27-28. 29-30

R/. Bendice al Señor, alma mía.

Bendice al Señor, alma mía; Señor y Dios mío, inmensa es tu grandeza. Te vistes de belleza y majestad, la luz te envuelve como un manto. ***R/.***

Por encima de las aguas construyes tu morada. Las nubes son tu carro; los vientos, tus alas y mensajeros; y tus servidoras, las ardientes llamas. ***R/.***

¡Qué numerosas son tus obras, Señor, y todas las hiciste con maestría! La tierra está llena de tus creaturas, y tu ruar, enorme a lo largo y a lo ancho, está lleno de animales pequeños y grandes. ***R/.***

Todos los vivientes aguardan que les des de comer a su tiempo; les das el alimento y lo recogen, abres tu mano y se sacian de bienes. ***R/.***

Si retiras tu aliento, toda creatura muere y vuelve al polvo. Pero envías tu espíritu, que da vida, y renuevas el aspecto de la tierra. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Él nos salvó mediante el bautismo, que nos regenera y nos renueva, por la acción del Espíritu Santo.

De la carta del apóstol san Pablo a Tito: 2, 11-14; 3, 4-7

Querido hermano: La gracia de Dios se ha manifestado para salvar a todos los hombres y nos ha enseñado a renunciar a la vida sin religión y a los deseos mundanos, para que vivamos, ya desde ahora, de una manera sobria, justa y fiel a Dios, en espera de la gloriosa venida del gran Dios y salvador, Cristo Jesús, nuestra esperanza. Él se entregó por nosotros para redimirnos de todo pecado y purificarnos, a fin de convertirnos en pueblo suyo, fervorosamente entregado a practicar el bien.

Al manifestarse la bondad de Dios, nuestro salvador, y su amor a los hombres, él nos salvó, no porque nosotros hubiéramos hecho algo digno de merecerlo, sino por su misericordia Lo hizo mediante el bautismo, que nos regenera y nos renueva, por la acción del Espíritu Santo, a quien Dios derramó abundantemente sobre nosotros, por Cristo, nuestro salvador. Así, justificados por su gracia, nos convertiremos en herederos, cuando se realice la esperanza de la vida eterna.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Lc 3, 16

R/. Aleluya, aleluya.

Ya viene otro más poderoso que yo, dijo Juan el Bautista; él los bautizará con él Espíritu Santo y con fuego. ***R/.***

EVANGELIO

Después del bautismo de Jesús, el cielo se abrió.

+ Del santo Evangelio según san Lucas: 3, 15-16. 21-22

En aquel tiempo, como el pueblo estaba en expectación y todos pensaban que quizá Juan el Bautista era el Mesías, Juan los sacó de dudas, diciéndoles: "Es cierto que yo bautizo con agua, pero ya viene otro más poderoso que yo, a quien no merezco desatarle las correas de sus sandalias. El los bautizará con el Espíritu Santo y con fuego".

Sucedió que entre la gente que se bautizaba, también Jesús fue bautizado. Mientras éste oraba, se abrió el cielo y el Espíritu Santo bajó sobre él en forma sensible, como de una paloma, y del cielo llegó una voz que decía: "Tú eres mi Hijo, el predilecto; en ti me complazco".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Acepta, Señor, los dones que te presentamos en la manifestación de tu Hijo muy amado, para que la oblación de tus hijos se convierta en el mismo sacrificio de aquel que quiso en su misericordia lavar los pecados del mundo. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

PREFACIO

El Bautismo del Señor.

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque mostraste en el Jordán con signos admirables el misterio del nuevo bautismo, para que, por aquella voz, venida del cielo, creyéramos que tu Palabra ya estaba habitando en nosotros y, por el Espíritu Santo, que descendió en forma de paloma, se supiera que Cristo, tu Siervo, era ungido con óleo de alegría y enviado a anunciar el Evangelio a los pobres.

Por eso, a una con los coros de ángeles, te alabamos continuamente en a tierra, aclamando sin cesar: Santo, Santo, Santo...

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Jn 1, 32. 34

Éste es aquél de quien Juan decía: Yo lo he visto y doy testimonio de que él es el Hijo de Dios.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Saciados con estos sagrados dones, imploramos, Señor, tu clemencia, para que, escuchando fielmente a tu Unigénito, nos llamemos y seamos de verdad hijos tuyos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO C)

Preparad el camino del Señor (Is 40,1-5.9-11)

1a. lectura

Se inicia aquí una sección del libro de Isaías (40,1 – 48,22) que tiene como referencia inmediata la vuelta de los desterrados de Babilonia, que es presentada como un «nuevo éxodo». Si el éxodo de Egipto es el prototipo de todas las intervenciones que ha hecho Dios en favor de su pueblo, ahora se habla de otro, que es «nuevo» porque el poder con el que actúa el Señor, Creador de todas las cosas, supera a lo manifestado en el antiguo. La noticia de la liberación inminente supone un gran consuelo para el pueblo. Así se dice desde el principio y se reitera en los oráculos que siguen. Por eso, esta parte del libro de Isaías suele denominarse «Libro de la Consolación», y ha sido entendida como figura y anticipo de la consolación que traerá Cristo: «La verdadera consolación, alivio y liberación de los males humanos es la Encarnación de nuestro Dios y Salvador» (Teodoreto de Ciro, *Commentaria in Isaiam* 40,3).

Con solemnidad, una voz anónima proclama el consuelo de parte del Señor (vv. 1-5). La misma voz pide al profeta que también él grite y pregone la perenne vitalidad de la palabra de Dios y su mensaje de la salvación (vv. 6-11).

Los oráculos se dirigen a los habitantes de Jerusalén deportados en Babilonia. Cuando se pronuncian han pasado ya varias décadas desde que ellos o sus padres fueron forzados a abandonar la ciudad santa. Tras ese tiempo de sufrimientos y separación, su culpa ha sido expiada con creces. Llega el momento de disponerse para emprender, con la ayuda del Señor, el camino de regreso. A lo largo de toda la sección se habla de ese viaje. La voz que habla en nombre del Señor infunde ánimos: no será un camino duro, sino que encontrarán un sendero despejado que los llevará ante la Gloria del Señor. Como en el éxodo de Egipto, en el «camino» de Babilonia hacia Jerusalén el poder de Dios se va a manifestar con prodigios. Las palabras de la voz misteriosa que invita a emprender la marcha avivan la esperanza de los que regresaban a la tierra prometida. Los cuatro Evangelios ven cumplidas estas palabras en el ministerio de Juan Bautista, que es la voz que grita en el desierto: «Preparad el camino del Señor» (cfr v. 3). En efecto, Juan, con su llamada a la conversión personal y al bautismo de penitencia, prepara el camino para encontrar a Jesús (cfr Mt 3,3; Mc 1,3; Lc 3,4; Jn 1,23), a quien los Evangelios confiesan como «el Señor» (cfr v. 3). Por su parte, Juan Bautista es el heraldo, el «precursor»: «Por este motivo, aquella voz manda preparar un camino para la Palabra de Dios, así como allanar sus obstáculos y asperezas, para que cuando venga nuestro Dios pueda caminar sin dificultad. *Preparad un camino al Señor:* se trata de la predicación evangélica y de la nueva consolación, con el deseo de que la salvación de Dios llegue a conocimiento de todos los hombres» (Eusebio de Cesarea, *Commentaria in Isaiam* 40,366). De ahí que, en la tradición cristiana, «Juan es “más que un profeta” (Lc 7,26). En él, el Espíritu Santo consuma el “hablar por los profetas”. Juan termina el ciclo de los profetas inaugurado por Elías (cfr Mt 11,13-14). Anuncia la inminencia de la consolación de Israel, es la “voz” del Consolador que llega (Jn 1,23; cfr Is 40,1-3)» (*Catecismo de la Iglesia Católica,* n. 719).

En la segunda parte del oráculo, la voz anónima pide al profeta que hable en nombre del Señor (vv. 6-8). Los proyectos meramente humanos tienen una vigencia limitada, sólo la palabra de Dios permanece. Seguramente hay en esa voz una alusión al poder de Babilonia, que pasa como «flor silvestre» cuando «sopla el aliento del Señor», porque se había alzado contra la bondad de Dios. En el mensaje que ha de transmitir al pueblo se habla de confianza en el poder de Dios, que no llega para devastar sino para cuidar amorosamente y recompensar al pueblo que está a su cuidado (vv. 9-11). Aparece por primera vez la imagen del «rebaño» referida al pueblo de Dios, una de las varias figuras utilizadas en la Sagrada Escritura para expresar la atención amorosa de Dios a su pueblo (cfr Jr 23,3; Ez 34,1ss.; Sal 23,4) y que la tradición cristiana utiliza para exponer el misterio de la Iglesia: «La Iglesia, en efecto, es el *redil* cuya puerta única y necesaria es Cristo (Jn 10,1-10). Es también el rebaño cuyo pastor será el mismo Dios, como Él mismo anunció (cfr Is 40,11; Ez 34,11-31). Aunque son pastores humanos quienes gobiernan a las ovejas, sin embargo, es Cristo mismo el que sin cesar las guía y alimenta; Él, el Buen Pastor y Cabeza de los pastores (cfr Jn 10,11; 1 P 5,4), que dio su vida por las ovejas (cfr Jn 10,11-15)» (Conc. Vaticano II, *Lumen gentium*, n. 6).

***

Ha aparecido la gracia de Dios a todos los hombres (Tt 2,11-14)

2a. lectura

La acción de la gracia divina manifestada en la Encarnación tiene eficacia redentora: es portadora de salvación, además de fuente de santificación, al educar para un comportamiento moral recto. Las obligaciones descritas manifiestan un estilo de vida cristiana (v. 12) fundado en la esperanza (v. 13). Es Cristo quien con su obra redentora ha logrado que podamos tener tal vida y esperanza.

En la Eucaristía, alimento del alma, recibimos la gracia para vivir así y la celebramos «*expectantes beatam spem et adventum Salvatoris nostri Jesu Christi* ("mientras esperamos la gloriosa venida de Nuestro Salvador Jesucristo": MR, *Embolismo después del Padre Nuestro*; cfr Tt 2, 13), pidiendo entrar "en tu reino, donde esperamos gozar todos juntos de la plenitud eterna de tu gloria; allí enjugarás las lágrimas de nuestros ojos, porque, al contemplarte como tú eres, Dios nuestro, seremos para siempre semejantes a ti y cantaremos eternamente tus alabanzas, por Cristo, Señor Nuestro" (MR, *Plegaria Eucarística* 3,128: *oración por los difuntos*)» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1404).

El v. 14 es bello resumen de la doctrina de la Redención. Se señalan cuatro elementos esenciales: donación que Cristo hizo de Sí mismo; redención de toda iniquidad; purificación; y apropiación del pueblo. La entrega de Cristo es una alusión al sacrificio voluntario de la cruz (cfr Ga 1,9; 2,20; Ef 5,2; 1 Tm 2,6), mediante el cual nos ha librado de la esclavitud del pecado; el sacrificio de Cristo es la causa de la libertad de los hijos de Dios, de modo análogo a como la acción de Dios operó la liberación del pueblo de Israel en el éxodo, constituyéndolo en pueblo de su propiedad (cfr Ex 19,4-6). Con la nueva

Alianza de su sangre, Jesucristo hace de la Iglesia su pueblo elegido, llamado a incorporar a todas las naciones: «Así como al pueblo de Israel, según la carne, peregrinando por el desierto, se le designa ya como Iglesia, así el nuevo Israel, que caminando en el tiempo presente busca la ciudad futura y perenne, también es designado como Iglesia de Cristo, porque fue Él quien la adquirió con su sangre, la llenó de su Espíritu y la dotó de los medios apropiados de unión visible y social» (Conc. Vaticano II, *Lumen gentium*, n. 9).

***

Bautismo de Jesús (Lc 3,15-16.21-22)

Evangelio

Los cuatro evangelios recogen la actividad del Bautista que precedió la vida pública de Cristo.

Juan recuerda que él no es el Mesías, pero que éste está al llegar y que vendrá con el poder de juez supremo, propio de Dios, y con una dignidad que no tiene parangón humano (vv. 15-16): «Aprended del mismo Juan un ejemplo de humildad. Le tienen por Mesías y niega serlo; no se le ocurre emplear el error ajeno en beneficio propio. (...) Comprendió dónde tenía su salvación; comprendió que no era más que una antorcha, y temió que el viento de la soberbia la pudiese apagar» (S. Agustín, *Sermones* 293,3).

El Bautismo de Jesús es narrado por los tres evangelios sinópticos. También se encuentran alusiones a él en el *Evangelio de San Juan* (Jn 1,29-34) y en los *Hechos de los Apóstoles* (Hch 1,5; 10,38). En todos se presenta como el comienzo del ministerio, o mejor, como la preparación inmediata a su vida pública. Su significación es muy rica: es la manifestación (*epifanía*) de Jesús como Mesías de Israel e Hijo de Dios, y la aceptación y la inauguración de su misión de «Siervo doliente» (cfr nota a Mt 3,13-17). Para los hombres representa también el signo de la reconciliación del mundo con Dios (cfr nota a Mc 1,13-17). Este acontecimiento, la adoración de los Magos (Mt 2,11) y el primer milagro que hizo el Señor en las bodas de Caná (Jn 2,11) constituyen las tres primeras manifestaciones solemnes de la divinidad de Cristo; como tales se evocan en la liturgia de la solemnidad de la Epifanía: «Veneremos este día santo, honrado con tres prodigios: hoy, la estrella condujo a los Magos al pesebre; hoy, el agua se convirtió en vino en las bodas de Caná; hoy, Cristo fue bautizado por Juan en el Jordán, para salvarnos. Aleluya» (Liturgia de las Horas, *Antífona del Magnificat 2ª vísperas*).

SAN AMBROSIO (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO C)

El Bautismo del Señor

Y aconteció, al tiempo que todo el pueblo era bautizado, que, habiendo sido también bautizado y estando en oración, se abrió el cielo, y descendió el Espíritu Santo en figura

corporal a manera de paloma sobre El, y una voz vino del cielo: Tú eres mi Hijo amado; en ti me agradé. El Señor ha sido, pues, bautizado: No quería El ser purificado, sino purificar las aguas, a fin de que, limpias por la carne de Cristo, que jamás conoció el pecado, tuviesen el poder de bautizar**.** Así el que viene al bautismo de Cristo deja allí sus pecados. Bellamente el evangelista San Lucas se ha propuesto resumir lo que habían dicho los otros y ha dado a entender que el Señor fue bautizado por Juan, más que dejarlo expresado. En cuanto a la causa de este bautismo del Señor, el mismo Señor nos lo explica con estas palabras: *Déjame hacer ahora, pues así nos cumple realizar plenamente toda justicia (Mt 3,15).*

Habiendo hecho tanto Dios por un favor divino, que, para la edificación de su Iglesia, después de los patriarcas, de los profetas y de los ángeles, descendiese el Hijo Unigénito de Dios y viniese al bautismo, ¿no reconoceremos nosotros con cuánta verdad y divinamente se ha dicho de la Iglesia: *Si el Señor no edifica su casa, en vano trabajan los que la construyen?* No hay que extrañarse que el hombre no pueda edificar si no puede custodiar: *Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los que la guardan* (Sal 162,1). Por mi parte me atrevo a decir aún que el hombre no puede andar en un camino si el Señor no le ha precedido antes; así está escrito: *Marcharás en pos del Señor tu Dios* (Deut 13,4) y *el Señor es el que conduce los pasos del hombre* (Prov 20,24). Finalmente, aquél, más perfecto, que comprendía que sin el Señor no podía marchar, ha dicho: *Enseñadme vuestros caminos* (Sal 24,4). Y, para venir a la historia —pues no debemos sacar sólo la simple serie de los hechos, sino también ordenar nuestras acciones conforme lo que está escrito—, de Egipto salió el pueblo. Ignoraba el camino que conducía a la Tierra santa; Dios envía una columna de fuego a fin de que, durante la noche, conociera el pueblo su camino; envió también durante el día una columna de nubes para que no se desviasen ni a derecha ni a izquierda. Mas no eres tal, ¡oh hombre!, que merezcas también tú una columna de fuego; tú no tienes a Moisés; no tienes el signo; pues ahora, que ha venido el Señor, se exige la fe y son retirados los signos. Teme al Señor y cuenta sobre el Señor; pues *el Señor enviará a sus ángeles en torno de los que le temen y los librará* (Sal 33,8). Observa atentamente que siempre el poder del Señor colabora con los esfuerzos del hombre, de suerte que nadie puede construir sin el Señor, nadie custodiar sin el Señor ni emprender cosa alguna sin el Señor. Por eso, según el Apóstol: *Ora comáis, ora bebáis, hacedlo todo a la gloria de Dios* (1 Cor 10,31), en el nombre de nuestro Señor Jesucristo; pues en dos epístolas nos prescribe obrar: en una, *en el nombre de nuestro Señor Jesucristo* (Col 3,17), y en otra, a *la gloria de Dios,* para que entiendas que el Padre y el Hijo tienen la misma gloria y el mismo poder, que no existe diferencia alguna en cuanto a la divinidad entre el Padre y el Hijo, que, para ayudarnos, no están en desacuerdo. David me enseñó que nadie sin el Señor construye la casa ni guarda la ciudad.

Moisés me ha enseñado que nadie más que Dios ha hecho el mundo; pues *al principio hizo Dios el cielo y la tierra* (Gen 1,1). Igualmente me ha enseñado que Dios creó al hombre con su trabajo, y no sin motivo ha escrito: *Hizo Dios al hombre del barro*

de la tierra y le sopló en su rostro un soplo de vida (ibíd., 2,7), para que adviertas la actividad de Dios en la creación del hombre como una especie de trabajo corporal. Me ha enseñado también que Dios ha hecho a la mujer: pues *Dios infundió un sueño a Adán y se durmió, y tomó Dios una costilla de su costado* y *la llenó de carne,* Y *el Señor transformó en mujer la costilla que tomó de Adán* (ibíd., 2,21ss). No en vano, he dicho, Moisés ha mostrado a Dios trabajando en la creación de Adán y Eva como con manos de carne. Para el mundo, Dios ordena que sea hecho y fue hecho, y por esta sola palabra indica la Escritura que la obra del mundo fue acabada; al venir al hombre, el profeta ha cuidado de mostrarnos, por decirlo así, las manos mismas de Dios en el trabajo.

Este trabajo de Dios en estas obras me obliga a entender aquí yo no sé qué cosas más de las que leo. El Apóstol viene en ayuda de mi aturdimiento, y lo que yo no entendía qué era: Hueso de mis huesos y carne de mi carne y ésta se llamará mujer, porque ha sido tomada del varón, me lo ha revelado en el Espíritu Santo, diciendo: *Esto es un gran misterio. ¿Qué misterio? Porque serán los dos en una sola carne, y dejará el hombre a su padre y a su madre, para unirse a su mujer, y porque nosotros somos miembros de su cuerpo, hechos de su carne y de sus huesos (Ef 5,30.32).* ¿Quién es este hombre por el cual ha de dejar la mujer a sus padres? La Iglesia ha dejado a sus padres, ha reunido a los pueblos de la gentilidad, a la cual se ha dicho proféticamente: *Olvida a tu pueblo y la casa de tus padres (Sal 44,11).* ¿Por qué hombre? ¿No será por Aquel del cual ha dicho Juan: *Detrás de mí viene un hombre que ha sido hecho antes que yo? (Jn 1,30)*. De su costado, mientras dormía, Dios ha tomado una costilla; pues él mismo es el que durmió, descansó y resucitó, porque el Señor lo levantó. ¿Cuál es su costilla, sino su poder? Pues en el mismo momento en que un soldado abrió su costado, al instante salió agua y sangre, que se derramó para la vida del mundo (Jn 19,34). Esta vida del mundo es el costado de Cristo, el costado del segundo Adán; ya que *el primer Adán fue alma viviente, el segundo espíritu vivificante* (1 Cor 15,45); el segundo Adán es Cristo, el costado de Cristo es *la* vida de la Iglesia. *Nosotros somos,* pues, *miembros de su cuerpo, hechos de su carne y de sus huesos* (Ef 5,30). Y tal vez éste es el costado del cual se ha dicho: *Yo siento un poder que sale de mí* (Lc 8,46); ésta es la costilla que salió de Cristo, y no ha disminuido su cuerpo; pues no es una costilla corporal, sino espiritual, ya que el espíritu no se divide, sino que divide a cada uno según su agrado (1 Cor 12,11). He aquí a Eva, madre de todos los vivientes. Si entiendes: *Buscas al que vive entre los muertos* (Lc 24,5), entiendes que están muertos los que están sin Cristo, que no participan de la vida; es decir, que no participan de Cristo, pues Cristo es vida. La madre de los vivientes es, pues, la Iglesia que Dios ha construido teniendo por piedra angular al mismo Jesucristo, en el cual toda estructura compacta se levanta para formar un templo (Ef 2,20).

Que Dios venga, pues; que cree a la mujer: aquélla para la ayuda de Adán, ésta para Cristo; no porque Cristo tenga necesidad de una auxiliar, sino porque nosotros buscamos y deseamos ir a la gracia de Cristo por la Iglesia. Ahora la mujer es construida, ahora es formada, ahora toma figura, ahora es creada. Por eso la Escritura ha adoptado una

expresión nueva, que nosotros somos edificados sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas (Ef 2,20). Ahora la casa espiritual se levanta para un sacerdocio santo (1 Petr 2,5). Ven, Señor Dios, forma esta mujer, construye la ciudad. Que venga también tu siervo; pues yo creo en tu palabra: *El mismo edificará para mí la ciudad* (Is 44,13).

He aquí a la mujer, madre de todos; he aquí la mansión espiritual, he aquí la ciudad que vive eternamente, pues no sabe morir. Es la ciudad de Jerusalén, que ahora se ve en la tierra, pero que será transportada por encima de Elías —Elías era una unidad—, transportada por encima de Enoch, de cuya muerte nada se encuentra; pues *fue arrebatado para que la maldad no cambiase su corazón* (Sab 4,11), mientras que ésta es amada por Cristo como gloriosa, santa, inmaculada, sin arruga (Ef 5,27). ¡Y cuánto todo el cuerpo no tiene más títulos que el ser elevado! Tal es en efecto la esperanza de la Iglesia. Será ciertamente transportada, elevada y conducida al cielo. He aquí que Elías fue transportado en un carro de fuego, y la Iglesia será transportada. ¿No me crees? Cree al menos a Pablo, en el cual ha hablado Cristo. *Nosotros,* dice, *seremos arrebatados sobre las nubes al aire hacia el encuentro del Señor y así siempre estaremos con el Señor* (1 Tes 4,17).

Para construida (la Iglesia) han sido enviados muchos: han sido enviados los patriarcas, los profetas, el arcángel Gabriel; innumerables ángeles se han aplicado a esa misión, y la multitud de los ejércitos celestiales alababa a Dios porque se acercaba la construcción de esta ciudad. Muchos han sido enviados, mas sólo Cristo la ha construido; en verdad no está solo, porque está presente el Padre, y, si El sólo la construye, no reivindica para sí solo el mérito de tal construcción. Se ha escrito del templo de Dios que construyó Salomón, y que figuraba a la Iglesia, que eran setenta mil los que transportaban sobre sus espaldas y ochenta mil los canteros (2 Sam 3). Que vengan los ángeles, que vengan los canteros, que tallen lo superfluo de nuestras piedras y pulimenten sus asperezas; que vengan también los que las llevan sobre sus espaldas; pues está escrito: *Serán llevados sobre las espaldas* (Is 49,22).

Vino, pues, a Juan —pues lo demás lo conocéis—. Vino al bautismo de Juan. Mas el bautismo de Juan llevaba consigo el arrepentimiento de los pecados. Y por eso se lo impide Juan, diciendo: *Yo debo ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?* (Mt 3,14). ¿Por qué vienes a mí tú, que no tienes pecado? Debe ser bautizado el que es pecador, más el que no ha cometido pecados, ¿por qué habría de pedir un bautismo de penitencia? *Deja por el momento* —es decir, mientras construyo la Iglesia—, *pues así nos cumple realizar toda justicia* (ibíd., 15). ¿Qué es la justicia, sino la misericordia?, pues *Él ha distribuido, ha dado a los pobres, su justicia permanece eternamente* (Sal 111,9). Él me ha dado a mí, pobre, me ha dado a mí, indigente, la gracia que antes no tenía: su justicia permanece eternamente. ¿Qué es la justicia, sino que tú comiences primero lo que quieres que otro haga y animar a los demás con tu ejemplo? ¿Qué es la justicia, sino que, habiendo tomado carne, lejos de excluir como Dios la sensibilidad o los servicios de la carne, triunfó de la carne como hombre, para enseñarme a triunfar de ella? Pues me ha enseñado de qué

manera yo podría dar a esta carne, sujeta a los vicios de la tierra, la sepultura en cuanto a los crímenes y la renovación de las virtudes.

¡Oh providencia verdaderamente divina en la misma humillación del Señor! Pues cuanto más profundo ha sido su abatimiento, más divina ha sido su providencia. Dios se entrega por el exceso de sus injurias; y para el empleo de sus remedios, no tiene Él necesidad de ningún remedio, se afirma Dios. ¿Hay cosa más divina, para llamar a los pueblos, que nadie rehúya el bautismo de gracia, cuando el mismo Cristo no ha rehuido el bautismo de penitencia? Nadie se considere exento de pecado cuando Cristo ha venido para remedio de los pecadores. Si Cristo se bautizó por nosotros, más aún, si nos bautizó en su cuerpo, ¿cuánto más debemos lavar nuestros delitos? ¿Qué obra más grande, qué mayor misterio muestra a Dios, aunque Dios esté en todos, que éste: a través del mundo entero donde se ha diseminado la raza y el género humano, a través de las distancias y de los espacios que separan los países, en un momento, en un solo cuerpo, Dios quita el fraude del antiguo error y derrama la gracia del Reino de los cielos? Uno sólo ha sido sumergido, pero ha levantado a todos; uno descendió para que todos ascendiesen, uno recibió los pecados, para que en El fueran lavados los pecados de todos. *Purificaos,* dice el apóstol (Sant 4,8), puesto que ha sido purificado por nosotros Aquél que no tiene necesidad de purificación. Estas cosas para nosotros.

Ahora consideremos el misterio de la Trinidad. Decimos que Dios es uno, mas alabamos al Padre y alabamos al Hijo. Pues, cuando se ha escrito: *Amarás al Señor, tu Dios, y a Él sólo servirás* (Deut 10,20), el Hijo ha declarado que no está solo, al decir: *Mas yo no estoy solo, pues mi Padre está conmigo* (Jn 16,32). En este momento tampoco está El solo: pues el Padre da testimonio de su presencia. Está presente el Espíritu Santo; pues nunca la Trinidad puede ser separada: *El cielo se abrió* y *descendió el Espíritu Santo, en figura corporal, a manera de paloma*. ¿Cómo, pues, dicen los herejes que Él está solo en el cielo, cuando no lo está en la tierra? Prestemos atención al misterio. ¿Por qué como una paloma? Es que para la gracia del bautismo se requiere la simplificación, de suerte que nosotros seamos simples como palomas (Mt 10,16). La gracia del bautismo requiere la paz, que, según la figuración antigua, una paloma la llevó al arca, que sola se salvó del diluvio. Lo que figuraba esta paloma, lo he aprendido de Aquel que ahora se ha dignado descender bajo la figura de una paloma: Él me ha enseñado que por este ramo y por esta arca eran figuradas la paz y la Iglesia, y que, en medio de los cataclismos del mundo, el Espíritu Santo lleva a su Iglesia la paz fructuosa. También me lo ha enseñado David cuando, al ver en una inspiración profética el misterio del bautismo, ha dicho: *¿Quién me dará alas como a la paloma?* (Sal 54,7).

El Espíritu Santo ha venido; mas estad atentos al misterio. Ha venido a Cristo, pues, *todo ha sido creado por El y subsiste en El* (Col 1,16). Observa la benevolencia del Señor, que solo se ha sometido a las afrentas y solo Él no ha buscado el honor. ¿Y cómo ha construido la Iglesia? *Yo rogaré al Padre,* dice, y *os dará otro Consolador, que esté con vosotros perpetuamente: El Espíritu de verdad, que el mundo no puede recibir, -porque*

no le ve ni le conoce (Jn 14,16-17). Con razón, pues, se ha mostrado corporalmente, pues en la sustancia de su divinidad no se le ve.

Nosotros hemos visto al Espíritu Santo, pero bajo una forma corporal. Veamos también al Padre. Más, como no podemos verle, escuchémosle. Pues está allí como Dios bienhechor; no dejará a su templo; quiere construir toda alma y darla forma para la salvación; quiere transportar las piedras vivas de la tierra al cielo. Ama a su templo, y nosotros amémosle. Amar a Dios es observar sus mandamientos; amarle es conocerle, pues *el que dice que le conoce y no guarda sus mandamientos es mentiroso* (1 Jn 2,4). ¿Cómo se puede amar, en efecto, a Dios si no se ama la verdad, siendo Dios la verdad? (ibíd., 5,6).

Escuchemos, pues, al Padre; pues el Padre es invisible. Pero el Hijo es igualmente invisible en su divinidad, pues *nadie ha visto jamás a Dios* (Jn 1,18); pues siendo el Hijo Dios, en tanto que es Dios, no se ve el Hijo. Mas Él ha querido mostrarse en un cuerpo; y como el Padre no tiene cuerpo, quiso probar que está presente en el Hijo, al decir: *Tú eres mi Hijo, en ti me he complacido*. Si quieres aprender que el Hijo está siempre presente con el Padre, lee la palabra del Hijo que dice: *Si subo al cielo, allí estás; si desciendo al abismo, allí estás presente* (Sal 133,8). Si deseas el testimonio del Padre, lo has oído de Juan: ten confianza en aquel a quien Cristo se ha confiado para ser bautizado, ante el cual el Padre ha acreditado al Hijo con una voz venida del cielo, al decir: *Este es mi Hijo muy amado, en el cual me he complacido*.

¿Dónde están los arrianos, a los que desagrada este Hijo en el cual se complace el Padre? Esto no lo digo yo ni lo ha dicho hombre alguno; pues Dios no lo ha manifestado por un hombre, ni por los ángeles, ni por los arcángeles, sino que el mismo Padre lo ha indicado con la voz venida del cielo. Por lo demás, el mismo Padre lo ha repetido, al decir: *Este es mi Hijo muy amado, en el cual me he complacido; escuchadle* (Mt 17,5); sí, escuchadle cuando dice: *Mi padre y yo somos una misma cosa* (Jn 10,30). No creer en el Hijo es, pues, no creer en el Padre. Testigo es El del Hijo. Si se duda del Hijo, tampoco se cree en el testimonio paterno. En fin, cuando dice: *En el cual me he complacido,* no alaba cosa ajena en su Hijo, sino lo suyo. ¿Qué es decir: *En el cual me he complacido,* sino que todas las cosas que tiene el Hijo son mías, como el Hijo dice: *Todas las cosas que tiene el Padre son mías* (Jn 16,15). El poder de una divinidad sin diferencia hace que no exista diversidad entre el Padre y el Hijo, sino que el Padre y el Hijo tienen parte en un mismo poder. Creamos al Padre, cuya voz dejaron oír los elementos; creamos al Padre, a cuya voz prestaron los elementos su ministerio. El mundo ha creído en los elementos, crea también en los hombres; ha creído por los objetos inanimados, crea también por los vivientes; ha creído por lo que es mudo, crea también por aquellos que hablan; ha creído por esto que no tiene inteligencia, crea también por los que han recibido la inteligencia para conocer a Dios.

(*Tratado sobre el Evangelio de San Lucas (1)*, nn. 83-95, BAC, Madrid, 1966, pp. 135-145)

FRANCISCO – Catequesis 2014 - Homilía 2015 y 2019 – Ángelus 2016

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO C)

Catequesis del 8 de enero de 2014

El Bautismo es un acto que toca en profundidad nuestra existencia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy iniciamos una serie de catequesis sobre los Sacramentos, y la primera se refiere al Bautismo. Por una feliz coincidencia, el próximo domingo se celebra precisamente la fiesta del Bautismo del Señor.

El Bautismo es el sacramento en el cual se funda nuestra fe misma, que nos injerta como miembros vivos en Cristo y en su Iglesia. Junto a la Eucaristía y la Confirmación forma la así llamada «Iniciación cristiana», la cual constituye como un único y gran acontecimiento sacramental que nos configura al Señor y hace de nosotros un signo vivo de su presencia y de su amor.

Puede surgir en nosotros una pregunta: ¿es verdaderamente necesario el Bautismo para vivir como cristianos y seguir a Jesús? ¿No es en el fondo un simple rito, un acto formal de la Iglesia para dar el nombre al niño o a la niña? Es una pregunta que puede surgir. Y a este punto, es iluminador lo que escribe el apóstol Pablo: «¿Es que no sabéis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte? Por el Bautismo fuimos sepultados con Él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva» (*Rm* 6, 3-4). Por lo tanto, no es una formalidad. Es un acto que toca en profundidad nuestra existencia. Un niño bautizado o un niño no bautizado no es lo mismo. No es lo mismo una persona bautizada o una persona no bautizada. Nosotros, con el Bautismo, somos inmersos en esa fuente inagotable de vida que es la muerte de Jesús, el más grande acto de amor de toda la historia; y gracias a este amor podemos vivir una vida nueva, no ya en poder del mal, del pecado y de la muerte, sino en la comunión con Dios y con los hermanos.

Muchos de nosotros no tienen el mínimo recuerdo de la celebración de este Sacramento, y es obvio, si hemos sido bautizados poco después del nacimiento. He hecho esta pregunta dos o tres veces, aquí, en la plaza: quien de vosotros sepa la fecha del propio Bautismo, que levante la mano. Es importante saber el día que fui inmerso precisamente en esa corriente de salvación de Jesús. Y me permito daros un consejo. Pero más que un consejo, una tarea para hoy. Hoy, en casa, buscad, preguntad la fecha del Bautismo y así sabréis bien el día tan hermoso del Bautismo. Conocer la fecha de nuestro Bautismo es conocer una fecha feliz. El riesgo de no conocerla es perder la memoria de lo que el Señor ha hecho con nosotros; la memoria del don que hemos recibido. Entonces acabamos por considerarlo sólo como un acontecimiento que tuvo lugar en el pasado —y ni siquiera por

voluntad nuestra, sino de nuestros padres—, por lo cual no tiene ya ninguna incidencia en el presente. Debemos despertar la memoria de nuestro Bautismo. Estamos llamados a vivir cada día nuestro Bautismo, como realidad actual en nuestra existencia. Si logramos seguir a Jesús y permanecer en la Iglesia, incluso con nuestros límites, con nuestras fragilidades y nuestros pecados, es precisamente por el Sacramento en el cual hemos sido convertidos en nuevas criaturas y hemos sido revestidos de Cristo. Es en virtud del Bautismo, en efecto, que, liberados del pecado original, hemos sido injertados en la relación de Jesús con Dios Padre; que somos portadores de una esperanza nueva, porque el Bautismo nos da esta esperanza nueva: la esperanza de ir por el camino de la salvación, toda la vida. Esta esperanza que nada ni nadie puede apagar, porque, la esperanza no defrauda. Recordad: la esperanza en el Señor no decepciona. Gracias al Bautismo somos capaces de perdonar y amar incluso a quien nos ofende y nos causa el mal; logramos reconocer en los últimos y en los pobres el rostro del Señor que nos visita y se hace cercano. El Bautismo nos ayuda a reconocer en el rostro de las personas necesitadas, en los que sufren, incluso de nuestro prójimo, el rostro de Jesús. Todo esto es posible gracias a la fuerza del Bautismo.

Un último elemento, que es importante. Y hago una pregunta: ¿puede una persona bautizarse por sí sola? Nadie puede bautizarse por sí mismo. Nadie. Podemos pedirlo, desearlo, pero siempre necesitamos a alguien que nos confiera en el nombre del Señor este Sacramento. Porque el Bautismo es un don que viene dado en un contexto de solicitud y de compartir fraterno. En la historia, siempre uno bautiza a otro y el otro al otro... es una cadena. Una cadena de gracia. Pero yo no puedo bautizarme a mí mismo: debo pedir a otro el Bautismo. Es un acto de fraternidad, un acto de filiación en la Iglesia. En la celebración del Bautismo podemos reconocer las líneas más genuinas de la Iglesia, la cual como una madre sigue generando nuevos hijos en Cristo, en la fecundidad del Espíritu Santo.

Pidamos entonces de corazón al Señor poder experimentar cada vez más, en la vida de cada día, esta gracia que hemos recibido con el Bautismo. Que al encontrarnos, nuestros hermanos puedan hallar auténticos hijos de Dios, auténticos hermanos y hermanas de Jesucristo, auténticos miembros de la Iglesia. Y no olvidéis la tarea de hoy: buscar, preguntar la fecha del propio Bautismo. Como conozco la fecha de mi nacimiento, debo conocer también la fecha de mi Bautismo, porque es un día de fiesta.

***

Catequesis del 15 de enero de 2014

El Bautismo nos convierte en miembros del Cuerpo de Cristo y del Pueblo de Dios

Queridos hermanos y hermanas:

El miércoles pasado hemos comenzado un breve ciclo de catequesis sobre los Sacramentos, comenzando por el Bautismo. Y en el Bautismo quisiera centrarme también

hoy, para destacar un fruto muy importante de este Sacramento: el mismo nos convierte en miembros del Cuerpo de Cristo y del Pueblo de Dios. Santo Tomás de Aquino afirma que quien recibe el Bautismo es incorporado a Cristo casi como su mismo miembro y es agregado a la comunidad de los fieles (cf. *Summa Theologiae*, III, q. 69, a. 5; q. 70, a. 1), es decir, al Pueblo de Dios. En la escuela del Concilio Vaticano II, decimos hoy que el Bautismo nos hace entrar en el Pueblo de Dios, nos convierte en miembros de un Pueblo en camino, un Pueblo que peregrina en la historia.

En efecto, como de generación en generación se transmite la vida, así también de generación en generación, a través del renacimiento en la fuente bautismal, se transmite la gracia, y con esta gracia el Pueblo cristiano camina en el tiempo, como un río que irriga la tierra y difunde en el mundo la bendición de Dios. Desde el momento en que Jesús dijo lo que hemos escuchado en el Evangelio, los discípulos fueron a bautizar; y desde ese tiempo hasta hoy existe una cadena en la transmisión de la fe mediante el Bautismo. Y cada uno de nosotros es un eslabón de esa cadena: un paso adelante, siempre; como un río que irriga. Así es la gracia de Dios y así es nuestra fe, que debemos transmitir a nuestros hijos, transmitir a los niños, para que ellos, cuando sean adultos, puedan transmitirla a sus hijos. Así es el Bautismo. ¿Por qué? Porque el Bautismo nos hace entrar en este Pueblo de Dios que transmite la fe. Esto es muy importante. Un Pueblo de Dios que camina y transmite la fe.

En virtud del Bautismo nos convertimos en discípulos misioneros, llamados a llevar el Evangelio al mundo (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 120). «Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador… La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo» (ibid.) de todos, de todo el pueblo de Dios, un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados. El Pueblo de Dios es un Pueblo discípulo —porque recibe la fe— y misionero —porque transmite la fe—. Y esto hace el Bautismo en nosotros: nos dona la Gracia y transmite la fe. Todos en la Iglesia somos discípulos, y lo somos siempre, para toda la vida; y todos somos misioneros, cada uno en el sitio que el Señor le ha asignado. Todos: el más pequeño es también misionero; y quien parece más grande es discípulo. Pero alguno de vosotros dirá: «Los obispos no son discípulos, los obispos lo saben todo; el Papa lo sabe todo, no es discípulo». No, incluso los obispos y el Papa deben ser discípulos, porque si no son discípulos no hacen el bien, no pueden ser misioneros, no pueden transmitir la fe. Todos nosotros somos discípulos y misioneros.

Existe un vínculo indisoluble entre la dimensión mística y la dimensión misionera de la vocación cristiana, ambas radicadas en el Bautismo. «Al recibir la fe y el bautismo, los cristianos acogemos la acción del Espíritu Santo que lleva a confesar a Jesús como Hijo de Dios y a llamar a Dios "Abba", Padre. Todos los bautizados y bautizadas… estamos llamados a vivir y transmitir la comunión con la Trinidad, pues la evangelización es un llamado a la participación de la comunión trinitaria» (*Documento conclusivo de Aparecida*, n. 157).

Nadie se salva solo. Somos comunidad de creyentes, somos Pueblo de Dios y en esta comunidad experimentamos la belleza de compartir la experiencia de un amor que nos precede a todos, pero que al mismo tiempo nos pide ser «canales» de la gracia los unos para los otros, a pesar de nuestros límites y nuestros pecados. La dimensión comunitaria no es sólo un «marco», un «contorno», sino que es parte integrante de la vida cristiana, del testimonio y de la evangelización. La fe cristiana nace y vive en la Iglesia, y en el Bautismo las familias y las parroquias celebran la incorporación de un nuevo miembro a Cristo y a su Cuerpo que es la Iglesia (cf. *ibid*., n. 175 b).

A propósito de la importancia del Bautismo para el Pueblo de Dios, es ejemplar la historia de la comunidad cristiana en Japón. Ésta sufrió una dura persecución a inicios del siglo XVII. Hubo numerosos mártires, los miembros del clero fueron expulsados y miles de fieles fueron asesinados. No quedó ningún sacerdote en Japón, todos fueron expulsados. Entonces la comunidad se retiró a la clandestinidad, conservando la fe y la oración en el ocultamiento. Y cuando nacía un niño, el papá o la mamá, lo bautizaban, porque todos los fieles pueden bautizar en circunstancias especiales. Cuando, después de casi dos siglos y medio, 250 años más tarde, los misioneros regresaron a Japón, miles de cristianos salieron a la luz y la Iglesia pudo reflorecer. Habían sobrevivido con la gracia de su Bautismo. Esto es grande: el Pueblo de Dios transmite la fe, bautiza a sus hijos y sigue adelante. Y conservaron, incluso en lo secreto, un fuerte espíritu comunitario, porque el Bautismo los había convertido en un solo cuerpo en Cristo: estaban aislados y ocultos, pero eran siempre miembros del Pueblo de Dios, miembros de la Iglesia. Mucho podemos aprender de esta historia.

***

Homilía del 11 de enero de 2015

El Bautismo nos introduce en el cuerpo de la Iglesia

Hemos escuchado en la primera lectura que el Señor se preocupa por sus hijos como un padre: se preocupa de dar a sus hijos un alimento sustancioso. A través del profeta Dios dice: "¿Por qué gastar dinero en lo que no alimenta y el salario en lo que no da hartura?" (Is 55, 2). Dios, como un buen papá y una buena mamá, quiere dar cosas buenas a sus hijos. ¿Y qué es este alimento sustancioso que nos da Dios? Es su Palabra: su Palabra nos hace crecer, nos hace dar buenos frutos en la vida, como la lluvia y la nieve hacen bien a la tierra y la hacen fecunda (cf. Is 55, 10-11). Así vosotros, padres, y también vosotros, padrinos y madrinas, abuelos, tíos, ayudaréis a estos niños a crecer bien si les dais la Palabra de Dios, el Evangelio de Jesús. ¡Y darlo también con el ejemplo! Todos los días, adquirid el hábito de leer un pasaje del Evangelio, pequeño, y llevad siempre con vosotros un pequeño Evangelio en el bolsillo, en la cartera, para poder leerlo. Y este será el ejemplo para los hijos, ver a papá, a mamá, a los padrinos, al abuelo, a la abuela, a los tíos, leer la Palabra de Dios.

Vosotras mamás dad a vuestros hijos la leche –incluso ahora, si lloran por hambre, amamantadlos, tranquilos. Damos gracias al Señor por el don de la leche, y rezamos por las madres –son muchas, lamentablemente– que no están en condiciones de dar de comer a sus hijos. Recemos y tratemos de ayudar a estas madres. Así, pues, lo que hace la leche en el cuerpo, la Palabra de Dios lo hace en el espíritu: la Palabra de Dios hace crecer la fe. Y gracias a la fe somos engendrados por Dios. Es lo que sucede en el Bautismo. Hemos escuchado al apóstol Juan: "Todo el que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios" (1Jn 5, 1). En esta fe son bautizados vuestros hijos. Hoy es vuestra fe, queridos padres, padrinos y madrinas. Es la fe de la Iglesia, en la cual estos pequeños reciben el Bautismo. Pero mañana, con la gracia de Dios, será su fe, su personal "sí" a Jesucristo, que nos dona el amor del Padre.

Decía: es la fe de la Iglesia. Esto es muy importante. El Bautismo nos introduce en el cuerpo de la Iglesia, en el pueblo santo de Dios. Y en este cuerpo, en este pueblo en camino, la fe se transmite de generación en generación: es la fe de la Iglesia. Es la fe de María, nuestra Madre, la fe de san José, de san Pedro, de san Andrés, de san Juan, la fe de los Apóstoles y de los mártires, que llegó hasta nosotros, a través del Bautismo: una cadena de trasmisión de fe. ¡Es muy bonito esto! Es un pasar de mano en mano la luz de la fe: lo expresaremos dentro de un momento con el gesto de encender las velas en el gran cirio pascual. El gran cirio representa a Cristo resucitado, vivo en medio de nosotros. Vosotras, familias, tomad de Él la luz de la fe para transmitirla a vuestros hijos. Esta luz la tomáis en la Iglesia, en el cuerpo de Cristo, en el pueblo de Dios que camina en cada época y en cada lugar. Enseñad a vuestros hijos que no se puede ser cristiano fuera de la Iglesia, no se puede seguir a Jesucristo sin la Iglesia, porque la Iglesia es madre, y nos hace crecer en el amor a Jesucristo.

Un último aspecto surge con fuerza de las lecturas bíblicas de hoy: en el Bautismo somos consagrados por el Espíritu Santo. La palabra "cristiano" significa esto, significa consagrado como Jesús, en el mismo Espíritu en el que fue inmerso Jesús en toda su existencia terrena. Él es el "Cristo", el ungido, el consagrado, los bautizados somos "cristianos", es decir consagrados, ungidos. Y entonces, queridos padres, queridos padrinos y madrinas, si queréis que vuestros niños lleguen a ser auténticos cristianos, ayudadles a crecer "inmersos" en el Espíritu Santo, es decir, en el calor del amor de Dios, en la luz de su Palabra. Por eso, no olvidéis invocar con frecuencia al Espíritu Santo, todos los días. "¿Usted reza, señora?" –"Sí" – "¿A quién reza?" –"Yo rezo a Dios" –Pero "Dios", así, no existe: Dios es persona y en cuanto persona existe el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. "¿Tú a quién rezas?" – "Al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo". Normalmente rezamos a Jesús. Cuando rezamos el "Padrenuestro", rezamos al Padre. Pero al Espíritu Santo no lo invocamos tanto. Es muy importante rezar al Espíritu Santo, porque nos enseña a llevar adelante la familia, los niños, para que estos niños crezcan en el clima de la Trinidad santa. Es precisamente el Espíritu quien los lleva adelante. Por ello no olvidéis invocar a menudo al Espíritu Santo, todos los días. Podéis hacerlo, por ejemplo, con esta sencilla

oración: "Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor". Podéis hacer esta oración por vuestros niños, además de hacerlo, naturalmente, por vosotros mismos.

Cuando decís esta oración, sentís la presencia maternal de la Virgen María. Ella nos enseña a invocar al Espíritu Santo, y a vivir según el Espíritu, como Jesús. Que la Virgen, nuestra madre, acompañe siempre el camino de vuestros niños y de vuestras familias. Así sea.

***

Homilía del 13 de enero de 2019

Jesús se sumergió en la multitud y en la oración

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy, al final del tiempo litúrgico de Navidad, celebramos la fiesta del Bautismo del Señor. La liturgia nos llama a conocer con más plenitud a Jesús, de quien recientemente hemos celebrado el nacimiento; y para ello, el Evangelio (cf. *Lc* 3, 15-16.21-22) ilustra dos elementos importantes: la relación de Jesús con la gente y la relación de Jesús con el Padre.

En el relato del bautismo, conferido por Juan el Bautista a Jesús en las aguas del Jordán, vemos ante todo el papel del pueblo. Jesús está en medio del pueblo. No es solo un fondo de la escena, sino un componente esencial del evento. Antes de sumergirse en el agua, Jesús *"se sumerge" en la multitud*, se une a ella asumiendo plenamente la condición humana, compartiendo todo, excepto el pecado. En su santidad divina, llena de gracia y misericordia, el Hijo de Dios se hizo carne para tomar sobre sí y quitar el pecado del mundo: tomar nuestras miserias, nuestra condición humana. Por eso, hoy también es una *epifanía*, porque yendo a bautizarse por Juan, en medio de la gente penitente de su pueblo, Jesús manifiesta la lógica y el significado de su misión.

Uniéndose al pueblo que pide a Juan el bautismo de conversión, Jesús también comparte el profundo deseo de renovación interior. Y el Espíritu Santo que desciende sobre Él «en forma corporal, como una paloma» (v.22) es la señal de que con Jesús comienza un nuevo mundo, una "nueva creación" que incluye a todos los que acogen a Cristo en su la vida. También a cada uno de nosotros, que hemos renacido con Cristo en el bautismo, están dirigidas las palabras del Padre: «Tú eres mi Hijo, el amado: en ti he puesto mi complacencia» (v. 22). Este amor del Padre, que hemos recibido todos nosotros el día de nuestro bautismo, es una llama que ha sido encendida en nuestros corazones y necesita que la alimentemos con la oración y la caridad.

El segundo elemento enfatizado por el evangelista Lucas es que después de la inmersión en el pueblo y en las aguas del Jordán, Jesús *se "sumergió" en la oración, es decir, en la comunión con el Padre*. El bautismo es el comienzo de la vida pública de Jesús, de su misión en el mundo como enviado del Padre para manifestar su bondad y su amor

por los hombres. Esta misión se realiza en una unión constante y perfecta con el Padre y el Espíritu Santo.

También la misión de la Iglesia y la de cada uno de nosotros, para ser fiel y fructífera, está llamada a "injertarse" en la de Jesús. Se trata de regenerar continuamente en la oración la evangelización y el apostolado, para dar un claro testimonio cristiano, no según los proyectos humanos, sino según el plan y el estilo de Dios.

Queridos hermanos y hermanas, la fiesta del Bautismo del Señor es una ocasión propicia para renovar con gratitud y convicción las promesas de nuestro Bautismo, comprometiéndonos a vivir diariamente en coherencia con él. También es muy importante, como os he dicho varias veces, saber la fecha de nuestro Bautismo. Podría preguntar: "¿Quién de vosotros sabe la fecha de su bautismo?". No todos, seguro. Si alguno de vosotros no la conoce, al volver a casa, que se lo pregunte a sus padres, a los abuelos, a los tíos, a los padrinos, a los amigos de la familia... Preguntad: "¿En qué día me han bautizado?". Y luego no os olvidéis de ella: es una fecha que se guarda en el corazón para celebrarla cada año.

Jesús, que nos ha salvado no por nuestros méritos sino para actuar la inmensa bondad del Padre, nos haga misericordiosos con todos. ¡Qué la Virgen María, Madre de la Misericordia, sea nuestra guía y nuestro modelo!

***

Ángelus 2016

El Espíritu Santo es una presencia viva y vivificante en quien lo acoge

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En este domingo después de la Epifanía celebramos el Bautismo de Jesús, y hacemos memoria grata de nuestro Bautismo. En este contexto, esta mañana he bautizado a 26 recién nacidos: ¡recemos por ellos!

El Evangelio nos presenta a Jesús, en las aguas del río Jordán, en el centro de una maravillosa revelación divina. Escribe san Lucas: «Cuando todo el pueblo era bautizado, también Jesús fue bautizado; y mientras oraba, se abrieron los cielos, bajó el Espíritu Santo sobre él con apariencia corporal semejante a una paloma y vino una voz del cielo: "Tú eres mi Hijo, el amado; en ti me complazco"» (*Lc* 3, 21-22). De este modo Jesús es consagrado y manifestado por el Padre como el Mesías salvador y liberador. En este evento —testificado por los cuatro Evangelios— tuvo lugar el pasaje del bautismo de Juan Bautista, basado en el símbolo del agua, al Bautismo de Jesús «en el Espíritu Santo y fuego». De hecho, el Espíritu Santo en el Bautismo cristiano es el artífice principal: es Él quien quema y destruye el pecado original, restituyendo al bautizado la belleza de la gracia divina; es Él quien nos libera del dominio de las tinieblas, es decir, del pecado y nos traslada al reino de la luz, es decir, del amor, de la verdad y de la paz: este es el reino de la luz. ¡Pensemos a qué dignidad nos eleva el Bautismo! «Mirad qué amor nos ha tenido

el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!» (1 *Jn* 3, 1), exclama el apóstol Juan. Tal estupenda realidad de ser hijos de Dios comporta la responsabilidad de seguir a Jesús, el Siervo obediente, y reproducir en nosotros mismos sus rasgos, es decir: es decir, mansedumbre, humildad y ternura. Sin embargo, esto no es fácil, especialmente si entorno a nosotros hay mucha intolerancia, soberbia, dureza. ¡Pero con la fuerza que nos llega del Espíritu Santo es posible! El Espíritu Santo, recibido por primera vez el día de nuestro Bautismo, nos abre el corazón a la Verdad, a toda la Verdad. El Espíritu empuja nuestra vida hacia el camino laborioso pero feliz de la caridad y de la solidaridad hacia nuestros hermanos. El Espíritu nos dona la ternura del perdón divino y nos impregna con la fuerza invencible de la misericordia del Padre. No olvidemos que el Espíritu Santo es una presencia viva y vivificante en quien lo acoge, reza con nosotros y nos llena de alegría espiritual.

Hoy, fiesta del Bautismo de Jesús, pensemos en el día de nuestro Bautismo. Todos nosotros hemos sido bautizados, agradezcamos este don. Y os hago una pregunta: ¿Quién de vosotros conoce la fecha de su Bautismo? Seguramente no todos. Por eso, os invito a ir a buscar la fecha preguntando por ejemplo a vuestros padres, a vuestros abuelos, a vuestros padrinos, o yendo a la parroquia. Es muy importante conocerla porque es una fecha para festejar: es la fecha de nuestro renacimiento como hijos de Dios. Por eso, los deberes para esta semana: ir a buscar la fecha de mi Bautismo. Festejar este día significa reafirmar nuestra adhesión a Jesús, con el compromiso de vivir como cristianos, miembros de la Iglesia y de una humanidad nueva, en la cual todos somos hermanos. Que la Virgen María, primera discípula de su Hijo Jesús, nos ayude a vivir con alegría y fervor apostólico nuestro Bautismo, acogiendo cada día el don del Espíritu Santo, que nos hace hijos de Dios.

BENEDICTO XVI – Homilía y Ángelus, 2007-2010-2013

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO C)

2007

HOMILÍA

Queridos hermanos y hermanas:

Nos volvemos a encontrar, también este año, para una celebración muy familiar: el bautismo de trece niños en esta estupenda capilla Sixtina, donde la creatividad de Miguel Ángel y de otros insignes artistas supo realizar obras maestras que ilustran los prodigios de la historia de la salvación. E inmediatamente quisiera saludaros a todos los presentes: a los padres, a los padrinos y madrinas, a los parientes y amigos que acompañan a estos recién nacidos en un momento tan importante para su vida y para la Iglesia. Cada niño que nace nos trae la sonrisa de Dios y nos invita a reconocer que la vida es don suyo, un don que es preciso acoger siempre con amor y conservar con esmero en todo momento.

El tiempo de Navidad, que se concluye precisamente hoy, nos ha hecho contemplar al Niño Jesús en la pobreza de la cueva de Belén, cuidado amorosamente por María y José. Cada hijo que nace Dios lo encomienda a sus padres; por eso, ¡cuán importante es la familia fundada en el matrimonio, cuna de la vida y del amor! La casa de Nazaret, donde vive la Sagrada Familia, es modelo y escuela de sencillez, paciencia y armonía para todas las familias cristianas. Pido al Señor que también vuestras familias sean lugares acogedores, donde estos pequeños puedan crecer, no sólo con buena salud, sino también en la fe y en el amor a Dios, que hoy con el bautismo los hace hijos suyos.

El rito del bautismo de estos niños tiene lugar en el día en que celebramos la fiesta del Bautismo del Señor, con la que, como decía, se concluye el tiempo de Navidad. Acabamos de escuchar el relato del evangelista san Lucas, que presenta a Jesús mezclado con la gente mientras se dirige a san Juan Bautista para ser bautizado. Cuando recibió también él el bautismo, –escribe san Lucas– "estaba en oración" (Lc 3, 21). Jesús habla con su Padre. Y estamos seguros de que no sólo habló por sí, sino que también habló de nosotros y por nosotros; habló también de mí, de cada uno de nosotros y por cada uno de nosotros.

Después, el evangelista nos dice que sobre el Señor en oración se abrió el cielo. Jesús entra en contacto con su Padre y el cielo se abre sobre él. En este momento podemos pensar que el cielo se abre también aquí, sobre estos niños que, por el sacramento del bautismo, entran en contacto con Jesús. El cielo se abre sobre nosotros en el sacramento. Cuanto más vivimos en contacto con Jesús en la realidad de nuestro bautismo, tanto más el cielo se abre sobre nosotros.

Y del cielo –como dice el evangelio– aquel día salió una voz que dijo a Jesús; "Tú eres mi hijo predilecto" (Lc 3, 22). En el bautismo, el Padre celestial repite también estas palabras refiriéndose a cada uno de estos niños. Dice: "Tú eres mi hijo". En el bautismo somos adoptados e incorporados a la familia de Dios, en la comunión con la santísima Trinidad, en la comunión con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo. Precisamente por esto el bautismo se debe administrar en el nombre de la santísima Trinidad. Estas palabras no son sólo una fórmula; son una realidad. Marcan el momento en que vuestros niños renacen como hijos de Dios. De hijos de padres humanos, se convierten también en hijos de Dios en el Hijo del Dios vivo.

Pero ahora debemos meditar en unas palabras de la segunda lectura de esta liturgia, en las que san Pablo nos dice: él nos salvó "según su misericordia, por medio del baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo" (Tt 3, 5). Un baño de regeneración. El bautismo no es sólo una palabra; no es sólo algo espiritual; implica también la materia. Toda la realidad de la tierra queda involucrada. El bautismo no atañe sólo al alma. La espiritualidad del hombre afecta al hombre en su totalidad, cuerpo y alma. La acción de Dios en Jesucristo es una acción de eficacia universal. Cristo asume la carne y esto continúa en los sacramentos, en los que la materia es asumida y entra a formar parte de la acción divina.

Ahora podemos preguntarnos por qué precisamente el agua es el signo de esta totalidad. El agua es fuente de fecundidad. Sin agua no hay vida. Y así, en todas las grandes religiones, el agua se ve como el símbolo de la maternidad, de la fecundidad. Para los Padres de la Iglesia el agua se convierte en el símbolo del seno materno de la Iglesia.

En un escritor eclesiástico de los siglos II y III, Tertuliano, se encuentran estas sorprendentes palabras: "Cristo nunca está sin agua". Con estas palabras Tertuliano quería decir que Cristo nunca está sin la Iglesia. En el bautismo somos adoptados por el Padre celestial, pero en esta familia que él constituye hay también una madre, la madre Iglesia. El hombre no puede tener a Dios como Padre, decían ya los antiguos escritores cristianos, si no tiene también a la Iglesia como madre. Así de nuevo vemos cómo el cristianismo no es sólo una realidad espiritual, individual, una simple decisión subjetiva que yo tomo, sino que es algo real, algo concreto; podríamos decir, algo también material.

La familia de Dios se construye en la realidad concreta de la Iglesia. La adopción como hijos de Dios, del Dios trinitario, es a la vez incorporación a la familia de la Iglesia, inserción como hermanos y hermanas en la gran familia de los cristianos. Y sólo podemos decir "Padre nuestro", dirigiéndonos a nuestro Padre celestial, si en cuanto hijos de Dios nos insertamos como hermanos y hermanas en la realidad de la Iglesia. Esta oración supone siempre el "nosotros" de la familia de Dios.

Pero ahora debemos volver al evangelio, donde Juan Bautista dice: "Yo os bautizo con agua, pero viene el que puede más que yo (...). Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego" (Lc 3, 16). Hemos visto el agua; pero ahora surge la pregunta: ¿en qué consiste el fuego al que alude san Juan Bautista? Para ver esta realidad del fuego, presente en el bautismo juntamente con el agua, debemos observar que el bautismo de Juan era un gesto humano, un acto de penitencia; era el esfuerzo humano por dirigirse a Dios para pedirle el perdón de los pecados y la posibilidad de comenzar una nueva vida. Era sólo un deseo humano, un ir hacia Dios con las propias fuerzas.

Ahora bien, esto no basta. La distancia sería demasiado grande. En Jesucristo vemos que Dios viene a nuestro encuentro. En el bautismo cristiano, instituido por Cristo, no actuamos sólo nosotros con el deseo de ser lavados, con la oración para obtener el perdón. En el bautismo actúa Dios mismo, actúa Jesús mediante el Espíritu Santo. En el bautismo cristiano está presente el fuego del Espíritu Santo. Dios actúa, no sólo nosotros. Dios está presente hoy aquí. Él asume y hace hijos suyos a vuestros niños.

Pero, naturalmente, Dios no actúa de modo mágico. Actúa sólo con nuestra libertad. No podemos renunciar a nuestra libertad. Dios interpela nuestra libertad, nos invita a cooperar con el fuego del Espíritu Santo. Estas dos cosas deben ir juntas. El bautismo seguirá siendo durante toda la vida un don de Dios, el cual ha grabado su sello en nuestra alma. Pero luego requiere nuestra cooperación, la disponibilidad de nuestra libertad para decir el "sí" que confiere eficacia a la acción divina.

Estos hijos vuestros, a los que ahora bautizaremos, son aún incapaces de colaborar, de manifestar su fe. Por eso, asume valor y significado particular vuestra presencia, queridos padres y madres, y la vuestra, queridos padrinos y madrinas. Velad siempre sobre estos niños vuestros, para que al crecer aprendan a conocer a Dios, a amarlo con todas sus fuerzas y a servirlo con fidelidad. Sed para ellos los primeros educadores en la fe, ofreciéndoles, además de enseñanzas, también ejemplos de vida cristiana coherente. Enseñadles a orar y a sentirse miembros activos de la familia concreta de Dios, de la comunidad eclesial.

Para ello os puede ayudar mucho el estudio atento del «Catecismo de la Iglesia católica» o del «Compendio» de ese Catecismo. Contiene los elementos esenciales de nuestra fe y podrá ser un instrumento muy útil e inmediato para crecer vosotros mismos en el conocimiento de la fe católica y para poderla transmitir íntegra y fielmente a vuestros hijos. Sobre todo, no olvidéis que es vuestro testimonio, vuestro ejemplo, lo que más influirá en la maduración humana y espiritual de la libertad de vuestros hijos. Aun en medio del ajetreo de las actividades diarias, a menudo vertiginosas, no dejéis de cultivar, personalmente y en familia, la oración, que constituye el secreto de la perseverancia cristiana.

A la Virgen Madre de Jesús, nuestro Salvador, presentado en la liturgia de hoy como el Hijo predilecto de Dios, encomendemos a estos niños y a sus familias: que María vele sobre ellos y los acompañe siempre, para que realicen completamente el plan de salvación que Dios tiene para cada uno. Amén.

***

ÁNGELUS

Queridos hermanos y hermanas:

Con la fiesta del Bautismo del Señor, que celebramos hoy, se concluye el tiempo litúrgico de Navidad. El Niño, a quien los Magos de Oriente vinieron a adorar en Belén, ofreciéndole sus dones simbólicos, lo encontramos ahora adulto, en el momento en que se hace bautizar en el río Jordán por el gran profeta Juan (cf. *Mt* 3, 13). El Evangelio narra que cuando Jesús, recibido el bautismo, salió del agua, se abrieron los cielos y bajó sobre él el Espíritu Santo en forma de paloma (cf. *Mt* 3, 16). Se oyó entonces una voz del cielo que decía: "Este es mi Hijo amado, en quien me complazco" (*Mt* 3, 17). Esa fue su primera manifestación pública, después de casi treinta años de vida oculta en Nazaret.

Testigos oculares de ese singular acontecimiento fueron, además del Bautista, sus discípulos, algunos de los cuales se convirtieron desde entonces en seguidores de Cristo (cf. *Jn* 1, 35-40). Se trató simultáneamente de cristofanía y teofanía: ante todo, Jesús se manifestó como el *Cristo*, término griego para traducir el hebreo *Mesías*, que significa "ungido". Jesús no fue ungido con óleo a la manera de los reyes y de los sumos sacerdotes de Israel, sino con el Espíritu Santo. Al mismo tiempo, junto con el Hijo de Dios aparecieron los signos del Espíritu Santo y del Padre celestial.

¿Cuál es el significado de este acto, que Jesús quiso realizar –venciendo la resistencia del Bautista– para obedecer a la voluntad del Padre? (cf. *Mt* 3, 14-15). Su sentido profundo se manifestará sólo al final de la vida terrena de Cristo, es decir, en su muerte y resurrección. Haciéndose bautizar por Juan juntamente con los pecadores, Jesús comenzó a tomar sobre sí el peso de la culpa de toda la humanidad, como Cordero de Dios que "quita" el pecado del mundo (cf. *Jn* 1, 29). Obra que consumó en la cruz, cuando recibió también su "bautismo" (cf. *Lc* 12, 50). En efecto, al morir se "sumergió" en el amor del Padre y derramó el Espíritu Santo, para que los creyentes en él pudieran renacer de aquel manantial inagotable de vida nueva y eterna.

Toda la misión de Cristo se resume en esto: bautizarnos en el Espíritu Santo, para librarnos de la esclavitud de la muerte y "abrirnos el cielo", es decir, el acceso a la vida verdadera y plena, que será "sumergirse siempre de nuevo en la inmensidad del ser, a la vez que estamos desbordados simplemente por la alegría" (*Spe salvi*, 12).

Es lo que sucedió también a los trece niños a los cuales administré el sacramento del bautismo esta mañana en la capilla Sixtina. Invoquemos sobre ellos y sobre sus familiares la protección materna de María santísima. Y oremos por todos los cristianos, para que comprendan cada vez más el don del bautismo y se comprometan a vivirlo con coherencia, testimoniando el amor del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

***

2010

HOMILÍA

Queridos hermanos y hermanas:

En la fiesta del Bautismo del Señor, este año también tengo la alegría de administrar el sacramento del Bautismo a varios recién nacidos, presentados por sus padres a la Iglesia. Bienvenidos, queridos papás y mamás de estos niños, padrinos y madrinas, amigos y familiares, que les rodeáis. Damos gracias a Dios que hoy llama a estas siete niñas y a estos siete niños a convertirse en sus hijos en Cristo. Les rodeamos con la oración y con el afecto y les acogemos con alegría en la comunidad cristiana, que desde hoy se convierte también en su familia.

Con la fiesta del Bautismo de Jesús continúa el ciclo de las manifestaciones del Señor, que comenzó en Navidad con el nacimiento en Belén del Verbo encarnado, contemplado por María, José y los pastores en la humildad del pesebre, y que ha tenido una etapa importante en la Epifanía, cuando el Mesías, a través de los Magos, se ha manifestado a todos los pueblos. Hoy Jesús se revela en la orillas del Jordán, a Juan y al pueblo de Israel. Es la primera ocasión en la que, como hombre maduro, entra en el escenario público, después de haber dejado Nazaret. Lo encontramos junto al Bautista, a quien acude un gran número de personas, en una escena particular. En el pasaje evangélico, poco antes proclamado, san Lucas observa ante todo que el pueblo estaba "a

la espera" (3, 15). Subraya de este modo la espera de Israel; percibe en esas personas que habían dejado sus casas y sus compromisos habituales el profundo deseo de un mundo diferente y de palabras nuevas, que parecen encontrar respuesta precisamente en las palabras severas, comprometedoras, pero llenas de esperanza del Precursor. Su bautismo es de penitencia, un signo que invita a la conversión, a cambiar de vida, pues se acerca Aquél que "bautizará en Espíritu Santo y fuego" (3,16). De hecho, no se puede aspirar a un mundo nuevo permaneciendo sumergidos en el egoísmo y en las costumbres ligadas al pecado. También Jesús deja su casa y sus habituales ocupaciones para ir al Jordán. Llega en medio de la muchedumbre que está escuchando al Bautista y se pone en fila, como todos, en espera de ser bautizado. Al verle, Juan intuye que en ese Hombre hay algo único, que es el Otro misterioso que esperaba y hacia el que había orientado toda su vida. Comprende que se encuentra ante Alguien más grande que él, al que no es digno ni siquiera de desatar la correa de sus sandalias.

En el Jordán, Jesús se manifiesta con una humildad extraordinaria, que recuerda la pobreza y la sencillez del Niño colocado en el pesebre, y que anticipa los sentimientos con los que, al final de sus días terrenos, llegará a lavar los pies de sus discípulos y sufrirá la humillación terrible de la cruz. El Hijo de Dios, el que no tiene pecado, se mezcla entre pecadores, muestra la cercanía de Dios al camino de conversión del hombre. Jesús carga sobre sus espaldas el peso de la culpa de toda la humanidad, comienza su misión poniéndose en nuestro lugar, en lugar de los pecadores, en la perspectiva de la cruz.

Cuando, recogido en oración, tras el bautismo, sale del agua, se abren los cielos. Es el momento esperado por tantos profetas: "Si rompieses los cielos y descendieses", había invocado Isaías (63, 19). En ese momento, según parece sugerir san Lucas, se escucha esta oración. De hecho, "se abrió el cielo, y bajó sobre él el Espíritu Santo" (3, 21-22); se escucharon palabras nunca antes escuchadas: "Tú eres mi hijo; yo hoy te he engendrado" (v. 22). Al salir de las aguas, como afirma san Gregorio Nazianceno, "ve cómo se rasgan y se abren los cielos, esos cielos que Adán había cerrado para sí y para toda su descendencia" (*Discurso 39 para el Bautismo del Señor*, PG 36). El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo descienden entre los hombres y nos revelan su amor que salva. Si los ángeles llevaron a los pastores el anuncio del nacimiento del Salvador, y la estrella guio a los Magos de Oriente, ahora es la voz misma del Padre la que indica a los hombres la presencia en el mundo de su Hijo e invita a esperar en la resurrección, en la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte.

El alegre anuncio del Evangelio es el eco de esta voz que baja del cielo. Con razón, por este motivo, Pablo, como hemos escuchado en la segunda lectura, escribe a Tito: "se ha manifestado la gracia salvadora de Dios a todos los hombres" (2,11). El Evangelio, de hecho, es para nosotros gracia que da alegría y sentido a la vida. Éste, sigue diciendo el apóstol Pablo, "nos enseña a que, renunciando a la impiedad y a las pasiones mundanas, vivamos con sensatez, justicia y piedad" (v. 12); es decir, nos conduce a una vida más feliz, más hermosa, más solidaria, a una vida según Dios. Podemos decir que también para

estos niños hoy se abren los cielos. Ellos reciben el don de la gracia del Bautismo y el Espíritu Santo habitará en ellos como en un templo, transformando en profundidad sus corazones. Desde este momento, la voz del Padre les llamará también a ellos a ser sus hijos en Cristo y, en su familia que es la Iglesia, entregará a cada uno de ellos el don sublime de la fe. Este don, ahora que no tienen la posibilidad de comprenderlo plenamente, será depositado en su corazón como una semilla llena de vida, que espera desarrollarse y dar fruto. Hoy son bautizados en la fe de la Iglesia, profesada por los padres, padrinos y madrinas, y por los cristianos presentes, que después les llevarán de la mano en el seguimiento de Cristo. El rito del Bautismo recuerda con insistencia el tema de la fe ya desde el inicio, cuando el celebrante recuerda a los padres que, al pedir el bautismo para los propios hijos, asumen el compromiso de "educarles en la fe". Esta tarea es exigida de manera aún más fuerte a los padres y padrinos en la tercera parte de la celebración, que comienza dirigiéndoles estas palabras: "Tenéis la tarea de educarles en la fe para que la vida divina que reciben como don sea preservada del pecado y crezca cada día. Si, por tanto, en virtud de vuestra fe, estáis dispuestos a asumir este compromiso..., profesad vuestra fe en Jesucristo. Es la fe de la Iglesia en la que son bautizados vuestros hijos". Estas palabras del rito sugieren, en cierto sentido, que la profesión de fe y la renuncia al pecado de padres, padrinos y madrinas, representan la premisa necesaria para que la Iglesia confiera el Bautismo a sus hijos.

Antes de derramar el agua en la cabeza del recién nacido, aparece otra alusión a la fe. El celebrante dirige una última pregunta: "¿Queréis que este niño reciba el Bautismo en la fe de la Iglesia, que todos juntos hemos profesado?". Sólo después de la respuesta afirmativa se administra el sacramento. También en los ritos explicativos –unción con el crisma, entrega del vestido blanco y de la vela encendida, gesto del 'effetá'– la fe representa el tema central. "Prestad atención –dice la fórmula que acompaña la entrega de la vela– para que vuestros niños... vivan siempre como hijos de la luz; y perseverando en la fe, salgan al encuentro del Señor que viene"; "Que el Señor Jesús –sigue diciendo el celebrante en el rito del 'effetá'– te conceda la gracia de escuchar pronto su palabra y de profesar su fe, para alabanza y gloria de Dios Padre". Todo concluye, después, con la bendición final, que recuerda una vez más a los padres su compromiso de ser para los hijos "los primeros testigos de la fe".

Queridos amigos: para estos niños hoy es un gran día. Con el Bautismo, participando en la muerte y resurrección de Cristo, comienzan con Él la aventura gozosa y entusiasmante del discípulo. La liturgia la presenta como una experiencia de luz. De hecho, al entregar a cada uno la vela encendida en el cirio pascual, la Iglesia afirma: "¡Recibid la luz de Cristo!". El Bautismo ilumina con la luz de Cristo, abre los ojos a su resplandor e introduce en el misterio de Dios a través de la luz divina de la fe. En esta luz, los niños que van a ser bautizados tendrán que caminar durante toda la vida, ayudados por las palabras y el ejemplo de los padres, de los padrinos y madrinas. Éstos tendrán que comprometerse a alimentar con las palabras y el testimonio de su vida las antorchas de la

fe de los niños para que pueda resplandecer en este mundo, que con frecuencia camina a tientas en las tinieblas de la duda, y llevar la luz del Evangelio que es vida y esperanza. Sólo de este modo, como adultos, podrán pronunciar con plena conciencia la fórmula que aparece al final de la profesión de fe de este rito: "Esta es nuestra fe. Esta es la fe de la Iglesia. Y nosotros nos gloriamos de profesarla en Cristo Jesús, nuestro Señor".

También en nuestros días la fe es un don que hay que volver a descubrir, cultivar y testimoniar. Que en esta celebración del Bautismo, el Señor conceda a cada uno de nosotros la gracia de vivir la hermosura y la alegría de ser cristianos para que podamos introducir a los niños bautizados en la plenitud de la adhesión a Cristo. Encomendamos estos pequeños a la materna intercesión de la Virgen María. Le pedimos que, revestidos con el vestido blanco, signo de su nueva dignidad de hijos de Dios, sean durante toda su vida fieles discípulos de Cristo y valientes testigos del Evangelio. Amén.

***

ÁNGELUS

Queridos hermanos y hermanas:

Esta mañana, durante la santa misa celebrada en la Capilla Sixtina, he administrado el sacramento del Bautismo a varios recién nacidos. Esta costumbre está unida a la fiesta del Bautismo del Señor, con la que se concluye el tiempo litúrgico de la Navidad. El Bautismo expresa muy bien el sentido global de las festividades navideñas, en las que el tema de *llegar a ser hijos de Dios* gracias a la venida del Hijo unigénito en nuestra humanidad constituye un elemento dominante. Él se hizo hombre para que nosotros podamos llegar a ser hijos de Dios. Dios *nació* para que nosotros podamos *renacer*. Estos conceptos aparecen continuamente en los textos litúrgicos navideños y constituyen un motivo entusiasmante de reflexión y esperanza. Pensemos en lo que escribe san Pablo a los Gálatas: "Envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva" (*Ga* 4, 4-5); o en lo que dice san Juan en el Prólogo de su Evangelio: "A todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios" (*Jn* 1, 12). Este estupendo misterio, que constituye nuestro "segundo nacimiento" –el renacimiento de un ser humano de *lo alto*, de Dios (cf. *Jn* 3, 1-8)– se realiza y se resume en el signo sacramental del Bautismo.

Con este sacramento el hombre se convierte realmente en *hijo*, en hijo de Dios. Desde ese momento el fin de su existencia consiste en alcanzar de manera libre y consciente aquello que desde el inicio era y es el destino del hombre. "Conviértete en lo que eres", constituye el principio educativo básico de la persona humana redimida por la gracia. Este principio tiene muchas analogías con el crecimiento humano, en el que la relación de los padres con los hijos pasa, a través de alejamientos y crisis, de la dependencia total a la conciencia de ser hijo, al agradecimiento por el don de la vida recibida, y a la madurez y la capacidad de dar la vida. Engendrado por el Bautismo a una nueva vida, también el cristiano comienza su camino de crecimiento en la fe que lo llevará

a invocar conscientemente a Dios como "Abbá - Padre", a dirigirse a él con gratitud y a vivir la alegría de ser su hijo.

Del Bautismo deriva también un modelo de sociedad: la de los *hermanos*. La fraternidad no se puede establecer mediante una ideología y mucho menos por decreto de un poder constituido. Nos reconocemos hermanos a partir de la humilde y profunda conciencia del ser hijos del único Padre celestial. Como cristianos, gracias al Espíritu Santo, recibido en el Bautismo, se nos ha concedido el don y el compromiso de vivir como hijos de Dios y como hermanos, para ser como "levadura" de una humanidad nueva, solidaria y llena de paz y esperanza. En esto nos ayuda la conciencia de tener, además de un Padre en los cielos, también una madre, la Iglesia, de la que la Virgen María es modelo perenne. A ella le encomendamos los niños recién bautizados y sus familias, y le pedimos para todos la alegría de renacer cada día "de lo alto", del amor de Dios, que nos hace sus hijos y hermanos entre nosotros.

2013

HOMILÍA

Queridos hermanos y hermanas:

La alegría que brota de la celebración de la Santa Navidad encuentra hoy cumplimiento en la fiesta del Bautismo del Señor. A esta alegría se añade un ulterior motivo para nosotros, aquí reunidos: en el sacramento del Bautismo que dentro de poco administraré a estos neonatos se manifiesta la presencia viva y operante del Espíritu Santo que, enriqueciendo a la Iglesia con nuevos hijos, la vivifica y la hace crecer, y de esto no podemos no alegrarnos. Deseo dirigiros un especial saludo a vosotros, queridos padres, padrinos y madrinas, que hoy testimoniáis vuestra fe pidiendo el Bautismo para estos niños, a fin de que sean generados a la vida nueva en Cristo y entren a formar parte de la comunidad de creyentes.

El relato evangélico del bautismo de Jesús, que hoy hemos escuchado según la redacción de san Lucas, muestra el camino de abajamiento y de humildad que el Hijo de Dios eligió libremente para adherirse al proyecto del Padre, para ser obediente a su voluntad de amor por el hombre en todo, hasta el sacrificio en la cruz. Siendo ya adulto, Jesús da inicio a su ministerio público acercándose al río Jordán para recibir de Juan un bautismo de penitencia y conversión. Sucede lo que a nuestros ojos podría parecer paradójico. ¿Necesita Jesús penitencia y conversión? Ciertamente no. Con todo, precisamente Aquél que no tiene pecado se sitúa entre los pecadores para hacerse bautizar, para realizar este gesto de penitencia; el Santo de Dios se une a cuantos se reconocen necesitados de perdón y piden a Dios el don de la conversión, o sea, la gracia de volver a Él con todo el corazón para ser totalmente suyos. Jesús quiere ponerse del lado de los pecadores haciéndose solidario con ellos, expresando la cercanía de Dios. Jesús se muestra solidario con nosotros, con nuestra dificultad para convertirnos, para dejar nuestros egoísmos, para desprendernos de nuestros pecados, para decirnos que si

le aceptamos en nuestra vida, Él es capaz de levantarnos de nuevo y conducirnos a la altura de Dios Padre. Y esta solidaridad de Jesús no es, por así decirlo, un simple ejercicio de la mente y de la voluntad. Jesús se sumergió realmente en nuestra condición humana, la vivió hasta el fondo, salvo en el pecado, y es capaz de comprender su debilidad y fragilidad. Por esto Él se mueve a la compasión, elige «padecer con» los hombres, hacerse penitente con nosotros. Esta es la obra de Dios que Jesús quiere realizar; la misión divina de curar a quien está herido y tratar a quien está enfermo, de cargar sobre sí el pecado del mundo.

¿Qué sucede en el momento en que Jesús se hace bautizar por Juan? Ante este acto de amor humilde por parte del Hijo de Dios, se abren los cielos y se manifiesta visiblemente el Espíritu Santo en forma de paloma, mientras una voz de lo alto expresa la complacencia del Padre, que reconoce al Hijo unigénito, al Amado. Se trata de una verdadera manifestación de la Santísima Trinidad, que da testimonio de la divinidad de Jesús, de su ser el Mesías prometido, Aquél a quien Dios ha enviado para liberar a su pueblo, para que se salve (cf. Is 40, 2). Se realiza así la profecía de Isaías que hemos escuchado en la primera Lectura: el Señor Dios viene con poder para destruir las obras del pecado y su brazo ejerce el dominio para desarmar al Maligno; pero tengamos presente que este brazo es el brazo extendido en la cruz y que el poder de Cristo es el poder de Aquél que sufre por nosotros: este es el poder de Dios, distinto del poder del mundo; así viene Dios con poder para destruir el pecado. Verdaderamente Jesús actúa como el Pastor bueno que apacienta el rebaño y lo reúne para que no esté disperso (cf. Is 40, 10-11), y ofrece su propia vida para que tenga vida. Por su muerte redentora libera al hombre del dominio del pecado y le reconcilia con el Padre; por su resurrección salva al hombre de la muerte eterna y le hace victorioso sobre el Maligno.

Queridos hermanos y hermanas: ¿qué acontece en el Bautismo que en breve administraré a vuestros niños? Sucede precisamente esto: serán unidos de modo profundo y para siempre con Jesús, sumergidos en el misterio de su potencia, de su poder, o sea, en el misterio de su muerte, que es fuente de vida, para participar en su resurrección, para renacer a una vida nueva. He aquí el prodigio que hoy se repite también para vuestros niños: recibiendo el Bautismo renacen como hijos de Dios, partícipes en la relación filial que Jesús tiene con el Padre, capaces de dirigirse a Dios llamándole con plena confianza: «Abba, Padre». También sobre vuestros niños el cielo está abierto y Dios dice: estos son mis hijos, hijos de mi complacencia. Introducidos en esta relación y liberados del pecado original, ellos se convierten en miembros vivos del único cuerpo que es la Iglesia y se hacen capaces de vivir en plenitud su vocación a la santidad, a fin de poder heredar la vida eterna que nos ha obtenido la resurrección de Jesús.

Queridos padres: al pedir el Bautismo para vuestros hijos manifestáis y testimoniáis vuestra fe, la alegría de ser cristianos y de pertenecer a la Iglesia. Es la alegría que brota de la conciencia de haber recibido un gran don de Dios, precisamente la fe, un don que ninguno de nosotros ha podido merecer, pero que nos ha sido dado gratuitamente y al

que hemos respondido con nuestro «sí». Es la alegría de reconocernos hijos de Dios, de descubrirnos confiados a sus manos, de sentirnos acogidos en un abrazo de amor, igual que una mamá sostiene y abraza a su niño. Esta alegría, que orienta el camino de cada cristiano, se funda en una relación personal con Jesús, una relación que orienta toda la existencia humana. Es Él, en efecto, el sentido de nuestra vida, Aquél en quien vale la pena tener fija la mirada para ser iluminados por su Verdad y poder vivir en plenitud. El camino de la fe que hoy empieza para estos niños se funda por ello en una certeza, en la experiencia de que no hay nada más grande que conocer a Cristo y comunicar a los demás la amistad con Él; sólo en esta amistad se entreabren realmente las grandes potencialidades de la condición humana y podemos experimentar lo que es bello y lo que libera (cf. Homilía en la santa misa de inicio del pontificado, 24 de abril de 2005). Quien ha tenido esta experiencia no está dispuesto a renunciar a su fe por nada del mundo.

A vosotros, queridos padrinos y madrinas, la importante tarea de sostener y ayudar en la obra educativa de los padres, estando a su lado en la transmisión de las verdades de la fe y en el testimonio de los valores del Evangelio, en hacer crecer a estos niños en una amistad cada vez más profunda con el Señor. Sabed siempre ofrecerles vuestro buen ejemplo a través del ejercicio de las virtudes cristianas. No es fácil manifestar abiertamente y sin componendas aquello en lo que se cree, especialmente en el contexto en que vivimos, frente a una sociedad que considera a menudo pasados de moda y extemporáneos a quienes viven de la fe en Jesús. En la onda de esta mentalidad puede haber también entre los cristianos el riesgo de entender la relación con Jesús como limitante, como algo que mortifica la propia realización personal; «Dios es considerado una y otra vez como el límite de nuestra libertad, un límite que se ha de abatir para que el hombre pueda ser totalmente él mismo» (La infancia de Jesús, 92). ¡Pero no es así! Esta visión muestra no haber entendido nada de la relación con Dios, porque a medida que se procede en el camino de la fe se comprende cómo Jesús ejerce sobre nosotros la acción liberadora del amor de Dios, que nos hace salir de nuestro egoísmo, de estar replegados sobre nosotros mismos, para conducirnos a una vida plena, en comunión con Dios y abierta a los demás. «"Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él" (1 Jn 4, 16). Estas palabras de la Primera Carta de Juan expresan con claridad meridiana el corazón de la fe cristiana: la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente imagen del hombre y de su camino» (Enc. Deus caritas est, 1).

El agua con la que estos niños serán signados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo les sumergirá en la «fuente» de vida que es Dios mismo, que les hará sus verdaderos hijos. Y la semilla de las virtudes teologales, infundidas por Dios, la fe, la esperanza y la caridad, semilla que hoy se pone en su corazón por el poder del Espíritu Santo, habrá de ser alimentada siempre por la Palabra de Dios y los Sacramentos, de forma que estas virtudes del cristiano puedan crecer y llegar a plena maduración, hasta hacer de cada uno de ellos un verdadero testigo del Señor. Mientras invocamos sobre estos pequeños la efusión del Espíritu Santo, les encomendamos a la protección de la Virgen

Santa; que ella les custodie siempre con su materna presencia y les acompañe en cada momento de su vida. Amén.

ÁNGELUS

Queridos hermanos y hermanas:

Con este domingo después de la Epifanía concluye el Tiempo litúrgico de Navidad: tiempo de luz, la luz de Cristo que, como nuevo sol aparecido en el horizonte de la humanidad, dispersa las tinieblas del mal y de la ignorancia. Celebramos hoy la fiesta del Bautismo de Jesús: aquel Niño, hijo de la Virgen, a quien hemos contemplado en el misterio de su nacimiento, le vemos hoy adulto entrar en las aguas del río Jordán y santificar así todas las aguas y el cosmos entero —como evidencia la tradición oriental. Pero ¿por qué Jesús, en quien no había sombra de pecado, fue a que Juan le bautizara? ¿Por qué quiso realizar ese gesto de penitencia y conversión junto a tantas personas que querían de esta forma prepararse a la venida del Mesías? Ese gesto —que marca el inicio de la vida pública de Cristo— se sitúa en la misma línea de la Encarnación, del descendimiento de Dios desde el más alto de los cielos hasta el abismo de los infiernos. El sentido de este movimiento de abajamiento divino se resume en una única palabra: amor, que es el nombre mismo de Dios. Escribe el apóstol Juan: «En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Unigénito, para que vivamos por medio de Él», y le envió «como víctima de propiciación por nuestros pecados» (1 Jn 4, 9-10). He aquí por qué el primer acto público de Jesús fue recibir el bautismo de Juan, quien, al verle llegar, dijo: «Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Jn 1, 29).

Narra el evangelista Lucas que mientras Jesús, recibido el bautismo, «oraba, se abrieron los cielos, bajó el Espíritu Santo sobre Él con apariencia corporal semejante a una paloma y vino una voz del cielo: "Tú eres mi Hijo, el amado; en ti me complazco"» (3, 21-22). Este Jesús es el Hijo de Dios que está totalmente sumergido en la voluntad de amor del Padre. Este Jesús es aquél que morirá en la cruz y resucitará por el poder del mismo Espíritu que ahora se posa sobre Él y le consagra. Este Jesús es el hombre nuevo que quiere vivir como hijo de Dios, o sea, en el amor; el hombre que, frente al mal del mundo, elige el camino de la humildad y de la responsabilidad, elige no salvarse a sí mismo, sino ofrecer la propia vida por la verdad y la justicia. Ser cristianos significa vivir así, pero este tipo de vida comporta un renacimiento: renacer de lo alto, de Dios, de la Gracia, Este renacimiento es el Bautismo, que Cristo ha donado a la Iglesia para regenerar a los hombres a una vida nueva. Afirma un antiguo texto atribuido a san Hipólito: «Quien entra con fe en este baño de regeneración, renuncia al diablo y se alinea con Cristo, reniega del enemigo y reconoce que Cristo es Dios, se despoja de la esclavitud y se reviste de la adopción filial» (Discurso sobre la Epifanía, 10: pg 10, 862).

Según la tradición, esta mañana he tenido la alegría de bautizar a un nutrido grupo de niños nacidos en los últimos tres o cuatro meses. En este momento desearía extender

mi oración y mi bendición a todos los neonatos; pero sobre todo invitar a todos a hacer memoria del propio Bautismo, de aquel renacimiento espiritual que nos abrió el camino de la vida eterna. Que cada cristiano, en este Año de la fe, redescubra la belleza de haber renacido de lo alto, del amor de Dios, y viva como hijo de Dios.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO C)

Fiesta del Bautismo del Señor

131. Con la Fiesta del Bautismo del Señor, prolongación de la Epifanía, concluye el tiempo de la Navidad y se inicia el Tiempo Ordinario. Mientras Juan bautiza a Jesús a orillas del Jordán sucede algo grandioso: los cielos se abren, se oye la voz del Padre y el Espíritu Santo desciende en forma visible sobre Jesús. Se trata de una manifestación del misterio de la Santísima Trinidad. Pero ¿por qué se produce esta visión en el momento en el que Jesús es bautizado? El homileta debe responder a esta pregunta.

132. La explicación está en la finalidad por la que Jesús va a Juan para que le bautice. Juan está predicando un bautismo de penitencia. Jesús recibe este signo de arrepentimiento junto a muchos otros que corren hacia Juan. En un primer momento, Juan intenta impedírselo pero Jesús insiste. Y esta insistencia manifiesta su intención: ser solidario con los pecadores. Quiere estar donde están ellos. Lo mismo expresa el apóstol Pablo, pero con un tipo de lenguaje diferente: «Al que no había pecado, Dios le hizo expiar por nuestros pecados» (2 Cor 5,21).

133. Y es, justamente, en este momento de intensa solidaridad con los pecadores, cuando tiene lugar la grandiosa epifanía trinitaria. La voz del Padre tronó desde el cielo, anunciando: «Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto». Tenemos que comprender que lo que le agrada al Padre, reside en la voluntad del Hijo de ser solidario con los pecadores. De este modo se manifiesta como Hijo de este Padre, es decir, el Padre que «tanto amó al mundo que entregó a su Hijo único» (Jn 3,16). En aquel preciso instante, el Espíritu aparece como una paloma, desciende sobre el Hijo, imprimiendo una especie de aprobación y de autorización a toda la escena inesperada.

134. El Espíritu que ha plasmado esta escena preparándola a lo largo de los siglos de la Historia de Israel («que habló por los profetas», como profesamos en el Credo), está presente en el homileta y en sus oyentes: abre sus mentes a una comprensión todavía más profunda de lo sucedido. El mismo Espíritu acompañó a Jesús en cada instante de su existencia terrenal, caracterizando todas sus acciones para que fueran revelación del Padre. Por tanto, podemos escuchar el texto del profeta Isaías de este día como una prolongación de las palabras del Padre en el corazón de Jesús: «Tú eres mi Hijo, el amado». Su diálogo de amor continúa: «mi elegido, a quien prefiero. Sobre Él he puesto

mi espíritu… Yo, el Señor, te he llamado con justicia, te he tomado de la mano, te he formado y te he hecho alianza de un pueblo, luz de las naciones».

135. En el salmo responsorial de esta fiesta se escuchan las palabras del Salmo 28: «La voz del Señor está sobre las aguas». La Iglesia canta este salmo como celebración de las palabras del Padre que tenemos el privilegio de escuchar y cuya escucha marca nuestra fiesta. «Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto» – esta es la «voz del Señor sobre las aguas, el Señor sobre las aguas torrenciales. La voz del Señor es potente, la voz del Señor es magnífica» (Sal 28,3-4).

136. Después del Bautismo, el Espíritu conduce a Jesús al desierto para ser tentado por Satanás. Sucesivamente y conducido siempre por el Espíritu, Jesús va a Galilea donde proclama el Reino de Dios. Durante su maravillosa predicación, marcada por milagros prodigiosos, Jesús afirma en una ocasión: «Tengo que pasar por un bautismo, ¡y qué angustia hasta que se cumpla!» (Lc 12,50). Con estas palabras se refería a su próxima muerte en Jerusalén. De este modo comprendemos cómo el Bautismo de Jesús por parte de Juan Bautista no fue el definitivo sino una acción simbólica de lo que se habría cumplir en el Bautismo de su agonía y muerte en la Cruz. Porque es en la Cruz donde Jesús se revela a sí mismo, no en términos simbólicos, sino concretamente y en completa solidaridad con los pecadores. Es en la Cruz donde «Dios lo hizo expiar por nuestros pecados» (2 Cor 5,21) y donde «nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose por nosotros un maldito» (Gal 3,13). Es allí donde desciende al caos de las aguas de ultratumba, y lava para siempre nuestros pecados. Pero por la Cruz y la Muerte, Jesús es también liberado de las aguas, llamado a la Resurrección por la voz del Padre que dice: «Hijo mío eres tú, hoy te he engendrado… Yo seré para él un padre y el será para mí un hijo» (Heb 1,5). Esta escena de muerte y resurrección es una obra de arte escrita y dirigida por el Espíritu. La voz del Señor sobre las grandes aguas de la muerte, con fuerza y poder, saca a su Hijo de la muerte. «La voz del Señor es potente, la voz del Señor es magnífica».

137. El Bautismo de Jesús es modelo también para el nuestro. En el Bautismo descendemos con Cristo a las aguas de la muerte, donde son lavados nuestros pecados. Y después de habernos sumergido con Él, con Él salimos de las aguas y oímos, fuerte y potente, la voz del Padre que, dirigida también a nosotros en lo profundo de nuestros corazones, pronuncia un nombre nuevo para cada uno de nosotros: «¡Amado! Mi predilecto». Sentimos este nombre como nuestro, no en virtud de las buenas obras que hemos realizado, sino porque Cristo, en su amor sin límites, ha deseado intensamente compartir con nosotros su relación con el Padre.

138. La Eucaristía celebrada en esta Fiesta propone de nuevo, en cierto modo, los mismos acontecimientos. El Espíritu desciende sobre los dones del pan y del vino ofrecido por los fieles. Las palabras de Jesús: «Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre», anuncian su intención de recibir el Bautismo de muerte para nuestra Salvación. Y la asamblea reza, el «Padre nuestro» junto con el Hijo, porque con Él siente dirigida a sí misma la voz del Padre que llama «amado» al Hijo.

139. En una ocasión, a lo largo de su ministerio, Jesús dijo: «el que cree en mí, como dice la Escritura: "De su seno brotarán manantiales de agua viva"». Aquellas aguas vivas han comenzado a brotar en nosotros con el Bautismo, y se transforman en un río siempre más caudaloso en cada celebración de la Eucaristía.

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

III LOS MISTERIOS DE LA VIDA PÚBLICA DE JESUS

El Bautismo de Jesús

535. El comienzo (cf. Lc 3, 23) de la vida pública de Jesús es su bautismo por Juan en el Jordán (cf. Hch 1, 22). Juan proclamaba "un bautismo de conversión para el perdón de los pecados" (Lc 3, 3). Una multitud de pecadores, publicanos y soldados (cf. Lc 3, 10-14), fariseos y saduceos (cf. Mt 3, 7) y prostitutas (cf. Mt 21, 32) viene a hacerse bautizar por él. "Entonces aparece Jesús". El Bautista duda. Jesús insiste y recibe el bautismo. Entonces el Espíritu Santo, en forma de paloma, viene sobre Jesús, y la voz del cielo proclama que él es "mi Hijo amado" (Mt 3, 13-17). Es la manifestación ("Epifanía") de Jesús como Mesías de Israel e Hijo de Dios.

536. El bautismo de Jesús es, por su parte, la aceptación y la inauguración de su misión de Siervo doliente. Se deja contar entre los pecadores (cf. Is 53, 12); es ya "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Jn 1, 29); anticipa ya el "bautismo" de su muerte sangrienta (cf Mc 10, 38; Lc 12, 50). Viene ya a "cumplir toda justicia" (Mt 3, 15), es decir, se somete enteramente a la voluntad de su Padre: por amor acepta el bautismo de muerte para la remisión de nuestros pecados (cf. Mt 26, 39). A esta aceptación responde la voz del Padre que pone toda su complacencia en su Hijo (cf. Lc 3, 22; Is 42, 1). El Espíritu que Jesús posee en plenitud desde su concepción viene a "posarse" sobre él (Jn 1, 32-33; cf. Is 11, 2). De él manará este Espíritu para toda la humanidad. En su bautismo, "se abrieron los cielos" (Mt 3, 16) que el pecado de Adán había cerrado; y las aguas fueron santificadas por el descenso de Jesús y del Espíritu como preludio de la nueva creación.

537. Por el bautismo, el cristiano se asimila sacramentalmente a Jesús que anticipa en su bautismo su muerte y su resurrección: debe entrar en este misterio de rebajamiento humilde y de arrepentimiento, descender al agua con Jesús, para subir con él, renacer del agua y del Espíritu para convertirse, en el Hijo, en hijo amado del Padre y "vivir una vida nueva" (Rm 6, 4):

Enterrémonos con Cristo por el Bautismo, para resucitar con él; descendamos con él para ser ascendidos con él; ascendamos con él para ser glorificados con él (S. Gregorio Nacianc. Or. 40, 9).

Todo lo que aconteció en Cristo nos enseña que después del baño de agua, el Espíritu Santo desciende sobre nosotros desde lo alto del cielo y que, adoptados por la Voz del Padre, llegamos a ser hijos de Dios (S. Hilario, Mat 2).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO C)

Descendió sobre él el Espíritu Santo

La liturgia celebra hoy la fiesta del Bautismo de Jesús en el Jordán. La parte del Evangelio, que nos interesa más directamente, es breve y podemos volverla a oír por entero:

«Todo el pueblo se estaba bautizando. Jesús, ya bautizado, se hallaba en oración, se abrió el cielo, bajó sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma; y vino una voz del cielo: "Tú eres mi hijo; yo hoy te he engendrado"».

Estamos delante, por así decirlo, de la primera manifestación pública del Espíritu Santo en el Nuevo Testamento y es la mejor ocasión para hacer una reflexión un poco más profunda sobre él. El Espíritu Santo ya no debe ser más para nosotros «el gran desconocido». En efecto, ¿qué es la vida cristiana sin el Espíritu Santo? Es un matrimonio sin amor, una flor sin perfume, un cuerpo sin vida.

Miguel Ángel nos ha dejado en un fresco celebérrimo de la bóveda de la capilla Sixtina, sin quizás pretenderlo, una de las más efectivas representaciones del Espíritu Santo. Dios Padre dirige el dedo de la mano derecha, cargado de energía, hacia Adán que yace en tierra lánguido e inerte. De aquel contacto Adán recibirá fuerza para ponerse en pie y llegar a ser «un ser viviente». «Dedo de Dios» (o «dedo de la diestra de Padre», como lo llama el himno latino *Veni Creator*) es uno de los nombres que la Escritura da al Espíritu Santo (cfr. *Lucas* 11,20). Y es por medio de él por el que nosotros recibimos la gracia que nos hace revivir.

«Envías tu aliento, oh Espíritu, y los creas, y repueblas la faz de la tierra» (*Salmo* 104, 30).

Para poder descubrir quién es el Espíritu Santo el camino más sencillo es partir de aquello que decimos cada vez que recitamos el *Credo:* «Creo en el Espíritu Santo, señor y dador de vida».

En estas palabras está resumido lo esencial de nuestra fe en la tercera persona de la Trinidad. El título «Señor» indica lo que el Espíritu *es* (Dios de la misma naturaleza del Padre y del Hijo); la expresión «dador de vida» indica lo que el Espíritu Santo *hace*. Pero, ¿en qué sentido el Espíritu «da la vida»? ¿No nos dan la vida los padres? Sí, la vida natural o del cuerpo nos la dan los padres; pero, la vida sobrenatural o del alma, la vida eterna, no nos la pueden dar los padres. Nos la ha merecido Jesucristo con su muerte en cruz. Jesús dijo a Nicodemo:

«En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu» (*Juan* 3, 4-6).

Por lo tanto, la primera condición para alcanzar el Espíritu Santo es renacer del agua y del Espíritu, esto es, recibir el bautismo. Y así, del bautismo de Jesús pasamos con toda naturalidad a hablar de nuestro bautismo. El día de Pentecostés, Pedro le dijo a la gente: «Que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para perdón de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo» (*Hechos* 2, 37 s.). El bautismo es la puerta de ingreso en la salvación. Jesús mismo en el Evangelio dice: «El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará» (*Marcos* 16, 16).

Hoy nadie dice que por el simple hecho de no ser bautizado será uno condenado e irá al infierno. Los niños muertos sin bautismo, como también las personas, que han vivido fuera de la Iglesia sin culpa suya, pueden salvarse (estas últimas sólo si viven según los dictámenes de su conciencia).

Mas, alguno se ha planteado la pregunta: «¿Y qué ocurre con los niños no nacidos, los que no han podido vivir la aventura maravillosa de la vida?» A esta pregunta yo respondería como sigue. Olvidemos la idea del limbo sin gozo y sin pena, como el mundo de lo irrealizado para siempre, donde terminarían los niños no bautizados junto con los justos muertos antes de Cristo. Esta doctrina, que ha sido igualmente común durante siglos, no ha sido nunca aceptada oficialmente y definida por la Iglesia. Era una hipótesis teológica provisional, en espera de una solución más satisfactoria y, como tal, superable gracias a una mejor comprensión de la palabra de Dios.

El niño no nacido y no bautizado se salva y va a unirse de inmediato a la compañía de los bienaventurados en el paraíso. Su suerte no es distinta de la de los santos Inocentes, que hemos festejado inmediatamente después de la Navidad. El motivo de ello es que Dios es amor y «quiere que todos se salven» y sin duda Cristo ¡ha muerto también por ellos!

Nos podemos preguntar si estos seres alcanzarán alguna vez aquella madurez y plenitud, que la naturaleza o el rechazo de los hombres les ha negado, o si por el contrario permanecerán como seres «incompletos», también en el cielo. Del mismo modo a esta pregunta hemos de responder afirmativamente. «El Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob no es un Dios de muertos, sino de vivos, porque para él todos viven» (*Lucas* 20, 37-38). «Viven» en el sentido pleno de la palabra. Salvarse significa alcanzar también aquella plenitud humana que normalmente alcanzan las personas a través de una larga serie de experiencias. Todos estamos destinados a alcanzar «el estado de hombre perfecto, la plena madurez de Cristo» (*Efesios* 4,13).

Pero, esto vale para todos y no solo para los niños no nacidos. «Todos seremos transformados» (*1 Corintios* 15, 51). ¿Quién de nosotros deja esta vida totalmente cumplida? ¡Cuántos límites físicos, morales, intelectuales, tienen en el momento de la muerte incluso los más-grandes genios! ¡Ay si el más allá consistiese en un estar fijos para siempre en el estado en que hemos sido encontrados en el momento de la muerte! Las primeras palabras que dice Dios a quienes se acercan a él «desde la gran tribulación» del mundo son estas: «Mira que hago nuevas todas las cosas» (*Apocalipsis* 21, 4-5).

Por lo tanto, no debemos preocuparnos por los que sin culpa suya mueren no habiendo recibido el bautismo, aun habiendo hecho cuanto esté de nuestra parte para que esto no sucediera. Distinto es, por el contrario, el caso de quien, conociendo a Jesucristo y sus palabras, deja pasar el tiempo sin recibir el bautismo sólo por pereza o abandono, aun advirtiendo quizás en el fondo de la conciencia su importancia y su necesidad. En este caso la palabra de Jesús recordada antes conserva toda su seriedad: sólo «quien crea y *sea bautizado* se salvará» (cfr. *Marcos* 16, 16).

Esto me ofrece la ocasión para tocar un punto que considero importante. Hay siempre cada vez más personas de nuestra sociedad que, por varios motivos, no han sido bautizadas siendo niños. Esto acontece a veces porque los padres creen que deben dejar decidir a los hijos, de mayores, si hacerse bautizar o no. Yo no discuto en este momento tal decisión. Señalo sólo un grave riesgo, esto es, que estos hijos lleguen a ser mayores sin que ya nadie decida nada más ni en un sentido ni en otro. Los padres no se ocuparán más porque ahora, piensan, ya no es deber de ellos; y los hijos, porque tienen otras cosas que pensar; y también porque no ha entrado todavía en la mentalidad común el que una persona deba tomar, ella misma, la iniciativa de hacerse bautizar. Así, con ello se crea un vacío peligroso. Algunos se dan cuenta de no estar bautizados y confirmados sólo cuando comienzan a hacer los cursillos prematrimoniales o cuando inician los papeles para casarse. Y es ya hasta una suerte, porque otros pasan por alto incluso en esta ocasión y llegan al final de la vida sin ni siquiera haberse nunca planteado el problema.

Precisamente para acudir ante esta situación la Iglesia da mucha importancia hoya la así llamada «iniciación cristiana de los adultos». Ésta le ofrece al muchacho o al adulto no bautizado la ocasión de instruirse, de prepararse y de decidir con toda libertad. Es necesario romper la idea de que el bautismo sea sólo una cosa de niños. El bautismo formula su significado pleno, precisamente, cuando es querido y decidido personalmente como una adhesión libre y consciente a Cristo ya su Iglesia; también, si no es absolutamente necesario minusvalorar la validez y el don que representa estar bautizados de niños por los motivos que expliqué el año pasado en la fiesta de hoy. Personalmente yo estoy agradecido a mis padres por haberme hecho bautizar en los primeros días de mi vida. ¡No es la misma cosa vivir la infancia y la juventud con la gracia santificante como sin ella!

Para terminar, volvemos a referirnos a la imagen del dedo de Dios de Miguel Ángel. Aquel Adán por tierra y necesitado de vigor somos cada uno de nosotros. El bautismo nos representa el primer contacto con aquel dedo divino, que es el Espíritu Santo y que nos comunica energía y vida. Pero, eso no debe permanecer aislado. Hemos de renovar frecuentemente este contacto con la oración y los sacramentos.

Miguel Ángel en aquella pintura ha cometido un solo «error»: no ha situado junto a Adán también a Eva. El dedo de Dios, que es el Espíritu Santo, está dirigido del mismo modo hacia todo hombre y toda mujer. Se espera sólo que desde la otra parte haya alguien pronto a recibir su toque vivificante.

PREGONES (La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes)

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO C)

Reconciliarse con el Corazón de Jesús

«Juan el bautista fue enviado como precursor del Salvador a promover un bautismo de conversión y de penitencia, bautizando con agua a todos aquellos que quisieran mostrar a Dios su arrepentimiento, su fe y su amor.

Jesucristo fue enviado al mundo como Mesías y Salvador, como el Cordero de Dios que perdona los pecados del mundo para reconciliar a todos los hombres con Dios. Y, en un acto de humildad, acudió a Juan para dejarse bautizar, asumiendo en su cuerpo todos los pecados de todos los hombres de todos los tiempos, desde el pecado original, para destruir el pecado con su muerte en la Cruz y con su resurrección renovar a toda la humanidad, aceptando su misión redentora, manifestando el amor del Padre por la humanidad, que tanto amó al mundo que envió a su único Hijo para que todo el que crea en Él, se salve.

Y, abriéndose los cielos, es la voz del Padre quien revela al Hijo, en cuya humildad se complace, y envía al Espíritu Santo sobre Él, para ungirlo y descubrir al mundo la divinidad, que no se ve ante los ojos de los hombres, que tan sólo su humanidad podían ver. Y para darle la fuerza, los dones y la gracia que, como hombre, necesitaba, para cumplir su misión divina.

Y le dio el poder de transmitir esos dones y esa gracia a todos los hombres, bautizándolos con el Espíritu Santo, para hacerlos, a su imagen y semejanza, hijos de Dios, y el Padre en sus hijos se complazca.

Agradece tú que has sido bautizado, y corresponde viviendo como un buen cristiano, acudiendo a los sacramentos y cumpliendo los mandamientos de la Santa Madre Iglesia, para que, asistido por la gracia del Espíritu Santo, Dios, que es tu Padre, ponga en ti sus complacencias.

Sigue el ejemplo de Jesús e, imitando su humildad, déjate por Él reconciliar con su Corazón a través del sacramento de la confesión, y recibe la fuerza y el don del Espíritu Santo, y la gracia derramada del sacramento de la Sagrada Eucaristía, para que perseveres hasta el final y seas salvado y llevado a la presencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en la gloria celestial».

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO C)

Destinados a la Trinidad

Celebramos, hoy junto con toda la Iglesia, el Bautismo del Señor. Jesucristo aparece ante los hombres, concretamente ante Juan el Bautista y todo el pueblo que era bautizado por él en el río Jordán, en el ámbito sobrenatural de la Santísima Trinidad. Siendo el Verbo encarnado, la segunda de las personas trinitarias hecho hombre, habitaba ya permanentemente, eternamente, en la intimidad del Padre y el Espíritu Santo. Su bautismo en el Jordán tenía por eso un sentido eminentemente ejemplar y cuantos lo observaron pudieron reconocer que Jesucristo, siendo hombre, mantenía una relación muy singular –única–, con Dios: con el Padre y con el Espíritu Santo.

Para nosotros es trascendental reconocer y admirar el Bautismo del Señor, pues somos bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Esto es lo definitivo para los hombres, llamados como estamos por Dios a la intimidad trinitaria. Lo nuestro, lo que nos distingue y eleva sobremanera por encima del resto de la Creación, es esa relación con Dios Padre, con Dios Hijo y con Dios Espíritu Santo que, por la Gracia, comienza con nuestro bautismo y se desarrolla a partir de él. Es el designio de Dios para los hombres, que alcanza su plenitud, después de esta vida, en la eterna Bienaventuranza del Cielo.

Bastantes hombres, la mayoría en algunas culturas, hemos sido bautizados por deseo de nuestros padres al poco de nacer. Posiblemente después, en coherencia con aquel primer deseo paterno de que participáramos de la vida de Dios, nos ofrecieron una educación en la fe del Evangelio. Pasado el tiempo, con el comienzo de la discreción y de la vida moral, pudimos libremente orientar nuestra vida según el deseo divino. En cada jornada descubríamos continuas ocasiones de amar a Dios, aunque también pudiéramos vivir a nuestro antojo, al margen de lo que reconocíamos que esperaba el Señor de nosotros. Es claro, en todo caso, que no es posible alcanzar esa intimidad eterna con la Trinidad Beatísima, sin un libre y decidido querer por parte del hombre. Al designio divino debe corresponder la personal voluntad.

Es éste un buen día para acordarnos, en la presencia de Dios Nuestro Señor, de los que no han recibido la Gracia del Bautismo y carecen del mayor don que podemos poseer las personas. Nuestro amor a Dios, que **quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad**, según las palabras de san Pablo, nos lleva a suplicar para ellos la Gracia de la fe y, con ella, el Bautismo. Supliquemos al Señor que sean bautizados todos los niños recién nacidos, para que la Trinidad habite en su alma desde sus primeros vagidos. Así, más tarde, responsablemente, en el ejercicio de su libertad, podrán crecer en la vida de la Gracia como en la vida del cuerpo.

No olvidemos las palabras de Jesús a sus discípulos, con las que san Mateo concluye su evangelio: **Se me ha dado todo poder en el Cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo cuanto os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo:** lo que, con su venida, ha traído a este mundo ha sido la Vida de la Trinidad, para

que el hombre pueda vivirla. Una vida de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo a la medida de los hombres. En esto se nos ha manifestado el Amor de Dios. El Amor generoso de Dios le ha llevado a ofrecérsenos Él mismo, para que vivamos de su Vida como hijos muy queridos.

Nos encontramos, pues, en permanente camino hacia nuestra Patria definitiva. Unidos a todos los cristianos y en fidelidad al Romano Pontífice, que guía infalible nuestros pasos, fomentaremos el trato con la Tercera Persona de la Trinidad, con el Espíritu Santo. Es –nos recordaba el Santo Padre, Juan Pablo II–, **también para nuestra época, el agente principal de la nueva evangelización (…), Aquél que construye el Reino de Dios en el curso de la historia y prepara su plena manifestación en Jesucristo, animando a los hombres en su corazón y haciendo germinar dentro del vivir humano las semillas de la salvación definitiva, que se dará al final de los tiempos.**

En efecto, esa vida efectiva de intimidad con las tres divinas personas es obra del Paráclito en nosotros. **Ven, Espíritu Santo** –le pedimos con la Liturgia de la Iglesia–, **enciende en nosotros el fuego de tu Amor.** Deseamos amar como Dios ama, lo que Él ama. Y notamos, de un modo sorprendente, indescriptible, que Dios mismo nos amó primero, pues recordamos las palabras del Señor: **Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Pues Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.**

¿Cómo no desear corresponder, felices y agradecidos, reconociendo nuestros egoísmos y pecados, y acogiendo ese deseo salvador de Dios que nos espera en la inmensa riqueza de su intimidad? Seguramente reconocemos que hemos de purificarnos de ciertos afectos: apegos desordenados a cosas, a ideales, a nosotros mismos; y que tendemos a ocupar el lugar de Dios deseando ser los protagonistas de nuestra vida. Deseemos, como Santa María, que sea Nuestro Señor el centro de nuestros pensamientos y afectos. Ella, que sólo quiso ser su esclava y que se cumpliera en Ella Su Voluntad, es por eso la Bendita entre las mujeres.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO C)

Volver a sumergirse en el propio bautismo

En el fragmento del Evangelio de hoy se habla de dos bautismos: el Bautismo que Jesús recibe y el Bautismo que Jesús promete; se habla del Bautismo de Jesús y de nuestro Bautismo. Del primero se habla como de un hecho histórico (Lc. 3, 1-3): *El año decimoquinto del reinado del emperador Tiberio… toda la región del río Jordán;* del

segundo, se habla en futuro, como de una promesa: *él los bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego*.

Estas palabras representan, para el sacramento del Bautismo, lo que el discurso sobre el pan de vida de Cafarnaúm representa para la Eucaristía. Antes de ser instituidos en su muerte-resurrección, los dos máximos sacramentos fueron prometidos y explicados *por* Jesús durante su vida.

El Bautismo que Jesús recibe es todavía el Bautismo viejo, con agua, de Juan Bautista; pero el hecho de que descendiera *sobre él el Espíritu Santo en forma corporal como una paloma* hizo de ese Bautismo un Bautismo nuevo, ¡el primer Bautismo en el Espíritu Santo! No sólo el primero, sino el modelo y la fuente de todo Bautismo cristiano. En el Jordán, el agua no santificó a Jesús sino que Jesús santificó el agua, ¡todas las aguas! Cada Bautismo cristiano no hace más que prolongar el misterio de ese día: el Espíritu Santo desciende sobre una criatura humana y esa criatura pasa a ser "hijo muy querido" en el cual el Padre tiene puesta toda su predilección.

También para nosotros fue así; pero, ¿qué sabemos nosotros de ese acontecimiento grandioso que marcó el inicio de nuestra vida cristiana? El Bautismo fue y es todavía para muchísimos cristianos como una encomienda-regalo recibida hace mucho tiempo, pero que todavía no fue desenvuelta y abierta. Tenemos el paquete, pero no conocemos el don que hay en su interior; al no *conocer* el don, no sabemos que somos ricos, no pensamos en dar las gracias, en alabar, en alegrarnos. Somos hijos de Dios, pero no lo sabemos. Del Bautismo nos quedó el "carácter indeleble" que nos permite cumplir legítima y válidamente todos los actos de la vida cristiana; pero el fruto del Bautismo sigue "atado" y por eso no logramos oír en nuestro interior esa voz dulcísima que nos dice: "¡Tú eres mi Hijo muy querido!"

En esta fiesta de hoy, debemos desatar con decisión ese paquete-regalo, volver a sumergirnos en las aguas de nuestro Bautismo. Los dones de Dios pasan a ser verdaderos y eficaces para nosotros solamente a partir del momento en que, iluminados por el Espíritu Santo, tomamos conciencia de ellos y los recibimos con fe; en cierto sentido, hoy recibimos por lo tanto, el Bautismo. Esto es posible justamente porque el Bautismo de Jesús es un Bautismo "en el Espíritu Santo" y el Espíritu Santo no se derrama como el agua en el Bautismo; queda y puede volver y volver a encenderse como el fuego cubierto por las cenizas. Hay varios modos de "desarrollar" el significado del Bautismo, pero el mejor es seguir el desarrollo de los ritos y los signos que lo acompañan. Los sacramentos realizan lo que indican los signos. La liturgia bautismal encierra la mejor catequesis sobre el Bautismo. Tratemos, pues, de volver a hacer pasar frente a nuestra mirada, uno por uno, los principales momentos de un Bautismo al que hayamos asistido recientemente y que recordemos con particular intensidad.

Al comienzo, está la proclamación de la palabra de Dios; se leen trozos de la Escritura. Esto porque el agua no regenera sin la fe y la fe es suscitada por la palabra de

Dios (Rom. 10,17: *La fe, por lo tanto, nace de la predicación y la predicación se realiza en virtud de la Palabra de Cristo*). El poder de ser hijos de Dios es dado a todos aquellos que recibieron la palabra de Dios y a los que creen en su nombre (cf. Jn. 1,12); por eso san Pablo dice que la Iglesia –y todo hombre que se une a ella– es purificada *con el bautismo del agua y la palabra* (Ef. 5,26). Así como en la Eucaristía está la doble mesa de la palabra y el pan, en el Bautismo está el doble lavado de la palabra y el agua. La palabra de Dios no es sólo alimento sino también purificación; quita el velo de los ojos y hace ver la luz, hace creer.

Después de la palabra de Dios, entra en escena el agua, la querida hermana agua, de la cual san Francisco decía que es humilde, preciosa y casta. Aquí, en el Bautismo, sin embargo, aparece más como madre que como hermana, porque en ella, como en un seno materno, el creyente es generado para la nueva vida. Junto a la pila bautismal, el sacerdote bendice, y casi "presenta", el agua que deberá servir para el Bautismo. El hecho de haber sido elegida por Jesús para el Bautismo y para simbolizar el Espíritu convirtió al agua, junto con el pan y el vino, en una creatura cara a los cristianos. Los primeros cristianos, provenientes del paganismo, se enternecían recordando el agua de su propio Bautismo; la llamaban, casi con afecto, "nuestra agua" (Tertuliano, *De Bapt*. 1,1).

Con el agua se evocan los grandes acontecimientos en la historia de la salvación: la creación, el diluvio, el Mar Rojo, el agua del Jordán donde fue bautizado Jesús, el agua que salió del costado de Cristo. Cada uno de esos momentos contiene una figura del Bautismo y dice algo sobre su significado. Incluso el diluvio, incluso el agua del Mar Rojo que fueron en realidad aguas perturbadoras. De hecho, esta agua realiza un juicio, una separación; inunda lo impuro y lo malvado en el hombre y salva lo puro, lo recto; ahoga el pecado para salvar al pecador. Eso fue lo que ocurrió con el paso del Mar Rojo: llegaron juntos los israelitas y los carros del faraón; entraron juntos en el agua, pero sólo Israel salió libre para seguir camino hacia la tierra prometida; los otros –los enemigos– se quedaron anegados en el mar. El Bautismo también es un "mar rojo" –San Agustín– porque está teñido de la sangre de Cristo *(Ser-Morin-Guelf,* 1,9; PLS, II p. 542).

En un momento del rito bautismal, se produce un cambio brusco de clima, hay un instante "dramático". Ya al comienzo del Bautismo, la oración de exorcismo había mencionado una triste realidad: el bautizando no llega al Bautismo neutro, listo, como cera virgen para adoptar cualquier forma; ya tiene una, desgraciadamente, especialmente si se trata de un adulto; ya es esclavo del pecado, está sometido al poder de las tinieblas, a las seducciones del mundo (oración de exorcismo). Llega el momento en que es necesario elegir: o por Cristo o por el mundo; o del lado de la luz o del lado de las tinieblas; o con la carne, o con el Espíritu; o con Dios o con Satanás: ¿Renuncias al pecado, a las seducciones del mal, a Satanás? ¡Renuncio! ¿Crees en Dios, en Jesucristo, en el Espíritu Santo, la Iglesia, la vida eterna? ¡Creo!

Para renacer hay que elegir; más aún, el renacimiento mismo es, en cierto sentido, una elección, a diferencia del nacimiento natural que es sólo un don recibido pasivamente

de otros. En estas simples palabras está delineado un movimiento; al menos así se lo vio al comienzo de la Iglesia: el catecúmeno se volvía de oeste a este, indicando, así, que se apartaba de las tinieblas y del maligno para lanzarse hacia la luz y hacia Cristo: "Huyendo de las tinieblas corre hacia el día, vuelto hacia él este busca el sol, liberado de las manos "del tirano adora al rey" (Cabasilas, *Vita in Cristo,* II,3). Cuando asistamos al próximo Bautismo, imaginemos, en ese punto, esta carrera del alma hacia adelante, con los brazos extendidos para abrazar a Cristo como Magdalena en la mañana de Pascua.

Así se llega al momento del verdadero Bautismo propiamente dicho. El celebrante hace que los padres, que tienen al niño en brazos, o el adulto acompañado por los padrinos, se acerquen a la pila y, le sumerge la cabeza tres veces en el agua (Bautismo de inmersión) o derrama agua sobre la cabeza (Bautismo de aspersión), pronunciando sobre el bautizando –al que llama por su nombre– las solemnes palabras: "Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo".

Para comprender todo el significado de este gesto, es necesario volver a pensar en cómo era originariamente: el catecúmeno se quitaba la ropa, entraba en el agua de un río o una piscina, se sumergía tres veces hasta la cabeza y las tres veces volvía a salir. La triple inmersión y salida a la superficie representaba la muerte de tres días y la resurrección de Cristo. San Pablo tiene presente este rito cuando explica el Bautismo en estos términos: *¿No saben ustedes que todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús, nos hemos sumergido en su muerte? Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que así como Cristo resucitó por la gloria del Padre, también nosotros llevemos una Vida nueva* (Rom. 6,3-4). La inmersión en el agua simboliza y actualiza la sepultura de Jesús en la tierra y la muerte del hombre viejo, mientras que la emersión reiterada simboliza y actualiza la resurrección de Cristo y el nacimiento del hombre nuevo: "En el mismo instante, murieron y nacieron y la misma onda benéfica fue para ustedes sepulcro y madre" (Cirilo de Jerusalén, Cat. Mist. 2).

Todo esto se desarrolla como bajo la mirada del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, presentes por la fórmula bautismal, de modo que, mientras *los gestos* evocan el misterio de la Encarnación y la Pascua de Cristo, *las palabras* evocan la Trinidad; se proclaman así los dos misterios principales de la fe y la unidad del plano divino de salvación que sale del Padre y vuelve al Padre.

Los últimos ritos del Bautismo anuncian su prolongación en la vida. Son la unción con el crisma, la vestimenta blanca, la lámpara encendida, el rito de la apertura de los oídos y los labios.

El vestido de Bautismo blanco es símbolo de la inocencia y de la dignidad reconquistada, que es necesario mantener y mostrar en la conducta de vida; la lámpara es el testimonio que el cristiano debe dar: *Así debe brillar la luz que hay en ustedes a fin de que ellos vean…* (Mt. 5,16).

Una última cosa que debe conmovemos del Bautismo es el nombre. Ese día fue pronunciado por primera vez en público, frente a los ángeles y los hombres, nuestro nombre; recibimos el nombre. ¡Cuánto significado hay en todo eso! Nuestro verdadero "yo", el hombre nuevo, el que Dios conoció y amó desde la eternidad, nació ese día y es justo que ese día, y no antes, haya tenido un nombre. Es justo que ese nombre haya sido proclamado frente a Dios. Existir, en el sentido verdadero, para nosotros los hombres, significa ser *conocidos por Dios* (Gal. 4,9), ser llamados por el nombre por Él que nos eligió en Jesucristo antes de que el mundo existiera, para ser hijos suyos: *Y ahora, así habla el Señor, el que te creó, Jacob, el que te formó, Israel; No temas, porque yo te he redimido, te he llamado por tu nombre: tú me perteneces* (Is. 43,1). Es el ver dadero Padre –el de los cielos– que, por boca de la Iglesia, nos impuso el verdadero nombre. María Magdalena se estremeció al oírse llamar por su nombre por Jesús el día de Pascua (cf. Jn, 20,16). Y nosotros nos estremeceremos de alegría el día en que lleguemos a sentir en nuestro corazón nuestro nombre pronunciado por Dios. Ese es el modo justo con el cual nuestro nombre será pronunciado en la eternidad. O sea, que también el nombre forma parte del misterio; es un "recuerdo" de nuestro Bautismo.

Dije que los últimos ritos anuncian la prolongación del Bautismo en la vida. Ahora llegó el momento de dar, precisamente, el largo salto del sacramento a la vida, de "ese día" al día de hoy. El Bautismo no es un acto realizado y cerrado en sí mismo; es la inauguración de algo –un estado, o mejor aún, un proceso– que debe continuar durante toda la vida. Hasta ese acto final que Jesús llamaba "su Bautismo" (un Bautismo no de agua, ¡sino de tierra!) que será la muerte; entonces, la creatura nueva concebida en el Bautismo irá finalmente hasta la luz y "aparecerá" al descubierto lo que ahora somos solamente en forma oculta, es decir, hijos de Dios (cf. l Jn. 3,2).

No somos hijos de Dios bien formados a partir del día de nuestro Bautismo; en cierto sentido, ese día no recibimos el ser hijos de Dios, sino sólo el poder de serlo: *A todos los que la recibieron, a los que creen en su Nombre, les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios* (Jn, 1,12). *El poder:* o sea, no un don recibido pasivamente que con el pasar del tiempo se puede solamente agotar o perder, sino más bien cooperación, corresponsabilidad en la salvación; *de llegar a ser:* o sea, un poder que implica desarrollo, maduración, compromiso personal. Debemos pasar de una visión estática del Bautismo y de la vida cristiana a una visión dinámica; debemos llegar a ser (¡de hecho!) lo que ya somos (de derecho). De ahí la necesidad de preocuparnos; no podemos conformarnos con permanecer en el estado infantil de los raquíticos espirituales. ¡Cuántas preocupaciones respecto de un recién nacido que no crece lo suficiente y que no crece regularmente! ¡Cuántos médicos se consultan, cuántos gastos se afrontan, y con razón! Pero los padres que hacen todo esto a menudo no se dan cuenta de que, en el plano espiritual, su caso es más serio que el de su propio hijo...

Llegamos a ser hijos de Dios maduros y "formados" –dice Juan– "recibiendo a Jesús", "creyendo en su nombre", o sea por medio de la fe; he aquí, entonces, la palabra

clave para vivir el propio Bautismo: crecer en la vida de fe; no sólo a nivel intelectual (aprendiendo cada vez mejor lo que se debe creer) sino sobre todo a nivel práctico (viviendo lo que se aprendió), Hacer de la fe el propio elemento vital, el criterio de juicio, el motivo de las elecciones: es así como llegamos a la luz, nos asemejamos a Jesús y nos convertimos en "hijos en el Hijo".

Volvimos a revivir nuestro Bautismo; desatamos la encomienda-don y conocemos los regalos que Dios nos hizo. Lo hicimos todo el día en que la liturgia conmemora el Bautismo de Jesús y lo hicimos en el ámbito de una celebración eucarística. El Bautismo lleva a la Eucaristía; acercándonos al santo banquete, somos ahora como los hebreos que, salidos de las aguas del Mar Rojo, se aprestan a recibir el maná, "el pan del cielo que contiene en sí toda dulzura".

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO C)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la fiesta del Bautismo del Señor (12-I-1997)

– El bautismo de penitencia de Juan

"Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (Mt 28,19).

La Iglesia celebra hoy el bautismo de Cristo, y también este año tengo la alegría de administrar, en esta circunstancia, el sacramento del bautismo a algunos recién nacidos.

Antes de administrar el sacramento a estos niños recién nacidos quisiera detenerme a reflexionar con vosotros en la palabra de Dios que acabamos de escuchar. El Evangelio de San Marcos, como los demás sinópticos, narra el bautismo de Jesús en el río Jordán. La liturgia de la Epifanía recuerda este acontecimiento, presentándolo en un tríptico que comprende también la adoración de los Magos de Oriente y las bodas de Caná. Cada uno de estos tres momentos de la vida de Jesús de Nazaret constituye una revelación particular de su filiación divina.

Lo que Juan el Bautista confería a orillas del Jordán era un bautismo de penitencia, para la conversión y el perdón de los pecados. Pero anunciaba: "Detrás de mí viene el que puede más que yo (...). Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo" (Mc 1,7-8). Anunciaba esto a una multitud de penitentes, que se le acercaban confesando sus pecados, arrepentidos y dispuestos a enmendar su vida.

– El bautismo libera de la culpa original y perdona los pecados

De muy diferente naturaleza es el bautismo que imparte Jesús y que la Iglesia, fiel a su mandato, no deja de administrar. Este bautismo libera al hombre de la culpa original y perdona sus pecados, lo rescata de la esclavitud del mal y marca su renacimiento en el Espíritu Santo; le comunica una nueva vida que es participación de la vida de Dios Padre y que nos ofrece su Hijo unigénito, hecho hombre, muerto y resucitado.

– Revelación de la Santísima Trinidad

Cuando Jesús sale del agua, el Espíritu Santo desciende sobre él como una paloma y tras abrirse el cielo, desde lo alto se oye la voz del Padre: "Tú eres mi hijo amado, en ti me complazco" (Mc 1,11). Por tanto, el acontecimiento del bautismo de Cristo no es sólo revelación de su filiación divina, sino también, al mismo tiempo, revelación de toda la Santísima Trinidad: el Padre –la voz de lo alto– revela en Jesús al Hijo unigénito consustancial con él, y todo esto se realiza por virtud del Espíritu Santo que bajo la forma de paloma desciende sobre Cristo, el consagrado del Señor.

Los Hechos de los Apóstoles nos hablan del bautismo que el apóstol Pedro administró al centurión Cornelio y a sus familiares. De este modo, Pedro realiza el mandato de Cristo resucitado a sus discípulos: "Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (Mt 28,19). El bautismo con el agua y el Espíritu Santo es el sacramento primero y fundamental de la Iglesia, sacramento de la vida nueva en Cristo.

También estos niños dentro de poco recibirán ese mismo bautismo y se convertirán en miembros vivos de la Iglesia. Serán ungidos con el óleo de los catecúmenos, signo de la suave fortaleza de Cristo, que se les da para luchar contra el mal. El agua bendita que se les derrama es signo de la purificación interior mediante el don del Espíritu Santo, que Jesús nos hizo al morir en la cruz. Después se recibe una segunda y más importante unción con el "crisma", para indicar que son consagrados a imagen de Jesús, el ungido del Padre. La vela encendida que se les entrega es símbolo de la luz de la fe que los padres y padrinos deberán custodiar y alimentar continuamente con la gracia vivificante del Espíritu.

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

"Se oyó una voz del cielo: Tú eres mi Hijo amado, mi preferido". En el Bautismo, que representa nuestro nacimiento a la vida cristiana, cada uno "vuelve a escuchar la voz que un día resonó a orillas del Jordán: Tú eres mi hijo amado, en ti me complazco (Lc 3,22); y entiende que ha sido asociado al Hijo predilecto. Se cumple así en la historia de cada uno el designio del Padre: a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que Él fuera el primogénito entre muchos hermanos (Rom 8,29)" (Juan Pablo II).

Saboreemos esta verdad al pensar en nuestro Bautismo y procuremos no olvidarla, sobre todo, cuando la vida presente su cara menos simpática. Quien ha creado todo lo que vemos y no vemos, al que adoran millones y millones de ángeles con enorme respeto y una profunda veneración, quien tiene en sus manos el destino de este mundo que pasa, es mi Padre. Mi Padre. No un ser lejano que vive el margen de mis temores y esperanzas, sino Alguien a quien puedo acudir con la confianza con la que un pequeño acude a su madre o a su padre en sus apuros.

Desde el día de nuestro Bautismo, el Espíritu Santo que descendió también a nuestro corazón va labrando en él la imagen de Jesús. Pero "no como un artista, dice S. Cirilo de Alejandría, que dibujara en nosotros la divina sustancia como si Él fuera ajeno a ella. No es de esta forma como nos conduce a la semejanza divina; sino que Él mismo, que es Dios y de Dios procede, se imprime en los corazones que lo reciben como el sello sobre la cera y, de esa forma, por la comunicación de sí y la semejanza, restablece la naturaleza según la belleza del modelo divino y restituye al hombre la imagen de Dios".

Si somos dóciles a esa acción del Espíritu Santo y que se manifiesta en impulsos de una mayor generosidad con Dios y con quienes nos rodean, en una lucha más seria contra nuestras inclinaciones torcidas, iremos poco a poco pareciéndonos cada vez más a Jesucristo, haciéndonos una sola cosa con Él, sin dejar de ser nosotros mismos, como ese hierro que metido en la fragua va progresivamente llenándose de luz y energía. Nuestra vida se convierte entonces, en cierto sentido, en una prolongación de la vida terrena de Jesús, porque Él vive verdaderamente en nosotros como el fuego en el hierro.

San Francisco de Sales solía decir que entre Jesucristo y los buenos cristianos no existe más diferencia que la que se da entre una partitura y su interpretación por diversos músicos. La partitura es la misma, pero la interpretación suena con una modalidad distinta, personal; y es el Espíritu Santo quien la dirige contando con las distintas maneras de ser de esos instrumentos que somos nosotros. ¡Qué inmenso valor adquiere entonces todo lo que hacemos: el trabajo, las contrariedades diarias bien llevadas, los pequeños y grandes servicios, el dolor! Sí, Dios se complace en nosotros, porque en cada uno ve la imagen de su Hijo preferido.

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«El hijo amado del Padre es el Hijo-siervo»

I. LA PALABRA DE DIOS

Is 42,1-4.6-7: «Mirad a mi siervo a quien prefiero»

Sal 28,1-4.9-10: «El Señor bendice a su pueblo con la paz»

Hch 10,34-38: «Dios ungió a Jesús con la fuerza del Espíritu Santo»

Mt 3,13-17: «Apenas se bautizó Jesús, vio que el Espíritu de Dios bajaba sobre él»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

El «Siervo» es presentado por Isaías como alguien excepcional y desconcertante. Su misión de renovar a Israel, haciendo retornar a los exilados, es presentada por S. Mateo, tan amigo de citar el AT, como el que toma nuestras flaquezas y carga con nuestras enfermedades.

A las comunidades cristianas les preocupaba por qué Cristo se hizo bautizar. La razón de que «cumplamos así todo lo que Dios quiere», parece expresar la plena solidaridad con la humanidad pecadora a la que había venido a salvar. La presentación como «Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» invita a pensar así. La salvación la llevará a cabo como «siervo paciente de Dios», según Isaías.

III. SITUACIÓN HUMANA

La vida es un reto permanente para el que quiere tomársela en serio. Una cosa es dejar pasar los días y otra vivirlos. El hombre hace fructífera su existencia cuando afronta el afán de cada día.

Hay hombres que entienden su vida como una apuesta en beneficio de los demás, y pueden encontrarse en el camino con quienes han hecho lo mismo que ellos.

Jesús, al comienzo de su vida pública, tiene delante el proyecto salvador del Padre y le va a costar la vida. Pero esa es precisamente la razón de su vivir: «Dar la vida en rescate por muchos».

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– El Bautismo de Jesús: "El bautismo de Jesús es, por su parte, la aceptación y la inauguración de su misión de Siervo doliente…anticipa ya el «bautismo» de su muerte sangrienta… por amor acepta el bautismo de muerte para la remisión de nuestros pecados. A esta aceptación responde la voz del Padre que pone toda su complacencia en su Hijo. El Espíritu que Jesús posee en plenitud desde su concepción viene a «posarse» sobre él. De él manará este Espíritu para toda la humanidad. En su bautismo, «se abrieron los cielos» (Mt 3,16) que el pecado de Adán había cerrado; y las aguas fueron santificadas por el descenso de Jesús y del Espíritu como preludio de la nueva creación" (536).

– El Bautismo en la economía de la salvación: 1224. 1225.

La respuesta

– Por el Bautismo, somos incorporados a la Iglesia y a su misión: "El Bautismo hace de nosotros miembros del Cuerpo de Cristo. El Bautismo incorpora a la Iglesia. De las fuentes bautismales nace el único pueblo de Dios de la Nueva Alianza que trasciende todos los límites naturales o humanos de las naciones, las culturas, las razas y los sexos: «Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo» (1 Co 12,13)" (1267; cf 1268-1270).

– El Bautismo, remisión de los pecados: 1263. 1264.

El testimonio cristiano

– «Enterrémonos con Cristo por el Bautismo, para resucitar con él; descendamos con él para ser ascendidos con él; ascendamos con él, para ser glorificados con él (San Gregorio Nacianceno, Or. 40,9)» (537).

– «Todo lo que aconteció en Cristo nos enseña que después del baño del agua, el Espíritu Santo desciende sobre nosotros desde lo alto del cielo y que, adoptados por la voz del Padre, llegaremos a ser hijos de Dios (San Hilario, Mat. 2)» (537).

La escena del Jordán, manifestación trinitaria, nos muestra el amor íntimo de Dios revelándose en el Hijo amado a los hombres.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO C)

El bautismo del Señor.

– Manifestación del misterio trinitario en el Bautismo de Cristo.

I. *Apenas se bautizó el Señor se abrió el cielo, y el Espíritu Santo se posó sobre Él como una paloma. Y se oyó la voz del Padre que decía: Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto.*

Hace aún pocos días celebrábamos la *Epifanía*, la manifestación del Señor a los gentiles, representados en aquellos hombres sabios que llegaron a Jerusalén preguntando por el nacido rey de los judíos. Ya había tenido lugar una primera revelación a los pastores, que, en la misma noche de la Navidad, se dirigen al lugar donde ha nacido el Niño, a quien le llevan sus presentes. También la fiesta de hoy es una *epifanía*, una manifestación de la divinidad de Cristo señalada por la voz de Dios Padre, venida del Cielo, y por la presencia del Espíritu Santo en forma de paloma, que significa la Paz y el Amor. Los Padres de la Iglesia suelen señalar una tercera manifestación de la divinidad de Jesús. Ésta tendrá lugar en Caná de Galilea, donde, a través de su primer milagro, Jesús *manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en Él.*

En la *Primera lectura* de la Misa, Isaías anuncia la figura del Mesías: *He aquí mi siervo..., mi elegido, en quien se complace mi alma. Sobre Él he puesto mi Espíritu... La caña cascada no la quebrará, el pabilo vacilante no lo apagará... Yo, el Señor, te he llamado... para que abras los ojos de los ciegos, saques a los cautivos de la prisión, y de la mazmorra a los que habitan en tinieblas*. Esta descripción profética tiene su plena realización en el Bautismo del Señor. Entonces *descendió el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma, sobre Él, y se oyó una voz que venía del cielo: Tú eres el Hijo mío, el amado, en Ti me he complacido*. Las tres divinas Personas de la Trinidad intervienen en esta gran epifanía a orillas del Jordán: el Padre hace oír su voz, dando

testimonio del Hijo, Jesús es bautizado por Juan, el Espíritu Santo desciende visiblemente sobre Él. La expresión de Isaías *mi siervo* es sustituida ahora por *mi Hijo amado*, que indica la Persona y la naturaleza divina de Cristo.

Con el Bautismo de Jesús se inicia de modo solemne su misión salvadora. A la vez, el Espíritu Santo comenzaba por medio del Mesías su acción en las almas, que durará hasta el fin de los tiempos.

La liturgia propia de este domingo es especialmente apta para que recordemos con alegría nuestro Bautismo y sus consecuencias en nuestra vida. Cuando San Agustín menciona en sus *Confesiones* el día en que recibió este sacramento, lo recuerda con profundo gozo: "rebosante de dulzura extraordinaria, aquellos días no me saciaba de considerar la profundidad de su designio para la salvación del género humano". Con ese gozo hemos de recordar hoy que hemos sido bautizados en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

El misterio del Bautismo de Jesús nos adentra en el misterio inefable de cada uno de nosotros, *pues de su plenitud recibimos todos gracia sobre gracia*. Hemos sido bautizados no sólo en agua, como hacía el Precursor, sino *en el Espíritu Santo*, que nos comunica la vida de Dios. Demos gracias hoy al Señor por aquel día memorable en el que fuimos incorporados a la vida de Cristo y destinados con Él a la vida eterna. Alegrémonos de haber sido quizá bautizados a los pocos días de haber nacido, como es costumbre inmemorial en la Iglesia, en el caso de neófitos hijos de padres cristianos.

– Nuestra filiación divina en Cristo por el sacramento del Bautismo.

II. Fuimos bautizados en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, para entrar en comunión con la Trinidad Beatísima. En cierto modo se han abierto para cada uno de nosotros los cielos, a fin de que entremos en la *casa de Dios* y conozcamos la filiación divina. "Si tuvieses piedad verdadera -enseña San Cirilo de Jerusalén-, también descenderá sobre ti el Espíritu Santo y oirás la voz del Padre desde lo alto que dice: éste no es el Hijo mío, pero ahora después del Bautismo ha sido hecho mío". La filiación divina ha sido uno de los grandes dones que recibimos aquel día en que fuimos bautizados. San Pablo nos habla de esta filiación y, dirigiéndose a cada bautizado, no duda en pronunciar estas dichosísimas palabras: *Ya no eres esclavo sino hijo: y si hijo, también heredero*.

En el rito de este sacramento se indica que la configuración con Cristo tiene lugar mediante una regeneración espiritual, como enseñaba Jesús a Nicodemo: *quien no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el Reino de Dios*. "El Bautismo cristiano es, en efecto, un misterio de muerte y de resurrección: la inmersión en el agua bautismal simboliza y actualiza la sepultura de Jesús en la tierra y la muerte del hombre viejo, mientras que la emersión significa la resurrección de Cristo y el nacimiento del hombre nuevo". Este nuevo nacimiento es el fundamento de la filiación divina. Y así, por este sacramento, "los hombres son injertados en el misterio pascual de Jesucristo: mueren con Él, son sepultados con Él y resucitan con Él; reciben el espíritu de

adopción de hijos, *por el que clamamos Abba! ¡Padre!* (*Rom* 8, 15), y se convierten así en los verdaderos adoradores que busca el Padre". Esta filiación lleva consigo la aniquilación de todo pecado del alma y la infusión de la gracia.

Por el Bautismo se perdonan el pecado original y todos los pecados personales, y la pena eterna y temporal debida por los pecados. El ser configurados con Cristo resucitado, simbolizado en la emersión del agua bautismal, indica que la gracia divina, las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo se han asentado en el alma del bautizado, la cual se ha constituido en morada de la Santísima Trinidad. Al cristiano se le abren las puertas del Cielo, y se alegran los ángeles y los santos. En la naturaleza humana permanecen aquellas consecuencias del pecado original que, si bien proceden de él, no son en sí mismas pecado, pero inclinan a él; el hombre bautizado sigue sujeto a la posibilidad de errar, a la concupiscencia y a la muerte, consecuencias todas ellas del pecado original. Sin embargo, el Bautismo ha sembrado ya en el cuerpo humano la semilla de una renovación y resurrección gloriosas. ¡Qué diferencia tan enorme entre la persona que iba, o llevaban, camino de la iglesia para recibir este sacramento, y la que vuelve ya bautizada! El cristiano "sale del Bautismo resplandeciente como el sol y, lo que es más importante, vuelve de allí convertido en hijo de Dios y coheredero con Cristo".

Demos muchas gracias al Señor por tanto bien, que querríamos comprender hoy en toda su grandeza. Por último, *te pedimos..., Señor, humildemente que escuchemos con fe la palabra de tu Hijo para que podamos llamarnos y ser, en verdad, hijos tuyos*. Es nuestro mayor deseo y nuestra más grande aspiración.

– Proyección del Bautismo en la vida diaria.

III. En la *Segunda lectura*, San Pedro recuerda aquel comienzo mesiánico de Jesús, que estaba en la mente de muchos de los que le escuchaban y del que algunos de ellos habían sido testigos oculares. *Conocéis* -les dice el Apóstol- *lo que sucedió en el país de los judíos, cuando Juan predicaba el bautismo, aunque todo comenzó en Galilea. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo...*

Pertransivit benefaciendo..., pasó haciendo el bien... Éste puede ser un resumen de la vida de Cristo aquí en la tierra. Ése debe ser el resumen de la vida de cada bautizado, pues toda su vida se desenvuelve bajo el influjo del Espíritu Santo: cuando trabaja, en el descanso, cuando sonríe o presta uno de los innumerables servicios que conlleva la vida familiar o profesional...

En la fiesta de hoy se nos invita a tomar renovada conciencia de los compromisos adquiridos por nuestros padres o padrinos, en nuestro nombre, el día de nuestro Bautismo; a reafirmar nuestra ferviente adhesión a Cristo y la voluntad de luchar por estar cada día más cerca de Él; y a separarnos de todo pecado, incluso venial, ya que al recibir este sacramento fuimos llamados a la santidad, a participar de la misma vida divina.

Es precisamente este Bautismo el que *nos hace* fideles *–fieles–, palabra que, como aquella otra,* sancti *–santos–, empleaban los primeros seguidores de Jesús para designarse entre sí, y que aún hoy se usa: se habla de los* fieles *de la Iglesia*. Seremos fieles en la medida en que nuestra vida –¡tantas veces lo hemos meditado!– esté edificada sobre el cimiento firme y seguro de la oración. San Lucas nos ha dejado escrito en su Evangelio que Jesús, después de haber sido bautizado, *estaba en oración*. Y comenta Santo Tomás de Aquino: en esta oración, el Señor nos enseña que "después del Bautismo le es necesaria al hombre la asidua oración para lograr la entrada en el Cielo; pues, si bien por el Bautismo se perdonan los pecados, queda sin embargo la inclinación al pecado que interiormente nos combate, y quedan también el demonio y la carne que exteriormente nos impugnan".

Junto al agradecimiento y la alegría por tantos bienes como nos han llegado en este sacramento, renovemos hoy nuestra fidelidad a Cristo y a la Iglesia, que, en muchas ocasiones, se traducirá en la fidelidad a nuestra oración diaria.

Rev. D. Joan BUSQUETS i Masana (Sabadell, Barcelona, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO C)

«Tú eres mi hijo; yo hoy te he engendrado»

Hoy contemplamos a Jesús ya adulto. El niño del Pesebre se hace un hombre completo, maduro y respetable, y llega el momento en el que ha de trabajar en la obra que el Padre le ha confiado. Así es como le encontramos en el Jordán en el momento de empezar esta labor: uno más en la fila de aquellos contemporáneos suyos que iban a escuchar a Juan y a pedirle el baño del bautismo, como signo de purificación y renovación interior.

Allí, Jesús es descubierto y señalado por Dios: «Puesto en oración, se abrió el cielo, y bajó sobre Él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma; y vino una voz del cielo: 'Tú eres mi hijo; yo hoy te he engendrado'» (Lc 3,21-22). Es la etapa preparatoria del gran camino que está dispuesto a emprender y que le conducirá hasta la Cruz. Es el primer acto de su vida pública, su investidura como Mesías.

Es también el proemio de su modo de actuar: no obrará con violencia, ni con gritos y asperezas, sino con silencio y suavidad. No cortará la caña quebrada, sino que la ayudará a mantenerse firme. Abrirá los ojos a los ciegos y librará a los cautivos. Las señales mesiánicas que describía Isaías, se cumplirán en Él. Nosotros somos los beneficiarios de todas estas cosas porque, como leemos hoy en la carta de san Pablo: «Él nos salvó, no por nuestras buenas obras, sino en virtud de su misericordia, por medio del bautismo regenerador y la renovación del Espíritu Santo que derramó abundantemente sobre

nosotros (...). De este modo, salvados por su gracia, Dios nos hace herederos conforme a la esperanza que tenemos de alcanzar la vida eterna» (Tit 3,5-7).

La fiesta del Bautismo de Jesús debe ayudarnos a recordar nuestro propio Bautismo y los compromisos que por nosotros tomaron nuestros padres y padrinos al presentarnos en la Iglesia para hacernos discípulos de Jesús: «El Bautismo nos ha liberado de todos los males, que son los pecados, pero con la gracia de Dios debemos cumplir todo lo bueno» (San Cesáreo de Arlés).

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DE BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO C)

Precursores de la salvación

«Detrás de mí viene uno, más grande que yo, al que yo no soy digno de desatarle las correas de las sandalias. Yo los he bautizado con agua, pero él los bautizará con el Espíritu Santo» (Mc 1, 7-8).

Eso dice Juan el Bautista.

Bautismo, renovación, vida, pureza, gracia santificante con la cual se abre el cielo, para hacer a los hombres hijos de Dios.

Bautismo que une a los hijos en un solo pueblo santo de Dios.

Bautismo que regenera y hace nuevas todas las cosas.

Gracia que purifica al hombre para hacerlo digno de la unión con su Señor.

Bautismo que el mismo Cristo recibe, pero que no necesita, porque la pureza no puede ser purificada: la pureza es y Cristo es.

Pero que obedece a la voluntad del Padre, para hacerse en todo como los hombres, menos en el pecado, para abajarse completamente a la miseria del hombre.

Y, como signo de contradicción, el que recibe el Bautismo para el perdón de los pecados es el Cordero de Dios que quita los pecados de los hombres.

Una sola es la fe, una misma es la esperanza, y uno solo es el Bautismo.

Sacerdote: tú eres esa unión entre Dios y los hombres, tú eres quien consigue que, a través del poder de tus manos, el cielo se abra, para que el Espíritu Santo derrame su gracia y se escuche la voz de Dios, presentando al mundo a sus hijos que acaban de ser afiliados a él.

Bautismo con agua, que lava, que limpia, que quita toda mancha dando vida, porque es el agua de la vida, es el agua viva del manantial del Espíritu Santo, que renueva y que santifica.

Sacerdote: si tú no bautizas, ¿quién podrá ser hijo de Dios?; si tú no impartes los sacramentos ¿quién podrá transformar su alma para dignificarla y poder ser unida con Dios?

Tú eres el sacerdote que bautiza en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, que ata en el cielo, porque lo que ata en la tierra queda atado en el cielo.

Pero, si el sacerdote no ata nada en la tierra ¿qué quedará unido al cielo?

Sacerdote: eres tú el que continúa el camino de Jesús, el que cumple la voluntad de Dios impartiendo la misericordia de Dios a través de los sacramentos.

Sacerdote: si tú no bautizas ¿cómo llegará la misericordia de Dios a los hombres? Y, si la misericordia de Dios no es derramada a través de ti ¿cómo es que llegará la gracia de Dios a los hombres? Y si la gracia no llega, sacerdote, ¿quién se salvará?

En tus manos está el poder de hacer llegar la gracia y la misericordia de Dios a todos los rincones del mundo.

En tus manos está el poder de purificar las almas, para renovar los corazones de los hombres.

En tus manos, sacerdote, está el poder de cambiar al mundo, y de llevar a Cristo a todos los corazones.

Bautiza, sacerdote, a tu pueblo. Cumple la voluntad de tu Señor. Obedece y ejerce tu ministerio como Cristo te enseñó.

Devuélvele la pureza a esas creaturas inocentes que llevan la oscuridad en sus almas desde su nacimiento, porque están manchadas de un pecado que sus pequeñas manos no cometieron, pero un hombre y una mujer, por su desobediencia, trajeron el pecado al mundo; y a través de tus manos, sacerdote, le devuelves la pureza que, por la obediencia de un hombre y una mujer, regenera a las almas para salvarlas.

Tú eres, sacerdote, precursor de la salvación de cada alma que Dios envía al mundo, nacida de un vientre de mujer, que nace con mancha de pecado, porque ese vientre ha sido concebido desde un principio, manchado de pecado, porque vientre inmaculado y puro sólo hay uno, y la pureza se ha engendrado y ha nacido de ese vientre sin mancha ni pecado, y por la obediencia de ese hombre y esa mujer has sido tú sacerdote bautizado con el Espíritu Santo, unido al Padre, por filiación divina, que te concede por heredad la vida.

Bautiza, sacerdote, porque tienes el poder en tus manos de hacer justicia.

No cometas, sacerdote, la injusticia de tu pereza, de tu tibieza y de tu resignación.

Sirve al pueblo de Dios, para que sea santo, llevándole la Buena Nueva de la salvación, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, para que sean todos hijos de Dios.

(Para pedir una suscripción gratuita por email del envío diario de "Espada de Dos Filos", - facebook.com/espada.de.dos.filos12- enviar nombre y dirección a: espada.de.dos.filos12@gmail.com)

NUESTRAS REDES SOCIALES:

+52 1 81 1600 7552

lacompaniademaria01@gmail.com

espada.de.dos.filos12@gmail.com

www.lacompañiademaria.com

La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

Espada de Dos Filos

Lacompaniademaria

La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes